HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Volumen 3*



Centro Editor de América Latina

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO




HISTORIA DEL
MOVIMIENTO
OBRERO

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Volumen 3*

Centro Editor de América Latina

Junín 981, Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina
ISBN 950 25 0952 8

CAPITULOS Y COLABORADORES DE ESTA OBRA

La revisión literaria estuvo a cargo de Aníbal Ford, con excepción del capítulo "El nazismo y la crisis del movimiento obrero alemán" en que dicha tarea fue realizada por Marta Cavilliotti.

Los capítulos de esta "Historia del Movimiento Obrero" han sido preparados por los especialistas que se indican en la tercera columna.
El asesoramiento general estuvo a cargo de Alberto J. Pla.

De la Revolución Rusa a la Segunda Guerra Mundial	**Alberto J. Pla**
Italia 1918/1922: Socialismo o Fascismo	**Eduardo Viola**
De la FORA a la CGT	**Hugo del Campo**
El resurgimiento de las luchas obreras en Estados Unidos: los I.W.W.	**Gregorio Selser**
Rosa Luxemburgo y la revolución espartaquista	**Perla L. Haimovich**
La Tercera Internacional	**Hugo M. Sacchi**
Tempestad sobre Asia: la primera revolución china	**Luis Gerovitch**
La masacre de Catavi	**Néstor Taboada Terán**
El nazismo y la crisis del movimiento obrero alemán	**Perla L. Haimovich**
El caso Sacco y Vanzetti	**Gregorio Selser**
La soviets en Hungría. La revolución de 1919	**Pablo Costantini**
¡Sin obreros no hay azúcar! Los orígenes del movimiento obrero en Cuba	**Marcos Winocur**

Tercera Parte

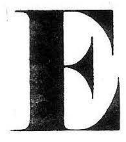
De la Revolución Rusa a la Segunda Guerra Mundial



Introducccción

Alberto J. Pla

Junto con la renovación tecnológica que caracteriza a esta etapa se consolidan el proceso de concentración de capitales y el funcionamiento de trusts y corporaciones. El resultado es una acelerada estandardización de los métodos productivos. La racionalización organizativa ha determinado el triunfo del sistema de trabajo en cadena



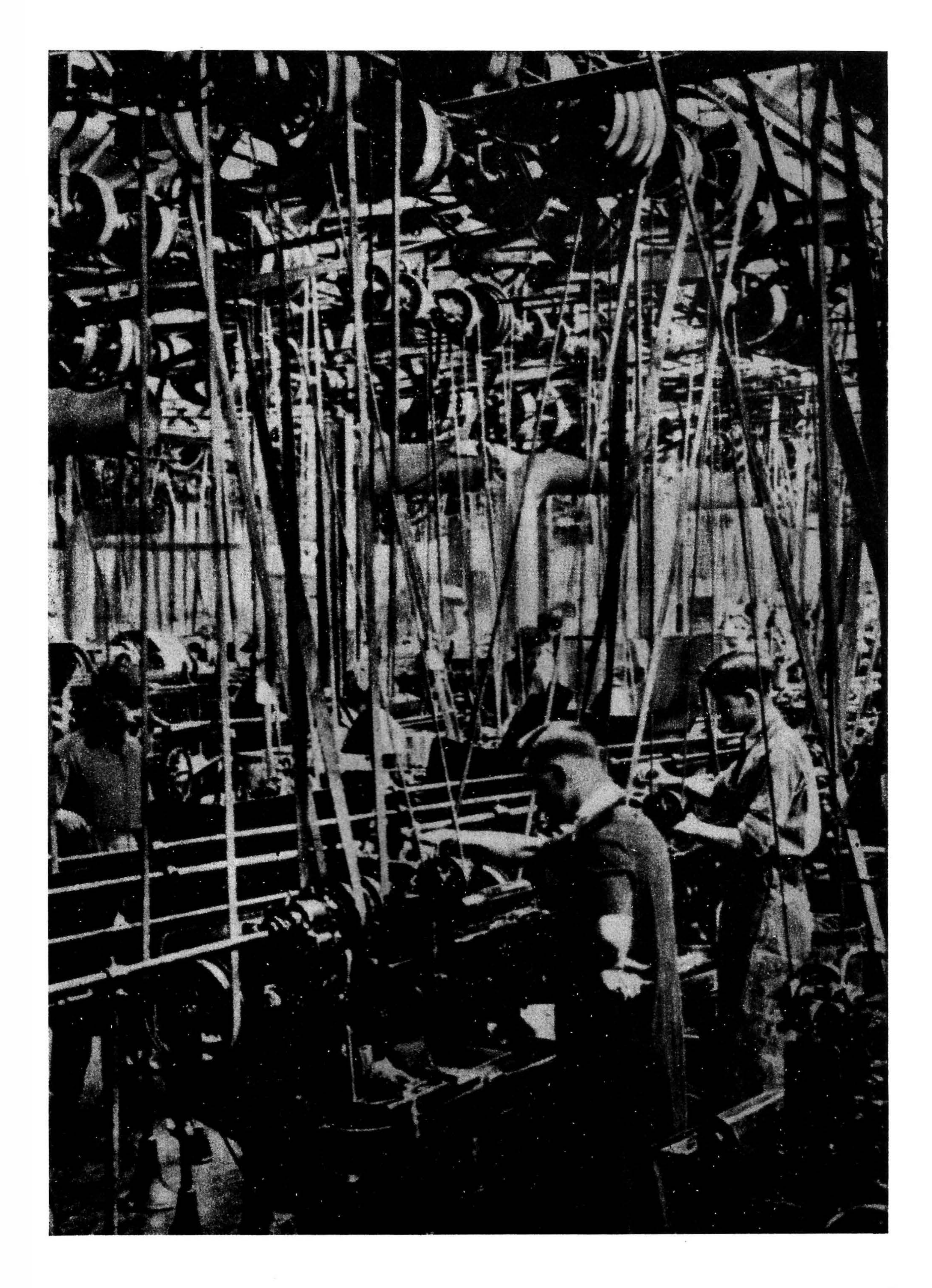
Entre las dos guerras el movimiento obrero mundial pasa por diversas experiencias. El auge económico de los años veinte, el desarrollo de la producción masiva, el afianzamiento del estado obrero en la URSS, la crisis de 1929, el fascismo, el sindicalismo de masas, los diversos movimientos que enfrentan al imperialismo en Asia, Africa y América Latina, la política de los Frentes Populares, la Guerra Civil Española, los prolegómenos de la Segunda Guerra Mundial, etc., constituyen el complejo contexto histórico donde la clase obrera —en diferentes grados de formación según los países a que hagamos referencia— libra sus luchas. Avances y retrocesos, nuevas contradicciones en la lucha entre el capital y el trabajo, hechos históricos inéditos, se dan durante esta etapa que será objeto de estudio en la tercera parte de la *Historia del Movimiento Obrero*. En este capítulo —que le sirve de introducción— trazaremos un rápido y esquemático panorama de los procesos mencionados, los cuales, junto con otros no menos importantes, serán objeto de análisis especiales en los capítulos siguientes.

La reconstrucción de posguerra, el auge económico y la disminución de la desocupación, el crecimiento acelerado de las inversiones de las metrópolis en los países dependientes caracterizan a la década de 1920. El imperialismo alemán ha sido momentáneamente derrotado; el imperialismo inglés, después de una etapa de enfrentamiento con el norteamericano —que se libra fundamentalmente en el campo del petróleo—, comienza a debilitarse. Pasa entonces a un primer plano Estados Unidos que, en poco más de una década, se transforma en el principal inversor mundial. Su zona de influencia, restringida hasta la Primera Guerra Mundial a México y el Caribe, se amplía —en un espectro muy amplio que va del petróleo y la electricidad a la producción primaria— a toda América Latina (excepto Argentina y Uruguay, que siguen siendo baluartes ingleses hasta la crisis de 1929) y al resto del mundo, en franco detrimento de los antiguos inversores: Inglaterra, Francia y Alemania.

La renovación tecnológica que caracteriza a esta etapa modifica los métodos de trabajo y hace más efectivos los sistemas de producción. Junto con esto se acentúa el proceso de concentración de capitales y se consolida el funcionamiento de los trusts y de las corporaciones. El resultado es una acelerada estandardización de los métodos productivos. Un ejemplo: en 1900 existían en los Estados Unidos 55.000 modelos de lámparas eléctricas; en 1923 esa cifra se ha reducido a 342. La racionalización en la organización del trabajo la señala el triunfo del sistema Taylor de trabajo en cadena en las fábricas. Si durante la época correspondiente a la Primera Guerra las fábricas Ford tardaban 14 horas en construir un automóvil, la estandardización permite, en 1925, lanzar un auto terminado cada 10 segundos. De esta manera se pasa definitivamente a la producción masiva. Las 4.000 unidades que se producían anualmente en 1900 ascienden en 1929 a 4.800.000.

Racionalización industrial y racionalización administrativa —*eficiencia* es ahora la consigna— caracterizan al período y apoyan la fe capitalista en un progreso ininterrumpido. Sin embargo, a pesar del auge, el salario obrero se estanca, producto en gran parte del ingreso al mercado de trabajo de grandes masas de desocupados, en su mayoría ex combatientes de la Primera Guerra Mundial. La otra cara del auge económico señala: en 1929, en los Estados Unidos, el 87 % de la población recibe sólo el 10 % de los ingresos, mientras que un 59 % de éstos se concentran en el 1 % de la población, es decir, en el grupo económico que domina las corporaciones.

La política de los presidentes republicanos (ausencia de control económico, corrupción ad-



El 24 de octubre de 1929, el "viernes negro", quiebra la Bolsa de Nueva York. En los Estados Unidos, la respuesta a la crisis es una economía de guerra, a duras penas improvisada frente a la miseria amenazante; en Europa, la respuesta es el desarrollo del nazismo y el fascismo.

ministrativa, etc.), la superproducción, la saturación de un mercado constituido fundamentalmente por las clases altas, la expansión incontrolada del crédito bancario, los enriquecimientos ilícitos y todo aquello que subyacía en el desaforado optimismo de los "años locos" termina por provocar el estallido. El 24 de octubre de 1929, el "Viernes Negro", quiebra la Bolsa de Nueva York. Los valores industriales descienden de 1929 a 1932 —la etapa más dura de la crisis —de 458 a 58 y la producción industrial a la mitad. La tónica del boom, del optimismo, de la suficiencia, quedan atrás. Comienza entonces una etapa de gastos estatales, de despilfarro, de economía de guerra. En Europa la respuesta a la crisis es el desarrollo del fascismo y del nazismo. La nueva política de las burguesías, oculta bajo la fraseología de defensa de la democracia o de defensa del destino nacional, comienza a articular las condiciones para el conflicto interimperialista.

La clase obrera, que es la que sufre los efectos de la crisis —trasladada también en gran medida a los países dependientes—, atraviesa un período de derrotas y frustraciones. A pesar de haber salido de la Primera Guerra Mundial fortalecida por el triunfo del Partido Bolchevique de Lenin y por la revolución socialista, fracasa en sus otros intentos. Estos fracasos aíslan a Rusia, y esto se traducirá en nuevas derrotas del proletariado en sus luchas frente a la burguesía. Si bien la Segunda Internacional se había derrumbado ya hacía tiempo, todavía persistía la política reformista. La política de la Tercera Internacional, en el proceso de la revolución china de 1925, así lo demuestra. Cuando se produce la crisis aparecen nuevas condiciones de lucha, referidas en especial a las reivindicaciones económicas. Pero la ola de ascenso es breve y la ausencia de direcciones revolucionarias se transforma en una nueva tragedia para el movimiento obrero. La Tercera Internacional cambia de política y se lanza a apoyar incondicionalmente a los Frentes Populares. El fracaso de esta táctica lo ejemplifican el gobierno de León Blum en Francia y la derrota de la revolución en España dentro del marco del triunfo del fascismo y el abandono de España por parte de las grandes potencias democráticas. Esto abre la puerta para la guerra mundial. La existencia de un estado obrero, cuya defensa en ese momento es fundamental, no impide señalar que ese estado en lugar de generar la revolución en los demás países apoya una política de conciliación, a través de los Frentes Populares, con las burguesías democráticas. La Segunda Guerra Mundial se transforma así en otra derrota del proletariado, el cual, nuevamente, se constituye en carne de cañón en la lucha por intereses que no le son propios.

La guerra de 1939 transforma el juego de las luchas sociales. En el desgarramiento de la burguesía mundial el movimiento obrero encontrará condiciones para dar un nuevo salto adelante. A los grandes movimientos de masas en los países metropolitanos se unirán los movimientos de reivindicaciones nacionales y de liberación en los países dependientes.

Fascismo y movimiento obrero



El fascismo fue el resultado de un proceso en que convergieron diversos factores: la crisis del sistema capitalista expresada por la Primera Guerra Mundial; la consecuente radicalización de la clase obrera —ejemplificada en Alemania por la acción de los espartaquistas, dirigidos por Liebknecht y Rosa Luxemburgo, o en Italia por la de los comunistas, que llevan a cabo, en esos años, importantes ocupaciones de fábricas—; también el proceso de radicalización de la clase media, que comienza



Alentada por el triunfo de la revolución proletaria en Rusia, la "Liga Espartaco" encabeza una insurrección armada en Alemania. El intento será reprimido por el ejército del gobierno socialdemócrata; de esta manera, los propios miembros de la Segunda Internacional actuarán como verdugos de los revolucionarios.

Rosa Luxemburgo y la "traición" socialdemócrata

Detrás de estos rumores [los que propagaban los socialdemócratas mayoritarios sobre los espartaquistas] de las imaginaciones ridículas, de esas absurdas historias de bandidos y de esas impúdicas mentiras hay algo muy serio. Todo esto está organizado. La campaña de excitación es efectuada sistemáticamente... Lo que se intenta, mediante estas historias de miedo, es crear un clima de pánico entre los pequeños burgueses, es inquietar a la opinión pública, intimidar y ofuscar a los obreros y los soldados. Se quiere crear una atmósfera de *progrom* y puñalar políticamente al movimiento espartaquista, antes de que haya tenido posibilidad de dar a conocer su política y sus objetivos a las masas...

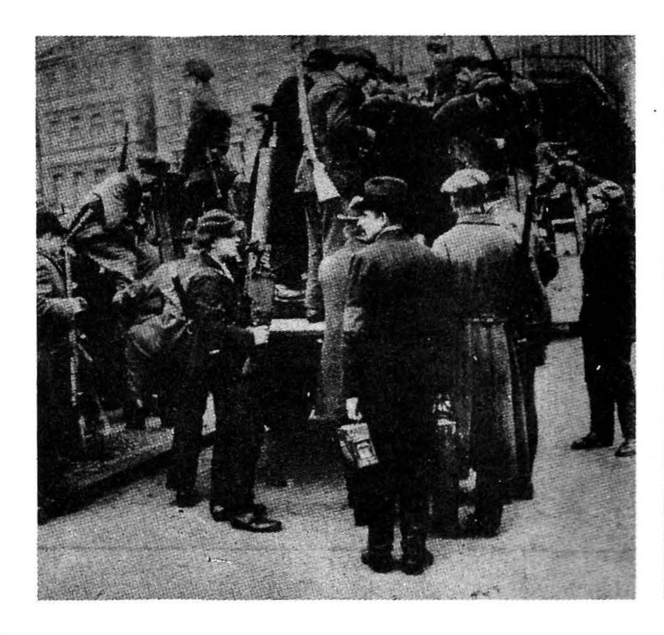
Nosotros conocemos la melodía, conocemos la canción e incluso a sus autores. Son los socialdemócratas "dependientes", la gente que rodea a los Scheidemann, Ebert, Otto Braun, a los Bauer, Legien y Baumeister (estos tres últimos son líderes sindicalistas) que envenenan la opinión pública deliberadamente creando impúdicas falsedades, que enfrentan al pueblo contra nosotros porque temen nuestras críticas y tienen razón en temerlas.

Estas gentes que, ocho días antes de estallar la revolución calificaban de crimen, de "aventurismo", la sola idea de la revolución, esas gentes que declaraban que la democracia era una realidad en Alemania, bajo el pretexto de que el príncipe Max de Bade y Erzberger se paseaba con levita de ministro, esas gentes quieren hoy hacer creer al pueblo que la revolución ya está hecha y que sus objetivos esenciales han sido alcanzados. Lo que quieren es detener el progreso de la revolución, para salvar la propiedad burguesa, la explotación capitalista. Este es el "orden" y la "calma" que se quiere poner a resguardo de nuestros ataques.

Y es debido a esto que tales señores experimentan frente a nosotros tanto miedo y tanto odio; un odio mortal. Ya que saben perfectamente que, si no saqueamos ninguna tienda, queremos abolir la propiedad privada; que, si no nos lanzamos al asalto del Marstall ni del Parlamento, queremos romper el dominio de la clase burguesa; que, si no asesinamos a nadie, queremos hacer avanzar sin vacilaciones a la revolución en interés de los trabajadores.

Pero este pequeño juego fracasará. No nos dejaremos cerrar la boca. Los estratos obreros y de soldados poco lúcidos pueden durante un tiempo dejarse manejar contra nosotros. Puede ocurrir que un giro momentáneo del impulso revolucionario nos lance en un caos del que acabamos justamente de salir; pero no se puede detener la marcha de la revolución.

G. Badia. *Les spartakistes*. París, 1966. Citado por J. Droz.)






LEONIS
ORTONA

Mussolini durante un discurso en Pontinia. La demagogia populista llevada a cabo por el fascismo arrastra a la pequeña burguesía hacia el nacionalismo imperialista.

a sentirse cercana a las luchas de la clase obrera. Todo esto produce una gran confusión en la burguesía y provoca la crisis total de los aparatos de poder político. Pero, como la revolución socialista no se produce, la clase obrera termina cansándose de esa gimnasia revolucionaria que no cumple con el objetivo de la toma del poder, y ello agrava la crisis social. La clase media, afectada por la crisis económica y social de posguerra, comienza a buscar entonces salvaciones milagrosas, mientras las burguesías, atemorizadas por la crisis, aceptan la violencia como método y ceden el mando a los grupos de acción: los fascistas de Mussolini, los nazis de Hitler. La demagogia populista llevada a cabo por estos grupos pronto arrastra a la pequeña burguesía hacia el nacionalismo imperialista, que derivará en campañas como la de Italia en Etiopía. El retroceso de las direcciones obreras, el cansancio proletario, abren el camino a los grupos fascistas. Estos, a través de algunas acciones enérgicas, como la marcha de los camisas negras de Mussolini sobre Roma, toman el poder.

Una primera etapa populista llevada a cabo por los grupos nazifascistas, de muy breve duración, los consolida en el poder. Pronto estas dictaduras dejarán de lado el populismo y se impondrán sobre todas las clases sociales. Pero en el fondo del proceso queda una cosa clara: el fascismo es la expresión del gran capital monopolista que en un momento de crisis busca formas dictatoriales de gobierno en substitución del parlamentarismo democrático burgués, que ya no le sirve.

Durante las décadas de 1920 y 1930 Alemania e Italia llevaron a cabo planes económicos autárquicos que sólo pudieron realizarse sobre la base de una ampliación del mercado nacional. Las obras públicas se transformaron entonces en la principal actividad económica y en ellas miles de desocupados encontraron trabajo. Esta política del estado hizo que aumentara la demanda del mercado interno y estimuló la producción de bienes. El estado se convirtió así en "acelerador" de la economía capitalista en crisis, en su nuevo planificador. Todo esto corresponde a las primeras etapas del fascismo en Italia (hasta 1928) y del nazismo en Alemania (1933-1934). Durante ellas fue necesario mantener y ganar el apoyo de las bases plebeyas, y ello se consiguió eliminando la desocupación que afectaba a los marginales, a la clase media y a ciertos sectores obreros, grupos que, por otra parte, proveyeron de hombres a las organizaciones paramilitares.

Pero, a poco andar, las cosas cambiaron. En 1934 el Dr. Schacht —ministro de economía de Hitler— se opuso a la realización de obras públicas prescindibles. La base plebeya debió entonces incorporarse a las fábricas y pasaron a tener prioridad las inversiones en la defensa nacional. La guerra se preparaba, y con ello comienza el gran negocio de las corporaciones como Krupp o Thyssen. Al mismo tiempo comienzan las privatizaciones —que incluso alcanzan al Deutsche Bank—. El mentado socialismo de los nazis se traduce en una política económica que produce como resultado el crecimiento de los grandes trusts —sobre la base de una economía de guerra—, la expropiación de los pequeños productores y la privatización de los bienes del estado.

En Italia pasó algo semejante. Durante la primera etapa del fascismo —hasta 1928— funcionaron empresas mixtas en las que participaba el estado. Pero luego éstas pasaron a ser monopolios privados que actuaron apoyados por el estado mediante medidas que resguardaban los beneficios de los capitales invertidos, asumían los riesgos probables (debidos, por ejemplo, a paros en la producción) y alimentaban a esas empresas con fabulosas órdenes de producción destinadas a la defensa nacional. Al terminar la guerra el capitalismo monopo-

Palmiro Togliatti: Las debilidades del socialismo italiano

No tiene ningún sentido preguntarse actualmente si, en esta primera tormentosa posguerra, era posible una revolución con la toma del poder de la clase obrera, o si hubiera sido mejor que los socialistas reformistas, participando en el poder con un gobierno de coalición, hubieran hecho lo necesario para impedir el paso al fascismo. A la primera cuestión la misma historia responderá demostrando, al menos mediante los hechos, que no existían determinadas condiciones para la toma del poder: no existía la indispensable dirección del movimiento revolucionario. Pero incluso a la segunda cuestión se debe responder que no había nadie para realizar esta solución, para la que hubiera sido preciso estar dotado de una facultad de previsión y de un poder de acción política que no poseían en absoluto los socialistas reformistas. Si bien es verdad que los extremistas de izquierda, los "maximalistas" de entonces, no hacían y no sabían hacer otra cosa que gesticular y hablar, tampoco deja de ser cierto que los jefes reformistas se complacían en un mesianismo apocalíptico. El caos en el que Italia estaba a punto de caer representaba para ellos la "expiación" a la que estaba destinada la sociedad burguesa, por el crimen que habían cometido los que habían querido la guerra, y a la que era inútil intentar sustraerse. Tanto de una parte como de otra no había más que incapacidad e impotencia. Y aun admitiendo incluso que hubiera habido capacidad de efectuar una política constructiva en los socialistas reformistas, ¿con quién hab-ían podido colaborar, cuando todos los antiguos hombres políticos, empezando por Giolitti, estaban dispuestos a sostener el ataque fascista contra las organizaciones obreras y cuando el Partido Católico Popular se presentaba, a su vez, como un instrumento de la lucha contra el movimiento socialista?

(P. Togliatti. *Le parti communiste italien.* Citado por J. Droz.)

Número de afiliados a los sindicatos en Estados Unidos

Año	*A.F.L.*	*C.I.O.*
1933	2.127.000	–
1934	2.608.000	–
1935	3.045.000	–
1936	3.422.000	–
1937	2.861.000	3.710.000
1938	3.623.000	4.038.000
1939	4.006.000	4.038.000

(Tomado de Fritz Sternberg. *Capitalismo o socialismo.* México, Fondo de Cultura Económica, 1954.)

Fuerzas electorales laboristas

Año	*Votación total*	*Votos del P.L.*	*%*
1918	10.788.657	2.244.945	16
1922	14.393.632	4.241.383	30
1923	14.548.521	4.438.508	31
1924	16.640.279	5.489.077	33
1929	22.648.375	8.389.512	37
1931	21.659.404	6.648.023	31
1935	22.001.837	8.326.131	38

(Tomado de Fritz Sternberg. *Capitalismo o socialismo.* México, Fondo de Cultura Económica, 1954.)

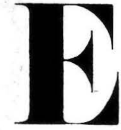
A la izquierda: Stalin, conductor de la Unión Soviética después de la muerte de Lenin. A la derecha, arriba: Trotski, líder de la oposición de izquierda. Abajo, Palmiro Togliatti, secretario general del Partido Comunista Italiano.





lista estaba tan bien afirmado en Alemania e Italia que el Plan Marshall sólo tuvo que apuntalar a los diferentes trusts existentes para que el capitalismo se afianzara.
Durante todos estos años el movimiento obrero sufrió una de las más duras represiones de su historia. Hay que señalar que, si bien se retrajo con respecto a las movilizaciones de los primeros años de la posguerra, no lo hizo para pasarse a las filas del fascismo o del nazismo. En Alemania los partidos socialista y comunista conservaron —sumados y con intercambios entre ellos— su caudal de votos: los trece millones de votos de 1930 siguen siendo los mismos en 1932. El partido nazi, en cambio, crece de un millón de votos en 1928 a trece millones de votos en 1932. Es decir, no son los partidos obreros sino los que representan a la burguesía y a la pequeña burguesía los que se van uniendo detrás del nazismo. Y llegado ese momento la opción es clara: nazismo o socialismo. También es clara la diferencia: los nazis están dispuestos a tomar el poder; los comunistas y socialistas, no. Al año siguiente, cuando los nazis realizan una campaña de terror para doblegar al electorado, la votación es de 17.265.823 votos para los nacional-socialistas y 12.021.429 para los comunistas y socialistas. Días después, el 21 de marzo, Hitler obtiene de Hindenburg la disolución del Parlamento y asume todas las responsabilidades. En gran medida los socialistas creyeron que ésa era la antesala de la revolución socialista y no pusieron obstáculos al ascenso de Hitler que pronto comenzó a reprimirlos. El costo de esa pasividad fue la Segunda Guerra Mundial.

El movimiento obrero en los Estados Unidos



Entre 1920 y 1929 las características del proceso económico derivadas de la racionalización productiva y administrativa se acentúan. Pero a medida que se aplica en forma más intensa el taylorismo surge un problema que se transforma en preocupación para los dueños de las corporaciones: la fatiga —y por lo tanto la disminución de la producción— engendrada por el trabajo en cadena, rutinario y repetitivo. La solución que se encuentra, en una primera instancia a este problema, es el "utility man". Consiste en la introducción en los equipos de trabajo, formados por doce hombres, de un hombre más que actúa como relevo y que permite a los demás tener descansos de diez minutos cada tanto. Ante la resistencia de los abusos a las nuevas formas de racionalización se ponen en práctica otras medidas. Surge así una nueva forma para controlar a los obreros en su trabajo: los sindicatos patronales, llamados Company Unions. Estos sindicatos subvencionados por las empresas enfrentan a los sindicatos obreros, incluso a los burocratizados gremios de la AFL. (En estos años desaparece la IWW y los sindicatos siguen luchando por reivindicaciones centrales como la jornada de ocho horas, objetivo de importantes huelgas en 1920 entre los obreros de la siderurgia.) Ante la ofensiva patronal, en pocos años los cuatro millones de afiliados de la AFL pasan a dos millones y medio, mientras crecen —a la sombra de una política que sólo emplea a quienes estén afiliados a ellos— los sindicatos patronales, que en 1929 son 184 y reúnen a un millón doscientos mil obreros.
Estas son las condiciones cuando estalla la crisis de 1929. Los obreros no tienen organizaciones que los defiendan, ya sea con respecto al salario como con respecto al derecho al trabajo. La desocupación, la miseria, el hombre, las ollas populares se transforman entonces en la cruda realidad para ese proletariado que soporta sobre sus espaldas la reconversión más costosa del capitalismo norteamericano y mundial. Pero pasados los momentos más difíciles de la crisis el movimiento obrero norteamericano comienza a reconstituirse: entre 1934 y 1935 se organizan varios de los sindicatos del automóvil, se unifica el sindicato de la industria del acero y se organizan los portuarios. La AFL comienza a recuperarse e incluso surge una central que la supera: la CIO (Committee for Industrial Organization). 1934 había sido el año de huelgas, de resurgimiento de las actividades combativas, de las cuales deriva la CIO, una verdadera central sindical de ramas de industria que comienza a competir con el reformismo del sindicalismo de oficios de la AFL. Los sindicatos de mineros dirigidos por Lewis, los del automóvil, los del acero, son su columna vertebral.
Los comunistas cumplen dentro de esta nueva central sindical un importante papel, especialmente a partir de 1937. Confluyen también allí organizadores sindicales de diverso origen que han hecho una experiencia histórica en la IWW.
Durante la década de 1930 la creación del CIO es el hecho más destacado del movimiento obrero norteamericano. Su contenido revolucionario se debilita cuando, frente a la Segunda Guerra Mundial, sus principales dirigentes, excepto el minero Lewis, llegan a un acuerdo con la burguesía de su país, representada por Franklin Roosevelt, para apoyar el esfuerzo de guerra de los Estados Unidos, y a raíz de ello sabotean diversos movimientos de reivindicaciones obreras en aras del "interés nacional". Esta situación se proyectará al período posterior de la guerra misma, pero, con todo, la década de 1930 dejará un sal-

do importante: la formación del CIO. Esto resuelve la discusión sobre la necesidad del sindicalismo de masas, del sindicalismo de los no calificados llevado adelante por el CIO frente a la AFL en una línea que continúa la lucha de la IWW. A partir de allí en Estados Unidos ya no habrá otro sindicalismo que no sea el sindicalismo de masas.

La URSS: único estado obrero en este período

Después del triunfo de la revolución de octubre de 1917, Rusia entra en un período de grandes conflictos conocido como período del "comunismo de guerra". Durante esos años Rusia debe enfrentar la agresión imperialista aliada a los restos del zarismo y del kerenskismo. La guerra civil es así guerra de liberación y de ella Rusia sale triunfante asegurando la independencia nacional y el funcionamiento del gobierno soviético.

En ese período se organiza el ejército rojo con las características de lo que se denomina "el pueblo armado": se eliminan las jerarquías de oficiales y se democratiza su funcionamiento.

Trotski —fundador y dirigente máximo del Ejército Rojo— dirige la campaña interna y también la defensa exterior. El ejército garantiza, al mismo tiempo, la realización de los objetivos económicos y sociales, especialmente en el campo donde la lucha contra los terratenientes se prolonga.

Hacia 1921 Lenin comienza, ya afirmado el poder soviético, la etapa que se denomina de la Nueva Política Económica (NEP). Esta significa un paso atrás con respecto a los objetivos socialistas y colectivistas del período del comunismo de guerra en función de la planificación de una etapa de transición. Este paso atrás se realiza sobre la base de lo ya hecho durante esos primeros cuatro años y esto es de fundamental importancia pues sin los avances revolucionarios de esos años no se hubiera podido llevar adelante la NEP sin riesgos de gestación del sistema capitalista y de resurgimiento de la burguesía.

El período de la NEP se prolonga hasta 1928, en que comienza, bajo la dirección de Stalin, la etapa de los planes quinquenales. Es de destacar que como consecuencia de la planificación y el colectivismo que superan en Rusia la crisis de 1929 no afecta al estado soviético. Rusia se encuentra fuera de los marcos de la dependencia del mercado mundial y por ello la crisis que hace tambalear a todo el sistema capitalista mundial no se manifiesta internamente e incluso beneficia a los Soviets, pues las grandes potencias deben distraer su atención y abandonar el ataque constante.

Hasta su muerte, en 1924, Lenin dirige, a pesar de su enfermedad, la política soviética. A partir de esa fecha las luchas internas se tornan virulentas. Stalin, que defiende la tesis de la posibilidad de la construcción del socialismo en un solo país, dirige sus ataques contra la Oposición de Izquierda, liderada por Trotski. Este, por su parte, sostiene que Rusia es un estado obrero en transición al socialismo que no puede cumplir su objetivo de manera aislada, desconectándose de la lucha por el triunfo de la revolución a escala mundial. Estas luchas internas desembocan en la expulsión de Trotski, en 1928, en los procesos de Moscú —que comienzan en 1936— y en la eliminación de la vieja guardia bolchevique: Rádek, Bujarin, Zinóviev, Kamenev, Tukhachevski, etc. Con todo, Rusia sigue avanzando a la sombra de las propuestas de los primeros años de la economía planificada; constituida, a pesar de las desviaciones políticas y burocráticas, en el primer estado obrero de la historia, un estado para el cual la sociedad socialista no es todavía una realidad sino un objetivo.

Tercera y Cuarta Internacional

En marzo de 1919 Lenin inaugura el Congreso en el cual se funda la Tercera Internacional o Internacional Comunista. La política seguida por los partidos socialdemócratas durante la guerra había provocado la caída de la Segunda Internacional. La alianza de los socialistas reformistas con la burguesía de sus respectivos países y en algunos casos, su ascenso al poder sólo había servido o servía como medio para salvar al capitalismo de la aguda crisis. Vale recordar aquí, como ejemplo, el hecho de que Rosa Luxemburgo y Karl Liebnecht fueran asesinados en Alemania bajo un gobierno socialdemócrata y con la complicidad de éste.

Una de las principales tesis que se discuten durante ese primer Congreso es la referida a la democracia burguesa y la dictadura del proletariado. Lenin afirmó entonces que, en la medida en que existe un estado, éste representa los intereses de una clase. Al estado burgués lo sigue el estado obrero; a la democracia burguesa le sigue la democracia obrera. Pero, agrega Lenin, en realidad ni una ni otra son democráticas. Lo que se da es o una dictadura burguesa o una dictadura del proletariado. Y, llamando a las cosas por su verdadero nombre, el estado soviético defiende a la dictadura del proletariado, la cual tiene, sobre la dictadura burguesa, la superioridad que le otorga el ser una dictadura de la mayoría sobre la minoría y no una democracia de la minoría que actúa como dictadura sobre la mayoría del pueblo.

El período de ascenso, de organización y de avances importantes de la Tercera Internacional se prolonga durante cinco años. Estos años son protagonistas de varios congresos internacionales, en los cuales se van fijan-

En la foto superior puede apreciarse una de las concentraciones populares celebradas tras la caída del gobierno provisional de Kerenski. Abajo, una escena registrada durante la campaña de alfabetización en la Unión Soviética.

Lenin: Tesis sobre táctica

Fragmento de las tesis sobre táctica de la Internacional Comunista (III Internacional), aprobadas en su Tercer Congreso (junio de 1921):
(Tomado de *Las nuevas sendas del comunismo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1921.)

Todas las consignas concretas que se nutren de las necesidades económicas de las masas obreras deben introducirse en el plan de la lucha por el control obrero, que no será un sistema de organización burocrática de la economía nacional bajo el régimen del capitalismo, sino la lucha contra el capitalismo llevada por los soviets industriales y los sindicatos revolucionarios. Es a través de la construcción de organizaciones industriales de esta clase, es a través de su vinculación en ramas de industria y en otros centros industriales, que la lucha de las masas obreras podrá adquirir una unidad orgánica, que se logrará la oposición a la división de las masas por la socialdemocracia y los jefes sindicales. Los soviets industriales cumplirán esta tarea solamente si ellos nacen de la lucha por objetivos económicos comunes de las más amplias masas de obreros; solamente si crean una vinculación entre todos los partidos revolucionarios del proletariado: el Partido Comunista, los obreros revolucionarios y los sindicatos en vías de desarrollo revolucionario.

Toda objeción contra el planteamiento de reivindicaciones parciales de esa clase, toda acusación de reformismo bajo el pretexto de esas luchas parciales, surge de la misma incapacidad para comprender las condiciones vivas de la acción revolucionaria, que se ha manifestado ya en la oposición de ciertos grupos comunistas a la participación en los sindicatos y a la utilización del parlamentarismo. No se trata de limitarse a predicar siempre al proletariado los objetivos finales, sino de hacerlo avanzar en una lucha concreta, que únicamentes es la que puede conducirlo a luchar por esos objetivos finales. Hasta qué punto las objeciones contra las reivindicaciones parciales están desprovistas de base y son extrañas a las exigencias de la vida revolucionaria, surge sobre todo del hecho de que incluso las pequeñas organizaciones fundadas por los comunistas llamados de izquierda, como asilos de doctrina pura, se han visto obligados a lanzar reivindicaciones parciales, cuando han querido tratar de arrastrar a la lucha a las masas obreras más amplias de las que pueden agruparse alrededor de ellos o cuando quieren tomar parte en las luchas de las grandes masas populares para poder ejercer entre ellas su influencia.

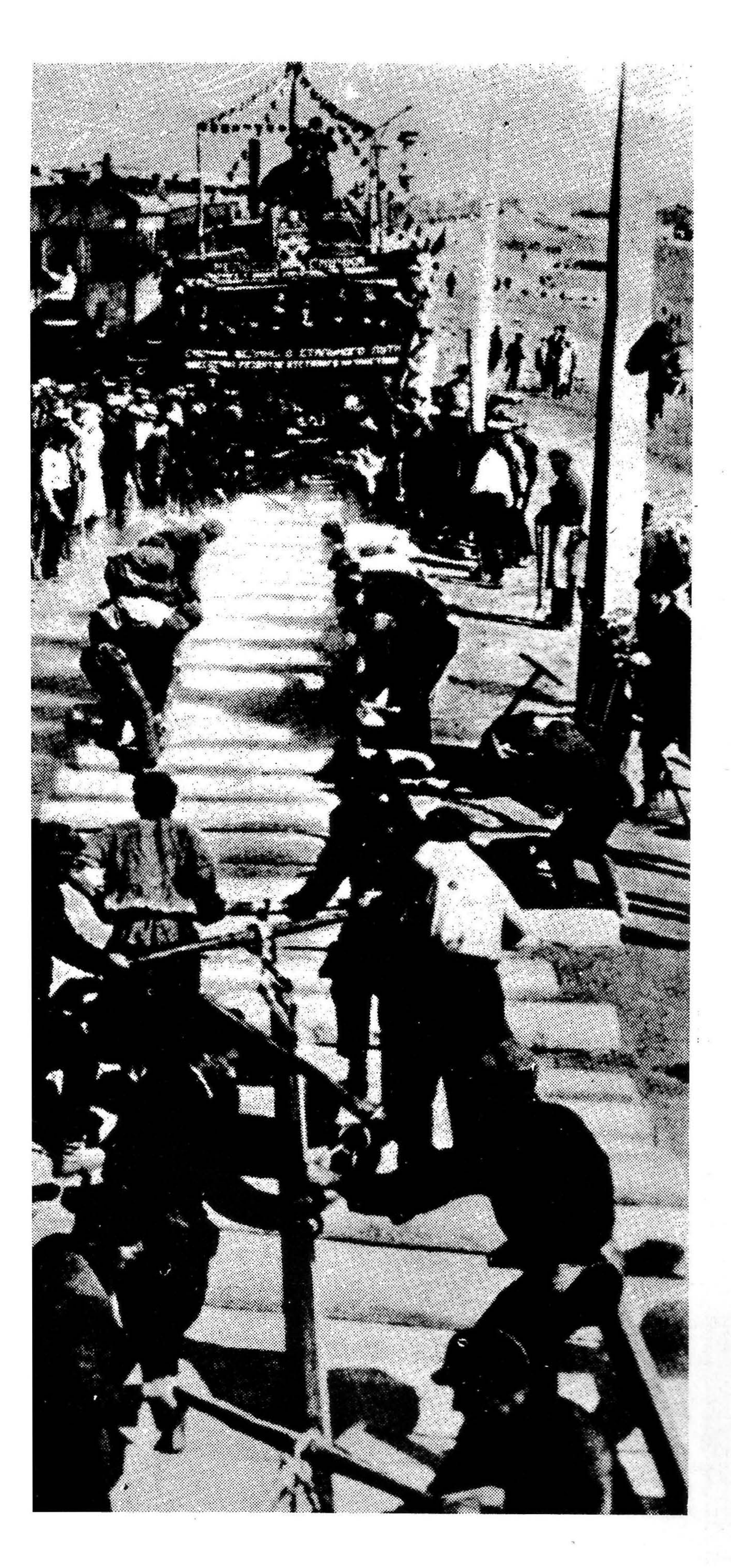
La naturaleza revolucionaria de la época actual consiste precisamente en que las condiciones de existencia más modestas de las masas obreras son incompatibles con la existencia de la sociedad capitalista y que, por esta razón, la lucha incluso por las reivindaciones más modestas toma proporciones de una lucha por el comunismo.

do claramente las tácticas y estrategias. El movimiento comunista internacional madura y crece. Pero después de la muerte de Lenin la Tercera Internacional entra en otro proceso en el cual podemos distinguir dos etapas. La primera —que llega hasta 1934 y que es conocida como "tercer período de la Internacional Comunista"— se caracteriza por el sectarismo: o se toma el poder o no hay nada que hacer. Cualquier tendencia de la burguesía es calificada de fascista o de imperialista y a los socialistas se los denomina social-imperialistas; la segunda —posterior a 1934— se caracteriza por un gran cambio con respecto a la posición anterior: es la de la política de los "frentes populares". Se define entonces a un sector de la burguesía como progresista, y de esto deriva una táctica que se reduce a apoyar a los mismos, no con el objetivo de reivindicar un programa socialista sino de luchar por la democracia burguesa. Del antiimperialismo total se pasa al enfrentamiento con sólo una de las fracciones del imperialismo, al antifascismo. Por eso se ha afirmado que las consecuencias de esta política son el triunfo en Francia, en 1936, de un Frente Popular que termina haciendo un gobierno en beneficio de la burguesía o la derrota de las fuerzas revolucionarias durante la Guerra Civil Española.
En 1928, y en el seno del Partido Comunista de la URSS, surge la llamada Oposición de Izquierda, liderada por Trotski. Este es entonces expulsado y, luego de un largo peregrinaje, termina radicándose en México, donde es asesinado en 1940.
Trotski funda la Cuarta Internacional cuando ve que se aproxima la guerra. Pocos años después, en plena guerra mundial, Stalin disuelve la Tercera Internacional. La concepción internacionalista de la revolución socialista sigue siendo llevada adelante entonces, a pesar de su débil organización, por la Cuarta Internacional.

Trotski: La pequeña burguesía, el proletariado y la revolución

Los parlamentarios imbéciles que se consideran a sí mismos conocedores del pueblo gustan repetir: "No se debe atemorizar a la clase media con revolución. No le gustan los extremos." En su forma general esta afirmación es totalmente falsa. Por supuesto, el pequeño propietario prefiere el orden en tanto los negocios vayan bien y en tanto espera que mañana irán mejor.
Pero cuando pierde esta esperanza se enfurece fácilmente y está pronto a lanzarse a las más extremas medidas. Si no fuera así ¿cómo podría haber derrocado al estado democrático y llevar al poder al fascismo en Italia y Alemania? El pequeño burgués desesperado ve ante todo en el fascismo una fuerza de lucha contra el gran capital y cree que, contrariamente a los partidos políticos obreros que sólo usan palabras, el fascismo usará la fuerza para implantar más "justicia". El campesino y el artesano son realistas a su modo. Ellos comprenden que no debe renunciarse al uso de la fuerza.
Es falso, triplemente falso, afirmar que el pequeño burgués de hoy no va a los partidos obreros porque teme las "medidas extremas". Todo lo contrario; la masa pequeño burguesa solo ve en los partidos obreros máquinas parlamentarias. No creen en sus fuerzas ni en su capacidad de lucha ni en su disposición actual para llevar la lucha hasta el fin. Y entonces, ¿vale la pena reemplazar a los representantes capitalistas democráticos por sus colegas parlamentarios de la izquierda? Así es como razona o siente el proletariado semi-expropiado, arruinado y descontento.
Sin una comprensión de esta psicología de los campesinos, los artesanos, los empleados, los pequeños funcionarios, etcétera —psicología que deriva de la crisis social— es imposible elaborar una política correcta. La pequeña burguesía es económicamente dependiente y está políticamente atomizada. Por eso no puede llevar una política independiente. Necesita una "dirección" que le inspire confianza. Esta dirección individual o colectiva —personaje o partido— solo le puede ser ofrecida por una de las dos clases fundamentales —la gran burguesía o el proletariado—. El fascismo unifica y arma a las masas dispersas. Con despojos humanos organiza cuerpos de combate. Esto da a la pequeña burguesía la ilusión de ser una fuerza independiente. Comienza a imaginar que ella domina realmente al estado.
¡No es extraño que estas ilusiones y esperanzas atraigan a la pequeña burguesía! Pero también puede encontrar un líder en el proletariado. Esto se demostró en Rusia y, parcialmente, en España.
En Italia, en Alemania y en Austria la pequeña burguesía se inclinaba en esa dirección. Pero los partidos del proletariado no estuvieron a la altura de su tarea histórica. Para atraer a la pequeña burguesía a su lado el proletariado debe ganar su confianza. Y para eso, debe tener confianza en sus propias fuerzas.
Debe poseer un programa de acción claro y debe estar dispuesto a luchar por el poder con todos los medios posibles. Templado por su partido revolucionario para una lucha decisiva y sin cuartel, el proletariado dirá a los campesinos y a la pequeña burguesía de las ciudades: "Estamos luchando por el poder. Este es nuestro programa. Estamos dispuestos a discutir con ustedes los cambios en él. Solo emplearemos la violencia contra el capital y sus lacayos, pero con ustedes trabajadores, deseamos llegar a una alianza sobre la base de un programa determinado". Los campesinos entenderán tal lenguaje. Solo deben tener fe en la capacidad del proletariado para llegar al poder. Pero para eso es necesario depurar el frente unificado de todo equívoco, de toda indecisión y de todas las frases huecas. Es necesario comprender la situación y colocarse a sí mismo responsable en el camino revolucionario.

(Trotski. "*¿Es verdad que la pequeñoburguesía teme la revolución?*", 9 de noviembre de 1934.)



La construcción de la línea ferroviaria Turk-Sib, uno de los imponentes trabajos realizados en el transcurso del primer plan quinquenal.
La crisis de 1929, que hizo tambalear al sistema capitalista mundial, no afectó a la Unión Soviética.



Arriba: tras las primeras ocupaciones de tierras, un campesino revolucionario mexicano marcha con su fusil junto a su arado, 1914. Abajo: dos imágenes de manifestaciones obreras en Argentina.





El movimiento obrero en América Latina



A partir de la Primera Guerra Mundial comienzan a desarrollarse en América Latina algunas manufacturas que traen como consecuencia el crecimiento de la clase obrera. La situación no es homogénea en todo el continente, pero, tomando como indicadores de la situación a los cuatro países más desarrollados (Argentina, Chile, Brasil y México) podemos señalar: el crecimiento rápido de algunas industrias; el proceso de concentración capitalista que comienza a operarse; el aumento de la inversión de capitales extranjeros, especialmente de origen norteamericano; el crecimiento urbano y el afianzamiento político y social de la clase obrera. En la década de 1930 ya hay en Argentina más de 600.000 obreros industriales y se produce una transformación en la constitución misma de la clase obrera. Ya no se trata de inmigrantes —como los venidos a fines del XIX y comienzos del XX— sino de los hijos de esos inmigrandes o de población que emigra desde el interior del país y se radica en la periferia de las grandes ciudades. La nueva estructura del proletariado se reflejará en la formación de sus organizaciones. La crisis de 1930 influye en este proceso. Hasta ese momento el movimiento obrero se divide, fundamentalmente, entre socialistas y anarquistas. Durante el período posterior a la crisis los anarquistas pierden casi por completo su influencia y la hegemonía en las direcciones obreras queda en manos de socialistas o comunistas. Antes de 1930 tienen peso organizaciones como la FORA; después de 1930 aparecen organizaciones como la CGT, central sindical de carácter nacional. En la medida que socialistas y comunistas se reparten la influencia terminan

Discurso de Lázaro Cárdenas

El pueblo mexicano sabe que toda reforma, toda acción que puede afectar los intereses creados o los intereses conservadores tiene que encontrar serios obstáculos en su camino. ¿Qué de extraño tiene entonces, que el pueblo mexicano esté presenciando hoy una acometida de intrigas, tortuosidades y perfidia? En toda la historia hemos observado agresiones semejantes que provienen, no sólo de la fracción conservadora, sino, por desgracia, de elementos que, impulsados por bastardas ambiciones, dejándose arrastrar por camarillas de explotadores, llegan a olvidar los sufrimientos de la clase a la que pertenecieron y abandonando las filas de la Revolución, se solidarizan con los eternos enemigos de ella, para combatir los beneficios alcanzados por los trabajadores en sus luchas de emancipación y ahogar los justos anhelos de mejoramiento, cuya satisfacción reclaman del Poder Público.
El pueblo mexicano y en particular las organizaciones de trabajadores, no deben sorprenderse de esta última acometida. Las nuevas reformas que lesionan los intereses creados, la afectación de la tierra, los esfuerzos porque la distribución de la riqueza sea más equitativa, tienen que traer forzosamente esas reacciones.
Es mentira que haya labor disolvente de los obreros y campesinos organizados. Debemos explicarnos que si hay manifestaciones, algunas veces hasta de carácter tumultorio por algún grupo, éstas no son más que expresiones del dolor que se encuentra en las masas obreras y campesinas.

(Lázaro Cárdenas. De un discurso del 22 de diciembre de 1935.)

Brasil: El proteccionismo estatal

...si nuestro proteccionismo (se refiere al proteccionismo por parte del Estado) favorece a los industriales en favor de la riqueza particular se impone también el deber de ayudar al proletario con medidas que le aseguren comodidades relativas y estabilidad que lo amparen tanto en la enfermedad como en la vejez.

(Getulio Vargas. *A nova politica do Brasil*. Río de Janeiro, Ed. Olympo, 1938, pág. 27.)

Lo que significa este panorama (la vista de Volta Redonda) para nosotros, es que nuestros ojos contemplan el hito final en la emancipación económica de nuestro país. Aquí está, sólidamente construido con hierro y cemento, desafiando a los escépticos de todas partes, a la mentalidad de un sector de la opinión pública que persiste en mostrarse favorable a una solución semicolonial, a la presión de los países industriales, interesados en retenernos en el nivel de consumidores de artículos manufacturados. Aun los más obstinados, entre los agricultores conservadores, comprenden que es inconcebible que sigamos dependiendo de la importación de maquinaria y herramienta; cuando una azada, ese indispensable y elemental instrumento agrícola, cuesta aquí alrededor de 30 cruzeiros (1,50 dólares) es decir, toda una semana de trabajo a base de los salarios que hoy prevalecen.
El problema fundamental de nuestra economía pronto tendrá una nueva base. El país agrario, semicolonial, importador de artículos manufacturados y exportador de materias primas, podrá satisfacer las exigencias de una vida industrial autónoma, proveyendo a sus necesidades más apremiantes en defensa y equipo.

(Getulio Vargas. De un discurso del 7 de mayo de 1943.)

confluyendo, en el período de la guerra, en la política de la Unión Democrática, aplicación local de la táctica de los Frentes Populares.
En Chile la cantidad de obreros se acerca a los 100.000, pero con una ventaja sobre la situación argentina. Ahí se ha producido un proceso de maduración política que se manifiesta en la radicalización del partido socialista. Por otra parte, el partido comunista ejerce su influencia sobre masas importantes. Ello se evidencia cuando en la década de 1930 aparecen los Frentes Populares que, especialmente sobre la base de apoyo de los comunistas consiguen sus objetivos e incluso llegan a imponer un presidente del Partido Radical, Pedro Aguirre Cerda. (Ello no obsta para que, al filo de la misma guerra mundial, ese mismo presidente sea el que aplique las leyes anticomunistas y ponga en la ilegalidad al partido que lo llevó a la presidencia.)
En México también se produce un importante desarrollo, especialmente durante el período de Cárdenas (1939-1940). Si bien no se desarrollan con fuerza los partidos políticos obreros, el partido oficial canaliza las fuerzas obreras y, por otra parte, se funda la Central de Trabajadores de México (CTM) que será importante en esa época, aunque después se transforme en un aparato burocrático, en un apéndice del partido oficial.
La crisis de 1929 afecta de manera muy especial a los países dependientes del imperialismo. Esto facilita en América Latina el surgimiento o el desarrollo de movimientos nacionalistas, en los cuales directa o indirectamente participa la clase obrera. Es el caso del populismo de Vargas en el Brasil; del surgimiento de tendencias socializantes en el ejército chileno —que buscan expresarse en el intento de Marmaduque Grove de constituir una República Socialista en 1932—; del gobierno de Cárdenas, en México bajo el cual se lleva a cabo la reforma agraria y se combinan estatizaciones, reformas y medidas semicolectivas en el campo a través del apoyo a los ejidos colectivos; de los regímenes de Toro y de Pusch en Bolivia, que llevan a cabo una política socializante y fomentan la sindicalización. En este último país adquiere una enorme fuerza el sector obrero minero. Sus luchas pasan a ser el centro de la vida nacional. Pero en 1939 los grupos oligárquicos e imperialistas retoman el poder y reprimen al movimiento obrero. Un momento clave de esta represión es la matanza de los obreros de las minas de Catavi. Un golpe tremendo al proletariado pero que también abre otros caminos: un año después se produce la revolución nacionalista de Villarroel.
En síntesis, durante este período, que se extiende entre una y otra guerra mundial, la clase obrera se constituye definitivamente en algunos países de América Latina y comienza a desempeñar un papel protagónico en la historia del continente.

Movimientos nacionales de liberación en Africa y Asia

La política imperialista en los países de Africa y Asia — el sometimiento a la monocultura, la destrucción de las bases artesanales mediante la imposición de la importación indiscriminada de las manufacturas metropolitanas— limitó y frenó el desarrollo industrial. Los países dependientes se vieron obligados a exportar sólo materia prima y a importar todo el resto. Este mecanismo, a partir del hecho de que los productos primarios se desvalorizan cada vez más mientras se encarecen los productos terminados, concluye reforzando los lazos de la dependencia. Es lo que se denomina el "deterioro de los términos del intercambio".
Las exportaciones de productos primarios de las zonas no indus-

Como reacción antiimperialista surgen en América Latina movimientos nacionalistas que cuentan con el respaldo de la clase obrera. Getulio Vargas en Brasil —arriba, a la izquierda— y Lázaro Cárdenas en México —a la derecha— ejemplifican el desarrollo de estos movimientos. Abajo: una manifestación de campesinos mexicanos.





La acción de Gandhi en la India demuestra la existencia de una clase trabajadora organizada. En las ilustraciones: Gandhi junto al virrey de la India, Lord Mountbatten; y —abajo— junto al Pandit Nehru.

Formación de la C.G.T. de Argentina

La C.G.T. de Argentina se fundó sobre la base de la unificación de la Unión Sindical Argentina y la Confederación Obrera Argentina, en un plenario realizado el 27 de setiembre de 1930, pero su Primer Congreso se realizó años después, en 1936. Dice el Preámbulo de los Estatutos:

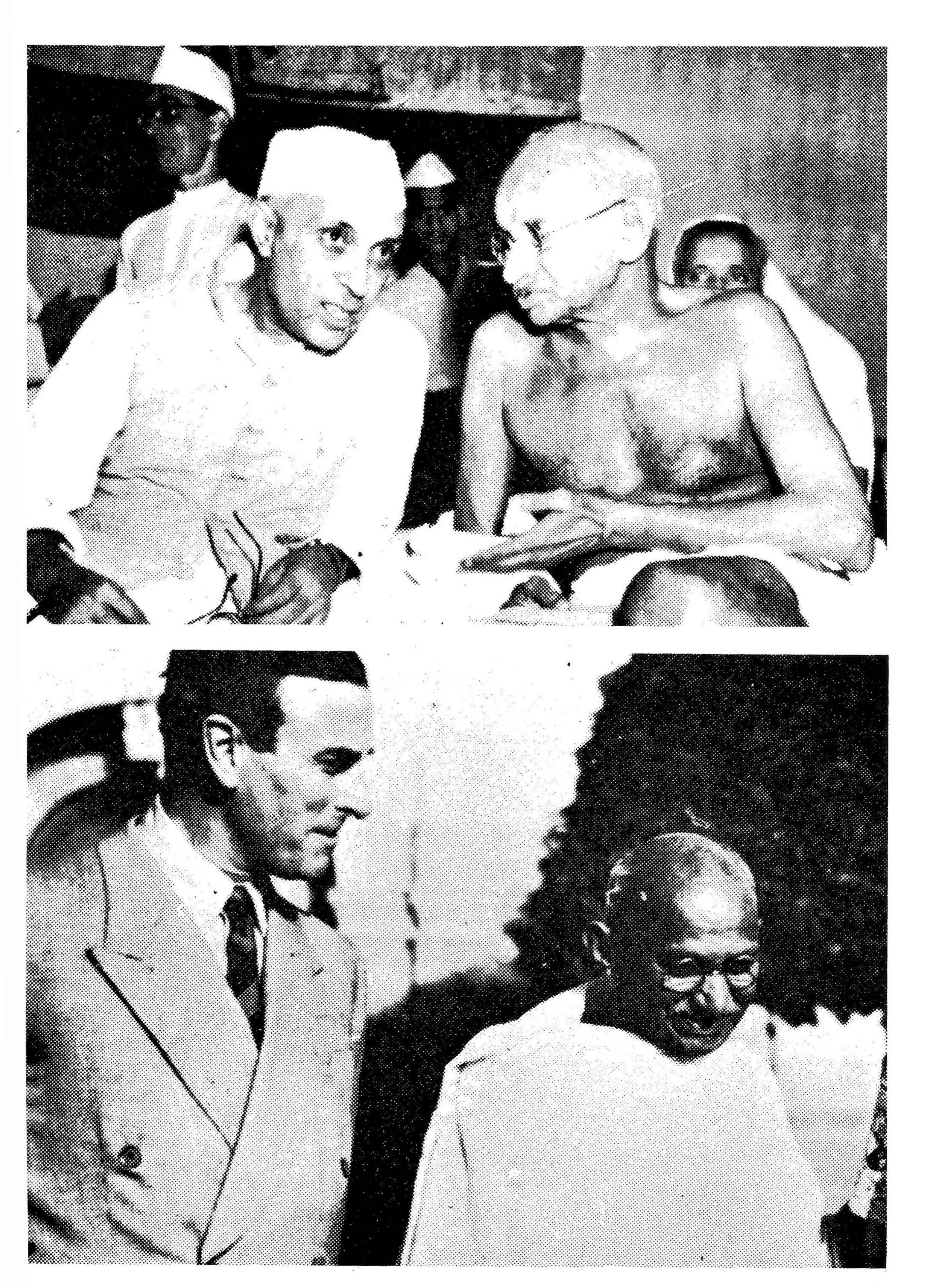
La Confederación General del Trabajo declara:
Que el actual régimen social capitalista, fundado en la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, es para la clase trabajadora una permanente causa de explotación, injusticia y miseria.
Que la evolución de la sociedad capitalista puede ser acelerada por la clase trabajadora, teniendo en ésta también un modo de evidenciar su importancia social, técnica y económica, y de acentuar su influencia en el gobierno de los intereses colectivos.
Que los antagonismos existentes en la sociedad capitalista obligan al proletariado a organizarse para defender sus intereses de clase y preparar su emancipación, creando un nuevo régimen social fundado en la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio.
Sin excluir ningún medio eficaz de lucha, la Confederación General del Trabajo llama a la clase trabajadora a organizarse en el terreno sindical para conquistar, desde luego, mejores condiciones de trabajo y remuneración, hacerse respetar por la clase patronal y bregar por la completa emancipación del pueblo productor de acuerdo con el siguiente Estatuto.

(Tomado de Jacinto Oddone. *Gremialismo proletario argentino.* Buenos Aires, *La Vanguardia,* 1949.)

La matanza de obreros de Catavi (1942)

Masacre de cinco horas: varios emplazamientos de ametralladoras habían sido levantados en la pampa. A las diez a.m. los soldados abrieron fuego sobre la multitud con ametralladoras, un mortero de campaña y fusiles. Los trabajadores se refugiaron donde pudieron. El fuego continuó hasta las tres de la tarde. Los muertos fueron precipitadamente enterrados en un cementerio cercano adoptándose precauciones para que no se pudiera hacer la cuenta de las bajas.
Nunca podrá saberse cuántos mineros bolivianos y sus esposas y niños murieron en Catavi, el 21 de diciembre de 1942. Oficialmente se admitió que hubo 19 muertos y alrededor de 40 heridos. Sin embargo, un testigo ocular afirmó que a lo menos 40 cadáveres fueron acarreados en camiones. Un oficial que estuvo en el sitio declaró que a lo menos 400 muertos fueron enterrados aquel día.
Donde quiera que la verdad pueda encontrarse, es menester tener a la vista las siguientes consideraciones:
Había alrededor de 8.000 personas en la multitud sobre la que dispararon los soldados. Las tropas usaron un mortero de campaña, ametralladoras y fusiles. No había refugio disponible para las 8.000 personas de la multitud. No se informó que uno solo de los soldados hubiera sido herido o muerto durante esa acción. Los militares tomaron medidas drásticas para prevenir cualquier investigación sobre los hechos. Nunca se ha permitido a los trabajadores contar la historia cumplida y abiertamente de su parte.
Puede añadirse, como continuación de la masacre de Catavi, que muchos de los dirigentes del sindicato estuvieron continuamente en la cárcel y fueron enviados más tarde a diversos campos de detención a lo largo de todo el país, incluyendo los campos de concentración en las selvas del Beni, infestadas de enfermedades y distantes de la civilización.

(Informe de un delegado del C.I.O. de los Estados Unidos, tomado por Augusto Céspedes de *La Calle,* periódico nacionalista, del 15 de abril de 1944 en *El presidente colgado. Buenos Aires,* J. Alvarez, 1966.)



trializadas del mundo alcanzaron en 1937-1938 una cifra anual de 6.500 millones de dólares. Desde 1876 hasta esa fecha los países dependientes dejaron de percibir, a raíz del deterioro mencionado, casi 4.000 millones de dólares al tipo de cambio de 1938. Traducido esto en cifras actuales significa cerca de 15 mil millones de dólares, lo que equivale, a su vez, a más del doble de la "ayuda" que por todo concepto recibieron desde países imperialistas. Bastaría —según los técnicos en la materia— un mínimo aumento del 14 % en los precios de las exportaciones para que todos los países dependientes cubran el importe de todas las "ayudas" e inversiones que se canalizan hacia ellos. Es decir, los países imperialistas sólo derivan una pequeña parte de los beneficios directos e indirectos que obtienen en la explotación de los países dependientes para devolverlos como ayuda a través de fundaciones como Ford o Rockefeller, cuyo objetivo parecería ser el de mantener cierto nivel de vida necesario para que la miseria originada por la explotación señalada no baje a niveles que disminuyan la producción.

Fueron situaciones y hechos como éstos los que empujaron el desarrollo de movimientos nacionalistas en los países africanos y asiáticos. Estos movimientos se combinaron en determinado momento con los partidos socialistas y comunistas que comenzaban a aparecer, al mismo tiempo que crecía la clase obrera como tal y empezaba a organizar sindicatos que en pocos años habrían de tener un papel protagónico.

En Túnez aparece, ya en 1924, un sindicato formado por M'Hamed Ali: la Confederación General de Trabajadores Tunecinos. Posteriormente es disuelto y recién en 1937 se organizan sindicatos de importancia. En las zonas de dominio inglés se producen manifestaciones obreras importantes en diversos períodos: en Kenya (1921-1922), en Sierra Leona (1926), en Uganda (1929) y en general en casi todas las colonias y protectorados. Pero las organizaciones que surgen son débiles, salvo en algunos casos como el de Nigeria, donde en 1921 los obreros de la Mechanics Union triunfan imponiendo reivindicaciones salariales. Hay tres zonas que se diferencian claramente: la de los países árabes del norte de Africa (el Maghreb), la de los países bajo dominio francés y la de los países bajo dominio inglés. Sobre algunos casos particulares, la debilidad del movimiento obrero en estas zonas hace que sus organizaciones sean pequeñas y que permanentemente deban enfrentar leyes de excepción o ilegalidad, persecuciones, etc. De ahí que los gérmenes organizativos que aparecen tiendan a unirse a corrientes más amplias en la lucha por la liberación nacional en la cual son los sectores de la clase media africana los que proveen los dirigentes.

En Egipto, desde 1919 se intenta formar un Partido Comunista. Aparece en este período el partido Wafd —sobre la base de un movimiento liderado por Mustafá Kamil; que en 1923 constituirá una fuerza respetable. El Wafd será el origen de todas las tendencias nacionalistas que operarán con eficacia —a pesar de su actitud colaboracionista con los ingleses— a partir de la Segunda Guerra Mundial.

En Siria y Líbano surge en 1930 el Partido Comunista. A pesar de la represión, durante el período de gobierno en Francia del Frente Popular se convierte en el partido comunista más fuerte del medio oriente.

En la India, en medio de la resistencia pasiva dirigida por Gandhi se desarrolla un movimiento obrero organizado. Ya en 1920 se funda el Congreso de las Uniones Obreras de la India, que envía representantes a conferencias internacionales como la de Ginebra. En 1927 el Congreso cuenta con 57 uniones afiliadas que reúnen cerca de 150.000 miembros. En ese año se realiza un Congreso en Madras que muestra el peso de las posiciones más radicalizadas y el mo-

Las milicias populares españolas, creadas por el proletariado en 1936 para enfrentar al fascismo, lucharán durante un año. En mayo de 1937, derrotadas las milicias obreras, el conflicto continuará entre las fuerzas republicanas y las franquistas.



Tras la desorganización que significó la crisis de 1929, el movimiento obrero norteamericano comienza a reconstituirse. En la ilustración: manifestación de la AFL en 1934.

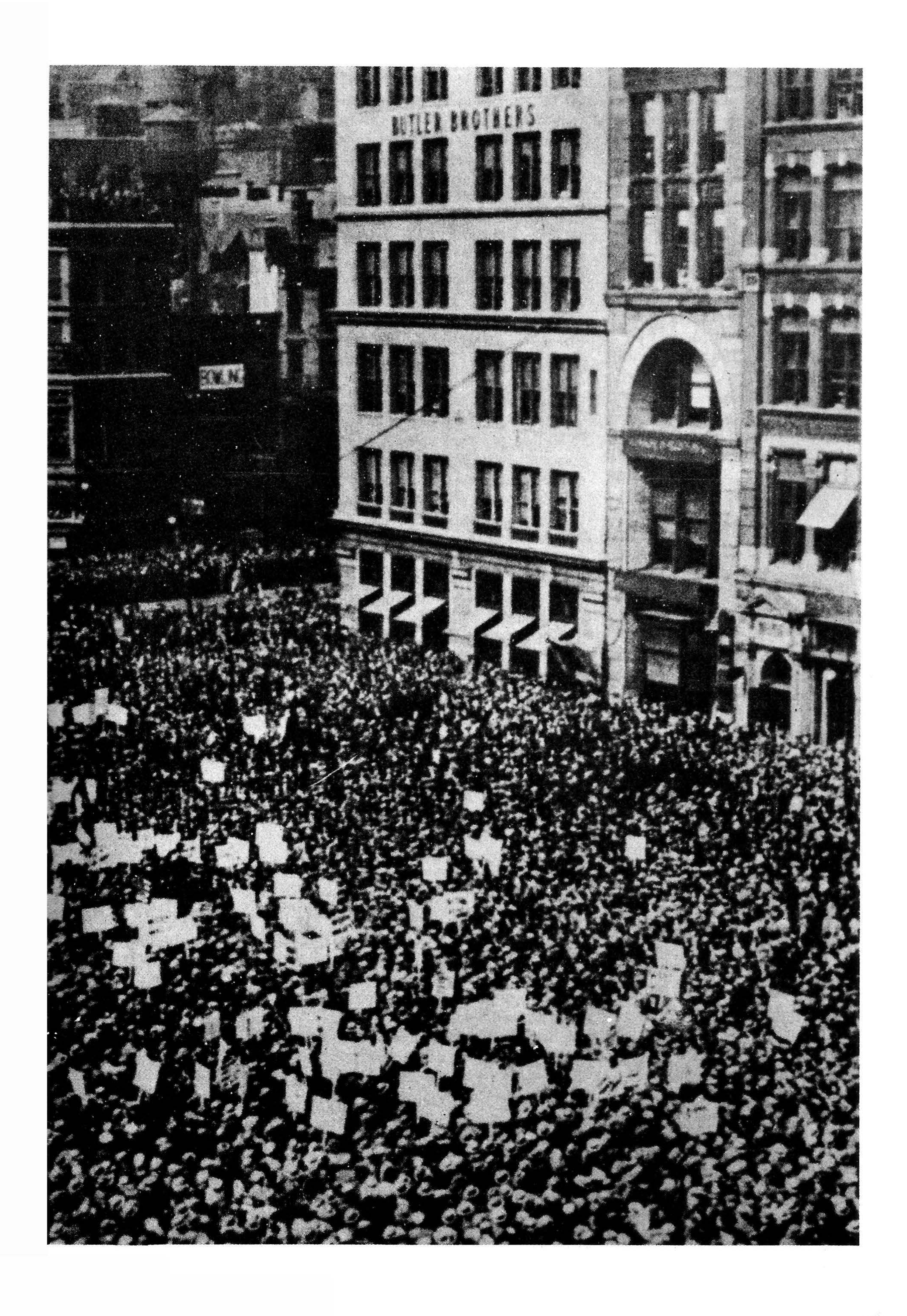
1919: Primer Congreso Panafricano

El Primer Congreso Panafricano, celebrado en París en 1919, anunció objetivos que serían considerados modestos según las pautas actuales. No se mencionó la unidad africana, y el pedido de autogobierno está indicado en términos de gradualismo:

Las resoluciones del Congreso pedían en parte:

A. Que los Aliados y las Potencias asociadas estableciesen una legislación para la protección internacional de los nativos de Africa, similar a la legislación laboral propuesta.
B. Que la Liga de las Naciones estableciese una Oficina permanente encargada especialmente de controlar la aplicación de tales leyes para el bienestar político, social y económico de los nativos.
C. Que los negros de todo el mundo exigiesen que, de allí en adelante, los nativos de Africa y los pueblos de descendencia africana sean gobernados según los siguientes principios:
1. *La tierra*: la tierra y sus recursos naturales serán mantenidos en reserva para los nativos y, en todo momento, éstos tendrán una propiedad efectiva de cualquier cantidad de tierra que razonablemente puedan utilizar.
2. *Capital*: la inversión de capital y otorgamiento de concesiones estarán regulados de manera tal de prevenir la explotación de los nativos y el agotamiento de la riqueza natural del país. Las concesiones serán siempre limitadas en el tiempo y estarán sujetas a control estatal. Deberán tenerse en cuenta las crecientes necesidades de los nativos y los beneficios serán gravados con impuesto con el fin de que redunden en provechos sociales y materiales para los nativos.
3. *Trabajo*: la esclavitud y los castigos corporales serán abolidos, así como los trabajos forzados, excepto como castigos de crímenes; y las condiciones generales de trabajo serán prescriptas y reguladas por el Estado.
4. *Educación*: todos los niños nativos tendrán derecho a aprender a leer y a escribir en su propia lengua y en la de la nación fideicomisaria, a expensas públicas, y a recibir instrucción técnica en alguna rama de la industria. El Estado educará igualmente la mayor cantidad posible de nativos en disciplinas técnicas y culturales y mantendrá un cuerpo de profesores nativos.
5. *El Estado*: los nativos de Africa deben tener derecho de participar en el gobierno tan pronto como lo permita su desarrollo, de acuerdo con el principio de que el gobierno existe para los nativos, y no los nativos para el gobierno. Se les permitirá inmediatamente participar en el gobierno local y tribal, según los antiguos usos, y esta participación se extenderá gradualmente, a medida que aumenten la experiencia y la educación, a las altas autoridades del Estado, para que, finalmente, Africa sea gobernada con el consenso de los africanos... Dondequiera que se pruebe que los nativos de Africa no reciben un tratamiento justo de manos de ningún Estado o que algún Estado excluye deliberadamente a sus ciudadanos o sujetos civilizados de ascendencia negra de su cuerpo político y cultural, la Liga de las Naciones tendrá el deber de hacer conocer el caso al mundo civilizado.

(Tomado de W. E. Du Bois. *The World and Africa,* N. York, The Viking Press, 1947, y citado por Kohn y Sokolsky en *El nacionalismo africano en el siglo XX*. Buenos Aires, Paidós, 1968.)


BUTLER BROTHERS

vimiento obrero se encauza por rumbos revolucionarios. En 1928 sacude al país la mayor ola de huelgas registrada en su historia. Durante ese proceso ascienden a puestos directivos hombres como J. Nehru. La posición pacifista de Gandhi comienza a quedar en minoría. Pese a la gran represión contra los dirigentes obreros y los nacionalistas, en 1929 se realiza en Lahore un Congreso que se pronuncia por la independencia total, cosa que a pesar de sus esfuerzos Gandhi no puede impedir. Se proclama el 26 de enero de ese año como Día de la Independencia Total. Ante su fracaso Gandhi abandona el movimiento nacionalista y a partir de 1932 se dedica a los "intocables". La nueva dirección enfrenta la represión en los años siguientes y la independencia efectiva de la India se consigue como un compromiso formal de los ingleses en el curso de la guerra y como realidad efectiva a partir de 1947.

En China se desarrolla una lucha prolongada y de gran importancia, no solo por los movimientos revolucionarios del período que culmina entre 1925 y 1927, sino también por la resistencia posterior en el enfrentamiento con el Kuomintang. El proceso que lleva al triunfo a la revolución china se gesta durante esa larga etapa de resistencias y de organización. Al final la guerra civil en China se mezcla con la guerra contra el Japón. En medio de esta compleja situación se desarrollan los organismos obreros más importantes. Su triunfo se dará en 1949, al constituirse China en nuevo estado obrero.

La revolución española

La tónica de la pos guerra la da en España la dictadura de Primo Rivera (1923-1930). Teórico del fascismo, sus ideas no pueden triunfar en ese momento en España aunque sí en Italia y Portugal. En 1931 se proclama la República (1931-1936). Un gobierno de tipo republicano-socialista (de derecha) reprime al movimiento obrero como sucede en 1934 cuando los mineros de Asturias se lanzan a huelgas y ocupaciones. Esas y otras luchas son lideradas por las dos centrales sindicales más importantes: la CNT (anarquista) y la UGT (socialista).

En 1936, con motivo de la sucesión presidencial, se crea un Frente Popular que canaliza importantes fuerzas. La derecha socialista se identifica con los representantes de la burguesía y los comunistas y socialistas dan la tónica al Frente. Este es heterogéneo, ya que forman en él desde antiguos fascistas como Azaña hasta dirigentes populares representativos como Companys. En las elecciones alza como objetivo la defensa de la democracia y la lucha contra el fascismo. Largo Caballero aparece en dicha campaña como figura importante de la izquierda socialista y de las juventudes.

El Frente Popular, que triunfa en las elecciones, entiende que España es todavía feudal y que deben realizarse reformas para acelerar su modernización.

Bajo su gobierno crecen las organizaciones sindicales CNT y UGT y los cuadros políticos de la FAI (Federación Anarquista Ibérica), del PS y del PC. Pero en julio de 1936 se unen la derecha burguesa y los fascistas y el 17 de julio se produce el pronunciamiento contra la República del general Franco.

El gobierno queda paralizado ante el hecho, pero no sucede lo mismo con la clase obrera. El 19 de julio toman el arsenal, detienen a los oficiales y comienzan a formarse, aceleradamente, las milicias populares.

Desde Asturias, los mineros armados bajan a Madrid en apoyo de sus camaradas. En principio, el enfrentamiento se produce no entre el gobierno y el ejército de Franco sino entre éste y los obreros en armas, organizados bajo las siglas sindicales de la UGT y la CNT. Comienza la guerra civil, un largo proceso que se extiende hasta 1939 y durante el cual la clase obrera actuará como protagonista solo hasta mayo de 1937.

El 4 de mayo, ante la inoperancia del gobierno en quien se confía y los avances que realizan Franco y sus fuerzas fascistas, los obreros de Barcelona se organizan para avanzar en la revolución abierta sobre España. Pero son traicionados por su propios dirigentes, que dejan pasar para reprimir a las fuerzas del ejército que aun se mantienen con el gobierno burgués.

A partir de la derrota obrera de mayo de 1937, la guerra civil se reduce al enfrentamiento entre los fascistas de Franco y los republicanos del gobierno. La posibilidad de una revolución social quedaba descartada.

Una cuestión de fondo se planteaba en torno a estos hechos: quién hace la revolución y bajo qué dirección. Si se entiende que la revolución democrática antecede a la socialista y la burguesía debe cumplir un papel por una cierta etapa —aun cuando las condiciones sean de insurrección obrera —la tesis tiene su ejemplificación en la política que aplicó el Frente Popular y en sus consecuencias. Si se entiende, por lo contrario que la revolución democrática solo puede consolidarse como producto de la intervención masiva de la clase obrera y del pueblo como sucedió en Rusia en 1917 se imponía en España no solo una política antifascista sino también anticapitalista, expresada en ese momento en las ocupaciones de tierra y en las tomas de fábricas. Pero esta última instancia fue defendida por algunos grupos que pronto quedaron aislados y en minoría.

La clase obrera y el campesinado pusieron a la burguesía en el poder en esos años en dos oportunidades. La primera vez fue en 1931 y la segunda en 1936. La derrota del movimiento obrero y de la revolución socialista en España fue la última gran derrota del proletariado anterior a la Segunda Guerra Mundial. Es también su antesala: 1939 es el

Andrés Nin: El primero de mayo de 1937

(Tomado de *La Batalla*, 1º de mayo de 1937. Reproducido en Andrés Nin. *Los problemas de la revolución española.* Ruedo Ibérico, 1971.)

Seis años atrás, la clase trabajadora española celebraba el primero de mayo en medio de un gran entusiasmo, el corazón henchido de esperanza. Quince días antes había caído el odiado régimen monárquico. La República del 14 de abril vivía su luna de miel. Y Alcalá Zamora, presidente del gobierno provisional, prometía a la multitud obrera la iniciación de una nueva era, la era de la justicia social.

Pero el verdadero carácter de la transformación política que acaba de sufrir España no tardó en manifestarse. La burguesía, con el auxilio directo de los socialistas, se aprovechó del entusiasmo popular para emprender rápida y eficazmente la consolidación de sus posiciones quebrantadas, para afianzar, bajo la máscara democrática, su dominación, puesta en peligro por el movimiento revolucionario de las masas. Inspirada por su certero espíritu de clase, frenó la propia revolución, conservando, esencialmente, las bases económicas de la monarquía y manteniendo incólume el mecanismo estatal del régimen derribado.

El idilio de abril, como era de esperar, fue breve. Contrariamente a lo que pretendía la burguesía, la revolución no solo no había terminado, sino que entraba en una nueva fase llena de peligros y a la par de grandes posibilidades. "El período que se abre —decíamos por aquel entonces— no es un período de paz, sino un período de lucha encendida. Y en esta lucha estarán en juego los intereses fundamentales de la clase trabajadora y todo su porvenir. La clase obrera será derrotada si en el momento crítico no dispone de los elementos de combate necesarios; triunfará si cuenta con estos elementos, si se desprende de todo contacto con la democracia burguesa, practica una política netamente de clase y sabe aprovechar el momento oportuno para dar el asalto al poder".

En efecto, la lucha de clases recobró todos sus derechos, con más intensidad todavía que durante la monarquía, pues, en un régimen democrático los antagonismos de clase se manifiestan en toda su desnudez, y la experiencia de los últimos seis años vino a demostrar que la democracia burguesa, incapaz de resolver los problemas fundamentales del país, preparaba el terreno al fascismo, y que la única salida de la situación era la revolución proletaria.

En la sublevación militar del 19 de julio, y la guerra civil y la revolución subsiguientes, se ha condensado, por decirlo así, toda esta experiencia. Y es en este momento crucial de nuestra historia "en que están en juego los intereses fundamentales de la clase trabajadora y todo su porvenir", cuando partidos que pretenden ser obreros y marxistas intentan yugular la revolución, frustrar las inmensas posibilidades que se ofrecen al proletariado español, sacrificando sus intereses superiores —que coinciden con los de la humanidad civilizada— a la República democrática parlamentaria, es decir, a la burguesía y a su régimen de explotación.

La consigna que arrastró a las masas populares al primero de mayo de 1913, fue: ¡Viva la República del 14 de abril!

La consigna de las masas trabajadoras de España, en este Primero de Mayo trágico y glorioso, debe ser: ¡Viva la revolución social! ¡Viva el gobierno obrero y campesino! Sólo con el triunfo de esta consigna no habrá resultado estéril el generoso sacrificio del proletariado español ni su magnífico heroísmo, sin precedentes en la Historia.

"Hay que encarcelar a los terratenientes que lanzan al hambre a los campesinos. Hay que encarcelar a los que vienen aquí a exigir responsabilidades cuando no han hecho nada. Y cuando se comience por hacer esa obra de justicia no habrá un gobierno más firme y más fuerte, porque las masas populares de España se levantarán para luchar."

Dolores Ibarruri

Tal como en la Primera Guerra Mundial, los obreros enfrentan desde 1939 las consecuencias de una lucha que no les pertenece. En los talleres o en las filas, nuevamente los trabajadores son la carne de cañón en una guerra interimperialista.

año del triunfo de Franco sobre la resistencia republicana en España y es el año en que Hitler comienza su ofensiva militar.

El papel de los sindicatos en la época del imperialismo

Durante esta etapa, de la misma manera que se transforma la sociedad se transforman los sindicatos. Su funcionamiento, originado en el período del capitalismo liberal, cambia al pasarse al período del capitalismo monopolista, el cual deja de lado la libre competencia y comienza a actuar en estrecha relación con el estado. Lo mismo sucede con el sindicalismo en la medida en que no rompe con las pautas reformistas, en que no cuestiona la propiedad de los medios de producción y el poder. En los países fascistas es llevado a sus últimas consecuencias —en ellos caen las máscaras de la política reformista que funcionan en otros lugares— y los sindicatos se transforman directamente en órganos del estado. Allí dejan de ser un arma para la lucha obrera —ya sean sus objetivos revolucionarios, reformistas o neutros— y el sindicalismo es prácticamente liquidado como tal. Pero todo esto no quiere decir que durante la etapa imperialista no hayan existido sindicatos independientes, fuera del marco de la política reformista y de la colaboración con el capitalismo en su fase imperialista.

En los países dependientes, semicoloniales o coloniales (es decir con independencia sólo formal o con status directo de colonia) lo que domina son los intereses del capitalismo mundial y no los del capitalismo nacional. Esto refuerza las relaciones de los sindicatos con el estado pues ello es el único medio que tienen los grandes inversionistas para controlar al movimiento obrero.

Esto explica, a su vez, el papel que pueden desempeñar estos sindicatos en países donde la burguesía ocupa un lugar mucho menos importante que el que ocupa la producción industrial "Teniendo en cuenta —señala Trotski— que el imperialismo no importa obreros, sino que proletariza la población nativa, el proletariado del país comienza pronto a desempeñar el papel más importante en la vida de la nación. En esas condiciones el gobierno nacional, en la medida que procure resistir al capitalismo extranjero, está obligado, en mayor o menor grado, a apoyarse en el proletariado". En estas condiciones los sindicatos, pasan a desempeñar en un país dependiente no sólo un papel político sino a convertirse en un arma fundamental del proceso de liberación nacional y social. El sindicato cumple por lo tanto, nuevas funciones durante la etapa imperialista. Esto se produce, sobre todo, a partir de 1945, cuando buena parte de los sindicatos comienzan a canalizar la actividad política de la clase obrera.

El movimiento obrero y la Segunda Guerra Mundial

Durante la Segunda Guerra Mundial la clase obrera sufre en Europa fuertes represiones. El fascismo, triunfante en Alemania e Italia, se extiende a través de las ocupaciones, a Checoslovaquia, Polonia, Bélgica, Holanda y Francia. A ello se suma la situación de Yugoslavia, bajo una monarquía colaboracionista, y de España, bajo la dictadura de Franco. Solo Inglaterra y Rusia se mantienen al margen de la ola fascista. En todos los países mencionados el movimiento obrero es perseguido: el 90 % de los condenados por el régimen hitleriano pertenecen a él. Esporádicamente se producen violentas huelgas en Francia, en Italia y en otros países. La re-



sistencia popular se organiza. Es la etapa de los "maquís" y de los "partisans". Cuando en 1941 Hitler se lanza a ocupar Rusia y es derrotado el panorama cambia totalmente. Ese mismo año los japoneses atacan la base de Pearl Harbour en el Pacífico, y el desastre permite al gobierno norteamericano quebrar la resistencia popular contra la guerra. Su entrada en ella le servirá para ampliar su influencia en el Pacífico.

En los Estados Unidos los sindicatos pasan a formar parte de la "unión nacional". Sólo Lewis, durante algunos años, defiende los intereses de la clase obrera, pero al fin, después de huelgas y represiones, accede a firmar un acuerdo con Roosevelt. Nuevamente la clase obrera se transforma en carne de cañón para defender los intereses de la burguesía. Pero la guerra trascenderá en sus consecuencias los límites del triunfo "democrático" de los aliados: lo señalan así hechos que van de la defensa del estado obrero soviético al crecimiento de los movimientos masivos que luchan por la liberación nacional en los países dependientes. En Yugoslavia triunfa la insurrección popular contra el fascismo y la monarquía colaboracionista; en Italia y en Francia la guerrillas obreras y populares de la resistencia se transforman en la base de los partidos socialistas y comunistas que actuarán durante la etapa posterior.

En los países dependientes la guerra permite la posibilidad de un desarrollo industrial a partir de la necesidad de abastecerse de productos antes importados. Esto permitirá el crecimiento de una burguesía o de una pequeña burguesía nacionales que se unirán y darán comienzo a importantes procesos. Finaliza la etapa del colonialismo directo (político-militar) y se gesta la independencia de países como la India y también de países de Africa negra o de las zonas árabes. En América Latina los movimientos nacionalistas dan una nueva fisonomía al continente. De la Segunda Guerra Mundial la clase obrera sale a una lucha que que la transforma cada vez más en protagonista principal de la historia. La revolución China de 1949 y la constitución de nuevos estados obreros en Europa Oriental así lo indican.

Bibliografía

Wolfgang Abendroth. *Historia del movimiento obrero en Europa.*

Adolf Sturmthal. *La tragedia del movimiento obrero.* México, Fondo de Cultura Económica, 1945.

León Trotski. *Los sindicatos en la época del imperialismo* (texto de 1940).

Fritz Sternberg. *Capitalismo o socialismo.* México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

Walter Z. Laquer. *Comunismo y nacionalismo en el Cercano Oriente.* México, Costa-Amic Editor, 1957.

Jean Meynaud y Anisse Salah-Bey. *El sindicalismo africano.* Madrid, Tecnos, 1965.

Hugo Sacchi. *El movimiento obrero en América Latina.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972.

Italia 1918-1922: Socialismo o fascismo

Eduardo Viola

Presentándose como nacionalista y popular, el régimen fascista consigue atrapar con su fraseología a un sector del proletariado italiano.

Desde fines del siglo XIX el capitalismo se expande en Italia con rapidez al mismo tiempo que se forman importantes núcleos de concentración proletaria en diversas ciudades. La coyuntura internacional impone desde el principio una fuerte concentración del capital y la formación del capital financiero y de los monopolios. Pero esta expansión se produce en un mercado interno muy restringido a raíz del predominio del feudalismo en el campo.

En el momento en que estalla la Primera Guerra Mundial el movimiento obrero ya ha logrado estructurarse sindical y políticamente. La Confederación General del Trabajo (CGL) agrupa a un importante sector de la clase obrera urbana, especialmente en Piamonte y Lombardía, y en el Partido Socialista Italiano (PSI) se han volcado grandes grupos de trabajadores italianos.

La composición del PSI es la siguiente: 43 % de obreros industriales, 15 % de trabajadores agrícolas, 6 % de campesinos pobres, 15 % artesanos y 3,5 % de funcionarios públicos. Aparte de los sindicatos existen en Italia, en cada ciudad, las Cámaras de Trabajo, que desempeñan un papel de verdadera dirección sindical local. Las Cámaras de Trabajo están directamente sometidas a la presión de la clase obrera y debido a ello tienden a adoptar posiciones combativas que las colocan frecuentemente en conflicto con las direcciones sindicales nacionales, orientadas por el reformismo de la CGL.

En el Congreso de 1912 del PSI la dirección reformista (orientada por el revisionismo bersteniano) es reemplazada por una dirección maximalista —influida por el ala izquierda de la Segunda Internacional—, que plantea una política orientada hacia la revolución socialista. La aventura imperialista en Libia en 1912 había provocado un fuerte repudio por parte del proletariado y una definida conciencia sobre el carácter imperialista de la inminente guerra europea. En junio de 1914 se realizan manifestaciones antimilitaristas en toda Italia, que culminan con una huelga general como respuesta a la represión. En Ancona los acontecimientos derivan en una insurrección obrera —la Semana Roja— que es apoyada por el PSI, pero abandonada a su suerte por la CGL. Esta divergencia entre ambas organizaciones, latente unas veces, manifiesta otras, será frecuente en los años siguientes.

Cuando estalla la guerra los socialistas abogan por la neutralidad, aunque no con la firmeza que hubiera correspondido de acuerdo al estado de ánimo de las bases. Esto favorece los planes del capitalista monopolista, que en 1915 impone el ingreso de Italia en la guerra, ante la parálisis del PSI, que en vez de condenar la intervención se pronuncia mediante la ambigua consigna de "ni sabotear ni apoyar". El PSI participa en la Conferencia de Zimmerwald, pero su política real está lejos de las posiciones radicalizadas de los revolucionarios rusos, encabezados por Lenin.

Las calamidades de la guerra agudizan la crisis social y radicalizan a las grandes masas trabajadoras, en especial después de la derrota en Capporeto. A ello se suman las noticias llegadas desde Rusia. La revolución de febrero fue recibida con enorme expectativa por los obreros. En julio de 1917, cuando llegó a Turín la delegación del Sóviet de Petrogrado, fue recibida por una multitud que vivaba a Lenin y los bolcheviques. El 23 de agosto el clima revolucionario en Turín desemboca en una insurrección armada. Los obreros, que disponían de ametralladoras y granadas, se apoderaron de varios barrios e intentaron tres o cuatro veces tomar el centro de la ciudad, donde estaban los edificios públicos y los cuarteles.

Pero después de cinco días de lucha con el ejército fueron derrotados, dejando un saldo de más de quinientos muertos y

El frente de batalla. Con el ingreso de Italia a la guerra en 1915 la crisis social se agudiza y las masas trabajadoras radicalizan su posición política.

centenares de heridos y detenidos.

La terminación de la guerra encuentra a grandes masas movilizadas, que no están dispuestas a que todo vuelva a ser como antes. La Asamblea Constituyente, la reforma agraria, el derecho al trabajo se transforman en consignas de millones de hombres. Pero no sólo los de abajo no quieren seguir viviendo como antes; los de arriba tampoco pueden seguir gobernando como ayer. La lucha entre las diversas fracciones de las clases dominantes adquiere una inusitada virulencia debido a que los aliados no le otorgan a Italia las compensaciones territoriales prometidas por su intervención en la guerra. Italia se convirtió así, junto con Alemania, en el eslabón más débil de la cadena imperialista; el país donde la acumulación de las contradicciones provocaba una crisis revolucionaria que hacía posible la transformación radical de la sociedad.

La ofensiva de la clase obrera

Durante el transcurso de la guerra la mayoría maximalista del PSI (Serrati) mantuvo una política neutralista no muy clara, mientras la minoría reformista, encabezada por Turati, se inclinaba por el apoyo al esfuerzo bélico, especialmente después de la derrota de Caporetto. No obstante, el partido mantuvo su unidad. En el Congreso de setiembre de 1918 se aprobó un nuevo programa que se oponía a cualquier tipo de participación del partido en el gobierno nacional y se abandonó la consigna de la Asamblea Constituyente, que pedía la formación de sóviets para establecer la dictadura del proletariado. También se llegó a un acuerdo con la CGL por el cual se delimitaban las respectivas esferas de acción: las huelgas y agitaciones de carácter económico serían conducidas por la CGL; las de carácter político, por el PSI.

Este planteo se inscribe en la línea de la Segunda Internacional, cuya constante era ubicar lo económico y lo político en compartimientos estancos. La Tercera Internacional superará solo parcialmente este error, para volver a caer en él a partir de su quinto Congreso, en 1924. El efecto teórico de la escisión entre lo político y lo económico es el economismo, el cual lleva, a su vez, hacia el reformismo evolucionista o hacia el catastrofismo economista. (Según éste, el sistema se derrumbará por sus contradicciones económicas y sólo es posible seguir este proceso, limitándose a agudizar sus contradicciones siempre que ello sea factible.) El economismo, que trae siempre aparejada la ausencia de una línea política de masas, será una constante en el maximalismo italiano y es uno de los factores que explican la parálisis política en que cayó el PSI ante la situación revolucionaria de posguerra.

Al finalizar la guerra el nivel de vida de los asalariados se ha reducido considerablemente. El salario real ha disminuido un 35 % y escasean varios artículos de consumo popular, especialmente el pan. La jornada de trabajo se ha prolongado con el pretexto de la producción para la defensa.

El primer movimiento reivindicativo de posguerra será en pro de la jornada de ocho horas, objetivo que será conquistado con relativa facilidad dado que la burguesía se encuentra a la defensiva e intenta controlar el ascenso proletario haciendo concesiones. Paralelamente se desarrollan manifestaciones y disturbios debido a la escasez de artículos de consumo. Para el mes de junio las demostraciones se suceden casi diariamente en todo el país y van adquiriendo un definido carácter insurreccional. Así lo relata Horowitz: "En las zonas de Emilia, Romaña, Toscana y las Marcas, zonas tradicionales de los extremistas,



la insurrección se presentó con toda violencia. Depósitos, tiendas y hasta cooperativas fueron saqueados. Las oficinas gubernamentales fueron ocupadas. La turbamulta insurrecta se apoderó de la ciudad de Florencia.

Huelgas generales en Ancona, Bolonia e incluso en Palermo suspendieron toda actividad y las turbas ocuparon las oficinas del gobierno. En menor grado se produjeron disturbios en Milán, Roma, Nápoles y otros centros importantes. Es significativo que los obreros, campesinos y otros implicados en los tumultos se dirigieran a las Cámaras de Trabajo como fuente de sus anhelos de dirección y, como sucedió con frecuencia, cuando declaraban sóviet a una región, entregaran la autoridad a las Cámaras.

A menudo los comerciantes confiaban las llaves de sus depósitos a las Cámaras y buscaban protección en ellas . El 4 de junio una huelga general paralizó al país por completo, dando comienzo a una serie de huelgas políticas a escala nacional que se sucederán en los años siguientes. Durante este proceso el Partido Socialista desempeñó un papel bastante pasivo limitándose a emitir declaraciones incendiarias, pero sin ofrecer una guía de acción a los trabajadores.

El movimiento finalizó cuando el gobierno se hizo eco de las demandas populares, dando a las autoridades municipales (una tercera parte en manos de los socialistas) poder para requisar alimentos.

Poco tiempo después se produce una huelga general (20 y 21 de julio) de solidaridad con la Revolución Rusa, amenazada por la intervención de las potencias capitalistas coaligadas. Esta huelga debía tener carácter internacional, según lo convenido en una conferencia sindical realizada en Inglaterra, pero finalmente solo se produjo en Italia, lo que muestra un estado de ánimo decididamente combativo e internacionalista entre los trabajadores de ese país.

No obstante su éxito, esta huelga permitió constatar una disminución en la combatividad con respecto a la anterior. Era el primer indicio del agotamiento que provocaba en el proletariado la movilización sin la existencia de una dirección con objetivos definidos y una estrategia de poder.

Estas movilizaciones condujeron a Italia a una situación decididamente revolucionaria. El clima de guerra civil llevó el pánico a las clases dominantes, que temían como inminente la revolución. Sin embargo, el proletariado se hallaba lejos de la toma del poder a pesar de la madurez de las condiciones objetivas. El PSI, la organización reconocida por la clase obrera, no tomaba ningún tipo de medidas políticas ni organizativas que indicaran una preparación para tomar el poder, pero declamaba a los cuatro vientos alertando así a la burguesía sobre una revolución que no llegaba, pero que se esperaba cada mañana.

Durante el año se realizaron huelgas por aumentos de salarios, que culminaron con las huelgas generales del mes de agosto. Finalmente los patrones concedieron los aumentos requeridos. Durante el año 1919 los trabajadores lograron elevar el salario real al nivel de preguerra. Ese año se produjeron 1663 huelgas en la industria (pararon 1.049.000 obreros y se perdieron 18.888.000 días de trabajo) y 208 huelgas en la agricultura, (pararon 505.000 obreros y se perdieron 3.437.000 días.) Junto con esto se produjo la expansión de la CGL: de 250.000 miembros que tenía antes de la guerra pasó a tener, en 1919, más de un millón.

Posteriormente continuó la ola de huelgas y movilizaciones. En la industria se realizaron 1881 huelgas, (pararon 1.268.000 trabajadores y se perdieron 16.398.000 jornadas de trabajo). En la agricultura las huelgas fueron 189, menos que en 1919, pero afectaron a más del doble de obreros (1.046.000 y una pérdida de 14.171.000 días de trabajo). La CGL llegó durante ese año a los 2.200.000 afiliados.

Las conquistas logradas durante los dos primeros años de posguerra fueron muy importantes: ascenso de los salarios reales a un nivel muy superior al de preguerra, jornada de ocho horas, vacaciones pagas, convenios colectivos de trabajo institucionalizados, reconocimiento de las comisiones internas con atribuciones respecto de las quejas de los trabajadores y problemas internos de trabajo. El movimiento a favor del reconocimiento de las comisiones internas de fábrica había sido dirigido por la CGL durante la guerra sin resultados positivos. En el Congreso de la Federación de Obreros Metalúrgicos (FIOM), realizado en noviembre de 1818, la mayoría reformista de la dirección sindical intentó darle a las comisiones internas un carácter de organismo técnico para colaboración de clases. A esto se opusieron los elementos revolucionarios, que recelaban de las comisiones internas temiendo que adormecieran la conciencia de clase, y que plantearon que ellas fueran, al menos, organismos de reivindicación y de lucha clasista, y, que no se subordinaran al sindicato. Durante 1919 las comisiones se extendieron por todo el norte industrial. Eran elegidas por miembros del sindicato y se hallaban bajo la disciplina y control del mismo.

Fue en agosto de 1919 cuando surgió, en la FIAT de Turín, el primer consejo de fábrica con funciones que superaban a las de las comisiones internas. El consejo de fábrica era propagandizado por el grupo Ordine Nuovo dirigido por Gramsci, quien representaba la fracción de izquierda del Partido Socialista.

El consejo de fábrica de la FIAT se integró con representantes elegidos por sección de la planta y por todos los obreros, estuvieran o no afiliados al sindicato.

Tampoco importaba el reconocimiento de la patronal ya que se lo consideraba un organismo para la toma del poder por el proletariado. Los consejos de fábrica se extendieron rápidamente en todas las fábricas de

Turín. Frente a este proceso, y temerosa de perder el control, la FIOM convocó una conferencia para el mes de noviembre, pero ya el movimiento había logrado gran adhesión en los medios obreros y los reformistas debieron hacer importantes concesiones a los defensores de los consejos, llegándose así a una declaración de transacción que decía:

"Consentir el experimento de los consejos de fábrica, pero solo hasta donde se considere que la función de estos sea continuación de la obra de las comisiones internas coordinada con la de la organización en cuyos principios debe inspirarse, que se limite a los centros que cuentan con los elementos mejor organizados y que se determinen exactamente sus funciones para evitar la creación de ilusiones fáciles en las masas, ilusiones que terminarían por tener repercusiones nocivas en la propia organización de clase."

Para el grupo Ordine Nuovo los consejos de fábrica eran la vía para concretar en Italia el permanente llamado a la formación de sóviets que realizaba el PSI. Es decir, los consejos serían organismos de poder obrero que practicarían la democracia desde la base, permitiendo la participación de las grandes masas en la toma de decisiones respecto de la política a seguir. Paralelamente los consejos eran un organismo de educación de la clase obrera para el momento en que esta tuviera que hacerse cargo de la dirección del proceso productivo. Para Gramsci los consejos eran "lo más escogido del nuevo Estado de los Trabajadores y, en el período de lucha violenta, lo más escogido del ejército revolucionario [...], una verdadera escuela para la capacidad reconstructiva de los obreros [...], la principal organización de gobierno y de la administración obrera de la producción".

En abril de 1920 estalla en Turín un conflicto vinculado al poder efectivo de los consejos: en la FIAT la administración impone un cambio de hora que es recha-

Acuerdo del P.S.I. y la C.G.L. (29-9-1918)

1. Las huelgas y agitaciones de carácter político nacional serán proclamadas y dirigidas por el directorio del partido.
2. Las huelgas y agitaciones de carácter económico nacional serán proclamadas y dirigidas por la Confederación.
3. Dado que existen cuestiones que puedan ser consideradas como prevalentemente políticas por el directorado del partido y como prevalentemente económicas por la Confederación y viceversa, y de esa forma dar nacimiento a [...] conflictos sobre competencia, se acuerda que, cuando el directorio se halle a punto de reunirse, transmitirá su propia orden del día a la CGL, con el fin de que ésta esté al tanto de los temas que se tratarán y en condiciones de intervenir como cuestión de derecho, mediante su propia representación, en las sesiones del directorio. Se tomarán disposiciones similares para las sesiones del Consejo Directivo y del Consejo Nacional de la Confederación del Trabajo, los que transmitirán su propia orden del día al directorio, para que éste, cuando lo estime útil y necesario, pueda intervenir como cuestión de derecho en las sesiones del Consejo Directivo y del Consejo Nacional.

La "originariedad" del Consejo de Fábrica

[...] De esa tesis general hemos partido para desarrollar la crítica a la organización sindical, concebida siempre como la forma originaria de la clase obrera y como la forma autónoma de desarrollo de la revolución comunista, y hemos sostenido, por el contrario, la "originariedad" del Consejo de Fábrica, la única institución proletaria que, por nacer precisamente allí donde no subsisten las relaciones políticas de ciudadano a ciudadano, allí donde no existen para la clase obrera ni libertad ni democracia, sino sólo, y con su mayor crudeza, las relaciones económicas de explotador a explotado, de opresor a oprimido, representa el esfuerzo perenne de liberación que la clase obrera realiza por sí misma, con sus propios medios y sistemas, para fines que no pueden ser sino los suyos específicos, sin intermediarios, sin delegaciones de poder a funcionarios ni a politicastros de carrera.
[...] Como el Estado obrero es un momento del proceso de desarrollo de la sociedad humana que tiende a identificar las relaciones de su convivencia política con las relaciones técnicas de la producción industrial, el Estado obrero no se funda en circunscripciones territoriales, sino en las formaciones orgánicas de la producción: las fábricas, los astilleros, los arsenales, las minas, las factorías. [...]

(A. Gramsci, *Los grupos comunistas*, en *L'Ordine Nuovo*, 17-8-1920.)

zado por la directiva del consejo que es dejada cesante.

Comienza la huelga y rápidamente se extiende a todo el Piamonte a iniciativa de Ordine Nuovo, que pide a la CGL y al PSI que se declare la huelga general en todo el país. Pero ambos organismos se niegan aduciendo que no era el momento oportuno. La huelga terminó con una victoria relativa de la patronal. El convenio decía que "los consejos de fábrica no serían admitidos en las plantas y que el establecimiento de representantes de sección estaba en contra de las normas de las plantas, aunque las comisiones internas seguirían siendo reconocidas en el ejercicio de sus funciones acostumbradas".

Después de esto el conflicto entre el grupo turinés y la directiva del PSI estalló abiertamente. Los primeros acusaron a los segundos de haber abandonado a su suerte la lucha de los trabajadores, por el cual no merecían ya la confianza de la clase. La dirección del PSI acusó por su parte al grupo turinés de falta de disciplina partidaria, sosteniendo además que habían evaluado erróneamente la correlación de fuerzas.

La huelga de Turín provocó un cambio importante en la relación de fuerzas entre la tendencias del partido socialista. La dirección centrista salió fuertemente desprestigiada, mientras crecía en todo el partido el prestigio de la izquierda turinesa y de los consejos de fábrica como forma de organización. Pero también la huelga de Turín marcó el comienzo de una contraofensiva de la burguesía, que, a partir de ese momento, en lugar de hacer concesiones resistió firmemente los movimientos reivindicativos.

En el primer semestre de 1920 se desarrolla paulatinamente, en todo el país el movimiento de ocupación de fábricas. Entre febrero y junio tuvieron lugar ocupaciones que realizaron intentos de gestión obrera, más o menos efímeros, en establecimientos ubicados en diversos puntos del país. En junio se produce en An-

"Son las masas las que empujan"

[. . .] el Partido Socialista italiano no se diferencia en nada del *Labour Party* inglés y no es revolucionario más que en las afirmaciones generales de su programa. Es un conglomerado de partidos; se mueve, e inevitablemente, con pereza y retraso; está continuamente expuesto a convertirse en fácil terreno conquistado por aventureros, carreristas, ambiciosos sin seriedad ni capacidad política; por su heterogeneidad, por los roces innumerables de sus engranajes, desgastados y saboteados por tantas siervas-dueñas, nunca es capaz de asumir el peso y la responsabilidad de las iniciativas y de las acciones revolucionarias que le imponen constantemente los acontecimientos. Eso explica la histórica paradoja por la cual en Italia son las masas las que empujan y "educan" al partido de la clase obrera, y no es el partido el que guía y educa a las masas.

(A. Gramsci, *El Partido Comunista*, en *L'Ordine Nuovo*, 4-9-1920.)

Una amenaza

[. . .] Muy señor mío: Dado que Italia debe pertenecer a los italianos y que no puede, por consiguiente, aceptar ser administrada por individuos de su especie, haciéndose intérprete de sus administrados y conciudadanos, le aconsejo que dimita de sus funciones de alcalde antes del domingo 17 de abril. En caso de que no lo haga así, recaerá sobre usted la responsabilidad de lo que suceda. Si se permite usted poner en conocimiento de las autoridades este consejo generoso, benévolo y humano que acabo de darle, el plazo que le doy para que dimita expirará antes del miércoles 13, número de buen augurio. Firmado: Dino Perrone Compagni, 1, plaza Ottaviani, Florencia. [. . .]

(Carta del marqués Dino Perrone Compagni, miembro del Mov. Fascista, a Rocca Strada, alcalde de un pueblo de Toscana. Abril de 1921.)

Al finalizar la guerra el nivel de vida de los asalariados ha descendido considerablemente. Con el pretexto de la "producción para la defensa y reconstrucción nacional" la jornada de trabajo se prolonga. Los artículos de primera necesidad —comestibles, ropas— escasean en forma amenazante. Frente a estas realidades, las demostraciones se suceden casi diariamente en todo el país, adquiriendo en ocasiones un definido carácter insurreccional





cona una rebelión de los soldados que debían marchar a Albania. Los trabajadores se solidarizan con los insurrectos y se organiza una resistencia, que finalmente es vencida por el ejército. El 25 de junio el PSI y la CGL publican un manifiesto para justificar su falta de apoyo a los distintos movimientos locales: "La situación actual indica que la crisis burguesa se acelera y que está próximo el choque formidable entre la burguesía y el proletariado. Dada la necesidad de afrontar nuevas batallas con todas nuestras fuerzas las organizaciones dirigentes del movimiento obrero en Italia ponen en guardia a los trabajadores contra los movimientos que puedan perjudicar al movimiento general [. . .] La revolución proletaria no puede ser obra de un grupo de hombres ni puede hacerse en una hora".

En mayo, un congreso de la FIOM aprobó un pliego de reivindicaciones que incluía: ajustes salariales, revisión de las bonificaciones por el costo de la vida, la regularización de las escalas salariales en las fábricas y por zonas geográficas. La asociación patronal decidió resistir todo tipo de demanda sindical, lo que fue respondido por la FIOM con una escalada de medidas: primero, no cumplimiento de horas extras de trabajo; luego, trabajo a reglamento y, por último a partir del 19 de agosto, obstruccionismo (combinación de trabajo a reglamento y mayor lentitud en el cumplimiento de las tareas). A fin de mes la producción había disminuido en un 40 %, con lo cual el lockout patronal parecía inminente. Efectivamente, el día 30 los empresarios cerraron la planta de Alfa Romeo en Milán; ese mismo día fueron ocupados 280 establecimientos metalúrgicos de la ciudad. La movilización obrera se extendió rápidamente a todo el país. El día 1º de septiembre la Confindustria (corporación patronal) declaró el lockout general. La ocupación de fábricas (fundamentalmente metalúrgicas) se generalizó en toda Italia, los medios de producción de los

El movimiento turinés de los Consejos de Fábrica

INFORME ENVIADO AL COMITE EJECUTIVO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA EN JULIO DE 1920 POR ANTONIO GRAMSCI

PRIMERA PARTE

Uno de los miembros de la delegación italiana, recién regresado de la Rusia soviética, contó a los obreros de Turín que la tribuna dispuesta para acoger a la delegación en Kronstadt estaba adornada con la siguiente inscripción: "¡Viva la huelga general de Turín de abril de 1920!".

Los obreros oyeron esa noticia con mucho gusto y gran satisfacción. La mayor parte de los componentes de la delegación italiana que fue a Rusia habían sido contrarios a la huelga general de abril. Sostenían en sus artículos contra la huelga que los obreros turineses habían sido víctimas de una ilusión y habían sobreestimado la importancia de la huelga.

Por eso los obreros turineses se informaron complacidamente del acto de simpatía de los camaradas de Kronstadt, y se dijeron: "Nuestros camaradas comunistas rusos han comprendido y estimado la importancia de la huelga de abril mejor que los oportunistas italianos, dando así a estos últimos una buena lección".

La huelga de abril.— El movimiento turinés de abril fue, en efecto, un acontecimiento grandioso, no sólo en la historia del proletariado italiano, sino en la del europeo y hasta, podemos decirlo, en la historia del proletariado de todo el mundo.

Por primera vez en la historia se dio efectivamente el caso de un proletariado que se lanza a la lucha por el control de la producción sin ser movido a esa acción por el hambre ni por el paro. Además, no fue sólo una minoría, una vanguardia de la clase obrera, la que emprendió la lucha, sino la masa entera de los trabajadores de Turín, que entró en liza y llevó adelante la lucha, sin preocuparse por las privaciones y los sacrificios, hasta el final.

Los metalúrgicos estuvieron en huelga un mes, y las demás categorías diez días.

La huelga general de los últimos diez días se extendió por todo el Piamonte, movilizando, aproximadamente, a medio millón de obreros industriales y agrícolas, y afectó, por tanto, casi a cuatro millones de habitantes.

Los capitalistas italianos organizaron todas sus fuerzas para sofocar el movimiento obrero turinés, todos los medios del Estado burgués se pusieron a su disposición, mientras que los obreros sostuvieron la lucha solos, sin ayuda alguna ni de la dirección del Partido Socialista ni de la Confederación General del Trabajo. Aún más: los dirigentes del Partido y de la Confederación se burlaron de los trabajadores de Turín e hicieron todo lo posible para apartar a los trabajadores y a los campesinos italianos de toda acción revolucionaria con la que quisieran manifestar su solidaridad con los hermanos turineses y prestarles una ayuda eficaz.

Pero los obreros de Turín no perdieron los ánimos. Soportaron todo el peso de la reacción capitalista, observaron disciplina hasta el último momento y siguieron, también después de la derrota, fieles a la bandera del comunismo y de la revolución mundial.

Anarquistas y sindicalistas.— La propaganda de los anarquistas y sindicalistas contra la disciplina de partido y contra la dictadura del proletariado no tuvo influencia alguna en las masas, ni siquiera cuando a causa de la traición de los dirigentes, la huelga terminó con una derrota. Los trabajadores turineses juraron, por el contrario, intensificar la lucha revolucionaria y sostenerla en dos frentes: por una parte, contra la burguesía victoriosa; por otra, contra los jefes traidores.

La conciencia y la disciplina revolucionarias que han demostrado las masas turinesas tienen su base histórica en las condiciones económicas y políticas en las que se ha desarrollado la lucha de clases en Turín.

Turín es un centro de carácter estrictamente industrial. Casi tres cuartas partes de la población, que cuenta medio millón de habitantes, se componen de obreros, los elementos pequeño-burgueses son una cantidad ínfima. En Turín, además, hay una masa compacta de empleados y técnicos organizados en los sindicatos y adheridos a la Cámara del Trabajo. Durante todas las grandes huelgas han estado

al lado de los obreros y han adquirido, por tanto —la mayor parte al menos, si no todos—, la psicología del verdadero proletariado en lucha contra el capital, por la revolución y el comunismo.

La producción industrial. — Vista desde fuera, la producción industrial turinesa está perfectamente centralizada y es homogénea. Ocupa el primer lugar la industria metalúrgica, con unos cincuenta mil obreros y diez mil empleados y técnicos. Sólo en los talleres Fiat trabajan treinta y cinco mil obreros, empleados y técnicos; en las fábricas principales de esa empresa están empleados dieciséis mil obreros que construyen automóviles de todas clases con los sistemas más modernos y perfeccionados.

La producción de automóviles es la característica de la industria metalúrgica turinesa. La mayor parte de la clase obrera está formada por obreros calificados y técnicos, los cuales no tienen, sin embargo, la mentalidad pequeño-burguesa de los obreros calificados de otros países, por ejemplo, de Inglaterra.

Los metalúrgicos forman la vanguardia del proletariado turinés. Dadas las particularidades de esa industria, todo movimiento de sus obreros se convierte en un movimiento general de masas y asume un carácter político y revolucionario, aunque al principio no persiguiera más que objetivos sindicales.

Turín no posee más que una organización sindical importante, con noventa mil miembros, que es la Cámara del Trabajo. Los grupos anarquistas y sindicalistas existentes no tienen casi ninguna influencia en la masa obrera, la cual se sitúa firme y resueltamente al lado de la sección del Partido Socialista, compuesta en su mayor parte por obreros comunistas.

El movimiento comunista dispone de las siguientes organizaciones de combate: la sección del partido, con mil quinientos miembros, veintiocho círculos con diez mil socios y veintitrés organizaciones juveniles con dos mil socios.

En cada empresa existe un grupo comunista permanente con dirección propia. Los diversos grupos se unen según la posición topográfica de su empresa en grupos de barrio, los cuales se orientan por un comité directivo situado en la sección del partido; ésta concentra así en sus manos todo el movimiento comunista de la ciudad y la dirección de la masa obrera.

Turín, capital de Italia. — Antes de la revolución burguesa que creó la actual ordenación de la burguesía en Italia, Turín era la capital de un pequeño Estado que comprendía el Piamonte, la Liguria y Cerdeña. En aquella época predominaban en Turín la pequeña industria y el comercio.

Después de la unificación del reino de Italia y el traslado de la capitalidad a Roma, pareció que Turín se viera en peligro de perder su importancia. Pero la ciudad superó en poco tiempo la crisis económica y se convirtió en uno de los centros industriales más importantes de Italia. Puede decirse que Italia tiene tres capitales: Roma como centro administrativo del Estado burgués, Milán como centro comercial y financiero del país (todos los bancos, las oficinas comerciales y los institutos financieros están concentrados en Milán) y, por último, Turín como centro industrial, en el cual la producción de industria ha conseguido su grado de desarrollo más alto. Al trasladarse a Roma la capitalidad emigró de Turín toda la burguesía intelectual pequeña y media, la cual suministró al nuevo Estado burgués el personal administrativo necesario para su funcionamiento; el desarrollo de la gran industria atrajo, en cambio, a Turín la flor de la clase obrera italiana. El proceso de desarrollo de esta ciudad es interesantísimo desde el punto de vista de la historia italiana y de la revolución proletaria en Italia.

El proletariado turinés se convirtió así en el dirigente espiritual de las masas obreras italianas, que están vinculadas con esta ciudad por múltiples lazos: parentesco, tradición, historia, y por lazos espirituales, (el ideal de todo obrero italiano es poder trabajar en Turín).

Todo eso explica por qué las masas obreras de toda Italia deseaban, incluso contra la voluntad de los jefes, manifestar su solidaridad con la huelga general de Turín: ellas ven en esta ciudad el centro, la capital de la revolución comunista, la Petrogrado de la revolución proletaria italiana.

principales centros económicos quedaron en manos de los trabajadores. Primero fueron ocupadas las plantas metalúrgicas; luego, la necesidad de proveerse de materias primas para continuar la producción llevó a la ocupación de las fábricas proveedoras de las mismas. La dirección del proceso productivo pasó a las comisiones internas, que solo debieron contar con sus propias fuerzas, dado que todos los ingenieros y la mayoría de los técnicos habían hecho abandono de las plantas por orden de la organización patronal. No obstante las grandes dificultades que se enfrentan, la producción continúa durante los primeros días de ocupación. Pero, poco a poco, las dificultades se van haciendo mayores: si la producción no se vende no hay dinero para los salarios y es necesario extender el control de los trabajadores, al sistema económico para que el área que ya está en sus manos pueda seguir estándolo. El problema del poder político y de la revolución se pone a la orden del día. Así lo relata Tasca: "Pasado el entusiasmo inicial, una parte de los obreros se cansa de permanecer todo el tiempo en la fábrica; hacia el final del movimiento ya no se les deja salir por temor de que no vuelvan más. Así, los guardias rojos que están en la puerta para defender la fábrica contra un eventual ataque, sirven, al propio tiempo, para impedir la deserción de una parte considerable del personal. Las comisiones obreras despliegan una actividad admirable, con un profundo sentido de la responsabilidad, una preocupación por la dignidad proletaria en lo referente a la disciplina del trabajo y en el respeto de la propiedad que ahora es "común", y hacen un llamamiento incesante, que cada vez es menos escuchado por la conciencia de los obreros. Las semanas que dura la ocupación exigen de los obreros una gran cantidad de energía moral, un esfuerzo dirigido a formas superiores de actividad que el historiador imparcial debe tener como una de las manifestaciones más hermosas

del idealismo proletario, del idealismo a secas. Pero este cuadro tiene sus toques sombríos, y estos se van acumulando a medida que se debilita el entusiasmo inicial. Por otra parte, los episodios de violencia —ingenieros detenidos por la fuerza en las fábricas— son mínimos y rápidamente evitados. Apenas hay derramamiento de sangre: los muertos pueden contarse con los dedos de una sola mano y todos ellos se deben a la iniciativa aislada de algunos exaltados. Poca cosa en definitiva, si se compara con la magnitud y gravedad de la conmoción que se ha producido y con los miles de fábricas y los millones de obreros que han sido afectados por la ocupación".

La burguesía, presa de pánico, da marcha atrás en sus planteos, nombrando una nueva comisión conciliadora, que tiene la misión de negociar con los dirigentes sindicales y, paralelamente, pide la intervención del ejército al gobierno encabezado por Giolitti, pero éste se limita a rodear con tropas las grandes ciudades.

Mientras tanto, los directivos de la CGL y del PSI permanecen casi paralizados, sin dar ningún tipo de orientación concreta a los trabajadores. Ambos organismos tratan de deslindar responsabilidades en el proceso de acuerdo con el pacto que atribuía a uno u otro la dirección de los movivientos según fueran de carácter sindical o político. El 10 de setiembre se publica un manifiesto CGL-PSI que advierte que: "si a causa de la intransigencia patronal no se llega a una solución rápida al conflicto, la lucha obrera tomará como objetivo el control de las empresas para llegar a la gestión colectiva y a la socialización de toda la producción". Declaración demasiado general para tener validez en la coyuntura que atravesaba el país.

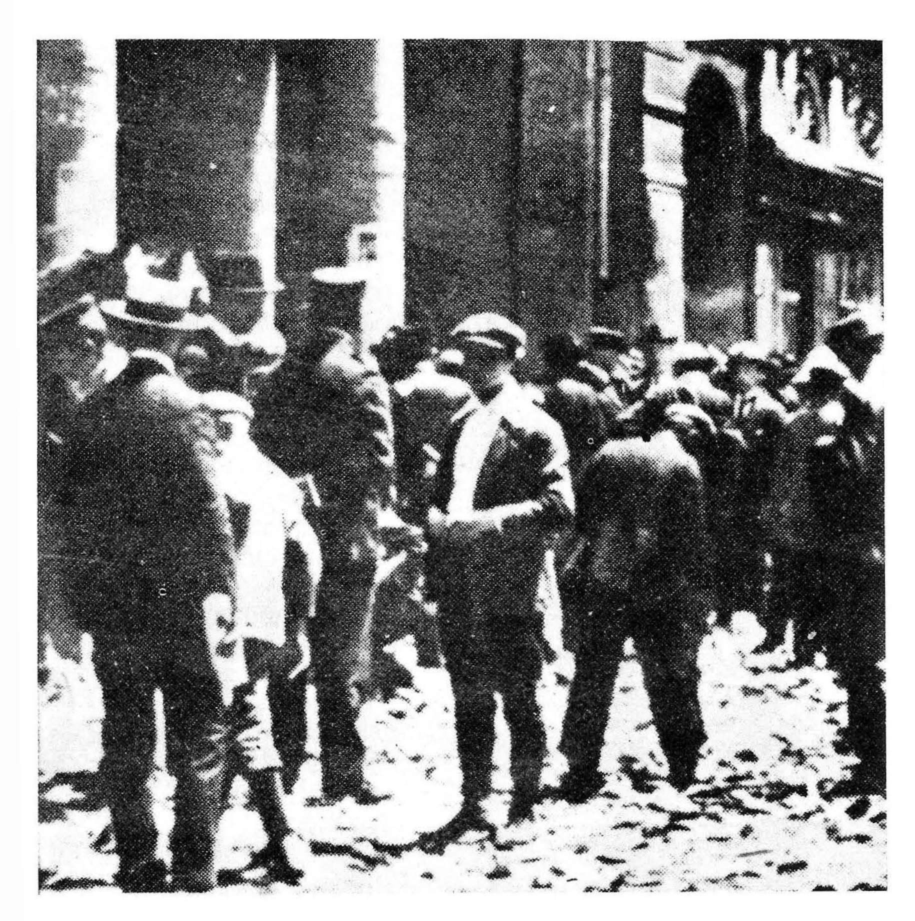
Así opinaba un dirigente socialista de izquierda, testigo de los acontecimientos: "¿Hay que reemprender las negociaciones con los industriales, decididos desde ahora a ceder en todos los terrenos? Responder que no es dar la orden de insurrección general, pues es imposible mantener por más tiempo a los obreros en las fábricas sin darles nuevos objetivos. Solo es posible salir de esta situación dejando el problema sin resolver. La insurrección armada es imposible porque no hay nada preparado. Las masas se sienten seguras tras los muros de las fábricas, no tanto a causa de su armamento, a menudo primitivo e insuficiente, sino porque consideran a las fábricas como una especie de rehenes que el gobierno no se atreverá a destruir a cañonazos para desalojar a sus ocupantes. Entre esta actitud defensiva y la lucha abierta en la calle media una gran separación y los obreros se dan cuenta de ello más o menos confusamente. Incluso en Turín, donde sin embargo, hay una vanguardia audaz y mejor armada que en otros lugares, los dirigentes comunistas se abstienen de tomar cualquier iniciativa en este sentido y frenan a los grupos de la Fiat, que tienen camiones preparados para efectuar una salida". Efectivamente, los comunistas turineses consideran que el movimento se ha producido en una coyuntura desfavorable por la inexistencia de un verdadero partido revolucionario en Italia, no obstante lo cual presionan sobre la dirección del PSI en la perspectiva de una radicalización concreta de su política para darle una solución revolucionaria a la crisis. Los turineses insistían en el peligro del aislamiento de la ciudad del resto del país en el caso de que emprendieran una lucha por el poder político y pedían colaboración activa al resto del partido. Así informaba Togliatti (miembro de la dirección de Ordine Nuovo): "La sección turinesa ha colocado la lucha en terreno político, los caminos sindicales se han tornado más y más distantes, en la sección se ha centralizado todo el movimiento de defensa y ataque. Si hubiera un ataque contra las plantas la defensa está lista y sería adecuada, pero no una ofensiva. La ciudad está rodeada por una zona no socialista, y para encontrar fuerzas proletarias que ayudasen a nuestra ciudad sería necesario ir por lo menos a Veralli y Saluzzo; queremos saber cuáles son los fines buscados. No deben ustedes contar únicamente con una acción empeñada desde Turín. No atacaremos solos: para poder atacar sería necesaria una acción simultánea del campo y sobre todo una acción nacional. Queremos que se nos asegure el respeto porque, de otra forma, no queremos comprometer a nuestro proletariado. Sostengo que la acción debe ser centralizada en un movimiento de carácter político; la acción sindical y parlamentaria deben servir solamente como una pantalla [...] En cuanto a mí respecta considero mejor la acción insurreccional, siempre que el directorio, que tiene el control nos diga."

En todo el proceso de ocupaciones la intervención del gobierno es casi nula. A partir de esta crisis, de esta parálisis del aparato estatal, la burguesía dejará de depositar en él su confianza. Para las clases dominantes se impone una reorganización del estado, que finalmente será llevada adelante por el fascismo, el cual, a partir de este momento, comienza a expandirse vertiginosamente.

El 22 de setiembre se firmó el acuerdo por el cual los trabajadores obtenían importantes ventajas en el plano reivindicativo: aumento de salarios, cumplimiento en el pago de salarios correspondiente al período de ocupación, mayor poder a las comisiones internas en los problemas laborales y promesa de apoyo del gobierno a un proyecto de control obrero en la industria.

El 27 de setiembre las fábricas fueron desocupadas. Pero, a pesar de las conquistas logradas, un sentimiento de derrota invadía a la clase obrera, que se había visto con el poder al alcance de sus manos y que no lo había conseguido.

"Con la ocupación de las fábricas —dice Tasca— la burguesía ha recibido una conmoción psicológica que explica su violencia



En la foto superior: Un episodio durante la "Semana Roja", en Turín. Abajo: Portadas de periódicos socialistas y comunistas de la época.


l'Unità
Organo del Partito Comunista d'Italia
...o comunista di fronte alla crisi della società ca...
...compagno Antonio Gramsci al Comitato Centrale
...si medie
Comprom...
L'ORDINE NUOVO
Rassegna di politica e di cultura operaia
Contro il pessimismo
...posizi...

El movimiento turinés de los Consejos de Fábrica

INFORME ENVIADO AL COMITE EJECUTIVO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA EN JULIO DE 1920 POR ANTONIO GRAMSCI

SEGUNDA PARTE

Durante la guerra imperialista de 1914-1918 Turín vio dos insurrecciones armadas: la primera, que estalló en mayo de 1915, tenía el objeto de impedir la intervención de Italia en la guerra contra Alemania (en esta ocasión fue saqueada la Casa del Pueblo); la segunda insurrección, en agosto de 1917, tuvo el carácter de una lucha revolucionaria armada a gran escala.

La noticia de la revolución de marzo en Rusia fue acogida en Turín con alegría indescriptible. Los obreros lloraban de emoción al recibir la noticia de que el zar había sido derrocado por los trabajadores de Petrogrado. Pero los trabajadores turineses no se dejaron burlar por la fraseología demagógica de Kerenski y los mencheviques. Cuando en julio de 1917 llegó a Turín la delegación enviada por el Sóviet de Petrogrado a la Europa occidental, los delegados Smirnov y Goldemberg, que se presentaron ante una muchedumbre de cincuenta mil obreros, fueron acogidos con ensordecedores gritos de "¡Viva Lenin!", "¡Vivan los bolcheviques!".

Goldemberg no quedó demasiado satisfecho de aquella acogida; no conseguía comprender cómo había podido el camarada Lenin conseguir tanta popularidad entre los obreros turineses. Y no hay que olvidar que ese episodio ocurrió tras la represión del levantamiento bolchevique de julio, ni que la prensa burguesa italiana estaba frenética contra Lenin y los bolcheviques, denunciándolos como bandidos, intrigantes, agentes y espías del imperialismo alemán.

Desde el principio de la entrada de Italia en guerra (24 de mayo de 1915), el proletariado turinés no había hecho ninguna manifestación de masas.

Barricadas, trincheras, alambradas. — La imponente concentración celebrada en honor de los delegados del Sóviet de Petrogrado marcó el comienzo de un nuevo período de movimientos de masas. Antes de un mes los trabajadores turineses se levantaban con las armas en la mano contra el imperialismo y el militarismo italiano. La insurrección estalló el 23 de agosto de 1917. Durante cinco días los obreros combatieron en las calles de la ciudad. Los insurrectos, que disponían de fusiles, granadas y ametralladoras, consiguieron incluso ocupar algunos barrios de la ciudad e intentaron tres o cuatro veces apoderarse del centro, donde se encontraban las instituciones gubernativas y los puestos de mando militares.

Pero los dos años de guerra y de reacción habían debilitado la antes fuerte organización del proletariado, y los obreros, inferiormente armados, fueron vencidos. En vano esperaron un apoyo de los soldados; éstos se dejaron engañar por la insinuación de que la insurrección había sido organizada por los alemanes.

El pueblo levantó barricadas, abrió trincheras, rodeó algunos barrios con alambradas electrificadas y rechazó durante cinco días todos los ataques de las tropas y de la policía. Cayeron más de quinientos obreros y más de dos mil fueron heridos gravemente. Tras la derrota, los mejores elementos fueron detenidos y desterrados, y el movimiento proletario perdió intensidad revolucionaria. Pero los sentimientos comunistas del proletariado turinés no se apagaron.

Puede verse una prueba de ello en el siguiente episodio: poco tiempo después de la insurrección de agosto se celebraron las elecciones para el Consejo administrativo de la Alianza Cooperativa Turinesa, una inmensa organización que realiza el suministro de la cuarta parte de la población de Turín.

La Alianza Cooperativa. — La A.C.T. está compuesta por la Cooperativa de los ferroviarios y por la Asociación general de los obreros. Desde hacía muchos años la sección socialista había conquistado el Consejo de administración, pero en estas circunstancias posteriores a la insurrección la sección del partido no estaba en condiciones de desarrollar una agitación activa en el seno de las masas obreras.

El capital de la Alianza estaba en su mayor parte formado por acciones

y que determina sus sucesivas actitudes. Los industriales se han sentido heridos en su derecho a la propiedad y al mando, se han visto eliminados de las fábricas, en las que, bien o mal, el trabajo se proseguía en su ausencia. Han sentido el estremecimiento del que ha rozado la muerte y que, vuelto a la vida, se siente un hombre nuevo. Después de algunos días de amargura y de incertidumbre, en los que sienten, sobre todo, un sordo rencor contra Giolitti, que no los ha defendido, que les ha impuesto por decreto el control de las industrias, su actitud desemboca en una lucha a muerte con la clase obrera y el estado liberal. Los vencedores de ayer están, por otra parte, desmoralizados: han realizado un esfuerzo sobrehumano, han bebido en las fuentes exaltantes de la producción libre, para encontrarse al final en la atmósfera de la víspera y, lo que es más grave, sin perspectivas de futuro.

Las armas introducidas en las fábricas o fabricadas en ellas durante la ocupación, van siendo poco a poco descubiertas e incautadas por la policía. Aparentemente nada ha cambiado; se ha reemprendido el trabajo. La FIOM ha firmado su mejor acuerdo, las comisiones obreras de fábricas son las mismas que han dirigido la producción. Pero las distancias entre obreros e industriales han sido suprimidas: es imposible tanto de un lado como del otro volver a empezar como antes."

La ofensiva burguesa: la expansión del fascismo

Hasta la etapa de las ocupaciones el fascismo es débil. Agrupa sectores empobrecidos de la pequeña burguesía urbana y, fundamentalmente, a ex-combatientes, la mayoría de ellos desocupados a los que la posguerra sólo ha traído hambre y desprecio. Hasta este momento el mo-

vimiento fascista no ha interesado mayormente al gran capital, pero la crisis de representatividad de los partidos políticos con respecto a las distintas fracciones de la clase dominante y las ocupaciones, lo convertirán rápidamente en una alternativa para ella.

En 1919 el Vaticano abandona su actitud de prescindencia mantenida desde 1870 y apoya la formación del Partido Popular Italiano (PPI); dirigido por el cura Don Sturzo. El PPI reclutará sus efectivos en el campesinado, cuya radicalización y orientación paulatina, que hacía el PSI eran motivo de seria preocupación entre latifundistas. La milenaria dominación política e ideológica de la iglesia sobre las masas agrarias, unida al apoyo del PPI a muchas reivindicaciones campesinas, permitieron a este transformarse rápidamente en un partido de masas.

En 1919-1920 se producen ocupaciones de tierras en varias regiones de Italia y ellas son apoyadas, y muchas veces dirigidas, por el ala populista del PPI.

En las elecciones municipales de noviembre de 1920 los socialistas hacen una muy buena votación, seguidos por los populares, que se transforman en el segundo partido de Italia. Sobre 8059 municipios los socialistas obtienen la mayoría en 2162 y sobre 69 provincias en 25. De hecho, a fin de año, las fuerzas socialistas aparentan estar intactas: tienen 156 diputados en el parlamento (casi la tercera parte), controlan ocho mil cooperativas y la CGL tiene más de 2.000.000 de afilados. Sin embargo, la relación de fuerzas sociales ha sufrido importantes modificaciones.

El PSI se ha desprestigiado entre los trabajadores, que se hallan desmoralizados. La pequeña burguesía, que veía con simpatía o se adhería a la movilización obrera en los primeros tiempos, se ha cansado de tanta crisis y desorden y se orienta definidamente hacia fórmulas autoritarias para restaurar "el orden y la paz". La burguesía destru-

de la cooperativa ferroviaria, perteneciente a los ferroviarios y a sus familias. El desarrollo de la Alianza había aumentado el valor de las acciones de 50 a 700 liras. Pero el partido consiguió convencer a los accionistas de que una cooperativa obrera tiene como objetivo no el beneficio de los individuos, sino el refuerzo de los medios de lucha revolucionaria, y los accionistas se contentaron con un dividendo del 3,5 por ciento sobre el valor nominal de 50 liras, en vez de sobre el valor real de 700. Tras la insurrección de agosto se constituyó, con el apoyo de la policía y de la prensa burguesa y reformista, un comité de ferroviarios que se propuso arrancar al Partido Socialista el predominio en el Consejo de administración. Este comité propuso a los accionistas liquidarles inmediatamente la diferencia de 650 liras entre el valor nominal y el corriente de cada acción; prometió también a los ferroviarios varias prerrogativas en la distribución de productos alimenticios. Los traidores reformistas y la prensa burguesa pusieron en obra todos los medios de propaganda y de agitación para transformar la cooperativa de organización obrera que era una empresa comercial de carácter pequeño-burgués. La clase obrera estaba al mismo tiempo expuesta a las persecuciones de todo tipo. La censura amordazó la voz de la sección socialista. Pero, a pesar de todas las persecuciones y de todos los obstáculos, los socialistas, que no abandonaron ni por un instante su tesis de que la cooperativa obrera es un medio de lucha de clases, consiguieron de nuevo la mayoría en la Alianza cooperativa.

El Partido Socialista obtuvo 700 votos de los 800 emitidos, aunque la mayoría de los electores eran ferroviarios, de los que se temía que, tras la derrota de la insurrección de agosto, manifestaran alguna vacilación y hasta tendencias reaccionarias.

En la posguerra. — Tras la terminación de la guerra imperialista el movimiento proletario hizo progresos rápidos. La masa obrera de Turín comprendió que el período histórico abierto por la guerra era profundamente diverso de la época anterior a la guerra. La clase obrera turinesa intuyó inmediatamente que la III Internacional es una organización del proletariado mundial para la dirección de la guerra civil, para la conquista del poder político, para la institución de la dictadura proletaria, para la creación de un orden nuevo en las relaciones económicas y sociales.

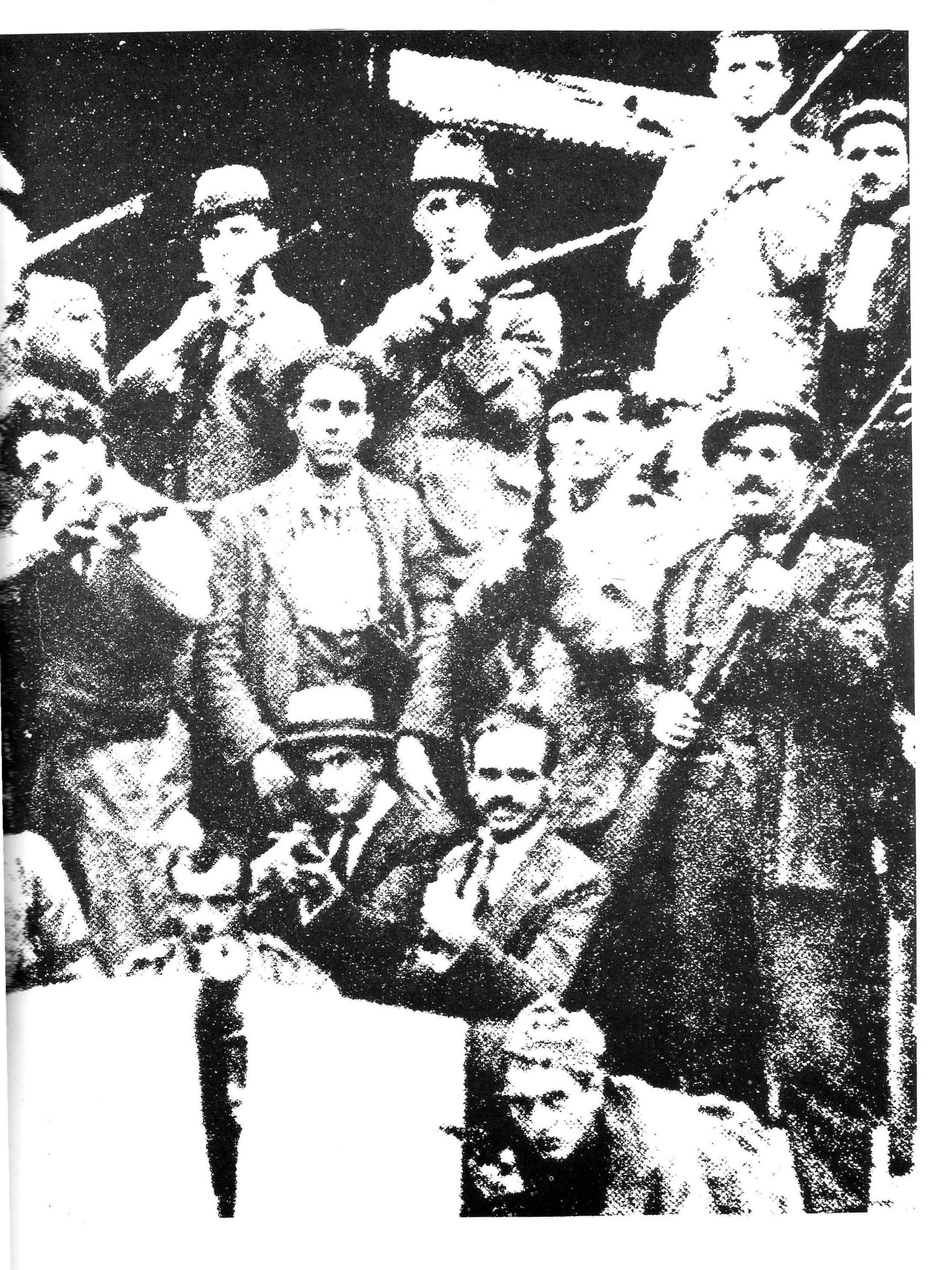
Los problemas económicos y políticos de la revolución eran objeto de discusión en todas las asambleas obreras. Las mejores fuerzas de la vanguardia obrera se reunieron para difundir un semanario de orientación comunista, *L'Ordine Nuovo*. En las columnas de este semanario se trataron los varios problemas de la revolución: la organización revolucionaria de las masas que tenían que conquistar los sindicatos para la causa del comunismo; la trasposición de la lucha sindical, desde el terreno mezquinamente corporativo y reformista al terreno de la lucha revolucionaria; del control de la producción y de la dictadura del proletariado. También la cuestión de los Consejos de Fábrica se puso al orden del día.

En las empresas de Turín existían ya antes pequeños comités obreros, reconocidos por los capitalistas, y algunos de ellos habían iniciado ya la lucha contra el funcionarismo, el espíritu reformista y las tendencias constitucionalistas o legalistas de los sindicatos.

Pero la mayor parte de esos comités no eran sino criaturas de los sindicatos; las listas de los candidatos a esos comités (comisiones internas) eran propuestas por las organizaciones sindicales, las cuales seleccionaban preferentemente obreros de tendencias oportunistas que no molestaran a los patronos y que sofocaran en germen cualquier acción de masas. Los seguidores de *L'Ordine Nuovo* propugnaron en su propaganda, ante todo, la transformación de las comisiones internas, y el principio de que la formación de las listas de candidatos tenía que hacerse en el seno de la masa obrera, y no en las cimas de la burocracia sindical. Las tareas que indicaron a los Consejos de Fábrica fueron el control de la producción, el armamento y la preparación militar de las masas, su preparación política y técnica. Ya no tenían que seguir cumpliendo los Consejos su antigua función de perros de guardia protectores de los intereses de la clase dominante, ni frenar a las masas en sus acciones contra el régimen capitalista.

A través del tiempo las formas de lucha del proletariado han tenido diversas expresiones. Pero es en casos como este —25 de agosto de 1920, en Turín— en que los obreros llevan hasta sus últimas consecuencias sus deseos de justicia social: la ocupación de una fábrica por los trabajadores en armas simboliza todo el espíritu de una clase que no tolera más opresiones.





Paulatinamente los levantamientos son sofocados por la policía. El espíritu de lucha decae y los trabajadores se desmoralizan. Es entonces cuando se produce la gran escalada de los grupos fascistas. En las ilustraciones pueden apreciarse las formaciones de "camisas negras", en uno de cuyos grupos —en la fotografía de abajo— se ve al joven Benito Mussolini.

ye sus fuerzas y se prepara para el aplastamiento final de la clase obrera.

El 21 de noviembre comienza en Bolonia la escalada sistemática de los fascistas. Ese día una multitud de simpatizantes socialistas que asisten a la toma del mando es agredida por una escuadra fascista: mueren nueve socialistas y un fascista.

Comienza así la expansión del fascismo en las fértiles regiones agrarias del valle del Po, en la Emilia. En diciembre una escuadra fascista agrede a una concentración socialista en Ferrara con resultados similares a los de Bolonia. La embestida fascista en la provincia de Ferrara hizo que, en abril de 1921 quedaran solo cuatro municipios en manos socialistas, de los veintiuno que estos controlaban en enero. Las expediciones de castigo se transforman en el típico método de expansión fascista. En el valle del Po los fascistas reclutan sus efectivos de los centros urbanos, entre los funcionarios públicos, los oficiales de las guarniciones, los estudiantes, los rentistas, los comerciantes, los profesionales liberales, los excombatientes, los propietarios agrícolas. Las expediciones de castigo parten siempre de las ciudades: "Montados en camiones y armados por la Asociación Agraria o por los almacenes de los regimientos —narra Tasca—, los camisas negras se dirigen hacia el lugar fijado. Una vez llegados al lugar empiezan golpeando con bastones a todos los que encuentran por las calles y que no se descubran al paso de los banderines o que llevan una corbata o una blusa de color rojo. Si alguien protesta, si se hace un gesto de defensa o un fascista es herido o tan solo empujado, el castigo adquiere mayores proporciones. Se dirigen luego a la Bolsa de Trabajo, al sindicato, a la cooperativa o la Casa del Pueblo (comité socialista); rompen las puertas, arrojan a la calle mobiliario, libros, mercancías y lo rocían todo con nafta; minutos después, todo está ardiendo. A todos aquellos que se encuentran en el local los golpean salvajemente o los asesinan. Las banderas son quemadas o guardadas como trofeo.

Algunos grupos fascistas van en busca de los jefes; el alcalde y los consejeros del municipio, el secretario de la liga o el presidente de la cooperativa; se les obliga a dimitir o se les 'destierra' del país, bajo la amenaza de muerte o de destrucción de sus hogares. Si logran escapar se vengan en sus familias." Si los dirigentes se resisten son eliminados o torturados y abandonados en el campo atados a un árbol. El clima de terror se alimenta con amenazas e intimidaciones que llegan por correo. Frente a cada nuevo avance fascista los obreros, bajo la dirección socialista, responden con una huelga general, que obviamente, es impotente para contener a los camisas negras. Fundamentalmente en la región de Emilia, en la cual el PSI está en manos de la tendencia más derechista, no se toma ningún tipo de medida militar para organizar la resistencia. Una vez llegados los fascistas son disueltas las organizaciones obreras y campesinas: la Cámara de Trabajo es controlada por los fascistas y se pone al servicio de los latifundistas, las ligas campesinas y los sindicatos pierden todo vestigio de organización autónoma, las cooperativas desaparecen rápidamente. El Partido Socialista es proscripto y sus militantes son perseguidos e intimidados. En pocas semanas no queda así rastro de la "comuna socialista", orgullo y espejo del reformismo socialista en Italia. Las operaciones fascistas van tomando cada vez un carácter más definidamente militar; con el apoyo total del ejército y los carabineros se conquistan las regiones de Venecia Julia, Toscana y Umbría. Hasta aquí la expansión se ha dado en regiones donde predomina el proletariado agrícola; ahora comenzará el avance en las grandes concentraciones industriales.

Así, el primer semestre de escalada fascista deja como saldo la destrucción de 17 periódicos

El movimiento turinés de los Consejos de Fábrica

INFORME ENVIADO AL COMITE EJECUTIVO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA EN JULIO DE 1920 POR ANTONIO GRAMSCI

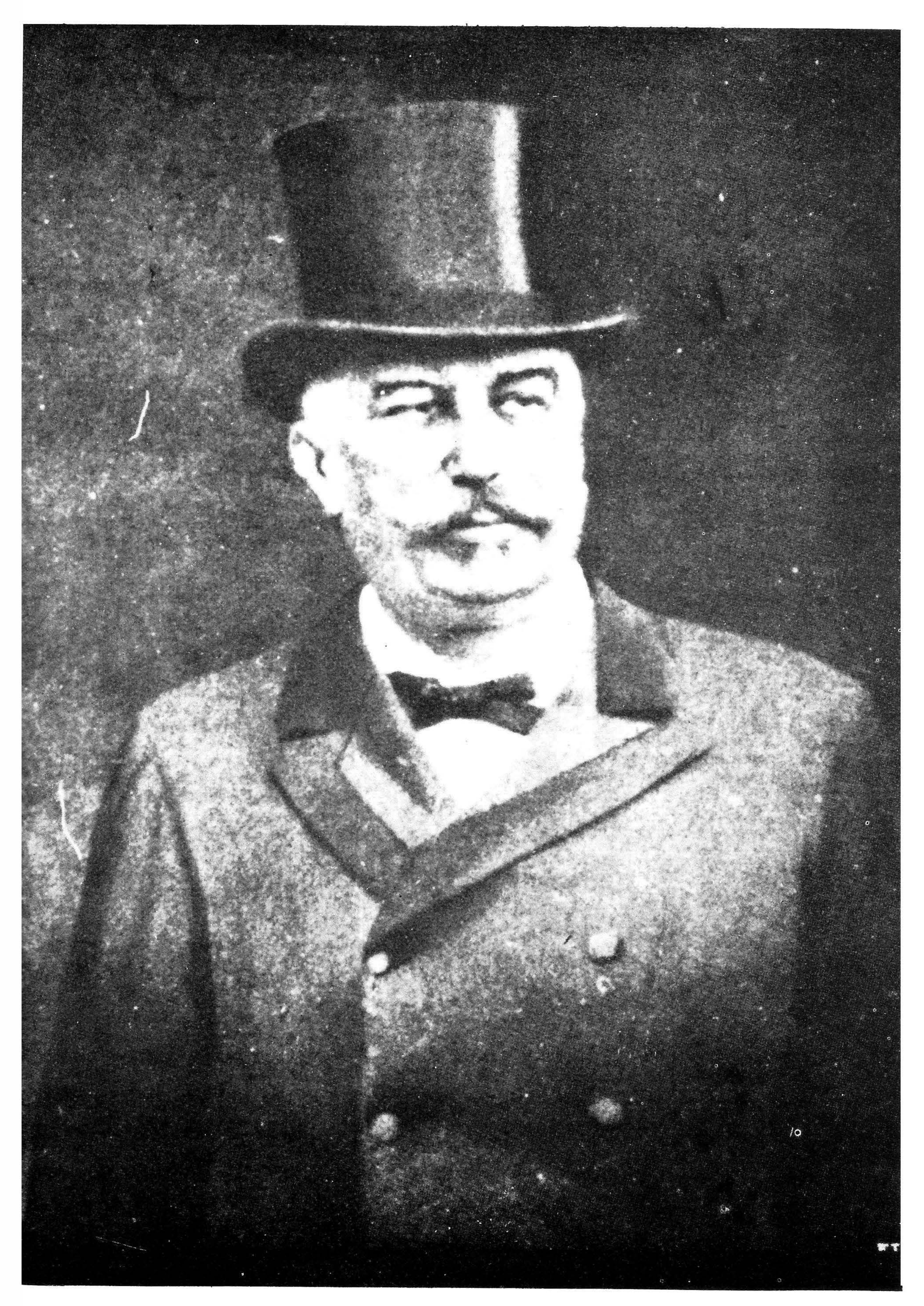
TERCERA PARTE

El entusiasmo por los Consejos. — La propaganda por los Consejos de Fábrica fue acogida con entusiasmo por las masas; en el curso de medio año se constituyeron Consejos en todas las fábricas y todos los talleres metalúrgicos, los comunistas conquistaron la mayoría en el sindicato metalúrgico; el principio de los Consejos de Fábrica y del control de la producción se aprobó y aceptó por la mayoría del Congreso y por la mayor parte de los sindicatos pertenecientes a la Cámara del Trabajo.

La organización de los Consejos de Fábrica se basa en los siguientes principios: en cada fábrica, en cada taller, se constituye un organismo sobre la base de la representación (y sobre la base del antiguo sistema burocrático), el cual realiza la fuerza del proletariado, lucha contra el orden capitalista o ejerce el control de la producción, educando a toda la masa obrera para la lucha revolucionaria y para la creación del Estado obrero. El Consejo de Fábrica tiene que constituirse según el principio de la organización por industria; tiene que representar para la clase obrera el modelo de la sociedad comunista, a la cual se llegará por la dictadura del proletariado; en esa sociedad no habrá ya división en clases, todas las relaciones humanas estarán reguladas según las exigencias técnicas de la producción y de la organización correspondiente y no estarán subordinadas a un poder estatal organizado. La clase obrera tiene que comprender toda la hermosura y nobleza del ideal por el cual lucha y se sacrifica, tiene que darse cuenta de que para llegar a ese ideal hay que pasar por algunas etapas; debe reconocer la necesidad de la disciplina revolucionaria y de la dictadura.

Cada empresa se subdivide en secciones y cada sección en equipos de oficio: cada equipo realiza una parte determinada del trabajo; los obreros de cada equipo eligen un obrero con mandato imperativo y condicionado. La asamblea de los delegados de toda la empresa forma un Consejo que elige de su seno un comité ejecutivo. La asamblea de los secretarios políticos de los comités ejecutivos forma el comité central de los Consejos, el cual elige, a su vez, de su seno, un comité urbano de estudio para la organización de la propaganda (este comité de estudio, presidido por Palmiro Togliatti, fue uno de los canales de influencia del grupo de L.O.N. en el movimiento de los Consejos de Fábrica; el comité fue uno de los firmantes del manifiesto *Por el Congreso de los Consejos de Fábrica,* publicado por L.O.N. durante las huelgas de abril), la elaboración de las propuestas de las varias empresas y hasta de los obreros individuales, y, por último, para la dirección de todo el movimiento.

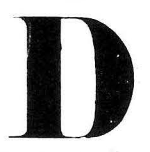
Durante casi veinte años el ministro Giovanni Giolitti marcó los rumbos de la política italiana. El advenimiento del fascismo dio por tierra con su poder.



imprentas, 119 Bolsas de Trabajo, 83 Ligas, 59 Casas del Pueblo, 151 Círculos Socialistas y 151 Círculos de Cultura. Mientras los fascios, que en octubre de 1920 sumaban apenas 200, pasan a 800 a fin de año y a 2300 a fines del año siguiente. En 1921 los industriales pasan a la ofensiva en toda Italia: una huelga en la FIAT y en las fábricas Michelin es aplastada y los obreros "indeseables" son despedidos. Todo esto sucedía en las fábricas donde seis meses antes habían ondeado las banderas rojas.

En mayo de 1921 hay elecciones generales, los fascistas participan en las listas del Bloque Nacional, que agrupa a todos los partidos de derecha, y obtienen 30 diputados; los socialistas, que siguen siendo fuertes a este nivel, disminuyen levemente su representación parlamentaria. Pero las cifras electorales están ya muy lejos de representar la relación de fuerzas entre las clases. La crisis de representación política impide ver cómo el fascismo se ha transformado en el partido del gran capital, cómo tiende a reorganizar al bloque en el poder, es decir, a las diversas fracciones de la clase dominante. Impide ver también cómo el PSI se ha transformado en un cadáver viviente.

La formación del Partido Comunista Italiano (PCI)



urante la guerra la extrema izquierda del PSI había adoptado una firme posición en su contra. Es Bordiga, el líder de esta fracción, quien funda, en noviembre de 1918, el periódico *Il Sóviet*. Al mismo tiempo los socialistas de izquierda pasan a la dirección de la regional turinesa del partido y en Florencia se celebra una reunión de los "intrasigentes revolucionarios" de todo el país, donde surgen ya ciertas diferencias entre los turineses y los bordigianos (intrasigentes rígidos).

El movimiento turinés de los Consejos de Fábrica

INFORME ENVIADO AL COMITE EJECUTIVO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA EN JULIO DE 1920 POR ANTONIO GRAMSCI

CUARTA PARTE

Consejos y comisiones internas durante las huelgas. — Algunas tareas de los Consejos de Fábrica tienen un carácter estrictamente técnico y hasta industrial, como, por ejemplo, el control del personal técnico, el despido de empleados que se muestren enemigos de la clase obrera, la lucha con la dirección por la conquista de derechos y libertades, el control de la producción de la empresa y de las operaciones financieras. Los Consejos de Fábrica arraigaron pronto. Las masas acogieron gustosas esta forma de organización comunista, se reunieron en torno de los comités ejecutivos y apoyaron enérgicamente la lucha contra la autocracia capitalista. Aunque ni los industriales ni la burocracia sindical quisieron reconocer a los Consejos y sus comités, éstos consiguieron éxitos notables: echaron a los agentes y espías de los capitalistas, establecieron relaciones con los empleados y con los técnicos para obtener información financiera e industrial; por lo que hace a los asuntos de la empresa, concentraron en sus manos el poder disciplinario y mostraron a las masas desunidas y disgregadas lo que significa la gestión directa de los obreros en la industria.

La actividad de los Consejos y de las comisiones internas se manifestó más claramente durante las huelgas; estas huelgas perdieron su carácter impulsivo, fortuito, y se convirtieron en expresión de la actividad consciente de las masas revolucionarias. La organización técnica de los Consejos y de las comisiones internas, su capacidad de acción, se perfeccionó tanto que fue posible obtener en cinco minutos la suspensión del trabajo de 16.000 obreros dispersos por 42 secciones de la Fiat. El 3 de diciembre de 1919, los Consejos de Fábrica dieron una prueba tangible de su capacidad de dirigir movimientos de masa de gran estilo; por orden de la sección socialista, que concentraba en sus manos todo el mecanismo del movimiento de masas, los Consejos de Fábrica movilizaron sin preparación alguna, en el curso de una hora, 120.000 obreros organizados por empresas. Una hora después, el ejército proletario se precipitaba como una avalancha hasta el centro de la ciudad y barría de calles y plazas a toda la canalla nacionalista y militarista.

La lucha contra los Consejos. — En cabeza del movimento para la constitución de los Consejos de Fábrica se encontraron los comunistas de la sección socialista y de las organizaciones sindicales; también colaboraron los anarquistas, que intentaron contraponer su fraseología ampulosa al lenguaje claro y preciso de los comunistas marxistas.

Pero el movimiento chocó con la encarnizada resistencia de los funcionarios sindicales, de la dirección del Partido Socialista y del *Avanti!* La polémica de esa gente se basaba en la diferencia entre el concepto de Consejo de Fábrica y el de Sóviet. Sus conclusiones tuvieron un carácter puramente teórico, abstracto, burocrático. Detrás de sus frases altisonantes se escondía el deseo de evitar la participación directa de las masas en la lucha revolucionaria, el deseo de conservar la tutela de las organizaciones sindicales sobre las masas. Los componentes de la dirección del partido se negaron siempre a tomar la iniciativa de una acción revolucionaria mientras no existiera un plan de acción coordinado, pero no hicieron nunca nada por preparar y elaborar ese plan.

El movimiento turinés no consiguió rebasar el ámbito local porque todo el mecanismo burocrático de los sindicatos se puso en marcha para impedir que las masas obreras de las demás partes de Italia

siguieran el ejemplo de Turín. El movimiento turinés fue objeto de burlas, escarnecido, calumniado y criticado de todas las maneras posibles.

Las ásperas críticas de los organismos sindicales y de la dirección del Partido Socialista animaron nuevamente a los capitalistas, los cuales no tuvieron ya freno alguno en su lucha contra el proletariado turinés y contra los Consejos de Fábrica. La conferencia de los industriales celebrada en marzo de 1920 en Milán elaboró un plan de ataque; pero los "tutores de la clase obrera", las organizaciones económicas y políticas, no se preocuparon por ello. Por todos abandonado, el proletariado turinés se vio obligado a enfrentarse él solo, con sus solas fuerzas, con el capitalismo de toda la nación y con el poder del Estado. Turín fue inundado por un ejército de policías, alrededor de la ciudad se emplazaron cañones y ametralladoras en los puntos estratégicos. Y una vez dispuesto todo ese aparato militar, los capitalistas empezaron a provocar al proletariado. Es verdad que ante esas gravísimas condiciones de lucha el proletariado vaciló antes de aceptar el reto; pero cuando se vio que el choque era inevitable, la clase obrera salió valerosamente de sus posiciones de reserva y quiso reanudar la lucha hasta un final victorioso.

El Consejo socialista-nacional de Milán. — Los metalúrgicos estuvieron en huelga un mes entero, y las demás categorías diez días; la industria se detuvo en toda la provincia y se paralizaron las comunicaciones. Pero el proletariado turinés quedó aislado del resto de Italia; los órganos centrales no hicieron nada por ayudarle; no publicaron siquiera un manifiesto para explicar al pueblo italiano la importancia de la lucha de los trabajadores turineses: el *Avanti!* se negó incluso a publicar el manifiesto en la sección turinesa del partido. Los camaradas turineses recibieron de todas partes los epítetos de anarquistas y aventureros. En aquella época tenía que celebrarse en Turín el Consejo Nacional del Partido; pero la reunión se trasladó a Milán, porque una ciudad "presa de una huelga general" pareció poco adecuada como teatro de discusiones socialistas.

En esa ocasión se manifestó toda la impotencia de los hombres puestos a dirigir el partido; mientras la masa obrera defendía valerosamente en Turín los Consejos de Fábrica, la primera organización basada en la democracia obrera, encarnación del poder proletario, en Milán charlaban de proyectos y métodos teóricos para la formación de los Consejos como forma de poder político que el proletariado habría de conquistar; se discutía sobre la manera de organizar conquistas que no se habían conseguido y se abandonaba al proletariado turinés a su destino, se dejaba a la burguesía la posibilidad de destruir el poder obrero ya conquistado.

Las masas proletarias italianas manifestaron su solidaridad con los compañeros turineses de varios modos: los ferroviarios de Pisa, Livorno y Florencia se negaron a transportar las tropas destinadas a Turín; los trabajadores portuarios y los marineros de Livorno y Génova sabotearon el movimiento de los puertos; el proletariado de muchas ciudades se lanzó a la huelga a pesar de las órdenes de los sindicatos en contra de ella.

La huelga general de Turín y del Piamonte chocó con el sabotaje y la resistencia de las organizaciones sindicales y del partido mismo. Pero tuvo una gran importancia educativa, porque demostró que es posible la unión práctica de los obreros y los campesinos, y volvió a probar la urgente necesidad de luchar contra todo el mecanismo burocrático de las organizaciones sindicales, que son el apoyo más sólido de la obra oportunista de los parlamentarios y de los reformistas, tendiente a sofocar todo movimiento revolucionario de las masas trabajadoras.

En mayo de 1919 se vota la adhesión a la Internacional Comunista, fundada meses antes. En la votación se delinean tres fracciones: la izquierda (Bordiga); el centro (Serrati), que es mayoritario, y la derecha (Turatti), que vota contra la adhesión, pero que finalmente, acepta la decisión de la mayoría. En el mismo mes aparece el semanario *L'Ordine Nuovo*, a cuyo frente están Gramsci, Tasca y Togliatti. Al mes siguiente se produce un giro en la orientación del semanario, cuyo objetivo pasa a ser la propaganda de los consejos de fábrica. El artículo que marca el nuevo rumbo es "Democracia obrera", redactado por Gramsci y Togliatti, con la oposición de Tasca. En el mes de julio se redacta en Roma el "Programa de la fracción comunista" del PSI, primer documento de la misma. El PSI era un partido de características social-demócratas a pesar del barniz revolucionario que lo cubría y lo hacía aparecer como diferente de sus similares de Europa Occidental. Su estructura organizativa era muy débil y se le superponían una serie de instituciones (cooperativas, sindicatos, ligas), que eran las que verdaderamente funcionaban como centros de nucleamiento de los trabajadores. De hecho, el PSI estaba muy determinado por peculiaridades locales y regionales; se podría decir que más que un partido nacional era una suma de cientos de partidos locales. En parte este localismo era producto de la casi inexistente integración nacional de Italia, pero también lo era de la ideología reformista que había cimentado el desarrollo del partido durante décadas. Reformismo que si bien rechaza la colaboración del partido en el gobierno nacional, estimulaba al máximo la obtención de los gobiernos municipales por medio de las elecciones. Se creía que una vez obtenida la mayoría de los municipios el poder burgués se derrumbaría automáticamente para dar paso a un poder socialista. La fracción de izquierda tenía en cuenta estas otras limitaciones del partido y se proponía como objetivo

fundamental transformarlo en un partido revolucionario, modificar su estructura siguiendo el ejemplo del Partido Bolchevique ruso.

En octubre de 1919 se celebra en Bolonia el XVI Congreso del PSI, que reafirma la adhesión a la Internacional. El sector de Bordiga plantea la abstención en las elecciones pero el grupo de *L'Ordine Nuovo* (LON) vota con Serrati en favor de la participación en las elecciones por considerar en esa coyuntura la posición de los abstencionistas. Simultáneamente la sección turinesa de la FIOM vota la adhesión a los consejos de fábrica, lo que aumenta la influencia de LON.

En julio de 1920 se celebra el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, que al analizar la situación italiana, apoya las posiciones del grupo LON y rechaza las de Bordiga. Lenin dirige entonces un fuerte ataque contra el ultraizquierdismo surgido en Alemania e Italia. Este Congreso aprueba también las 21 condiciones de afiliación a la Internacional, que serán el motivo de la ruptura con el PSI. En enero de 1921 se realiza el XVIII Congreso del PSI en Livorno, fuertemente condicionado por las secuelas de las huelgas de ocupación. Los comunistas exigen la aceptación de las 21 condiciones y la expulsión de los reformistas (Turatti). Los "comunistas unitarios" (centristas de Serrati) se oponen a la expulsión. El día 21 se proclaman los resultados: 14.695 votos reformistas, 93.038 comunistas unitarios, 58.783 comunistas puros (Bordiga y LON). Se produce entonces la escisión y se constituye el Partido Comunista de Italia que realiza poco después su primer congreso.

El Comité Ejecutivo del PCI queda constituido con mayoría bordigiana (Bordiga, Fortichiari, Greco, Repossi). Terracini es el único representante de LON. El semanario *L'Ordine Nuovo* se transforma en diario, órgano del PCI, bajo la dirección de Gramsci. Ya en este primer congreso se delinean claramente las tres fracciones que signarán la dinámica

Cómo triunfó Mussolini

Cuando llega el momento en que los recursos policiales y militares "normales" de la dictadura burguesa —junto con sus pantallas parlamentarias— ya no bastan para mantener el equilibrio de la sociedad, llega el turno del régimen fascista. A través de su agente fascista el capitalismo moviliza a las masas enfurecidas de la pequeña burguesía, las bandas de lumpen proletarios desmoralizados y a todos los innumerables seres humanos que el capitalismo financiero ha lanzado a la desesperación y al frenesí. La burguesía exige del fascismo una tarea completa: una vez que ha recurrido a resortes de guerra civil insiste en tener paz por un período de años. Y el agente fascista utilizando a la pequeña burguesía como ariete y aplastando todos los obstáculos que halla en su camino, realiza un trabajo completo. Después de la victoria del fascismo, el capital financiero reúne en sus manos como en una garra de acero, directa e indirectamente todos los órganos e instituciones de la soberanía, el poder ejecutivo, administrativo y educacional del estado, todo el aparato estatal junto con el ejército, las municipalidades, las universidades, las escuelas, la prensa, los sindicatos y las cooperativas. Cuando un estado se hace fascista no sólo significa que las formas y métodos de gobierno se cambian de acuerdo con las pautas establecidas por Mussolini —los cambios en esa esfera juegan en última instancia un rol menor—, sino que significa en primer lugar y en su más importante alcance que las organizaciones obreras son aniquiladas, que el proletario es reducido a un estado amorfo y que ha sido creado un sistema de gobierno que penetra profundamente en las masas y sirve para frustrar la cristalización independiente del proletariado. He aquí precisamente el quid del fascismo . . .

El fascismo italiano fue la consecuencia directa de la traición reformista al levantamiento del proletariado italiano. Desde la época de finalización de la guerra, hubo una tendencia ascendente en el movimiento revolucionario italiano que en setiembre de 1920 culminó con la ocupación obrera de fábricas e industrias. La dictadura del proletariado era un hecho real; todo lo que faltaba era organizarla, y sacar de allí todas las conclusiones necesarias. La social democracia tuvo miedo y retrocedió. Después de intrépidos y heroicos esfuerzos, el proletariado fue dejado frente al vacío. La ruptura del movimiento revolucionario se transformó en el factor más importante del crecimiento del fascismo. En setiembre el avance revolucionario se detuvo y en noviembre ya se asistía a la primera demostración importante de los fascistas: la toma de Bolonia.

La retirada social demócrata. — Es verdad que aun después de la catástrofe de setiembre el proletariado fue capaz de ganar batallas defensivas. Pero a la social democracia sólo le preocupaba una cosa: sacar a los obreros de la línea de fuego a costa de una concesión tras otra. La social democracia esperaba que la conducta dócil de los obreros restablecería la "opinión pública" de la burguesía contra los fascistas. Más aún, los reformistas contaban con obtener el apoyo del rey Víctor Manuel. Hasta último momento, ellos impidieron por todos los medios que los obreros presentaran batalla a las bandas de Mussolini, pues no valía la pena. La Corona junto con las altas capas burguesas se inclinaron del lado del fascismo. Convencidos a último momento de que el fascismo no podría ser detenido con obediencia, los social demócratas lanzaron un llamado a la huelga general. Pero su proclama fue un fiasco. Los reformistas habían humedecido la pólvora durante tanto tiempo, por temor a que explotase, que cuando finalmente y con mano temblorosa le acercaron el fuego, la pólvora no explotó.

Después de dos años de este comienzo el fascismo no estaba en el poder. Pudo atrincherarse gracias al hecho de que el primer período

de su soberanía suprema coincidió con una coyuntura económica favorable y que siguió a la depresión de 1921-1922. Las fascistas aplastaron al proletariado en retirada con las fuerzas de choque de la pequeña burguesía. Pero esto no se consiguió con un solo golpe. Aun después de asumir el poder, Mussolini procedió con la debida cautela: le faltaban todavía las pautas elaboradas. Durante los primeros dos años ni siquiera fue modificada la Constitución. El gobierno fascista tomó el carácter de una coalición. Entre tanto las bandas fascistas estaban ocupadas en trabajar con cachiporras, cuchillos y pistolas. Sólo en este sentido el gobierno fascista fue creado lentamente, lo que significó la estrangulación completa de todas las organizaciones independientes de masas.

Mussolini logró esto a costa de la burocratización del Partido Fascista. Luego de utilizar las fuerzas de la pequeña burguesía el fascismo las estranguló dentro de las garras del estado burgués. No podía haber hecho otra costa, pues la desilusión de las masas que él había unido las precipitaba hacia el mayor peligro inmediato. El fascismo, al burocratizarse, se aproxima estrechamente a otras formas de dictadura policial y militar. Ya no tiene su antigua base social de apoyo. La principal reserva del fascismo —la pequeña burguesía— ha sido agotada. Sólo la inicia histórica permite al gobierno fascista mantener al proletariado en un estado de dispersión y desesperanza.

(Leon Trotski, *What Next?*, setiembre de 1932.)

Discurso de Mussolini en la Conferencia de los Fascios (Milán, 13-3-1919)

[...] Podría demostraros, cifras en mano, que todas las naciones del mundo tienen un imperio colonial que no están dispuestas a abandonar por amor de las ideologías que puedan venir de ultramar. Lloyd George habla abiertamente del imperio inglés. El imperialismo fundamenta la vida de todo pueblo que tiende a la expansión económica y espiritual. [...] Nosotros decimos: o todos idealistas, o nadie. Busquemos nuestro propio interés. Queremos ocupar el lugar que nos corresponde en el mundo porque tenemos derecho a ello [...]. Seamos francos, la S.D.N. no debe ser una trampa tendida por las naciones ricas a las naciones proletarias para fijar y eternizar las actuales condiciones del equilibrio mundial. [...]

Una vez conquistadas las ciudades, concentración inmediata de las escuadras en las columnas designadas para la marcha sobre Roma, en Santa Marinella, en Monterotondo, en Tívoli. Allí en donde la conquista de las ciudades es fácil y segura, puesto que toda la población es fascista, como en el valle del Po y en Toscana, sólo se dejará a un número restringido de fascistas para guardar las posiciones: todos los demás serán enviados a los lugares de concentración. En cambio allí donde la conquista de la ciudad sea imposible o dudosa, no hay ni siquiera que intentar el asalto contra los edificios públicos, sino enviar a todos los fascistas a las concentraciones de columnas. El plan debe desarrollarse según el orden establecido en Milán y en Bordighera. Por la mañana del día 28, marcha simultánea de las tres columnas hacia la capital. La misma mañana del día 28, sábado, será lanzada en Perugia la proclamación del cuadrunvirato. En cuanto a las armas, los cuadrunviratos ya han inspeccionado dos o tres depósitos sobre los que se podrá intentar un golpe de mano. En cualquier caso, los fascistas podrán desarmar a los pequeños destacamentos de carabineros en el campo. Para Milán, Turín y Parma están previstas acciones especiales.

del partido en los años posteriores: la izquierda (Bordiga), el centro (Gramsci), la derecha (Tasca).

El movimiento del PCI se produce en condiciones particularmente desfavorables: el proletariado desmoralizado y a la defensiva limitaba las posibilidades de incidir en la marcha del movimiento obrero y de encauzar la lucha de clases. A esto se le sumaba la fuerza de la línea de ultraizquierda, que lo habría de aislar de las masas.

El fascismo toma el poder

Durante el segundo semestre de 1921 continúa, favorecida por la crisis económica, la ofensiva fascista. El número de parados, que era de poco más de 100.000 en diciembre de 1920, sube a 400.000 en julio, a 500.000 en noviembre y supera los 600.000 en enero de 1922. Los parados se adherirán masivamente al fascismo y constituirán lo que se llamó su base obrera. Estos adherentes se reclutan entre los obreros de reciente proletarización, sin tradición socialista. En las zonas ocupadas los "sindicatos fascistas" se expanden, pero dado que la afiliación se hace casi obligatoriamente, el crecimiento no es un índice real de adhesiones al fascismo. Las grandes ciudades se llenan de refugiados socialistas de las zonas ocupadas. "La mayor parte de estos proscriptos —escribe Tasca— no tienen ningún medio de subsistencia; los llegados en primer lugar han encontrado a veces, al principio, un poco de trabajo en las cooperativas obreras; algunos son auxiliados por sus familias o por camaradas de su región, que cotizan en secreto para enviarles algún dinero. Un poco por todas partes se hacen colectas, los trabajadores dan con una generosidad inagotable [...] pero las oleadas sucesivas que no paran de llegar hacen que las sumas recogidas sean cada vez más insuficientes."

En febrero de 1922 se forma la Alianza del Trabajo, que agrupa a los trabajadores socialistas, populares y comunistas en un intento desesperado por defender las conquistas amenazadas, pero ya es demasiado tarde para que sea un instrumento efectivo; la avanzada fascista ya ha llegado a un punto desde el cual es difícil hacerla retroceder. La Alianza llama a una huelga general por el restablecimiento de las garantías democráticas para el día 1º de agosto. La huelga es acatada por la mayoría de los trabajadores fuera de las zonas ocupadas, fundamentalmente en Piamonte y Lombardía. Los fascistas lanzan un operativo en gran escala para aplastar la huelga contando con importantes medios técnicos y movilidad operacional: los transportes son conducidos por los fascistas, las escuadras se dirigen en camiones, desde los baluartes, para extender la ocupación a nuevas regiones. Así, en pocos días, los fascistas logran ocupar importantes regiones; Marcas, Liguria y casi toda la Lombardía, incluida la ciudad de Milán. La huelga general es derrotada y la Alianza la levanta para evitar males mayores. De los tres baluartes de la clase obrera (Turín, Génova, Milán) dos han caído; la debacle es total, se ha producido "el Caporetto socialista". Sólo Parma, con fuerte influencia comunista, logró resistir heroicamente la embestida." En una pocas horas —cuenta Guido Piccelli, uno de los defensores— los barrios populares de la ciudad adquieren el aspecto de un campo fortificado. La zona ocupada por los defensores es dividida en cuatro sectores [...] Cada escuadra estaba compuesta de ocho o diez hombres armados con fusiles modelo 1891, mosquetones, revólveres de reglamento y bombas SIPE. Sólo la mitad de los hombres pudieron ser armados con fusiles y mosquetones. En algunos puntos las defensas fueron reforzadas con varias líneas de alambre de Espino. La entrada de las plazas, de las calles, de los callejones, fue cerrada por construcciones defensivas. Los campanarios fueron transformados en observatorios. En toda la zona fortificada los poderes pasaron a comandancia de los "Arditi del popolo". Los comerciantes simpatizaban con los insurrectos y pusieron a su disposición materiales y víveres. "Después de cinco días de batalla los fascistas debieron retirarse dejando más de 40 muertos.

Entre agosto y octubre los fascistas explotan las consecuencia de la victoria obtenida contra la huelga general, preparando así la marcha sobre Roma. Esta se realiza a fines de octubre y adopta la forma de un paseo triunfal pues nada se le opone. El movimiento obrero ha sido definitivamente aplastado a comienzos de agosto y los días que transcurren hasta la ocupación de Roma son los necesarios para el ajuste de cuentas de los fascistas con las otras fracciones de la clase dominante.

En octubre, el PSI, con sus efectivos en desbandada, realiza un congreso donde es expulsada la fracción reformista de Turatti, que forma el Partido Socialista Unitario.

Fascismo, burguesía y clase obrera

Todo el período de la posguerra se caracteriza en Italia por el aceleramiento del proceso de concentración de capital. No obstante, el poder económico del gran capital no se traducía en su hegemonía política en el bloque en el poder. Todos los gobiernos anteriores al fascismo (Giolitti, Niti, Bonomi, Facta) habían expresado la hegemonía del capital medio y no del capital monopolista. Las contradicciones entre el gran capital y el capital medio resultaban a veces particularmente agudas. También eran importantes las contradicciones entre el gran capital y los intereses agrarios, vigentes en problemas como el de las tarifas aduaneras o como el del subsidio al precio del pan. Los latifun-

Antonio Gramsci junto a la portada del semanario socialista "L'Ordine Nuovo" Durante su larga lucha por la liberación de los trabajadores, Gramsci propuso la fórmula de un Frente Unico Proletario que se opondría a la burguesía.



L'Internazionale Comunista in Germania

L'ORDINE NUOVO

Rassegna settimanale di cultura socialista

Istruitevi, perchè avremo bisogno di tutta la nostra intelligenza
Agitatevi, perchè avremo bisogno di tutto il nostro entusiasmo
Organizzatevi, perchè avremo bisogno di tutta la nostra forza

Segretario di Redazione:
ANTONIO GRAMSCI
11-18 DICEMBRE 1920

Redazione ed Amministrazione: Via Arcivescovado, 3 - TORINO
Gli Abbonamenti: (Annuale L. 15; Semestr. L. 7.50, trimestrale L. 5; decorrono dal 1° d'ogni mese
Per l'estero aumento del 50 %.
Abbonamento sostenitore L. 25 annuale; L. 10 semestrale.

ANNO II - N. 22

Un numero: Cent. 30 - Conto corr. con la Posta.

Cronache dell'« Ordine Nuovo »

*Dopo aver parlato, nel Salone della Casa del Popolo, alla massa operaia torinese (— e la sua conferenza fruttò 1200 lire alla sottoscrizione dell'*Ordine Nuovo *—) Henri Barbusse espose, ad un più ristretto uditorio, il programma e i fini dell'Associazione internazionale* Clarté

Clarté sostiene la necessità della rivoluzione, sostiene che la rivoluzione può essere solo azione specifica della classe operaia, sostiene che la rivoluzione non deve essere intesa in senso « morale », ma in un preciso senso politico, come fondazione di uno Stato operaio, come avvento al potere del proletariato rivoluzionario. Clarté *afferma essere il riformismo solo inganno e illusione malefica ed esplicitamente dichiara di riconoscere, come suo alleato nel campo dell'azione politica, il Comunismo internazionale. Perciò* Clarté *è un movimento di carattere proletario e non può essere trascurato da chiunque lotti nel campo dell'azione proletaria, nel campo dell'Internazionale Comunista.*

Clarté, fondata su queste basi precise, rappresenta [illegible]

Gli intellettuali e il proletariato

Domenica scorsa la Casa del Popolo di Torino ha ospitato uno degli scrittori più originali e possenti della letteratura francese contemporanea. E' vero che Henri Barbusse non è soltanto un letterato, e che ormai il suo nome è diventato simbolo di quelle fedi e di quelle speranze, che accomunano milioni di cervelli e di cuori in una stessa opera di rinnovazione umana. Ma questo non diminuisce per nulla l'alto significato che assume un avvenimento di tal fatta, quando la nostra riflessione sia capace di penetrarlo. Che infatti un uomo accompagnato da fama ed ammirazione universale, una così delicata anima di poeta e d'artista, che la natura si è piaciuta di arricchire de' suoi più alti doni spirituali si parta dalla sua patria e venuto qui tra noi, invece di ricercare la compagnia delle persone affini a lui per coltura ed abitudini mentali, invece di parlare in un eletto circolo di letterati o di dotti, abbia prima d'ogni altra cosa preferito il rude contatto della massa lavoratrice, abbia quasi voluto ritemprare se ne non potrà essere compiuto se essi non si assicurano nello stesso tempo la possibilità di una non meno importante presa di possesso, quella della ricchezza spirituale, accumulata nei tesori della scienza e dell'arte. Questa non meno di quella corre il pericolo d'una spaventevole distruzione, quando nell'imminente crisi mondiale non fossero prese le precauzioni necessarie alla doppia conservazione.

La civiltà è qui come là esposta ad un totale naufragio, se gli uomini più interessati a salvarla, ossia i produttori in ogni campo, quelli delle cose utili, come quelli dei pensieri veri e belli, non s'incontrano sullo stesso terreno della restaurazione, non si comprendono, non si uniscono nell'opera comune. Le nostre sorti dipendono da questa alleanza.

Per il momento — senza ipotecare il futuro — il nostro dovere è questo: renderci un conto esatto del rapporto che corre attualmente tra il proletariato, che è senza alcun

Programa del Partido Nacional Fascista

Fundamentos. — El fascismo se ha constituido en partido político para reforzar su disciplina y precisar su "credo".
La nación no es la simple suma de los individuos vivientes ni el instrumento de los fines de los partidos, sino un organismo que comprende la serie indefinida de las generaciones de las que los individuos son los elementos pasajeros; es la síntesis suprema de todos los valores materiales y espirituales de la raza.
El Estado es la encarnación jurídica de la nación. [...]
El Estado. — El Estado debe ser reducido a sus funciones esenciales de orden político y jurídico.
[...] Los poderes y las funciones atribuidos actualmente al Parlamento deben ser limitados.
El Estado es soberano, y esta soberanía no puede ni debe ser limitada o disminuida por la Iglesia.
Las corporaciones. — Las corporaciones deben ser promovidas según dos direcciones fundamentales: como expresión de la solidaridad nacional y como medio de desarrollo de la producción.
Las corporaciones no deben tender a aniquilar al individuo en la colectividad nivelando arbitrariamente las capacidades y las fuerzas de los individuos, sino, al contrario, exaltarlas y desarrollarlas. [...]
Principios de política interior. — El Partido Nacional Fascista quiere conferir una dignidad absoluta a las costumbres políticas a fin de que la moral pública y la moral privada cesen de encontrarse en contradicción en la vida de la nación.
Aspira al honor supremo del gobierno del país. [...]
El prestigio del Estado nacional debe ser restaurado: el Estado [...] debe ser el celoso guardián, el defensor y el propagador de la tradición nacional, del sentimiento nacional, de la voluntad nacional. [...]
Principios de política exterior. — Italia debe reafirmar su derecho a realizar su plena unidad histórica y geográfica, incluso allí donde aún no la ha realizado; debe cumplir su función de bastión de la civilización latina en el Mediterráneo, debe imponer la forma sólida y estable al imperio de la ley sobre los pueblos de nacionalidad diferente anexionados a Italia; debe proteger firmemente a los italianos en el extranjero, los cuales deben gozar del derecho de representación política. [...]
Principios de política social. — El fascismo reconoce la función social de la propiedad privada, que es a la vez un derecho y un deber. [...]
El Partido Nacional Fascista actuará:
a) Para disciplinar las luchas de interés desorganizadas entre las categorías y las clases. [...]
b) Para sancionar y hacer respetar, en cualquier lugar y tiempo, la prohibición de la huelga en los servicios públicos. [...]
Política escolar. — La escuela debe tener como objetivo general la formación de personas capaces de asegurar el progreso económico e histórico de la nación; elevar el nivel cultural y moral de la masa y promover los mejores elementos de todas las clases para asegurar la perpetua renovación de las capas dirigentes. [...]

distas se hallaban divididos en dos fracciones de clase definidas: los capitalistas del norte, los feudales del sur. Finalmente será el gran capital y los capitalistas agrarios los que constituirán el apoyo efectivo del fascismo. En éste se expresaron las contradicciones entre ambas fracciones de las clases dominantes, representadas por Grandi y Balbo (agrarios) y Mussolini (gran capital). A veces estas contradicciones tomaron un carácter particularmente agudo en torno a problemas como el de Movimiento o Partido, el Pacto de Pacificación con los socialistas y el apoyo a la lucha callejera con las maniobras parlamenrias. Finalmente se impuso el fascismo urbano (Mussolini) sobre el rural, y una vez llegado el fascismo al gobierno se produjo la reorganización del bloque en el poder bajo la hegemonía del gran capital. Los agrarios del sur resistieron o dieron un apoyo retaceado al fascismo, dado que la expansión monopolista llevaba consigo la disolución del feudalismo agrario. Como dice Poulantzas, el fascismo fue el estado de excepción a través del cual culminó en Italia el proceso de transición del capitalismo de libre competencia al capitalismo monopolista, proceso que se extiende de la última década del siglo XIX a la década de 1940.
El fascismo como movimiento de masas pequeño burguesas incluyó en su ideología importantes componentes "anticapitalistas", no proletarios. Pero, aliado con el gran capital, terminó transformándose en la base de apoyo social para su hegemonía en el poder y en la sociedad. No obstante, el fascismo siempre conservó una autonomía relativa con respecto al gran capital, con el cual tuvo algunos roces, especialmente durante el primer período, hasta que, finalmente, fueron liquidados los sectores de izquierda del movimiento, que propugnaban una "segunda revolución anticapitalista".
Después de la ofensiva obrera (1918 - setiembre 1920), ofensiva caracterizada por el predominio de la huelga política y no de las



Un episodio de la marcha fascista sobre Roma. Tras este movimiento de masas, Mussolini formará su primer gobierno de coalición.



Antonio Gramsci —segundo desde la izquierda, en la fila del centro— en el patio de la prisión, 1926. Habiendo prevenido acerca del peligro que representaba el populismo fascista, Gramsci fue tenazmente perseguido y encarcelado en varias oportunidades.

insurrecciones, como en el caso de Alemania, sigue un corto período de estabilización de la lucha de clases (setiembre-diciembre de 1920) . Desde comienzos de 1921 se pasa al período de la ofensiva de la burguesía, con la clase obrera a la defensiva. Este período se va a caracterizar por un proceso en el cual la lucha de la burguesía toma un carácter cada vez más político y, paralelamente, la lucha de la clase obrera toma un carácter cada vez más económico. O sea, mientras la burguesía ataca las conquistas obreras y se dirige hacia una reorganización autoritaria del aparato del estado mediante el avance político-militar del fascismo, la clase obrera se limita a tratar de conservar las reivindicaciones económicas, dejando de lado toda lucha política, aún en niveles donde su necesidad es muy evidente, como lo es respecto a la urgencia de enfrentar política y militarmente el avance fascista.
Si el PSI se hallaba desprestigiado ante las masas, el PCI se hallaba separado de las mismas. Obviamente, también fue afectado por la desmoralización que siguió a las ocupaciones de setiembre. Así, la fracción comunista del PSI, que había dirigido las luchas de importantes sectores de trabajadores durante el año 1921, una vez constituido en Partido Comunista. En el congreso en el cual se produjo la escisión, los comunistas habían obtenido 58.000 votos; en marzo de 1922 sus efectivos se habían reducido a 20.000 afiliados.
El legalismo del PSI frente al fascismo desmovilizaba aún más a la clase obrera, mientras el fascismo utilizaba el pacto de pacificación de 1921 para recomponer su frente interno. Por otra parte, tanto el PSI como el PCI alimentaban la ilusión de una huelga general que impediría cualquier intento del fascismo de tomar el poder. La eficacia de este método se sobreestimaba basándose en las experiencias exitosas frente a los putchs de Kapp y Kornilov.
Dentro del PCI variaban las posiciones con respecto al fas-

Plan de acción fascista para la marcha sobre Roma (octubre de 1922)

[...] Inmediatamente después, el día 28, acción acerca de objetivos limitados: prefecturas y cuestorías, estaciones, correos y telégrafos, estaciones de radio, periódicos y círculos antifascistas, bolsas de trabajo.
La justicia. — [...] Es necesario abolir las magistraturas especiales. El Partido Nacional Fascista se declara partidario de la revisión del código penal militar.
El procedimiento debe ser rápido.
La defensa nacional. — [...] El Partido Nacional Fascista preconiza la organización inmediata de un ejército que, en formación completa y perfecta, por una parte vigile, escolta atenta, las fronteras conquistadas y, de otra parte, prepare en el país, entre y encuadre los espíritus, los hombres y los medios que la nación sabe producir, en sus infinitos recursos, en la hora del peligro y de la gloria.
Organización. — El fascismo es un organismo:
a) político,
b) económico,
c) de combate.
En el terreno político acoge sin espíritu de secta a todos aquellos que suscriban sinceramente sus principios y obedezcan su disciplina; anima y valora los talentos particulares reuniéndoles según sus aptitudes en grupos de competencia; participa intensamente y constantemente en todas las manifestaciones de la vida política, realizando de forma contingente aquello que puede ser prácticamente de su doctrina y reafirmando su contenido integral.
En el terreno económico promueve la constitución de las corporaciones profesionales, puramente fascistas o autónomas, según las exigencias del tiempo o del lugar, bajo condición de que éstas obedezcan en sustancia al principio nacional por el cual la nación está por encima de las clases.
En el terreno de la organización de combate, el Partido Nacional Fascista forma un todo único con sus escuadras: milicia voluntaria al servicio del Estado nacional, fuerza viva en la que se encarna la idea fascista y mediante la cual ésta es defendida.

(*Il Popolo d'Italia*, 27 de diciembre de 1921.)

cismo. Para Bordiga éste representaba a "los sectores más avanzados de la burguesía" (el capital monopolista), pero minimizaba totalmente su peligro planteando que no podía triunfar dada la inminencia de la revolución proletaria; también subestimaba el carácter de movimiento de masas del fascismo. Para Gramsci el fascismo era la expresión de los sectores más reaccionarios de la burguesía (los agrarios) y de la pequeña burguesía. A pesar de este error en su análisis Gramsci alertaba contra el peligro del triunfo de un "golpe de estado" fascista, afirmación que derivaba de tomar en cuenta el carácter de masas del mismo. Para esta época la dirección bolchevique de la Internacional, incluidos Lenin y Trotski, no daba suficiente importancia al problema del fascismo. (El último alertaría posteriormente en forma sistemática sobre el peligro de un triunfo nazi en Alemania.) Zinóviev, el especialista ruso en problemas internacionales, consideraba al fascismo como la expresión de los agrarios y pensaba que sólo se podía dar en países de insuficiente desarrollo capitalista.

La línea del PCI durante 1921 y 1922 fue de enfrentamiento frontal con el PSI, al que consideraba el enemigo principal de la clase obrera (un primer esbozo de la tesis del socialfascismo del tercer período de la Internacional comunista). Gramsci, apoyado por Lenin, se oponía a esta línea de ultraizquierda planteando la necesidad de una política de alianzas.

Cuando el Primer Plenario de la Internacional Comunista proclamó la política del Frente Unico Proletario la política del PCI entró en abierto choque con ella. La presión sobre el PCI para un cambio de política se hizo cada vez más intensa, no obstante lo cual Bordiga se mantuvo firme en su posición al frente del PCI. En su Segundo Congreso, celebrado en Roma en marzo de 1922, el PCI rechazó por amplia mayoría la política de la Internacional Comunista y planteó la política de frente único sólo a nivel sindical, lo que le valió severas críticas por parte de la dirección de la Internacional. Dijo Zinóviev en el Cuarto Congreso de ésta: "En la táctica del frente único tenemos divergencias serias con el PCI, que considera que el frente único sólo es posible en el dominio económico, pero que no debe en absoluto realizarse en el dominio político. Esta es una posición antimarxista.

Gramsci concibió los Consejos Obreros como una forma de implementar la fórmula del Frente Unico Proletario. Según Poulantzas fue el único dirigente comunista de Europa Occidental que comprendió la vía para realizar el Frente Unico, aunque habría sobreestimado a los consejos en cuanto a su capacidad para derrocar el estado burgués. Bordiga, por el contrario, se opuso frontalmente a los consejos, a los que consideraba organismos proclives al reformismo y los contrapuso al partido revolucionario, lo que se sintetizó en su formula "tomar las fábricas o tomar el poder".

El extremismo de Bordiga llegó al máximo cuando se opuso al ingreso de los comunistas en los Arditi del Popolo rojos, que estaban formados por militantes obreros y campesinos del PSI e independientes y que fue un intento espontáneo de enfrentar militarmente al fascismo. Así se formaron escuadras comunistas "puras" en algunos puntos que lograron algún éxito al resistir a los fascistas, en especial en Parma.

En resumen, como lo señala Poulantzas, las posiciones de Bordiga se asimilaban a las del blanquismo por su reivindicación de una élite superrevolucionaria que poco más o menos realizaría la revolución en nombre de las masas. Por otra parte, tanto Bordiga como Gramsci no dieron mayor importancia a la ola de movilización campesina que se produjo en Italia durante la posguerra, menospreciando así las posibilidades de una alianza obrera-campesina.

Una de las ceremonias marciales del gobierno de Mussolini. Apoyado en la pequeña burguesía, el fascismo consigue seducir a un sector de la clase obrera y permite así la supervivencia del sistema de dominación social.



Conclusión

El fascismo se expandió en Italia después de una serie de derrotas parciales de la clase obrera. Derrotas producidas porque la clase obrera no alcanzó, a nivel político, objetivos posibles que no incluían, necesariamente, la toma del poder. De hecho, mientras la clase obrera logró, en el período 1918-1920, importantes conquistas en el terreno económico, no sucedió lo mismo en el plano político. Así, los principales problemas de orden político planteados al proletariado quedaron sin resolver: estructuración de una organización revolucionaria con una estrategia definida de poder, alianza orgánica con el campesinado pobre y las masas explotadas de la ciudad, constitución de formas orgánicas estables de poder obrero, organización militar. El fascismo como régimen de excepción, respuesta a una crisis política, cumplió en este contexto una doble función:

1º) Con respecto a la clase dominante reorganizó el bloque en el poder en función de la hegemonía del gran capital; con respecto a la pequeña burguesía la utilizó como firme base de apoyo social, transformándola en la clase mantenedora del estado.

2º) Con respecto a la clase explotada, garantizó, por un lado, la represión física organizada de la clase obrera y el campesinado pobre; por otro lado cumplió una función ideológica: la de introducir la ideología burguesa en la clase obrera a través del componente anticapitalista pequeñoburgués de su ideología, lo cual favoreció el predominio de la ideología dominante en el proletariado y con ello la reproducción del sistema de dominación.

Bibliografía

Angelo Tasca. *El nacimiento del fascismo.* Barcelona, Ariel, 1969.

Nicos Poulantzas. *Fascismo y dictadura.* Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.

Antonio Gramsci. *Antología.* Selección y notas de Manuel Sacristán. México, Siglo XXI, 1970.

Daniel Guerin. *Fascism and Big Business.* New York, Pioneer Publishers, 1939.

Daniel Horowitz. *Historia del movimiento obrero italiano.* Buenos Aires, Marymar, 1967.

Robert Paris. *Los orígenes del fascismo.* Barcelona, Península, 1969.

León Trotski. *El fascismo.* Selección y prólogo de Alberto J. Pla. Buenos Aires, CEFE Editor, 1971.

Robert A. Brady. *La riqueza tras el poder.* México, FCE, 1945.

G. D. H. Cole. *Historia del pensamiento socialista.* México, FCE, 1960.

De la FORA a la CGT

Hugo del Campo

"Cualquier ciudadano que pase por la ciudad de Buenos Aires creerá que se encuentra en un país donde la agitación popular ha suprimido todo control y poder." Palabras del diputado Agote en el Congreso el día en que los talleres Vasena fueron ocupados por sus obreros.

"El auto del jefe de policía fue incendiado en San Juan y 24 de Noviembre. Los talleres Vasena fueron incendiados por la muchedumbre. En la manifestación a la Chacarita fue desarmado un oficial de policía. En San Juan y Matheu fue asaltada y desvalijada una armería. En Prudam y Cochabamba se levantó una barricada con carros y tranvías dados vuelta, ayudando a los obreros quince marinos. En Boedo y Carlos Calvo fue asaltada otra armería. Las estaciones del Anglo, Caridad, Central y Jorge Newbery paralizaron por completo. En Córdoba y Salguero los huelguistas dieron vuelta a un tranvía, a otro en Boedo e Independencia y en Rioja y Belgrano a otro. Hay otra infinidad de tranvías abandonados en medio de las calles, y las arterias en los barrios de Rioja y San Juan se atestaron de gente del pueblo. Doscientos mil obreros y obreras acompañaron el cortejo fúnebre con demostraciones hostiles al gobierno y a la policía. Los manifestantes obligaron a las ambulancias de la Asistencia Pública a llevar banderita roja, impidiendo que se llevara en una de ellas a un oficial de policía herido. En la calle Corrientes, entre Yatay y Lambaré, a las cuatro de la tarde, quemaron completamente dos coches de la compañía Lacroze. Se arrojaron los cables al suelo. Aquí también un soldado colaboró con el pueblo, después de tirar la chaquetilla. En la esquina de Corrientes y Río de Janeiro se cambiaron varios tiros entre los bomberos y el pueblo, logrando ponerlos en fuga, refugiándose en la estación Lacroze, Corrientes y Medrano. Por la calle Rivadavia el pueblo marcha armado con revólveres, escopetas y máuseres. En Cochabamba y Rioja fue volcada una chata cargada de mercadería y repartida ésta entre el pueblo. En las calles San Juan y 24 de Noviembre un grupo de obreros atajó e incendió el automóvil del comisario de la Sección 20ª. Todas las puertas del comercio están cerradas. Los ánimos se encuentran excitadísimos. En Rioja y Cochabamba un oficial de policía en un tumulto recibió una puñalada bastante grave. Estalló un petardo en el subterráneo de la estación Once, quedando el tránsito interrumpido completamente. Un automóvil de bomberos fue incendiado en la calle San Juan. Los bomberos entregaron las armas a los obreros sin ninguna resistencia. La policía tira con balas dum-dum. Buenos Aires se ha convertido en un campo de batalla [...]."

Así enumera el diario anarquista *La Protesta*, en su edición extraordinaria del 10 de enero de 1919, los hechos que se desencadenaron el día del entierro de los obreros de la empresa Vasena víctimas de la represión policial. La noticia era encabezada por una significativa constatación:

"El pueblo está para la revolución. Lo ha demostrado ayer al hacer causa común con los huelguistas de los talleres Vasena. El trabajo se paralizó en la ciudad y los barrios suburbanos. Ni un proletario traicionó la causa de sus hermanos de dolor."

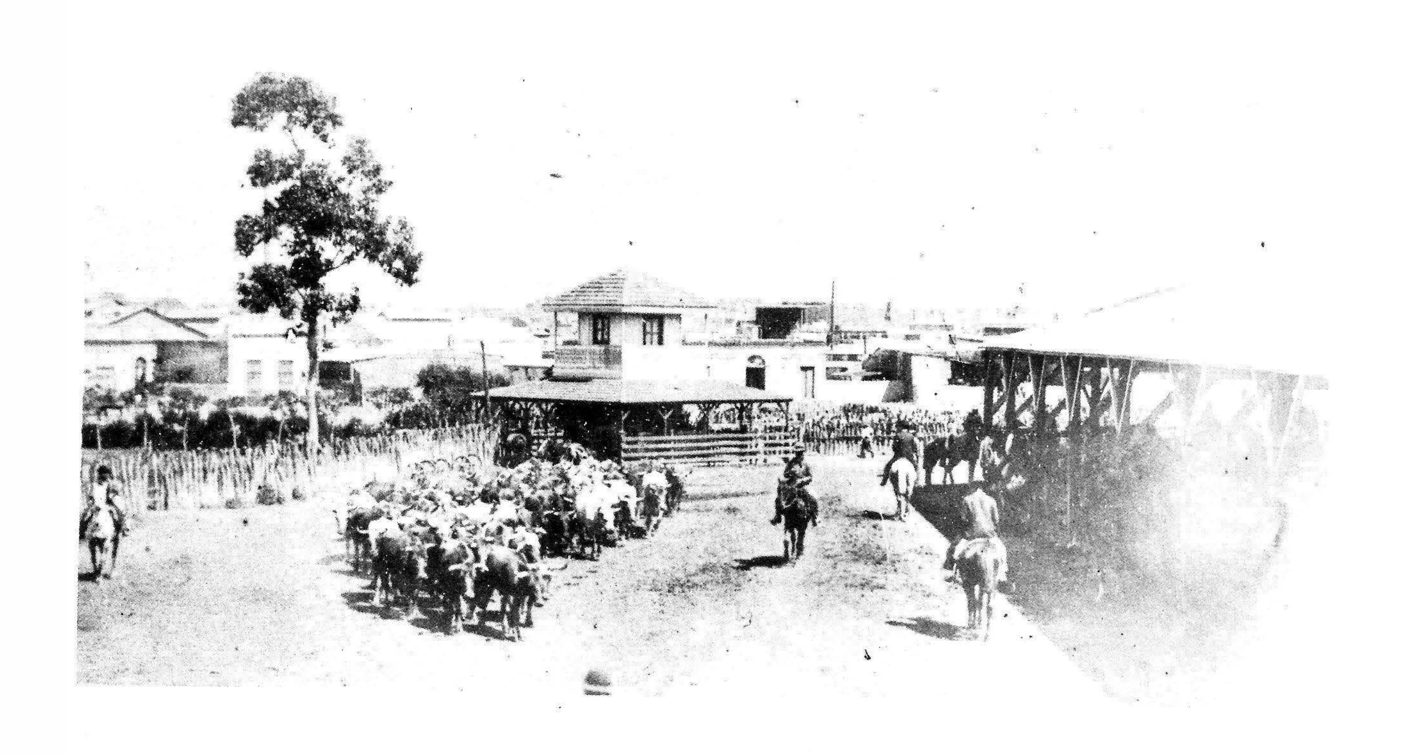
Mientras tanto, las clases dominantes, al mismo tiempo que articulaban la represión del movimiento obrero que habría de pasar a la historia con el nombre de "Semana Trágica", registraban con otra óptica, entre temerosas e indignadas, esos sucesos que conmovieron a la Argentina de la segunda década.

"Cualquier ciudadano que pase por la ciudad de Buenos Aires creerá que se encuentra en uno de los países que han estado en guerra y donde las agitaciones populares han suprimido todo control y todo poder" (palabras de Agote, diputado conservador, en el Congreso durante la sesión del 9 de enero.)

"Dijérase esto la Rusia maximalista. Nada nos falta para identificarnos con ella. [Este 9 de enero pertenece] a la categoría de los días de luto para la civilización, digno de la Comuna de 1871, de la 'semana roja' de Barcelona, de la Rusia desquiciada y bárbara y caótica de la ho-

ra actual." (Del diario clerical *El Pueblo* del 10 de enero.)
Un día después *La Prensa* pregunta: "¿Era el estallido de la huelga revolucionaria? ¿Había algo más grave todavía?" El 14, *La Nación* "explica" los hechos: "Todos estos síntomas acusan la obra de una organización vigorosa, preparada de largo tiempo atrás, que ha estado al acecho de las perturbaciones huelguísticas para aprovecharlas en su favor. Y la investigación policial, puesta sobre la pista por ciertas exteriorizaciones, descubre uno de los centros agitadores, constituido por un *sóviet* de súbditos extranjeros que han venido expresamente a la república para tomar posesión del gobierno y para proporcionarle fórmulas de anarquía disolvente según el modelo de su país originario."
Explicaciones como esta, que ubican las causas del levantamiento no en el sistema de explotación a que era sometido el proletariado, sino en el ingreso de ideologías "extrañas", servirán, en gran medida, de apoyo a las formas "patrióticas" de represión que pondrá en práctica la oligarquía, especialmente contra los componentes inmigratorios de la clase obrera que ella misma había traído.
La Semana Trágica marca el momento de mayor combatividad proletaria durante la época que trataremos en este capítulo y que va de los años del Centenario —años de clara hegemonía anarquista en el movimiento obrero argentino— a la revolución de 1930 y la creación de la Confederación General del Trabajo (CGT). Un proceso que, a manera de introducción, sintetizaremos en pocas líneas.
Después de un largo reflujo provocado por la crisis económica —que, acentuada por la guerra, se tradujo en una gran desocupación—, el movimiento obrero reinició, hacia 1918, su actividad. Mediante muchas huelgas trató de recuperar el poder adquisitivo del salario y las condiciones de vida y de trabajo que tanto se habían deteriorado con la crisis. Si no esperaba la ayuda del gobierno radical, contaba al menos con su promesa de no recurrir a la fuerza para ahogar las aspiraciones de los trabajadores. Pero, en medio de la lucha reivindicativa, las organizaciones obreras no olvidaban su finalidad revolucionaria: por eso saludaron el triunfo bolchevique de 1917 como el primer paso de la revolución mundial. El estallido de otros movimientos en Europa parecía confirmar esa esperanza, y los grupos más entusiastas y decididos sólo esperaban una oportunidad favorable para lanzarse a la acción. Sin embargo, el predominio de las ideologías anarquistas había impregnado a los sectores revolucionarios de una ciega confianza en el espontaneísmo de las masas y de una actitud desconfiada con respecto a las propuestas de organización. De ahí que, al estallar el movimiento de 1919, ningún grupo se mostrara capaz de dirigirlo.
La masacre consecuente selló el desprestigio de las tácticas anarquistas, pero el sindicalismo —tendencia dominante durante todo el período— conservó su intransigente posición antipolítica. Frente a ella, socialistas y comunistas sólo pudieron acercar al campo de la acción política a pequeñas fracciones de la clase trabajadora.
La rivalidad de esas cuatro tendencias hizo imposible la unidad sindical, aunque no impidió la realización de vastos movimientos que reflejaron un alto nivel de conciencia y de espíritu de solidaridad.
Finalmente, la estabilización económica y la oleada de prosperidad de la década de 1920 permitieron un relativo mejoramiento de la situación de los trabajadores. La vigencia del sistema democrático-liberal y la política generalmente conciliadora de los gobiernos radicales atenuaron los enfrentamientos con el estado y llevaron a algunos sectores hacia una actitud negociadora. Mientras tanto, la derrota del movimiento obrero en Alemania, Italia y otros países europeos y la burocratización del régimen soviético alejaban cada vez más

La situación económica de la Argentina —estable y próspera en su papel de semicolonia productora de alimentos destinados a las metrópolis— se vio seriamente conmovida por los efectos de la guerra de 1914.



Arriba: trilladora de cereales, 1912. En la foto inferior: interior de un frigorífico en 1917. El volumen de las exportaciones se mantuvo, pero estas cambiaron en su composición y valor. Las ventas de carne congelada aumentaron y los productos ganaderos pasaron a constituir más de la mitad de las exportaciones.

la perspectiva de una revolución mundial. Todo impulsaba, pues, a la clase obrera argentina hacia el reformismo y la integración, cerrando así todo un ciclo de su historia, signado por el predominio de las tendencias revolucionarias.

La economía argentina durante la guerra y la posguerra

La situación aparentemente estable de la Argentina del Centenario, su condición de próspera semicolonia, productora de alimentos para las metrópolis industriales y financieras, se vio seriamente conmovida por los efectos de la Primera Guerra Mundial. Esta, que involucró a todos los países con los que la Argentina mantenía contactos de importancia, alteró las relaciones comerciales e interrumpió el flujo de capitales y de inmigrantes.

El precio de los cereales y de las carnes se elevó en el mercado mundial, pero la reducción de la capacidad de bodegas y el consiguiente aumento de los fletes —que favorecía a los productores más cercanos a Europa, como EE. UU. y Canadá— hicieron que las exportaciones agrícolas disminuyeran. Aumentaron en cambio las ventas de carne congelada —ya que en este caso la distancia beneficiaba a nuestro país con respecto a Australia—, y los productos ganaderos pasaron a constituir más de la mitad de las exportaciones. En suma, el volumen de éstas se mantuvo, aunque cambió su composición y su valor. Sin embargo, el encarecimiento de los productos agropecuarios fue muy inferior al que sufrieron los productos industriales, de modo que se hizo necesario ir reduciendo las importaciones. La escasez y carestía de los artículos manufacturados estimulaban así el desarrollo de industrias sustitutivas. Pero la restricción de la oferta y el alza de los precios de la maquinaria, el combustible y la materia prima necesarios para montar y mantener en funcionamiento esas industrias fueron aún mayores. En consecuencia, sólo algunas ramas pudieron expandir su producción, mientras otras —especialmente las metalúrgicas— se vieron en graves dificultades. La gran industria, mejor preparada que los pequeños talleres para enfrentar estas condiciones anormales, sufrió menos, y en algunos casos se benefició, iniciándose un proceso de concentración. En conjunto, los índices de producción industrial bajaron hasta 1917 para comenzar, desde el año siguiente, una lenta recuperación.

Con la paz, la posición argentina en el mercado mundial volvió a ser favorable. Arrasados los campos de Francia y Alemania, envuelta Rusia en la guerra civil, la demanda de cereales era grande. No quedó entonces ningún rincón de la zona pampeana sin sembrar y las ventas de trigo, maíz y lino alcanzaron los niveles más altos de su historia. Los productos agrícolas volvieron a representar cerca de un 60 % de las exportaciones, pese a que —superada la crisis de los primeros años de posguerra— las ventas de carnes se incrementaron también rápidamente. De ese modo, el volumen de las exportaciones argentinas alcanzó en la década de 1920 magnitudes no superadas ni antes ni después.

Pero algo oscurecía este brillante panorama. El precio de los cereales, que tanto había subido en los primeros años de posguerra, comenzó luego a descender regularmente. El de las carnes —que, por el contrario, había caído abruptamente en esos años— terminó por estabilizarse, con tendencia también a decaer. En cambio, el precio de los productos industriales se mantenía firme, alejándose cada vez más del de las materias primas y los alimentos. Se había iniciado el proceso de deterioro de los términos del intercambio. El valor de lo que se vendía se iba reduciendo permanentemente en

El movimiento obrero argentino se dividía en la segunda década del siglo en tres fracciones: la FORA, anarquista; la CORA, integrada por sindicalistas y socialistas, y los gremios autónomos que no adherían a ninguna de ambas. Sin embargo, la lucha común contra las leyes represivas impulsó más tarde a que ambas centrales se coordinaran en su accionar. En la ilustración: viñeta aparecida en un periódico socialista.

Presupuesto tipo y salario mensual

	Valor promedio del presupuesto tipo.	*Salario mensual promedio de los obreros industriales.*
	$ m/n	$ m/n
1914	119,49	67,22
1915	128,92	65,07
1916	138,36	65,25
1917	161,94	65,65
1918	204,39	71,03
1919	191,81	90,46
1920	224,83	109,75
1921	199,67	120,60
1922	168,23	116,92
1923	165,08	117,47
1924	168,23	118,31
1925	163,51	120,41
1926	158,79	118,25
1927	157,22	123,58
1928	155,65	130,07
1929	157,22	130,08
1930	158,79	119,56

(Fuente: Departamento Nacional del Trabajo. División de Estadística. *Estadística de huelgas*. Buenos Aires, 1940, p. 21.)

Salario real en la Capital Federal (NI 1929 = 100)

1914	68	1923	86
1915	61	1924	85
1916	57	1925	89
1917	49	1926	90
1918	42	1927	95
1919	57	1928	101
1920	59	1929	100
1921	73	1930	91
1922	84		

(Fuente: Departamento Nacional del Trabajo. División de Estadística. *Investigaciones sociales*. Buenos Aires, 1938, p. 30.)

Costo de la vida (NI 1933 = 100)

1914	92,4	1924	128,9
1915	98,9	1925	125,6
1916	106,1	1926	122,4
1917	124,7	1927	120,8
1918	156,5	1928	119,1
1919	147,5	1929	120,8
1920	172,3	1930	122,6
1921	153,5	1931	105,0
1922	128,9	1932	93,8
1923	126,4	1933	100

(Fuente: Departamento Nacional del Trabajo. División de Estadística. *Investigaciones sociales*. Buenos Aires, 1938, p. 2.)


PS

relación con el de lo que se compraba. La época de las colonias prósperas se acercaba a su fin y los efectos de la dependencia comenzaban a mostrarse.

La paz significó también la ruina de algunas industrias —"artificiales", según la terminología de la época—, pero, en conjunto, la producción manufacturera siguió un crecimiento sostenido, llegando a duplicarse. Es que un nuevo factor había aparecido en ese campo: las inversiones norteamericanas. Estas, aunque sólo llegaban a superar a las británicas en algunos rubros— como las industrias frigoríficas y manufactureras—, revelaban la pujanza del nuevo imperialismo que se disponía a sustituir a la vieja metrópoli europea.

Las clases medias y el radicalismo



El crecimiento dependiente había ido conformando una sociedad compleja y diversificada. En uno de los extremos se ubicaba la oligarquía terrateniente, con fuertes intereses comerciales y financieros, estrechamente vinculada con el capital extranjero, que controlaba el poder político y llevaba un suntuoso tren de vida en Buenos Aires o en Europa. En el otro, una clase obrera explotada y miserable, hacinada en conventillos y que cubría a duras penas sus necesidades más elementales con los magros salarios que ganaba cuando no le alcanzaba la guadaña de la desocupación. Pero entre ambos polos se habían articulado diversas capas sociales.

Los trabajadores urbanos —entre los cuales los obreros industriales eran aún una minoría— sólo constituían en realidad el núcleo organizado y activo de una vasta capa de asalariados. En el campo estaban los peones, encuadrados en el tradicional sistema de la estancia, y los jornaleros, que iban de chacra en chacra durante la cosecha del cereal. La zafra reunía un heterogéneo conglomerado en Tucumán; la Patagonia había sido poblada por una peonada cosmopolita; los hacheros y mensúes del nordeste permanecían indefensos ante la omnipotencia de las empresas. Muchos de estos grupos, estimulados y apoyados por el movimiento obrero, iniciaron en esos años su organización y emprendieron dramáticas luchas en condiciones por demás adversas.

Hacia el otro extremo, pero sin pertenecer a la élite privilegiada, se ubicaban muchos estancieros grandes y medianos que gozaban de una sólida posición. La técnica del enfriado, introducida por los frigoríficos yanquis, había dividido a los ganaderos en *invernadores* —los cuales, en estrecha conexión con las empresas, actuaban como intermediarios y dominaban el mercado— y *criadores* —los que vendían los animales a medio preparar—. Si los primeros tenían influencia en las esferas del poder, no ocurría lo mismo con los segundos, y los intereses de unos y otros muchas veces entraban en conflicto.

Comerciantes y hombres de negocios —argentinos y extranjeros— se habían enriquecido en diverso grado sin ser aceptados socialmente por el estrecho círculo de las familias patricias y este era otro factor que los alejaba del poder. Lo mismo ocurría con los que habían prosperado con la industria.

Todo un importante sector de la burguesía, con grandes intereses que defender, se sentía por lo tanto excluido por el régimen oligárquico. Esto lo acercaba a las clases medias, marginadas más abiertamente y no menos conscientes de su situación.

Chacareros, arrendatarios y medieros del litoral, pequeños y medianos propietarios del interior, constituían el grueso de la población rural. Comerciantes de todas las categorías y empresarios de pequeños talleres abundaban en pueblos y ciudades. Cada vez era mayor el número de profesionales, docentes, empleados públicos y privados.

Arriba: durante una huelga de sastres la policía allana el lugar de reunión de los huelguistas. Entre otras personas se ve en el portal del edificio al político socialista Alfredo Palacios. Abajo: conductores de carros reunidos en el Salón "José Verdi" celebran una reunión con motivo de una huelga general de carreros.

El dibujo aparecido en "La Protesta" recuerda los excesos del jefe de policía Ramón L. Falcón en el aniversario de su muerte, ocurrida a manos de un anarquista.

Estos grupos —que gozaban, en general, de "un buen pasar"— no podían quejarse demasiado de su situación económica ni de una estructura social que —salvo en su cúspide— mantenía abiertas las puertas para el ascenso individual. Pero esa movilidad social que, durante mucho tiempo, colmó las aspiraciones de los inmigrantes, empezaba ya a parecer insuficiente. Sus hijos, más instruidos, sabían lo que significaba la posibilidad de influir sobre el poder político y, conociendo los derechos que les asignaba la Constitución, veían cada vez más indignados la burla que de los mismos hacía el régimen. Su máxima aspiración se concentró entonces en la plena vigencia del sistema constitucional y, principalmente, en poder hacer uso efectivo del sufragio.

Sobre esta base social y como expresión de estos anhelos, surgió el radicalismo. Frente a la paulatina disgregación de los grupos que representaban políticamente a la oligarquía, su fuerza fue aumentando, y su táctica de abstención revolucionaria llegó a constituir un verdadero peligro para el régimen. Este prefirió entonces abrir las compuertas, antes de que los sectores marginados las hicieran estallar, y mediante la reforma electoral permitió que el radicalismo accediera al gobierno.

La oligarquía sabía que sus intereses fundamentales no estaban seriamente amenazados: el radicalismo no postulaba cambios de fondo en el orden económico-social, pues los sectores que representaba no querían destruir el sistema sino integrarse. La camarilla saliente conservó, sin embargo, ciertos resortes del poder —Senado, Corte Suprema, gobiernos provinciales— desde los cuales pudo frenar las reformas parciales intentadas por Yrigoyen.

Con Alvear, el radicalismo adoptó una posición más netamente conservadora, de reconciliación con la clase dominante. Pero cuando un vasto movimiento popular repuso al viejo caudillo en el gobierno, amenazando más definidamente los intereses metropolitanos y oligárquicos, llegó la hora del ejército, que tomó el poder en 1930 para devolverlo después a la oligarquía.

En suma, los radicales —pese a ciertas actitudes nacionalistas y populistas— gobernaron sin alterar sustancialmente la estructura económico-social. Tampoco cambió, sino muy lentamente y como producto exclusivo de sus luchas, la situación de la clase obrera.

Un largo reflujo

Después de las grandes movilizaciones de 1909 y 1910, el movimiento obrero argentino entró en un período de pronunciado reflujo provocado por la combinación de dos factores: la represión y la crisis económica.

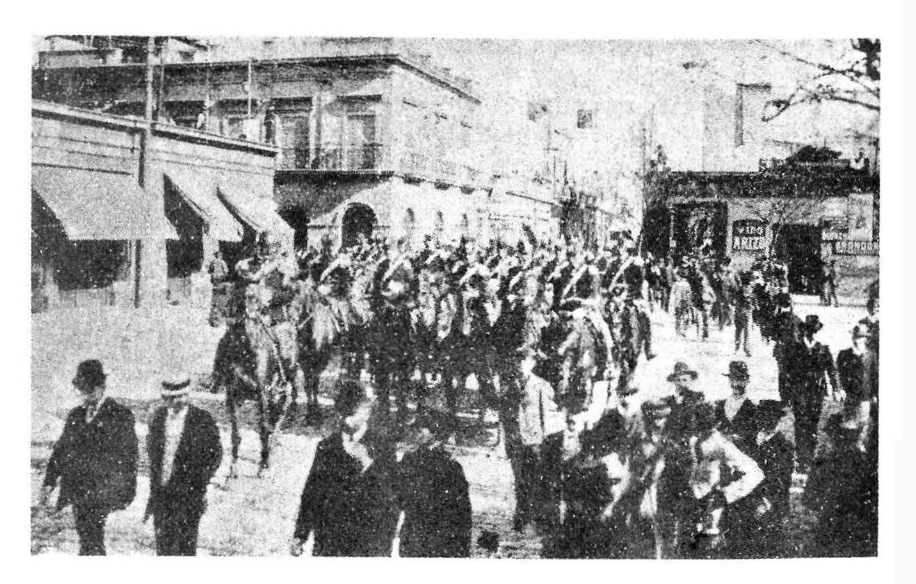
Armado con la nueva Ley de Defensa Social —que venía a complementar a la Ley de Residencia— el estado oligárquico descargó sobre el movimiento obrero todo el peso de su poder. Expulsados del país muchos militantes, presos otros, amenazados todos con perspectivas similares, los cuadros sindicales quedaron diezmados. Prohibidas la propaganda anarquista y las asociaciones de esa tendencia, no sólo los grupos ideológicos sino también muchas organizaciones obreras debieron pasar a la clandestinidad.

Casi todos los sindicatos entraron en declinación; las centrales obreras dejaron de celebrar sus tradicionales congresos anuales, y por mucho tiempo la actividad de los trabajadores se limitó a esporádicas huelgas parciales.

Dado el notable nivel de conciencia y combatividad que las vanguardias obreras habían alcanzado, la represión no hubiera bastado por sí sola para producir este retroceso. Fue necesario que una grave crisis económica conmoviera al país, dejando a cientos de miles de asalariados en la calle y obligando a los demás a aferrarse deses-



Tres imágenes de una manifestación en contra de los altos alquileres. La continua corriente inmigratoria no sólo aumentaba el "ejército industrial de reserva" sino que agravaba el problema de la vivienda dando lugar a la proliferación de conventillos.







peradamente a los empleos que les permitían subsistir, para que el movimiento obrero se redujera casi a la impotencia.

Los primeros síntomas de la recesión se manifestaron hacia 1911 y afectaron sobre todo el ramo de la construcción, que absorbía gran cantidad de mano de obra. Por otra parte, el área sembrada había alcanzado prácticamente sus límites ecológicos y la industria no demostraba mayor vitalidad. Con todo, seguían llegando enormes contingentes de inmigrantes, que, concentrados en Buenos Aires, acrecentaban la masa de desocupados.

La guerra, como vimos, hizo que la agricultura decayera y provocó el cierre o la disminución de la producción en muchas fábricas y talleres. De modo que el desempleo, que en 1914 afectaba ya a más de 300.000 trabajadores, llegó, en 1917, a afectar a 455.870, casi un 20 % de la población activa.

Ante esta desesperante situación, muchos habitantes —unos 480.000— salieron a buscar trabajo al exterior durante los cinco años de la guerra. Como los más pobres y superpoblados territorios europeos, la Argentina se convirtió, paradójicamente, en un país de emigración. Los demás trabajadores debieron afrontar las más penosas condiciones de existencia.

Hasta 1918 los salarios nominales permanecieron prácticamente estancados y, en muchos casos, declinaron. Mientras tanto, el costo de la vida experimentaba un alza inusitada.

La valorización de los productos agropecuarios en los mercados exteriores se trasladó a los precios internos: la carne y el pan —elementos básicos de la canasta familiar— aumentaron entonces en un 30 y 45 % respectivamente. Mayor aún fue la carestía en los alimentos importados como el aceite (75 %), el azúcar (76 %) y el arroz (80 %). También sufrieron fuertes alzas rubros como el carbón (60 %) y el vestido (164 %). En suma, el costo de la vida subió durante esos años alrededor de un 70 %. Teniendo en cuenta la precaria situación en que se hallaban los obreros antes de sufrir las consecuencias de estos procesos, podemos concluir que la miseria llegó a sus límites más extremos.

La amenaza del desempleo pesaba más, sin embargo, que la necesidad de conseguir algún alivio para esa angustiosa situación, y así vemos que el número de huelgas —que había alcanzado un tope de 298 en 1910 se redujo en los tres primeros años de guerra a 64, 65 y 80, respectivamente. Los obreros movilizados —que habían llegado a ser casi 200.000 en 1907— apenas fueron 14.137, 12.077 y 24.321 en esos mismos años. Y, por último, la mayoría de las huelgas —65 % en 1914 y 1915 y 50 % en 1916— fracasaron. Ni siquiera esos movimientos, puramente defensivos, tuvieron éxito.

Sindicatos y federaciones quedaron en condiciones muy precarias, pero la conciencia de sus militantes era una importante reserva que permitiría su reconstrucción en cuanto las circunstancias mejoraron. Mientras tanto, la necesidad de ofrecer una mínima resistencia a la represión y la miseria volvía a plantear el problema de la unidad sindical.

La unificación frustrada

El movimiento obrero seguía dividido en tres sectores: la FORA, anarquista; la CORA, integrada por sindicalistas y socialistas, y los gremios autónomos, que no adherían a ninguna de las dos.

La lucha común contra las leyes represivas y la protesta frente a los desbordes policiales —como los que provocaron los trágicos sucesos en Tandil y Mar del Plata en 1911— impulsaron a ambas centrales a coordinar su acción.

Con ese fin se formó, en 1912, un comité mixto mediante el cual se mantuvieron en contacto. Finalmente, por iniciativa de la Confederación Sudamericana de Picapedreros, se convocó a un Congreso de Unidad Sindical (el tercero desde 1907).

En el mismo se repitieron posiciones conocidas: mientras sindicalistas y socialistas intentaban constituir una central única buscando las coincidencias mínimas en que podría basarse, los anarquistas insistían en el mantenimiento del nombre de la FORA y de su Pacto de Solidaridad, invitando a los demás sindicatos a incorporarse a esa institución. Si en el Congreso se impusieron los primeros, aprobando unas *Bases de Unificación* que pasaron a referendum de los gremios, los anarquistas tuvieron la última palabra cuando, por no considerar "suficientemente amplias" esas bases, aconsejaron a las entidades federadas mantenerse al margen del intento fusionista.

Fue evidente entonces para todos los partidarios de la unidad sindical que ésta sólo podría realizarse dentro de los marcos de la FORA. La central anarquista mantenía abiertas sus puertas a los gremios que se quisieran incorporar, de acuerdo con la invitación formulada por su Octavo Congreso, y les reservaba, además, tres puestos en el Consejo Federal. Agotadas las otras posibilidades y disponiendo en los gremios de una mayoría que les permitiría copar por dentro la organización, los sindicalistas se decidieron por fin a la maniobra.

El Congreso de la CORA, celebrado en 1914, se transformó, con la asistencia de los sindicatos autónomos, en Congreso de Concentración. Después de largos y complicados trámites, éste resolvió finalmente recomendar a todos los gremios confederados y autónomos el ingreso a la FORA. Admitía como base de la integración el Pacto de Solidaridad de 1904, aunque excluía la adhesión a "toda declaración ulterior de naturaleza extrasindical" —clara alusión a la

Hipólito Yrigoyen Antioligárquico y paternalista, el gobierno radical intentó situarse por encima del enfrentamiento de clases para actuar como juez imparcial en la relación patrón-obreros.

Promedio de horas semanales de trabajo

1914	53,57	1923	49,46
1915	55,21	1924	49,57
1916	55,01	1926	49,36
1917	53,97	1927	49,17
1918	52,13	1928	49,21
1919	50,49	1929	49,0
1920	49,36	1930	48,46
1921	49.46		
1922	49,57		

(Fuente: Departamento Nacional del Trabajo. División de Estadística. *Estadística de huelgas.* Buenos Aires, 1940, p. 27.)

La desocupación en 1912-1920

	Número	%
1912	166.000	5,1
1913	156.304	6,7
1914	321.090	13.7
1915	338.580	14,5
1916	414.870	17,7
1917	455.870	19,4
1918	283.000	12,0
1919	187.000	7.9
1920	170.000	7,2

(Fuente: *Revista de Economía Argentina,* tomo VI. Buenos Aires, 1921.)

Número de huelgas y huelguistas

1907	231	196.017
1908	118	11.561
1909	138	4.762
1910	298	18.806
1911	102	27.992
1912	99	8.992
1913	95	23.698
1914	64	14.137
1915	65	12.077
1916	80	24.321
1917	138	136.062
1918	196	133.042
1919	367	308.967
1920	206	134.015
1921	86	139.751
1922	116	4.737
1923	93	19.190
1924	77	277.071
1925	89	39.142
1926	67	15.880
1927	58	38.236
1928	135	28.109
1929	113	28.271
1930	125	29.331

(Fuente: Adolfo Dorfman. *Historia de la industria argentina.* Escuela de Estudios Argentinos. Buenos Aires, 1942, p. 202.)



recomendación del Quinto Congreso en favor del comunismo anárquico—. Además, en circular dirigida a los sindicatos autónomos, sugería que los defectos de la central podrían ser corregidos en un próximo congreso.

Ese congreso —noveno de la FORA—, celebrado en 1915, fue entonces el verdadero escenario donde se dirimió este nuevo intento de lograr la unidad sindical. En él predominaban las organizaciones sindicalistas que impusieron una declaración de principios claramente emanada de su posición ideológica y obtuvieron la mayoría en el Consejo Federal.

La reacción anarquista no se hizo esperar. Desde las páginas de *La Protesta* varios dirigentes denunciaron el cambio de orientación que sufría la FORA, reclamando la reafirmación de su línea tradicional. El Consejo Federal saliente se negó a entregar los bienes de la institución al recientemente electo. Finalmente, un grupo de sindicatos resolvió desconocer todo lo actuado por el Noveno Congreso, mantener la declaración comunista anárquica del Quinto y designar un Consejo Federal.

Desde entonces, dos entidades reclamaron el nombre de FORA: la del Noveno Congreso, liderada por los sindicalistas y en la cual participaron socialistas e indefinidos, y la del Quinto Congreso, netamente anarquista. El intento de forzar la unidad había fracasado.

La clase obrera, el radicalismo y la revolución rusa

Mientras el movimiento obrero seguía debilitado y dividido, dos importantes acontecimientos transformaban el panorama político nacional e internacional.

El 12 de octubre de 1916 Hipólito Yrigoyen asumía la presidencia de la Nación. Después de un cuarto de siglo de arduas luchas el régimen oligárquico cedía ante el sufragio popular.

El radicalismo se presentaba como un vasto movimiento de reparación universal, pero sus reivindicaciones —exclusivamente políticas— no atraían a los obreros, apremiados por urgentes necesidades materiales y profundamente desconfiados frente a todas las variantes de la política burguesa. Anarquistas y sindicalistas despreciaban las posibilidades abiertas por la limpieza electoral y no esperaban demasiado de las leyes protectoras que el nuevo gobierno prometía. Los socialistas temían que la demagogia yrigoyenista mermara su electorado y les arrebatara la iniciativa en el campo de la legislación social.

Por otra parte, la posición del radicalismo frente al problema obrero no era muy definida: vagos propósitos de justicia y de consideración humanitaria se unían a un llamado a la colaboración de clases y la paz social. El gobierno, situado por encima de los intereses de clase, trataría de armonizarlos actuando como juez imparcial, aunque su justicia no excluiría la paternal protección de los débiles y necesitados.

Más concretas eran las enérgicas condenas del radicalismo a la política represiva del régimen oligárquico y su reiterada promesa de no recurrir a la fuerza para aplastar las "legítimas" aspiraciones de los trabajadores. Esto era, en realidad, lo único que esperaba el movimiento obrero del nuevo gobierno: que le permitiera enfrentar libremente al capital y continuar luchando por sus conquistas sin volcar en su contra la fuerza del estado.

De ahí que la llegada del radicalismo al gobierno, ocurrido en el momento más agudo de la crisis laboral, estuviera muy lejos de iniciar una época de paz. Por el contrario, contando con el ablandamiento del aparato represivo, el movimiento obrero intentó recuperar las posiciones perdidas durante la crisis y obtener nuevas conquistas. De mo-

Dos aspectos de una huelga de estibadores. Reunidos en un teatro escuchan la palabra de una obrera de otro gremio. Si bien las tendencias anarquistas se opusieron abiertamente al régimen yrigoyenista, la actitud mediadora del gobierno cobró muchos adherentes en la masa sindicalizada.



do que, al irse superando la recesión económica, las huelgas comenzaron a proliferar, cubriendo prácticamente todos los oficios, extendiéndose por todo el territorio del país y atrayendo incluso a algunos sectores de las clases medias, que por primera vez utilizaron este medio de lucha.

A su vez, sintiéndose desprotegidos por el estado, los sectores patronales se aprestaron a defenderse por sus propios medios. La Asociación Nacional del Trabajo coordinó la resistencia empresaria frente a las denuncias obreras, promoviendo *lock-outs*, *listas* negras y sindicatos amarillos, reclutando rompe-huelgas y presionando a los patrones más propensos a ceder. Por su parte, la Liga Patriótica Argentina organizó bandas que atacaban reuniones obreras, asaltaban locales sindicales, asesinaban militantes e intentaban crear un clima de terror.

La lucha de clases se mostró así mucho más directa que cuando la acción patronal se manifestaba principalmente a través del aparato estatal, y esta situación reforzó la posición del sindicalismo en detrimento de las tendencias anarquistas. Dentro del sindicalismo, por otra parte, la actitud receptiva y mediadora del gobierno favoreció el deslizamiento hacia prácticas cada vez más negociadoras y aun colaboracionistas.

Las tendencias revolucionarias, sin embargo, recibieron un fuerte impulso con el triunfo del movimiento bolchevique en 1917. Los sucesos de Rusia demostraban que los sueños de los revolucionarios no eran utópicos: la clase obrera podía, mediante la insurrección armada, adueñarse del poder, destruir el sistema capitalista y comenzar la construcción del socialismo. El movimiento espartaquista en Alemania, la república soviética de Bela Kun en Hungría, la intensa agitación del proletariado en Italia, Francia y España parecían confirmar la creencia de que la Revolución Rusa era sólo el comienzo de la anhelada revolución mundial.

Declaración de principios aprobada por el Noveno Congreso de la FORA (1915)

(Fragmento)

La FORA es una institución eminentemente obrera, organizada por grupos afines de oficio, cuyos componentes pertenecen a las más variadas tendencias ideológicas y doctrinarias, que para mantenerse en sólida conexión necesitan la más amplia libertad de pensamiento, aunque sus acciones es imprescindible que se encuadren dentro de la orientación revolucionaria de la lucha de clases, de la acción directa, y con absoluta prescindencia de los grupos y partidos que militan fuera de la organización de los trabajadores genuinos.

Por lo tanto, la FORA no se pronuncia oficialmente partidaria ni aconseja la adopción de sistemas filosóficos ni ideologías determinadas, cuya propaganda, de acuerdo con la autonomía del individuo en el sindicato, de éste en las Federaciones Locales y de éstas en la Regional, no está vedada ni puede ser coartada en nombre de ningún principio de restricción, sino, por el contrario, deberá permitirse la más amplia y tolerante discusión de temas científicos, filosóficos e ideológicos, en homenaje a los diferentes modos de pensar de los obreros federados, y a fin de mantener la unidad orgánica de los mismos y evitar de este modo las susceptibilidades y enconos que resultarían en perjuicio de la FORA si esta aceptara o adoptara determinada ideología.

(Fuente: Sebastián Marotta. *El movimiento sindical argentino*. Buenos Aires, Ed| Lacio, 1961. Vol. II, p. 186.)

Solidaridad con los revolucionarios rusos y alemanes

La Revolución Rusa y el movimiento espartaquista alemán contaron con el más entusiasta apoyo de los obreros argentinos, sin distinción de tendencias. Esta declaración del Décimo Congreso de la FORA sindicalista (1918) lo confirma:

El X° Congreso de la FORA, reunido en la ciudad de Buenos Aires y constituido con representantes auténticos de todos los trabajadores de la República Argentina organizados sindicalmente, antes de entrar a considerar el orden del día que motiva su convocación, acuerda:

Expresar su más amplia solidaridad y adhesión a los trabajadores de Rusia y Alemania por los heroicos esfuerzos que realizan para dar cima a los anhelos que constituyen el nervio de la actividad creadora del proletariado universal: libertad de trabajo y suprimir la odiosa explotación del hombre por el hombre, condición primordial para la instauración de un régimen de productores libres e iguales.

Formular fervientes votos por la consolidación de la República Socialista Federal de los Sóviets de Rusia, que consagra y materializa esa suprema aspiración del proletariado.

Augurar completo éxito a los trabajadores de Alemania, empeñados actualmente en brava y ardorosa lucha emancipadora.

Exteriorizar sus ardientes deseos de que en estos graves pero promisorios momentos de la historia obrera, que preanuncian la aurora espléndida de un nuevo mundo —del que serán artífices geniales los productores— se afirme la unión indestructible de los trabajadores de todos los países de un modo estable y permanente sobre bases inamovibles.

Exhortar a los trabajadores de los países "aliados" a no ceder a las sugestiones del capitalismo que tuviesen por fin utilizar sus energías con el designio de restablecer el predominio y la situación de privilegio de las clases burguesas en la Rusia obrera o impedir que el proletariado de Alemania realice sus propósitos de emancipación integral.

En consecuencia, el X° Congreso de la FORA, fiel a los principios de la Internacional Obrera, proclama su solidaridad con los trabajadores de todos los países y protesta "contra la usurpación que de sus naturales derechos realiza el capitalismo, y afirma sus propósitos de hacer accesible libremente a la actividad de los obreros sindicados y redimidos todas las fuentes, naturales y sociales, de la producción", anhelo en el que está implícita la liberación de la humanidad.

(Fuente: Martín S. Casaretto. *Historia del movimiento obrero argentino*. S/d., p. 132.)

Enero de 1919: la masa obrera en las calles se adueña de los talleres Vasena. La inmediata intervención policial dejará un sangriento saldo de obreros muertos. Arriba: un local del gremio de las modistas durante la huelga. Abajo: un piquete de ametralladoristas enfrenta a los trabajadores.





Ese optimismo que embargaba a los grupos revolucionarios impulsándolos a la acción se traducía, en cambio, para las clases dominantes, en un pánico que las incitaba a reformar las medidas represivas. De ese modo, la coyuntura internacional multiplicaba las tensiones internas, llevando a violentos extremos la dialéctica entre rebelión y represión.

La marea ascendente



Si para 1916 el movimiento obrero se había reducido a su mínima expresión, en los años siguientes adquirió, en cambio, una extensión e intensidad sin precedentes. No bien se sintieron los primeros síntomas de recuperación económica y las luchas reivindicativas tuvieron alguna posibilidad de éxito, todos los gremios fueron lanzándose a la acción.

Marítimos y ferroviarios, estratégicamente ubicados en la estructura agro-exportadora y organizados en poderosas federaciones, iniciaron este resurgimiento de la actividad sindical. Los primeros fueron a la huelga en noviembre de 1916, al mes de asumir Yrigoyen. Ante la intransigencia de las empresas navieras —que rechazaron su mediación— éste ordenó el retiro de las tropas que en el puerto protegían el trabajo de los rompehuelgas. La patronal debió entonces someterse al arbitraje y aceptar un laudo que satisfacía la mayor parte de las demandas obreras.

Pero los armadores no se resignaron, y para quebrantar el poder de la Federación Obrera Marítima fomentaron un sindicato amarillo. Ante estas maniobras se declaró en marzo del año siguiente una nueva huelga que triunfó después de un mes.

Desde entonces, la FOM, poderosa y prestigiada, desarrolló una intensa actividad, y prestó su ayuda a cuanto movimiento se le pidió, recurriendo frecuentemente al boicot en apoyo de otros gremios. La acción de sus militantes fue decisiva también para el desarrollo de la organización sindical en todos los puertos del país: las sociedades que empezaban a formarse en las costas patagónicas, mesopotámicas y chaqueñas contaron con el sólido respaldo y la solidaridad de los marítimos.

Una función similar cumplieron, en las ciudades y pueblos del interior, los ferroviarios. En 1917, después de varias huelgas parciales, la Federación Obrera Ferrocarrilera declaró una huelga general que paralizó el tráfico durante un mes. El gobierno, que había realizado primero gestiones infructuosas ante las empresas y que intentó luego obligar a los obreros a volver al trabajo mediante un decreto conminatorio, terminó por dictar un reglamento que contemplaba muchas de las aspiraciones sindicales. El incumplimiento de algunas de sus cláusulas por parte de las empresas desencadenó, durante los meses siguientes, una cantidad de huelgas parciales.

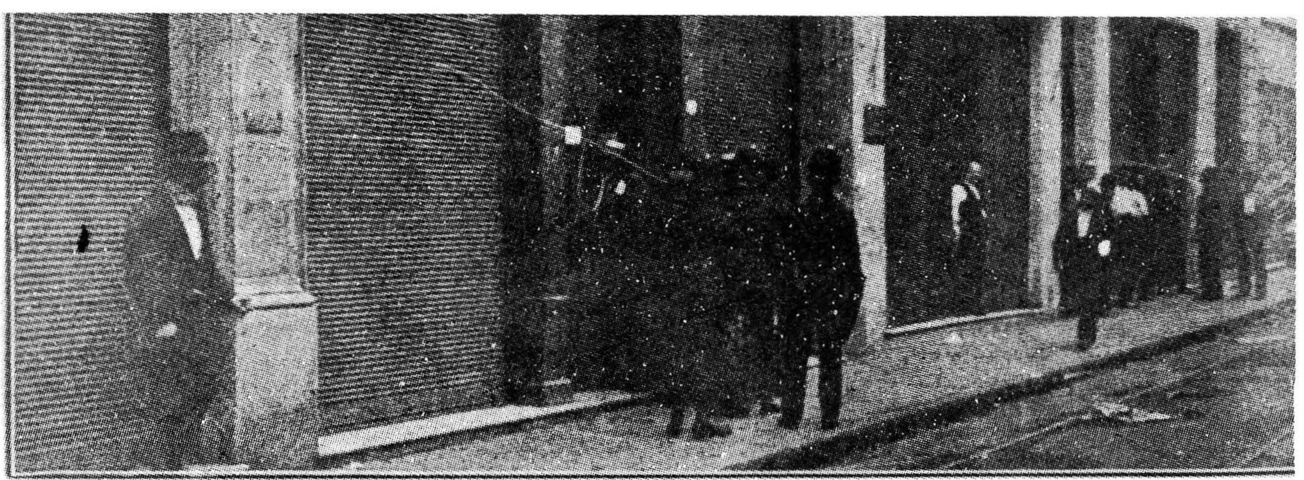
Así iniciado por los trabajadores del transporte, el reguero huelguístico se extendió a los demás gremios. Las condiciones eran favorables, ya que mientras la actividad industrial recuperaba su ritmo normal y superaba los niveles de preguerra, la interrupción de la corriente inmigratoria y la emigración de casi medio millón de trabajadores habían ido reduciendo la desocupación: de un 20 % en 1917 se pasó a un 12 % en el año siguiente y a un 8 % en 1919.

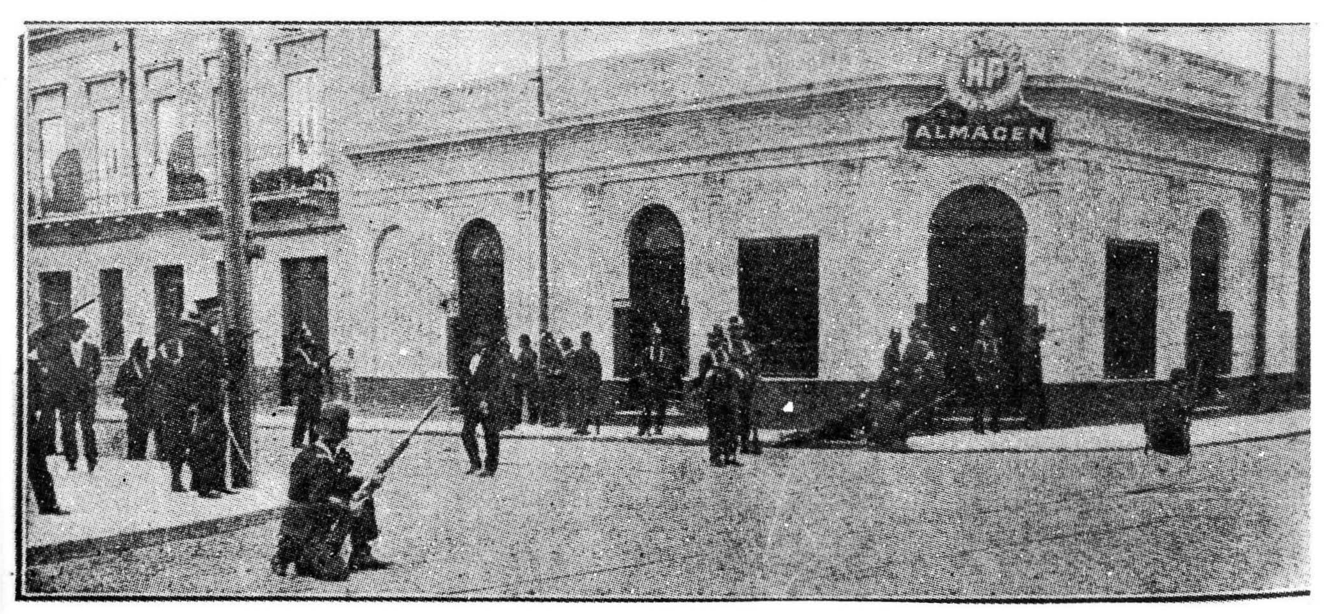
El número de huelgas aumentó entonces considerablemente: 138 en 1917, 196 en 1918, 367 en 1919. Movilizaron más de 130.000 obreros por año, llegando en 1919 a la cifra récord de 308.967 huelguistas. Los resultados, que hasta 1917 habían sido negativos, comenzaron a ser favorables a partir del año siguiente.

En estas circunstancias no sólo revivieron los gremios tradicionales, sino que la organización

El semanario "Caras y Caretas" refleja en sus páginas un episodio de la "Semana Trágica". Concluido el conflicto, los ciudadanos de la "Legión patriótica" asaltan un comité. Pueden verse también a las fuerzas policiales que los apoyan.






HP
ALMACEN

sindical se extendió a nuevas áreas sociales y geográficas.

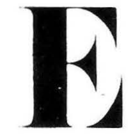
Algunos sectores de las clases medias, como los empleados de comercio, bancarios, maestros y periodistas, libraron entonces sus primeras luchas. Conflictos particularmente enconados, como el de los empleados de Gath & Chaves, concitaron en su apoyo la solidaridad proletaria: ante el boicot declarado por la FORA los marítimos se negaron a transportar los productos de la firma y los gráficos a componer sus avisos. También los maestros mendocinos, cuyo sindicato se había afiliado a la Federación Obrera Local, se vieron respaldados en sus demandas por una huelga general.

Por otra parte, la organización sindical penetraba en regiones donde hasta entonces había imperado la arbitrariedad patronal. En el norte de Santa Fe, en el Chaco y en Formosa, donde estaban los feudos de La Forestal y de Las Palmas del Chaco Austral, estallaron las primeras huelgas en demanda del pago de salarios en moneda nacional —en lugar de los tradicionales vales—, de la libertad para comprar provisiones fuera de la proveeduría de la empresa, de la limitación de la jornada de trabajo, etc. Lo mismo ocurría en los yerbatales misioneros y en los puertos de la Patagonia, donde se organizaron diversos sindicatos.

Las primeras huelgas en esas remotas regiones, donde el poder absoluto de las empresas era reforzado por el aislamiento y la impunidad, fueron violentamente reprimidas. Junto con las policías locales, elementos armados por las empresas perseguían y asesinaban a huelguistas y dirigentes sindicales, creando un clima de terror.

Ejemplo y culminación de ese ambiente de violencia imperante tanto en la ciudad como en las zonas periféricas fueron dos episodios que conmovieron la Argentina de ese momento: la Semana Trágica y los fusilamientos de la Patagonia.

La semana trágica y las huelgas patagónicas


En 1918 2.500 obreros de los talleres metalúrgicos Vasena emprendieron una huelga larga y combativa. La empresa contrató reemplazantes y matones, y los enfrentamientos entre éstos y los huelguistas se hicieron cada vez más frecuentes y violentos. En uno de ellos murió un cabo de policía. Días después, el 7 de enero de 1919, un piquete de huelguistas fue ametrallado por las fuerzas policiales, con un saldo de cinco muertos y más de veinte heridos. La reacción popular no se hizo esperar: espontáneamente se fueron interrumpiendo todas las actividades y el día 9 la ciudad amaneció paralizada.

Una enorme multitud formó el cortejo fúnebre, que desde Barracas hasta la Chacarita fue sembrando la agitación por todos los barrios. A su paso se multiplicaban los incidentes: tiros, alarmas y corridas fragmentaban la marcha. Grupos desprendidos de la manifestación asaltaron armerías; otros incendiaron los tranvías abandonados en las calles; un camión de bomberos, varios coches y los vagones de un tren que intentó cortar la marcha tuvieron el mismo final.

Atacados desde un colegio religioso, los manifestantes lo asaltaron e intentaron incendiarlo, lo mismo que a la iglesia vecina, hasta que una dotación de bomberos armados terminó por dispersarlos produciendo muchas víctimas. Al llegar al cementerio se produjo un nuevo tiroteo con las fuerzas policiales, que después de dejar un saldo de varios muertos acabó con lo que quedaba de la manifestación.

Mientras tanto, los talleres Vasena habían sido sitiados por la multitud. Sus ocupantes respondieron durante varias horas con nutrida metralla hasta que la llegada de las tropas puso fin al enfrentamiento. Nuevamente las calles quedaron sembradas de cadáveres. La repetición de episodios similares en todas partes, la imposibilidad de controlar la situación y el temor de que los hechos respondieran a un complot revolucionario, hicieron que el gobierno dispusiera el acuartelamiento de todas las fuerzas policiales. Las calles quedaron, prácticamente, en poder de los obreros.

Pero, mientras tanto, se iba articulando, bajo la dirección del general Dellepiane, un formidable aparato represivo. Cuando aparecieron las primeras patrullas, los huelguistas intentaron defender sus posiciones, levantando barricadas y librando desde ellas desesperados combates. Pero las tropas comenzaron a imponerse y a practicar detenciones. Para liberar a sus compañeros muchos grupos se lanzaron entonces al asalto de las comisarías.

Hacia la tarde las fuerzas represivas controlaban ya la situación: por las calles céntricas aparecían las primeras manifestaciones "patrióticas" mientras las *guardias blancas* se lanzaban a la "caza del ruso" en los barrios obreros.

Entre tanto, la FORA sindicalista, que en la tarde del 9 había decidido "asumir la dirección del movimiento", iniciaba las gestiones para ponerle fin reduciendo al mínimo las condiciones. Aceptadas estas por el gobierno, el 11 dispuso el levantamiento de la huelga. Pero el movimiento, mantenido por la FORA anarquista y otros gremios, no sólo se prolongó durante días sino que se extendió también a muchas localidades del interior.

Restablecida la calma, la policía atribuyó los hechos a un "complot maximalista" dirigido por un sóviet de agitadores rusos. Pero su acción represiva, secundada por las bandas de la Liga Patriótica Argentina, se ensañó durante las siguientes semanas con todas las organizaciones obreras, y especialmente con los anarquistas. Las jornadas de enero de 1919 sacudieron fuertemente a la clase obrera. En



Arriba: Sello de la Sociedad Obrera de Río Gallegos. Abajo: las fuerzas del ejército que fusilaron a los obreros patagónicos.



Los radicales y la represión

Una de las enfáticas promesas del gobierno radical era la de no recurrir a las fuerzas armadas para reprimir a los trabajadores. Así lo reiteraba el diputado Horacio B. Oyhanarte en vísperas de la Semana Trágica:

[...] Desde el 12 de octubre de 1916 sabe la clase trabajadora argentina que se ha iniciado en el país una nueva era; que ninguno de sus derechos será hollado; que ninguna de sus legítimas aspiraciones será defraudada [...]
Hoy como nunca saben las clases trabajadoras del país [...] que una gran justicia y una gran seguridad se ciernen en nuestro ambiente y que ya pasaron —felizmente— los espectáculos bochornosos a que nos tenía acostumbrados el régimen, cuando creía desarmar con el pararrayos de la fuerza las más legítimas reinvindicaciones sociales. Ya sabe el pueblo trabajador argentino que no se han de esgrimir injustamente las armas manejadas por nuestros conscriptos contra su pecho. Están convencidos, además, no ya los trabajadores, sino también los industriales y todos los ciudadanos del país, que la vida del más humilde y anónimo de los habitantes de la república es sagrada para los que tienen en este momento la gran responsabilidad del gobierno.
Todo el mundo conoce que el presidente de la república ha sido acusado de parcialidad, pero no a favor de las empresas ni de los patrones —y aunque sea injusta la acusación, mejor es que se haya producido en esta dirección— sino a favor de los obreros. Cuando se produjeron las huelgas ferroviarias [...] todo el mundo clamaba, en la seguera de una ofuscación sanguinaria, [...] que estaba procediendo con debilidad por parte del gobierno, porque no dirimía los conflictos entre el capital y el trabajo a tiros, con las bayonetas, como se gloriaba de hacerlo el régimen diciendo que así se demostraba su fuerza y energía [...].

(*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*. 1918.1919. Tomo V, p. 68. Sesión del 8 de enero de 1919.)

cambio los acontecimientos de la Patagonia, no menos dramáticos y sangrientos, llegaron atenuados por la distancia.
En 1920 la Sociedad Obrera de Río Gallegos había logrado organizar a los peones rurales, dirigiéndolos en una huelga que logró sus objetivos. Los estancieros, acostumbrados a mandar sin trabas, se dispusieron entonces a ahogar la naciente organización precipitando la intervención del ejército. No les interesaba perder la producción anual de lana (la crisis del mercado los abarrotaba con fardos invendibles), pero querían ahorrar el pago de mano de obra. Asumieron entonces una actitud de provocación. Además de no cumplir con el convenio del año anterior extremaron la intransigencia ante cualquier reclamo y terminaron por desalojar a muchos peones de las estancias.
Expulsados también de los "hoteles" por la policía, los peones se juntaron en partidas que atacaron algunas estancias y requisaron caballos y provisiones. Surgió así la leyenda de los "bandoleros", alimentada por la multitud de cartas y telegramas que llegaban de Santa Cruz y exageraban la gravedad de la situación.
Finalmente el gobierno decidió enviar tropas. Estas, al mando del teniente coronel Héctor B. Varela, persiguieron implacablemente a los huelguistas, cometiendo toda clase de atrocidades y multiplicando los fusilamientos colectivos. De esta manera en los primeros días de 1922 el territorio quedó "pacificado".

Nuevos intentos de unidad

Mientras el auge de la movilización obrera y la violencia de la represión despertaban nuevamente las aspiraciones de lograr la unidad sindical, viejas y nuevas diferencias ideológicas mantenían la división.
La FORA del quinto Congreso, que adoptó el calificativo de

Comunista, seguía intransigentemente fiel a los principios del "comunismo anárquico". Pero su influencia se iba reduciendo, así como su vitalidad. Desde la escisión de 1915 no reunió un nuevo congreso hasta 1920, en que se realizó un congreso "extraordinario". Este resolvió, entre otras cosas, que en lo sucesivo toda propuesta de fusión fuera pasada a referendum de los sindicatos adheridos. Otro Congreso, en 1923, asumió el título de Noveno, confirmando así el desconocimiento del realizado en 1915. En el orden internacional la FORA concurrió, en 1922, al Congreso de Berlín en que se constituyó la Asociación Internacional de Trabajadores, de tendencia anarquista, y con la que se mantuvo vinculada.
La historia de la FORA del Noveno Congreso es más compleja. Considerablemente engrosada por la incorporación de nuevos sindicatos realizó en 1918 su décimo Congreso. En el mismo, los sindicatos conservaron la mayoría, imponiéndose a los socialistas y a los "internacionales" —disidentes del Partido Socialistas que luego formarían el Partido Comunista—.
Los sindicalistas mantenían su posición antipolítica, criticando sobre todo la intromisión del Partido Socialista en el movimiento sindical y su pretensión de tutearlo y dirigirlo. En cada congreso se repetían los incidentes cuando los delegados que ocupaban un cargo público —concejales o diputados— eran impugnados con el argumento de que habían dejado de ser obreros.
Los socialistas, por su parte, acusaban a la dirección sindicalista de connivencia con el gobierno radical, denunciando la actitud negociadora que los llevaba a frecuentar los despachos oficiales. Los "internacionales" se enfrentaban a la vez con el economicismo sindicalista y con el reformismo parlamentario de los socialistas, reflejando en su propuesta revolucionaria la influencia bolchevique.
La puja de estas tres tendencias se complicaba, además, a raíz de los intentos de insertar a la FORA en alguno de los organismos internacionales que se habían constituido después de la guerra. En 1919 se había creado la Federación Sindical Internacional, de tendencia reformista, con sede en Amsterdam. Frente a ella, la Sindical Internacional Roja de Moscú seguía la línea de la Tercera Internacional. Ambas tenían sus partidarios en el seno de la FORA "novenaria", mientras que otros grupos se oponían al ingreso en cualquiera de ellas. El problema se debatió intensamente en el Noveno Congreso (1921) sin llegar a resolverse.
A pesar de sus disenciones internas, la FORA sindicalista seguía propugnando la unidad. El Décimoprimer Congreso decidió crear un comité, integrado por representantes de las dos centrales y de los sindicatos autónomos, para convocar a un Congreso de Unificación. Aunque la FORA *Comunista* no aceptó formar parte del mismo y pasó el asunto a referendum de los gremios adheridos, el congreso se reunió en marzo de 1922.
En el mismo se enfrentaron principalmente las tendencias políticas y antipolíticas. El rechazo del delegado de los gráficos, José F. Penelón, por ser concejal comunista, demuestra el predominio de las últimas. Superando, sin embargo, estos incidentes, se resolvió crear una nueva central, la Unión Sindical Argentina, en la que se refundió la FORA del Noveno Congreso.
Fuera de ella quedaban los anarquistas antifusionistas —que mantuvieron la FORA, ya sin aditamentos— y algunos sindicatos autónomos —principalmente los ferroviarios, cuya representación había sido cuestionada en el Congreso—.

Contra la reacción


A partir de las jornadas de enero de 1919 la clase obrera debió soportar frecuentes embestidas por parte del gobierno y de las fuerzas de choque capitalistas.
En ese mismo año el gobierno proyectó una Ley del Trabajo, calificada por los trabajadores como de "ley mordaza". Frente a ella, la FORA sindicalista convocó a un congreso extraordinario, que resolvió iniciar una campaña de oposición. Apoyada por el Partido Socialista y el Partido Socialista Internacional, ésta promovió una intensa agitación y logró detener el proyecto.
Mientras tanto, las detenciones y los allanamientos seguían llevándose a cabo y la actitud del gobierno radical frente al movimiento obrero se iba diferenciando cada vez menos de la que había mantenido el régimen oligárquico. Además, la Liga Patriótica Argentina se había convertido en un organismo parapolicial que secundaba eficazmente a las fuerzas represivas. En combinación con la Asociación Nacional del Trabajo —Ajeno, agregaban los obreros— actuaba como fuerza de choque patronal rompiendo huelgas y persiguiendo y amedrentando a los militantes sindicales. En regiones como la Patagonia y el Chaco, donde podían operar con segura impunidad, sus huestes sembraban el terror entre los asalariados.
El 1º de mayo de 1921 estos elementos atacaron a la concentración que realizaban los obreros de Gualeguaychú, dejando un sangriento saldo de muertos y heridos. Poco después, en Buenos Aires, asaltaron el local de la Unión Choferes, matando a dos asociados. La creciente indignación de los medios obreros contra estos atentados se vio reforzada por la acción policial, que —intentando frenar la movilización— clausuró locales, prohibió reuniones y detuvo a dirigentes sindicales. Finalmente, una asamblea de delegados que debatía la situación fue interrumpida por la policía, que se llevó a los 180 asistentes. Desde ese momento (30 de mayo) todos los gremios iniciaron, espontáneamente, una huelga general que solo sería levantada siete días después, con la liberación de los

Una inusual serie de violencia: el teniente coronel Héctor B. Varela —arriba, a la izquierda— fue el responsable directo del fusilamiento de obreros patagónicos. En la foto de la derecha, el anarquista Kurt Wilckens, matador de Varela. Abajo, un dibujo del diario "Crítica" reconstruye la muerte de Wilckens, asesinado mientras dormía en la Prisión Nacional por un carcelero.

Los anarquistas y la Revolución Social

La Revolución Social es ya un hecho. Hierve de entusiasmos y anhelos el pueblo. Está en el corazón mismo de las muchedumbres esclavas, encarnando sus más sublimes aspiraciones.
Nadie discute ya su necesidad. Todos en general la aceptan, mejor dicho, la esperan como la única salvadora que ha de reemplazar con el orden y la armonía el caos existente: es, ni más ni menos, la nueva arca de Noé en la que ha de resguardarse la humanidad de la bancarrota actual.
Falta solo la mano audaz que la provoque, el brazo audaz que de con éxito el primer piquetazo demoledor, asestando el primer golpe afortunadamente. Y, producida la primera chispa, como un reguero de pólvora se extenderá con la rapidez del rayo por las campiñas y las ciudades.
Hablamos especialmente de esta región de América. Sí, compañeros. Aquí, como en todas partes del Universo, el porvenir es nuestro; vamos directamente hacia el triunfo; somos los amos del futuro. Desaparecieron ya las distancias de siglos que nos separan del mañana fecundo de paz y fraternidad humana. Estamos trasponiendo el dintel del pórtico de entrada.
Y si no bastara para confirmar nuestros asertos los hechos de Rusia y Alemania, podemos tomar como base el pánico burgués de estas regiones [. . .]
El período violento de la revolución no está lejos, pues, camaradas. Así, como el miedo burgués lo prueba, lo confirma el pueblo, que apenas si puede contener su entusiasmo en los actos públicos. La revolución está hecha carne en el ambiente [. . .]
Revolución es la trompeta mágica que ha de derribar las murallas de esta Jericó, sepultando entre sus escombros toda la podredumbre social. A prepararse, pues, a tomar cuanto antes, campesinos, la posesión de la tierra que fecunda vuestro esfuerzo; a posesionarnos de todos los medios de producción, proletarios de las fábricas; a concluir de una vez con la tiranía, todos los que os sintáis hombres libres.
Falta sólo la mano atrevida, audaz, que inicie el primer piquetazo. La hora ha sonado.

(*La Protesta*, 1º de enero de 1919.)

Los socialistas y su prédica reformista

En sus discursos parlamentarios, los diputados socialistas solían exponer la posición pacifista y reformista del partido, así como su absoluta confianza en el poder de la propaganda y el sufragio:

En su fuero interno, todos los señores diputados saben que si algún factor hay en el país que encauce con inteligencia, con valor y con amor estos movimientos populares instintivos y a veces desbordantes, somos nosotros, los socialistas; somos el principal factor de orden y de progreso en el seno de los movimientos obreros [. . .].

(Palabras de Dickman en la sesión del 8 de enero de 1919. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* 1918-1919. Tomo V, p. 77.)

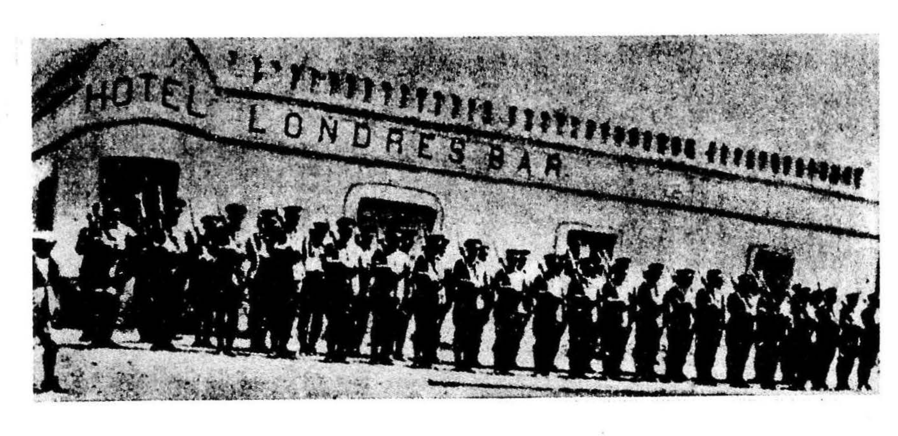
Lo que asusta, lo que intimida, es nuestra creciente fuerza política; no son los actos de convulsión o de desorden que, muy bien lo saben los señores diputados que acaban de formular cargos contra nosotros, no son los métodos normales de acción de nuestro partido. Nuestro partido marcha por las vías de la legalidad y del orden y se dirige a su fin por métodos modernos y científicos. Iluminamos la conciencia del pueblo, tratamos de formar una noción un concepto claro de sus necesidades y de los medios para satisfacerlas. Y es por eso que nuestra fuerza se extiende progresivamente, lenta pero segura. Es por eso que nosotros vamos conquistando paulatinamente los campos después de haber constituido ya la mayoría en la capital. Nosotros somos temibles porque somos una fuerza constructiva, y eso lo saben muy bien los señores diputados. Si algunas veces nos acusan de tendencias destructoras es porque pretenden descalificarnos y desacreditarnos ante la opinión aún desprevenida del país para que ella no se muestre tan sensible a nuestros métodos de propaganda y, sobre todo, a nuestras razones fundamentales [. . .].

(Palabras de Repetto en la sesión del 10 de junio de 1919. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* 1919. Tomo I, p. 439.)





Dos imágenes de las huelgas obreras de la Patagonia: las tropas llegadas desde Buenos Aires y un dibujo anarquista que alude a la "trágica sombra del coronel Varela".



presos y la reapertura de los locales clausurados.

Durante 1922 la USA desarrolló una intensa campaña en favor de los presos sociales, consiguiendo algunos indultos y reducciones de penas. Pero al comenzar el año siguiente un importante suceso volvió a desencadenar la reacción popular. Kurt Wilckens, el obrero alemán que había vengado con la muerte del teniente coronel Héctor B. Varela a los centenares de peones masacrados en la Patagonia, fue asesinado en su celda de la Penitenciaría Nacional por uno de los guardianes. Tanto la USA como la FORA proclamaron entonces la huelga general. Esta recién fue levantada a los tres días por la primera y prolongada durante dos días más por la segunda, que protestaba también por una agresión policial que cobró una víctima y decenas de heridos frente a su local.

En 1924 un proyecto de ley de jubilaciones, considerado desventajoso por los sectores obreros, volvió a concitar la acción conjunta de las distintas agrupaciones. Una intensa agitación acompañó a las huelgas con que diversos gremios resistieron los descuentos, y desde el 3 de mayo se proclamó la huelga general.

Estas manifestaciones de solidaridad, unánimes y entusiastas, eran sin embargo esporádicas. La propuesta del Partido Comunista de formar un frente único con la USA, la FORA, y el Partido Socialista, la Alianza Libertaria, la Federación de Agrupaciones Sindicalistas y otras organizaciones en favor de los presos políticos y sociales y contra la reacción capitalista no tuvo éxito. Las disidencias ideológicas lo impedían.

Nuevamente la división

Las autoridades de la USA intentaban trabajosamente evitar situaciones que pusieran en peligro la unidad. Así, invitados por la Internacional Sindical Roja y por la Asociación Internacional de los Trabajadores (anarquista) para concurrir a los congresos que respectivamente habían convocado en Moscú y en Berlín, decidieron pasar el asunto a referendum de los sindicatos adheridos. Como la mayoría se pronunció por la no asistencia a ninguno de los dos congresos, la USA terminó por desvincularse de ambas Internacionales.

En el orden nacional, el comité central rechazó por igual la invitación del Partido Socialista para celebrar en forma conjunta el 1º de Mayo, la formación del frente auspiciado por el Partido Comunista y el ofrecimiento de oradores de la Alianza Libertaria para colaborar en la campaña de protesta por el asesinato de Wilckens.

Pero esta actitud reflejaba, más que imparcialidad, el predominio de la corriente sindicalista, antipolítica, que llevó, por ejemplo, al Primer Congreso (1924) a rechazar al delegado municipal, Francisco Pérez Leirós, por su carácter de diputado socialista. El debate dificultó toda la marcha del Congreso, caracterizado por las enconadas discusiones y acerbas críticas al comité central, que había separado a dos miembros comunistas por considerarlos en rebelión frente a la decisión de no concurrir al congreso de Moscú. En suma, la reunión acentuó las diferencias y abrió el camino de la división.

Por empezar, el rechazo de Pérez Leirós determinó la separación de la Unión Obreros y Empleados Municipales, que denunció "al amparo de la palabra unidad, la absorción de la central en favor de los partidos sindicalista revolucionario y sindicalista anárquico". El comité central, por su parte, interpretó el alejamiento como el primer paso de un plan divisionista gestado por la Comisión Socialista de Información Gremial.

En efecto, algunos sindicatos socialistas constituyeron un Comité de Relaciones que comenzó a trabajar para la creación de una nueva central. Finalmente, en febrero de 1926, reunieron un congreso que resolvió la fundación de la Confederación Obrera Argentina, adherida a la FSI de Amsterdam. La Unión Ferroviaria era la columna vertebral de la nueva institución, a la que trasmitía su posición reformista.

Más adelante, los comunistas constituyeron un Comité de Unidad Sindical Clasista, que agrupaba a los gremios de esa tendencia. Así fue cómo, finalmente, a pesar de los repetidos e infructuosos intentos de unificación, la organización sindical terminó reflejando la división del movimiento obrero en cuatro tendencias ideológicas: sindicalistas revolucionarios y anarcosindicalistas (USA), socialistas (CORA), comunistas anárquicos (FORA) y comunistas. Pese a ello, la clase obrera argentina dio en esos años un magnífico ejemplo de solidaridad. Nos referimos a su actitud combativa ante las injusticias cometidas contra Mañasco en la Argentina y contra Sacco y Vanzetti en los Estados Unidos, dos claras muestras de los mecanismos de una "justicia" que no era justicia.

El caso Mañasco. Sacco y Vanzetti



l foguista Eusebio Mañasco era uno de los tantos militantes de la FOM que aprovechando el itinerario de los barcos, llevaban los principios de la organización sindical a los lejanos puntos del país. Misiones, donde los feudos yerbateros sometían al mensú a la más inhumana explotación, fue el escenario de su actividad. Gracias a ella se organizó en San Ignacio el Sindicato de Obreros Yerbateros, que obtuvo con su primera huelga una resonante victoria. Con el apoyo de la FOM y de la FORA Mañasco recorrió las poblaciones organizando nuevos sindicatos. Se convirtió así en el centro del odio de patrones y autoridades.

La colaboración de clases según un periódico radical

Ha sufrido el país una profunda depresión, cuyas causas son perfectamente conocidas. La liquidación de la guerra le señala posibilidades para libertarse del pesado marasmo que la crisis hiciera pesar sobre el trabajo funcional de su organismo económico. Es el momento, entonces, de subordinar toda acción particular a las necesidades del conjunto. Hay que trabajar resueltamente para recobrar el tiempo perdido y restablecer la salud de la economía argentina. Tal es la imperiosa ley de las circunstancias [. . .].
Al trabajar por el bienestar común, ni los obreros hacen el caldo gordo a las empresas ni estas invierten sus capitales a beneficio de sus trabajadores. Se trabaja a beneficio social. La combinación de ciertas circunstancias anula pasajeramente el —por lo demás harto contestable— conflicto de clases.

Por el momento existe asboluta concordancia entre todos los intereses cuyo juego constituye la vida de una sociedad económica. De modo que todo aquél que trate de obtener ventajas excepcionales, libertándose por medios extraordinarios de una obligación común, sólo alcanzará a producir la perturbación de un estado de cosas que a todos conviene mantener. Las huelgas fracasarán directa o indirectamente porque existe imposibilidad absoluta de que prosperen. Pero sus consecuencias repercutirán largamente sobre nuestra economía prolongando y robusteciendo, cabalmente, ese malestar que los obreros quieren destruir airadamente mediante la huelga.
Convendría que estas verdades sencillas fueran examinadas por los trabajadores. Que éstos desoyeran por un momento la propaganda de *meneurs* que halagan sus deseos de mejoramiento para advertir que cualquier camino airado ha de conducirles, fatalmente, a peores consecuencias.
El bienestar común emanará de un mejoramiento general de la situación económica del país. A los obreros conviene impulsarlos en su esfera de actividad, como al capital y al estado en las suyas. Por lo que hace al Ejecutivo, está demostrada su preocupación por la situación de los trabajadores, atendida siempre con preferencia y que trata de mejorar por todos los medios a su alcance. Es necesario, entonces, que nadie segregue su esfuerzo de la tarea común. Y, sobre todo, que nadie emplee sus energías en daño del bienestar social, pues con ello labra su propio daño. La consigna del momento es la colaboración de todas las fuerzas sociales. Y las huelgas airadas e inoportunas, al desobedecer a una consigna impuesta por las circunstancias, conspiran contra el interés colectivo.

(Diario *La Epoca,* de tendencia radical, 8 de enero de 1919.)

La muerte de un vecino de San Ignacio durante el desarrollo de una nueva huelga fue entonces atribuida al activo sindicalista. Amenazas y torturas policiales lograron arrancar los falsos testimonios en que se basó la sentencia judicial de cadena perpetua que recayó sobre Mañasco y tres "cómplices".

La condena, confirmada por la Cámara de Apelaciones de Paraná, provocó una enorme indignación. La USA, al mismo tiempo que patrocinaba la apelación ante la Corte Suprema, organizó durante 1927 una intensa campaña de protesta. En grandes mitines se denunciaron los procedimientos policiales y el espíritu de clase que impregnaba todo el proceso; la llegada de Mañasco a Buenos Aires fue saludada por una emocionada multitud; la celebración del 1º de Mayo tuvo ese año como objetivo inmediato su liberación.

Como la Corte Suprema confirmó la sentencia, la USA recurrió al presidente, exigiendo el indulto. Finalmente, ante la evidencia de las irregularidades cometidas durante el proceso —muchos testigos desmintieron sus declaraciones, confesando que las habían realizado bajo coacción policial—, y ante la unánime y enérgica movilización obrera, Alvear debió concederlo. El 9 de julio de 1927 Mañasco salía en libertad: la solidaridad proletaria había obtenido una de sus más significativas victorias.

Nada pudo, en cambio, frente a la ciega obstinación de la "justicia" y del gobierno norteamericanos el clamor que se elevó desde todos los rincones del mundo ante el monstruoso juicio de Sacco y Vanzetti. En la Argentina la condena tuvo intensa repercusión: todas las organizacio-ciones obreras sumaron sus fuerzas en paros y mitines. Hubo un paro general el 15 de julio, un mitin de la Unión Obrera Local en Plaza Once; otro paro el 5 y 6 de agosto, seguido por una gran concentración ante el Congreso; el 10 se paralizó nuevamente la actividad; el 21 una manifestación recorrió la calle

Termina la década del 20. La conciencia proletaria crece diariamente.
En los dos dibujos superiores el diario "La Protesta" ilustra las ventajas de la sindicalización.
En el dibujo de abajo, el pintor Martín Malharro dirige su arte hacia los problemas sociales.

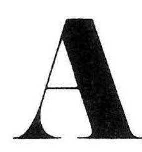






Rivadavia; el 22 y 23, otra huelga general. Pero la dramática lucha resultó inútil; no pudo impedir el holocausto de los dos militantes.

El nacimiento de la CGT



l promediar la déda de 1920 la economía argentina había recobrado su estabilidad y una oleada de prosperidad inundaba el país. El comercio exterior alcanzaba los niveles más altos de su historia y estimulaba el resurgimiento de una actividad agropecuaria. Al aumentar el poder adquisitivo del mercado interno la producción industrial creció en forma sostenida, de modo que —a pesar de que la inmigración volvió a ser considerable— el nivel de ocupación se mantuvo alto.

Estas condiciones permitieron que, mientras el costo de la vida se estabilizaba y tendía a decrecer, los salarios fueron aumentando paulatinamente. De modo que el salario real conoció un efectivo mejoramiento y la situación de la clase obrera se hizo menos angustiosa.

Atenuados los motivos que habían llevado a la proliferación de movimentos huelguísticos durante la primera presidencia de Yrigoyen, estos no recuperaron después una intensidad similar. Mas que las huelgas reivindicativas —en general cortas y parciales— pasaron a primer plano, como hemos visto, los grandes movimientos de solidaridad y protesta, alentados por la conciencia de clase. Estos movimientos conjuntos fueron limando asperezas y creando nuevamente un ambiente favorable para la unidad sindical.

En el Segundo Congreso de la USA (1926) el enfrentamiento de las tendencias se mostró más moderado. Si bien fue rechazado un delegado de la Federación Gráfica Bonaerense por el hecho de ser concejal, la votación de la mayoría no se fundamentó en argumentos principistas sino en el cumplimiento de disposiciones estatutarias. Aunque se repudiaron los ataques del diario socialista contra la USA y varios sindicatos, la propuesta de impedir al cronista de *La Vanguardia* el acceso al congreso —fundada en que la COA había hecho *Bandera Proletaria*— fue finalmente rechazada. Imperaba un clima menos tenso que en reuniones anteriores.

Al año siguiente los gráficos reunieron un congreso en el que las diversas organizaciones de todo el país constituyeron la Federación Obrera Poligráfica. Ese congreso exhortó a la unidad sindical y encargó al comité central de la nueva entidad que trabajara en ese sentido. Aunque la FORA rechazó desde un principio la posibilidad de una fusión, muchos dirigentes de la USA y de la COA, en cambio, se mostraron dispuestos a ello. Los órganos periodísticos fueron atenuando sus recíprocos ataques. Un comité integrado por tres miembros de cada central estudió en 1928 junto con los gráficos el problema de la unificación, llegando, al año siguiente a un acuerdo sobre las bases en que se asentaría la unidad.

Para concretar el objetivo de fusionar a las organizaciones obreras se constituyó un Comité Nacional Sindical, con quince representantes de cada central, a los que se sumarían los que designaran los sindicatos autónomos. Pasadas las bases acordadas a referendum de los diversos gremios, tanto los integrantes de la USA como los de la COA las aprobaron por gran mayoría. Finalmente, el 27 de septiembre de 1930 se reunieron los comités de ambas centrales y resolvieron dejar constituida la Cenfederación General del Trabajo. Con ella se iniciaba una nueva etapa del movimiento obrero argentino.

Bibliografía

Sebastián Marotta. *El movimiento sindical argentino.* Buenos Aires, Ed. Lacio, vol. II, 1961; Ed. Calomino, vol. III, 1971.

Jacinto Oddone. *Gremialismo proletario argentino.* Buenos Aires, Ed. La Vanguardia, 1949.

Rubén Iscaro. *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino.* Buenos Aires, Ed. Anteo, 1958.

Alberto Belloni. *Del anarquismo al peronismo.* Buenos Aires, Ed. Peña Lillo, 1960.

Alfredo López. *Historia del movimiento social y clase obrera argentina.* Buenos Aires, Ed Programa, 1971.

Diego Abad de Santillán. *La FORA.* Buenos Aires, Ed. Proyección, 1971.

Julio Godio. *La semana trágica de enero de 1919.* Buenos Aires, Ed. Granica, 1972.

Osvaldo Bayer. *Los vengadores de la Patagonia trágica.* Buenos Aires, Ed. Galerna, 1972.

Hugo del Campo. "La semana trágica". *Polémica,* N° 53. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.

El resurgimiento de las luchas obreras en Estados Unidos: Los I.W.W.

Gregorio Selser

Aunque derrotado, el movimiento de los I.W.W. se recuerda como uno de los que mayores peligros representaron para el poder patronal y el sindicalismo amarillo.

"En 1900 el trabajo había ganado la mayor parte de sus derechos fundamentales: el de asociación, el de huelga, el de gestionar contratos colectivos; y había obtenido algunas cosas en su campaña para mejorar las condiciones de trabajo y de vida. Pero esas ganancias se limitaban a un pequeño sector de la población obrera y apenas si tocaban los grandes problemas relativos a la seguridad económica de los trabajadores y al bienestar de la sociedad en general. Gradualmente se fue viendo con mayor claridad que el problema del trabajo no estaba aislado de otros problemas sociales y económicos y que por su propio interés la sociedad debía atender el bienestar y la seguridad de sus trabajadores. Si la industria no pagaba jornales suficientes para vivir, la sociedad debía cubrir de algún modo la diferencia."

Estas palabras, que pertenecen a los historiadores Allan Nevins y Henry S. Commager, describen la situación imperante en los Estados Unidos del siglo apenas nacido. Hacen justicia al progreso obtenido en materia social por la clase trabajadora, pero con la advertencia de que tales beneficios eran en gran medida limitados y, para grandes sectores de la población, absolutamente un privilegio. Otro historiador, Sidney Lens, lo corrobora:

"Persistentes sufragistas conquistaron el derecho al voto de la mujer [...]; veinticinco estados pusieron en vigor una legislación que limitaba la jornada de ocho horas mediante sus sindicatos; treinta y ocho estados aprobaron leyes que fijaban límites de edad para el trabajo de los niños y horarios restringidos para ellos; treinta y cinco presentaron proyectos de ley de indemnizaciones a los trabajadores industriales accidentados; la ley Adamson proclamó una jornada de ocho horas para los ferroviarios y media paga más por el tiempo extra [...] la ley Clayton taponó los agujeros que había dejado abiertos la reglamentación de monopolios y eximió específicamente a los sindicatos de imputaciones criminales o 'conspiracionistas' en razón de sus huelgas."

Y, sin embargo, mucho había por hacer, porque, por ejemplo, en el caso de los niños, seguía siendo un escándalo público el hecho de que trabajasen como asalariados un millón setecientos cincuenta mil niños de edad entre doce y quince años, muchos de ellos en fábricas, minas, frigoríficos, en el cultivo de la remolacha y en pantanos. Y cuando se profundizó la investigación de las condiciones de trabajo de ese sector se encontró que en ocho mil hilanderías de algodón visitadas trabajaban 556 niños menores de doce años; y, en otro caso, a niños de seis y siete años enlatando legumbres en un establecimiento a las dos de la madrugada. Las violaciones a los reglamentos eran, por otra parte, tantas como los sectores de producción que necesitaban de ese trabajo, y así se daba el caso de que, como miles de empresas dedicadas a conservas no estaban consideradas como "fábricas" propiamente dichas, los niños menores de quince años eran los que constituían su mayor fuerza de trabajo.

El primer estado que, en 1909, decidió puntualizar debidamente todo lo atinente al trabajo de los niños, fue el de Delaware: "Ningún niño menor de catorce años —proclamó— será empleado ni admitido a trabajar en ninguna ocupación asalariada". Pero la Primera Guerra Mundial hizo crecer la demanda laboral, y luego la aumentó la prosperidad de los años veinte, de modo que cuando se realizó el censo de 1930 se comprobó que más de dos millones de muchachos y muchachas menores de dieciocho años trabajaban como asalariados —la misma cifra que la indicada por el censo de 1910 para menores de quince años— y percibían salarios de dos y tres dólares por semana. Hacia 1914, año en que se inició la conflagración de Europa, 35.000 obre-

Las organizaciones monopólicas trabajaban en rubros básicos —alimentación, metalurgia, petróleo, transportes—, contando en no pocas ocasiones con el abierto apoyo del gobierno. Muchos de aquellos monopolios y trusts de principios de siglo perduran hasta nuestros días.

ros habían resultado muertos y 700.000 heridos en accidentes de trabajo, y en el primer caso la Comisión de Relaciones Industriales comprobó que por lo menos la mitad de ellos podrían haber salvado sus vidas si la administración hubiese exigido de la patronal la adopción de medidas de seguridad.

El 25 de marzo de 1911, en un mal ventilado taller que ocupaba los tres últimos pisos de un edificio de diez, de la Triangle Shirwaist Company, de Nueva York, estalló un incendio que atrapó a unas quinientas muchachas judías e italianas inmigrantes que trabajaban promiscuamente, con el suelo lleno de materiales inflamables, la basura amontonada por todas partes, sin escapes para casos de incendio ni mangueras para agua; para peor, por aquello que la empresa llamaba "impedir la interrupción del trabajo", la puerta de acero que conducía hacia la salida había sido cerrada con llave. Para cuando pudieron intervenir los bomberos salvadores, 147 obreras habían muerto carbonizadas o al saltar desesperadamente hacia la calle. Fue menester que ocurriese tamaña tragedia para que se nombrase la Comisión Investigadora de Fábricas del Estado de Nueva York que venía siendo solicitada por los obreros ¡desde hacía cuarenta años! y se iniciasen así legislaciones de salvaguarda de la salud y la vida de los trabajadores.

Las respuestas patronales frente al sindicalismo



A partir de la desastrosa derrota sufrida por los obreros en Homestead, Pennsylvania, en ocasión de su huelga contra la Carnegie Steel y en virtud de la represión gubernamental de que fue objeto, los grandes talleres se negaron a reconocer la existencia de sindicatos en ese sector, una actitud que fue confirmada luego de la creación de la U. S. Steel Corporation, amalgama de industrias forjada por el banquero Morgan que trituró literalmente al antaño poderoso Sindicato de Obreros del Hierro y el Acero. El ejemplo del "precursor" Morgan sirvió para liquidar el sindicalismo de la industria del acero y, para un mayor reaseguro, los patrones de cada rama se unieron en organizaciones destinadas a combatir al gremialismo, tales como la Asociación Nacional de Fundidores, la Asociación Nacional de la Industria Metalúrgica y la Asociación de Construcción de Estructuras, que no sólo rehusaban discutir condiciones laborales y de salarios sino que estaban por anticipado dedicadas a lograr la destrucción del sindicalismo como tal.

No eran éstas las únicas entidades enemigas declaradas de los trabajadores. Otros empleadores forjaron "alianzas de ciudadanos" con el fundamental propósito de contratar esquiroles para romper huelgas o cabezas de obreros, según cuadrara. Una de ellas, la Asociación Norteamericana contra el Boicot, creada en 1902, se particularizó por agrupar en forma secreta a los fabricantes, confeccionar listas negras de trabajadores, disponer *lock outs*, proveer la vigilancia armada de agentes Pinkerton y llevar a los sindicatos ante los tribunales de justicia, acusándolos de violación de la ley Sherman ¡contra los monopolios!, como en el célebre caso de los sombreros de Danbury. Y, como era dable esperarlo, el Derecho Civil y el Derecho Constitucional contribuían a "enfriar" las organizaciones laborales y a disuadir a sus miembros de utilizar sus armas en los conflictos industriales.

Un profesor de Derecho de Princeton, que no tardaría mucho en ser consagrado presidente de los Estados Unidos, diría en 1910, ante la American Bar Association, respecto de quienes dominaban la vida económica nacional:

"La mayor parte de los hombres no son ya personas individuales en lo que concierne a sus negocios, a sus actividades o a

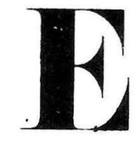

Coca-Cola
At Soda Fountains
5¢

sus principios morales. No son unidades, sino fracciones, con su individualidad e independencia de criterio en cuestiones de negocios, han perdido la libertad de elegir dentro del campo de la ética. Tienen que hacer lo que se les dice, si no quieren perder su relación con los asuntos de nuestros días [...]. No pueden llegar hasta los hombres que dictaron la orden, ni tienen acceso hasta ellos. Carecen de voto para expresar su acuerdo o su protesta. No son más que simples engranajes de una máquina, cuyas piezas son hombres.

Y, sin embargo, hay personas sobre quienes recae toda la responsabilidad de escoger. Son hombres que gobiernan la máquina [...] que la utilizan con libertad imperial de acción [...] son pocos y formidables los que lo ejercen (el poder), mientras el conjunto de los hombres son tan sólo peones en el juego."

Estas palabras de Woodrow Wilson parecían tanto referirse a los hombres que gobernaban la maquinaria de las finanzas, la industria y el comercio —y por lo tanto de la política y el estado— como a la despersonalización del ser humano que crecía junto a procesos industriales como el del "taylorismo" o administración científica, que por una parte aceleraba la mecanización y la adscripción del hombre a la herramienta que lo esclavizaba como un engranaje de la producción, y por la otra propendía a la reducción de oportunidades de empleo. Entre ambas trituraron el concepto de solidaridad obrera, puesto que la incentivación del salario por la mayor capacidad o dedicación en la atención de la máquina incentivó igualmente la apetencia por la mejor retribución *individual* y debilitó el principio elemental de la procura de mejoras mediante las negociaciones colectivas. El "taylorismo" se complementó casi naturalmente con el sistema del *open shop* (taller abierto = fábrica cuyo personal no estaba agremiado) y con "programas sociales" de empresa que se estimulaban como medio de contentar al personal con privilegios ilusorios que los mantenían alejados de la tentación gremial.

La concentración del poder económico



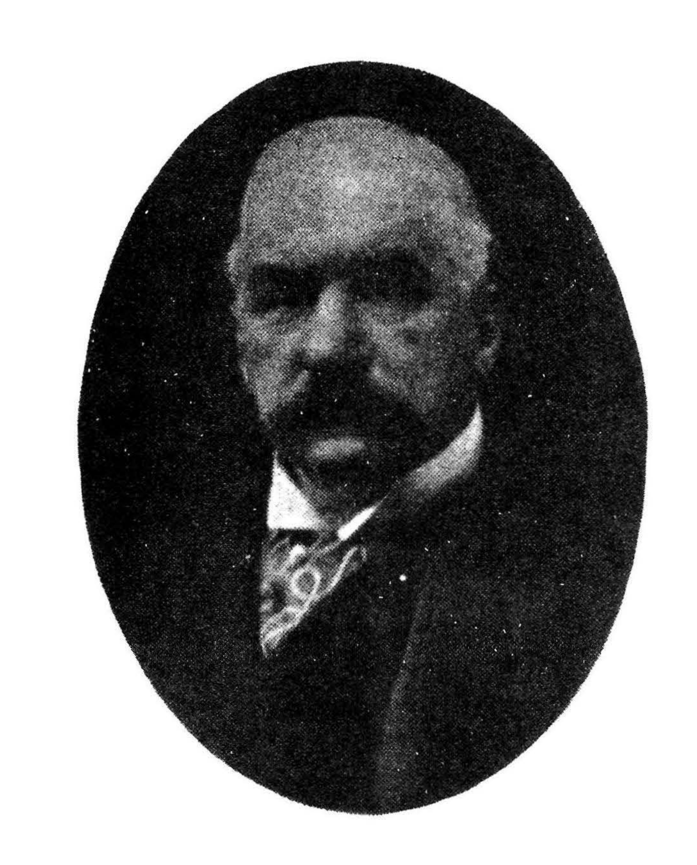
El fenómeno de la rápida industrialización del país corría parejo con el acrecentamiento de la riqueza de los grandes "barones", "rudos individualistas" que hacían escaso distingo entre lo que era el "progreso de la Nación" y la ética en materia laboral o comercial. Un presidente de los Estados Unidos, Calvin Coolidge, condensaría cinco lustros después en una frase famosa la filosofía de enriquecimiento ultrarrápido de los "hombres de visión": "El negocio de los Estados Unidos son los buenos negocios". Todo el fin del siglo XIX había visto surgir, ascender y brillar con luz propia ese tipo de *self made man* que arrasaba con todas las convenciones morales y a quien mayor homenaje se rendía si mayor era el número de tropelías que cometiera para enriquecerse y "triunfar": hombres como Cornelius Vanderbilt, Jay Gould, John D. Rockefeller, James Hill, Gustavus Franklin Swift, Philip Armour, Jacob Astor, Harriman, Jay Cooke y Andrew Carnegie, fueron las estrellas más luminosas de ese firmamento de capitanes de industria que forjaron leyendas de sacrificio y genio que no eran sino la máscara de una fría avidez de dinero y poder, que se enancaba en condiciones propicias nacidas de un sistema de corrupción para el cual sólo era respetable el lucro.

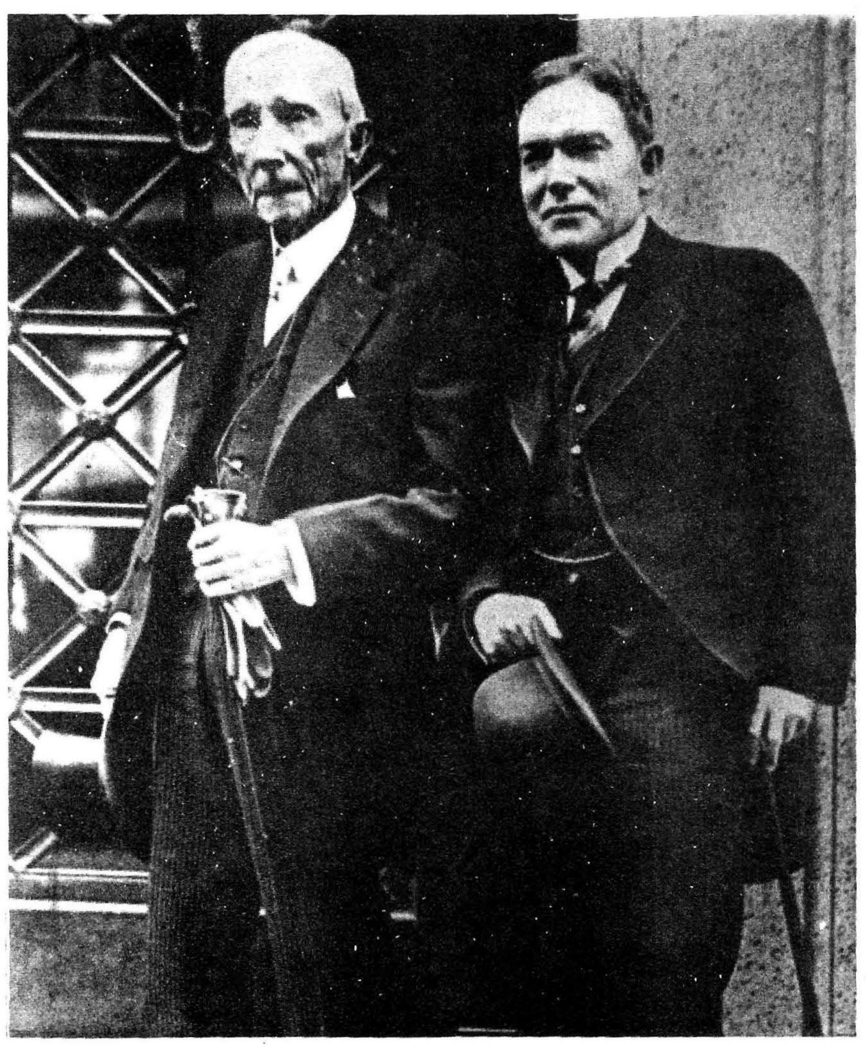
La serie de combinaciones —fusiones, amalgamas, *trusts*— entre tales prohombres del dinero había determinado que, en defensa del interés público, en 1890 fuese sancionada la Ley Sherman contra los monopolios, algo así como una suave cosquilla para hacer sonreír a los magnates, puesto que, no obstante sus previsiones y sabiduría, lo más importante, su aplicación práctica, no fue ejercida por presidentes como Benjamin Harrison o Grover Cleveland, y menos aún por ese gran amigo de los hombres de negocios que fue el presidente William McKinley, llegado al poder en 1897 y gratificado al año siguiente con una de las piezas de caza más ansiadas de la diplomacia estadounidense: la guerra contra España, por supuesto victoriosa, y que puso en sus manos el control de Cuba, Puerto Rico y las islas Filipinas y Guam. El Partido Republicano hinchó las velas de la prosperidad y el destino de imperio que se venía insinuando al término de la Guerra de Secesión.

Gracias a la buena voluntad de McKinley los financistas de Wall Sreet contribuyeron a erigir gigantescas empresas "holding" (tenedoras de acciones de otras compañías), que se apropiaron del control manufacturero y del mercado por diversos medios: monopolizando el abastecimiento de materias primas tales como el petróleo y el aluminio, obteniendo patentes y licencias esenciales, como en la fabricación de botellas de vidrio y, sobre todo, en el *copamiento* del rubro acero. Entre 1887 y 1897 sólo aparecían registradas 86 combinaciones de empresas industriales, que en conjunto representaban un capital inferior a los 1.500 millones de dólares. Pero hacia 1904, según la tabulación hecha por John Moody, ya aparecían 318 "trusts" con una capitalización superior a los 7.000 millones de dólares.

Según Frank Freidel, tales organizaciones incluían industrias básicas tales como las del cobre, el petróleo y el acero, u otras vinculadas a los consumidores, como el azúcar y el tabaco. "Seis grupos financieros —añade— controlaban el 95 por ciento de las rutas ferroviarias de la nación. Entre 1898 y 1901, en la industria del acero, que registraba un índice elevado de competencia, veintiuna fusiones significativas de empresas prepararon el camino para que se des-

John Pierpont Morgan —en la fotografía superior— y John Rockefeller —abajo—, dos de los más importantes "capitanes de industria" de la época. Cálculos efectuados a principios de siglo denunciaban que las siete octavas partes de la riqueza nacional se concentraba en manos del uno por ciento de la población.





encadenara una lucha a gran escala entre Carnegie y J. P. Morgan. Cuando el primero anunció sus planes para la instalación de nuevos centros industriales que hubieran podido ser ruinosos para Morgan y sus asociados, éstos optaron por comprar la parte de Carnegie en la cifra inflada de 447 millones de dólares y posteriormente fundaron la primera corporación del país, la United States Steel, de mil millones de dólares. Aunque el valor tangible de su propiedad se estimó en 662 millones de dólares, fue capitalizado en 1.402.847.000 dólares, o sea que la totalidad de las acciones comunes más la cuarta parte de las acciones preferidas eran 'aguadas', sin que las respaldara ningún activo.

Otro cálculo para la época revelaba que el uno por ciento de las familias norteamericanas usufructuaba casi siete octavos de la riqueza nacional, mientras que las siete octavas partes de aquéllas sólo poseían un octavo de esa riqueza. Mientras que una quinta parte de las familias vivía con desahogo o eran ricas, las cuatro quintas partes restantes se mantenían en condiciones precarias. Según una estadística efectuada en 1904, alrededor de la octava parte de la población, o sea un total de diez millones de habitantes, vivía paupérrimamente, en tanto la clase superior obtenía sus enormes utilidades porque pagaban muy barata la mano de obra que empleaban en sus establecimientos fabriles o comerciales. Y esa fuerza de trabajo procedía, sobre todo, de la inmigración irrestricta procedente ahora de Italia y del imperio austro-húngaro, así como de la Rusia zarista. La nueva avalancha que representaba el 72 por ciento del total de ocho millones de inmigrantes arribados al país entre 1900 y 1910 provino del sur y del este de Europa, en su mayor parte italianos, eslavos y judíos. En determinado momento, la AFL de Gompers pidió que se suspendiera este ingreso de mano de obra barata y carente de aptitud, que hacía que los salarios

Niños empleados en minas de carbón de Pennsylvania y Virginia Occidental

Agachados sobre los conductos. los muchachos están horas y horas separando del carbón los trozos de pizarra y otros desechos, a medida que sale de los lavaderos. A causa de la posición que tienen que tomar, la mayor parte de ellos llegan a sufrir deformaciones más o menos pronunciadas y a tener la espalda encorvada, como ancianos. [. . .] El carbón es duro, y los accidentes en las manos, tales como cortaduras, roturas y aplastamientos de dedos, son comunes entre los muchachos. Algunas veces, el accidente es más grave: se oye un grito desgarrador y se ve a un muchacho destrozado por la maquinaria, o que desaparece por el conducto, de donde es sacado más tarde muerto por asfixia. Las trituradoras levantan nubes de polvo que respiran los muchachos, con lo que enferman de asma y de la tisis del minero. En una ocasión estuve media hora en una trituradora, tratando de hacer el trabajo que hace un día tras otro un muchacho de doce años [. . .]. No podría hacerlo sin perder la vida, pero allí estaban los muchachos de diez y doce años que lo hacían por cincuenta o sesenta centavos diarios. Muchos de ellos no habían entrado nunca en una escuela, y eran pocos los que podían leer un silabario.

(John Spargo, *Bitter Cry of the Children.*)

Pintadla de rojo

La canción "Pintadla de rojo", de Ralph Chaplin que se cantaba con la música de la tonada "Marchando a través de Georgia", resumía el programa de los I.W.W.:

Venid con nosotros, trabajadores, y uníos a la banda rebelde.
Venid, descontentos, y prestad una mano auxiliadora.
Marchamos contra el parásito para echarlo de la nación
¡Con una gran Unión Industrial!
Coro:
¡Hurra! ¡Hurra! ¡La pintaremos de rojo!
¡Hurra! ¡Hurra! Claro se abre el camino delante.
Estamos ganando la democracia del taller, la libertad y el pan
¡Con una gran Unión Industrial!
Aborrecemos su podrido sistema más que cualquier mortal.
Nuestro objeto no es remendarlo, sino edificarlo totalmente.
Y lo que tendremos por gobierno, cuando finalmente acabemos.
¡Será una gran Unión Industrial!

se mantuvieran en un nivel muy bajo.

Crece el "sindicalismo empresario"

En el último decenio del siglo XIX, el conflicto entre el trabajo y el capital fue librado bajo auspicios que no eran los del Partido Laboral Socialista. Hubo una "pueblada" sobre Washington de desocupados conducidos por un acomodado hombre de negocios, Jacob S. Coxey, y estuvieron los pintorescos mineros del Oeste, "Big Bill" Haywood y Vincent St. John, librando una casi guerra civil permanente en las Rocosas, y el dirigente Eugene ("Gene") V. Debs dirigió a los trabajadores en la célebre huelga contra la Pullmann, y otra serie de luchadores, menos conocidos, pelearon en Homestead, Nueva Orleans, Tennessee, Buffalo y otros lugares.

Mientras Daniel De León clamaba en contra de los "farsantes" del movimiento obrero (Samuel Gompers y la American Federation of Labor = AFL), que traicionaban la lucha de clases, las huelgas —abierta expresión de esa lucha— aportaban lo suyo como principal arma de los trabajadores. Entre 1865 y 1881 había habido menos de quinientos paros; pero desde 1881 hasta 1905 se produjeron no menos de 38.000, en los que participaron unos siete millones y medio de obreros.

Entre estas huelgas, las que causaban mayores entorpecimientos y producían efecto acumulativo —prestigio y acrecentamiento de fuerzas dentro del sector laboral, preocupación y contramedidas en el campo patronal— eran las que se producían en las industrias gigantescas, tales como las de los ferrocarriles o el acero. En las industrias descentralizadas, los sindicatos progresaban con ímpetu arrollador en sectores relativamente pequeños aunque tradicionales, como el de los impresores y la construcción.

Durante el aproximadamente medio siglo que acompañó y siguió a la llamada Edad Dorada (*Gilded Age*) la plutocracia resistió con denodada ferocidad los esfuerzos por organizar sus principales bastiones. Una y otra vez los trabajadores de las industrias de producción masiva —ferrocarriles es un ejemplo al margen— fueron llevados a la violencia en una escala de mucha mayor intensidad que en cualquier caso análogo que se hubiese producido en Europa. Ningún país del mundo, refiere Sidney Lens, dio tantos ejemplos de batallas de piquetes callejeros y de tantas muertes ocurridas por esos "piqueteos" como los Estados Unidos. Un estudio de la revista *Outlook*, en 1904, fragmentario como era, daba una pálida muestra de la amplitud del fenómeno consignando que en los treinta y tres meses previos al análisis que publicaba —y que no había sido un período particularmente excepcional— 198 hombres habían resultado muertos en piquetes, en manifestaciones en treinta estados, 1.966 habían sido heridos y 6.114 arrestados.

Dentro de ese contexto, la organización laboral más poderosa del país, la AFL, acentuaba paulatinamente, en manos de Gompers, su proclividad acuerdista con el *establishment*, con la máscara de un reformismo realista y del "sindicalismo puro y simple". Los vientos la habían favorecido gracias a la pasajera prosperidad de la guerra de 1898 contra España. Era ya una "institución respetable" —entre 1897 y 1904 cuadruplicó sus adherentes y llegó a representar a 1.700.000 miembros— en momentos en que se la acusaba de haber pasado del "sindicalismo simple" al "sindicalismo empresario", es decir, que manejaba los asuntos gremiales con criterio comercial, lo cual recibía el nombre de "era del buen sentido".

En muchas industrias, los capitalistas, tras de sopesar el precio de una guerra de clases frente al de una "comprensiva colaboración", encontraron mucho más provechosa y menos riesgosa la segunda alternativa. ¿Para qué combatir cuando el comercio estaba en auge y los costos adicionales podían ser transferidos al consumidor? El indicio más significativo del cambio gradual que se estaba gestando lo suministró la participación de Gompers y otros dirigentes de la AFL en la *National Civic Federation* (Federación Cívica Nacional), creada con apoyo de los *bull-dogs* del capitalismo como Mark Hanna, John Pierpoint Morgan y John D. Rockefeller con el propósito de "limar diferencias entre el capital y el trabajo".

Esto no pretende dar la idea de que con tal acercamiento cediesen por completo las demandas obreras en los sindicatos o uniones controladas por la AFL, pero sí que su espíritu revolucionario fue "encauzado" según las pautas de la *respetabilidad*. La clase patronal admitía que los obreros no eran "chusma", "rufianes", "la hez de la tierra" o "escoria humana", según los calificativos más amables del repertorio de la prensa capitalista, y los periódicos sindicales que por cientos circulaban en el país encomiaban a los "patrones progresistas", "capitalistas comprensivos" y bregaban por que hubiese más contactos en la mesa de las negociaciones antes que apelar a los métodos críticos de ruptura mutua, signo de "incomprensión" o de "falta de madurez".

Represión de los sectores combativos

Un francotirador social, León Czolgosz, había dado muerte a tiros al presidente de los Estados Unidos, William McKinley, el 6 de setiembre de 1901. Según el historiador anarquista Rudolf Rocker, Czolgosz no pertenecía a sus filas, y "de lo poco que dijo se comprende que mató por



Theodore Roosevelt: "El sentimiento que anima ahora a una amplia porción de nuestro pueblo puede ser suprimido. Hay que escoger a diez o doce de sus líderes gremiales, ponerlos contra un paredón y fusilarlos."

motivos sociales, porque veía en McKinley a un representante de la plutocracia norteamericana bajo cuyo férreo yugo eran oprimidas las masas del pueblo". El mismo, ante el jurado, declaró que no había tenido cómplice alguno, que realizó su acción "en favor de mi querido pueblo y estoy dispuesto a morir por él". No obstante, se desató una nueva campaña antianarquista, aprovechada para encarcelar a militantes y dirigentes obreros. El 29 de octubre del mismo año Czogolsz era ejecutado en la silla eléctrica y a las pocas semanas el sucesor de McKinley, Theodore Roosevelt, solicitaba en el Congreso las más graves medidas punitorias contra aquellos a quienes llamaba "esencialmente subversivos y traidores". Se trataba del mismo Roosevelt que, no muchos años antes, encarecía esta simple solución para los problemas sociales:

"El sentimiento que anima ahora a una amplia porción de nuestro pueblo sólo puede ser suprimido [...] escogiendo a diez o doce de sus líderes (gremiales), ponerlos contra un paredón y fusilarlos. Creo que la cuestión se reducirá a esto."

La AFL, respetable como era ya para el *establishment*, no se hizo mayor violencia en condenar, como desde su fundación lo venía haciendo, tanto el asesinato del presidente estadounidense como las prácticas del anarquismo, esa especie de movimiento leproso para todos aquellos sectores distintos del suyo. Pero esa condena a las presuntas tácticas de desenfrenada acción directa —que líderes como Emma Goldmann y Johann Most eran los primeros en fustigar— se asociaba subrepticiamente a toda la filosofía del anarquismo y por ende a su actuación en el campo gremial y, por carácter transitivo, igualmente malicioso, a todo el campo socialista. No fue así difícil al *establishment* establecer una amable relación con todo lo que estuviese amparado por la sigla AFL, comprensivamente respondida por el gompersismo.

Ello no impedía que, cada tanto,

El presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, pide al Congreso la extirpación de los anaquistas

McKinley fue asesinado por un criminal completamente degenerado que pertenecía a aquella clase que se resiste a toda forma de gobierno, buena o mala; que está contra toda forma de libertad popular, aun cuando sea garantizada por las leyes más justas y liberales; que es tan hostil a los sublimes representantes de la voluntad popular como a los déspotas tiránicos e irresponsables.

Los defensores de esos asesinos, que intentan justificar sus crímenes por razones políticas, dicen que se desencadenan contra la riqueza y el poder irresponsables. Pero esa despreciable disculpa no puede hacerse valer en el asesinato de William McKinley. El crimen perpetrado contra él no se dirige contra la riqueza, sino contra una labor honesta; no contra la tiranía, sino contra uno de los más probados combatientes que hayan tenido jamás los asalariados; contra uno de los más fieles representantes de los derechos del pueblo y de un verdadero gobierno representativo [...]. Y ese hombre cayó víctima de un asesino, cuyo hecho es el más perverso en los anales del crimen. El golpe no era dirigido a él, sino a la Nación. Aquel asesino era un anarquista declarado, excitado por las doctrinas anarquistas y quizá por las expresiones descuidadas de aquellos que apelan como oradores o en la prensa a las pasiones despreciables, a la avaricia, a la envidia y al odio. Cuando tales gentes siembran vientos, deben tener una parte de la responsabilidad que produce la tormenta [...]. De ningún modo podría ser interpretado el asesinato del presidente como una protesta "contra la desigualdad en el orden social". La anarquía es tan equivalente a una expresión de "descontento social" como podría serlo el robo o una riña entre mujeres.

El anarquista, en especial el de los Estados Unidos, es sencillamente un tipo de criminal más peligroso que los demás porque encarna la misma corrupción en un grado superior [...] es un criminal llevado por sus inclinaciones perversas a preferir el caos y la confusión al orden social más benéfico. Su aseveración de que ama el bien de la población laboriosa es infame en su desvergonzada falsedad, pues si las instituciones políticas de este país no ofrecen ocasión suficiente a todo obrero honesto e inteligente, entonces toda esperanza es quimérica [...]. Para con los anarquistas, prediquen o ejecuten su doctrina, no necesitamos tener más consideración que para con un asesino vulgar. Son malhechores y nada más. El anarquista es tan poco "producto de las circunstancias" sociales como el salteador que sale al encuentro de hombres indefensos para quitarles su dinero [...]. Discursos anarquistas, periódicos y reuniones anarquistas son esencialmente subversivos y traidores. Recomiendo al Congreso urgentemente que tome medidas en relación a la inmigración de anarquistas o de gentes que propagan o justifican la matanza de los funcionarios elegidos por el pueblo [...]. No se les debería permitir la entrada [...] mientras que a sus compañeros de ideas que ya están aquí, habría que aplicarles penas apropiadas.

[...] Como la anarquía es un crimen contra toda la humanidad, toda la humanidad debería concertarse para combatir la anarquía. El crimen de un anarquista debería ser considerado como una lesión del derecho de gentes, lo mismo que la piratería o el tráfico de esclavos. Todos los pueblos civilizados deberían concertar pactos en ese sentido. Si los anarquistas amenazaran seriamente nuestras instituciones no sólo serían así extirpados, sino que su caída arrastraría a todos sus compañeros de ideas, activos o pasivos, a la ruina.

(*Mensaje Especial al Congreso*, 7 de diciembre de 1901.)

el juego de caballeros quedara en la práctica anulado, sea porque una huelga salvaje indicara que las bases abominaban de sus dirigentes, sea porque la patronal, como ocurrió en los orígenes de la United States Steel, de J. P. Morgan —creada en 1901— perdía la paciencia frente a demandas que consideraba "exageradas" y aplastaba un movimiento de 62.000 obreros del acero. Del mismo modo que el clan Rockefeller resistía con violencia las tentativas de organización gremial en sus minas del Oeste.

Había pues prácticas versallescas por una parte y la más cruda guerra social por la otra. En una huelga que se produjo en 1905 veinte contratistas de cuadrillas resultaron muertos en Chicago y hubo cuatrocientos heridos y quinientos arrestados. En el estado de Colorado, las huelgas de mineros en Telluride y Cripple Creek asumen la forma de una guerra civil en pequeño, consagrada por la declaración del gobernador James Peabody sobre la "existencia de un estado de insurrección y rebelión". Durante la huelga de frigoríficos de 1904 la administración reclutó 1.400 esquiroles de ciudades del sur, la mayoría de ellos hombres de color. Ese mismo año hubo una gran huelga en los grandes almacenes Montgomery Ward, en Chicago, que contó con la solidaridad del creciente gremio de transportistas; al año siguiente, estos últimos sufrirán un gran embate de los contratistas debido a su actitud solidaria.

Los críticos de la "sociedad opulenta"

Junto con el acrecentamiento de las luchas obreras se estaba produciendo un fenómeno totalmente nuevo en ese sector: los intelectuales no procedían, como antaño y en su mayor parte, de núcleos de inmigrantes con un pasado de luchas en el campo social europeo, con ideologías y bagaje cultural de sus tierras de origen. Ahora surgían de generaciones ya afincadas desde más de un siglo en el país o eran fruto de segunda o tercera generación de norteamericanos "nuevos". No sólo no se les podía tildar de "escoria de Europa", no sólo utilizaban la preciosa herramienta del idioma nativo sino que, además, disponían del derecho propio a votar e influir en las decisiones políticas. Hubo una convergencia de actividad intelectual y otra política que se hizo sentir en la primera década del siglo XX. El periodismo había crecido como forma de expresión colectiva y quienes lo cultivaban no hacían distinción entre el papel efímero del diario y la revista o el más permanente de los libros. Revistas populares como *McClure's, Everybody's, Cosmopolitan, Collier's* y *American Magazine* u otras partidarias como *Appeal to Reason* se convirtieron en un receptáculo de denuncias permanentes contra el sistema económico de opresión y oprobio. Las mejores plumas del país se dieron cita en sus páginas para fustigar a través de novelas por entregas las calamidades económicas de la clase trabajadora y, simultáneamente, revelar las causas que las producían, sin olvidar las políticas. Y cuando por su naturaleza no fue posible que vieran previamente la luz en tales publicaciones brotaron triunfalmente como libros, según los modelos célebres de *Progreso y miseria,* de Henry George, y *Teoría de la clase ociosa*, de Thorstein Veblen.

A esa generación de periodistas y escritores que mostraron las lacras de la "sociedad opulenta" el presidente Roosevelt le encontró el nombre peyorativo de *muckrakers*, que ellos aceptaron naturalmente como un timbre de orgullo: "En el *Pilgrim's Progress* de Bunyan recordaréis la descripción del hombre con el rastrillo (*muck-rake*), que no sabe hacer otra cosa que mirar el suelo con el rastrillo en las manos; que le ofrecen la corona celestial por su rastrillo; pero

El lado sombrío de la industrialización: en las fábricas textiles trabajan niñas menores de diez años.



no levanta la vista ni mira a la corona que le ofrecen sino que sigue rascando la suciedad del suelo". En opinión de Roosevelt se trataba pues de *hurgadores de estiércol*, nada constructivos sino meros hozadores de mugre en la que aparentemente se deleitarían como estetas enviciados. Pero fue esa generación de *muckrakers*, con sus denuncias directas o veladas, la que contribuyó en mayor escala a formar conciencia entre las nuevas promociones que advenían al campo laboral.

Posiblemente no hubo libro de mayor seriedad conceptual que la *Historia de la Standard Oil Company*, de Ida Tarbell; pero no fueron menores en eficacia *Cómo vive la otra mitad*, de Jacob Riis; *El amargo llanto de los niños*, de John Spargo; *La jungla*, de Upton Sinclair; *El trust más grande del mundo*, de Charles E. Russell; *La historia de los seguros de vida*, de Burton J. Hendrick; *La historia de las grandes fortunas norteamericanas*, de Gustavus Myers; *Finanza frenética*, de Thomas W. Lawson; *Siguiendo la línea de color*, de Ray Stannard Baker; *Vergüenza de las ciudades*, de Lincoln Steffens; *Hijas de la pobreza*, de George Kibbe Turner; *La bestia*, del juez Benjamín Lindsey; *El talón de hierro*, de Jack London; *La traición del Senado*, de David Graham Philips, o, por último, y sin que se agote la riquísima veta, *Maggie, la muchacha de las calles*, de Stephen Crane, el mismo de *La roja insignia del coraje*. "En ninguna otra época de nuestra historia —escriben Morison y Commager— se ha ocupado la literatura más inteligentemente de los problemas sociales ni ha contribuido tanto a ilustrar a la opinión pública sobre ellos. Los novelistas rivalizaban con los periodistas, y por cada libro de análisis social aparecía una novela del mismo carácter".

Los principios del "Taylorismo"

Fue sobre todo en la industria automovilística donde los nuevos principios de administración científica de la producción empezaron a encontrar sus aplicaciones más sorprendentes. Esta etapa se inició con los trabajos de un ingeniero, Frederick Winslow Taylor, quien contribuyó a revolucionar la industria de las máquinas-herramientas con bordes cortantes, de acero al carbono, a alta velocidad. Tan pronto como Taylor aprendió a fabricar herramientas que cortaban con eficiencia mientras trabajaban al rojo blanco, instó a los mecánicos para que operaran sus tornos a velocidades proporcionalmente rápidas. Lo que Taylor hacía, en realidad, era aplicar las mismas técnicas científicas tanto a la administración de la empresa como a la maquinaria de ésta. Al principio, consideraba en el mismo nivel a los obreros y a las máquinas, integrándolas en un sistema industrial más eficiente. Con menos hombres podían realizarse tareas más sencillas a una velocidad infinitamente superior; o de lo contrario, Taylor los descartaba sin ninguna vacilación, tal como lo hacía con un acero cortante de menor rendimiento.

El sistema industrial, absolutamente nuevo, al que en ocasiones se llamaba taylorismo, por basarse en la especialización de hombres y máquinas, implicaba una necesidad menor de expertos y tareas más rutinarias. Al principio los trabajadores organizados protestaron, y en 1915 lograron un pequeño triunfo cuando en el Congreso se votó una ley que prohibía la implantación de sistemas de eficiencia en los arsenales y en los astilleros del gobierno.

Taylor y sus prosélitos se consideraban a sí mismos como investigadores en busca de una producción más elevada y, en consecuencia, en pos de un mejor nivel de vida. Antes de que finalizara el siglo Taylor había adoptado una posición social darwinista algo cruel. Mediante este sistema, de ocho hombres que manejaban el hierro en lingotes, sólo uno obtenía buenos rendimientos, pero Taylor pensaba que únicamente debían sobrevivir los más aptos. "Todos los empleados deben recordar —había escrito— que cada taller existe, en primero y último lugar, y en todo tiempo, con el propósito de pagar los dividendos a sus propietarios. Los operarios deben tener paciencia, sin perder de vista jamás este hecho" [. . .]

Los industriales, por lo general muy dispuestos al ensayo de técnicas nuevas, aplican cada vez más los estudios científicos sobre administración preconizados por Taylor, a los movimientos de obreros [. . .] emplearon en sus fábricas a científicos e ingenieros para que se dedicaran a la investigación de herramientas y de productos nuevos. Pocos años antes, a cualquier fabricante que hubiese establecido un laboratorio se le habría considerado como un excéntrico [. . .] De estos métodos y máquinas de reciente introducción provino la producción en serie, la cual necesitaba de la tecnología, del gran abastecimiento de materias primas y de magníficos medios de transporte, así como de los vastos mercados que los Estados Unidos estaban en condiciones de proporcionar en el siglo veinte. La manufactura especializada de precisión hizo posible el intercambio de piezas, aun en la ensambladura de una máquina tan complicada como el automóvil. Henry Ford empezó fabricando una estructura fija, usada con anterioridad en la manufactura de cañones, grandes relojes y otros mecanismos semejantes; fue cambiando progresivamente hasta llegar, en 1914, a la subdivisión del trabajo y al uso de la línea de montaje. Esta técnica revolucionaria redujo el tiempo para ensamblar el chasis de un automóvil Ford, de doce horas y media a una hora y media. La producción en serie había penetrado en la industria automovilística.

Franc Freidel, *Los Estados Unidos en el siglo veinte*, México, Editorial Novaro, 1964.)

La lucha política de los obreros

La otra vertiente del formidable surgimiento obrero la constituyó la política. Como la mayor parte de los trabajadores sindicalizados habían sido hasta entonces extranjeros, dependieron por lo general de lo que los líderes pudiesen extraer de las migajas de las convenciones de los partidos Republicano y Demócrata. El partido Greenback, cuyo principal sostén había sido el de los agricultores del Oeste y los trabajadores del Este, desapareció en las elecciones de 1883. Su lugar fue ocupado por el partido Unión de los Trabajadores, cuyo apoyo procedía del Este y del Sur, pero no hizo mella en la sólida maquinaria de los dos partidos tradicionales. Un tercer intento, más fuerte y radical, lo constituyó el Partido Populista o del Pueblo, que en 1892 reunió más de un millón de votos con un programa que declaraba su simpatía por los trabajadores organizados "en su lucha por acortar las horas de trabajo", al tiempo que sostenía que "los intereses de los trabajadores rurales y urbanos son los mismos, e idénticos sus enemigos". El populismo, sobre todo gracias a los esfuerzos del célebre Robert La Follette, subsistió con suerte varia hasta mediados de la década del 20.

Pero esa agrupación no era eminentemente laboral. Gompers, desde su trono de la AFL, se había opuesto permanentemente a la constitución de un partido netamente obrero, en lo cual —como en otras tantas situaciones— era enfrentado por las corrientes de izquierda revolucionarias. Daniel De León trató de romper la obstrucción de Gompers mediante el Partido Socialista Obrero, al que siguió, después de 1898, la constitución del Partido Social Demócrata, que poco más tarde trocó su denominación por la de Partido Socialista, con la dirección de Eugene V. Debs, Morris Hillquit y Víctor Berger. Esta agrupación recibió su mayor aporte de la clase obrera, pero nucleó igualmente vastos sectores de la clase media liberal. En las sucesivas elecciones en las que participó los votos fueron aumentando progresivamente hasta alcanzar, en 1920, en momentos en que de nuevo Debs estaba purgando cárcel por una supuesta violación de la Ley de Espionaje, la cifra de 900.000 votos, lo que para el historiador Faulkner revela que hubo en realidad "un partido obrero que podría haber alcanzado gran poder si hubiera recibido el apoyo oficial de los sindicatos".

No fue así, sin embargo, porque Gompers, aunque sustentaba la posición "de aprovechar las situaciones políticas para beneficio de los trabajadores", prefirió mantener a los sindicatos bajo su control alejados de las adhesiones partidistas, lo cual no fue óbice para que prácticamente apoyase al Partido Demócrata abiertamente hasta la elección de 1924 —en que lo hizo en favor de La Follette, del Partido Populista— y en lo sucesivo en forma neutralizadamente no oficial hasta 1952, cuando sostuvo de modo abierto a Adlai E. Stevenson frente a Dwight Eisenhower. Esto era tanto más lamentable a principios de siglo, en que las posiciones estaban más polarizadas gracias a la ya citada labor de escritores y periodistas *muckrakers*, como lo demuestra el hecho de que los miembros de la AFL habían crecido desde 350.000 miembros en 1899 a más de 1.675.000 en 1904, fecha ésta en la que funcionaban no menos de 90 sindicatos nacionales permanentes, la mayoría de los cuales, salvo el ferroviario y el postal, estaban afiliados a la Federación, nucleando a obreros especializados —"oficiales"— con excepción de los mineros, obreros del vestido, textiles y del calzado.

De hecho, esa sindicalización podría fácilmente haberse duplicado en fecha tan temprana si no fuese por el tono elitista que Gompers había impreso a la AFL. De ella, en general, estaban excluidas grandes masas obreras no calificadas y ese hervidero humano compuesto por las incesantes oleadas de inmigrantes. Además, estaban voluntariamente separados los contingentes obreros *concientizados* —comunistas, socialistas, anarquistas— que repudiaban la entraña conciliadora y, en última instancia, estabilizadora del sistema, de la organización de Gompers.

Los I.W.W.

Fue, otra vez, un intento por romper esa sólida estructura que habían forjado el capital y el trabajo "avenidos" lo que decidió a Debs, Berger y, sobre todo, a Bill Haywood y Daniel De León a crear la organización *Industrial Workers of the World* (I.W.W. = Trabajadores Industriales del Mundo), que en poco tiempo sería conocida mundialmente por las tres letras de su sigla. Nació como una directa reacción contra la horrenda represión de la huelga carbonera de Cripple Creek, Colorado, de 1903-1904, que figura en los anales de las luchas obreras estadounidenses como una de las más sanguinarias. El gobernador del estado envió al lugar al general Sherman Bell, al mando de tropas cuya característica más singular consistía en que eran pagadas por el propietario de la mina Colorado Fuel and Iron Company, John D. Rockefeller. Durante quince meses el conflicto se desarrolló en medio del silencio cómplice de la AFL y del periodismo comercial: 42 hombres resultaron muertos, 112 quedaron heridos, 1.345 fueron mantenidos presos en corrales durante meses sin derecho al *habeas corpus* y 773 fueron finalmente deportados. Y cuando un juez dispuso la libertad de "los prisioneros retenidos ilegalmente", sobre las bases de claras disposiciones constitucionales, el general Sherman hizo célebres en todo el país las palabras de des-

precio con que resistió la orden: "¡Al diablo con la Constitución! ¡No nos guiamos por la Constitución!" En *La amenaza del privilegio,* el hijo de Henry George escribiría que "los principales insurrectos [...] contra el orden establecido de las leyes" habían sido el gobernador y los soldados de Bell, "representantes [...] de los intereses mineros y de las fundiciones de Colorado".

William D. ("Big Bill") Haywood había sido el líder de la sangrienta huelga de Cripple Creek. Cargado de espaldas, ciego de un ojo, con más de un metro ochenta de estatura y más de cien kilogramos de peso, se destacaba por su reciedumbre en un ambiente en que poseerla era un medio de supervivencia. Desde los quince años trabajaba en las minas, y desde tan temprana edad había visto morir a los obreros en derrumbes y por enfermedad de saturnismo. También desde niño empezó a leer a Darwin, Voltaire, Byron, Shakespeare y Marx. Podía derribar a un hombre de un puñetazo con la misma facilidad con que recitaba poesía clásica. En su espíritu ejerció una tremenda influencia lo ocurrido con los "Mártires de Chicago", y en cuanto estuvo en condiciones de divulgar sus ideas proselitistas del sindicalismo entre los mineros se dedicó a ello con fervor. Se hizo muy popular porque tanto podía pelear con cualquier pendenciero como emborracharse para festejar algún suceso con sus compañeros o pronunciar discursos o escribir artículos en favor de su gremio, la *Western Federation of Miners* (WFM = Federación de Mineros del Oeste), de la que llegó a ser secretario-tesorero. Se unió al Partido Socialista, fundado en 1901, pero fue Debs quien, meses más tarde, personalmente, logró que la WFM se adhiriese a esa agrupación. La misma noche en que la WFM asentó en su plataforma la necesidad de "una revolución completa de las actuales condiciones sociales y económicas" Haywood, Debs y un cura que actuaba entre los mineros, Thomas J. Haggerty, lo celebraron vaciando dos botellas de whisky. Al término de los sucesos de Criple Creek, en enero de 1905, Debs hizo un llamado a treinta líderes radicales para "discutir formas y medios de unir a los trabajadores de Norteamérica sobre la base de correctos principios revolucionarios". Hubo una reunión preliminar ese mismo mes y luego, el 27 de junio del mismo año, una de mayor magnitud en el Brand's Hall, de Chicago. Haywood fue el primero en subir al escenario: "Compañeros —dijo—, este es el Congreso Continental de la clase trabajadora [alusión al nombre histórico de la reunión que precedió a la Independencia de Estados Unidos]. Los propósitos y objetivos de esta organización serán poner a la clase obrera en posesión del poder económico [...] sin tener en cuenta a los amos capitalistas". Se hallaban presentes la viuda de Parsons, el mártir de Chicago; Debs, De León, el padre Haggerty, la "Madre" Jones, Charles Moyer —nuevo presidente de la WFM—, entre unos doscientos delegados de todo el país.

Después de una peregrinación en masa al cementerio que guardaba los restos de los Mártires de 1877 y de aprobar una resolución que adhería a la Revolución Rusa entonces en marcha (la de 1905), los delegados redactaron una constitución que definía sus propósitos:

"La clase trabajadora y la clase empleadora nada tienen en común. No podrá haber paz mientras millones de trabajadores padezcan hambre y necesidades y los pocos que forman la clase capitalista disfruten de todas las cosas buenas de la vida. La lucha deberá proseguir entre estas dos clases hasta que los trabajadores del mundo, organizados con carácter de clase, tomen posesión de la tierra y de la maquinaria de producción y supriman el sistema del salario. [...] Las uniones gremiales fomentan un estado de cosas que permite que un grupo de trabajadores sea incitado a pelear contra otro grupo de trabajadores de la misma industria, ayudando así a derrotarse unos a otros en las guerras por los jornales. Por lo demás, las unidades gremiales prestan su concurso a la clase empleadora para descarriar a los trabajadores haciéndoles creer que la clase obrera tiene intereses en común con sus patronos.

"Las divisiones de oficio impiden el desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores, engendran la idea de una armonía de intereses entre el explotador patronal y el esclavo asalariado [...]. Los males económicos universales que afligen a la clase obrera pueden ser extirpados solamente por un movimiento obrero universal. Tal movimiento de la clase obrera será imposible mientras convenios separados de oficios y de salarios favorezcan al patrón contra otros oficios de la misma industria y mientras las energías se malgasten en estériles luchas de jurisdicción que sólo sirven para aumentar el poder personal de los dirigentes de los sindicatos. Un movimiento que reúna esas condiciones debe consistir en un solo gran sindicato industrial que abarque toda la industria [...]. Debe estar basado en la lucha de clases y su administración general debe estar presidida por el reconocimiento del conflicto irreprimible que opone la clase capitalista a la clase obrera.

"Una única y grande unión serviría no sólo para la lucha cotidiana contra los capitalistas, sino también para llevar adelante la producción cuando se haya derrocado el capitalismo. Organizándonos industrialmente formaremos la estructura de la nueva sociedad dentro de la caparazón de la vieja [...]. En vez del lema conservador 'un jornal justo por una jornada de trabajo justa', debemos inscribir en nuestra bandera la divisa 'Abolición del sistema de jornales'.

"Es misión histórica de la clase trabajadora poner fin al capitalismo."

En medio del entusiasmo y las mutuas congratulaciones la asamblea proclamó el nacimien-



Woodrow Wilson se refiere en un discurso a los jefes de la industria norteamericana: "Los hombres que gobiernan la máquina la utilizan con libertad de acción. Son pocos y formidables los que ejercen el poder, mientras el conjunto de los demás hombres son tan solo peones en el juego."

to de los I.W.W. con un número de miembros declarado de cincuenta y dos mil. Al separarse les animaba la esperanza de que la nueva organización "aplastaría a todos los farsantes y traidores laborales" afincados en la AFL y que la suya sería la fuerza unificadora de los oprimidos, organizados y no organizados. Odiaban a la AFL sólo algo menos de lo que odiaban al capital —apunta Huberman— y rebajaron a un mínimo las cuotas de su organización a los efectos de que todos los obreros, especializados o no, pudieran unirse.
La influencia de los I.W.W. fue mucho mayor de lo que induciría a creer el número de sus afiliados, que rara vez superó los setenta y cinco mil, pero durante su actuación fogosa hasta los primeros años de la década del 20 su influencia se hizo sentir sobre centenares de miles de otros trabajadores, y en determinados momentos llegaron a ser mundialmente famosos.

El juicio contra Moyer, Haywood y Pettibone

La primera ocasión en que esto sucedió se produjo a raíz del asesinato por bomba del ex gobernador de Idaho, Frank Steunenberg, que había sido elegido con el voto de los mineros, pero que a pesar de ella reprimió con la milicia estatal la huelga que éstos hicieron en Coeur d'Alene. Esto ocurrió el 30 de diciembre de 1905, y a las pocas horas se anunciaba una recompensa de 15.000 dólares para quien capturara a los asesinos, anzuelo que atrajo a la Agencia de Detectives Pinkerton, uno de cuyos gerentes, James McParlan, el mismo que "liquidara" a los "Molly Maguires" tres décadas antes, viajó a Idaho. Fue de maravilla que no mucho después obtuviera la confesión de un hombre llamado Henry Orchard, que ocasionalmente había sido guardaespaldas de Moyer, el presidente de la Western Federation

Una exaltación de la pobreza

Hay muchas cosas en el mundo que tenemos y de las que no necesitamos temer. Muchas veces miramos como un enemigo lo que en realidad es un amigo. Y cuántas veces pensamos que algo es feo, siendo en realidad hermoso.
Pervertidos como somos por naturaleza, cuan mal recibida en las puertas de la vida es la presencia de la pobreza. Al igual que el dolor y las enfermedades, tememos el ser pobres. Y, sin embargo, la pobreza no es una maldición sino una bendición.
¿Habéis alguna vez meditado sobre la dulce dignidad y la belleza con la cual llevaba su pobreza San Francisco de Asís? "Mi Señora Pobreza", la llamaba, dándole a su hambre y a sus harapos una personalidad y alojando esa personalidad en su corazón.
Y ricamente recompensó su Señora Pobreza a Francisco por su devoción y su amor. Expulsó la hez de su naturaleza, hizo que su vida fuera inenarrablemente dulce y gozosa, hizo que el mundo lo quisiera para siempre y lo inmortalizó como muy pocos han sido inmortalizados [...]
Deben ustedes haber pensado a menudo también en el viejo ciego Homero, que pidió limosnas de puerta en puerta en los viejos tiempos de Grecia. Era el maestro cantor. Era el más grande entre todos los poetas que hayan cantado antes o después de él. Ni Safo ni Shakespeare ni Tasso ni Longfellow ni ningún otro de esa pléyade laureada podría compararse al viejo ciego Homero mendigando de puerta en puerta.
Y bien, si la Señora Pobreza no hubiera reclamado como amor suyo a Homero, si hubiera sido rico, con un palacio en que vivir y sirvientes que lo atendieran, no habría habido ni una Odisea ni una Ilíada.
Fue la Señora Pobreza la que indujo a Schiller hacia su buhardilla y el mendrugo que en ella había; fue ella quien introdujo los dedos entre los cabellos de Goldsmith, cuando éste vagabundeaba por el Erin tocando su flauta a cambio de monedas.
De modo que, si algún día alguno despierta y encuentra de pie junto a su puerta a la Señora Pobreza, que no piense que la suerte le ha sido adversa. Que eche hacia atrás los goznes rechinantes y la deje entrar. Haced lugar a su Graciosa Presencia en la amplia habitación para los huéspedes de vuestro corazón.

(Publicado en *Los Angeles Times*. Citado por Upton Sinclair en *La ficha de bronce.*)

La I.W.W. como conchabadora de empleos en Chicago, a fines de la primera década

En la estación en que es mayor la actividad, las calles hervían de obreros emigrados, que esperaban trabajo o se disponían a ir a otra parte: leñadores, peones de cuadrilla ferroviarios, marineros de agua dulce, peones rurales Cuando había prosperidad, un millón de hombres por año como mínimo conseguían allí trabajo temporario en todas las industrias y todas las regiones del país. Pero cuando los tiempos eran duros, el lugar adquiría las características de un gueto obrero [...] nuestra sede dominaba ese barrio de bares baratos y de agencias de colocaciones improvisadas [...] el viejo salón de la calle Madison desbordaba de gente día y noche. Grandes pizarrones que colgaban de las paredes ostentaban listas de ocupaciones disponibles en todas las zonas en que se levantaban cosechas [...] las ventanas refulgían con avisos en rojo vivo y un gran emblema de los I. W. W. Todos los obreros migratorios que deambulaban por el barrio llevaban el distintivo de la organización, y ésta colocaba además cartelitos con su sigla en todos los postes de alumbrado. Los mitines al aire libre impedían la libre circulación de vehículos. Los salones no eran lo suficientemente amplios como para contener a las muchedumbres que acudían a las reuniones y diversiones de toda esa gente. ¡La revolución estaba en marcha! ¡Ahora, al fin, estábamos en condiciones de empezar a "construir la estructura de la nueva sociedad en el marco de la vieja"!

(Ralph Chaplin, *Wobbly*.)

of Miners, máximo sostén de los I.W.W.
Orchard declaró, en su confesión, que para el asesinato había sido contratado por Haywood, Moyer y un hombre de negocios amigo de los mineros, George Pettibone. Fue tan franco que sin necesidad del "tercer grado" confesó que a lo largo de los años había asesinado a otros veintiséis patrones de minas. Mientras se iniciaba el juicio semanas más tarde McParlan tenía la enorme fortuna de arrestar a otro hombre, Steve Adams, quien corroboró los dichos de Orchard. Así, pues, el 12 de febrero de 1906 un fiscal de condado de Idaho inició juicio a Moyer-Haywood-Pettibone, contra los que se expidió mandamiento de prisión. Pero como éstos residían en Colorado, el gobernador de Idaho firmó los papeles de extradición interestatal en forma secreta, un sábado por la noche, para que los acusados no pudieran recurrir a un juez local en apelación. También secretamente los arrestó e hizo transportar a las pocas horas a Idaho, al tiempo que Mc Parlan se jactaba ante un cronista del *Chicago Tribune* de que el trío "jamás saldrá con vida de Idaho".

El secuestro malicioso en nombre de la ley conmovió al país e incluso a los propios dirigentes de la AFL. En *Appeal to Reason*, Debs llamó a la lucha a todos los trabajadores:

"Hace casi veinte años los tiranos capitalistas hicieron dar muerte a hombres inocentes por haber defendido a los trabajadores. Ahora vuelven a intentar lo mismo ¡Que se atrevan a hacerlo! Desde la tragedia de Haymarket han pasado veinte años de educación revolucionaria, de agitación y organización [...] Si tratan de asesinar a Moyer, Haywood y Pettibone, sus hermanos, por lo menos un millón de revolucionarios les harán frente con las armas.

Pero la corte de condado negó el habeas corpus fundada en que los tres habían sido secuestrados, y lo mismo hizo la corte de distrito y, más tarde, la Suprema Corte, por 8 votos a 1. Ello movió a Debs a escribir: "Siendo, pues, el secuestro, una práctica legítima, todos tenemos el más perfecto derecho de dedicarnos a él. Aprovechemos esta libertad. Por cada trabajador secuestrado habrá que apoderarse de un capitalista y pedir rescate". El problema de las libertades civiles fue agitado de costa a costa de los Estados Unidos. Debs y otros I.W.W. pronunciaban centenares de discursos ante auditorios obreros mientras en todo el país se realizaban manifestaciones de adhesión a los tres presos. En Boston, cincuenta mil gremialistas desfilaron mientras cantaban: "Si mueren Moyer y Haywood,/ si mueren Moyer y Haywood,/ veinte millones de obreros/ sabrán el por qué . . ."

En Nueva York, el dirigente socialista Morris Hillquit habló ante veinte mil trabajadores en el Grand Central Palace; *Appeal to Reason* lanzaba ediciones especiales de un millón de ejemplares, con detalles del juicio, que rápidamente se agotaban, y la conciencia del crimen judicial en ciernes llevó a izquierdistas y liberales, gremialistas revolucionarios y hasta adherentes de la AFL a coincidir en la necesidad de impedirlo. Así fue que Gompers mismo habló en la convención de 1906 de la AFL para denunciar con dureza a los gobernantes de Idaho y Colorado y la sección de Obreros Mineros Unidos, de Illinois, envió una contribución, no solicitada, de cinco mil dólares para la defensa de los prisioneros. En el diario *People*, Daniel De León denunciaba que habían sido los propios capitalistas los que habían tramado la conjura, para destruir a la WFM, y que Steunenberg había sido asesinado por un socio suyo al que había estafado luego de complicarle en un fraude de tierras en Idaho. Y para subrayar su fe en Haywood el Partido socialista le nominó candidato a gobernador de Colorado, estando aún preso, lo que motivó que el presidente Roosevelt calificara a los prisioneros como "ciudadanos indeseables". La respuesta, inmediata, de los jóvenes universitarios consistió en colocarse botones en las solapas con la inscripción "Soy un ciudadano indeseable".

Finalmente, el 9 de mayo de 1907, a los quince meses de haber sido secuestrado en Denver, Haywood llegó al tribunal que lo juzgaría, asistido por el célebre abogado Clarence Darrow. Para entonces, el testigo de McParlan, Adams, había repudiado su confesión, dejando así sin corroboración a Orchard, quien, según no tardó en demostrarlo Darrow, se llamaba en realidad Horsely y tenía una larga carrera de ladrón, incendiario y bígamo. Testigos de la defensa declararon que le habían escuchado proferir amenazas contra Steunenberg porque éste lo había obligado a vender su parte en una mina en la que más tarde se halló una veta riquísima. Darrow probó además que Orchard había cometido perjurio ante otros tribunales y confesado crímenes que en verdad no había perpetrado. Por último, en su testimonio final, en el que resumió la defensa de Haywood, que duró once horas seguidas, Darrow reprendió a los que trataban de "asesinar legalmente" a los tres detenidos, entre ellos a su defendido directo, "no porque sea Haywood, sino porque representa a una clase". Y resumió: "No sean ustedes tan tontos de creer que podrán estrangular a la WFM atándole a él una soga al cuello. Si a instancias de esta canalla matan ustedes a Bill Haywood, morirá, por supuesto, es mortal; pero un millón de hombres levantarán la bandera de los trabajadores allí donde la tumba abierta de Haywood la ponga . . . Hablo en nombre del pobre, del débil, del agotado, en nombre de esa larga lista de hombres que, en las tinieblas y la desesperación, soportan las fatigas de la raza humana. Esta noche tienen sus ojos puestos en ustedes doce hombres de Idaho [...]"

Darrow concluyó su alegato a las 10 de la noche; el jurado de doce hombres, en su mayor parte agricultores pobres, deliberó toda la noche y cerca de las ocho de la mañana del 29 de julio de 1907 emitió su veredicto: "Inocente".

Niños mineros, 1903. La Corte del Estado de Delaware puntualiza en 1909: "Ningún niño menor de catorce años será empleado ni admitido en ninguna ocupación asalariada." La guerra de 1914 desmentía estas palabras. El esfuerzo bélico hizo crecer la demanda laboral y en los años 20 existían millones de niños menores de dieciséis años ocupados en las fábricas.

Poco después, Moyer y Pettibone eran también liberados, en tanto que, por ironía del destino, Orchard era condenado a cadena perpetua. Haywood salió de la cárcel convertido en un héroe nacional de los trabajadores y su causa sirvió a los I.W.W. justo en momentos en que éstos eran presa de disensiones internas.

Los I.W.W. se dividen. Los anarcosindicalistas

Mientras Haywood estaba preso las fuerzas heterogéneas que convivían dentro de los I.W.W. se dividieron, en la convención de 1906, entre "conservadores" y "radicales". Dos años más tarde, en 1908, una nueva escisión separó a Daniel de León y sus seguidores, considerados "políticos" o "doctrinarios", con sede en Detroit, Michigan, de William Haywood y su grupo de Chicago, mejor conocido como "anarcosindicalista" o "wobblies" (*wobbly*: en la traducción literal, algo que rueda o se balancea irregularmente a derecha y a izquierda, péndulo), partidarios de la acción directa.

La división de 1906 se originó en la decisión del líder "conservador" Sherman de hacer de la I.W.W. una organización estable, al estilo de la AFL, que no tuviera tanto en cuenta la "revolución". Ante los embates de De León, Trautman y Vincet St. John, ese sector ratificó por 2 a 1, en 1907, la resolución del WFM de desafiliarse de la matriz. Fue un golpe duro porque los mineros del Oeste constituían la columna vertebral del organismo; pero el resto permaneció fiel a la idea original, aunque sus diferencias se profundizaron en un cisma ideológico: los socialistas tradicionales de ala izquierda —De León— y los sindicalistas propiamente dichos, con Haywood al frente.

Según Guérin, desde 1905 y durante treinta años, "los adversarios del gompersismo se esforzaron inútilmente tratando de descubrir la mejor táctica para terminar con el sindicalismo de oficio y de negocios. ¿Había que actuar *desde adentro* o *desde afuera*? ¿O *desde adentro* y *desde afuera* al mismo tiempo?" Daniel De León había impuesto en 1905 la acción *desde afuera* porque la inmensa mayoría compartía el desprecio por la AFL, a la que consideraban no una verdadera organización obrera sino un "sistema gastado y corrompido" que "no ofrecía posibilidades de mejora y de adaptación", pues el ingreso de los obreros no calificados "estaba cerrado por barreras casi infranqueables". Para el estudioso francés, "los partidarios del sindicalismo *dualista* estaban en lo cierto cuando consideraban que la AFL no podía reformarse por sí misma y que la iniciativa debía venir desde afuera. La fundación del C.I.O. (*Congress on Industrial Organizations*), treinta años después, demostraría que la porfiada resistencia de los bonzos de los sindicatos de oficio hacía imposible el desarrollo de un sindicalismo de industria como no fuera por una escisión. Pero los I.W.W. subestimaron un poco las posibilidades de acción *desde adentro* [. . .] para tener éxito, hubiera sido necesario obtener el concurso de un número suficiente de organizaciones sindicales de masa y desprenderlas de la AFL. Esta condición indispensable no pudo cumplirse, y de ahí el fracaso final".

La escisión de 1907 separó definitivamente a los socialistas tradicionales del ala izquierda de los sindicalistas. Según Sidney Lens, en parte era cuestión de temperamentos, en parte de filosofía. Los obreros migratorios del oeste que se derramaron sobre Chicago descreían del valor de las urnas, en las que veían una trampa estéril. ¿Cómo podía ser derrocado el capitalismo mediante el voto? Su poder solo podía ser liquidado mediante la fuerza, la acción directa, el sabotaje, la huelga general; el voto sólo distraía valiosas energías que podían ser empleadas mejor en combatir a los esquiroles o en favor de la libertad de pala-



Arriba: reunión de dirigentes gremiales durante la huelga de estibadores neoyorquinos, 1916. En la foto inferior: trabajadores del acero en Buffalo.

Los I.W.W. derrotan a la Pressed Steel Car

A principios de 1909 la administración instauró un nuevo método de pago. Bajo el sistema del *pool* los hombres con ocupaciones específicas, por ejemplo los remachadores o encargados de cargar los hornos, se agrupaban en cuadrillas y se los compensaba sobre la base de la producción total del grupo más bien que por el esfuerzo individual. Se asignaba al capataz la paga de toda la cuadrilla. Él la distribuía según su parecer, recompensando a los favoritos dispuestos a acelerar el trabajo, castigando a otros. Para forrar su bolsillo, extraía grandes sumas a los que solicitaban empleo y a menudo despedía a los obreros con el único objeto de contratar a otros. Después de unos meses de este intolerable estado de cosas, cuarenta remachadores avisaron a la compañía que no trabajarían a menos que se les dijera específicamente cuál era la tasa de pago que les correspondía. Se despidió a la mitad de ellos, los otros volvieron a trabajar. No obstante, el resentimiento no se aplacó. Otros departamentos se unieron a la protesta al negarse la compañía a concederles una entrevista, y la planta no tardó en quedar paralizada. Surgieron dos comisiones, los "Big Six" (Seis Grandes), encargados de manejar la huelga, y otra, integrado por activistas radicales con actuación previa en Europa, destinada a manejar "otros asuntos", a la que se llamó "Comisión Desconocida". Sesenta de los "desconocidos' invadieron la planta en determinado momento y echaron afuera a 350 obreros que aún trabajaban.
En cuanto estalló la huelga el 14 de julio, y fieles a la tradición de la época, cien delegados por el *sheriff* y doscientos por la milicia estatal –llamados "cosacos" por los obreros– rodearon la planta y atacaron a los piquetes. Las autoridades emplearon rifles; los obreros, piedras y petardos. Hasta fin de mes, a medida que una batalla seguía a otra, resultaron heridos setenta y seis huelguistas. Uno murió. La "Comisión Desconocida" escribió al comandante "cosaco" una carta en la que le decía que "por cada vida de huelguista que ustedes nieguen, será segada una vida de soldado". Entre tanto, el secretario Trautmann, de los I.W.W., fue llamado para que hablase a los obreros y los *wobblies* se hicieran cargo de las cosas. Los resueltos radicales se armaron para un ajuste de cuentas final.
El 23 de agosto subió a un tranvía un grupo de huelguistas y entró a la zona de la huelga en busca de esquiroles. Un delegado del *sheriff* que estaba en el tranvía se negó a descender y fue muerto al disparar su arma sobre los hombres. Se llamó a las tropas y, en el encuentro que siguió, se perdieron once vidas, una en un bando y el resto en el otro. Los "cosacos" se vengaron atando a algunos de los huelguistas a sus caballos y arrastrándolos por las calles. Pero las filas se habían mantenido demasiado sólidamente cerradas para que la compañía resistiese más. La opinión pública estaba terminantemente en contra de ella a medida que se hacían conocer los hechos. Los obreros del transporte se negaban a trasladar a los rompehuelgas y no pocos de estos últimos, aterrorizados por los acontecimientos, desertaban. La administración aceptó dejar sin efecto el sistema del *pool,* se mejoraron las reglas del taller y se concedió un 15 por ciento de aumento en los salarios. De modo significativo, no se intentó procesar a nadie por asesinato. Se sentenció a seis *wobblies* a 60 días de cárcel, pero eso fue todo. Fue una victoria de enormes proporciones...

(Sidney Lens, *Radicalism in America*, New York, Crowell, 1966.)

bra. Así, los sindicalistas del estilo de Haywood, que al mismo tiempo eran miembros del Partido Socialista, creían, como los anarquistas de Chicago dos décadas antes, en la doctrina marxista de la lucha de clases y sustentaban buena parte de su ideología. Y entre los I.W.W. limitarían su acción al frente económico, al punto de la producción. Seguían en esto la vía filosófica de intelectuales europeos como Georges Sorel, Gustave Hervé, Edouard Berth y otros. El *wobbly* común probablemente supiera poco de *El mito social* de Sorel, pero sus experiencias con la política habían sido tan negativas que instintivamente viraba hacia la acción directa y contra toda actuación electoralista.

En cambio, De León y otros socialistas radicales entendían que la filosofía del anarcosindicalismo era una yerma ingenuidad. Pese a su posición revolucionaria, De León deseaba combatir al enemigo sobre "un plano civilizado". A instancias suyas, el preámbulo original de la constitución de los I.W.W. contenía una cláusula sobre la necesidad de que los trabajadores "se uniesen en el campo político así como en el industrial" (laboral). Pero los sindicalistas que se le oponían rescindieron la doctrina y en la convención de 1908 se produjo la división definitiva: De León formó un grupo propio, que sobrevivió con desmayada suerte a lo largo de los siguientes diecisiete años, y no pudo retener a Haywood, quien se volcó hacia los *wobblies*, ni a Debs, quien, desilusionado por la división que, una vez más, dispersaba fuerzas que él deseaba unificadas, y aunque no estaba de acuerdo con los sindicalistas, no quiso mezclarse en las luchas internas de la I.W.W. Simplemente dejó de pagar sus cuotas de afiliado, sin alharaca alguna, permitiendo que su condición de miembro caducara.

Contrariamente a lo que esperaba la AFL y a los pronósticos pesimistas de los alejados voluntariamente, los *wobblies* florecieron rápidamente y llenaron páginas brillantes de la lucha sindical estadounidense. Se dedicaron a exigencias inmediatas, intervenían en las luchas callejeras o de fábricas contra los policías y esquiroles e iban alegremente a las cárceles para conquistar el derecho al *free speech* (libertad de palabra). Ni siquiera querían "maniobrar" infiltrándose en la AFL para coparla desde dentro; su lucha era franca y abierta y preferían pasar por románticos incurables antes que por cultores de "deliberado engaño". Celosos combatientes cuya voluntad de ir presos o morir por su causa tenía un efecto hipnotizador sobre cientos de miles de trabajadores, solo lograban, empero, esa cálida simpatía y fraternidad implícita de los oprimidos, pero no conquistaban militantes y adeptos con su misma decisión y en número apreciable.

Esto pudo comprobarse a raíz de la exitosa huelga de la industria textil de Lawrence, Massachusets, en la que el líder Vincet St. John creyó ver el "comienzo que solo terminará con la caída del sistema del salariado": la victoria sobre la patronal había beneficiado a 25.000 obreros locales de la American Woolen Company, y, de rebote, a 250.000 obreros más de la industria textil del resto del país, que vieron acrecentados sus salarios. Sin embargo, al año siguiente, 1913, la I.W.W. solo había reclutado como miembros cotizantes efectivos a no más de 700 en Lawrence. La solidaridad era obtenida para la lucha inmediata y por objetivos concretos, logrados los cuales se esfumaba por falta de concientización, mero desinterés o abulia.

Los dirigentes y militantes de los I.W.W. eran, sin embargo, muy activos, diestros y abnegados y ponían su alma y su vida a disposición de los obreros no calificados, de los recién llegados al país, de los más desamparados trabajadores del país. Treinta años antes de que la C.I.O. hiciera célebres sus *stay-in* (quedarse dentro de las fábricas, sin trabajar) o huelgas de brazos caídos, los *wobblies* inauguraban (1906-1907) con buen éxito ese sistema de lucha, derrotando a la General Electric en Schenectady, Nueva York, no obstante la habitual traición de la dirección gompersista.

La lucha por la libertad de palabra

Hablar de la lucha en favor de la libertad de palabra (*free speech figths*) parece hoy incomprensible para quienes Estados Unidos es presentado como el paraíso de las libertades. Los obreros agrícolas temporarios y los leñadores del Oeste, englobados bajo la denominación de *hoboes*, aprendieron que, al menos para ellos, *esa* libertad estaba consustanciada con la necesidad elemental de ganarse el pan. Como su único lugar de concentración, siquiera transitorio, eran las zonas aledañas a las oficinas de contratación de obreros, en las grandes ciudades o nudos ferroviarios o de caminos, como Chicago, los agitadores I.W.W. escogían ese ámbito para, subidos a una improvisada tarima, dirigirles la palabra en inglés o en los idiomas predominantes entre los buscadores de empleos, para alertarlos sobre las condiciones de trabajo y de salario y para incitarlos a la agremiación. La policía y las patronales se encargaban a continuación de aprehenderlos, a garrotazos, con el argumento de que incitaban a la violencia y la subversión. De ahí que el derecho —consagrado en la Constitución norteamericana— a la libertad de palabra debió ser reivindicado con la misma fuerza que el de la libertad de reunión, igualmente restringido o anulado. El entrenamiento fue tan arduo como duro, pero como todo orador era inmediatamente reemplazado por un compañero que a su vez era arrestado, pronto las cárceles se vieron llenas de este nuevo tipo de "delincuentes" que no llevaban armas, no asaltaban a nadie, no ponían bombas ni escribían inflamados panfletos. Y que sim-

Los I.W.W. y su free speech fight (lucha por la libertad de palabra)

En el Oeste, donde el trabajo temporario en la construcción, la industria de la madera y la cosecha constituía una forma de vida, los *wobblies* se vieron mezclados en otro tipo de batalla —la lucha por la libertad de palabra— que habría de convertirse en una marca de fábrica especial.

Se inició en una campaña que tuvo lugar en Spokane, Washington, contra treinta extorsionadores que tenían la costumbre de extraer su último dólar a los obreros sin trabajo. Vendían empleos que no existían u otros que, por arreglo previo, no duraban más que un corto tiempo. Cuantos más rápidos se producían, más hombres nuevos podían ubicarse, y más honorarios cobraban las agencias empleadoras. Fue tan intensa la reacción contra éstas que en enero de 1909 una multitud de entre dos a tres mil hombres arrojó piedras y trozos de hielo por las ventanas de la Red Cross Employment Agency.

James H. Walsh, organizador de los I.W.W., comenzó a realizar mitines callejeros para llamar la atención sobre esta iniquidad e instó a los desocupados a no hacer el juego a los extorsionadores, quienes respondieron haciendo que el Ayuntamiento aprobase una ordenanza municipal contra reuniones públicas callejeras. Así siguieron las cosas unos meses, a lo largo del verano. A pesar de que los *wobblies* creían en la acción directa y no rehuían la violencia en casos de autodefensa, Walsh advirtió a sus adeptos que "nada se puede ganar recurriendo a los métodos del populacho". Pero cuando llegó setiembre y el municipio eximió al Ejército de Salvación de la ordenanza sobre los mitines en las calles, los *wobblies* decidieron poner a prueba la ley. En ese mes y en octubre realizaron unos cuantos mitines; los oradores fueron arrestados, aunque liberados en cada caso. Por último, a fines de octubre y en noviembre empezó la verdadera pelea. En el *Industrial Worker* apareció este titular: "Búscanse hombres para llenar las cárceles de Spokane". Lo que siguió fue una mecla de comedia y tragedia. Cuando un orador I.W.W. era arrancado de su tribuna y arrestado, otro tomaba su lugar. Nada más que el primer día encarcelaron a 103, que fueron golpeados por la policía. En el término de un mes había encerrados 500, que vivían a pan y agua y se negaban a aceptar la fianza para salir en libertad, mientras cantaban sus vigorosas canciones. Elizabeth Gurley Flynn, que entonces sólo tenía 19 años, se ató con una cadena a un poste de farol y siguió con sus discursos hasta que cortaron los eslabones. Sucesivamente, ocho directores del *Industrial Worker* abandonaron el diario y se dirigieron a las tribunas y a la cárcel. Las prisiones no alcanzaban ya para acomodar a los detenidos; tuvieron que ponerlos en la escuela y en el Fuerte Wright, por gentileza del Departamento de Guerra.

Todo venía a medida para titularse en los diarios de todo el país, en particular acusaciones tan espeluznantes como la de la señorita Flynn, de que las celdas se usaban como prostíbulo y la policía solicitaba los clientes. Cuando, además de esto, Vicent St John anunció que el 1º de marzo de 1910 se realizaría un nuevo mitin en favor de la libertad de palabra, las autoridades se rindieron. El 3 de marzo volvieron las libertades civiles a Spokane, los presos fueron liberados y se revocó la licencia de diecinueve de las agencias de empleo más inescrupulosas.

La batalla de Spokane fue seguida casi de inmediato por otra en Fresno, California, donde Frank Little trataba de organizar a los recolectores de fruta. En el valle de San Joaquín, inmensamente rico, la policía arrestó a pedido de los cultivadores a cien *wobblies* a medida que iban hablando en mitines. De inmediato, un par de miles de *blanket stiffs* —obreros que viajaban de empleo a empleo llevando enrolladas sus propias frazadas— se embarcaron desde Portland, Seattle, y desde Denver llegaron al escenario de la disputa. Frente a la necesidad de elegir entre encontrar nuevo espacio donde poner a los presos, puesto que la cárcel estaba ya llena, o de ceder, las autoridades eligieron esto último.

(Sidney Lens, *Radicalism in America*, New York, Crowell, 1966.)

plemente podían, por ejemplo, ponerse a recitar artículos de la Constitución Nacional que, por supuesto, a la policía les sonaban a revolución o incitación a la rebelión. Un estimulante ejercicio, en suma.

Hubo una huelga típica que, en 1909, puso otra vez a los I.W.W. en boca de los trabajadores de todo el país. Ocurrió en la planta metalúrgica Pressed Steel Car, de McKees Rocks, Pennsylvania, entre cuyos ocho mil obreros había catorce grupos diferentes de extranjeros que hablaban sus idiomas nativos. La barrera del idioma era una de las causas lógicas de su explotación porque impedía su unificación en organizaciones gremiales y no disponían de otros elementos de defensa contra los abusos patronales. La huelga que a mediados de 1909 estalló como protesta contra el abusivo sistema del *pool* (ver recuadro), terminó luego de una sangrienta lucha con una victoria de enormes proporciones que repercutió en otras empresas-monstruos del acero, como la Inland Steel, Republic Steel y Standard Steel Car.

Los I.W.W. organizaron a los leñadores de Louisiana, Texas y Arkansas, que no eran inmigrantes sino norteamericanos de varias generaciones. Mas la naturaleza de su labor y lo disperso de sus centros de labor hizo que finalmente su lucha fuese aplastada. Su inventiva en este caso no sirvió a los I.W.W. Sí, en cambio, se destacó por su imaginación la lucha de los obreros de la construcción contra dos ferrocarriles, en 1912. Los *wobblies* levantaron una "línea de piquetes de mil millas", desde San Francisco hasta Minneapolis, impidiendo que se embarcasen esquiroles en reemplazo de los huelguistas. Militantes de los I.W.W. trepaban a los trenes que se dirigían a los sitios de huelga e inducían a los rompehuelgas potenciales a abondonar su propósito. Como uno de los métodos de la patronal era vigilar si los contratados llevaban sus valijas —señal de que se iban— los esquiroles arrepentidos optaban por dejar sus valijas llenas de

ladrillos y diarios, mientras sus empleadores esperaban por un regreso que ya no se produciría.

Las acciones de los I.W.W. Socialistas y liberales



Sin embargo, la más famosa actuación de los I.W.W. antes de que estallara la Primera Guerra Mundial fue la que les cupo en 1912 contra la ciudadela de la industria textil, la ciudad de Lawrence, y su principal empleadora, la American Woolen. El salario promedio era de 16 centavos la hora; de doce a quince mil obreros de los menos experimentados ganaban solo de 9 y medio a doce centavos la hora, o sea menos de 7 dólares por una semana de 56 horas de trabajo. Como de costumbre, la AFL concentraba su atención en la llamada "aristocracia del trabajo", o sea los obreros especializados, desentendiéndose del resto, en su mayoría inmigrantes de veinte nacionalidades distintas, aunque en su mayor parte italianos.

Lo increíble ocurrió el 1º de enero de 1912, cuando unos 25.000 obreros de la American Woolen fueron notificados de que la semana de trabajo se iba a reducir a 54 horas. Esta reducción de dos horas significaba en la práctica que los obreros ganarían 32 centavos menos, suma con la que podían comprarse de ocho a diez hogazas de pan. En cuanto repararon en el significado de esta reducción, que aparentemente debería haberles alegrado, hubo una sensación de ira que fue condensada por la exclamación, hasta entonces jamás oída allí: "¡Huelga! ¡Al diablo con todo! ¡Huelga!" Y así, antes de que nadie supiera cómo ni qué estaba ocurriendo, los obreros abandonaban las máquinas y arrastraban a otros a hacer lo mismo. A los tres días todo Lawrence estaba paralizado y alguien telegrafiaba a Joseph Ettor, el joven y elocuente líder de los I.W.W. y uno de sus más brillantes tácticos.

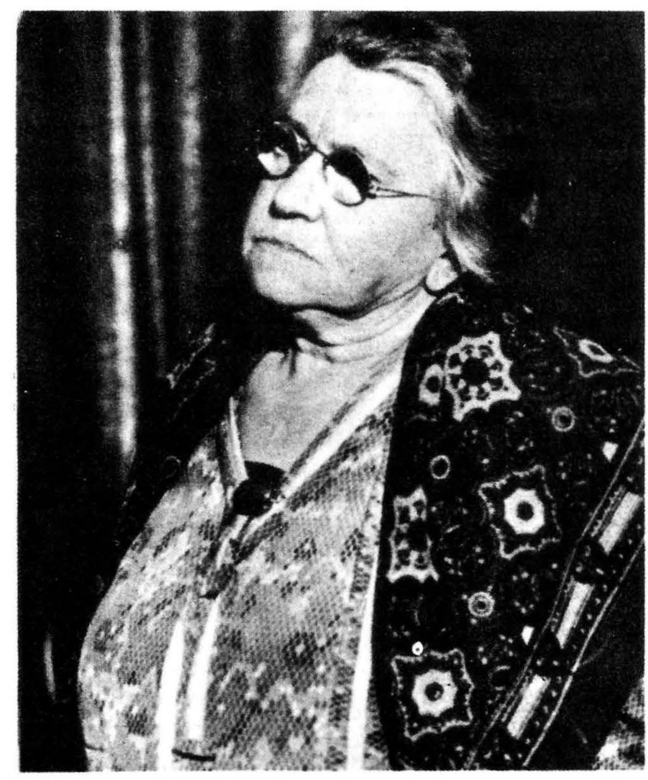
Ettor recomendó a los obreros: "Hagan que esta huelga sea todo lo pacífica posible, porque, en último caso, toda la sangre que se derrame será la de ustedes". A él se unió Arturo Giovannitti poeta director de la publicación socialista *Il proletario*, para quien el capitalismo "es igual aquí que en el Viejo Mundo". Al principio el conflicto siguió las características habituales de policías, soldados, arrestos, esquiroles. Después el 14 de enero, el comisionado de seguridad proclamó: "No habrá más juegos con estos huelguistas desaforados [...] Los soldados tirarán a matar". Se destinaron 1.400 soldados para patrullar las calles y la policía no tardó en cargar contra los obreros con bayoneta calada. El 20 de enero, la policía "descubría" en tres lugares distintos cargas de dinamita, por las que se acusó a siete obreros, en tanto los I.W.W. denunciaban que todo estaba fraguado. Así se comprobaba no mucho después, cuando un comerciante local, John C. Breen, confesó que él había colocado los explosivos por pedido de la American Woolen.

Después, una "comisión de ciudadanos honorables" denunciaba al paro como "anarquía pura" y John Golden, líder de la unión textil de la AFL lo calificaba como "revolución", contra la que naturalmente recomendaba *proceder*, pese al hecho de que no menos de un millar de afiliados a esa unión se habían adherido a la huelga. Ettor y Giovannitti formaron una comisión de socorro, que recaudó de socialistas y uniones simpatizantes unos 75.000 dólares, suma con la que se instalaron ollas populares, una para cada grupo de nacionalidad de huelguistas y sus familias.

El 29 de enero, cuando ya la huelga alcanzaba su tercera semana, Ettor encabezó una gran manifestación que, de acuerdo con sus instrucciones, fue totalmente pacífica. Pero horas después de finalizada y cuando ya todos se habían dispersado, sona-

En la foto superior: los barrios bajos de Nueva York. Miseria y hacinamiento. Abajo: tras muchos años de política combativa, la AFL fue cayendo gradualmente en un amable colaboracionismo con el "establishment." El viejo líder Gompers y Emma Goldmann, entre otros, encabezaron las posiciones gremiales conformistas.





ron tiros y apareció muerta una tejedora italiana.

Como si ésa fuese la señal esperada, se decretó la ley marcial en Lawrence y se arrestó a Ettor y a Giovannitti como cómplices del asesinato, en la creencia de que presos los líderes, la huelga se liquidaría. Pero no pasaron muchos días sin que tomara su lugar Bill Haywood, secundado por Trautmann y la ya definitivamente famosa Elizabeth Gurley Flynn.

La lucha se tornó a partir de ese momento en un problema de resistencia pasiva, para la cual era vital la contribución monetaria de las uniones y sindicatos. Esas contribuciones comenzaron a escasear con los días y el espectro del hambre, siempre presente entre tantos trabajadores expoliados, se hizo más agudo porque ahora sus principales víctimas eran los niños. Entonces el grupo Haywood ideó el plan de enviar a los chicos fuera de Lawrence, para que los "adoptasen" provisionalmente obreros de otras ciudades, en mejor situación económica. El plan, que se inició el 10 de febrero con el envío por tren a Nueva York de 119 niños, solucionó el desafío y dramatizó públicamente la huelga para todo el país. Los niños fueron recibidos por una multitud de cinco mil personas, examinados por médicos y llevados a los "nuevos" hogares. Una semana más tarde la segunda partida de 92 niños desfiló en silencio por la Quinta Avenida de Nueva York. Las mujeres atronaban con piquetes y cartas a los diarios y congresistas hasta que finalmente éstos solicitaron la constitución de una comisión investigadora de las condiciones de vida en Lawrence, por medio del socialista Víctor Berger.

La patronal sintió el peligro y pretendió frenar la salida de los chicos. La tercera partida, que debía salir hacia Filadelfia, fue impedida en la propia estación ferroviaria por la policía, que a bastonazos contra mujeres y niños y en medio de los gritos de terror de las víctimas dispersó al grupo. La salvajada tuvo el efecto contrario al deseado. Hubo un generalizado clamor en todo el país que pedía "se hiciera algo en Lawrence", y no precisamente en favor de la American Woolen. En el Congreso, una delegación de dieciséis niños-obreros, de menos de 16 años de edad, describió ante la comisión investigadora las condiciones de vida y de trabajo imperantes en la industria textil. Uno de esos niños no trepidó en llamar mentiroso a Samuel Gompers en su propia cara. Gompers, claro está, había ido a declarar contra la huelga, como antes la AFL permaneció en silencio frente a la represión patronal y policial.

La actividad legislativa en Washington alarmó a la empresa, la que debió finalmente ceder: el 12 de marzo acordaba un aumento de 2 centavos la hora para los obreros de menor remuneración y de 1 centavo para los que percibían de 12 a 20 la hora, más un cuarto de dólar por el tiempo extra. La propuesta fue aprobada y al día siguiente, 13, se daba por finalizada la huelga. Una semana después, los I.W.W. habían afiliado en Lawrence a 14.000 obreros. A los pocos días, llevaban a huelgas victoriosas a 15.000 obreros en Bedford y a 18.000 en Lowell, al tiempo que desarrollaban una lucha paralela para obtener la libertad de Ettor y Giovannitti, presos aún el 30 de setiembre, fecha en que se inició el juicio, precedida de una huelga de protesta por 24 horas de 15.000 obreros. El lema era: "Abran las puertas de la cárcel o cerraremos las de las fábricas". Una comisión de defensa recaudó 60.000 dólares entre izquierdistas y liberales; el juicio duró 58 días y a su término el jurado proclamó "inocentes" a los dos líderes de los I.W.W. Giovannitti se comprometió: "Volveremos a realizar nuestros humildes esfuerzos, oscuros, desconocidos, mal comprendidos soldados de este ejército poderoso de la clase trabajadora del mundo que, saliendo de las sombras y tinieblas del pasado, pugna hacia la meta que aspira, la emancipación de la especie humana, el establecimiento del amor, la hermandad y la justicia para cada hombre y cada mujer de esta tierra".

Antes de que terminara el "idílico período" previo al ingreso de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial —abril de 1917— se producirían sonados episodios en el país, uno de los cuales, la "Masacre de Ludlow" (once niños, siete mujeres y cuatro hombres murieron por acción de las milicias estatales el 20 de abril de 1913, en las minas de la Colorado Fuel & Iron Company, propiedad de los Rockefeller, en uno de los tantos *incidentes* trágicos producidos a raíz de la huelga minera iniciada en setiembre de 1913, que se extendió por todo el Estado de Colorado y provocó un total de treinta muertos y centenas de heridos), pondría una nota más de horror en la larga serie de luchas sociales en que estaba enfrascada la clase trabajadora.

Hubo aspectos colaterales de esa lucha que igualmente conmovieron a la opinión pública y demandaron la acción obrera. Uno de ellos fue la destrucción, por dinamita, del edificio de uno de los diarios más antiobreros del país, el *Los Angeles Times*, en 1910, por obra de los hermanos McNamara, miembros de la AFL californiana, que no vacilaron en admitir su autoría. Otro fue el proceso al militante obrero y poeta laureado, Joe Hill (en verdad Hillstrom), emigrante sueco, trovador de los I.W.W., a quien se arrestó en 1914 a continuación de una huelga de obreros de la construcción en Utah, acusado del asesinato de un almacenero, ex policía. Fue ejecutado en noviembre de 1915 pese al pedido de conmutación de pena hecho por el presidente W. Wilson, el gobierno sueco, la AFL y miles de organizaciones. La muerte de Joe Hill en el patíbulo quedó como símbolo de las luchas obreras. Sus últimos palabras fueron: "¡No me lloren! ¡Organícense!" mientras las acompañaba el canto de la melodía de Alfred Hayes-Earl Robinson, que Joan Baez volvió a poner en circulación en años recientes: "Soñé que veía a Joe Hill / Tan vivo como tú y

yo. / Dije: 'Pero, Joe, hace diez años que has muerto'. 'Jamás morí' —dice él. / 'Joe Hill no está muerto', me dice. / 'Joe Hill no murió jamás. / Allí donde los obreros están en huelga / Joe Hill marcha a su lado!"

El tercer episodio fue el protagonizado por dos dirigentes obreros californianos, Thomas J. Moonel y Warren Billings, falsamente acusados de otro episodio terrorista registrado el 22 de julio de 1916: el estallido de una bomba durante un desfile militar en San Francisco, de cuyas resultas ocho personas resultaron muertas y cuarenta heridas. Se urdió un proceso tendiente a ligar a ambos con los anarquistas y sindicalistas, alternada o simultáneamente, apoyado en testimonios falsos o producto de la interesada histeria oficial. Como lo recuerda Drinnon, el caso Mooney-Billings adquirió dimensiones de escándalo internacional cuando el primero de ellos fue condenado a muerte el 7 de febrero de 1917.

La actuación de las organizaciones obreras logró diferir durante años el cumplimiento de tal veredicto, y cuando en Rusia fue derrocado el régimen zarista una de las primeras manifestaciones que desfiló frente a la embajada de Estados Unidos en la entonces Petrogrado coreaba el nombre de Mooney. El embajador David Francis, testigo de esas y otras manifestaciones, urgió a Wilson una intervención en el caso. El presidente logró, al menos, que a fines de 1918 el gobernador Stephens conmutara la pena de muerte por la de prisión perpetua. Sólo a fines de la década del 30 el presidente Roosevelt daría libertad definitiva al inocente.

Socialistas y liberales

Desde otro sector, socialistas y liberales confluían en acción pareja en la lucha política, con un propósito, jamás logrado, de disputar a los partidos tradicionales el voto mayoritario del país. En 1910 quince sindicalistas, entre los cuales uno era socialista, fueron elegidos para el Congreso en Milwaukee; y en 1912, en las elecciones presidenciales, en las que triunfó el demócrata Wilson contra el republicano ortodoxo Taft, Eugene V. Debs cosechó 900.000 votos de los trabajadores y la clase media progresista, lo que señalaba una diferencia, aunque no decisiva, respecto de la cifra de 95.000 en 1900 o de 400.000 en 1904, por él obtenidas. En la siguiente elección a la que se presentó, estando preso por su lucha antibélica, el Partido Socialista obtuvo por su nombre 917.799 votos. El preso número 9.653 tenía entonces 65 años de edad y hasta el más grande cazador de brujas del país, el fiscal general A. Mitchell Palmer, pidió al presidente Wilson que fuese dejado en libertad. Al margen de la petición, el Presidente escribió una sola palabra: "denegado". Tocóle a su sucesor, el republicano Warren G. Harding, poner libre a Debs.

En el campo gremial propiamente dicho, en 1910 un joven inmigrante, Sidney Hillman, condujo en Chicago una dramática huelga contra la empresa Hart Schaffner & Marx, que sentó las bases de una unión independiente, de ala izquierda, "The Amalgamated Clothing Workers" (Trabajadores Unidos del Vestido), probando en la práctica que podía vencerse incluso actuando contra la voluntad de la vieja burocracia sindical. Simultáneamente, en Nueva York, la International Ladie's Garment Workers (Trabajadores de Ropa de Señora), dominada por los socialistas, obligaba a un "protocolo de paz" a los bonos sindicales, luego de una huelga igualmente triunfante. Ya hemos mencionado la huelga triunfante de los textiles en Lowell, Massachusetts, luego de dos meses de paro, en 1912, el mismo año en que dentro de la propia AFL el zar Gompers siente tambalear su poder frente a un tercio de los votos internos logrados por el socialista Max Hayes; también ese año retorna al país, luego de un viaje por Europa que dejará en él una profunda huella, el dirigente *wobblie* William Z. Foster, partidario de la línea sindical dualista, que años más tarde se incorporará al novel Partido Comunista norteamericano, secuela de la triunfante Revolución Rusa en 1917.

En 1913 fracasan los I.W.W. en la huelga de seis meses de los textiles de Paterson, New Jersey, y hay "empate" en sendas huelgas de los *wobblies* en Akron (caucho) y en el rubro de ropas para hombre en Nueva York. En 1914 la AFL anota a su favor —influencia de Gompers ante el presidente Wilson— la ley antitrust Clayton, que exceptúa formalmente a los sindicatos de la aplicación de la ley anterior, Sherman, que capciosamente utilizaban los jueces contra los sindicatos; es dinamitado el sindicato de mineros en Butte, Montana, y bajo la dirección de Hillman se crea la "Amalgamated Clothing Workers of America".

En 1915 se obtiene otro importante triunfo legislativo, *La Follette Seamen's Act*, que modifica en favor del importante gremio de marineros las disposiciones laborales. El año siguiente los mineros de la antracita logran la representación total de todos los obreros, los *wobblies* emprenden una vasta campaña de organización de los obreros agrícolas, y Gompers acentúa su acercamiento al Gobierno aceptando formar parte del Consejo de Defensa Nacional, el organismo creado en previsión del ingreso del país en la guerra, una cercanía que se consolidará definitivamente en 1917, cuando el consejo ejecutivo de la organización proclama su "incondicional apoyo" al presidente Wilson.

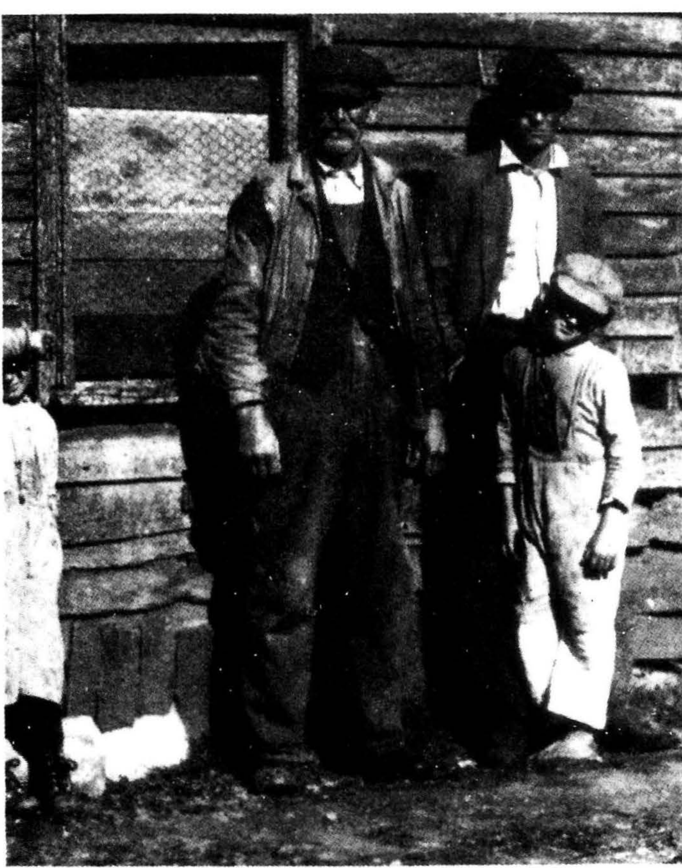
La defensa del neutralismo

Esto produjo no pocos traumas y divisiones dentro del movimiento obrero norteamericano. Gompers refiere en su autobiografía que "ya no era pacifista" en julio de 1914, pero que en enero de 1916, luego de la reunión anual de la American Civic Federation, decidió estudiar "distintos aspectos del problema de la preparación nacional" para la guerra y pronunció su primer discurso "sobre la preparación del público", advirtiéndole sobre la necesidad de "la defensa de las instituciones democráticas". Como en el resto de la clase trabajadora, especialmente entre los inmigrantes europeos, prevalecía por entonces la idea de la neutralidad —que por otra parte se apoyaba en el "aislacionismo" tradicional de vastos sectores influyentes del país— Gompers se dio a la tarea de revertir ese sentimiento en cuanto concerniera a la AFL, al entender que "la propaganda para mantener la neutralidad era una propaganda en favor de la autocracia". Según él, la propaganda alemana había hecho estragos entre los I.W.W., especialmente entre los estibadores del puerto de Nueva York, siendo su primera expresión una campaña "en favor del sabotaje", huelgas para impedir los embarques de pertrechos de guerra a Francia o Inglaterra: "incendios misteriosos comenzaron a declararse en barcos que acababan de salir del puerto, hubo *accidentes* en fábricas de municiones y en las industrias que fabricaban artículos básicos para la producción de armamentos y alimentos. Poco a poco esta propaganda se hizo más descarada y el tema de la neutralidad fue incluido en ella. Los propagandistas alemanes trataban de demostrar que el vender armamentos a cualquiera de los contendientes, era una violación de la neutralidad. Yo sostenía que los obreros norteamericanos no tenían por qué preocuparse del destino de los productos que fabricaban y que sólo debía interesarles la producción por la que se les pagaba".
De ahí a considerar que el movimiento obrero, permanentemente pacifista e impregnado de ideas antimilitaristas, estaba sobornado por los alemanes no había más que un paso, y Gompers no trepidó en darlo, negándose a suscribir, en fecha tan temprana como 1915, una declaración en favor de la paz, petición que debía ser respaldada por una huelga universal, sobre la base de que la guerra era el resultado de la diplomacia secreta europea y los pueblos no debían sumarse a ella ni ser carne de cañón. Llegó a más todavía: "La experiencia de la guerra me hizo pensar si el socialismo, además de sus defectos filosóficos y económicos, no habría sido manipulado con fines más siniestros. Los obreros no norteamericanizados eran los más susceptibles a la propaganda socialista. Había en los Estados Unidos varios centenares de revistas publicadas en idiomas extranjeros que dirigían y formulaban la opinión de los nacidos en el extranjero..." Y como en julio de 1917 el Partido Socialista, en su convención ordinaria celebrada en Saint Louis, aprobó varias declaraciones en favor del internacionalismo obrero y del pacifismo Gompers entendió que "en aquella época era en realidad una ayuda a Alemania y las potencias centrales", por lo que desde ese momento "ya no fue posible para ningún ciudadano norteamericano leal seguir afiliado a ese partido".

El 7 de abril de 1917, cinco días después del anuncio de Wilson de que Estados Unidos declaraba la guerra a Alemania, se celebraba en Saint-Louis un congreso extraordinario del Partido Socialista, el que se pronunciaba por mayoría, y frente a una minoría "belicista", por la paz internacional. La actitud socialista confluyó con la de los I.W.W., y su suerte fue pareja a partir de ese momento: soportar los

Una nueva ola de fuerza obrera contra el sindicalismo amarillo: Gene Debs —arriba—, un luchador veterano que conserva en 1920 todo el empuje de su juventud. William Z. Foster —abajo, a la izquierda—, que, desde dentro de las filas de la AFL, se opuso a las maniobras de Gompers. Abajo, a la derecha: la crisis de 1929 replantearía al movimiento obrero la estrategia de acción. En la fotografía se ven obreros desocupados después del "crack" financiero de ese año.





embates gubernamentales en el campo político, económico y sindical. El rompimiento se hizo efectivo a partir del momento en que declararon su oposición al reclutamiento de soldados para el frente, que en ese momento no era obligatorio y, por lo tanto, susceptible de ser discutido dentro de las formalidades legales. Pero como a pesar de las recomendaciones "patrióticas" de la AFL los sindicatos proseguían su habitual lucha por mejoras laborales y salariales, no fue difícil para el Gobierno considerar esa actitud, primero como *sospechosa,* y luego hostil a la concreción del programa de guerra de la Nación.

Se desataron huelgas de gran envergadura en el sector de leñadores del Oeste (madereros del estado de Washington), entre los mineros de Arizona, en ferrocarriles y construcciones navales, o sea tanto entre sectores controlados por los *wobblies* como ajenos a ellos. El Departamento de Justicia Federal y los gobiernos estatales comenzaron a actuar abiertamente en contra de toda actuación gremial, estuviese o no justificado por salarios de hambre, horarios excesivos o pésimas condiciones sanitarias. La guerra justificaba ahora a las patronales, de manera que no tardaron en ser puestos en prisión la mayoría de los dirigentes obreros, clausurándose los locales sindicales. En setiembre de 1917 el Departamento de Justicia hizo allanar en forma simultánea todas las oficinas de los I.W.W. del Noroeste, y sin orden judicial allanaron domicilios de adherentes para apoderarse de sus registros y publicaciones. Centenares de afiliados fueron sentenciados por violación de la Ley Federal sobre Espionaje y condenados a prisión en Leavenworth por lapsos de uno a veinte años. Luego de cada clausura se creaba un nuevo sindicato oficial (tal como la "Legión Leal de Hacheros y Leñadores del Noroeste). Pero no obstante la represión dispuesta por el llamado "Apóstol de la Democracia" (Woodrow Wilson, el mismo que dispuso el bombardeo de Veracruz, México, y la ocupación temporaria de Tampico, así como la intervención del ejército de Pershing en el propio México, en Cuba, Haití y la República Dominicana), en las ciudades madereras y en otros lugares de la costa del Pacífico, los I.W.W. siguieron activos durante la guerra y desempeñaron un papel significativo en las frecuentes huelgas que siguieron al armisticio, en 1918, cuando ya los patrones no podían enarbolar las "necesidades de guerra" para cohonestar sus apetencias de lucro.

Se desata la persecución

El desencadenamiento de las huelgas y la histeria que se produjo en Estados Unidos a raíz del giro que tomó en Rusia la revolución (por la cual Gompers felicitó por telegrama a Kerensky en marzo de 1917), desató una enconada persecución contra centenares de líderes sindicales, apoyada en argumentos ideológicos. El peligro del "comunismo" justificó la más horrenda caza de brujas de que se tuviese memoria en el país desde tiempos de los Mártires de Chicago —1876-1877—, emprendida por el fiscal A. Mitchell Palmer. Se dictaron leyes especiales para contener la "ola roja" y Palmer hizo famosos los "raids" contra los sindicatos. En 1918 se inició proceso a los I.W.W., y entre sus dirigentes capturados figuró Bill Haywood, a quien al año siguiente se le concedió libertad bajo fianza; aprovechando esta coyuntura "Big Bill" fugó a Rusia, en donde residió hasta su muerte, en 1928 (cabe hacer notar que en 1924, en tiempos del presidente Harding, todos los militantes obreros que continuaban presos fueron puestos en libertad). La calculada histeria "antirroja" sirvió al mismo tiempo para frenar los esfuerzos sindicales para generalizar el procedimiento de la negociación colectiva y elevar los salarios. Fluctuante como siempre, Gompers preconizó un programa de once puntos para la relación sindical-patronal que permitiese la reconversión de la industria de guerra a tiempo de paz. El primero de tales puntos afirmaba el derecho de los asalariados a organizarse en sindicatos y a negociar colectivamente; pero esta vez sus socios de tiempos de guerra sostuvieron "el derecho de los empleadores a tratar o no tratar con hombres que no fuesen sus empleados", puesto que, a su juicio, la aplicación indiscriminada de la negociación colectiva "era una amenaza a la institución de los pueblos libres". Ni más ni menos.

Así fue cómo los empleadores de todo el país iniciaron un movimiento para destruir el sindicalismo, representado en 1919-1920 por más de cinco millones de trabajadores afiliados, una cifra que no fue superada hasta el año 1937. Surgieron asociaciones de fabricantes, juntas de comercio, cámaras y asociaciones de distinto signo y pelaje, incluyendo una de agricultores ("National Grange"), agrupadas tras lo que denominaron "Plan Norteamericano", en concreto un programa destinado a *liberar* a los trabajadores "de los grilletes de la sindicalización a que estaban sometidos para su propio daño". Este propósito tan altruista y caritativo se sustentaba sobre la práctica del *open-shop* (taller abierto), en contra de la conquista cada vez más difundida entre el gremialismo consciente, del *closed-shop* (taller cerrado). Además de propiciar este sistema disgregador, las cámaras establecieron de nuevo las listas negras de dirigentes y militantes de base obreros y proveyeron dinero, espías y esquiroles a empleadores afectados por huelgas. Según lo consigna Florence Paterson, uno tras otro los sindicatos fueron perdiendo sus conquistas anteriores "debido a la embestida conjunta de las campañas antisindicales y a las reducciones salariales motivadas por la depresión económica de los años 1921-1922", todo lo cual dio como re-

sultado "grandes pérdidas para la fuerza laboral organizada", como lo indica el hecho de que hacia 1924 el caudal de afiliados había descendido a 3.500.000" y, contrariamente a todas las experiencias análogas del pasado, siguió disminuyendo después del retorno a la prosperidad económica" de los tiempos de Calvin Coolidge, una prosperidad por otra parte ilusoria, como lo demostraría el célebre *crash* de octubre de 1929.

La decadencia de los I.W.W.

La división político-ideológica creada por la actividad que debía asumirse frente al ingreso de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, las luchas intestinas intersindicales, la feroz represión de tiempos de guerra y en los años que la siguieron, iban a producir la final decadencia de los I.W.W. Anota Lens que "a pesar de una militancia que no tuvo su igual", no lograron conservar una organización permanente, porque "a diferencia de la AFL, rehuían los contratos escritos o el taller cerrado. En su opinión, entrar en un acuerdo de uno o dos años con el odiado patrón no significaba más que atar las manos de la unión, y el taller cerrado era un arma de compulsión más que de libre voluntad". Los I.W.W. no logran conservar un tesoro propio con el cual alimentar a sus miembros en tiempos de paro, y cuando éstos duraban cierto tiempo se veían obligados a solicitar ayuda a la repugnada AFL, a los socialistas y a los liberales. "El resultado fue que si bién los *wobblies* poseían una inconmensurable dedicación y espíritu de lucha, les faltó durabilidad". Podía ocurrir, como en Lawrence, que el entusiasmo de la victoria les lograra adeptos a millares, pero en períodos normales éstos se volvían indiferentes a la militancia y paulatinamente desertaban; para peor, cuando ocurrían derrotas como la de Paterson en 1913, el abandono de la organización era masivo. De ahí que, como ya lo indicáramos, la cifra máxima de adeptos no superara, en su mejor momento, los cien mil afiliados, contra los dos millones que hacia 1914 ya tenía la AFL. Así, "a pesar de sensacionales campañas entre los madereros, peones agrícolas y obreros de la producción masiva, no lograron romper la barrera del número. Tuvieron muchísimo más éxito que la Alianza del Trabajo y Gremios Socialistas, de Daniel De León, o que los anarquistas de Chicago en 1886. Ofrecieron un hogar a los obreros no especializados y dieron una aura de nobleza a las luchas de los oprimidos [. . .]. Así vivieron y murieron las legiones de Big Bill Haywood".

Guérin, aunque corrobora que los I.W.W. nunca se recuperaron de la decapitación pura y simple que significó para ellos la prisión de miles de sus militantes durante la guerra, acota que otras causas contribuyeron a su declinación: "Por una parte, la reabsorción de la mano de obra temporaria y migratoria, debido al desarrollo de la máquina; por otro, la entrada en escena del comunismo, que atrajo a los trabajadores más adelantados; finalmente, la incapacidad de los *wobblies* para construir una organización permanente. Eran insuperables en su papel de equipo volante, en la improvisación; fueron agitadores y propagandistas antes que organizadores. No emprendieron ninguna campaña sistemática de organización, que sin embargo era la única manera de penetrar en los sectores industriales básicos, tales como el acero. Las huelgas eran para ellos ocasiones de extender sus ideas revolucionarias. En cuanto la batalla estaba ganada, abandonaban el terreno para ir a otro lado, sin dejar huellas duraderas.

La organización permanente no les interesaba. Tenían en contra suyo su propia negativa a firmar contratos, a establecer relaciones cotidianas con los patrones, a crear un mecanismo que permitiera la estabilización de las relaciones entre patrones y obreros en el intervalo entre dos batallas [. . .]. Sólo perdieron su influencia sobre la vanguardia del proletariado norteamericano cuando, después de la Primera Guerra Mundial, tuvieron que enfrentarse a un rival más consecuente en el plano político: el Partido Comunista, apoyado por el prestigio —entonces inmenso— de la Revolución Rusa".

Hacia los sindicatos de industria

El ejecutor de las nuevas experiencias del sindicalismo estadounidense sería William Z. Foster, el mismo que, al proponer en 1912 en el seno de los I.W.W. ingresar a la AFL para dominarla desde dentro, fue unánimemente abucheado, porque aquéllos no querían salvar al organismo de Gompers, sino destruirlo. Debs, a su debido tiempo, se mostró partidario de actuar simultáneamente desde adentro y desde afuera. Foster unificó las tendencias gompersistas, izquierdistas y del sindicalismo *wobblie* y le imprimió su sello personal de organizador a lo grande, como si aplicase al gremialismo el espíritu de búsqueda de eficacia y la materia de los "resultados". En una palabra, que era de la pasta de los grandes barones de la industria y el comercio norteamericanos, pero con una conciencia de revolucionario puesta al servicio de la clase trabajadora. Su primer gran éxito lo obtuvo en su campaña por organizar a los obreros de los mataderos de Chicago, en 1917; el intento de organizar en 1919 a los obreros de las acerías del sur de Chicago, los no calificados, "los que tenían menos que perder y más que ganar", fracasó.

El fracaso en agremiar a los trabajadores del acero luego de casi haber alcanzado con las manos el triunfo, al menos dejó en él la convicción de que un

mito de imposibilidad había sido roto: "Si la industria del acero puede ser organizada, cualquier otra puede serlo. Si se utilizan los métodos de organización adecuados, los trabajadores, calificados o no calificados, sin distinción de sexo, de raza o de color, afluirán tan natural e inevitablemente como el agua que se desliza por una pendiente". Foster se hizo comunista en 1921, después de un viaje a Rusia, y a principios de 1922 puso en marcha la Trade Union Educational League (TUEL), con la que reinició el sueño de lograr el sindicalismo de industria, fusionando a todos los sindicatos de las industrias respectivas en organizaciones únicas, cada una abarcando una industria, y en poco tiempo logró que una veintena de sindicatos nacionales, diecisiete federaciones estaduales, infinidad de uniones de sindicatos y miles de secciones sindicales locales apoyaran el nuevo sistema.

A poco más la experiencia conmovería los cimientos del imperio de Gompers, hasta el punto que la AFL, antes de que éste muriera —en diciembre de 1923, siendo reemplazado por una hechura suya, William Green— lanzó una contraofensiva que no sólo tendió a la expulsión de los comunistas u organismos dominados por éstos, sino a la liquidación pura y simple de la TUEL y de Foster. Como ya había ocurrido antes con ensayos igualmente serios como los de Debs y Haywood, el de Foster no pudo sobrevivir sino a medias a la embestida de la AFL. Sobrevivió en los años siguientes como alternativa al gompersismo, pero no sería el llamado a coronar con éxito la tarea en la que, sin embargo, fue un indudable precursor. Le tocó la misión a John L. Lewis, dirigente de la United Mine Workers, y su gesta se llamó C.I.O. (Congress on Industrial Organizations), coronada en 1937.

Pero para llegar a ese éxito debieron pasar unos quince años, debió ocurrir la *Gran Depresión* iniciada en 1929, debió nacer lo que se llamó el *New Deal* de Franklin D. Roosevelt y, ¿por qué no?, presentarse en el horizonte las nubes amenazadoras de la Segunda Guerra Mundial. Y, como telón de fondo de tragedia, de agitación de masas, de nueva maestra de la injusticia social en forma de crimen judicial, la farsa del asesinato "legal" de sus trabajadores no calificados: Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

Bibliografía

Adams, James Truslow. *The Epic of America*. New York, Blue Ribbon Books, 1941.
Beard, Charles A. y Mary R. *Historia de la civilización de los Estados Unidos de Norteamérica*. Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft Ltda., 1946. T. IV.
Boyer, Richard y Morais, Herbert M. *Labor's Untold Story*. New York, Cameron Associates, 1955.
Canu, Jean. *Histoire de la Nation Américaine*. París, Editions du Chêne, 1947.
Drinnon, Richard. *Rebelde en el paraíso yanqui*. Buenos Aires, Editorial Proyección, 1965.
Faulkner, Harold Underwood. *Historia económica de los Estados Unidos*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1956.
Fitch, John A. *Función social del sindicalismo*. Buenos Aires, Editorial Vea y Lea, 1964.
Freidel, Frank. *Los Estados Unidos en el siglo XX*. México, Editorial Novaro-México S.A., 1964.
Gompers, Samuel. *Setenta años de vida y trabajo. Autobiografía*. México, Editorial Intercontinental, 1956.
Gordon, Manya. *Hacia la democracia industrial*. Buenos Aires, Ediciones Siglo XX, 1948.
Guérin, Daniel. *¿Adónde va el pueblo norteamericano?* Buenos Aires, Editorial Arayú, 1954.
Holbrook, Stewart. *The Age of the Moguls*. New York, Doubleday & Co., 1953.
Huberman, Leo. *Nosotros, el pueblo*. Buenos Aires, Editorial Palestra, 1965.
Lens, Sidney. *Radicalism in America*. New York, Thomas Y. Crowell Co., 1966.
Lord, Walter. *The Good Years. From 1900 to the First World War*. London, Longmans, Green & Co. Ltd., 1960.
Lorwin, Lewis L. *Historia del internacionalismo obrero*. Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1937.
Nevins, Allan y Commager, Henry S. *Breve historia de los Estados Unidos*. México, Compañía General de Ediciones S.A., 1953.
Pelling, Henry. *American Labor*. The University of Chicago Press, 1960.
Peterson, Florence. *American Labor Unions. What they are and how they work*. New York, Harper and ow, 1963.
Rocker, Rudolf. *Johann Most. La vida de un rebelde*. Buenos Aires, Editorial La Protesta, 1927.
Schlesinger, Arthur M., Jr. *La crisis del orden antiguo. 1919-1933*. México, UTEHA, 1968.
Sinclair, Upton. *La ficha de bronce, la prostitución del periodismo*. Buenos Aires, Editorial Palestra, 1961.
Tyler, Gus. *The Labor Revolution*. New York, The Viking Press, 1967.
Yellen, Samuel. *American Labor Struggle*. New York, S.A. Rusell - The Harbor Press, 1956.

Rosa Luxemburgo y la revolución espartaquista

Perla L. Haimovich

El gobierno de Ebert —dispuesto a anular el poder de los Consejos de Obreros y Soldados— determinó que el grupo revolucionario conocido como Liga Espartaco desencadenara una insurrección proletaria en los primeros días de 1919.

A partir de 1869, en que fue fundado por Bebel y Liebknecht, el Partido Socialdemócrata creció en forma sostenida hasta convertirse, en 1912, en el partido más fuerte del **Reichstag** (Cámara de diputados). Ese mismo año la Confederación General Obrera cuenta en sus filas con dos millones y medio de afiliados.

Como consecuencia del amplio y profundo desarrollo capitalista que se produce en Alemania, el movimiento obrero se caracterizará por un lado, por la formación de poderosos sindicatos que enfrentan a las patronales; por otro, por la limitación de los planteos solo a las reivindicaciones económicas, por el apoliticismo que se intenta instaurar en las luchas obreras.

Un proceso similar se producirá en la socialdemocracia, donde se cuestionan las teorías del marxismo. Para Bernstein, cabeza del revisionismo, el sistema capitalista "en sus posibilidades de crecimiento, ofrecerá la oportunidad para que el obrero, que se encuentra en condición de proletario, tenga acceso a la condición de burgués y, por ende, para que se generalice la posición social burguesa".

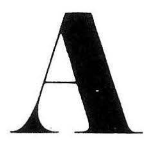
Después de 1890 se producen importantes cambios en la composición de la clase obrera. Se acelera en esos años la proletarización de artesanos y campesinos, que llevarán al seno de los sindicatos o del Partido Socialdemócrata sus concepciones de clase. Todo lo señalado, más otros avances producidos en los sindicatos, la formación de cooperativas, la creación de organismos de presión social, etc., se transforman en factores que permiten la constitución de una amplia y privilegiada burocracia.

El Partido Socialdemócrata deja de ser un partido exclusivamente obrero y da cabida a nuevos sectores: intelectuales, profesionales, universitarios, que, en general, apoyarán los planteos revisionistas. La idea de que el partido podría obtener una mayoría electoral que le permitiera controlar el **Reichstag** para poder imponer desde allí cambios en el sistema de gobierno fue ganando terreno. Para ello no bastaba con el apoyo del movimiento obrero: se hacía necesario atraer sectores importantes del electorado procedentes del campo y de la pequeña burguesía urbana. Esto hizo que se moderaran los objetivos del programa partidario.

El reformismo también se fue imponiendo progresivamente en los sindicatos, donde Karl Liegen libró con éxito la batalla contra el marxismo.

Esta es la situación en los sindicatos y en el partido que representa a la clase obrera en los años previos a la Primera Guerra Mundial. La Segunda Internacional, tanto en el Congreso de Stuttgart de 1907 como en el de Basilea de 1912, había hecho —ante la inminencia de la guerra interimperialista— un llamado a la clase obrera para que luchara contra ella y para que utilizara la crisis del sistema capitalista en la realización de sus objetivos revolucionarios. Pero en Alemania la ola de nacionalismo impulsada por la burguesía alcanza al Partido Social Demócrata: los créditos militares son votados en el Parlamento con la solitaria protesta de un pequeño sector liderado por Karl Liebknecht. Este y Rosa Luxemburgo levantan la consigna de la huelga general y enfrentan a los líderes de los sindicatos y de la socialdemocracia. Pero son derrotados. El 4 de agosto de 1914 el ejército alemán invade Bélgica. Poco después la declaración de la guerra a Rusia termina consolidando la posición del Partido Socialdemócrata: el sentimiento antirruso estaba muy arraigado en las filas del partido y el ejército alemán se convertía para ellas, contradictoriamente, en la fuerza destinada a liberar al pueblo ruso de las garras del zarismo.

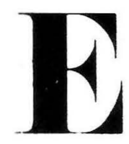
La oposición de izquierda



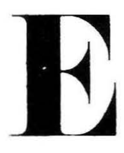
Ante la posición mayoritaria del partido con respecto a la guerra, un grupo de revolucionarios, en el que además de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht se encontraban Mehring, Clara Zetkin, Pieck otros, intentaron elaborar un programa que expresara y ca-

nalizara el descontento de los militantes que se oponían a ella.
El 18 de setiempre de 1914 se reunieron en Stuttgart y acordaron organizar su lucha, planteando como arma más eficaz la huelga general. Pero el débil peso que este grupo tenía en el movimiento obrero y en las bases del partido hizo que durante el primer año de la guerra su oposición se restringiera al debate parlamentario.
El P. S. D. trababa todo intento de los opositores de comunicar sus posiciones a las bases. A comienzos de 1915 éstos lograron editar una revista, **Die Internationale,** de la cual se tiraron 9.000 ejemplares. Pero sólo un número logró editarse, pues fue clausurada por la censura.
Liebknecht fue expulsado del grupo parlamentario el 12 de enero de 1916. Su disidencia con la dirección del partido había creado una situación conflictiva que se exteriorizó con la adhesión de varios diputados del bloque al voto en contra de una nueva concesión de créditos militares. La ruptura era inminente. El 1º de enero de 1916 el grupo convocó a una Conferencia Nacional en Berlín, donde se aprobaron los "principios directivos" preparados por Rosa Luxemburgo. Sus puntos: "Comprobación del derrumbe de la Segunda Internacional; imprescindible lucha de las masas contra el imperialismo, enemigo común del proletariado de todos los países; necesidad de denunciar al nacionalismo y la traición de los socialdemócratas, y de refirmar la solidaridad internacional de los trabajadores mediante la creación de una nueva organización".
En esta conferencia se acordó la publicación de un periódico con el nombre de **Spartakus,** nombre con que se identificaría al grupo hasta la fundación del Partido Comunista, en 1919. Desde su nacimiento el grupo sufriría una doble persecución: por un lado, la del gobierno prusiano y, por otro, la del P. S. D.
El 1º de mayo de 1916 el grupo Espartaco organizó una manifestación obrera contra la guerra, a raíz de la cual Liebknecht fue encarcelado junto con Rosa Luxemburgo. Esta medida provocó movimientos populares en expresión de solidaridad. Se produjeron huelgas que movilizaron, sólo en Berlín, a más de 50.000 obreros.

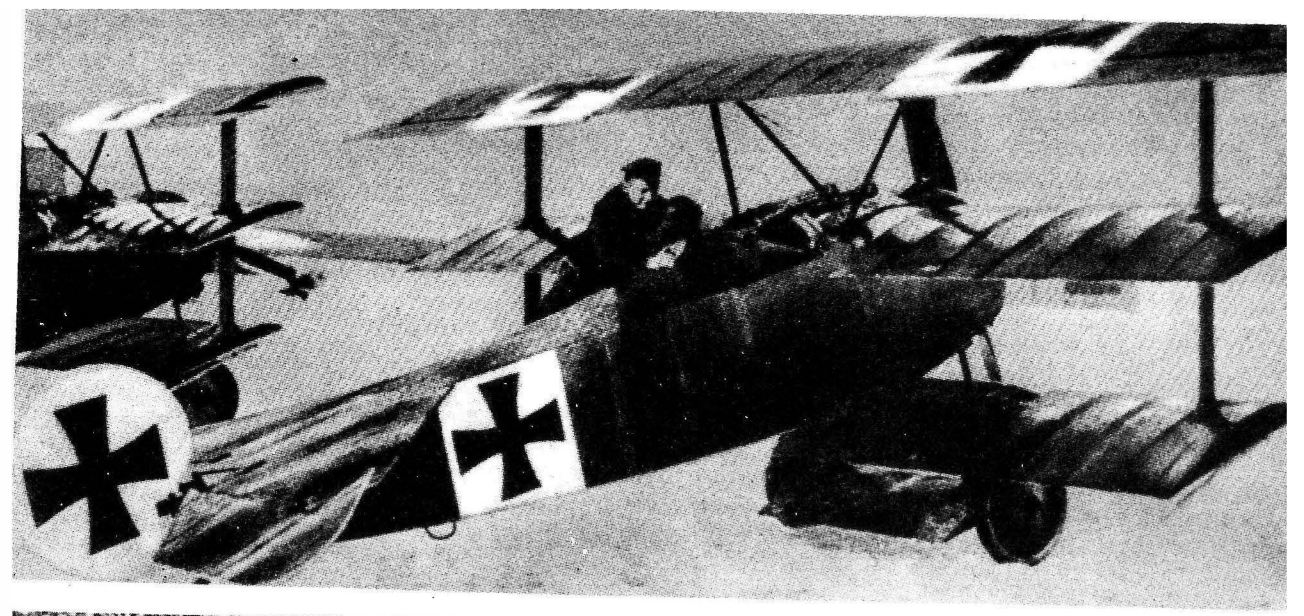
La crisis en el seno del Partido Socialdemócrata

n el partido se profundizan las diferencias. Además de la fracción de izquierda surge un ala centrista, con Kautsky y Hasse a la cabeza que intenta llevar adelante una línea conciliadora dentro del mismo partido y que deben constituirse en organización separada. Así nace en 1916 le Comunidad Obrera Socialista, que después se convertiría en el Partido Socialdemócrata Independiente. (P. S. I.).
En enero de 1917 el bloque opositor es expulsado por los socialistas mayoritarios. La convivencia en el seno del partido era ya imposible. En abril se convoca a una conferencia en Gotha y sobre la base del grupo Espartaco y de la Comunidad Obrera Socialista nace el Partido Socialista Independiente, que, desde el principio, es conmovido por agudas luchas internas. El nuevo partido atrajo muchas sanciones del PSD, pero sus contradicciones debilitaron sus posibilidades de constituirse en dirección efectiva del movimiento obrero. El grupo Espartaco siguió funcionando en forma independiente dentro del nuevo partido.
Se acerca el fin de la guerra. Los socialistas enfrentan el proceso que se inicia divididos en tres sectores con características de clase netamente definidas. El aparato sindical permanece en manos del sector de la derecha, lo que influirá considerablemente en el desarrollo de los acontecimientos durante la revolución de 1918.

El preludio revolucionario

n Alemania, a medida que se desarrollaba la guerra, la situación se tornaba crítica. Además de la disminución del rendimiento en la agricultura, la importación de alimentos se hacía cada vez más

1918: Alemania sufre cuatro años de desangramiento continuo. Las noticias recibidas acerca del triunfo de la revolución proletaria bolchevique despiertan grandes esperanzas entre los trabajadores alemanes movilizados para la guerra. En mayo de ese año soldados rusos y germanos confraternizan en Brest Litovsk.







dificultosa, y obligó a imponer un rígido y duro racionamiento. Unido a esto, las listas de muertos en el frente y la desocupación en las ciudades acrecentaban el descontento entre los trabajadores. El entusiasmo nacionalista, el apoyo a la guerra se derrumbaban.

La crisis social y política que afectará a Alemania comienza a manifestarse en los primeros meses de 1917. El 16 de abril de ese año los obreros paran la industria metalúrgica de Berlín como reacción ante una nueva reducción de la ración de pan. El movimiento se generaliza y se constituye un comité de huelga, formado por delegados obreros, que funciona en la semiclandestinidad. Las direcciones sindicales logran, tras asegurar el otorgamiento por parte del estado de mayores raciones y la libertad de Richard Müller — delegado metalúrgico encarcelado —, que el comité levante la medida de fuerza. Un folleto de Espartaco, en el cual se acusa de traición al aparato sindical, termina con esta consigna: "Mantened vuestras reivindicaciones. Queremos pan, libertad y paz".

Esta fue la huelga más importante de una serie que ya se venía dando en otras localidades tales como Kiel, Bremen, Hamburgo y Nuremberg. En cada uno de estos movimientos se formaban Consejos Obreros que iniciaban su actividad como dirección de huelga. Pero pronto la represión se hizo sentir. Las fábricas fueron puestas bajo control militar y los dirigentes obreros encarcelados o movilizados y enviados al frente. Los dirigentes sindicales, las autoridades del P. S. D. y los militares coincidían plenamente en acusar a los obreros en huelga de traición a la patria y de boicotear la victoria alemana en el frente.

Mientras tanto, el descontento por la guerra se extiende y alcanza a las tropas. Y este descontento se manifiesta con mayor intensidad en la marina.

Los marineros, entre los que figura una alta proporción de obreros calificados, habían establecido contacto con el P. S. I. En junio de 1917 se llevaron a cabo en varios buques medidas de protesta — huelgas, rechazo de alimentos— y se crearon "comisiones de ordinario", encargadas de organizar la alimentación. Estos consejos ampliaron progresivamente los puntos de discusión y la paz terminó siendo la principal consigna. Los incidentes se multiplicaron y se agudizaron cuando los marineros del "Prinz Regent" fueron condenados a prisión por remitir un artículo de protesta al **Vorwärts,** órgano del P. S. D., que se negó a publicarlo. Se realizaron entonces mitines y huelgas, que fueron reprimidas con condenas a muerte y a trabajos forzados. Los marineros fueron atacados por los socialistas mayoritarios —los del P. S. D.— y abandonados por los socialistas independientes. Espartaco fue el único grupo de izquierda que se solidarizó con ellos.

La revolución rusa despertó grandes esperanzas en el proletariado alemán. Un amplio movimiento de solidaridad tomó cuerpo en oportunidad de la proclama del cese de hostilidades por parte del gobierno bolchevique y la iniciación de las tratativas del acuerdo de paz. El 3 de mayo de 1918 se firmó el tratado de Brest Litovsk. Con la indiferencia del bloque socialdemócrata mayoritario los alemanes anexaron entonces a su territorio 400.000 km^2 del territorio ruso.

Los espartaquistas no permanecían inactivos. Uno de sus folletos, titulado **La hora de la decisión,** luego de señalar el doble objetivo de los bolcheviques —fin de la matanza y comienzo de la realización del socialismo— hacía un llamamiento a la clase obrera alemana para que se aprestara a emprender acciones en masa en un futuro próximo: "no hay sino un medio de detener la matanza de los pueblos y alcanzar la paz: es desencadenar una lucha de las masas, huelgas en masa que paralicen toda la economía y la industria bélica, es instaurar por la revolución de la clase obrera una República Popular en Alemania. Tan sólo por ese medio se logrará salvar también la Revolución Rusa". Así decía el texto de las Cartas de Espartaco redactadas por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht desde la cárcel.

El sentimiento antibélico se había hecho carne en el pueblo alemán y después del motín de los marineros una ola de manifestaciones y huelgas conmovió al país. Las tratativas de paz no prosperaban y en las bases obreras se difundía la necesidad de recurrir a la huelga general como único medio eficaz de lucha. Richard Müller, dirigente metalúrgico, lideró una huelga que movilizó a 400.000 obreros en Berlín, fundamentalmente de las fábricas de municiones. De este movimiento surge un Consejo de Obreros constituido por 400 delegados. El "Comité de acción" se formó con tres miembros de los socialistas independientes y tres del P. S. D. Mientras tanto, los espartaquistas continúan siendo débiles en cuanto a organización y no tienen delegados en la dirección del consejo. La huelga de enero, que moviliza 500.000 obreros en Berlín, comenzará a extenderse: se producen paros en varios centros importantes como Kiel, Hamburgo, Colonia, Munich, Nüremberg y Halle.

El gobierno desata entonces una dura represión. Encarcela a los dirigentes y moviliza a millares de obreros. Varias fábricas son intervenidas por el ejército así como los astilleros de Kiel y Hamburgo. Los obreros son conminados a reanudar el trabajo antes del 4 de febrero. Las direcciones sindicales y el P. S. D. mayoritario no escatiman esfuerzos para poner fin a una huelga que escapa de su control y que amenaza sus proyectos políticos. El 4 de febrero, a raíz de la fuerte represión y de la carencia de un programa preciso, la huelga llega a su fin.

Toda Alemania se estremecía. El desastre de la guerra, que ya concluía, y la Revolución de Octubre parecían anunciar grandes cambios en la vida del país. Todas las clases deseaban ese cambio: los grupos de izquierda —espartaquistas y socialistas independientes— querían una república socialista; el gran bloque de la burguesía, representado por los partidos liberales y, en última instancia, por el P. S. D., querían una república democrática reformista. Con estos últimos coincidió la aristocracia: el Emperador apoyó la propuesta del voto universal. Pero estas maniobras no lograrían de-

Declaración en el Reichstag (1-XII-1914)

Razono del modo siguiente mi voto sobre el proyecto que se nos somete hoy. Esta guerra, que ninguno de los pueblos comprometidos en ella ha querido, no ha estallado para el bien del pueblo alemán ni de ningún otro pueblo. Se trata de una guerra imperialista, de una guerra que tiene por objeto la dominación capitalista del mercado mundial, la dominación política de extensos territorios donde se asentaría el capital industrial y bancario. Desde el punto de vista de la competencia de armamentos se trata de una guerra preventiva, provocada solidariamente por los partidos militares, alemán y austríaco, en las tinieblas del semiabsolutismo y la diplomacia secreta. Se trata también de una empresa bonapartista, que tiende a desmoralizar y destruir el movimiento obrero creciente. Esto lo han demostrado con creciente evidencia, a despecho de imprudentes chalaneos, los acontecimientos de los últimos meses.

La consigna alemana: ¡Contra el zarismo!, *como la consigna inglesa y francesa:* ¡Contra el militarismo!, *ha servido para movilizar los más nobles instintos, las tradiciones y esperanzas revolucionarias del pueblo, en provecho del odio entre los pueblos. Cómplice del zarismo, país modelo hasta hoy, de la reacción política, Alemania no tiene autoridad para erigirse en libertadora de las naciones. La liberación del pueblo ruso, como del pueblo alemán, deben obtenerla estos pueblos por sí mismos.*

La guerra no es para Alemania una guerra defensiva. Su carácter histórico y el desarrollo de los acontecimientos nos prohiben abrir un margen de confianza a un Gobierno capitalista que solicita crédito para defender la patria.

Una paz rápida y que no deshonre a nadie, una paz sin conquistas, eso es lo que hay que exigir. ¡Bienvenidos sean todos los esfuerzos en este sentido! Sólo el refuerzo continuo y simultáneo de las corrientes en favor de una paz semejante, en todos los países beligerantes, puede detener la sangrienta matanza y el total aniquilamiento de los pueblos que están empeñados en ella. Sólo una paz basada en la solidaridad internacional de los trabajadores y en la libertad de todos los pueblos, puede ser una paz duradera. En este sentido es en el que el proletariado de todos los países, debe hacer, en el curso mismo de la guerra, un esfuerzo socialista por la paz.

Acepto los créditos en cuanto estén destinados a paliar la miseria, aunque los encuentro notoriamente insuficientes. Acepto igualmente cuanto puede hacerse para suavizar la ruda suerte de nuestros hermanos del frente, de los heridos y enfermos, a quienes envío mi piedad sin límites; también sobre este punto, nada de lo que se pida será excesivo. Pero —por protesta contra la guerra, contra los que son responsables de ella, contra los que la dirigen, contra la política capitalista de que ha nacido, contra los fines capitalistas que persigue, contra los proyectos de anexión, contra la violación de la neutralidad belga y luxemburguesa, contra la dictadura militar, contra el abandono de los deberes sociales y políticos de que son culpables aun hoy Gobierno y clases dirigentes— rechazo los créditos de guerra solicitados.

KARL LIEBKNECHT

tener el derrumbe definitivo de la monarquía alemana.

El último canciller de la monarquía fue el príncipe Max de Baden, aristócrata liberal, y con él entraron al gobierno los socialdemócratas junto con el **Zentrum** católico y los progresistas. Este fue el gobierno que se enfrentó con los grandes levantamientos revolucionarios que se produjeron entre noviembre de 1918 y marzo de 1919.

La revolución de noviembre de 1918

La situación económica se deterioraba día a día y el grave problema de la falta de abastecimientos aumentaba el descontento de las masas populares. La guerra se hacía ya insostenible. En el frente oriental, los soldados confraternizaban con el ejército ruso e izaban banderas rojas. Sobre Luddendorff, jefe del Alto Comando, se ejercían presiones para que renunciara. Las horas del emperador estaban contadas.

El amotinamiento de la flota fue el comienzo de la revolución de noviembre. La tripulación de los buques de guerra anclados en la costa del Mar del Norte se sublevó a fines de octubre ante la orden de zarpar. Más de mil tripulantes fueron entonces desembarcados y detenidos en Wilhelmshaven y Bremerhaven.

El movimiento se extendió a la escuadra de Kiel y los obreros de los astilleros se unieron de inmediato a la insurrección: declararon la huelga el 5 de noviembre y marcharon junto a los marineros a exigir la libertad de los detenidos. La infantería se negó a obedecer las órdenes de reprimir a los manifestantes y la ciudad de Kiel cayó en manos de los obreros y marineros.

Retomando la experiencia de septiembre de 1917 y de las huelgas de enero, se formaron en fábricas y buques consejos de obreros y consejos de soldados. A pesar de la combatividad del movimiento el programa de lucha era de tipo reformista. "... reclaman la libertad

En las ciudades se libra la "batalla de retaguardia". En la ilustración superior, los obreros de los talleres Krupp. En la foto de abajo, las víctimas de todas las guerras: el esfuerzo bélico obliga a racionar los suministros.

de los detenidos, libertad de prensa, igual alimentación que la de los oficiales; el abandono del proyecto de acción de la flota; el retorno a los barcos o cuarteles sin verse expuestos a sanciones; que las cartas no pasen por la censura, y quieren ser libres una vez terminado el servicio". Pero a medida que la insurrección va propagándose cada consejo obrero que surge lo hace bajo consignas más avanzadas.

En Stuttgart, después de una huelga que movilizó a más de 30.000 obreros, se constituyó un Consejo Obrero que levantó un programa que exigía el inmediato armisticio y la firma del tratado de paz, la abdicación de Guillermo II, la disolución del Reichstag y del Landstag y la toma del poder por delegados elegidos por los obreros, soldados y campesinos. Los espartaquistas tenían en esta ciudad una fuerza considerable.

La insurrección estalla también en Munich, Colonia, Hannover y Brunswick, que quedan en manos de los consejos de obreros y de soldados.

El desborde popular arrastra consigo a los dirigentes, que no logran detener el avance de los trabajadores, pero que consiguen mantenerse al frente de ellos y seguir siendo reconocidos como sus auténticas direcciones. Con excepción de Berlín, Bremen, y en parte Brunswick, los socialistas mayoritarios logran monopolizar el movimiento y controlar los consejos obreros, separando a socialistas independientes y espartaquistas. La socialdemocracia mayoritaria tendrá el honor de haber detenido la revolución alemana, sin desprestigiarse, y de encauzarla por los caminos de la democracia capitalista.

El ejército se muestra impotente para enfrentar la rebelión. Las órdenes caen en el vacío a raíz de la desobediencia de las tropas. El control de la situación se intentará entonces parlamentando con los mayoritarios. "El 7, el comandante de la flota de alta mar telegrafiaba que no disponía de fuerzas suficientes para sofocar el movimiento. Y agregaba: 'Ahora trataré de contribuir al mantenimiento del orden actuando sobre los elementos más razonables y sosteniéndolos, si fuera necesario, en tanto éstos permanezcan encuadrados en la plataforma de los socialistas gubernativos (los mayoritarios) y no recurren a la violencia". Ese mismo día el **Vorwärts** publica dos llamamientos: uno del gobierno, que destaca lo que ya se ha logrado (sufragio universal en Prusia, régimen parlamentario, subordinación del poder militar al poder civil, amnistía y libertad de prensa y reunión) y que no escatima promesas para lo futuro, al tiempo que indica que aún es necesario defender las fronteras de la patria. El otro llamado, de los socialdemócratas mayoritarios, informa sobre la liberación de Liebknecht y sobre una sugestión de partido con vistas a obtener la abdicación del emperador, pero fundamentalmente exhorta a los obreros a conservar la presencia de ánimo y a mantener la disciplina, y concluye: "Para tener la posibilidad de triunfar, es necesario que las acciones que se emprendan sean sostenidas por toda la clase obrera. No ha llegado aún el momento de acometer tales acciones. No escuchéis, pues, las consignas lanzadas por una minoría irresponsable".

El 9 de noviembre estalla la rebelión en Berlín. Los independientes y espartaquistas esperaron que la socialdemocracia declarara la huelga general. La presión de los acontecimientos determinó que esta orden fuera emitida por los mayoritarios y los sindicatos y la respuesta fue absoluta. Las tropas se retiraron sin reprimir. Los métodos de la socialdemocracia para encauzar la revolución eran aceptados como los únicos potables y eficaces. Badía narra los hechos: ". . . los berlineses menos conservadores han ocupado los cuarteles y todos los edificios públicos. En la compacta muchedumbre que llena las calles hay gran cantidad de mujeres. Se desarrollan escenas de violencia en las que mueren quince obreros. Los soldados detienen a los pocos oficiales que han ordenado hacer fuego contra los manifestantes y éstos no vacilan en arrancarles las charreteras e incluso les escupen en la cara. El jefe de policía, von Oppel, solicita telefónicamente al Partido Socialdemócrata Independiente el inmediato envío de alguien a quien

Textos de Rosa Luxemburgo
La guerra y la socialdemocracia

"Esta guerra mundial significa un retroceso hacia la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce a la destrucción de la civilización, esporádicamente durante una guerra moderna y hasta el final si el período de guerras mundiales que ha comenzado ahora es llevado hasta sus últimas consecuencias. Nos vemos enfrentados hoy con la elección, tal como predijera Engels cuarenta años atrás: o bien el triunfo del imperialismo y con él la degeneración, disminución de la población, un vasto cementerio; o la victoria del socialismo, resultado de la lucha consciente de la clase obrera internacional trabajando contra el imperialismo y su método, la guerra...

"Sí, los socialdemócratas están obligados a defender a su país durante una gran crisis histórica; y esto constituye una grave culpa por parte de la facción Social Demócrata del Reichstag, cuando declaró solemnemente, el 4 de agosto de 1914: 'Nosotros no desertamos de la patria en la hora del peligro'; pero al mismo tiempo negaba sus propias palabras puesto que ha abandonado a la patria en su hora de mayor peligro. La primera obligación hacia la patria en aquella hora era mostrarle el verdadero carácter de la guerra imperialista; apartar la maraña de mentiras patrióticas y diplomáticas que rodeaban este ataque a la patria; proclamar en voz alta y clara que para el pueblo alemán la victoria o la derrota en esta guerra constituían un hecho igualmente desastroso; resistir con todas las fuerzas el amordazamiento de la patria provocado por el estado de sitio... Finalmente, oponerse a los objetivos de la guerra imperialista consistentes en presentar territorios de Austria y Turquía —a saber, de la reacción en Europa y Alemania— por el viejo programa verdaderamente nacional de los patriotas y demócratas de 1848, el programa de Marx, Engels y Lassalle: por la consigna de la grande y unida República alemana. Este es el estandarte que debiera izarse, una bandera realmente nacional, realmente liberal y en conformidad con las mejores tradiciones alemanas, así como de la política internacional de la clase obrera".

La participación en las elecciones

"Ahora estamos en medio de la revolución y la Asamblea Nacional es una fortaleza contrarrevolucionaria que ha sido erigida contra el proletariado revolucionario. Es por lo tanto esencial ocupar y reducir esta fortaleza. Movilizar a las masas *contra* la Asamblea Nacional e invitarlas a combatir. Para esto deben emplearse las elecciones y la plataforma de la Asamblea Nacional.

"Es necesario participar de las elecciones, no para promulgar leyes junto con la burguesía y sus mercenarios, sino para expulsar a la burguesía y a sus partidarios del templo, para hacer estallar la fortaleza de la contrarrevolución y para hacer flamear sobre ella, victoriosamente, la bandera de la revolución proletaria. ¿Se requeriría una mayoría en la Asamblea para hacer esto? Solo aquellos que rinden homenaje al cretinismo parlamentario, quieren decidir sobre la revolución y el socialismo a través de mayorías parlamentarias. No es la mayoría parlamentaria *desde adentro* la que decide sobre el destino de la Asamblea Nacional, sino las masas trabajadoras afuera, en las calles, en las fábricas...

"Las elecciones y la plataforma de este parlamento contrarrevolucionario deben convertirse en un medio para educar, afiliar y movilizar a las masas revolucionarias, un paso en la lucha por el establecimiento de la dictadura del proletariado".

(Artículo en *Die Rote Fahne*, 23 de diciembre de 1918.)

En el partido socialdemócrata —que hasta ese momento había respondido a los intereses de los trabajadores— surge un ala centrista encabezada por Kautsky, que lleva adelante una línea conciliadora. Este sector se constituirá luego en el Partido Socialdemócrata Independiente.



Enero de 1919: los obreros en armas se enfrentan con el aparato militar del gobierno de Ebert. Los espartaquistas retoman la consigna que, meses atrás, Lenin lanzara en Rusia: "¡Todo el poder a los Consejos de Obreros y Soldados!"

traspasarle el poder. La prefectura se halla cercada por la multitud que disputa con los agentes de policía. Se presenta Eichhorn: 'Soy el nuevo jefe de policía'. Tras el saludo respetuoso de los agentes de policía pasa al interior, donde es recibido con entusiasmo por el personal subalterno, cuyos superiores acaban de huir". El ejército protege el edificio del diario de la socialdemocracia, el **Vorwärts,** que ha estado a punto de caer en manos de los espartaquistas. Ese mismo día se produce la abdicación de Guillermo II. Max de Baden renuncia a su cargo y nombra canciller a Ebert, dirigente máximo del P. S. D.

Asumido el poder, Ebert lanza una proclama llamando a los trabajadores a dar por terminada la revolución: ". . . Tengo el propósito de constituir un gobierno de acuerdo con los partidos políticos. Este nuevo gobierno será un gobierno popular [. . .] Ciudadanos: os invito a que nos ayudéis en nuestra difícil misión; todos sabéis cuán amenazada está la existencia del pueblo por las privaciones que impone la guerra. El cambio político no debe impedir el abastecimiento de la población. El primer deber de todos estriba en permanecer donde cada cual se halle, en el campo o en la ciudad, y en no poner obstáculos a la producción de víveres ni a su transporte a las ciudades. La falta de comestibles representa la miseria para todos. Los más pobres sufrirían más que nadie y los trabajadores industriales sufrirían de la escasez en forma insospechada aún. Ciudadanos: os ruego que abandonéis las calles. ¡Cuidad de la tranquilidad y el orden!" Ese día, en la Plaza del Rey, Scheidermann —otro líder del P.S.D.— proclama la república. A partir de ese momento el nuevo gobierno busca institucionalizar la revolución.

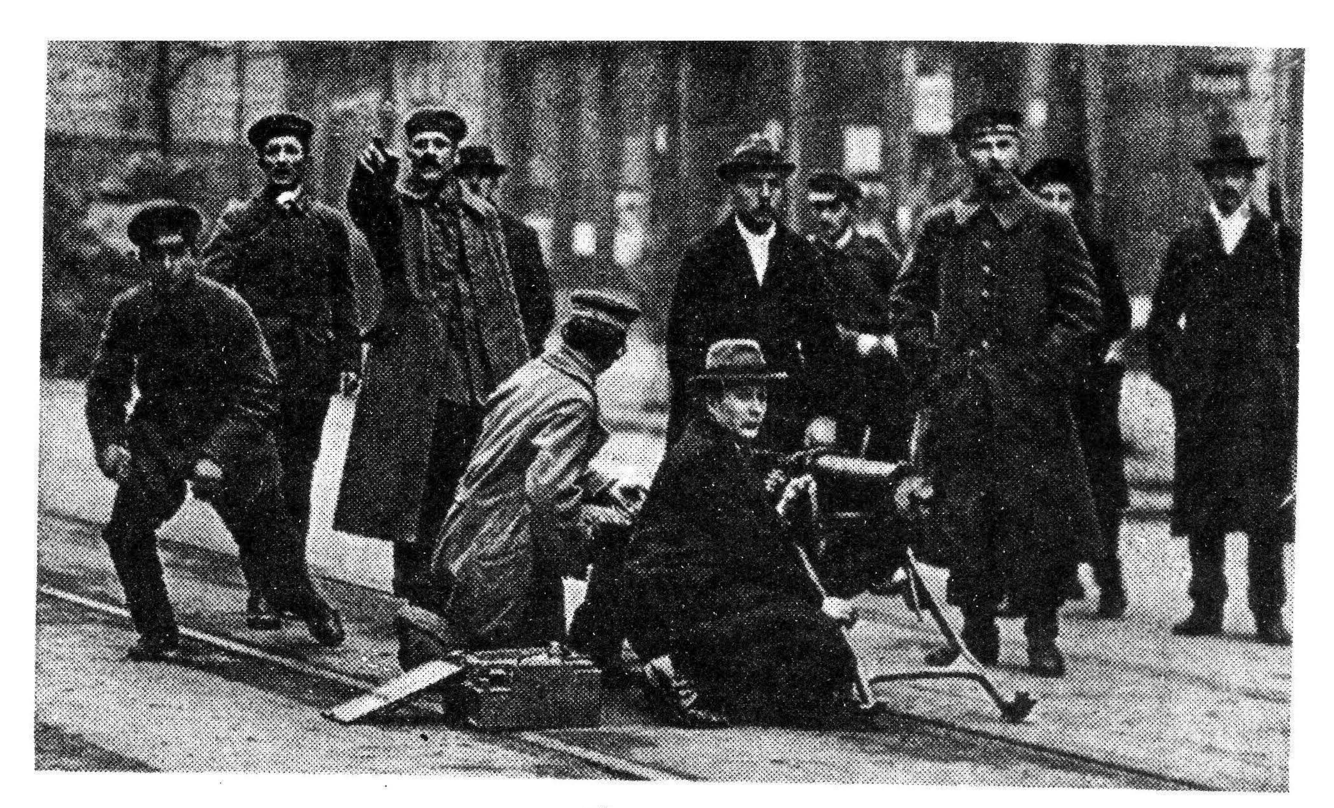
Al mismo tiempo se realiza otra concentración frente a los balcones del palacio imperial, el cual, junto a Correos y Telégrafos y la agencia Wolff, habían sido tomados por los socialistas independientes y los espartaquistas. En uno de los balcones del palacio apareció Karl Liebknecht, quien, siguiendo un camino muy diferente al de Scheidermann, llamó a la constitución de un gobierno basado en los Consejos de Obreros y soldados y a la alianza con la revolución bolchevique. Cuando finalizó su discurso los manifestantes coreaban: "¡Viva Karl Liebknecht, primer presidente de la República Socialista!" La socialdemocracia ante estos hechos aceleró sus negociaciones en la constitución del nuevo gobierno intentando ganarse a los independientes ambiguos. Más aún: la presión popular los obliga a proponer a Liebknecht que participe, pero las condiciones de este —"todo el poder para los Consejos"— espanta a los dos grupos y los espartaquistas se niegan a colaborar.

El acuerdo entre los socialistas mayoritarios y los independientes se materializó con la constitución de un gobierno de "Comisarios del pueblo" que detentaba el poder ejecutivo. Este consejo estaba integrado por Ebert, Scheidermann y Landsberg por los mayoritarios; Hasse, Dittman y Barth por los independientes.

Ebert deseaba convocar a la Asamblea Constituyente cuanto antes a fin de definir esa ambigua situación en la que el poder político real era detentado por los Consejos de obreros y soldados, que hacia el 10 de noviembre habían llegado a ser más de diez mil. La mayoría de los independientes sostenían, en cambio, que debían realizarse reformas importantes, que se debía entregar transitoriamente para ello el poder a los Consejos de obreros y soldados, reunidos en un congreso nacional, y que una vez concretadas esas reformas, tendría que reunirse entonces la Asamblea Constituyente. Pero su debilidad determinó que la posición de los mayoritarios se impusiera fácilmente.

Así, en lo fundamental, el aparato estatal permaneció intacto. Los ministerios funcionaron con la vieja burocracia, la justicia con los viejos jueces y el ejército con los generales del ejército del Reich y bajo la jefatura del general Hindemburg. La batalla se libraría ahora contra los organismos de poder obrero.

Los espartaquistas avanzaban en sus movilizaciones. El 10 se apoderaron del **Die Lokalanzeige** (pe-



Textos de Rosa Luxemburgo
La transformación pacífica de Alemania

... En el espacio de pocos días la situación interior del Reich ha sufrido una profunda conmoción cuya importancia escapa aún a amplias capas del pueblo. Alemania ha entrado en la vía que conduce del Estado autocrático *(Obrikgeitsstaat)* al Estado popular*(Volksstaat)*... Los representantes de nuestro Partido han hecho el sacrificio de entrar en el Gobierno (Max de Bade), únicamente para impedir la ruina de nuestro país y el hundimiento de su economía. En esta terrible situación, si han aceptado un puesto responsable es con la ardiente voluntad de aportar a nuestro país la paz y la libertad. Este Gobierno, del que forman parte varios socialdemócratas, debe ser el Gobierno de la paz y de reformas democráticas. Sólo formaremos parte de él mientras siga siendo tal Gobierno...
La renovación interna de Alemania no será en ningún caso el resultado del caos bolchevique ni de la guerra civil. Esta no haría más que añadir a los raudales de sangre que corren en el frente, a la desgracia que se ha abatido sobre Alemania, nuevos raudales de sangre y una nueva desgracia; no haría más que acrecentar la miseria y el hambre y excitar la rapacidad anexionista de nuestros enemigos. ¡No! Como siempre lo han declarado los representantes autorizados del Partido Socialdemócrata, nosotros queremos conducir progresivamente nuestro sistema estatal a la democracia por el canal de una transformación pacífica. Todas las maniobras encaminadas a fomentar **putchs** ponen trabas a esta evolución y sirven a la contrarrevolución. En el momento en que se ve despuntar el alba de la paz y de la libertad, la clase obrera consciente, en el frente y en la retaguardia, no se dejará llevar a actos irreflexivos que sólo benefician, en última instancia, a los enemigos del pueblo.

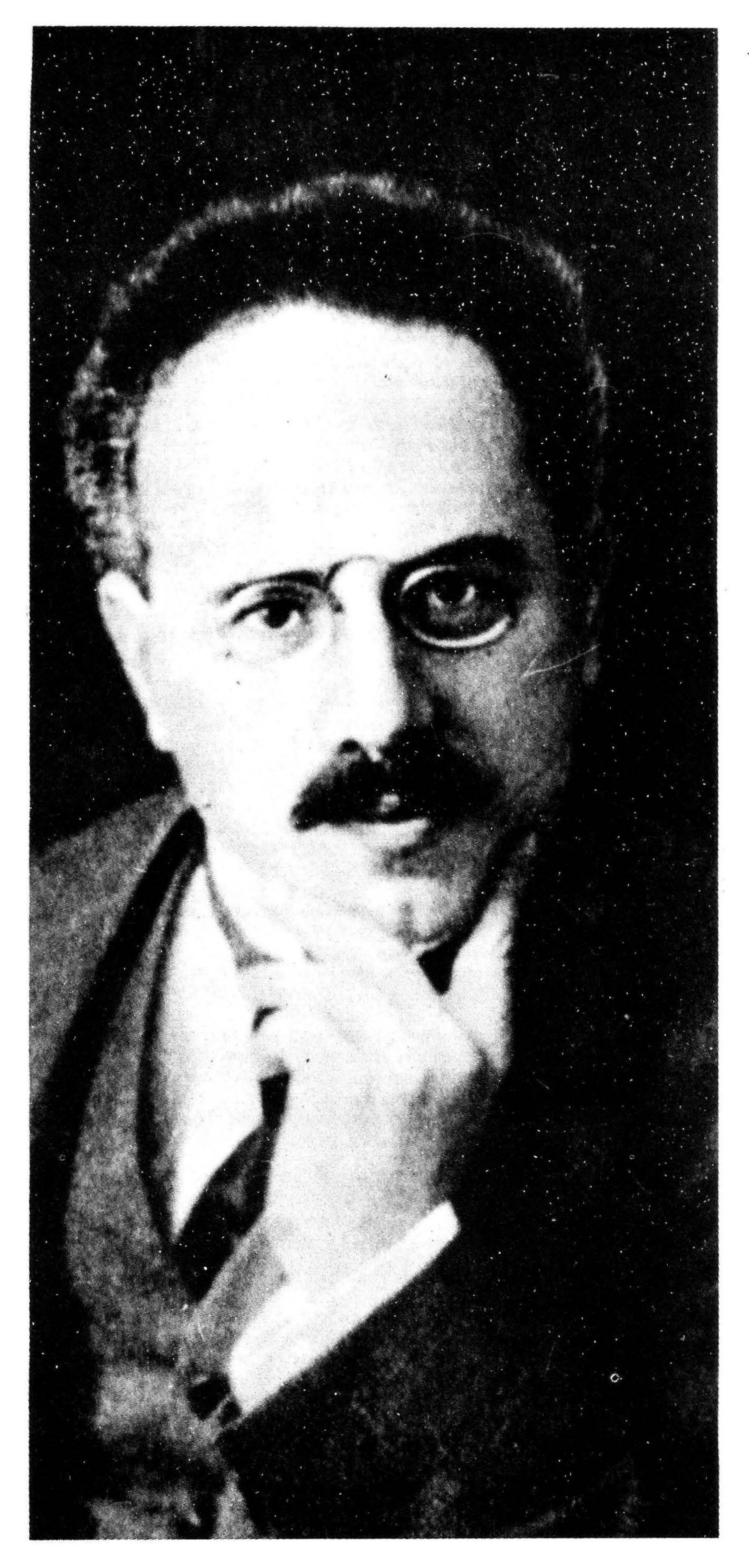
(*Vorwärts, 17 de octubre de 1918,* citado por G. BADÍA, *Les Spartakistes,* París, Juliard, 1966.)

La burocracia

"con la supresión de la vida política en todo el país no puede suceder otra cosa que el deterioro progresivo de la vitalidad de los Sóviets. Sin elecciones generales, sin completa libertad de prensa y de reunión, sin libertad para discutir, la vida en cualquier institución pública se convierte en una farsa en la que lo único que permanece activo es la burocracia. Nada puede escapar a esta ley. Gradualmente la vida pública desaparece; gobiernan unas pocas docenas de líderes partidarios sumamente enérgicos e idealistas; entre ellos, en realidad una docena de líderes destacados gobierna, y la élite de la clase trabajadora es conminada a asistir de tanto en tanto a algún mitin para aplaudir los discursos de los dirigentes y adoptar resoluciones por unanimidad; en el fondo éste es el gobierno de una *clique* —una dictadura, es verdad, pero no la dictadura del proletariado, sino un puñado de políticos, dicho en el sentido burgués del término".

(*La Revolución Rusa,* 1918.)

riódico de extrema derecha), que a partir de ese día se convirtió, con el nombre de **Die Rote Fahne** (La bandera Roja) en órgano del grupo Espartaco. **Die Rote Fahne** calificó lo que estaba pasando de "revolución burguesa", término que los socialistas mayoritarios rechazaban por "calumniosa". "Sucede —escribía el órgano espartaquista— lo que en todas las revoluciones burguesas: los acontecimientos se precipitan, todos los sucesos se presentan con bordes ígneos, el día tiene una atmósfera de éxtasis. Así hablaba Carlos Marx, pero también habló de la modorra que sigue a todas las revoluciones burguesas. Cuidémonos de que no nos embargue la somnoliencia."
Mientras Ebert y su gobierno hacían un llamado a los obreros para que abandonaran las manifestaciones callejeras, **Die Rote Fahne** contestaba: "Nosotros pedimos, por el contrario, que nadie abandone la calle, sino que todo el mundo permanezca armado y alerta. La invitación del nuevo canciller, que ha sustituido al derrotado emperador, se dirige a enviar a las masas a sus hogares para mejor poder restablecer el viejo orden de cosas. ¡Obreros, soldados! ¡Permaneced alertas!".
Y no era otra la intención del Consejo de Comisarios del Pueblo. El 15 de noviembre se da a publicidad un acuerdo realizado entre los sindicatos y la patronal. En él se incluyen una serie de reivindicaciones gremiales, que de hecho habían sido ya impuestas por los trabajadores, tales como la jornada de ocho horas y la creación de comisiones paritarias, a las que después se agregaron los convenios colectivos de trabajo. No cabe duda de que la **Rote Fahne** no se equivocaba al señalar que los cambios propuestos por el nuevo gobierno no vulneraban el poder del capital y desconocían abiertamente el poder alcanzado por los consejos obreros.
Los mayoritarios coincidían con los independientes. Kautsky y Bernstein opinaban que la socialización solo sería posible cuando la industria llegara a su madurez y que no era tal el estado de la industria alemana; por lo tanto lo viable era una socialización progresiva y lenta que evitara la



Karl Liebknecht

desorganización de la producción. Las movilizaciones continuaban casi ininterrumpidamente. "El 6 de diciembre —relata Ramos Oliveira— hubo una manifestación obrera en el norte de Berlín. Las tropas dispararon contra los manifestantes, mataron a dieciséis personas e hirieron gravemente a otras doce. El mismo día, grupos de soldados armados, acaudillados por jefes reaccionarios, llegaron hasta la cancillería con la intención de detener al Consejo Ejecutivo. Esta audacia asombró a los ministros. Mandaba las fuerzas en cuestión un tal Spiro, que ya había visitado días antes, con otros individuos de su regimiento, a Ebert, y se había declarado en favor del gobierno y en contra del grupo Espartaco. Ebert juzgó innecesario semejante apoyo y recomendó a sus visitantes la conveniencia de que siempre anduvieran juntos obreros y soldados. La lucha contra la revolución adoptaba en este caso la forma de defensa del gobierno. La reacción estaba ya en la calle."
El 16 de diciembre se reunió el Congreso Nacional de Consejos, que, dominado por los mayoritarios, resolvió la entrega del poder a la Asamblea Constituyente a elegirse el 19 de enero. En el Congreso se pusieron en evidencia los desacuerdos en el Partido Socialdemócrata Independiente. Se formaron en fracciones: Hasse y Dittman, a la derecha y, a la izquierda y con posiciones cada vez más cercanas al espartaquismo, Müller, Ledebour y Däuming que eran apoyados por más de 100 delegados.

La fundación del Partido Comunista Alemán

Los espartaquistas se habían separado definitivamente del P. S. I. cuando éstos aceptaron formar parte del nuevo gobierno. Convocada una Conferencia Nacional en Berlín, el 29 de diciembre de 1918 es fundado el Partido Comunista Alemán. En el confluirán, además de Espartaco, los grupos de izquierda de Bremen, Hamburgo, Dresde, Brunswick,

El programa espartaquista (1919)

Desde las más elevadas instancias del Estado hasta la última de las comunas la masa proletaria debe liquidar los órganos de dominación de la hegemonía burguesa: consejo de ministros, parlamento, municipios.
A este efecto, debe apoderarse del poder mediante sus propios órganos de clase. A través de sus Consejos de obreros y de soldados, deberá ocupar todos los cargos, supervisar todas las funciones, medir todas las necesidades sociales, sus propios intereses de clase y las tareas socialistas. Sólo una influencia recíproca, contantemente viva, entre las masas populares y sus órganos, los Consejos de obreros y de soldados, puede garantizar la conducción de la sociedad con un espíritu comunista...
La revolución proletaria no implica en sus fines ningún tipo de terror, aborrece y odia el crimen. No tiene necesidad alguna de derramar sangre, porque no ataca a los seres humanos, sino a las instituciones y a las cosas. No desciende al ruedo con ingenuas ilusiones, de las que deba vengar su decepción mediante el terror. No es la tentativa desesperada de una minoría que intenta moldear el mundo según su ideal a fuerza de violencia. Resulta de la acción de las grandes masas, llamadas a millones para cumplir su misión histórica y transformar en realidades las necesidades imperiosas de la totalidad del pueblo...
Para permitir al proletariado la realización de las tareas que preceden, he aquí las proposiciones prácticas adelantadas por la Liga Espartacus:

Medidas inmediatas de autoprotección de la revolución.

1. Desarme de toda la policía, de todos los oficiales y de los soldados no proletarios. Desarme de todos aquellos que estén cercanos a las clases dominantes.
2. Requisamiento de todos los depósitos de armas y de municiones, así como de las empresas de abastecimientos por mano de los Consejos de obreros y de soldados.
3. Armas a toda la población proletaria masculina y adulta como milicia obrera. Formación de una guardia proletaria de los Consejos como parte activa de la milicia encargada de defender la revolución permanentemente contra los golpes de fuerza y las traiciones de la reacción.
4. En el Ejército, supresión del poder de mando de los oficiales y suboficiales. La tropa los substituirá por jefes electos y constantemente revocables. Supresión de la obediencia militar pasiva y de la justicia militar. Disciplina consentida libremente.
5. Exclusión de los oficiales y capituladores fuera de todos los Consejos de soldados.
6. Supresión de todos los organismos políticos y administrativos del antiguo régimen, que serán substituidos por los hombres de confianza de los Consejos de obreros y de soldados.
7. Creación de un tribunal revolucionario que juzgará en última instancia a los principales responsables de la guerra y de su prolongación, los dos Hohenzollern, Ludendorff, Hindenburg, Tirpitz, y sus cómplices, igual que a todos los conspiradores de la contrarrevolución.
8. *Requisamiento inmediato de todas las subsistencias para asegurar la alimentación del pueblo.*

Primeras medidas de orden político y social.

1. Liquidación de los Estados aislados en el Reich; república socialista una e indivisible.
2. Supresión de todos los parlamentos y de todos los municipios. Sus funciones serán asumidas por los Consejos de obreros y de soldados, y por los comités y organismos que de ellos se desprenden.
3. Elecciones para los Consejos de obreros en toda Alemania, con la participación de toda la población obrera de ambos sexos, en la ciudad y en el campo, con la empresa como base. Igualmente, elecciones para los Consejos de soldados por los sombres de la tropa, excluyendo a los oficiales y capituladores. Derecho para los obreros y para los soldados a revocar en cualquier momento a sus delegados.

4. Elección por los delegados de los Consejos de obreros y de soldados de toda Alemania, de un Consejo central de los Consejos, que deberá nombrar en su seno a una delegación ejecutiva, como instancia suprema del poder a la vez legislativo y administrativo.
5. Reunión del Consejo central de los Consejos, al menos cada tres meses para empezar, reeligiendo cada vez a la totalidad de los miembros del mismo, a fin de facilitar que se mantenga un control permanente sobre la actividad del ejecutivo y un contacto vivo entre las masas de los Consejos locales de obreros y de soldados del país y el órgano más alto del poder. Derecho de los Consejos de obreros y de soldados a revocar y substituir en cualquier momento a sus representantes en el Consejo central, en el caso de que éstos no se comportasen como les corresponde por su mandato. Derecho para el Ejecutivo a nombrar y a revocar a los comisarios del pueblo y a toda la administración central, bajo control del Consejo central.
6. Abolición de todos los privilegios, órdenes y títulos. Igualdad completa de los sexos ante la ley y ante la sociedad.
7. Introducción de leyes sociales decisivas, acortamiento de la jornada laboral con vistas a solucionar el problema del paro y teniendo en cuenta el debilitamiento físico de los obreros durante la guerra mundial. Jornada laboral de seis horas como máximo.
8. Transformación inmediata de las condiciones de alimentación, vivienda, higiene y educación dentro del sentido y del espíritu de la revolución proletaria.

Reivindicaciones económicas inmediatas.

1. Confiscar todas las fortunas e ingresos dinásticos en beneficio de la colectividad.
2. Anular todas las deudas de Estado y todas las demás deudas públicas, al igual que todos los créditos de guerra, exceptuando las suscripciones inferiores a determinado nivel, que será fijado por el Consejo central de los Consejos de obreros y de soldados.
3. Expropiar los bienes raíces de todas las empresas agrarias grandes y medianas; formar cooperativas agrícolas socialistas con una dirección unificada y centralizada para todo el país; las pequeñas empresas campesinas estarán en manos de sus explotadores hasta el momento en que éstos se unan voluntariamente a las cooperativas socialistas.
4. Supresión de todo derecho privado sobre Bancos, minas y carreteras, y todas las demás empresas importantes de la industria y del comercio en provecho de la Repúblico de los Consejos.
5. Expropiar todas las fortunas a partir de determinado nivel que será fijado por el Consejo central de los Consejos de obreros y de soldados.
6. La República de los Consejos se apropia de todo el conjunto de transportes públicos.
7. Elección en cada fábrica de un Consejo de fábrica que tendrá como misión el solucionar los asuntos internos de acuerdo con los Consejos de asuntos internos de acuerdo con los Consejos de obreros, fijar las condiciones de trabajo, controlar la producción y finalmente substituir totalmente a la dirección de la empresa.
8. Formación de una comisión central de huelga, que agrupe a los delegados de los Consejos de fábrica comprometidos en el movimiento huelguista por todo el país. Esta comisión deberá coordinar la dirección de las huelgas frente al Estado y al capital, y asegurarles el apoyo extremadamente enérgico del arma política de los Consejos de obreros y de soldados.

Tareas internacionales.

Reemprender inmediatamente las relaciones con los proletarios del extranjero, para asentar la revolución socialista sobre unas bases internacionales y para imponer y mantener la paz mediante la fraternización internacional y el alzamiento revolucionario del proletariado en cada país.

(Comentario y transcripción de Claude Klein: *De los espartaquistas al nazismo: La República de Weimar*. Barcelona, Península, 1970.)

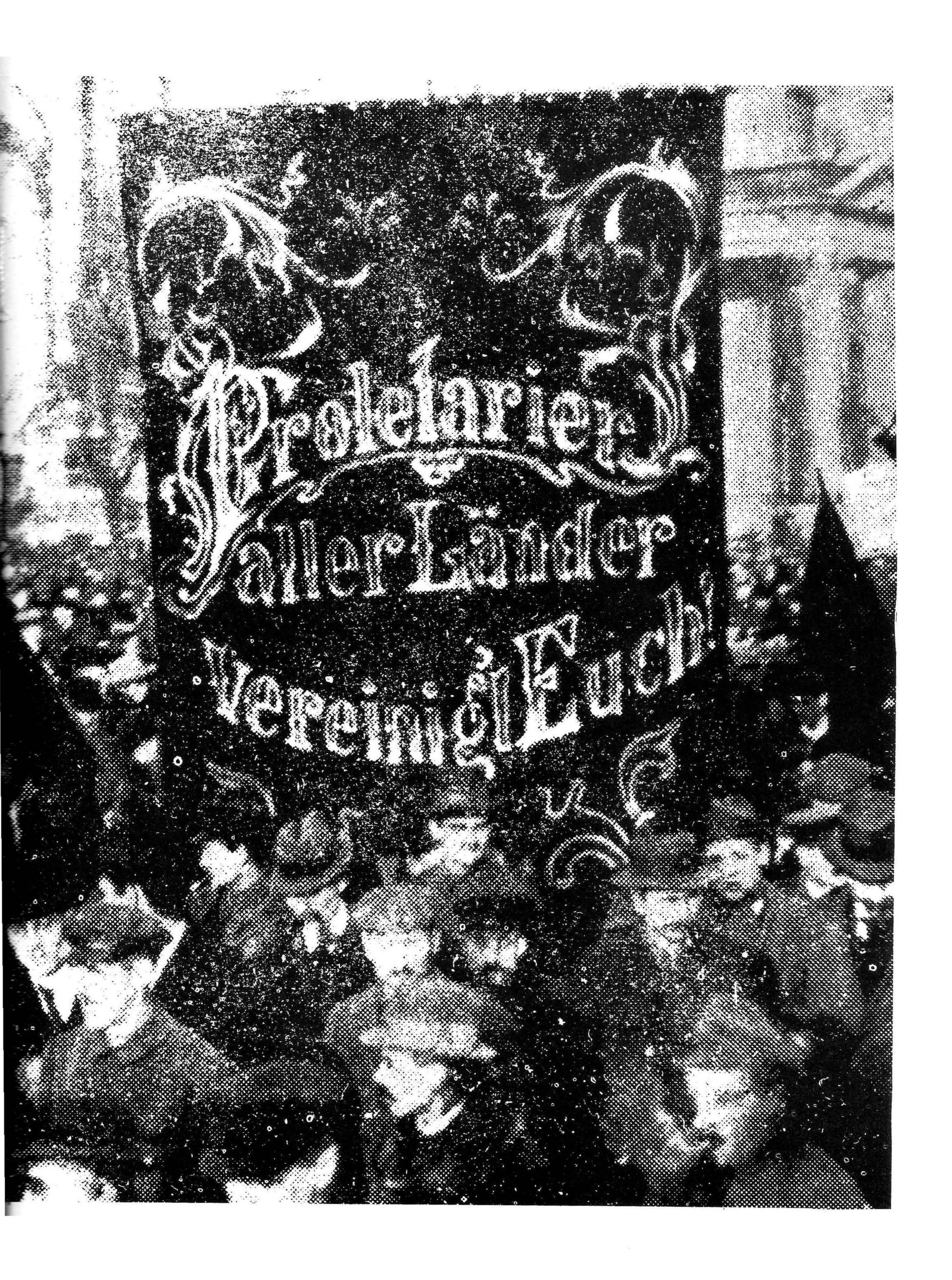
etc., que funcionaban bajo el nombre de "comunistas internacionalistas".
Las resoluciones del congreso, en contra de las posiciones de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, colocaron al partido en una posición ultraizquierdista, que exigía del movimiento obrero y de la revolución alemana más de lo que éstos podían dar y colocándose ellos mismos por encima de ese proceso. El partido se pronunciaba en contra de toda participación en la Asamblea Constituyente convocada por el gobierno y hacía un llamado a la insurrección que impidiera su materialización. Rosa Luxemburgo comprendía que la situación revolucionaria estaba deteriorada, que el capitalismo "herido de muerte" se revitalizaba y la república se consolidaba y que había que organizarse y prepararse para el momento oportuno. Pero a pesar de su autoridad en el partido, estaba en minoría y hubo que acatar las resoluciones del Congreso. Lo mismo sucedió en la controversia con respecto al levantamiento de enero, al que Rosa Luxemburgo se opuso por considerarlo prematuro.

La insurrección de enero de 1919

Ebert no deseaba más que pacificar el país, neutralizar el peligro que significaban para la constitución de la República los obreros en las calles. Atrincherados en el palacio real, los tres mil marineros llegados de Kiel, Wilhemshaven y Hamburgo en los primeros días de la revolución constituían una amenaza de insurrección permanente. Ebert decidió terminar con ello: provocó a los marineros y éstos, al reaccionar, fueron reprimidos sangrientamente por el ejército. A partir de este momento el nuevo gobierno actuó ya abiertamente en contra de la izquierda, decidido a ahogar en sangre los próximos intentos insurreccionalistas. En apoyo a los marineros se realizaron manifestaciones populares que llegaron a tomar el local del

"Proletarios de todos los países, uníos." La movilización obrera en las calles durante la "semana roja de Berlín".




Proletarier
aller Länder
vereinigt Euch!

Vorwäts, que por varios días se convirtió en **Rote Vorwäts (Vorwäts Rojo).**
Los comisarios socialistas independientes renunciaron a sus cargos en el Consejo pues no podían avalar la brutal represión de que era objeto la clase obrera, mientras Gustav Noske se convertía en el jefe de los nuevos cuerpos especiales del ejército que surgían para reprimir a los revolucionarics.
La destitución de Eichhorn, socialista independiente, como jefe de policía sirvió de empuje final al P.S.I. que, junto con el P.C.A., lanzó un llamado a la huelga general contra el gobierno. Se constituyó un Comité Militar revolucionario con Ledebour, Liebknecht y Paul Scholze como presidentes, que lanzó una proclama dirigida al pueblo berlinés que decía: "¡Salid en manifestación contra los Ebert-Scheidermann y su pandilla, esos representantes disfrazados de los intereses de la burguesía!". Al llamado respondieron los obreros el 5 de enero de 1919 y la insurrección estalló en las calles de Berlín. "Celebróse la manifestación. A las 6 de la tarde la muchedumbre rodeaba el rojo edificio de la Jefatura de Policía, en Alexanderplatz. Se vitoreó al presidente amenazado (Eichhorn), pero no pasó nada más. Al oscurecer, una parte de los manifestantes se retiró a sus casas. Pero los grupos más combativos marcharon al distrito de la prensa y tomaron por asalto las imprentas editoriales de Rudolff Mosse, Ullstein, Scherl y Buxenstein. Aquella misma noche afirmó Dorrembach en una reunión de líderes de izquierda, espartaquistas, independientes y delegados de las fábricas que la división de la marina y los regimientos de Berlín se hallaban dispuestos a derribar al gobierno. En Spandau disponían los revolucionarios de 2.000 ametralladoras y 20 cañones. Se votó la revolución, y por 64 votos contra 6 acordaron los reunidos desarrollar el movimiento iniciado con la ocupación del distrito de prensa."
Noske establece su cuartel general en los suburbios de Berlín y allí se dedica a concentrar las fuerzas para detener la insurrección mientras el comité revolucionario se

Manifiesto del Partido Comunista Alemán

A los Obreros y Obreras,
A los Soldados Revolucionarios de Alemania:

El Gobierno de Ebert y de Scheidemann ha hecho asesinar a Carlos Liebknecht y a Rosa Luxemburgo. Los relatos que publica con respecto a su asesinato no son más que mentiras descaradas. Carlos Liebknecht no ha sido muerto al tratar de huir, por la sencilla razón de que no se le pudo pasar por las mientes huir. Carlos Liebknecht ha sido asesinado por la soldadesca del Gobierno Ebert-Scheidemann, como lo fueron los obreros hechos prisioneros sin armas en el edificio del *Vorwaerts*, y cuyos cuerpos están tendidos en el patio del cuartel Alejandro. Rosa Luxemburgo ha sido muerta en el auto, de un tiro de revólver disparado por un desconocido, dice el informe mentiroso del Gobierno. Pero nadie creerá que cualquiera pueda montar en un automóvil en plena marcha y lleno de hombres armados, y elegir su víctima entre todos los que se encuentran dentro. O bien, Rosa Luxemburgo ha sido transportada sin guardia, a fin de que asesino pagado pudiera matarla más fácilmente, o bien ha sido asesinada por la soldadesca de Ebert y Scheidemann. La desaparición de su cuerpo tuvo por objeto hacer desaparecer al mismo tiempo las huellas del asesinato.
Ante el proletariado alemán y el proletariado internacional nosotros acusamos al Gobierno Ebert-Scheidemann de ser responsable de este crimen. Ninguna frase de disculpa podrá lavarlo de esta acusación, pues si intentase hacer recaer la responsabilidad sobre los oficiales o los soldados, los obreros y obreras de Alemania le responderían: "No sólo sois asesinos, sino que sois también cobardes, pues ¿quién confiere a los generales del káiser a los Märker, a los Lüttwitz y demás soldadotes de Guillermo, el poder de decidir de la vida y la muerte de los obreros de Berlín, sino el Gobierno de Ebert y Scheidemann? ¿Quién ha dejado impune el asesinato de los siete parlamentarios sin armas de la guarnición del *Vorwaerts*, concediendo así carta blanca para todos los asesinatos cometidos por una soldadesca excitada, sino el Gobierno de Ebert y Scheidemann? Después de haber aplastado y desarmado a los obreros de Berlín, con ayuda de la juventud dorada, de mercenarios pagados y de los generales, se proponía, asesinando a Carlos Liebknecht y a Rosa Luxemburgo, decapitar al proletariado alemán, para poder, sin peligro, venderlo a los capitalistas, a la Asamblea Nacional. ¡Obreros y obreras de Alemania! ¡Soldados revolucionarios!
Todas las palabras son demasiado débiles para expresar junto a los cuerpos aún calientes de nuestros grandes campeones de la Revolución proletaria, los sentimientos que llenan y desgarran nuestro corazones. Las quejas y maldiciones están de más aquí. Nuestros muertos vivirán para siempre en el corazón del proletariado alemán, del proletariado internacional, pues ellos son los que en la hora en que la democracia vendía a los obreros alemanes al Moloch de la guerra, alzaron valientemente la bandera de la revolución proletaria y, sin preocuparse de la cárcel ni del presidio, llamaron a los obreros revolucionarios a luchar para liberarse de las garras del capitalismo asesino. Sus nombres quedarán eternamente grabados en los anales de la Internacional, como los nombres de quienes, en medio de la matanza universal, empeñaron la lucha contra el capitalismo mundial, al grito de: *¡Proletarios de todos los países, uníos! En la hora actual no se trata de lamentarse, ni de querer vengar ciegamente, en la persona de los asesinos, el asesinato de nuestros grandes campeones.* Se trata de jurar ante estos dos cuerpos ensangrentados, *que nosotros llevaremos su obra hasta el fin,* que izaremos la bandera de la revolución proletaria en la cima de la ciudadela del capitalismo, en el edificio del Gobierno social-traidor. La lucha será larga. En esta lucha debemos obedecer, no a sentimientos, sino a la fría razón. Comprendemos muy bien que muchos de vosotros querrán vengar en la persona de Scheidemann, de Ebert y de Noske, el cobarde asesinato de que ellos son responsables. *Obreros, nosotros os ponemos en guardia contra atentados terroristas en la persona de los jefes de ese Gobierno de traidores.* Vendría en seguida otra canalla a ocupar el lugar de esa canalla muerta; el capitalismo

alemán es suficientemente rico para comprar nuevos Judas, y explotará cualquier atentado contra las personas sagradas de los miembros de un Gobierno que le es devoto para hacer caer de nuevo sobre vuestras cabezas su espada nuevamente afilada, mientras vosotros no estéis agrupados y organizados para la lucha decisiva.

¡Obreros! La insurrección berlinesa del 6 al 12 de enero, que provocó el Gobierno de Ebert y Scheidemann, ha terminado con la derrota del proletariado. Es evidente que una gran parte de la clase obrera no se ha liberado aún de la influencia de los social-traidores. Solamente en una pequeña parte de Alemania los obreros han sabido transformar los Consejos de Obreros y Soldados en órganos de combate contra el Gobierno de lacayos del capital. Toda acción armada prematura no serviría más que para proporcionar al Gobierno de Ebert y Scheidemann la ocasión de destrozar a la vanguardia del proletariado, antes que el grueso del Ejército pueda acudir en su socorro.

Nuestra victoria es segura. El Gobierno, perro de presa del capital, no podrá contener el paro creciente. El Gobierno tumbado a los pies del capital de la Entente, no recibirá de él pan, sino tan sólo puntapiés. No se atreverá a ir a buscar pan entre los que detentan la tierra y los campesinos ricos. Ha roto con Rusia, con la Rusia obrera, que nos ha ofrecido pan. El hambre y el paro traerán a nuestras filas a los obreros que van aún a la zaga de Scheidemann y Ebert. Más pronto de lo que ellos piensan serán agarrados de la nuca, por esta Revolución proletaria que creen vencida, desarmada, decapitada. ¡Obreros y obreras, soldados revolucionarios de Alemania!

Id de fábrica en fábrica, de taller en taller, enseñad los cadáveres de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo y decid: "Los que durante siglos nos han explotado y oprimido, los capitalistas, los latifundistas, los banqueros, los mercaderes, todos esos están bajo la protección del Gobierno de Ebert y Scheidemann y engordan con el producto de vuestro trabajo; pero Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht, que durante toda una generación lucharon y sufrieron por la liberación del proletariado, yacen asesinados por los canallas del Gobierno de Ebert y Scheidemann. *¿Lo soportaréis?*

Si los sentimientos proletarios de los obreros y obreras de Alemania se revuelven contra eso, entonces, decidles: *¡Es preciso luchar! ¡El día en que lo que era mortal en Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, se devuelva a la tierra, que ningún obrero consciente se quede en el taller y trabaje para el capital!* Todos los obreros por cuyas venas corra aún sangre, deberán *lanzarse a la calle.* Sin armas, pacíficamente, las masas proletarias deben desfilar a los gritos de:

¡Abajo el Gobierno de Ebert y Scheidemann, que protege a los capitalistas y asesina a los combatientes del proletariado!
¡Abajo todos los auxiliares, los generales y oficiales del kaiser!
¡Abajo la guardia blanca de sus mercenarios!
¡Basta ya de armamentos de la burguesía!
¡Abajo los consejos de obreros y soldados que sostienen a este Gobierno de asesinos de obreros!
¡Reelección de los Consejos de obreros y soldados!
¡Abajo la Asamblea nacional de la burguesía y de sus lacayos social-patriotas! ¡Todo el poder a los Consejos de obreros y soldados revolucionarios!

Con los estandartes que lleven estas consignas de batalla a todos los rincones del mundo, cubriréis los cuerpos de Carlos Liebknecht y de Rosa Luxemburgo, y cuando la tierra haya amortajado sus cuerpos, llevaréis esos gritos de guerra que eran los suyos a vuestros talleres y a vuestras casas, y no deberá cesar el clamor mientras los asesinos no sean derribados, mientras sus cadáveres, políticamente hablando, no sean arrojados, descompuestos, a los montones de inmundicias de la historia, mientras la liberación del proletariado no se haya realizado. Entonces, pueblo libre sobre una tierra libre, nosotros elevaremos a nuestros mártires un monumento más alto y más indestructible que las pirámides de Egipto: *¡La República soviética de Alemania!*

(*El Comité Central del Partido Comunista de Alemania* [*Liga Spartacus*], febrero de 1919.)

enreda en discusiones internas. Mientras tanto los socialistas independientes, Berstein, Kautskis, Hilferding y otros, intentan negociar con el gobierno sin éxito, pero dando tiempo a la reacción para que organice el contrataque. En una acción desordenada Espartaco toma el Reichstag, que al poco tiempo es reconquistado por las tropas. Se suceden enfrentamientos entre grupos obreros y el ejército y finalmente, la insurrección es derrotada en las calles de Berlín tras cinco días de lucha sangrienta. El 13 de enero los obreros retornan derrotados a sus puestos en las fábricas. El 15 el gobierno asesta un duro golpe al movimiento obrero: Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht son detenidos y asesinados.

Seis días después, la República de Weimar nace sobre la sangre derramada de cientos de obreros y dirigentes revolucionarios. Pero el fracaso de la revolución y la derrota de la Liga Espartaco (P.C.) no señalan el aplastamiento total de la clase obrera revolucionaria, que seguirá manifestando su combatividad contra la reacción en ocasiones tales como el **Putch** de Kapp y el levantamiento de los obreros del Ruhr.

"La República de los Consejos" de Baviera

Baviera, uno de los estados más federalistas de Alemania, vivió la crisis de noviembre de manera diferente. El 8 de noviembre, un día antes que en Berlín, la república fue proclamada en Munich. El líder del movimiento era Kurt Eisner, socialista independiente cuyo gabinete se apoyaba directamente en los Consejos de Obreros y de Soldados. Estos desempeñaron en Baviera un papel mucho más determinante que en el resto del país y el mismo gobierno trató de extender sus poderes en lugar de anularlos.

El 12 de enero, realizadas las elecciones de la Dieta bávara, Eisner consigue permanecer en ella a pesar de la aplastante mayoría de los partidos burgueses. Un día antes Espartaco había funda-

Rosa Luxemburgo. De relevante actuación en la política y la teoría económica, integró la vanguardia del movimiento espartaquista.









Romain Rolland. Enero rojo en Berlín

A pesar del sobrecogimiento producido por el asesinato de Liebknecht y Rosa Luxemburgo —ese vergonzoso atentado, ese bestial encarnizamiento con una mujer desvanecida, cuyo cuerpo jadeante es arrastrado por una banda de chacales para entregarse con él a infames profanaciones—, no parece que la Prensa francesa se haya dado perfecta cuenta de la gravedad trágica de estas jornadas de enero, no sólo para la Revolución alemana, sino para la paz del mundo. Los Gobiernos de la Entente y su Prensa burguesa dan pruebas de una singular ceguera. Tan singular, que uno se pregunta si no será voluntaria. Llevados del miedo que los invade ante los progresos de la idea comunista en Europa, han saludado con alivio la derrota de los espartaquistas, sin cuidarse de los peligros políticos que su desaparición entrañaba para la Entente. Su preocupación única por los intereses capitalistas los hace desentenderse de la inquietud que estos buenos nacionalistas deberán sentir hacia su nación.
Yo, por mi parte, que he seguido atentamente la marcha de los acontecimientos desde hace dos meses, me he convencido de que la reacción conservadora, militarista y monárquica, en Alemania, avanza a pasos agigantados, con ella se propagan, como una fiebre, los odios nacionales y las ideas de desquite. Y yo os grito: "¡Cuidado!" Vosotros, Gobiernos de la Entente, habéis contribuido a ello, con vuestra política torpe y contradictoria, dura y débil al mismo tiempo, con sus provocaciones brutales al orgullo nacional, de una parte, y de otra sus inauditas complacencias hacia ciertos Gobiernos alemanes. Pues decidme, ¿cómo habéis podido, vosotros que reclamáis ruidosamente el castigo del káiser y del kronprinz culpables, cómo habéis podido. cómo podéis aún negociar con un Erzberger, con el hombre que escribía: *Si se pudiese destruir a Londres entero, sería más humano que dejar desangrarse en el campo de batalla a un solo ciudadano alemán... Por cada barco echado a pique habría que destruir, por lo menos, una ciudad inglesa... ¡El sentimentalismo en la guerra es una estupidez criminal!...* ¿Cómo podéis apoyar con vuestros votos el triunfo de los Scheidemann, cómplice de la política imperialista, de los Ebert y los Noske, que llaman en su ayuda a los oficiales monárquicos y se inspiran en el Estado Mayor de Ludendorff, espíritu invisible y omnipresente, para aplastar a los espartaquistas, cuando éstos lo que quieren es que se acepten las lecciones de la guerra, que se acepte una paz leal, la reconciliación entre los pueblos?
Gobiernos burgueses de Europa, los intereses de vuestra clase os atan más que los de vuestra patria (y no hablo de los de la Humanidad, pues éstos todo el mundo sabe que os son completamente indiferentes).

(Fragmento de un texto del 4 de febrero de 1919, publicado por *L'Humanité* del 16-17-18 de febrero de 1919.

Dos imágenes del gabinete socialdemócrata. Arriba: Ebert se dirige a sus ministros en una reunión oficial. Abajo: Scheidemann, Haase, Ebert y Dittman.

En la foto de arriba: Kurt Eisner, asesinado en febrero por un extremista de derecha.
Abajo: Portada del periódico "Die Rote Fahne", órgano de la Liga Espartaco.

do su sección bávara. Los socialistas independientes, por su parte carecían de fuerza y organización, pero actuaban de común acuerdo.

Cuando el consejo de obreros llamó a una manifestación en protesta por la matanza en Berlín, la respuesta popular agudizó las contradicciones entre el poder del Consejo y la Dieta.

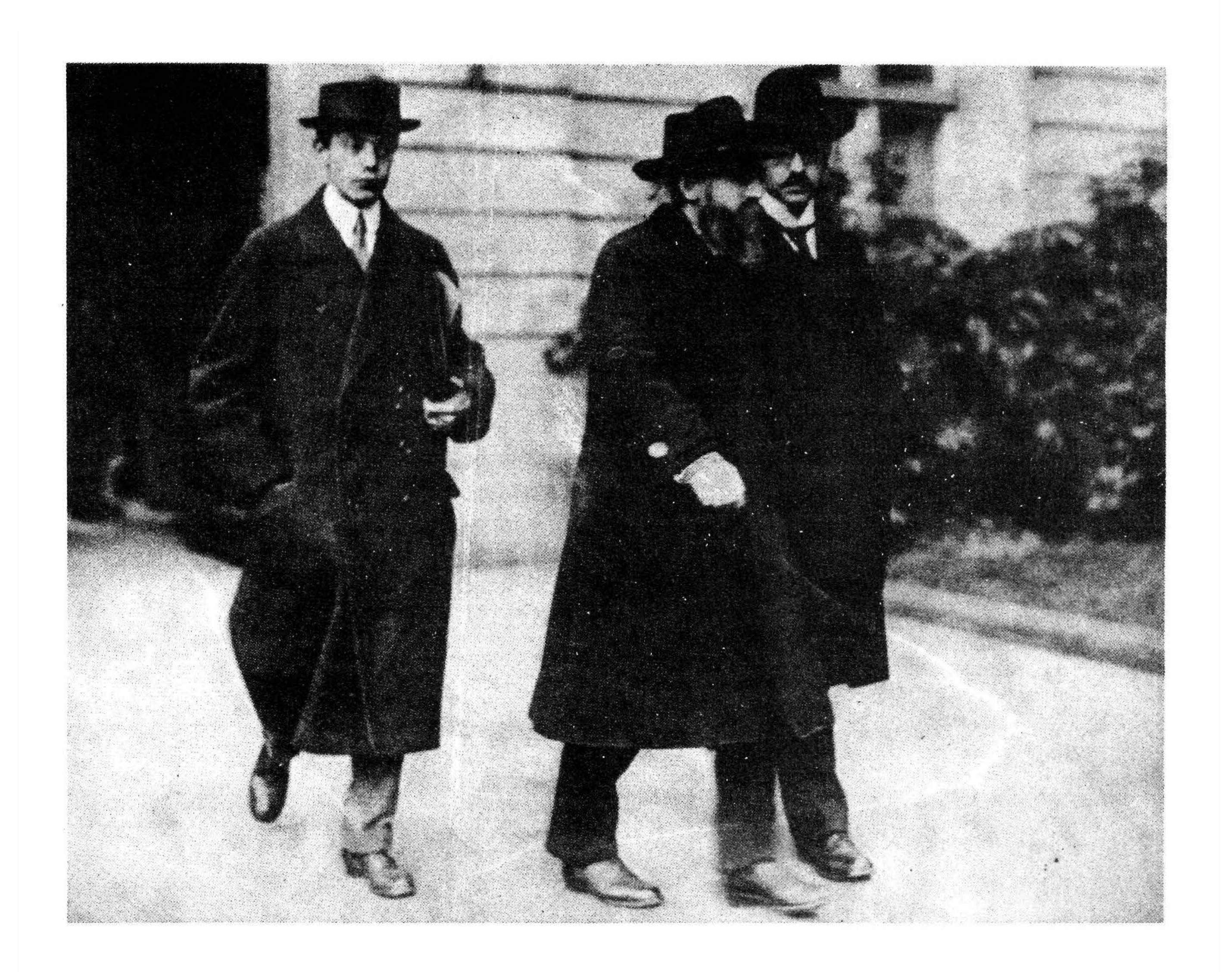
Eisner, que se transformaba en obstáculo cada vez más grande para la burguesía y el P.S.D., fue asesinado el 21 de febrero por un extremista de derecha. La reacción popular ante el crimen del líder fue inmediata. Los consejos asumieron la dirección real del estado; se prohibió la prensa burguesa y se entregaron armas al proletariado. La Dieta, presidida por Hoffman —socialista mayoritario—, huyó a Bemberg.

Pero el Estado de Baviera, a pesar de vivir un proceso más definidamente de izquierda, corrió la suerte del resto del país. En las comisiones designadas para el estudio de medidas de socialización también se encontraban representantes de la burguesía.

El movimiento bávaro, bajo la influencia de la proclamación de la república de Hungría, pugna por seguir su ejemplo. La República de los Consejos es proclamada en Munich el 7 de abril y en los días siguientes se adhieren las principales ciudades del estado. "La república bávara sigue el ejemplo de los pueblos ruso y húngaro" declaran. Pero era grande la diferencia. Tal como lo señala Badía: "Todo había ocurrido en la mesa de las deliberaciones, en tanto que, en la realidad, nada había cambiado. La República bávara estaba encabezada por revolucionarios llenos de ilusiones, visionarios algunos. El nuevo gobierno adoptó en el papel una cantidad de medidas —algunas de ellas excelentes— que no fueron ejecutadas". Entre las medidas tomadas por el gobierno de los consejos figuraban la nacionalización de los bancos y el aumento del salario real de los trabajadores. La República anunció que establecía relaciones con Rusia y Hungría y que rompía con "el despreciable gobierno de Ebert". Además proclamó "el fin de la era capitalista".

La Dieta había logrado apoyo de los campesinos y controlaba algunas ciudades importantes. Baviera expresaba claramente una situación de doble poder. Mas el estado de la revolución en el resto de Alemania no prometía larga vida a esta república. El campesinado bávaro paralizó el abastecimiento de productos agrícolas a Munich. Los comunistas, que habían advertido los peligros de la proclamación de la república sin un aval maduro del proletariado, participaron, a pesar de ello, activamente en su defensa. "Si con las medidas que se han previsto no se logra un resultado positivo en el más corto plazo no quedará otra solución que una intervención militar. La experiencia ha demostrado en otras ocasiones que cuanto más rápida y masiva es esa intervención menor es la resistencia y se derrama menos sangre." Tales los términos del telegrama enviado por el líder social demócrata Ebert a la Dieta presidida por Hoffman el 11 de abril. Este organiza su ejército de mercenarios y el 23 de abril se inició el ataque a Munich. Mientras la lucha se extendía, el gobierno de la República de los Consejos se quebraba internamente. Los comunistas eran alejados del poder y se imponían Toller, socialista independiente, y su sector conciliador.

La lucha se prolongó hasta el 4 de mayo. Hoffman defendió cruelmente la integridad de la nación alemana. Centenas de revolucionarios fueron fusilados por las tropas y cientos cayeron en la lucha. Después de la derrota fueron procesados 5.000 obreros, muchos de ellos condenados a muerte. El movimiento revolucionario fue aplastado en Baviera con todo el rigor de la reacción y así se preparó el terreno para que Baviera fuese la cuna del nazismo.



Preis 10 Pfg.

Die Rote Fahne

Zentralorgan des Spartakusbundes

Schriftleitung: Karl Liebknecht und Rosa Luxemburg

Eberts Blutweihnacht.

Matrosen haben nicht kapituliert. — Halten Schloß und Marstall besetzt. — Sicherheitsmannschaften und Teil der Soldatenwehr kämpfen auf Seite der Matrosen. — Teil Ebert'scher Truppen fraternisiert. — Feindliche Truppen meist entwaffnet. — Ultimatum von 10 Minuten. — Artillerie beschießt Schloß und Marstall. — Infanterie und Kavallerie stürmen. — Bewaffnete Arbeitermassen eilen zu Hilfe. — 70 Opfer. — Schloß und Marstall von den Matrosen behauptet. — Ebert-Scheidemann die Schuldigen. — Neue Ebert-Truppen im Anmarsch. — Matrosen klären sie auf. — Berliner Vollzugsrat vermittelt. — Wels abgesetzt.

Los últimos combates en Berlín

En los primeros días de marzo se produjeron nuevos enfrentamientos. La República de Weimar, constituida el 12 de febrero por una coalisión compuesta por el P.S.D., el **Zentrum** católico y los progresistas, enfrenta una situación caótica. El número de desocupados supera el millón, la producción ha disminuido, escasean los alimentos, las huelgas se suceden ininterrumpidamente, el marco se ha desvalorizado.

El P.C.A. organiza un comité de huelga con un programa de acción de cinco puntos: "reconocimiento de los Consejos obreros, libertad a los presos políticos, restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, constitución de una guardia obrera y disolución de las unidades mercenarias".

Una nueva huelga se inicia en Berlín el tres de marzo. Noske da entonces carta blanca a las tropas de Lüttwitz —a quien vemos nuevamente entre los líderes del Putch de Kapp— y cientos de obreros son fusilados. Leo Jogische, líder del P.C.A. y compañero de Rosa Luxemburgo, es detenido y asesinado en la cárcel. La represión se extiende a otras ciudades. En Magdeburgo, Brunswick y Leipzig el ejército impone por la fuerza nuevos gobiernos leales y disuelve a sangre los Consejos de Obreros y soldados. En poco tiempo la República de Weimar es "pacificada".

Rosa Luxemburgo



olvamos ahora atrás y detengámonos en Rosa Luxemburgo, figura descollante, junto con Liebknecht, del movimiento revolucionario alemán, cuya influencia, en especial en el campo de la teoría económica, se extiende hasta nuestros días.

Nacida el 5 de marzo de 1870 en una ciudad de la Polonia rusa, en el seno de una próspera familia burguesa judía, estudió en Varsovia, donde se adhirió al Partido Socialista Revolucionario "Proletarial", organización ligada a los terroristas rusos. En 1888 se trasladó a Zurich, donde estudió ciencias naturales y economía política. En esta ciudad se puso en contacto con un grupo de emigrados rusos y polacos: Plejánov, Axelrod, Parvus, Zasúlich. Allí también inició sus relaciones con Leo Jogiches.

En 1893, en el Congreso de la Segunda Internacional realizado en Zurich, Rosa Luxemburgo intervino con un planteo sobre la importancia de la caída del zarismo para la resolución de la cuestión nacional polaca. De ahí surgió el ofrecimiento de Karl Kautsky para que escribiera en el semanario de la socialdemocracia alemana, **Die Neue Zeit**, desde donde daría la batalla contra el revisionismo.

En 1896 se traslada a Berlín, donde contrae matrimonio simulado con un amigo para lograr la ciudadanía alemana. Dos años después ingresa a las filas del P.S.D.A. Escribe varios artículos en los periódicos del partido que luego serán recopilados bajo el título de **Reforma o Revolución,** y en las cuales polemiza con las tendencias revisionistas de la Tercera Internacional. En 1904 se publica su artículo sobre "Los problemas de Organización de la Socialdemocracia rusa". Polemiza con Lenin sobre la concepción organizativa del partido revolucionario y los poderes del Comité Central del Partido. Advertía sobre la necesidad de mantener de manera elástica las relaciones entre el Comité Central y los organismos de base y de evitar una rigidez que llevaría al enquistamiento de las funciones. Esta posición le valdrá el ataque reiterado de los bolcheviques, que, calificándola de espontaneísta, decían que ella depositaba excesiva confianza en la capacidad de movilización de las masas.

En 1905 publica un folleto sobre la experiencia rusa de 1905: **La Revolución ha estallado: ¿qué vendrá después?**

En marzo de 1906, de vuelta en Polonia, es detenida y procesada. En prisión escribe varios folletos.

En los momentos críticos del levantamiento de enero, Karl Liebknecht arenga a los espartaquistas. Liebknecht fue secuestrado y asesinado, junto a Rosa Luxemburgo, en los días posteriores a la insurrección espartaquista.

Manifestaciones obreras en las calles de Berlín. El ministro Noske enfrentó la insurrección con estas palabras: "Alguien tiene que ser el sanguinario y yo asumo la responsabilidad".

Textos de Rosa Luxemburgo

El vanguardismo y las técnicas putchistas

"La revolución proletaria no necesita practicar el terror para alcanzar sus objetivos, desprecia y odia el asesinato ... No constituye un desesperado intento de una minoría por modelar el mundo según sus ideales, sino la acción de millones de personas llamadas a cumplir su misión histórica y a transformar la necesidad histórica en realidad ... La Liga Espartaquista no es un partido que se propone tomar el poder por encima de la clase obrera o a través de la clase trabajadora ... La Liga Espartaquista jamás tomará el poder a menos que sea a través del claro y positivo deseo de una gran mayoría de las masas trabajadoras en Alemania, nunca de otro modo que con la aprobación consciente de sus opiniones, objetivos y métodos políticos de la Liga Espartaquista ... su victoria se encuentra no al principio sino al fin de la revolución: es idéntica a la victoria de muchos millones de trabajadores socialistas".

(Berlín, 1919.)

La sociedad socialista

"La esencia de una sociedad socialista consiste en esto, en que la gran masa trabajadora deja de ser una masa regimentada, y vive y dirige toda la vida económica y política con determinación libre y consciente...

"Las masas proletarias deben aprender a convertirse, en vez de en meras máquinas empleadas por los capitalistas en el proceso de producción, en los libres, pensantes y activos directores del proceso. Deben adquirir sentido de la responsabilidad de ser miembros activos de la comunidad que es la única poseedora de los bienes sociales. Deben desarrollar celo sin estar bajo el látigo del patrón, la mayor productividad sin estar dirigidos por los capitalistas, disciplina sin yugo, y orden sin regimentación. El más elevado idealismo en el interés de la comunidad, la más estricta auto-disciplina, un verdadero espíritu cívico de las masas, estas características constituyen las bases morales de una sociedad socialista".

(Berlín, 1919.)

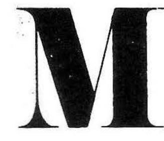
Pocos meses después, una vez liberada, se traslada a Finlandia, donde redacta **La huelga de masas, el Partido y los sindicatos obreros.** En este trabajo precisa su teoría sobre la importancia de la huelga política de masas como instrumento del proletariado para corroer las bases de la sociedad capitalista. Un año después Rosa Luxemburgo concurre como delegada al Congreso de la Internacional en Stuttgart, donde se discute el papel de los partidos socialistas en caso de guerra. En 1907 regresa a Alemania y reemplaza a Hilferding en la cátedra de Economía en la Escuela Obrera Superior del P.S.D. En esta función comienza a elaborar su obra, publicada en 1913, **La acumulación del capital,** en la que analiza las tendencias del capitalismo contemporáneo y las características del imperialismo.

Paralelamente a su actividad intelectual siguió militando activamente y formando parte del bloque de izquierda del partido. Sus relaciones con Kautsky se fueron enfriando en la medida que éste materializaba en lo político una posición cada vez más centrista, hasta que en 1909 rompió con **Die Neue Zeit.** Entonces fundó con Meharing y Karski un nuevo periódico, **Correspondencia socialdemócrata,** para divulgar la política de la izquierda del partido. Desde 1915 hasta 1918, permaneció en la cárcel a raíz de su actitud frente a la guerra. La revolución de octubre la sorprendió en la prisión, lo cual no le impidió seguir a fondo el proceso.

Su artículo "La Revolución rusa", publicada recién tres años después de su muerte, revela lo acertado de sus pronósticos. Coherente con su vieja polémica con Lenin sobre la organización, función y significado del papel del partido y de la dictadura, insistía en los peligros que derivaban de la sobrevaloración de la actividad planeada del partido con respecto a la acción espontánea de las masas y del fuerte centralismo del Comité Central sobre el partido.

El cauce seguido por la historia del movimiento obrero mundial mantendrá oculta la figura de Rosa Luxemburgo durante muchos años, pero esa misma historia desenterrará su obra a la luz de la ruptura con los viejos esquemas y problemáticas.

Conclusión

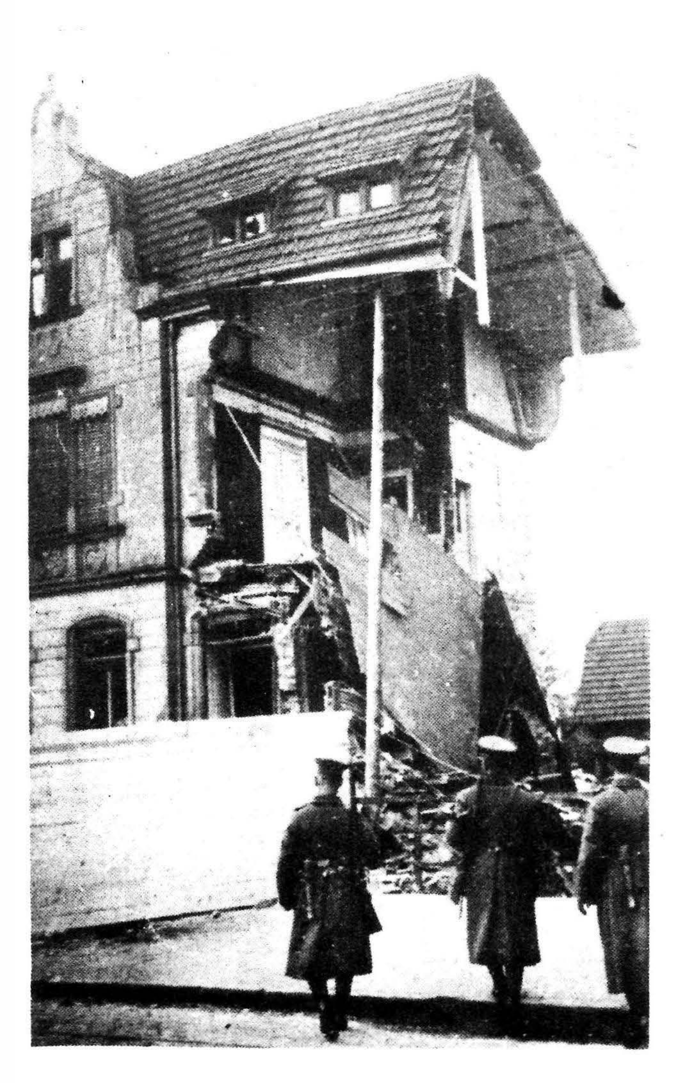

Muchas interpretaciones han intentado caracterizar la Revolución de Noviembre como una "revolución democrática-burguesa, llevada a cabo con métodos y medios proletarios". Otras han visto en ella una "revolución traicionada". Veamos la dinámica de las distintas fuerzas y sectores que desempeñaron un papel importante en los acontecimientos.

Hacia 1914 el capitalismo alemán había llegado a un alto nivel de concentración y centralización, pero el poder económico del capital monopolista no se traducía aún en dominación política, dado que el papel hegemónico del bloque en el poder era desempeñado por los **junkers** (nobles, terratenientes), representados por la monarquía. Con la caída de ésta y el advenimiento de la República de Weimar, la hegemonía del bloque en el poder se desplaza al capital medio y prepara el camino al poder para el gran capital, hecho que se concretará con el triunfo del nazismo.

La clase obrera desempeña un papel determinante en la vida política de Alemania desde comienzos de siglo. El alto desarrollo capitalista alcanzado llevó a grandes sectores del campesinado y del artesanado a engrosar las filas del movimiento obrero.

El Partido Socialdemócrata Alemán nació y se desarrolló siguiendo la línea que trazaba la conformación de la clase obrera. Sería apresurado afirmar que la autoridad de este partido sobre la clase obrera se basó en el engaño. El P.S.D. obtuvo en la elección del 19 de enero de 1919 más de once millones de votos. Indiscutiblemente seguía siendo la dirección reconocida por el movimiento obrero después de la revolución y, de alguna manera, representaba su nivel de aspiraciones. La expansión del capitalismo imperialista de Alemania determinó la elevación relativa del nivel de vida de ciertas capas del pro-

Los militantes obreros son conducidos a prisión tras la revolución fallida. La falta de organización y la excesiva confianza de los líderes espartaquistas en la espontaneidad revolucionaria fueron dos de las causas que conspiraron contra el éxito del levantamiento.





letariado, lo que posibilitó que los programas reformistas influyeran en la conciencia del movimiento obrero. Este reformismo ligado a una conciencia nacionalista desarrollada con la Primera Guerra Mundial, e incentivada con la derrota y el tratado de Versalles, darán características particulares a las relaciones entre el P.S.D. y su base obrera.

El P. S. D. propiciaba los cambios propuestos por la Revolución de Noviembre. No obstante, no estaba en sus planes el promover, para lograrlos, tales movilizaciones de masas. Estas, ocurridas espontáneamente, así como la constitución de los Consejos, convergieron después en la búsqueda de direcciones que no fueron otras que las del P. S. D. En la Revolución de Noviembre el P. S. D. pudo mantenerse en la dirección gracias a su habilidad táctica, pero también porque sus ideales de una República Democrática "avanzada" coincidían con amplias capas de la clase trabajadora.

Los socialistas independientes, que rompen con la socialdemocracia, no pueden cumplir con sus propósitos pues sus planteos no presentan una coherente y auténtica alternativa. Si bien logran el apoyo de un sector de la clase obrera, sus disidencias internas, sus ambigüedades, les impiden capitalizar este apoyo.

La Liga Espartaco, consecuente con sus objetivos revolucionarios y con un programa claro y preciso, a pesar de haber logrado en muchas oportunidades movilizar a una fracción de la clase obrera no logró que las insurrecciones de noviembre y enero cumplieran con el objetivo de la toma del poder. En contra de sus intenciones, terminaron colocándose por encima del movimiento obrero al triunfar en el seno del P. C. A. la tendencia —contraria a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht— que se negaba a participar en la Asamblea Constituyente y que repudiaba las elecciones, basándose en una interpretación que sobrevaloraba el papel de los Consejos y el nivel de autonomía alcanzado por la clase obrera.

El ejército, a pesar de los hechos ocurridos en el país, logró mantener, como institución, una relativa autonomía con respecto a los desplazamientos del bloque en el poder. Esto, y la no renovación de sus cuadros, lo convertirán en una garantía para la continuidad del sistema.

Bibliografía

Ramos Oliveira, A.: **Historia Social y Política de Alemania.** México, F. C. E., 1952, T. I.

Badía, Gilbert: **Historia de Alemania contemporánea.** Buenos Aires, Editorial Futuro, 1964, T. I.

Klein, Claude: **De los espartaquistas al nazismo: La República de Weimar.** Barcelona, Ed. Península, 1970.

Sandorz, Gerard: **La izquierda alemana.** Barcelona, Ed. Península, 1971.

Cole, G. D. H.: **Historia del pensamiento Socialista.** México, F. C. E., 1961, T. V.

La Tercera Internacional

Hugo M. Sacchi

"La Segunda Internacional ha muerto, vencida por el oportunismo. ¡Viva la Tercera Internacional, depurada de los tránsfugas y del oportunismo!" Lenin, 1914.

La Tercera Internacional



l comienzo de la Primera Guerra marca el final de la etapa progresista de la Segunda Internacional. Entre los años 1889 y 1914, la socialdemocracia había desempeñado un papel de gran importancia. Bajo su impulso se constituyeron poderosos partidos obreros en Europa, se fortaleció la organización sindical y se lograron conquistas económicas, sociales y políticas de importancia. La influencia del movimiento socialista, por otra parte, se extendió al resto del mundo, aun en aquellos países donde el movimiento obrero constituía una ínfima minoría de la población.

Sin embargo, el desarrollo del capitalismo europeo durante ese período creó, al permitir que la burguesía hiciera reales concesiones, las condiciones para que se formara una capa privilegiada en la clase obrera, una "aristocracia obrera". Esta desempeñó un papel importante en las filas de la Segunda Internacional. Aparecieron entonces las corrientes "revisionistas", que planteaban la posibilidad de la evolución pacífica del capitalismo al socialismo.

La práctica reformista, parlamentaria, de los partidos socialistas generó la necesidad de una justificación teórica. Entre la "lucha por el socialismo" y la "lucha por las reformas" se abrirá un abismo. La Segunda Internacional pudo continuar su actividad sin mayores trastornos, salvo discusiones a nivel teórico, mientras la situación fue "normal". Pero cuando la guerra replanteó la necesidad práctica de la lucha por el socialismo, es decir por la revolución, la debilidad del movimiento se convirtió en su bancarrota completa.

La ilusión de una transición pacífica, evolutiva, hacia el socialismo tuvo entonces nefastas consecuencias. El imperialismo empujó a la sociedad hacia una catástrofe sin precedentes. La guerra se precipitó, y con ella se hundieron para siempre los años de la "belle époque" de la burguesía. El capitalismo era impotente para controlar las propias fuerzas que había desatado. Sonó la hora de la revolución social. Se puso a la orden del día la "expropiación de los expropiadores".

Pero la Segunda Internacional era ya incapaz de asumir un papel revolucionario. La esclerosis parlamentaria se había adueñado de su cuerpo. Los líderes socialistas, salvo honrosas excepciones, se unieron al coro de sus respectivas burguesías. El programa del socialismo fue reemplazado por la consigna de la "defensa nacional", es decir, de la defensa de las fronteras del estado nacional burgués.

El oportunismo alcanzó así su culminación.

En agosto de 1914 la socialdemocracia alemana, el más grande y poderoso de los partidos de la Segunda Internacional, al que todos los socialistas solían referirse como "nuestro partido", capituló vergonzosamente. Sus diputados aprobaron los créditos para la guerra propuestos por el káiser. Lenin estigmatizó a los renegados llamándolos "socialchovinistas": socialistas de palabra, chovinistas en los hechos.

La Segunda Internacional había muerto. Sólo un puñado de revolucionarios salvó el honor del socialismo: Lenin, Trotski, Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Mehring... para nombrar algunos de los más conocidos. Su actividad parecía obra de alucinados en medio del drama europeo. Sin embargo, se correspondía con la corriente profunda de las masas. No pasaron muchos años para que esto se comprobara.

Lenin levantó la bandera de una nueva Internacional. En noviembre de 1914 escribía: "La Segunda Internacional ha muerto, vencida por el oportunismo. ¡Abajo el oportunismo y viva la Tercera Internacional, depurada no solo de los tránsfugas, sino también del oportunismo!"

En otro pasaje, agrega: "La Tercera Internacional tiene ante sí la tarea de organizar las fuerzas del proletariado para desplegar la ofensiva revolucionaria contra los gobiernos capitalistas, para librar la guerra civil contra la burguesía de todos los países por la conquista del poder político y por la

Lenin en las jornadas de la Tercera Internacional. "Durante la guerra se manifestó no solo la completa bancarrota de los viejos partidos sino también la incapacidad de los elementos centristas para la acción revolucionaria. Ahora se perfilan claramente los contornos de una verdadera Internacional."

victoria del socialismo!"

En setiembre de 1915 tuvo lugar la Conferencia de Zimmerwald. Era la primera reunión de los socialistas internacionalistas desde el comienzo de la guerra. En ella Lenin expuso su proyecto. Pero la idea de la Tercera Internacional no tuvo eco. No obstante el sentimiento internacionalista de la mayoría de los delegados, el proyecto de Lenin quedó en minoría aunque fue, no cabe duda, el primer paso hacia la Tercera Internacional. La marcha real del proceso lo confirmó.

Lenin todavía debió permanecer en relativo aislamiento. Pero después de la Revolución de Octubre los bolcheviques encararon inmediatamente la actividad a escala internacional. La guerra y la revolución habían roto "el frente" del capitalismo mundial. El eslabón más débil —Rusia— había saltado, pero se trataba de la quiebra de todo el sistema. Siguiendo a Marx y Engels, los bolcheviques concebían la victoria del socialismo en el plano mundial. De ahí su esfuerzo por crear la Tercera Internacional.

Fundación de la Internacional Comunista

La guerra mundial, expresión de la crisis del sistema capitalista, derivó en una profunda crisis social revolucionaria. Se reestructuraron las relaciones de fuerza internacionales. El capitalismo europeo cedió su lugar de primera potencia al verdadero ganador de la guerra: Estados Unidos. En Europa comenzó una ola revolucionaria que se extendió por el mundo. Sobre su cresta triunfó la Revolución Rusa. Pero la revolución se puso a la orden del día en casi todos los países.

Alemania, derrotada militarmente y esquilmada por las potencias vencedoras, retomó su tradición revolucionaria. El proletariado alemán se lanzó a las calles, derribó a la monarquía, impuso una república democrática. Pero la burguesía logró mantenerse en el poder. No con fuerza propia, sino con una fuerza prestada. La socialdemocracia se hizo cargo del gobierno y abortó la revolución. Los sóviets fueron ahogados, la clase obrera sufrió una cruel derrota y la izquierda revolucionaria —representada por la Liga Espartaco de Liebknecht y Rosa Luxemburgo— fue reprimida. Los socialchovinistas continuaban siendo fieles a sí mismos.

En el resto de Europa la situación fue similar. Los intentos de levantamiento y las movilizaciones obreras encontraron el freno de los viejos aparatos en manos de los socialdemócratas. Pero la presión social revolucionaria seguía con fuerza. Las masas giraban hacia la izquierda mientras sus direcciones procuraban salvar el orden burgués. En el calor de esas luchas surgieron los primeros destacamentos comunistas. Los revolucionarios rompían con los reformistas y creaban nuevos partidos. Pequeños aún, con pocos cuadros formados teórica y políticamente, los núcleos comunistas se alineaban bajo la enorme influencia de la Revolución Rusa.

Las condiciones habían madurado para que el proyecto de Lenin pudiera hacerse realidad y los bolcheviques concretaron su propuesta. En enero de 1919 comenzó a circular un manifiesto de convocatoria a una conferencia comunista internacional que decía: "Los partidos y organizaciones firmantes consideran como una necesidad imperiosa la reunión del primer congreso de la nueva Internacional revolucionaria. Durante la guerra y la revolución se manifestó no solamente la completa bancarrota de los viejos partidos socialistas y socialdemócratas, y con ellos la Segunda Internacional, sino también la incapacidad de los elementos centristas de la vieja socialdemocracia para la acción revolucionaria. Al mismo tiempo se perfilan claramente los contornos de una verdadera Internacional".

El manifiesto estaba firmado por el Comité Central del Partido Comunista Ruso (Lenin, Trotski), los burós extranjeros del Partido Obrero Comunista de Polonia (Karsky), el Partido Obrero Comunista de Hungría (Rudniansky), el Partido Obrero Comunista de Aus-





tria (Duda), el Partido Comunista de Letonia (Rosing), el Partido Comunista de Finlandia (Sirola) y por el Comité Ejecutivo de la Federación Socialdemócrata Revolucionaria Balcánica (Rakovsky) y el Partido Socialista Obrero norteamericano (Reinstein).

El 2 de marzo comenzó a funcionar la conferencia, a la cual concurrieron treinta y cinco delegaciones, representando igual número de países. La conferencia resolvió constituirse en primer Congreso de la Tercera Internacional, la cual adoptó el nombre de Internacional Comunista. Se eligió a Gregorio Zinóviev presidente y a Moscú como su sede.

Lenin abrió los debates con un discurso. Los delegados presentaron informes sobre la situación en sus países, se debatió el temario propuesto y se adoptaron importantes resoluciones. La discusión política tuvo como centro la tesis y el informe de Lenin sobre "Democracia burguesa y democracia proletaria". Al mismo tiempo se procedió a la elección de un Comité Ejecutivo, que debía funcionar como dirección con el objetivo de convocar un nuevo congreso para el año siguiente, congreso que dejaría definitivamente constituida la Tercera Internacional. El primer congreso se dirigió al proletariado mundial en un manifiesto redactado por Trotski.

Democracia burguesa y democracia proletaria

La tesis de Lenin constituye uno de los documentos de mayor importancia aprobados en los primeros congresos de la Internacional Comunista. En ella, Lenin establece el fundamento teórico y político de la ruptura con la socialdemocracia y del nacimiento del movimiento comunista mundial.

La Internacional "amarilla" había realizado en febrero una conferencia condenando la "dictadura" bolchevique. Lenin señala la falsedad e hipocresía de esta posición. No se trataba de discutir

Condiciones de ingreso en la Internacional Comunista

1. La propaganda y agitación cotidianas deben tener un carácter genuinamente comunista. Todos los órganos de prensa en manos del partido deben ser dirigidos por probados comunistas, que hayan demostrado su fidelidad a la causa de la revolución proletaria. De la dictadura del proletariado no debe hablarse simplemente como de una fórmula habitual aprendida de memoria; hay que organizar su propaganda en forma tal, que cualquier obrero común, obrera, soldado o campesino comprenda que es algo indispensable, por los hechos mismos de la vida que nuestra prensa señala sistemáticamente día a día. En las páginas de los periódicos, en las asambleas populares, en los sindicatos obreros, en las cooperativas —dondequiera penetren los partidarios de la III Internacional—, es necesario fustigar sistemática y despiadadamente, no sólo a la burguesía, sino también a sus auxiliares, los reformistas de todos los matices.

2. Toda organización que desee pertenecer al Comintern está obligada a *alejar* regular y sistemáticamente de los puestos de responsabilidad del movimiento obrero (organización partidaria, Redacción, sindicato obrero, fracción parlamentaria, cooperativa, municipalidad, etc.) a los reformistas y partidarios del "centro", colocando en su lugar a comunistas dignos de confianza, y sin dejarse perturbar por el hecho de que al principio, en ocasiones, habrá que reemplazar a hombres "experimentados" por obreros comunes.

3. En todos los países en que los comunistas no puedan trabajar en forma legal, a causa del estado de sitio o de leyes de excepción, es absolutamente necesario conjugar el trabajo legal con el ilegal. En casi todos los países de Europa y América, la lucha de clases entra en un período de guerra civil. En tales condiciones, los comunistas no pueden confiar en la legalidad burguesa. Tienen la obligación de formar *en todas partes* un aparato ilegal paralelo, que en los momentos decisivos pueda ayudar al partido a cumplir su deber para con la revolución.

4. Se hace imprescindible desarrollar una persistente y sistemática propaganda y agitación en el ejército, y formar células comunistas en cada unidad militar. Los comunistas tendrán que realizar este trabajo casi siempre ilegalmente, pero renunciar al mismo equivaldría a traicionar el deber revolucionario y sería incompatible con el hecho de pertenecer a la III Internacional.

5. Es necesario una regular y sistemática agitación en el campo. La clase obrera no puede consolidar su victoria si no tiene a su lado por lo menos a una parte de los obreros agrícolas y campesinos pobres, y sin neutralizar con su política a una parte del campesinado restante. El trabajo comunista en el campo adquiere en la actualidad una importancia primordial. Se hace necesario realizarlo principalmente a través de *obreros* comunistas revolucionarios vinculados con el campo. Renunciar a este trabajo, o confiarlo a elementos indignos de confianza, semirreformistas, equivale a renunciar a la revolución proletaria.

6. Todo partido que desee pertenecer a la III Internacional está obligado, no sólo a desenmascarar el socialpatriotismo franco, sino también la falacia e hipocresía del socialpacifismo; a demostrar sistemáticamente a los obreros que, sin el derrocamiento revolucionario del capitalismo, ningún arbitraje internacional, ninguna charla sobre la disminución de los armamentos, ninguna reorganización "democrática" de la Liga de las Naciones, salvará a la humanidad de nuevas guerras imperialistas.

7. Los partidos que deseen pertenecer a la Internacional Comunista deben admitir la necesidad de romper completa y absolutamente con el reformismo y la política "centrista" y hacer la propaganda de esta ruptura entre los más amplios círculos de sus afiliados. De lo contrario no es posible una política comunista consecuente.

La Internacional Comunista exige incuestionable y perentoriamente que esta ruptura se efectúe en el plazo más breve. La Internacional Comunista no puede aceptar que los reformistas declarados, como por ejemplo Turati, Modigliani y otros, tengan el derecho de ser considerados miembros de la III Internacional

Tal estado de cosas llevaría a la III Internacional a parecerse en mucho a la difunta II Interncional.
8. En el problema de las colonias y las nacionalidades oprimidas, los partidos de los países cuya burguesía posee tales colonias y oprime a otras naciones, necesitan una línea particularmente nítida y clara. Todo partido que desee pertenecer a la III Internacional tiene el deber de ser implacable en el desenmascaramiento de las hazañas de "sus propios" imperialistas en las colonias; apoyar en la práctica, y no de palabra, todo movimiento de liberación colonial, exigir que sean expulsados de las colonias los imperialistas de su nación; crear en los corazones obreros un sentimiento genuinamente fraternal hacia la población trabajadora de las colonias y naciones oprimidas; y desarrollar una sistemática agitación en las tropas del país contra toda opresión de los pueblos coloniales.
9. Todo partido que desee pertenecer a la Internacional Comunista tiene el deber de realizar persistente y sistemáticamente un trabajo comunista en los sindicatos, cooperativas y otras organizaciones obreras de masas. Dentro de los sindicatos es necesario formar células comunistas, que con prolongado y tenaz trabajo deben ganarlos para la causa del comunismo. Estas células tienen el deber de desenmascarar a cada paso de la labor cotidiana la traición de los socialpatriotas y las vacilaciones del "centro". Deben estar íntegramente subordinadas al partido en su conjunto.
10. Todo partido perteneciente a la Internacional Comunista tiene la obligación de combatir con tenacidad la "Internacional" de los sindicatos obreros amarillos de Amsterdam. Debe desarrollar una propaganda persistente entre los obreros organizados en los sindicatos, con respecto a la necesidad de romper con ella. Por todos los medios debe apoyar la naciente unidad de los sindicatos rojos adheridos a la Internacional Comunista.
11. Los partidos que deseen pertenecer a la III Internacional están obligados a revisar la composición de sus fracciones parlamentarias, alejar de éstas a los elementos indignos de confianza, subordinar estas fracciones, no de palabra, sino de hecho, a los Comités Centrales partidarios, y exigir a todo proletario comunista que supedite toda su labor a los intereses de la propaganda y agitación verdaderamente revolucionaria.
12. Asimismo, toda la prensa periódica y no periódica, y todas las editoriales deben estar enteramente subordinados al Comité Central del partido. no importando si el partido en su conjunto se halla en la legalidad o no; es inadmisible que las editoriales, abusando de la autonomía, lleven a cabo una política no del todo partidaria.
13. Los partidos que pertenecen a la Internacional Comunista deben estructurarse de acuerdo con el principio del *centralismo* democrático. En la presente época de agudizada guerra civil, el partido comunista podrá cumplir su deber sólo si está organizado en la forma más centralizada posible, si domina en él una disciplina férrea, lindante con la disciplina militar, y si su organismo central es fuerte, si goza de amplios poderes y de gran autoridad moral dotado de grandes prerrogativas y gozando de la confianza de todos los afiliados.
14. Los partidos comunistas de los países donde los comunistas trabajan legalmente deben realizar depuraciones periódicas (revisión de los registros) de los efectivos de las organizaciones partidarias, para eliminar sistemáticamente del partido los elementos pequeñoburgueses que inevitablemente se filtran en él.
15. Todo partido que desee pertenecer a la Internacional Comunista tiene el deber de prestar ayuda incondicional a todas las repúblicas soviéticas y a sus luchas contra las fuerzas contrarrevolucionarias. Los partidos comunistas tienen que desarrollar una incansable propaganda para que los obreros se nieguen a trasportar suministros bélicos destinados a los enemigos de las repúblicas soviéticas; deben realizar, legal o ilegalmente, propaganda entre las tropas enviadas para sofocar las repúblicas obreras, etc.
16 Los partidos que conservan todavía sus viejos programas socialdemócratas deben revisarlos a la mayor brevedad, y redactar, de acuerdo con las condiciones particulares de los países respectivos, un nuevo programa comunista, conforme a las resoluciones de la Internacional Comunista. En general, los progra-

en abstracto los conceptos de "democracia" y "dictadura", sino de ver qué clase social está detrás de ellos. Lenin demuestra que la "democracia burguesa" es la dictadura de la burguesía. El paso del estado burgués al estado obrero invierte los términos: es dictadura del proletariado sobre la burguesía, pero es democracia para las masas. La diferencia radica, además, en que es la dictadura ejercida en nombre de la inmensa mayoría de la población sobre una ínfima minoría de explotadores.
El estado obrero aparece así, en la concepción de Lenin, como el estado de transición del capitalismo al socialismo. La dictadura del proletariado representaba "una ampliación inusitada de la utilización efectiva del democratismo por parte de los oprimidos, por parte de las clases trabajadoras".
Lenin señala la Comuna de París como modelo del poder soviético. "El significado de la Comuna consiste, además, en que realizó el intento de desbaratar y destruir hasta sus cimientos el aparato estatal burgués, el aparato burocrático, judicial, militar y policíaco, sustituyéndolo por una organización de masas de autogobierno de los obreros, que no conocía la división del poder legislativo y ejecutivo."
Sin descartar que el proceso revolucionario pudiera proponer nuevas formas de organización en el estado de transición, Lenin expone el sistema soviético como modelo de la revolución proletaria. Destaca asimismo la importancia fundamental para los comunistas de trabajar para ganar la mayoría en los sóviets. "De otra manera —escribe— no será tan fácil triunfar y la victoria será perecedera."

Estrategia y táctica en la época imperialista


El ascenso revolucionario de la posguerra había abierto la perspectiva de la victoria mundial de la revolución socialista. Al finali-

Dos aspectos del Primer Congreso de la Tercera Internacional, en el cual se adopta el nombre de Internacional Comunista. Arriba: los miembros del Comité Central se dirigen a la multitud agolpada frente al edificio donde se han reunido los delegados. En la foto inferior: Lenin, el poeta Demian Dédnij y el delegado campesino Fiódor Panfílov ingresan al recinto de deliberaciones.

mas de todo partido perteneciente a la Internacional Comunista deben ser aprobados por el Congreso ordinario de la misma, o por su Comité Ejecutivo. Cuando el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no aprueba el programa de uno u otro partido, éste tiene el derecho de apelar al Congreso de la Internacional Comunista.

17. Todas las decisiones de los congresos de la Internacional Comunista, como asimismo las resoluciones de su Comité Ejecutivo, son obligatorias para todos los partidos adheridos a la Internacional Comunista. Esta, que actúa en un período de agudísima guerra civil, debe ser estructurada en una forma mucho más centralizada de lo que lo fue la II Internacional. Por lo demás, se sobrentiende que la Internacional Comunista y su Comité Ejecutivo deben considerar en su labor toda la multiplicidad de condiciones en que tienen que luchar y actuar diversos partidos, y tomar resoluciones obligatorias para todos, sólo en lo concerniente a los problemas en que tales resoluciones sean aplicables.

18. A consecuencia de todo ello, todos los partidos que deseen ser admitidos en la Internacional Comunista deben cambiar su nombre. Todo partido que quiera pertenecer a la Internacional Comunista debe denominarse: partido *comunista* de tal país (sección de la III Internacional Comunista). La cuestión del nombre no es sólo formal, sino también de gran importancia política. La Internacional Comunista declaró una lucha decidida a todo el mundo burgués y a todos los partidos socialdemócratas amarillos. Es imprescindible que todo trabajador común comprenda con perfecta claridad la diferencia entre los partidos comunistas y los viejos partidos oficiales "socialdemócratas" y "socialistas", que traicionaron la bandera de la clase obrera.

19. Luego de finalizada la labor del Segundo Congreso Mundial de la Internacional Comunista, todos los partidos que quieran pertenecer a la Internacional Comunista deben convocar en el plazo más breve posible un congreso extraordinario, para ratificar oficialmente las obligaciones que acabamos de exponer.

(V. I. Lenin, *Obras Completas,* Buenos Aires, Cartago, 1960, t. XXVIII.)



zar el primer Congreso de la Internacional Comunista Lenin escribía: "La Fundación de la Tercera Internacional, de la Internacional Comunista, significa que hemos llegado a los umbrales de la República Soviética Internacional, a los umbrales de la victoria del comunismo en el mundo entero".

La Primera Internacional había sentado las bases de los principios teóricos, pero las condiciones de su existencia le ofrecieron un campo de experimentación muy reducido. La Segunda Internacional, por su parte, no logró superar la limitación que le imponía la época, y se impregnó del principio de Bernstein según el cual "el movimiento es todo y el objetivo final nada". Separó el objetivo del socialismo de los métodos parlamentarios y sindicales, de los cuales hizo el centro de su actividad. La Tercera Internacional, en cambio, se propuso retomar los principios revolucionarios de la Internacional de Marx y Engels.

Así, los primeros congresos elaboraron una estrategia y una táctica para la época imperialista, considerada como la época de la revolución proletaria. La revolución mundial era concebida no como la suma de revoluciones nacionales, sino como un todo único que se desarrollaba, eso sí, con formas nacionales, con rasgos y particularidades de acuerdo a las diferencias de cada país.

Esta concepción de la revolución mundial tenía como fundamento teórico el análisis del imperialismo como la "última fase" del capitalismo: un "capitalismo agonizante". La época de los monopolios y los trusts, comenzada a fines del siglo XIX, demostró con la guerra mundial que el régimen capitalista se había convertido en una barrera para el progreso humano.

Los primeros congresos

El segundo congreso de la I. C. se realizó con la presencia de más de doscientos delegados que representaban a treinta y siete países. Nuevos e importantes problemas habían aparecido con el crecimiento del movimiento comunista. Los jóvenes partidos, surgidos en su mayoría de la escisión de los partidos socialdemócratas, no tenían cuadros suficientemente formados ni claridad sobre el papel del partido, la relación entre el trabajo sindical y el parlamentario, la cuestión nacional y otros problemas. El congreso se abocó a su discusión.

Las sesiones comenzaron en Petrogrado el 17 de julio de 1920, en medio de grandes manifestaciones obreras que saludaban el acontecimiento. El temario de discusión comprendía los siguientes puntos:

— Estatutos de la Internacional Comunista.
— Condiciones de admisión de Partidos en la Internacional Comunista.
— Las tareas principales de la I. C.
— El papel del Partido Comunista en la revolución proletaria.
— El movimiento sindical, los comités de fábrica y de empresa.
— Las cuestiones nacional y colonial.
— La cuestión agraria.
— El Partido Comunista y el parlamentarismo.

Durante el segundo congreso ya era evidente para Lenin, Trotski y los principales dirigentes de la I. C. que la "inminencia" de la revolución europea ya no era tal. En el año y medio transcurrido la República Soviética de Hungría había sido aplastada, así como la República Obrera de Baviera, y en Alemania, aunque persistía la agitación revolucionaria, la República Democrática de Weimar parecía afianzarse. Sin embargo, las tensiones revolucionarias iban a tardar mucho en desaparecer.

El capitalismo enfrentaba una tremenda crisis económica y social, no sólo en los países que habían sido vencidos en la guerra, sino en los vencedores. Estados Unidos aparecía como el principal acreedor de Europa, desplazando a los viejos países imperialistas. El descontento obrero se extendía en todos ellos. En el centro de Europa, los Balcanes, Italia y España, la situación era sumamente

Dos fotografías de Trotski: en su juventud y durante la reunión plenaria de la Tercera Internacional. Trotski defendió la tesis leninista de una ofensiva revolucionaria permanente frente a la posición de Bujarin, más pasiva y menos arriesgada.



crítica. El Ejército Rojo, por su parte, marchaba triunfante hacia las puertas de Varsovia.
No obstante, la posibilidad de sobrevivencia del capitalismo no residía en sus propias fuerzas, sino en la debilidad del movimiento obrero y comunista mundial. No bastaba la crisis económica para que ésta desembocara en una situación revolucionaria victoriosa. Lenin en el **Informe** al congreso afirmaba: "No existen situaciones absolutamente sin salida". El régimen burgués está viviendo su mayor crisis revolucionaria, pero "los partidos revolucionarios deben demostrar en la práctica que poseen suficiente conciencia, organización, vínculos con las masas explotadas, decisión y habilidad para explotar esta crisis en beneficio de una revolución victoriosa".
De ahí la importancia que asignó el congreso a la discusión sobre el papel del Partido Comunista. Era necesario templar y homogeneizar rápidamente los partidos, constituirlos en la parte más consciente y más revolucionaria de la clase obrera. Las "21 condiciones de admisión" tenían ese objetivo. Había que deslindar claramente los frentes, separando a los revolucionarios de los oportunistas que se acercaban a la I. C. pero mantenían sus concepciones socialdemócratas.
Pero, al mismo tiempo, en las filas de la joven Internacional se habían manifestado expresiones de una "enfermedad de crecimiento": el "ultraizquierdismo". Esta tendencia negaba la necesidad del trabajo en el parlamento y en los sindicatos reformistas. Las "21 condiciones" corregían esta tendencia. Los comunistas debían trabajar en todos los terrenos, en particular en los sindicatos, aun en aquellos con direcciones reformistas, para convertirlos en "escuelas de comunismo". No hacerlo era dejar a las masas libradas a la influencia de las direcciones oportunistas. En cuanto al trabajo parlamentario, las "condiciones" insistían sobre la necesidad de combinar allí donde fuera posible el trabajo clandestino con la actividad legal.
La prensa partidaria debía quedar completamente sometida al Comi-

Lenin: contra la burocracia

Desearía referirme todavía a algunos puntos de poca importancia. Es indudable que cometimos y cometeremos aún muchas torpezas. Nadie puede juzgarlas mejor y verlas con mayor claridad que yo. (*Risas.*) ¿Cuál es la causa de que hagamos tonterías? Muy sencilla: primero porque nuestro país es atrasado; segundo, porque la instrucción es muy escasa; tercero, porque no recibimos ayuda alguna. No nos ayuda uno solo de los países civilizados. Por el contrario, todos actúan contra nosotros. En cuarto lugar, la culpa la tiene nuestro aparato estatal, el viejo, que hemos heredado y que constituye nuestra desgracia. Muy a menudo trabaja contra nosotros. Las cosas sucedieron de esta manera: después que tomamos el poder en 1917, los funcionarios del Estado comenzaron a sabotearnos. Nos asustamos mucho y nos dirigimos a ellos para rogarles: "Por favor, vuelvan a sus puestos anteriores". Nuestra tragedia es que realmente han vuelto. Y hoy tenemos una enorme masa de funcionarios, pero no disponemos de elementos lo bastante instruidos como para poder dirigirlos de manera efectiva. Con frecuencia sucede en la práctica que en las instancias superiores, es decir en el poder de Estado que poseemos, el aparato más o menos funciona; pero abajo, donde disponen ellos, lo hacen de tal manera, que a menudo contradicen nuestras medidas. En las esferas superiores contamos, no sé exactamente con cuántos, pero creo que con varios miles, como máximo con unas decenas de miles de hombres adictos. Pero en los puestos inferiores son centenares de miles los antiguos funcionarios heredados del régimen zarista y de la sociedad burguesa, que unas veces de manera conciente y otras no, trabajan contra nosotros. En este plano nada se conseguirá a corto plazo, esto está fuera de toda duda. Se trata de un trabajo que requerirá muchos años para perfeccionar el aparato, cambiar su composición, atraer nuevas fuerzas. Lo hacemos a ritmo acelerado, quizá demasiado. Fundamos escuelas para la administración del Estado, facultades obreras; estudian varios centenares de miles de jóvenes; es posible que lo hagan demasiado de prisa, pero de todas maneras el trabajo ha comenzado y creo que nos proporcionará frutos. Si no nos apresuramos en exceso, dentro de algunos años tendremos una masa de jóvenes capaces de cambiar de manera radical este aparato.

(V. I. Lenin, "Informe al IV Congreso de la Internacional Comunista", *Obras Completas*, Buenos Aires, 1960, t. 33.)

té Central del partido; los reformistas debían ser expulsados de todos los cargos de dirección; el partido tenía que realizar una actividad sistemática en el ejército y formar células en las tropas; los comunistas debían apoyar de hecho y "no solo de palabra" el movimiento de liberación nacional. Los partidos debían adoptar el nombre de Partido Comunista (sección de la Tercera Internacional) y darse una estructura de organización basada en el "centralismo democrático".

La discusión sobre el Partido Laborista cobró asimismo una gran importancia. En las "Tesis sobre las tareas fundamentales", presentadas por Lenin, se propone: "El segundo Congreso de la Tercera Internacional debe pronunciarse a favor de que, en Inglaterra, los grupos y organizaciones comunistas o simpatizantes con el comunismo adhieran al Partido Laborista, a pesar de que figura en la Segunda Internacional".

Polemizando con la delegación italiana, que cuestionaba el planteo, Lenin dice: "Son miembros del Partido Laborista todos los afiliados a los sindicatos. Esta es una estructura muy original, que no encontramos en ningún otro país. Esta organización abarca a cuatro millones de obreros de los seis o siete millones de miembros de los sindicatos. No se les pregunta cuáles son sus convicciones políticas [. . .] El Partido Socialista británico puede decir con toda libertad que Henderson [dirigente laborista] es un traidor, y sin embargo, sigue dentro del Partido Laborista".

En este dominio, Lenin manifiesta una vez más su profunda comprensión sobre la función del partido revolucionario. El "partido" no es un fetiche para Lenin. Es un instrumento para la culminación victoriosa de una "apertura revolucionaria". En uno de sus discursos en el segundo Congreso, volviendo sobre el problema, afirma:

"Si la minoría (el partido) no sabe dirigir a las masas y vincularse estrechamente con ellas, no es un partido y, en general, no tiene valor alguno, aunque se denomine partido o comité nacional de consejos de delegados de fábrica".

La cuestión nacional y colonial

Desde su fundación la Internacional Comunista prestó una gran atención a los movimientos de liberación nacional. La guerra mundial los había puesto en primer plano. Enormes masas que vivían en la miseria, el hambre, la opresión colonial, fueron arrastradas al conflicto bélico en defensa de los intereses de las burguesías expoliadoras. Pero en ese conflicto aprendieron también a utilizar las armas con las que luego lucharían por la independencia nacional.

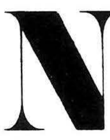
"La guerra imperialista —decía Lenin— hizo entrar en la historia mundial a los pueblos dependientes. Y una de nuestras tareas más importantes, en la actualidad, es reflexionar sobre el modo de colocar la primera piedra de la organización del movimiento soviético en países **no** capitalistas. Allí son factibles los sóviets; no serán obreros, pero serán sóviets campesinos o de trabajadores."

En la concepción de Lenin, los movimientos de liberación nacional, con sus particularidades propias, eran parte fundamental del proceso de la revolución socialista mundial. La necesidad de apoyar los movimientos nacionalistas, aun aquellos dirigidos por las burguesías nativas, no implicaba el sometimiento de las tareas revolucionarias a la función dirigente de esas burguesías. En la Comisión Nacional y Colonial del segundo Congreso, Lenin argumenta: ". . . la Internacional Comunista debe formular y fundamentar teóricamente la tesis de que, con la ayuda del proletariado de los países avanzados, los países atrasados pueden pasar al régimen soviético y, a través de determinadas fases de desarrollo, al comunismo, eludiendo la fase capitalista de desarrollo".

Esta fue la línea política aprobada en el congreso. La próxima revolución china se encargó de demostrar, tanto en sus éxitos como en sus fracasos, la importancia de esta tesis.

El segundo Congreso mundial dejó estructurada definitivamente la Tercera Internacional. Los documentos aprobados sistematizaban un programa, una estrategia y una táctica como partido mundial. La existencia del movimiento comunista era una realidad. Desde el primero al segundo congreso se había producido un salto cualitativo. Esta vez participaron ya representantes de verdaderos partidos comunistas, y no solo tendencias y grupos. El Estado Obrero soviético atraía irresistiblemente la atención y el apoyo del proletariado internacional.

La marea revolucionaria



No obstante, la marcha de la revolución no era rectilínea. La ola revolucionaria de la posguerra planteó la cuestión del poder en una serie de países, pero los PC carecían de la fuerza necesaria para ponerse a su cabeza. Esos años se caracterizan por la sucesión de acontecimientos revolucionarios, acompañados de crueles derrotas.

Las premisas materiales de la revolución proletaria habían madurado. El espíritu y la energía revolucionaria de las masas eran formidables, pero no existían direcciones revolucionarias capaces de asegurar la victoria. Esta contradicción marcó los límites de la marea revolucionaria.

Durante el período anterior al fin de la guerra, Alemania y Austria-Hungría habían estado al borde de la revolución. En enero de 1918 hubo importantes huelgas de obreros alemanes y austríacos. A fines de ese año se produjo el levantamiento de los marineros de la escuadra de alta mar. Se organizaron sóviets. En Baviera, trabajadores y soldados tomaron el poder. Sin embargo, la socialdemocracia logró capear el temporal. Desde el poder se convirtió en verdugo de la revolución. El asesinato de Rosa Luxemburgo,

Arriba: Stalin, Ordzonikidze y Bujarin en un acto oficial.
Abajo: Hombres y mujeres marchan a sus labores en el campo. El cerco que el capitalismo impuso a la República Soviética determinó la creación de una nueva política económica.

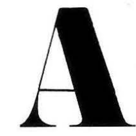
La Revolución de Octubre y la Revolución Socialista Mundial

No iniciamos la revolución internacional en el momento en que lo hicimos porque estábamos persuadidos de que podíamos adelantarnos a su desarrollo, sino porque toda una serie de circunstancias nos impulsaron a comenzarla. Pensábamos: o bien la revolución internacional acude en nuestra ayuda, y entonces tendremos plenamente garantizada nuestra victoria, o de lo contrario realizaremos nuestra modesta labor revolucionaria convencidos de que, aun en caso de ser derrotados, serviremos a la causa de la revolución y nuestra experiencia será útil para otras revoluciones. Estaba claro para nosotros que la victoria de la revolución proletaria era imposible sin el apoyo de la revolución mundial. Ya antes de la revolución, y después de ella, pensábamos: o estalla la revolución inmediatamente —o por lo menos muy pronto— en los demás países capitalistas más desarrollados, o bien deberemos sucumbir. A pesar de este convencimiento, hicimos todo lo posible para mantener en todas las circunstancias y a todo trance el sistema soviético, porque sabíamos que, no sólo trabajábamos para nosotros mismos, sino también para la revolución internacional. Lo sabíamos, habíamos expresado reiteradas veces esta convicción antes de la Revolución de Octubre, e inmediatamente después de ella y cuando firmamos la paz de Brest-Litovsk. Y hablando en términos generales, esto era justo.
Pero, en realidad, el movimiento no siguió un camino tan recto como esperábamos. La revolución no estalló aún en otros grandes países, los más desarrollados del capitalismo. Es verdad que la revolución se desarrolla —podemos comprobarlo con satisfacción— en todo el mundo, y que, sólo merced a esta circunstancia, la burguesía internacional, aunque económica y militarmente cien veces más fuerte que nosotros, no está en condiciones de asfixiarnos. (*Aplausos.*)

(V. I. Lenin: *Informe sobre la táctica del PC. III Congreso de la Internacional Comunista*, Obras Completas, Buenos Aires, Cartago, 1960, t. XXXII.)

Liebknecht y Leo Jogiches fue su expresión.
En el resto de Europa, el movimiento obrero realizaba grandes luchas. En Inglaterra, los comités de fábrica organizaron una huelga general que impuso notables reivindicaciones. En el Partido Laborista creció el ala izquierda. En Francia e Italia también se registran movilizaciones. En Italia el proletariado lleva a cabo ocupaciones masivas de fábricas. En 1919 se constituye la República Soviética de Hungría. La agitación revolucionaria no se limita a Europa. También hay movilizaciones en Asia y América Latina, en Africa y Estados Unidos. La revolución mundial prevista por Lenin y los bolcheviques rusos es una realidad. Pero solo en Rusia logra la victoria. La derrota de un nuevo intento revolucionario en Alemania, en marzo de 1921, indica la apertura de una nueva etapa. La marea retrocede y el primer estado obrero deberá pagar con creces las consecuencias de su aislamiento.
El cerco del capitalismo mundial se hace sentir sobre la República Soviética. Hay hambre en las ciudades, descontento en los campos, desorganización en el transporte. Los bolcheviques apelan al proletariado mundial para romper el bloqueo. La solidaridad y el apoyo del proletariado internacional impiden que el imperialismo pueda lanzarse con todas sus fuerzas contra el estado obrero. Con todo, aislada del mercado mundial, sin la ayuda de ningún país avanzado, Rusia se afianza, el poder soviético se consolida.
Lenin propone entonces la Nueva Política Económica (NEP). Es un retroceso impuesto por la coyuntura internacional. Los bolcheviques no se engañan ni ocultan a las masas el significado de la NEP. "Es un tributo que el estado obrero debe pagar a la burguesía mundial", dice Lenin. Se trataba de ganar tiempo. Todavía eran fuertes las esperanzas de que próximas victorias del movimiento obrero rompieran el aislamiento de la Rusia soviética.

El tercer Congreso Mundial

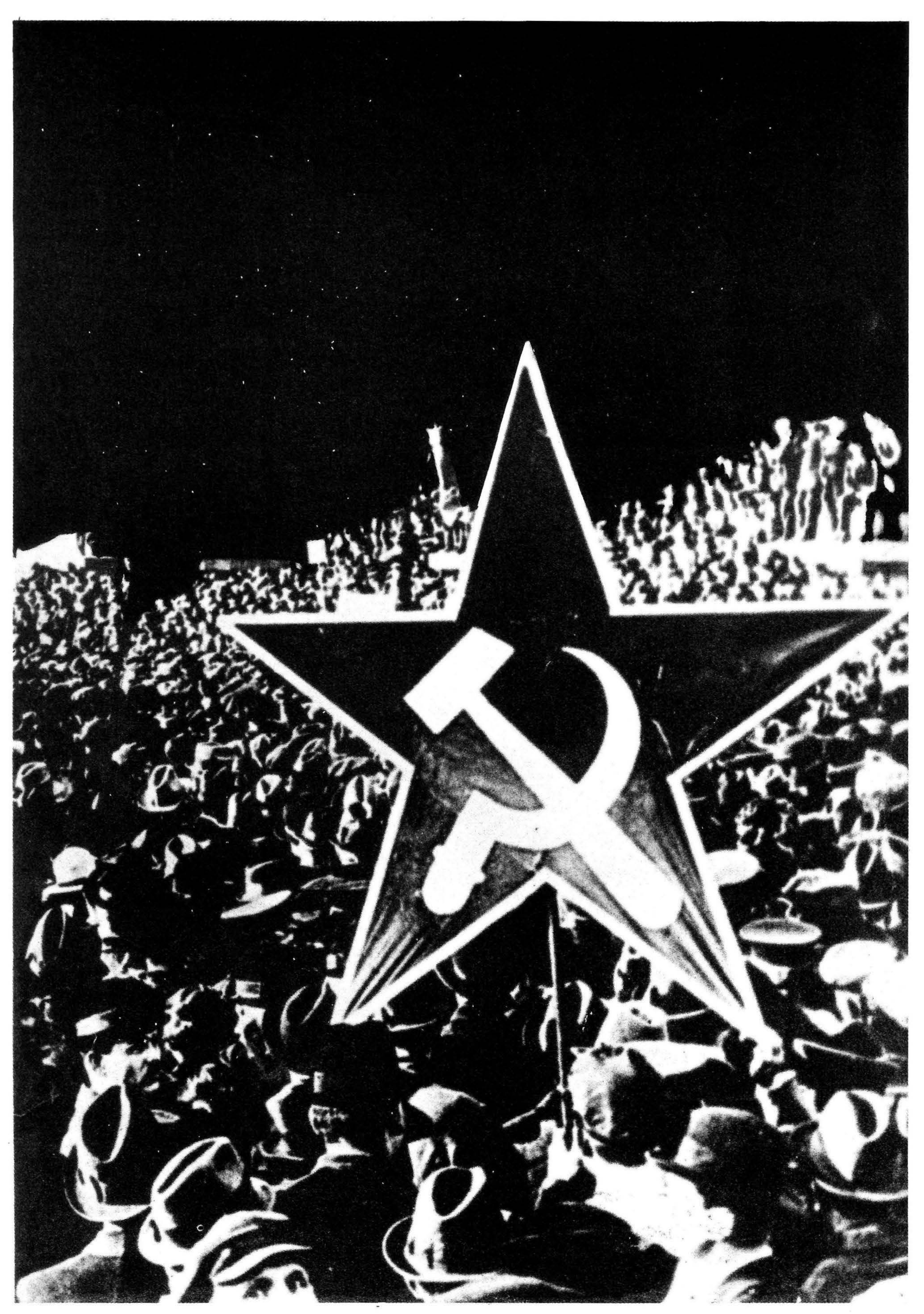

pesar de mantener su optimismo, los bolcheviques apreciaban claramente el cambio en la situación mundial. El tercer Congreso de la Internacional se realizó en esas circunstancias. Tuvo lugar en Moscú entre el 22 de junio y el 12 de julio de 1921. En el informe sobre la situación internacional Trotski decía: "Ahora vemos que no estamos tan cerca de la meta, de la conquista del poder, de la revolución mundial. Antes, en 1919, creímos que no era cuestión más que de meses, y ahora decimos que puede ser cuestión de años. No sabemos exactamente cuándo, pero sabemos muy bien que el desarrollo va en ese sentido y que nos hemos hecho más fuertes durante el período en el mundo entero". La derrota de marzo en Alemania ocupó un lugar principal en las discusiones. No bastaba el entusiasmo y el heroísmo revolucionario para tomar el poder. Había que dominar, en base a una concepción teórica correcta, las reglas de la estrategia y la táctica revolucionaria. Sin un partido enraizado en las masas, y sin que éstas confiaran en su dirección, la victoria era imposible. La tarea de los PC debía orientarse "hacia las bases", ganar su confianza, para recién entonces plantearse la cuestión del poder.
Lenin y Trotski defendieron en el congreso estas ideas, haciendo frente en los debates a una importante oposición, encabezada por Bujarin. Esta se caracterizaba por su posición favorable a una "ofensiva" permanente. Puesto que el capitalismo está muerto, argumentaban, no hay más que enterrarlo. Era una interpretación mecánica de la concepción de Marx sobre la revolución permanente. En Alemania, particularmente, esta concepción había demostrado su fracaso.
El congreso se alineó sobre la base de las propuestas de Lenin y Trotski. Estas se sintetizaban en una consigna: hacia la conquista del poder por la conquista pre-

La desaparición de Lenin.
Arriba: una de sus últimas apariciones públicas, en el Cuarto Congreso. A su lado, Stalin y Kalinin.
En el centro: los líderes bolcheviques llevan el ataúd de Lenin. Entre otros se distingue a Stalin, Kaménev, Tomsky y Mólotov.
Abajo: Funeral de Lenin en Moscú.









via de las masas. La táctica del Frente Unico basada en la lucha por las reivindicaciones cotidianas se puso en primer plano. Había que aprovechar el período de relativa estabilización del capitalismo para influir sobre las masas que aún seguían a las direcciones socialdemócratas. "Frente único" era la consigna que debían agitar los comunistas hacia las direcciones, mientras impulsaban desde las bases los combates y las reivindicaciones parciales.

En las "Tesis sobre táctica", aprobadas por el congreso, Lenin dice: "Toda objeción contra el planteamiento de reivindicaciones parciales de esa clase, toda acusación de reformismo bajo el pretexto de esas luchas parciales, surge de la misma incapacidad para comprender las condiciones vivas de la acción revolucionaria, que se ha manifestado ya en la oposición de ciertos grupos comunistas a la participación en los sindicatos y a la utilización del parlamentarismo [. . .] La naturaleza revolucionaria de la época actual consiste precisamente en que las condiciones de existencia más modestas de las masas obreras son incompatibles con la existencia de la sociedad capitalista y que, por esta razón, la lucha incluso por las reivindicaciones más modestas toma proporciones de una lucha por el comunismo".

Cuarto Congreso Mundial

A fines de 1922 se realizó el cuarto Congreso Mundial, el último en el cual participó Lenin, ya notoriamente disminuido por su enfermedad. La reunión adoptó resoluciones en la línea del tercer Congreso, sin introducir mayores cambios. La consolidación de la Rusia soviética, que cumplía su quinto aniversario, se destaca como uno de los factores fundamentales de la revolución mundial. No obstante, se han producido acontecimientos que el congreso registra. Entre ellos, la marcha de Mussolini sobre Roma.

El congreso verifica que las resoluciones del tercer Congreso Mundial sobre la crisis económica mundial y las tareas de la I. C., así como la resolución sobre táctica, se han confirmado. La consigna de conquistar "una influencia comunista en la mayoría de la clase obrera" sigue manteniendo vigencia. Lo mismo la táctica del Frente Unico. El cuarto Congreso aprueba, asimismo, las "Tesis generales sobre la cuestión de Oriente", donde se formula la táctica del Frente Unico Antiimperialista. Esta es uno de los aportes más importantes de la reunión.

La táctica del frente único antiimperialista tenía vigencia para los países coloniales y semicoloniales, donde las tareas de la liberación nacional se combinaban con las tareas socialistas del proletariado. Los comunistas debían apoyar los movimientos de liberación democrática, aun aquellos dirigidos por sectores de la burguesía nativa, impulsando sus aspectos más revolucionarios. Pero sin confundir las banderas. "La política del proletariado —decía Lenin— en la cuestión nacional—, como en todas las demás cuestiones, solo apoya a la burguesía en una dirección determinada, pero nunca coincide con ella."

En el cuarto Congreso se analizó, además, con notable agudeza, el peligro del fascismo. En la resolución sobre táctica se plantea: "Una de las tareas más importantes de los Partidos Comunistas es organizar la resistencia al fascismo internacional, ponerse a la cabeza de todo el proletariado contra las bandas fascistas y aplicar enérgicamente sobre ese terreno también la táctica del frente único; los métodos ilegales son aquí absolutamente indispensables".

El último discurso de Lenin en la I. C.

Lenin se hizo presente a mitad del congreso. Había pensado tomar a su cargo el discurso sobre "Las perspectivas de la revolución mundial a los cinco años

La marea revolucionaria fuera de la Unión Soviética: manifestación espartaquista en Alemania, 1919.

de la revolución rusa", pero su salud quebrantada lo obligó a limitarse a un solo aspecto. El tema abordado por Lenin muestra claramente cuál era la preocupación central del último período de su vida: la suerte de la República Soviética.

El discurso se limita casi exclusivamente a explicar los alcances de la NEP, el carácter de repliegue obligado. "Hemos salido airosos de la prueba", dice. Pero hay peligros latentes. Los errores cometidos son una advertencia sobre los males a combatir.

Lenin analiza las causas de los errores: "Primero, porque nuestro país es atrasado; segundo, porque la instrucción es muy escasa; tercero, porque no recibimos ayuda alguna. No nos ayuda uno solo de los países civilizados. Por el contrario, todos actúan contra nosotros. En cuarto lugar, la culpa la tiene nuestro aparato estatal, el viejo, que hemos heredado y que constituye nuestra desgracia. Muy a menudo trabaja contra nosotros".

Recomienda a los comunistas estudiar, aprovechar el tiempo. La aceptación unánime de la resolución sobre organización aprobada en el tercer Congreso le preocupa. "Está penetrada por completo de espíritu ruso", dice. "Es su aspecto positivo, pero también será el negativo". Fustiga a quienes aceptan una resolución "como un ícono y se ponen a rezar ante él." No obstante, el discurso está impregnado de optimismo. Insiste en la necesidad de estudiar, asimilar la experiencia de Rusia y no repetirla mecánicamente. "Si se logra este objetivo —concluye— estoy seguro de que las perspectivas de la revolución mundial serán no solo buenas, sino excelentes."

Durante todo el año Lenin lucha con esfuerzo para vencer su enfermedad. Logra intervenir en breves intervalos, elabora textos fundamentales para la orientación del partido, se propone un combate contra las "deformaciones burocráticas". Pero su salud empeora. No logrará recuperarse. La muerte de Lenin, en marzo de 1924, cierra un capítulo en la historia de la revolución mundial y en la Tercera Internacional.

Los problemas de la táctica revolucionaria

Cuando se trata de la victoria del proletariado, algunos camaradas se representan la cosa del modo más sencillo. En este momento tenemos en el mundo entero tal situación que podemos decir —marxistamente— con absoluta certeza: el régimen burgués espera el fin de su desarrollo. Las fuerzas de producción no pueden progresar en los límites de la sociedad burguesa. Efectivamente, lo que hemos visto en el curso de los diez años últimos es la ruina, la descomposición de la base económica de la humanidad capitalista y una destrucción mecánica de riquezas acumuladas. Actualmente estamos en plena crisis aterradora, desconocida en la historia del mundo, y que no es una simple crisis llegada a su hora, "normal" e inevitable en el proceso del progreso de las fuerzas productoras del régimen capitalista; esta crisis marca hoy la ruina y el desastre de las fuerzas productoras de la sociedad burguesa. Acaso concurran todavía ciertos altibajos; pero, en general, como expuse a los camaradas en la misma sala hace mes y medio, la curva del desarrollo económico tiende, a través de todas sus oscilaciones, hacia abajo, y no hacia arriba. Sin embargo, ¿quiere esto decir que el fin de la burguesía llegará automática y mecánicamente? De ningún modo. La burguesía es una clase viva que ha retoñado sobre determinadas bases económicoproductivas. Esta clase no es un producto pasivo del desenvolvimiento económico, sino una fuerza histórica, activa y enérgica. Esta clase se ha sobrevivido, o sea que se ha hecho el más terrible freno de la evolución histórica. Lo cual no quiere decir que esta clase esté dispuesta a cometer un suicidio histórico ni que se disponga a decir: "Habiendo reconocido la teoría científica de la evolución que yo soy reaccionaria, abandono la escena". Evidentemente, ¡esto es imposible! Por otra parte, no es suficiente que el Partido Comunista reconozca a la clase burguesa como condenada y casi suprimida para considerar segura la victoria del proletariado. No. ¡Todavía hay que vencer y tirar abajo la burguesía!

(León Trotski, *Una escuela de estrategia revolucionaria. III Congreso de la I. C.*, Buenos Aires, El Yunque, 1973.)

El carácter de clase de la democracia

Todos los socialistas, al explicar el carácter de clase de la civilización burguesa, la democracia burguesa y el parlamentarismo burgués, expresaban la idea que habían formulado con la mayor exactitud científica Marx y Engels al decir que la república burguesa más democrática no es sino una máquina para la opresión de la clase obrera por la burguesía, para la opresión de las masas trabajadoras por un puñado de capitalistas. No hay un solo revolucionario, un solo marxista de los que hoy claman contra la dictadura y en favor de la democracia, que no jure y perjure ante los obreros que reconoce esta verdad fundamental del socialismo; y ahora, cuando el proletariado revolucionario atraviesa un estado de efervescencia y se pone en movimiento para destruir esta máquina de opresión y para conquistar la dictadura proletaria, estos traidores al socialismo presentan las cosas como si la burguesía donase a los trabajadores una "democracia pura", como si la burguesía renunciara a oponer resistencia y estuviera dispuesta a someterse a la mayoría de los trabajadores, como si no hubiese existido y no existiese ninguna máquina estatal para la opresión del trabajo por el capital en la república democrática.

La Comuna de París, que ensalzan de palabra todos los que quieren pasar por socialistas, pues saben que las masas obreras simpatizan fervorosa y sinceramente con ella, mostró con particular nitidez la convencionalidad histórica y el valor limitado del parlamentarismo burgués y de la democracia burguesa, instituciones altamente progresistas en comparación con la Edad Media, pero que requieren sin falta una transformación radical en la época de la revolución proletaria. Precisamente Marx, que fue quien mejor enjuició el significado histórico de la Comuna, al analizarla mostró el carácter explotador de la democracia burguesa y del parlamentarismo burgués, bajo los cuales las clases oprimidas obtienen el derecho a decidir una vez cada varios años qué miembros de la clase dominante han de "representar y aplastar" *(ver-und-zertreten)* al pueblo en el parlamento. Precisamente ahora, cuando el movimiento soviético, que se extiende a todo el mundo, continúa a la vista de todos la causa de la Comuna, los traidores al socialismo olvidan la experiencia concreta y las lecciones concretas de la Comuna de París, repitiendo las consabidas antiguallas burguesas sobre la "democracia en general". La Comuna no era una institución parlamentaria.

El significado de la Comuna consiste, además, en que realizó el intento de desbaratar y destruir hasta sus cimientos el aparato estatal burgués, el aparato burocrático, judicial, militar y policíaco, sustituyéndolo por una organización de masas de autogobierno de los obreros, que no conocía la división en poder legislativo y ejecutivo. Todas las repúblicas democrático-burguesas de nuestros días, incluida la alemana, a la que los traidores al socialismo denominan proletaria burlándose de la verdad, mantienen este aparato estatal. Así, pues, se confirma una vez más con toda claridad que los clamores en defensa de la "democracia en general" constituyen en los hechos la defensa de la burguesía y de sus privilegios de clase explotadora.

(V. I. Lenin, "Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado", *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, 1960, t. XXVIII.)

La crisis alemana de 1923

En todo este período Alemania siguió siendo la clave de la situación europea. Era otro "eslabón débil" de la cadena del capitalismo. En la posguerra la crisis económica llegó al paroxismo. La caída del marco en 1922 hundió a las masas en una miseria aún más terrible. Miles de desocupados vagaban por las calles. La situación era insoportable "para los de abajo". "Los de arriba", por su parte, no daban ninguna salida. Las premisas señaladas por Lenin para identificar una situación revolucionaria estaban dadas. La ocupación de la cuenca del Rhur por Francia y Bélgica, exigiendo garantía para sus créditos, agravó con creces la tensión.

En el Rhur, en Alemania Central y Hamburgo estallaron levantamientos populares. La agitación se extendió a todo el país. Rápidamente maduraban las condiciones para una insurrección general. Sin embargo, el Partido Comunista no actuó al compás de la movilización. Dejó pasar la situación revolucionaria. El temor de repetir el error "putchista" de 1921 lo paralizó. Las críticas del tercer Congreso de la I. C. habían producido un cambio de dirección, pero fueron asimiladas mecánicamente. La rutina del trabajo cotidiano impregnó el aparato del partido. Enfrentado a una coyuntura donde pudo ponerse a la cabeza de las masas, no comprendió el cambio, siguió agitando las consignas generales y no aprovechó la oportunidad para dirigir la insurrección.

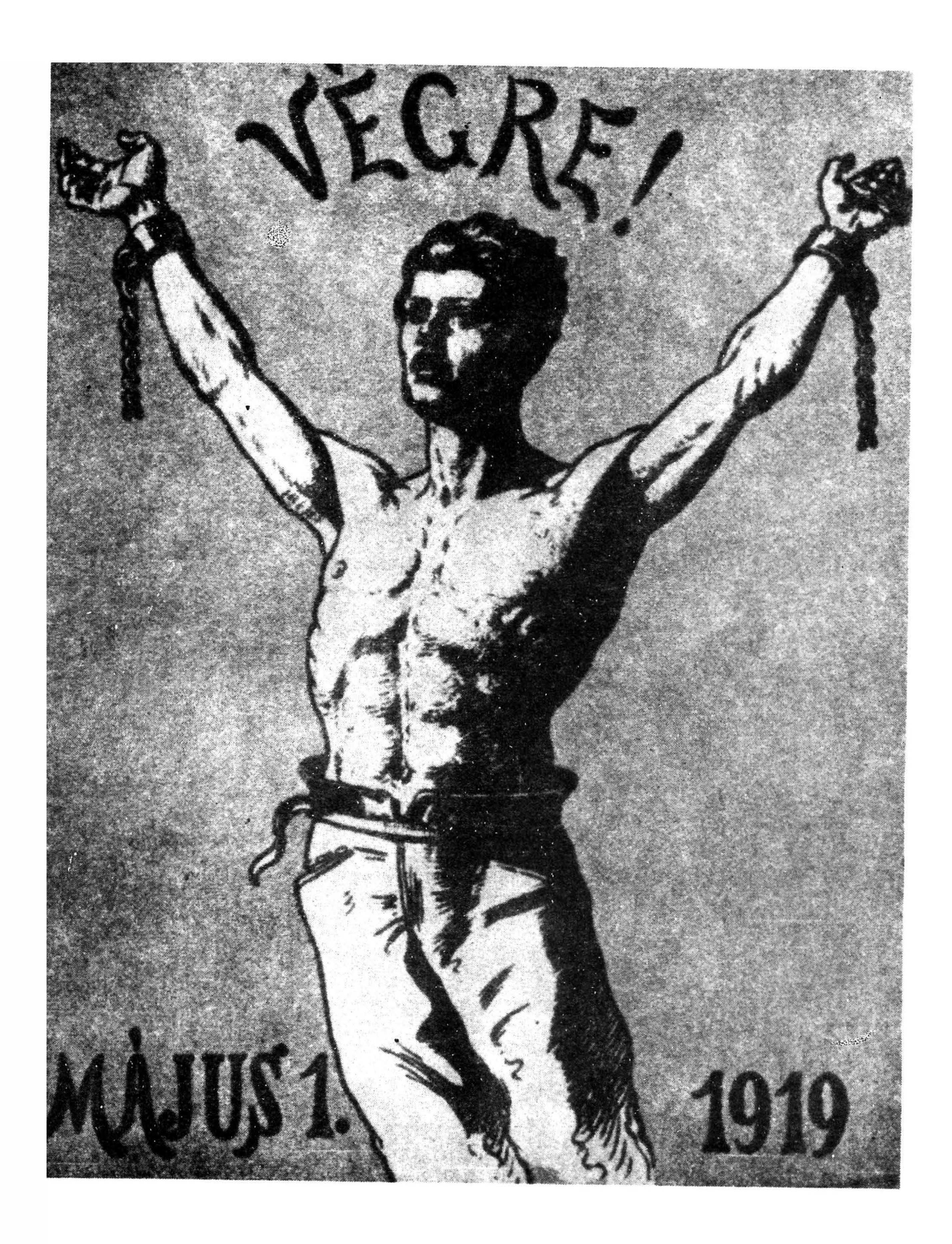
La burguesía sacó conclusiones, se recuperó y pasó a su vez a la ofensiva. Los gobiernos comunistas y socialdemócratas de Turingia y Sajonia fueron desalojados del poder. El "estado de excepción" fue proclamado en toda Alemania. En Munich se produjo el golpe de estado de Hitler y Ludendorff, con el apoyo del Comisario General del estado de Baviera. Fracasó, pero era un índice del cambio en la situación.

El proletariado había sufrido un duro golpe, esta vez sin siquiera haber presentado combate. Un sentimiento de desmoralización cundió en las masas.
"No hay situación sin salida", había dicho Lenin. Alemania en 1923 lo confirmó. La burguesía tuvo oportunidad para estabilizarse económicamente. El marco repuntó. Por otra parte, la derrota del proletariado creó una nueva expectativa para la pequeña burguesía y las capas medias. La capitulación del PC se convirtió en un verdadero drama histórico. El camino hacia el triunfo del nazismo se abrió precisamente en aquel momento. La burguesía encontró su salida.

La crisis en la Internacional Comunista

En tanto, en el PC bolchevique estalló una aguda crisis. Los síntomas que Lenin había registrado en el último período de su vida se manifestaron abiertamente. El peligro de una escisión en la dirección soviética se hizo realidad. Los fracasos de la revolución en Europa, el aislamiento de la Unión Soviética, la base atrasada sobre la cual se apoyaba el estado obrero, fueron las condiciones generales en que se produjo el gran debate.
No cabe duda de que esta crisis fue decisiva para toda la Internacional Comunista. El PC bolchevique ejercía por su autoridad un papel de líder indiscutido del movimiento comunista mundial. La división entre los líderes bolcheviques causó una verdadera conmoción. Este período, que va de 1923 a 1926, en una primera fase, se caracterizó por la formación de la "Oposición de Izquierda" de Trotski y de la "mayoría" representada por Stalin, Kámenev y Zinóviev. Los "triunviros" decidieron en este período la política fundamental de la I. C. a través de Zinóviev, que ejercía la presidencia.
El quinto Congreso Mundial tuvo lugar entonces. Se reunió ocho meses después de la nueva derrota del proletariado alemán. La línea general de este congreso se caracterizó por su incomprensión de las consecuencias de la capitulación de la dirección revolucionaria en Alemania. Para la dirección de la I. C. la situación seguía igual. Criticó la falsa apreciación de los ritmos por el PC alemán en octubre de 1923, pero no sacó conclusiones.
En febrero de 1924 el secretariado de la I. C. opinaba lo siguiente: "No hay que esperar ni siquiera un breve intervalo de pacifismo, una apariencia de pacificación [. . .] Europa entra en una fase de acontecimientos decisivos [. . .] Alemania va, al parecer, hacia la guerra civil". Y agrega en otra parte: "El partido comunista alemán no debe borrar del orden del día la cuestión de la insurrección y de la conquista del poder. Por el contrario, debemos plantearnos esta cuestión con toda urgencia y concretamente. . ."
La concepción táctica de la I. C. es revisada radicalmente. Se atribuyen al "frente único" los fracasos. Al mismo tiempo, se cambia la apreciación del cuarto Congreso respecto del fascismo. Todo se pone en la misma bolsa: democracia burguesa y fascismo. Todavía más: se identifica a la socialdemocracia con el fascismo. En las tesis del quinto Congreso se dice: "Cuanto más se descompone la sociedad burguesa tanto más todos los partidos burgueses, sobre todo la socialdemocracia, toman un carácter más o menos fascista. El fascismo y la socialdemocracia son dos caras de un solo y mismo instrumento de la dictadura del gran capitalismo. He aquí por qué la socialdemocracia no podrá ser jamás un aliado seguro del proletariado en la lucha contra el fascismo".
De esta caracterización, lógicamente, se deduce la imposibilidad de llevar adelante tareas comunes con la socialdemocracia. La táctica queda reducida a una mera agitación en las bases socialdemócratas para "desenmascarar" a los dirigentes. En la práctica, es un sectarismo que aisla a los partidos comunistas. Esta concepción tendrá trágicas consecuencias para el movimiento comunista mundial, y en particular

En muchos países la posguerra se caracteriza por el ascenso revolucionario de las masas trabajadoras. En la ilustración, un afiche de la República Soviética Húngara de 1919 celebrando el "primer festejo libre del día del trabajo".


VÉGRE!
MÁJUS 1.
1919

Emil Vandervelve, delegado belga al Congreso de la Internacional, junto a Chiang Kai-shek. La actitud del dirigente chino frente al comunismo fue contradictoria: mientras se afiliaba a la Internacional como "simpatizante" fusilaba a miles de militantes comunistas en Cantón.

para el PC alemán.

Al mismo tiempo, el quinto Congreso resolvió condenar a la oposición rusa por "desviación pequeñoburguesa". Los delegados, acostumbrados a aprobar por "unanimidad" las propuestas del centro ruso, ni siquiera se preguntaron cuáles eran realmente las posiciones que condenaban. Se limitaron a aprobar lo que Zinóviev decía. Poco después el propio Zinóviev sería "unánimemente" destituido.

Pasaron cuatro años antes que se realizara un nuevo congreso. En esos años se decidió definitivamente la crisis en Rusia. Stalin logró triunfar. Zinóviev y Kaménev, que habían contribuido en gran medida a ese triunfo, se pasaron a la oposición. Pero ya era tarde. Stalin controlaba el aparato de partido. La crisis se cierra con la expulsión de Trotski a fines de 1927.

Los zigzags de la I. C.

Este es un período de grandes zigzags de la I. C. En los años 1924-25 apoya varios intentos putchistas que terminan en sangrientos fracasos. Bulgaria y Estonia son ejemplos. Luego se repetirá en Cantón en 1927. Los comunistas intentan tomar el poder sin tener en cuenta su relación con las masas y la situación general. Las etapas se confunden. Se habla de "crisis final" cuando en 1924 comienza un auge económico que durará varios años. Se repiten los mismos errores que Lenin y el tercer Congreso criticaron cuando la insurrección comunista de Alemania en 1921. Los errores esta vez son mucho más funestos. Pero peor aún: no se reconoce que sean errores.

Dos problemas concentran la atención de la I. C. en estos años: la revolución china y la situación en Inglaterra.

En China, la I. C. sostiene una política de sometimiento a la burguesía nacional, representada por el Kuomintang de Chiang Kai-shek. El quinto Congreso aceptó la afiliación de este partido como "simpatizante".

Sin embargo, los progresos del PC chino preocupaban a Chiang Kai-shek. A pesar del apoyo soviético, cuyos asesores militares formaban los cuadros del ejército de Chiang Kai-shek, este lanzó una violenta ofensiva contra los comunistas. El partido debió pasar a la clandestinidad con numerosas pérdidas. No obstante, la Internacional instó a los comunistas de Cantón —donde éstos habían mantenido un fuerte baluarte— a que se lanzaran a la insurrección. El fracaso fue completo. Decenas de miles de comunistas cayeron asesinados y fueron utilizados como combustible en las locomotoras de Chiang Kai-shek.

Otro fracaso menos doloroso sufrió la I. C. en Inglaterra. En mayo de 1925 quedó constituido el Comité Anglo-Ruso de Sindicatos. Era un primer paso hacia un intento de entendimiento entre la Internacional de los Sindicatos Rojos y la llamada Internacional Sindical de Amsterdan. Esto implicaba, concretamente, darle a la burocracia sindical un voto de confianza ante el proletariado inglés. Las cosas quedaron claras con la huelga general de 1926. Los dirigentes sindicales británicos hicieron todo lo posible para sabotear la huelga. Temerosos ante la opinión pública burguesa rechazaron la ayuda solidaria que les enviaban los sindicatos soviéticos. El Comité Anglo-Ruso dejó entonces de existir.

El fascismo y la Internacional Comunista

En tanto, el fascismo se afirmaba. Desde 1922 Mussolini se había Impuesto en Italia con "camisas negras". En Alemania comenzaba la estrella ascendente de Hitler. Eran los primeros pasos, pero marcaban ya una clara línea. El fascismo entraba en la escena histórica como expresión del fracaso de la revolución proletaria en el cuadro de la crisis capitalista de posguerra. La pequeña burguesía arruinada vio frustradas sus esperanzas de cambio revolucionario a través de la



revolución socialista y esa frustración la llevó a enfrentar a la clase obrera. Frente a la etapa de rebeliones proletarias, nazis y fascistas se postulaban como el partido del "orden". La pequeña burguesía y ciertos sectores obreros fueron atraídos por las consignas "populistas" que el fascismo levantó en una primera etapa. La gran burguesía apoyó con todas sus fuerzas.

Ya hemos visto la confusión de la I. C. frente al problema. Después de identificar al fascismo con la socialdemocracia (su "ala izquierda") se puso el acento en la lucha contra el principal enemigo: la socialdemocracia. El sexto Congreso de la I. C., en 1928, abre un "tercer período" basado en la premisa de que Europa entraba en una nueva fase de auge revolucionario. La apreciación era totalmente subjetiva.

Ahora bien, el sexto Congreso se realizó influido por los cambios operados en la dirección del PC soviético. Stalin pasó a combatir al ala derecha del partido, con Bujarin a la cabeza, y emprendió una política económica que retomaba, en sus aspectos más importantes, el programa de la Oposición de 1923. La industrialización acelerada y la colectivización se pusieron a la orden del día. El sexto Congreso ratificó la concepción fundamental de Stalin: la posibilidad de construir el socialismo en un solo país. Al mismo tiempo, es indudable que Stalin preveía, sobre la base de la "relativa estabilización" económica que comenzó a apreciarse para entonces, una posible intervención capitalista contra la Unión Soviética. Quizás esa sea la mejor explicación de la línea política del "tercer período".

La crisis económica mundial de 1929 contribuye también en este sentido. Los partidos comunistas esperan que surja de la crisis económica una nueva crisis social revolucionaria. En Alemania, el PC levanta la consigna de dictadura del proletariado. Obviamente no era la mejor táctica para atraer a la base socialdemócrata y a la pequeña burguesía. El PC, por otra parte, había aumentado su caudal electoral, pero en forma inferior al crecimiento del partido nazi. Por ejemplo, en las elecciones de 1930, Hitler obtuvo 6.400.000 votos, cinco millones más que en 1920. En cambio el PC logró 4.590.000 contra 3.250.000 en 1928. Pero de todas maneras es importante, sobre todo si apreciamos el conjunto, pues la socialdemocracia obtuvo 8.500.000 votos. Comunistas y socialistas eran una fuerza colosal.

Una política correcta hubiera impulsado el frente único con la socialdemocracia. Era la única manera de cerrar el paso al nazismo. No obstante, se hizo otra política. Los comunistas se negaron a aplicar el frente único y siguieron considerando a los socialdemócratas como el enemigo principal. La dirección socialista, por su parte, retrocedía rehuyendo el combate. En 1932 la alternativa ya estaba definida. Pasó poco tiempo antes de que Hitler se apoderara del poder. Dos millones de alemanes fueron a parar a los campos de concentración, entre ellos decenas de miles de comunistas y socialistas. La vanguardia proletaria fue decapitada. La mayor crisis económica de la historia del capitalismo había desembocado no en la revolución proletaria, sino en el fascismo. Es decir, en la dictadura del capitalismo monopolista apoyado y administrado por el estado.

Sin embargo, hay que tener en cuenta un elemento de fundamental importancia. La crisis de 1929-33 se desarrolla en el mundo capitalista. La URSS, aislada del mercado mundial, pasa la etapa sin sobresaltos. Stalin, aplicando el programa de los planes quinquenales, logra dar un considerable impulso a la economía del estado obrero y éste se consolida definitivamente. La prueba de fuego será la guerra mundial, de la cual no solo la URSS saldrá victoriosa, a pesar de las pérdidas colosales, sino que se abrirá un proceso que permitirá el establecimiento de nuevos estados obreros.

Hacia el Frente Popular

El advenimiento de Hitler al poder creaba la posibilidad concreta de una guerra mundial, y particularmente de una cruzada de la Alemania nazi contra el país de los sóviets. Sin embargo, durante el primer año de Hitler el gobierno soviético mantuvo una actitud cauta. La I. C. apenas se hizo notar. Pero a partir de 1934 Stalin toma la ofensiva. La necesidad de la defensa de la URSS se pone en primer plano. La alianza con los gobiernos "democráticos" de los países capitalistas se convierte en el eje de la diplomacia soviética.

Asimismo, la Internacional Comunista se pone a la cabeza de los movimientos antifascistas. El año 1934 presencia una poderosa movilización de masas en varios países. En Viena las milicias obreras socialistas se baten contra la dictadura fascista de Dollfuss. En París comunistas y socialistas enfrentan a las ligas fascistas. En Londres se realiza una gran "marcha del hambre" donde los comunistas participan junto al Partido Laborista y a los sindicatos. En España existe una situación particular. Se produce una huelga insurreccional en Asturias. Los mineros desatan una movilización nacional contra el ingreso en el gobierno del partido profascista Acción Popular. Las movilizaciones no se interrumpen. En medio del reflujo general, el proletariado internacional intenta cambiar el signo del proceso. La revolución española será su expresión más elevada.

La etapa de los frentes populares está abierta. En todas partes los comunistas buscan alianzas con los socialdemócratas y con los partidos burgueses llamados democráticos. La base de la alianza es la lucha antifascista. La I. C. subordina el programa del socialismo al apoyo de los sectores burgueses. La contraofensiva del movimiento obrero alcanza su apogeo en 1936. En Francia y en España el Frente Popular se impone electoralmente. La dinámica

Jorge Dimítrov durante la guerra de 1914 y —abajo— entre los delegados búlgaros a la Internacional. Dimítrov fue el principal teórico del Frente Popular, aconsejando la necesidad de concentrar las fuerzas contra el fascismo.



del proceso, sin embargo, va mucho más lejos que los acuerdos a nivel de dirección. Los obreros no someten sus intereses. Huelgas, manifestaciones, ocupaciones de fábricas, ocupación de tierras, se suceden inmediatamente. Antes de que León Blum se haga cargo del gobierno las fábricas de Francia son ocupadas en junio de 1936. En España, cuando estalla la contrarrevolución encabezada por Franco, los trabajadores toman las armas e inician la revolución.
En mayo de 1935 se había firmado el pacto franco-soviético. Poco después se realizan las conversaciones Laval-Stalin. En el mismo año visita Moscú Anthony Eden, futuro ministro de relaciones exteriores de Gran Bretaña. Se firma también un pacto checo-soviético. La diplomacia del Kremlin realiza enormes esfuerzos para entablar las mejores relaciones con los gobiernos "antifascistas", aun con aquellos abiertamente conservadores. Esto implica, por cierto, que los partidos comunistas deban hacer importantes concesiones. Se trata de no entorpecer las alianzas con la URSS.
En un reportaje a Stalin, citado por Deutscher en su biografía del jefe soviético, se menciona una respuesta de Stalin a un periodista que le pregunta sobre la revolución mundial. "Nunca hemos tenido tales planes e intenciones. . ." —dice Stalin—. "Eso es el producto de un malentendido." "¿Un malentendido trágico?", inquiere el interlocutor. "No, un malentendido cómico o más bien tragicómico", fue la respuesta de Stalin. Aunque es evidente que las respuestas tienen por interlocutor a los gobiernos aliados de occidente, encierran también, en cierta medida, el escepticismo de Stalin frente a la revolución mundial.
No obstante, la burguesía mundial seguía mirando con desconfianza a aquel georgiano que gobernaba con mano dura la Rusia soviética. Las victorias de los frentes populares intranquilizaban. La dinámica del proceso cobraba visos anticapitalistas a pesar de la contención que ejercían las direcciones.

El marxismo en América Latina (1928)
José Carlos Mariátegui

La reivindicación indígena carece de concreción histórica mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla —esto es para adquirir realidad, corporeidad— necesita convertirse en reivindicación económica— necesita convertirse en reivindicación económica y política. El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como problema étnico o moral para reconocerlo concretamente como problema social, económico y político. Y entonces lo hemos sentido, por primera vez, esclarecido y demarcado.
Los que no han roto todavía el cerco de su educación liberal burguesa y, colocándose en una posición abstractista y literaria, se entretienen en barajar los aspectos raciales del problema, olvidan que la política y, por tanto la economía, lo dominan fundamentalmente. Emplean un lenguaje pseudo-idealista para escamotear la realidad disimulándola bajo sus atributos y consecuencias. Oponen a la dialéctica revolucionaria un confuso galimatías crítico, conforme al cual la solución del problema indígena no puede partir de una reforma o hecho político porque a los efectos inmediatos de éste escaparía una compleja multitud de costumbres y vicios que sólo pueden transformarse a través de una evolución lenta y normal.
La historia, afortunadamente, resuelve todas las dudas y desvanece todos los equívocos. La Conquista fue un hecho político. Interrumpió bruscamente el proceso autónomo de la nación quechua, pero no implicó una repentina sustitución de las leyes y costumbres de los nativos por las de los conquistadores. Sin embargo, ese hecho político abrió, en todos los órdenes de cosas, así espirituales como materiales, un nuevo período. El cambio de régimen bastó para mudar desde sus cimientos la vida del pueblo quechua. La Independencia fue otro hecho político. Tampoco correspondió a una radical trasformación de la estructura económica y social del Perú; pero inauguró, no obstante, otro período de nuestra historia, y si no mejoró prácticamente la condición del indígena, por no haber tocado casi la infraestructura económica colonial, cambió su situación jurídica, y franqueó el camino de su emancipación política y social. Si la República no siguió este camino, la responsabilidad de la omisión corresponde exclusivamente a la clase que usufructuó la obra de los libertadores tan rica potencialmente en valores y principios creadores.
El problema indígena no admite ya la mistificación a que perpetuamente lo ha sometido una turba de abogados y literatos, consciente o inconscientemente mancomunados con los intereses de la casta latifundista. La miseria moral y material de la raza indígena aparece demasiado netamente como una simple conse-

cuencia del régimen económico y social que sobre ella pesa desde hace siglos. Este régimen sucesor de la feudalidad colonial, es el gamonalismo. Bajo su imperio, no se puede hablar seriamente de redención del indio.
El término "gamonalismo" no designa sólo una categoría social y económica: la de los latifundistas o grandes propietarios agrarios. Designa todo un fenómeno. El gamonalismo no está representado sólo por los gamonales propiamente dichos. Comprende una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes, parásitos, etc. El indio alfabeto se transforma en un explotador de su propia raza porque se pone al servicio del gamonalismo. El factor central del fenómeno es la hegemonía de la gran propiedad semifeudal en la política y el mecanismo del Estado. Por consiguiente, es sobre este factor sobre el que se debe actuar si se quiere atacar en su raíz un mal del cual algunos se empeñan en no contemplar sino las expresiones episódicas o subsidiarias.
Esa liquidación del gamonalismo o de la feudalidad, podía haber sido realizada por la República dentro de los principios liberales y capitalistas. Pero por las razones que llevo ya señaladas estos principios no han dirigido efectiva y plenamente nuestro proceso histórico. Saboteados por la propia clase encargada de aplicarlos, durante más de un siglo han sido impotentes para redimir al indio de una servidumbre que constituía un hecho absolutamente solidario con el de la feudalidad. No es el caso de esperar que hoy, que estos principios están en crisis en el mundo adquieran repentinamente en el Perú una insólita vitalidad creadora.
El pensamiento revolucionario, y aun el reformista, no puede ser ya liberal sino socialista. El socialismo aparece en nuestra historia no por una razón de azar, de imitación o de moda, como espíritus superficiales suponen, sino como una fatalidad histórica. Y sucede que mientras, de un lado, los que profesamos el socialismo propugnamos lógicamente y coherentemente la reorganización del país sobre bases socialistas y —constatando que el régimen económico y político que combatimos se ha convertido gradualmente en una fuerza de colonización del país por los capitalismos imperialistas extranjeros—, proclamamos que este es un instante de nuestra historia en que no es posible ser efectivamente nacionalista y revolucionario sin ser socialista, de otro lado no existe en el Perú, como no ha existido nunca, una burguesía progresista, con sentido nacional, que se profese liberal y democrática y que inspire su política en los postulados de su doctrina".

(José Carlos Mariátegui, "El problema del indio", tomado de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana,* Lima, Amauta, 1958.)

El séptimo Congreso Mundial

La política antifascista de los frentes populares había sido resuelta en el séptimo Congreso de la Internacional Comunista de 1935, su último congreso. El teórico del Frente Popular fue Dimítrov. En su informe principal se encuentra el eje de la política que la I. C. llevará a la práctica en los años siguientes: "La lucha por la paz y la defensa de la URSS". El congreso instó a los partidos comunistas a realizar el "más amplio frente posible de todos los que están interesados por la paz". Definió también la necesidad de concentrar todas las fuerzas "contra los principales provocadores de la guerra: la Alemania fascista, así como contra Polonia y el Japón ligados a ella".
La concepción de una política de clase, tal como era concebida en tiempos de Lenin —los primeros cuatro congresos de la I. C.—, sufrió una particular interpretación. En realidad, se hizo abandono de esa concepción. El internacionalismo fue reemplazado por la "defensa de la URSS" como consigna central del movimiento comunista. La estrategia y la táctica de la revolución mundial dejó paso al "frente mundial antifascista". Pero no todo era revisionismo. La defensa de la URSS que llevó adelante Stalin era verdaderamente una necesidad prioritaria.
Solo así es posible comprender la política contradictoria de la Internacional Comunista en este período. Dimítrov termina su informe en el séptimo Congreso afirmando: "Nosotros queremos todo esto porque solamente así la clase obrera, a la cabeza de todos los trabajadores, agrupada en un ejército revolucionario fuerte, de millones de hombres, guiado por la Internacional Comunista y conducido por ese grande y sabio timonel que es nuestro jefe, Stalin, podrá cumplir con seguridad su misión histórica: barrer de la faz de la tierra al fascismo y con él al capitalismo".

La Internacional Comunista en América Latina

Los partidos comunistas se constituyeron en América Latina en la década de los años veinte. Surgieron de escisiones de los partidos socialistas, excepto el PC de Brasil, que se formó sobre la base del anarquismo. El movimiento obrero era pequeño, pero los comunistas lograron rápidamente una gran influencia. En algunos países, como el caso de Chile, el PC surgió directamente de la clase obrera. En otros, sus cuadros quedaron constituidos por sectores intelectuales y de clase media.
Las figuras más importantes en este período fueron José Carlos Mariátegui, Luis Emilio Recabarren, Julio Antonio Mella, entre otros. Mariátegui, particularmente, fue uno de los pocos marxistas que intentó con éxito comprender los problemas específicos de la revolución en América Latina a partir de la comprensión de la realidad peruana.
La primera conferencia de los partidos comunistas de América Latina tuvo lugar en diciembre de 1927. La Internacional Comunista había enviado ya varios delegados, pero recién a partir de 1928 hay una intervención de importancia. Es decir, coincide con la crisis en el PC ruso y en la I. C. Es el "tercer período" y los partidos comunistas llevan una actividad caracterizada por el sectarismo. Por ejemplo, en Argentina esta orientación los llevará a desconocer el carácter del gobierno de Yrigoyen —identificarán el radicalismo con el fascismo— y a coincidir objetivamente con el golpe de Uriburu de 1930.
No obstante, en el período 1920-35 los partidos comunistas desempeñan un papel destacado en la organización del movimiento obrero. Impulsan las luchas obreras, organizan sindicatos y elevan políticamente el nivel de discusión. Es la etapa de polémica con los anarquistas y socialistas, *que hasta entonces tenían hegemonía* en la clase obrera. Pero los partidos comunistas no lograron, sin embargo, desarrollarse considerablemente en América Latina. Excepto en Chile, en el resto de los países mantuvieron pequeñas estructuras de cuadros.
Es indudable que este hecho hay que atribuirlo a la línea política que aplicaron, pero no se trata solamente de un problema de "comprensión" teórica y política. Los vaivenes de la línea de los partidos comunistas se corresponden con las distintas etapas de la Internacional Comunista. Desde 1930 no hay un intento de pensar por cuenta propia sobre la realidad latinoamericana, como lo habían intentado Mariátegui o Mella. En cambio, hay una aceptación mecánica de la línea del centro dirigente mundial. El ejemplo es nuevamente Argentina, aunque podríamos hacer referencia a otros países. En Argentina, como ya vimos, el PC se desencuentra con el movimiento de masas que canaliza el radicalismo yrigoyenista, para apoyar más tarde, contradictoriamente, y a la sombra de la política de los frentes populares, al radicalismo conservador de Alvear. No se trataba, claro está, de apoyar incondicionalmente a Yrigoyen, sino a las medidas progresistas que él propugnó contra la oligarquía y el imperialismo. O sea, aplicar la línea que Lenin había elaborado para el segundo Congreso de la I. C.
La vigencia de esta política puede comprobarse en el caso de Brasil, donde el PC, dirigido por Prestes, reorientó su posición frente al gobierno de Vargas y le dio su apoyo, lo que le valió una relación mucho más estrecha con las masas y un desarrollo relativamente importante.
De todas maneras, en la década de 1930 el movimiento comunista quedó constituido en América Latina. La etapa iniciada con la segunda Guerra Mundial les abriría una nueva posibilidad para su desarrollo.

La revolución española

España fue el último gran escenario donde intervino la I. C. Desde 1934 existía una situación prerrevolucionaria que desembocó en las elecciones de 1936. En enero se constituyó el Frente Popular. Lo integraban la Unión Republicana, la Izquierda Republicana, el Partido Socialista, el Partido Sindicalista, el Partido Comunista y el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). El pacto del Frente Popular apoyaba reivindicaciones liberales —reforma agraria, reformas de las municipalidades, planes de reorganización económica, etc.—, pero no tenía un solo punto que rebasara el marco burgués. Al contrario, establecía expresamente su oposición a las nacionalizaciones de tierras y bancos y al control obrero de la industria.
Sin embargo, el Frente Popular se convirtió en un centro para la clase obrera y las masas. Algunos puntos del programa atraían el apoyo popular, como la amnistía para los presos políticos —los insurrectos de 1934— y la reincorporación al trabajo de todos los cesantes. Existían para entonces 30.000 detenidos por razones políticas. De ahí que la consigna de su liberación se convirtiera en un polo de atracción.
En febrero de 1936 tuvieron lugar las elecciones. El Frente Popular se impuso ampliamente. Al día siguiente las masas ganaron las calles. No esperaron el decreto de amnistía: abrieron las puertas de las cárceles y liberaron a los presos. Tampoco esperaron las reincorporaciones: ocuparon las fábricas y establecieron comités de control. En todo el país se produjo una movilización revolucionaria cuya dinámica iba mucho más lejos que el programa del Frente Popular. En el campo, particularmente, la situación se tornó explosiva. Los campesinos ocuparon las tierras y en muchos lugares fueron ejecutados terratenientes. No obstante, la movilización *fue controlada. El gobierno* republicano y la dirección del

La Internacional en España.
Dos imágenes del movimiento obrero español:
Arriba: Cartel del Partido Obrero de Unificación Marxista.
En la foto inferior: las masas armadas del Frente Popular ganan las calles y, sin esperar el decreto de amnistía, toman las cárceles y liberan a los presos políticos.

¡proletarios de todos los paises, unios!

LA INTERNACIONAL COMUNISTA



Frente Popular llamaron a la calma.

"Una cuestión de fondo —señala Pla— se planteaba en torno a estos hechos: quién hace la revolución y bajo qué dirección. Si se entiende que la revolución democrática antecede a la socialista y la burguesía debe cumplir un papel durante cierta etapa —aun cuando las condiciones sean de insurrección obrera— la tesis tiene su ejemplificación en la política que aplicó el Frente Popular y en sus consecuencias. Si se entiende, por el contrario, que la revolución democrática solo puede consolidarse como producto de la intervención masiva de la clase obrera y del pueblo, como sucedió en Rusia en 1917, se imponía en España no solo una política antifascista sino también anticapitalista, expresada en ese momento en las ocupaciones de tierra y en las tomas de fábricas." La debilidad del gobierno republicano de Azaña se explica precisamente porque optó por la primera de estas tesis. La contención del movimiento de masas y las vacilaciones de la primera etapa del Frente Popular permitieron a la derecha reorganizarse. Los fascistas recogieron el apoyo de la gran burguesía y los terratenientes y prepararon la contrarrevolución. En julio estalló el pronunciamiento militar de Franco, al que se plegaron otros sectores. Aun en esas condiciones el gobierno quedó en la pasividad. En cambio, las masas salieron nuevamente a las calles a defender lo que ellas entendían su conquista. Se estableció un doble poder, no sólo entre la zona dominada por el "Movimiento" de Franco y la zona republicana, sino en el interior mismo de la república. Los obreros constituyeron Juntas con funcionamiento soviético y organizaron milicias para defender sus conquistas. La dinámica de este proceso conducía a la revolución proletaria. Sin embargo, la revolución fue ahogada.

La disolución de la Internacional Comunista

Texto del comunicado del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC del 9 de junio de 1943:

En su última sesión del 8 de junio, el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista analizó las decisiones recibidas de sus secciones, respecto a la resolución del 15 de mayo de 1943, sobre la disolución de la Internacional Comunista, y ha constatado:

1. Que la proposición de disolver la Internacional Comunista ha sido aprobada por los partidos comunistas de Alemania, Argentina, Australia, Austria, Bélgica, Bulgaria y Canadá, Partido Socialista Unificado de Cataluña, Partido Comunista de Colombia, Unión Revolucionaria Comunista de Cuba, partidos comunistas de Checoslovaquia, Chile, España, Finlandia, Francia, Gran Bretaña, Hungría, Irlanda, Italia, México, Costa Rica, Partido Obrero de Polonia, partidos comunistas de Rumania, Siria, Suecia, Suiza, Unión Sudafricana, Partido Comunista bolchevique de la URSS y por la Internacional Juvenil Comunista (adherida a la IC con derechos de sección).
2. Que de ninguna de las secciones de la Internacional Comunista se ha recibido objeción alguna contra la proposición del Presidium del Comité Ejecutivo.

Considerando todo esto, el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista resuelve:

Primero. Declarar que la proposición de disolver la Internacional Comunista ha sido unánimemente aprobada por las secciones de la IC que han tenido la posibilidad de comunicar sus decisiones (entre las cuales se encuentran todas las secciones más importantes.)

Segundo. Considerar que a partir del 10 de junio de 1943 quedan disueltos el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, el Presidium y el Secretariado del Comité Ejecutivo, y la Comisión Internacional de Control.

Tercero. Encargar a una Comisión compuesta por Dimítrov (presidente), Ercoli, Manuilski y Pieck que lleve a la práctica la liquidación de los asuntos pendientes, de los organismos, de los servicios y de los bienes de la Internacional Comunista.

Por encargo del Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista: G. Dimítrov.

9 de junio de 1943.

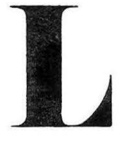
Texto de la respuesta de Stalin al corresponsal de la agencia Reuter en Moscú, con fecha 28 de mayo de 1943:

Pregunta: Los comentarios británicos sobre la decisión de liquidar el Komintern han sido muy favorables. ¿Cuál es el punto de vista soviético sobre esta materia y su alcance para las futuras relaciones internacionales?
Respuesta: La disolución de la Internacional Comunista es acertada y oportuna porque facilita la organización del asalto común de todos los pueblos amantes de la libertad contra el enemigo común: el hitlerismo.
La disolución de la Internacional Comunista es acertada porque:
a) Evidencia la mentira de los hitlerianos, que afirman que «Moscú trata de inmiscuirse en la vida de otras naciones para bolchevizarlas». Ahora se ha puesto fin a esta calumnia.
b) Ello evidencia la calumnia de los adversarios del comunismo dentro del movimiento obrero, que afirman que los partidos comunistas en los diversos países actúan no en interés de sus pueblos, sino bajo órdenes exteriores. A esta calumnia también ha sido puesto fin.
c) Facilita la actividad de los patriotas en los países amantes de la libertad para unir las fuerzas progresivas de sus países respectivos sin distinción de partidos ni credos religiosos, en un campo único de liberación nacional para desarrollar la lucha contra el fascismo.
d) Facilita la actividad de los patriotas de todos los países para unir a todos los pueblos amantes de la libertad en un sólo campo internacional de lucha contra la amenaza de dominación del mundo por el hitlerismo, desbrozando así el camino hacia la futura organización de la colaboración fraternal de las naciones, basada en su igualdad.
Yo creo que todas estas circunstancias, consideradas en su conjunto, darán como resultado el fortalecimiento ulterior del Frente Unico de los Aliados y demás Naciones Unidas, en su victoria sobre la tiranía hitleriana.
Me parece que la disolución de la IC es perfectamente oportuna porque, precisamente ahora, cuando la fiera fascista tensa las últimas energías, es necesario organizar el asalto común de los países amantes de la libertad para acabar con ella y liberar a los pueblos de la opresión fascista. J. Stalin.

28 de mayo de 1943.

(Tomado de Fernando Claudin, *La crisis del movimiento comunista*, Francia, Ruedo Ibérico, 1970.)

La tragedia de España


La Internacional Comunista intervino activamente en este proceso. El PC Español había pasado a ser una fuerza de fundamental importancia. El partido que representaba a la Unión Soviética era un poderoso polo de atracción. Por otra parte, de la ayuda de Stalin dependía en buena medida la suerte de la república. Desde un primer momento la URSS había intervenido en este sentido. La ayuda a España formaba parte de la política general antifascista de este período. Pero al mismo tiempo esta política tenía su lado débil: para Stalin era fundamental la alianza con Francia y con Inglaterra. España era una pieza clave de esa estrategia frente a una posible guerra con Alemania.

Esto explica las contradicciones de la política de la Internacional Comunista en España. Ni Francia ni Inglaterra veían con buenos ojos, por cierto, el desarrollo de la revolución proletaria. De ahí que el PCE se convirtiera en el más consecuente defensor de la república. No se trataba para el PC de la revolución proletaria, sino de una revolución democrática burguesa. La lucha contra el fascismo y la estructura semifeudal de España resumía su programa. Por otra parte, garantizaba la defensa de la propiedad y la legalidad democrática, condición para mantener la unidad del Frente Popular. "Ganar la guerra" era su objetivo central. No es extraño, entonces, que pronto se planteara una seria crisis en el campo "republicano".

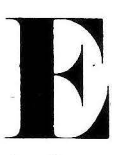
En mayo de 1937 se produjo el levantamiento popular de Barcelona. El gobierno había enviado una resolución disponiendo el desarme de los grupos obreros no controlados por la policía. Era una medida directa contra la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), que agrupaba a los sectores más combativos del proletariado, y las milicias del POUM. Los obreros rechazaron la medida. El copamiento de la Central

Telefónica por un grupo del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PC) provocó el estallido. Durante varios días la ciudad fue paralizada por una huelga general. Los comités de base de la CNT, la FAI (Federación Anarquista Ibérica) y el POUM ganaron las calles. Hubo sangrientos combates hasta que se llegó a un acuerdo. La dirección de la CNT levantó la huelga general y pidió que se volviera al trabajo. La FAI y el POUM acordaron también una tregua. Los obreros se retiraron.

A partir de este momento la revolución española se frustra. El PC exigió la represión de los "trotskistas" (así eran calificados los poumistas) acusándolos de "fascistas disfrazados que hablan de la revolución para sembrar la confusión". (En realidad el POUM no era ni fue nunca "trotskista". Era un partido centrista, la izquierda del Frente Popular, formado precisamente cuando la mayoría de la **Oposición** española se negó a aceptar la propuesta de Trotski de ingresar al Partido Socialista.) La sustitución de Largo Caballero por Negrín en la presidencia de la república marcó el comienzo de la represión contra los opositores a la política del Frente Popular. El periódico del POUM —"La Batalla"— fue suprimido y los principales dirigentes de ese partido fueron arrestados. En esos días desapareció Andrés Nin, fundador del PCE, viejo dirigente de la CNT y líder del POUM. Finalmente, en octubre de 1938 tuvo lugar un proceso al POUM al estilo de los "procesos" de Moscú.

España se había convertido ya en el prólogo de la guerra mundial. A pesar de la heroica resistencia de las masas la guerra civil se definía con la ayuda abierta de Alemania e Italia a favor de Franco. Las potencias "democráticas" se lavaron las manos, aislaron a la república y permitieron el triunfo de Franco. Para Inglaterra y Francia era el mal menor frente al peligro de la revolución proletaria. El proletariado, por su parte, una vez más intentó superar con su intervención la crisis de dirección del movimiento obrero, pero no pudo lograrlo. La tragedia de España fue la culminación del período de reflujo revolucionario iniciado en 1923. La nueva guerra mundial se hizo inminente.

El último período de la I. C.



En agosto de 1939 se producía otro brusco viraje en la política de la Internacional Comunista. La firma del pacto entre la URSS y Alemania replanteó la estrategia de la Internacional. La lucha antifascista llevada adelante desde 1934 se dejó prácticamente a un lado. Entre los años 1939 y 1941 nuevamente se habla de "revolución mundial" y se condena el conflicto bélico como "interimperialista". Dimítrov, principal dirigente de la I. C., escribe en octubre de 1939: "La clase obrera debe poner fin a esta guerra a su manera, en su interés y en interés de toda la humanidad, creando las premisas necesarias para la eliminación de las causas esenciales de las guerras imperialistas". Los partidos comunistas reacomodan su táctica a la nueva situación. La democracia burguesa y la socialdemocracia reaparecen como los enemigos principales. Francia e Inglaterra son calificadas de potencias "agresoras". Se minimiza el peligro de Alemania nazi.

La invasión alemana a la URSS rompe el esquema. Desde el 22 de junio de 1941 nuevamente la I. C. levanta la bandera del antifascismo. Otra vez se divide al mundo en dos: democracia y fascismo. La defensa de la URSS se pone en primer plano. Pero la alianza con las potencias "democráticas" va más lejos: se hace a costa de la independencia del movimiento obrero. En Estados Unidos, por ejemplo, esta política es llevada hasta su última consecuencia: el PC se autodisuelve. Se llama a los obreros a postegar la lucha por sus reivindicaciones y a asumir el mayor peso en la guerra contra el nazismo.

En este contexto la existencia de la I. C. ya no tiene sentido. El pacto Stalin-Roosevelt-Churchill ejemplifica una política. El 15 de mayo de 1943 Stalin propone la disolución de la Internacional. Se argumentan razones acerca de la madurez alcanzada por los PC que hacen innecesaria la existencia del "partido mundial". El texto del Comité Ejecutivo propone: "Disolver la Internacional Comunista como centro dirigente del movimiento obrero internacional, liberar a las secciones de la Internacional Comunista de las obligaciones derivadas de los estatutos y resoluciones de los congresos de la Internacional Comunista".

El 10 de junio de 1943 la Tercera Internacional o Internacional Comunista dejó de existir. Fue reemplazada después por la Cominform, una especie de oficina de información internacional. No obstante, la derrota de la Alemania nazi a partir del triunfo soviético de Stalingrado abrió una nueva relación de fuerzas a favor de la revolución mundial. La URSS salió fortalecida de la guerra, a pesar de sus pérdidas cuantiosas, y una nueva ola revolucionaria se extendió por Europa y el mundo. El nuevo ascenso de la revolución mundial no encontró el "centro dirigente" que la Internacional Comunista intentó constituir en el proyecto de Lenin. Pero la revolución se abrió camino a pesar de la crisis de dirección. El triunfo de la Revolución Yugoslava señaló una ruta, que después tomarían China y una decena de países. El aislamiento de la URSS se rompió. Después de la segunda Guerra Mundial el movimiento obrero entró en una nueva etapa.

Bibliografía

Les quatre premiers congrès de L'Internationale Communiste. París, François Maspero, 1969.

Congresos de las Internacionales Socialistas. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969. Siglomundo.

Lenin, V. I.: **Obras Completas.** Buenos Aires, Cartago, 1957-1967. Tomos XXVIII, XXXI, XXXII, XXXIII.

Trotski, León: **El gran organizador de derrotas.** Buenos Aires, Olimpo, 1965.

Claudín, Fernando: **La crisis del movimiento comunista.** Francia, Ruedo Ibérico, 1970.

Deutscher, Isaac: **Stalin. Biografía política.** México, Era, 1969.

Abendroth, Wolfgang: **Historia social del movimiento obrero europeo.** Barcelona, Estela Popular, 1970.

Cole, G. D. H.: **Historia del pensamiento socialista.** México, Fondo de Cultura Económica, 1962, t. VI y VII.

Tempestad sobre el Asia: La primera revolución china

Luis Gerovitch

Después de la proclamación de la República, en 1912, los sucesivos intentos revolucionarios de la clase obrera china son aplastados por el Kuomintang.

En el siglo XVIII, China era un dragón respetable. Para los europeos seguía siendo el país más civilizado y mejor gobernado del mundo. Un siglo después, no era más que un dragón de utilería, incapaz de resistir la presión del capitalismo en ascenso.

La Paz de Nankín termina con la Guerra del Opio (1840-1842) y obliga a China a reanudar el comercio del opio, a ceder Hong-Kong a Gran Bretaña y a hacer concesiones comerciales de cinco puertos tanto con respecto a las importaciones como a las exportaciones. Es el comienzo de una larga serie de concesiones que el Imperio Chino se vio obligado a realizar ante la rapacidad de las potencias imperialistas, las cuales obtuvieron los derechos de convenir el monto y el contralor de los impuestos aduaneros, la libertad de navegación en aguas interiores para barcos mercantes y de guerra y el derecho de ser juzgados por jueces extranjeros en los conflictos en que fuesen parte.

En varias ciudades —Shanghai, Tien-tsin, Han-kow, Kiu-kian, Chekiang, Amoy y Cantón— se establecieron las "Concesiones" de las potencias europeas. Estas eran zonas no sometidas al gobierno chino, especies de estados dentro del estado.

Tanto por la diplomacia como por la fuerza, le fueron quitados al Imperio diversos territorios: en 1874 Japón se apoderó de Annan; en 1886 Inglaterra tomó Birmania y en 1890 Sikkim; en 1887 Portugal ocupó Macao. El cuadro se completa con la derrota de China frente a Japón en la guerra que se libra entre 1894 y 1895.

La superioridad aplastante de las fuerzas japonesas termina con la conquista de Daire, Wei-hai-wei, Shantung, Seul, etc.

El capitalismo progresa aceleradamente: se multiplican las manufacturas y las casas comerciales; se estrechan los lazos entre la clase burguesa que se va formando y los extranjeros, cuyas inversiones de capital doblan su valor en diez años. En manos de éstos se encontraban por completo la industria minera (hierro y carbón) y la producción de maquinarias. Correos y telégrafos eran también administrados por extranjeros, al igual que directa o indirectamente los ferrocarriles; sus bancos ocupaban un lugar preponderante, a tal punto que los billetes de los países imperialistas circulaban libremente en todo el país.

El dominio era completo. La independencia de China era puramente formal. Las grandes potencias se había dividido el territorio en esferas de influencia: a Inglaterra le tocó la cuenca del río Yang-tse; a Alemania, Shantung; a Japón, Fu-kien; a Francia, Yun-nan y Kwang-si; a Rusia, Manchuria. La desintegración total del territorio no se produjo por los desacuerdos constantes entre dichas potencias. La gran mayoría de la población era campesina, y vivía en un estado de atraso y explotación sin límites, agravado por el encarecimiento constante de la vida, pues el déficit de la balanza comercial era considerable y la moneda perdía constantemente su valor. Las exportaciones de té disminuyeron arruinando provincias enteras en el Sur, donde era costumbre abandonar a los recién nacidos del sexo femenino. Frente a esta China miserable se levantaba la China de las "Concesiones" y de los grandes negocios, donde el lujo "asiático" se mezclaba con las costumbres europeas, como sucedía en Shanghai, Hong-Kong y Cantón. El "progreso" europeo se sintetizaba en esos paraísos del opio y la prostitución, rodeados de miseria, bandidaje y ejércitos de mendigos. Una mezcla confusa de nacionalismo, tradicionalismo y odio al extranjero expoliador se incubó entonces en las profundidades de la sociedad china e hizo eclosión al filo del siglo con el movimiento "boxer", integrado en su gran mayoría por campesinos pobres que se rebelan al grito de "exterminad a los extranjeros". Primero hostil a la dinastía, el movimiento termina abandonando esa hostilidad al aliarse con los mandarines xenófobos.

Los boxers (= I-Ho-Chian, "golpeadores virtuosos") arman su rebelión en sociedades secretas que intentaban disputar el poder. Las prácticas realizadas en esas sociedades —magia, boxeo sagrado, etc.— los hacían sentirse invulne-

rables. Expresión de la xenofobia provocada por la expoliación extranjera, se lanzan a la rebelión en junio de 1900: atentan contra las compañías extranjeras, matan a comerciantes y misioneros occidentales, etc. Pero en poco tiempo son aplastados por los ejércitos de ocupación dirigidos por el conde Waldersce. China entonces debe pagar una fuerte indemnización y se ve obligada a hacer más concesiones. El Imperio, débil y corrupto, tambalea. Una serie de malas cosechas y la creciente carestía levantan contra el régimen de Pekín a las clases explotadas. Los obreros de los talleres ferroviarios y del arsenal de Hankou se rebelan en el preciso instante en que los motines deciden al jefe del ejército, Yuan She-kai, a levantarse contra el soberano. La llamada Revolución de los Jóvenes chinos (1911) produce el derrocamiento del emperador (12 de febrero de 1912). Se proclama entonces la República.

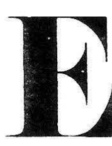
Sun Yat-sen, médico fundador de Kuomintang, elegido al principio presidente provisional de la República por una Asamblea Nacional Revolucionaria, retira su candidatura en favor de Yuan She-kai, hombre de confianza del partido imperial, y que es apoyado por los mandarines, los comerciantes y las potencias asustadas por los desórdenes. Con la intención de resolver la difícil situación interna y asegurarse el apoyo internacional, éste comienza negociando un empréstito con Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Alemania, Rusia y Japón, países que exigen como garantía lo recaudado mediante los impuestos a la sal.

Yuan, que utiliza el empréstito para sofocar revueltas militares que no le permiten avanzar en su proyecto de ocupar el trono imperial, muere, repentinamente, en junio de 1916.

Durante los once años siguientes China no tuvo un gobierno central efectivo. La unidad fue mantenida por los servicios que abarcaban todo el territorio: la administración de aduanas, el impuesto a la sal y las comunicaciones postales.

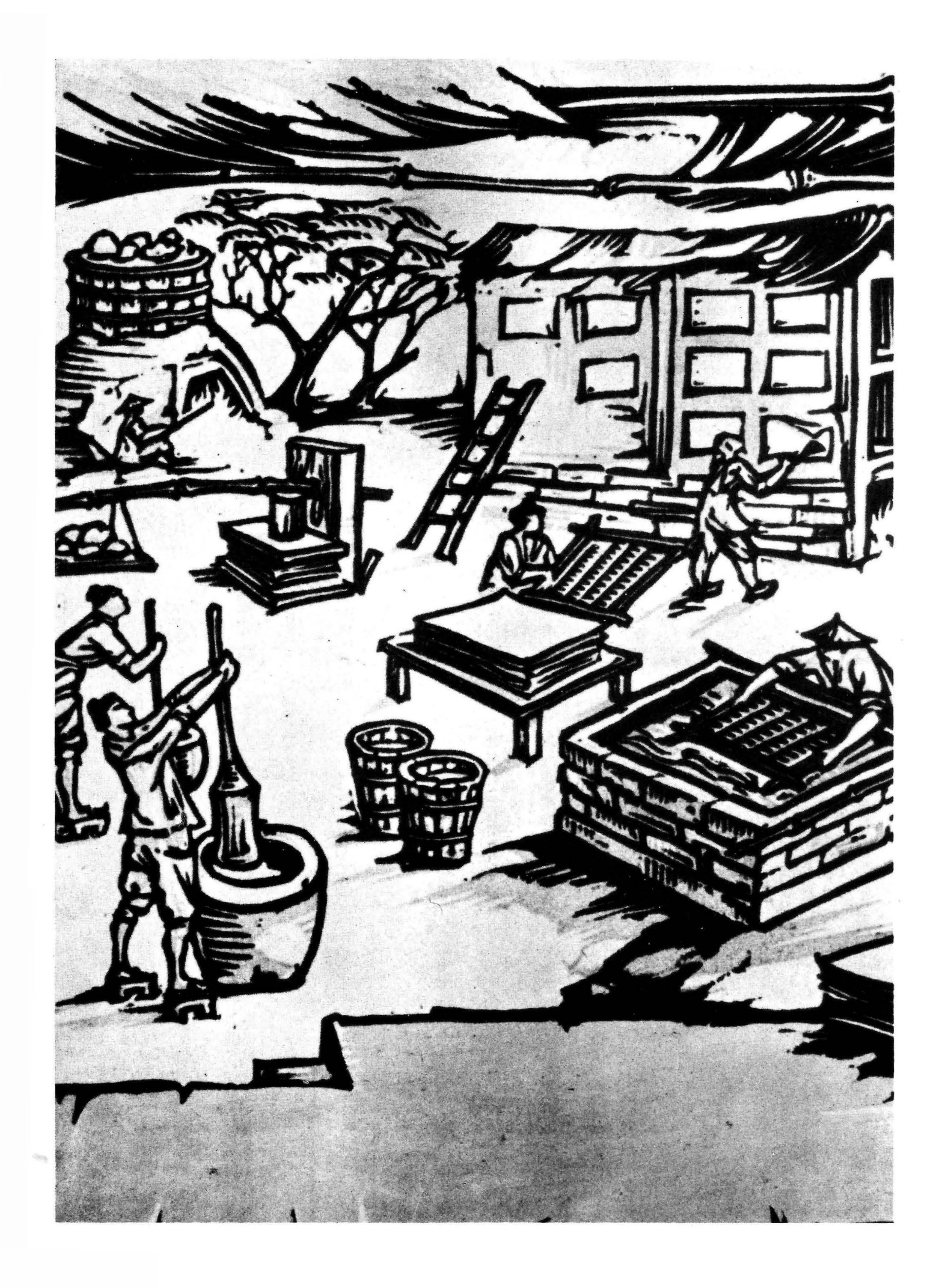
El fracaso de la república es evidente: un espantoso caos la agobia. El país está dominado por los Tukiuns, los "Señores de la guerra", soldados afortunados que en las provincias donde dominaban actuaban como soberanos independientes y que a cambio de diversas concesiones contaban con el apoyo de las potencias imperialistas. Ellos canalizaban el producto de los impuestos arrancados al pueblo hambriento hacia sus cuentas abiertas en bancos extranjeros. De esta manera el gobierno central se encontraba sin poder y sin recursos.

Las nuevas ideas



En medio de todo esto China se transforma. Aparecen concepciones que enfrentan al confucianismo; se amplía la enseñanza democrática; las reformas realizadas en el idioma, en especial en la escritura, posibilitan la instrucción de mayores sectores del pueblo. Hasta ese momento se escribía en un lenguaje literario que se mantenía inalterable desde 2.000 años atrás, una lengua muerta, totalmente diferente a la hablada cotidianamente y a la cual, por supuesto, no tenía acceso el pueblo. Esta "reforma del lenguaje corriente", PAI-HUA, permitió la difusión de los descubrimientos científicos, de las creaciones artísticas de Occidente, y, sobre todo, de nuevas ideas que pronto penetraron con fuerza. Jóvenes intelectuales se lanzaron a escribir novelas realistas y obras críticas que denunciaban al viejo régimen político, atacaban la persistencia de la familia patriarcal y las creencias religiosas, en particular las derivadas de Confucio. Estos intelectuales, salidos de las clases dirigentes y que habían podido ir a estudiar al extranjero, traen a China, en los últimos años del Imperio, las ideas anarquistas de Bakunin y Kropotkin. En Francia editan el periódico **El Nuevo Siglo.** En China fundan sociedades tales como la "Sociedad del Corazón". Los miembros de ésta tenían que cumplir una serie de obligaciones que configuraban un estilo de vida reñido con las costumbres tradicionales: debían ser

Un grabado del siglo XIX muestra una de las primeras factorías establecidas por los europeos en China. Se trata de una fábrica elaboradora de papel, donde trabajan obreros nativos y capataces extranjeros.



Tres imágenes de la fallida insurrección de los boxers. Arriba, a la izquierda, se ve una postal alemana de la época que hace referencia a la amenaza del "gigante chino". A la derecha, un grupo de jóvenes campesinos pertenecientes a las filas del ejército bóxer. Abajo, un grupo de soldados de las fuerzas coloniales alemanas muestra los estandartes de los vencidos rebeldes chinos.

vegetarianos, no consumir bebidas alcohólicas, no fumar, no emplear domésticos, dejar de utilizar carritos tirados por hombres, permanecer célibes, rehusar todo tipo de puesto oficial, no adherirse a ningún partido político, no servir en el ejército, hacer profesión de ateísmo, etc.

Pero la influencia del anarquismo fue débil. No dejó de ser un fenómeno de pequeños grupos que terminaron por dispersarse hacia 1916, aunque siguieron teniendo cierto predicamento en el plano literario.

También tardíamente penetraron en China las ideas del liberalismo y del radicalismo burgués: recién en 1905 Sun Yat-sen formuló desde el Japón su programa republicano y unificó a pequeños grupos en una Liga Revolucionaria, la "Tung Mung Jui", que aspiraba a transformarse en el partido político de la burguesía. Creían que la renuncia de la dinastía iba a abrir, con la ayuda de las potencias extranjeras, una época de progreso. Consideraban que se debían respetar todos los tratados estipulados en el pasado por China, así como los tributos, los intereses de los préstamos, los privilegios conquistados y las propiedades de los extranjeros. Luego de la caída de la monarquía la "Tung Mung Jui" se disolvió.

La debilidad del movimiento dirigido por Sun Yat-sen, proclive al compromiso con sectores reaccionarios, se manifiesta en una serie de fracasos. Su actividad iba dirigida a pequeños círculos militares que se alzaban cada tanto contra la monarquía y que terminaban siendo aplastados.

Sun Yat-sen proclamó un vago programa basado en los "tres principios del pueblo": independencia nacional, democracia y bienestar del pueblo. Admiraba a los Estados Unidos y de las "democracias occidentales" esperaba la ayuda necesaria para instaurar la república. Profundamente decepcionado se sintió cuando sus posibles aliados, que no tenían prisa por ver a China fuerte y unificada, prefirieron apoyar a Yuan She-kai. Es entonces cuando fija la vista en el Japón: "Japón es —afirmaba— una de las potencias más fuertes del mundo. Su pueblo abandonó sus viejos prejuicios, aprendió las lecciones del Oeste, reformó su administración, creó un ejército y una flota y organizó sus finanzas, todo esto en el lapso de 15 años." Sun Yat-sen, de vuelta en Japón, organiza allí, en 1914, el Partido del Pueblo, el Kuomintang, con el fin de preparar una nueva revolución "democrática". El partido no era, en ese momento, más que una pequeña secta, donde los miembros se sometían totalmente a la autoridad de Sun.

En 1917, en Cantón, Sun Yat-sen constituyó un "gobierno militar para la defensa de la Constitución" que trató de mantenerse con el apoyo de distintos "Señores de la guerra" (Lu Yung-ting, primero; luego, Chen Tsiung-ming), quienes, alternativamente, lo traicionaron. Pero incapaz de arrastrar a las masas populares a una lucha revolucionaria resuelta, terminó refugiándose en el establecimiento internacional de Shanghai.

Transformaciones económico-sociales

Con la primera Guerra Mundial decaen las importaciones de productos extranjeros. Lo recaudado en concepto de aduanas en 1914 asciende a 213.014.752 dólares y en 1919 a 16.188.270 dólares. Esta situación favorece el desarrollo de industrias y manufacturas nacionales destinadas, fundamentalmente, a producir para el mercado interno.

En la industria algodonera se pasa de las 22 fábricas con 540.000 husos en 1922 y a 119 fábricas con 3.690.000 husos en 1927.

Entre 1912 y 1927 se abrieron sesenta y tres fábricas de seda en la región de Shanghai y la inversión de capitales se quintuplicó entre 1914 y 1919. En 1900 sólo existían dos molinos arroceros modernos. Esta cifra se eleva a sesenta y siete en 1916 y a ciento siete en 1927.

Los capitales amasados en los puertos por los agentes comerciales e intermediarios y las rentas de los propietarios territoria-


ITALIA
ENGLAND
JAPAN
AMERIKA
Freundl. Gruss von der chines. Mauer!





這個
梅蘭芳
是
伶界大王 香烟泰斗
南洋兄弟烟草公司

La influencia europea presente en la publicidad: anuncio de cigarrillos en un periódico de Nankín, 1906.

les permitieron el desarrollo de industrias y bancos propiamente chinos. Estos últimos ascienden hacia 1925 a más de cien.
La guerra también favoreció el desarrollo de la industria, tanto de la pesada, que se hallaba en manos de capitalistas norteamericanos, europeos y japoneses, como de la liviana (algodón, tabaco, harina, etc.), en manos de los capitalistas chinos.
Ciudades como Hankow, Shanghai y Tientsin se convirtieron en grandes centros industriales donde se concentró una clase obrera que adoptó formas de vida totalmente diferentes a los de la enorme masa campesina que continuaba encerrada en las pautas tradicionales.
En la aldea china persistía un complejo sistema social centralizado en grandes clanes que honraban a un antepasado común. La jefatura de la aldea era ocupada por un notable elegido por las familias influyentes. El se encargaba de recaudar los impuestos, de reclutar a los soldados y de mantener el orden. A esto se reducía el universo del campesinado.
Es en las ciudades fabriles donde los viejos lazos familiares comienzan a destruirse a raíz de las nuevas formas de vida que plasma la concentración industrial. Se produce entonces un cambio de mentalidad que posibilitará más tarde la formación de sindicatos modernos.
Las asociaciones tradicionales que agrupaban a los trabajadores eran corporaciones de defensa del oficio. Muchas veces se organizaban según el origen regional de sus miembros. Las sociedades secretas, que agrupaban a los sectores más atrasados, generalmente campesinos sin tierras o artesanos sin empleo que entraban en ellos coaccionados o en busca de protección, eran dirigidas muchas veces por criminales profesionales.
No hay datos fehacientes sobre el número de trabajadores existentes en la década de 1920. Es probable que hubiera entre dos y tres millones de trabajadores industriales y unos doce millones de artesanos y "coolies". Estos últimos eran los estibadores y los que tiraban de los **rickshaws.**
Artesanos, comerciantes, pequeños burgueses que se arruinaban iban a engrosar las filas de la clase obrera, al mismo tiempo que aumentaba la inestabilidad y el número de desocupados. Las condiciones de trabajo eran duras: largas jornadas, sin días de descanso, salarios bajísimos, en especial para los niños y las mujeres. "Ciertas fábricas de cerillas o de tapices —puntualiza un testimonio— podrían inspirar a Dante para describir el infierno. Pálidos seres demacrados se mueven en una atmósfera irrespirable para el que viene de fuera, en una oscuridad casi total y en medio de inmundicias. A las 10 de la noche, a veces incluso más tarde, están todavía trabajando, y los talleres, débilmente iluminados por algunas lámparas de aceite, toman un aspecto aún más siniestro. Algunas interrupciones para las comidas tomadas en el mismo lugar de trabajo o en un patio rebosante de inmundicias. Cuando por fin llega la hora de descanso, esos desgraciados se acuestan en cualquier parte; los privilegiados sobre desperdicios, en graneros, donde los hay; los otros sobre el mismo suelo de sus talleres, como perros encadenados..."

Gran movilización antimperialista

Dentro de la Universidad de Pekín se combate por destruir las concepciones tradicionalistas. Dos profesores de enorme prestigio, Li Ta-chao y Chen Tu-hsiu, encabezan la batalla por una nueva cultura; éste último publica desde 1915 una revista, **Juventud nueva**, donde exalta el papel de los jóvenes en la transformación de la sociedad. Es en medio de estas polémicas que irrumpirá la noticia de la Revolución Rusa de 1917.
La arcaica estructura de la sociedad china y el sistema de autosuficiencia, profundamente arraigados, imposibilitaban el desarrollo de nuevas ideas. El imperialismo pudo descomponer, relativamente, esa estructura y esa tra-

dición secular, pero fue incapaz de generar cambios en la mentalidad china. Sería la revolución social producida en Rusia la encargada de romper la inercia de la nación más poblada de la tierra.

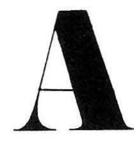
Después de finalizada la Primera Guerra Mundial se reunió el 18 de enero de 1919 la "Conferencia de Paz" en Versalles. El gobierno de Pekín acudió a ella con la esperanza de ver satisfechas sus justas demandas. Pidió que las grandes potencias renunciaran a sus zonas de influencia en China, que retiraran sus tropas, que dejaran de mantener servicios postales y telegráficos propios, que se aboliera la jurisprudencia consular, se restituyeran los territorios cedidos y que se le reconociera independencia aduanera. Pero estas cuestiones ni siquiera fueron tratadas por la Conferencia. Sólo se produjo un cambio: las posesiones alemanas en China (Shantung) pasaron a manos del Japón.

Las noticias sobre el tratamiento recibido provocaron agitaciones nunca vistas en China. El largo predominio de los intereses extranjeros en el campo económico, el menosprecio a los nativos — ejemplificado por la entrada vetada a diversos establecimientos mediante la famosa inscripción "prohibido a los perros y a los chinos"— terminaron exacerbando el odio hacia los extranjeros.

El 4 de mayo de 1919 los estudiantes de la Universidad de Pekín, dirigidos por Li Ta-chao y Chen Tu-hsiu, se encaminaron hasta el barrio de las legaciones para protestar por el Tratado de Versalles. Pronto el movimiento de protesta se extendió por toda China. A las huelgas estudiantiles se sumaron otras capas de la población. En los principales puertos los comerciantes suspendieron sus actividades e iniciaron el boicot a los productos japoneses. Espontáneamente los obreros se sumaron al movimiento; estallaron huelgas en los talleres mecánicos y metalúrgicos de Shanghai y más tarde sucedió lo mismo con los textiles, los tipógrafos, los tranviarios y los ferroviarios de las líneas que unían Pekín y Shanghai.

La participación de sectores obreros en un movimiento político a pesar de que aún no existían sindicatos modernos y bien organizados revelaba el comienzo de un importante proceso que, por otra parte, no habría de interrumpirse durante todo este período. De los 6.500 obreros huelguistas de 1918, se pasó a 90.000 en 1919. El "Movimiento del 4 de mayo", mediante marchas, huelgas y días de duelo por la represión desencadenada, conmovió profundamente al país. En julio de 1919, en medio del torbellino el joven gobierno de los Soviets se dirigió al pueblo chino proponiendo el establecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países y renunciando a todos los privilegios obtenidos por la Rusia zarista. Era la primera vez que se recibía de una nación extranjera una propuesta semejante.

Las ideas socialistas


ntes de 1917 la influencia del socialismo marxista es totalmente nula en China. Antes de la Primera Guerra Mundial un grupo efímero, dirigido por Chiang Kang-hu, publicó **La Revista Socialista.** Esta reflejaba las tendencias anarquistas y humanitarias de su director y no expresaba una ideología coherente. Lo único que aportó fue un cierto vocabulario de tipo socialista. Es a partir de la revolución rusa que un sector de los intelectuales revolucionarios comienza a prestar atención a la clase obrera, a tomar conciencia, todavía confusamente, de su papel hegemónico. "El mundo del futuro será el mundo de la Bandera Roja . . . el mundo del pueblo trabajador", decía Li Ta-chao.

Recién en 1920 se publica en China el **Manifiesto Comunista.** Ese mismo año llegan los primeros delegados de la Internacional Comunista. Grigory Voitinsky, secretario general de la oficina para Extremo Oriente de la I. C., el holandés Sneevliet-Maring y otros iniciaron los contactos con los marxistas chinos con el fin de crear el Partido Comunista. Este realiza su primer congreso en

El ejército de los "jóvenes chinos" en marcha. Este movimiento, surgido en 1911, tendrá como resultado final la caída del emperador y la proclamación de la República.

Los problemas nacional y colonial

"En lo referente a los estados y a las naciones más atrasadas, donde predominan las relaciones feudales, patriarcales o patriarcal-campesinas, es preciso tener sobre todo presente:
... la necesidad de apoyar especialmente el movimiento campesino (...) contra toda clase de manifestaciones o resabios del feudalismo y esforzarse por dar al movimiento campesino el carácter más revolucionario [...]; es indispensable, en particular, realizar todos los esfuerzos para aplicar los principios esenciales del régimen soviético en los países en que predominan las relaciones precapitalistas por medio de la creación de «soviets de trabajadores», etc.; la necesidad de luchar resueltamente contra la tendencia, en las corrientes democrático-burguesas de liberación en los países atrasados, de adoptar el color del comunismo; la I. C. debe apoyar los movimientos nacionales democrático-burgueses en los países coloniales y atrasados, sólo a condición de que los elementos de los futuros partidos proletarios, comunistas no sólo por su nombre, se agrupen y se eduquen en todos los países atrasados en la conciencia de la misión especial que les incumbe: luchar contra los movimientos democrático-burgueses dentro de sus naciones; la I. C. debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse a ella y tiene que mantener incondicionalmente la independencia del movimiento proletario, incluso en sus formas más embrionarias;..."

(Lenin, "Primer esbozo de las tesis sobre los problemas nacional y colonial", en *Obras Completas*, Bs. As., Ed. Cartago, 1960, T. XXXI.)

Del Segundo Congreso de la Internacional Comunista. (19 de julio - 7 de agosto de 1920.)

"Quisiera subrayar en especial la cuestión del movimiento democrático-burgués en los países atrasados [...]. Hemos discutido acerca de si será justo desde el punto de vista de los principios y desde el punto de vista teórico afirmar que la I. C. y los partidos comunistas deban apoyar o no el movimiento democrático-burgués en los países atrasados; después de esta discusión hemos acordado por unanimidad decir movimiento nacional-revolucionario en vez de movimiento «democrático-burgués» [...] si hablamos de movimiento democrático-burgués se borrará toda diferencia sobre el movimiento reformista y el revolucionario. [...] "es necesario señalar que los soviets campesinos, los soviets de explotados, son un medio válido, no sólo para los países capitalistas sino también para aquellos en que predominan las relaciones precapitalistas, y que el deber incondicional de los partidos comunistas y de los elementos dispuestos a crear partidos comunistas es propagar la idea de los soviets campesinos, de los soviets de trabajadores, en todas partes, incluidos los países atrasados y las colonias; allí donde lo permitan las condiciones deben hacer inmediatamente intentos para crear los soviets del pueblo trabajador"

(Lenin, *op. cit.*)

Fotografía de Sun Yat-sen autografiada, dedicada al internacionalista Vandervelde. Organizador del Kuomintang, proclamó un programa basado en los "tres principios del pueblo: independencia nacional, democracia y bienestar popular".

本党總理中山先生与樊迪文先生為舊交茲樊先生親臨
總理手創之大學演講三民主義与社會問題使学子曉然[illegible]

總理遺教為中外人士所共仰誠盛事也特將 總理遺像奉贈
以留紀念
民國十九年十月二十五日國立中山大學校長朱家驊謹識

A Monsieur E. Van der Velde.
Remerciment bien sincère d'avoir donné une conférence sur
"Le Triple Démisme et le socialisme" dans notre Université.
Bon souvenir de notre Université fondée par Dr. Sun Yatsen, et du
Kuomintang.
Dr. Chu Chia-hua
Le Recteur
Canton, le 25. Oct. 1930.



中華民國八年七月廿一日 (星期一)

湘江評論

The Shiang Kiang Weekly Review

第二號

本報申明(二)

民眾的大聯合



Portada del primer número de la "Revista de Siang-Chiang", fundada en 1919 para difundir las ideas marxistas. A su lado se ve un distintivo de la Federación Nacional China de Sindicatos Marítimos. Abajo, un tren tomado por los obreros del carbón de Anyan en 1922.

Shanghai, en julio de 1921, y en él los delegados, representantes de 57 miembros, eligen cómo secretario general a Chen Tu-hsiu, figura de gran prestigio intelectual y el exponente más destacado de la Revolución China hasta el advenimiento de Mao Tse-tung.

El Partido Comunista centró su actividad en las masas y, especialmente, en el proletariado urbano. Tuvo rápidos éxitos en el plano sindical. Los progresos políticos fueron más lentos y comenzaron a darse con fuerza más tarde, después de 1925. Al año de su fundación el partido contaba con 123 miembros. Este número se eleva a 900 hacia comienzos de 1925, poco antes de la Revolución Nacional.

En su etapa inicial el P. C. estaba compuesto fundamentalmente por intelectuales "revolucionarios" de convicciones a veces no muy firmes. Dos de los fundadores del partido terminaron como ministros del gobierno colaborador projaponés de Nankín durante la Segunda Guerra Mundial; uno murió en la prisión y el otro fue fusilado por el Kuomintang. De los 57 fundadores del partido la mayoría renunció posteriormente al comunismo y otros fueron asesinados por el Kuomintang en distintas épocas de terror. Mao Tse-tung y Tung Pi-wu fueron prácticamente los únicos que triunfaron con el partido que ayudaron a crear.

La alianza nacionalista-comunista

En 1920, ante el fracaso de las revoluciones que se esperaban en los países capitalistas más avanzados, la Internacional Comunista comienza a prestar atención a los movimientos emancipadores que estallan en los países coloniales y semicoloniales de Asia, con la esperanza de lograr aliados y de romper el aislamiento al que estaba sometida Rusia. En ese año, el segundo congreso de la I. C. proclamó la alianza del comunismo con los movimientos liberadores antimperialistas y anticolonialistas, pero sin definir con claridad las formas y los métodos con que se llevaría a la práctica dicha alianza.

En China, Sun Yat-sen, después de sucesivos fracasos, vio en la Rusia soviética un posible apoyo para sus planes nacionalistas. Buscó un acuerdo con los Soviets y estuvo dispuesto a colaborar con el P. C. chino en la medida que éste aceptara su jefatura y la de su partido, el Kuomintang. Los comunistas chinos, por su parte, no estaban en condiciones, dada su debilidad numérica, de actuar con efectividad al margen del proceso que encabezaba la burguesía. Además, la clase obrera, a cuya representación aspiraba el P. C., no tenía aún la experiencia política necesaria para conducir, de manera autónoma, un proceso revolucionario. A esto se sumaba otro problema: la falta de una delimitación clara entre la política de la I. C. y la del estado soviético.

Adolfo Joffe, uno de los jefes soviéticos de la delegación de Paz de Brest Litovsk, ex embajador en Berlín, fue a China en representación del gobierno soviético con el fin de reanudar las relaciones diplomáticas entre los dos países. Luego de una serie de discusiones con Sun Yat-sen, publicaron, en enero de 1923, un manifiesto conjunto, en el que se afirmaba: "El doctor Sun Yat-sen piensa que el sistema comunista e incluso el de los soviets no pueden ser introducidos en China, donde no existe ninguna condición favorable para su aplicación. Esta idea es enteramente compartida por el señor Joffe, el cual cree que el problema más importante y urgente de China es su unificación y su independencia nacional. Ha asegurado al doctor Sun Yat-sen que China cuenta con toda la simpatía del pueblo ruso y que puede contar con el apoyo de Rusia en esta gran empresa".

El papel desempeñado por Joffe fue fundamental con respecto a la etapa de colaboración que se abriría entre el Kuomintang y el P. C. chino. El tercer congreso del P. C., reunido en junio de 1923, aprobó el acuerdo Kuomintang-Komintern. Además decidió la formación de un frente único entre el P. C. y el Kuomintang. Esto se haría mediante la incor-

poración de los comunistas al Kuomintang, pero manteniendo el P. C. su independencia política y organizativa. Maring, el representante de la I. C., fue el que impuso esta tesis frente a diversas opiniones opuestas. El acuerdo obligaba a aceptar la exigencia de Sun Yat-sen de no criticar abiertamente al Kuomintang y de aceptar su disciplina.
En octubre de 1923 llega a China un grupo de consejeros soviéticos dirigidos por Borodin que se abocan a la tarea de organizar al Kuomintang sobre nuevas bases. En enero de 1924 se reúne su Primer Congreso de Reorganización en Cantón. En él se ratificó la entrada de los comunistas al Kuomintang y varios de estos fueron elegidos miembros del Comité Central: Li Ta-chao, Tan Ping-shan, Mao Tse-Tung y otros que actuaban a título personal.
El Kuomintang amplió su programa político. A los tres antiguos "Principios del Pueblo" —Nacionalismo, Democracia y Bienestar del Pueblo—, agregó los "Tres Grandes Principios": Colaboración con la URSS, Colaboración con el P. C. chino, Apoyo a los obreros y campesinos.
Jefe vitalicio fue nombrado Sun Yat-sen quien estableció su base de operaciones en Cantón. En esta ciudad se organizaron las instituciones gubernamentales, administrativas y militares del nuevo régimen.
La alianza se puso en marcha. Para la I. C. el Kuomintang era el "Bloque de las cuatro clases" (Obreros, campesinos, pequeña burguesía y burguesía nacional) capaz de llevar al triunfo la "revolución democrática burguesa". Sun Yat-sen, amigo de la URSS, era toda una garantía; representaba, supuestamente, a la burguesía nacional "revolucionaria". Era necesario subordinarlo todo al éxito de la empresa. El P. C. entró atado de pies y manos.
Las ideas de Lenin sobre los movimientos de liberación nacional y su relación con los P. C. fueron olvidadas. La I. C. garantizaba la no extralimitación del P. C. chino. No otra cosa significaba el documento firmado por Joffe. La coincidencia de este con Sun Yat-sen con respecto al comunismo y a los soviets en China, no se basaban evidentemente, en un análisis de la realidad concreta.
Sun Yat-sen murió el 12 de marzo de 1925. Dejó un testamento político, enviado al Comité Central de los Soviets, donde expresaba sus deseos de que la unidad entre los dos movimientos se consolidara. Pero sus postulados no resistirían la prueba del tiempo. Los intereses de clase desbordarían el acuerdo.

El movimiento obrero

El rápido desarrollo de la clase obrera modificó el panorama político de China. Su presencia activa, que muy pronto iba a demostrar un vigor inusitado, fue el centro de atención del joven P. C. Bajo su dirección se creó en Shanghai un "secretariado de los Sindicatos de los Trabajadores Chinos". Al frente del mismo se encontraba Chang Kuo-tao. La tenaz labor de educación y organización que se desarrolló en el proletariado pronto tuvo éxito, sobre todo en las principales ciudades. En 1919 ya funcionaban en Cantón 26 sindicatos, base firme para el desarrollo posterior. El primer periódico obrero que se publicó fue **La voz del trabajador.** Los primeros sindicatos clasistas organizados en Shanghai fueron los de los textiles, tipógrafos y metalúrgicos. Contaban con un periódico, **El trabajador,** que al igual que en Pekín y otras ciudades fue reflejando el grado de consolidación del movimiento.
Así, en mayo de 1922 se reunió en Cantón el primer Congreso Nacional de Sindicatos, con la participación de 162 delegados que representaban a más de 200.000 obreros. Esta organización no estaba desvinculada de la lucha. En este año más de 300.000 obreros participaron en 100 huelgas que estallaron en los centros industriales y comerciales.
Hong Kong fue testigo de una de ellas. En enero de 1922 la huelga decretada por la Unión de los Marítimos contó con la solidaridad de otros gremios que paralizaron totalmente el puerto de Hong Kong, con la consiguiente

Chiang Kai-shek comandó el ejército que pretendió ser el instrumento de unificación de China.



El 23 de octubre de 1926 grupos de obreros armados atacaron los puestos de policía de Shanghai, pero fueron rápidamente derrotados. El fracaso significó un duro golpe para el sindicalismo chino.

repercusión por tratarse de uno de los puertos más importantes en manos de los ingleses. Las enérgicas medidas tomadas para liquidar el movimiento se estrellaron contra su firmeza. Los marítimos consiguieron los aumentos de salarios pedidos y la afirmación de sus derechos sindicales después de casi dos meses de huelga. Este éxito permitió que el movimiento obrero chino se afianzara y comenzara a crecer.

En las zonas dominadas por los "señores de la guerra" la represión tuvo características sangrientas. Los señores se opusieron frontalmente a la existencia de organismos de lucha que cuestionaran el orden establecido.

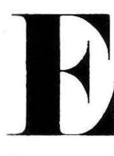
En febrero de 1922 los obreros ferroviarios de la línea Pekín-Hankow convocaron a un congreso en Cheng-chow. El militarista Wu Pei fu intervino entonces con tropas para impedir su realización. La respuesta obrera fue la huelga general. En su llamamiento decían: "A los fines de la lucha por la libertad hemos decidido declarar la huelga general de la Unión de Sindicatos del ferrocarril Pekín-Hankow para el 4 de febrero a mediodía. Toda la vía a lo largo de la línea, durante el período de huelga, estará regulada por disposiciones del Comité Central del Sindicato. Lucharemos por la libertad, por los derechos del hombre. ¡Siempre adelante! ¡No daremos un solo paso atrás!"

Al tercer día de la huelga el ejército llevó a cabo una masacre: 32 muertos y más de 100 heridos quedaron en el local del Sindicato. Muchos de sus dirigentes fueron encarcelados o despedidos, lo que produjo un cierto retroceso en las luchas obreras de las zonas del Norte, que duró hasta 1925.

En las ciudades de las "concesiones" extranjeras la clase obrera se fue fortaleciendo. Símbolo de ello y de su crecimiento son los pasos organizativos que se fueron dando. El 1º de mayo de 1925 se inauguró el segundo Congreso de Sindicatos con la presencia de 281 delegados que representaban a 166 sindicatos con 540.000 obreros. En él se discutió particularmente sobre el papel político que debía cumplir la clase obrera.

Un año después, en mayo de 1926, se reunió el tercer Congreso de Sindicatos; el crecimiento vertiginoso se manifiesta en la duplicación de las fuerzas: 504 delegados que representaban a 1.240.000 obreros.

El movimiento del 30 de mayo de 1925

l 30 de mayo de 1925 comienza otra etapa de lucha contra el imperialismo: se inicia la Primera Revolución China (1925-1927). Las grandes potencias capitalistas, después del ajuste que significó la Primera Guerra Mundial, trataron de resolver mediante acuerdos el "Problema Chino", es decir, de unirse para organizar eficazmente el saqueo. Para ello había que restablecer "la paz y el orden". Pero los acuerdos no eran fáciles de lograr. Los intereses de Inglaterra, Japón y Estados Unidos no eran coincidentes. Mao Tse-tung afirmaba: "las contradicciones y luchas entre las diversas camarillas militaristas de China reflejan las contradicciones y luchas de las diversas potencias imperialistas entre sí. Por lo tanto, mientras China sea desgarrada por las potencias imperialistas, las diversas camarillas militaristas no pueden, en ninguna circunstancia, llegar a un verdadero entendimiento, y cualquier compromiso que pueda haber será únicamente temporal. Dentro del compromiso temporal de hoy se fragua una guerra aún mayor para mañana". De las dieciocho provincias que formaban China cuatro se hallaban bajo el gobierno del grupo de generales del "Club de An-Fu", con sede en Pekín; dos provincias bajo el gobierno del Kuomintang, establecido en Cantón; las otras doce, dominadas por los "Señores de la Guerra", eran prácticamente independientes. A partir de 1924, ya repuesta la economía capitalista europea, sus mercaderías invaden nuevamente el mercado chino originando una grave crisis económica. Sus primeras manifestaciones se observaron en el estancamiento de la industria. La

burguesía china trató de mantenerse a flote y al hacerlo agravó aún más las malas condiciones de vida de los trabajadores al aumentar las horas de trabajo y reducir los salarios. La pequeña burguesía urbana se fue arruinando progresivamente y en el campo la situación no podía ser peor: a las tasas y requisas se agregaron los efectos de las guerras civiles entre los distintos "Tukiuns".
1925 es un año de grandes luchas obreras y populares. Los obreros de las fábricas textiles japonesas de Shanghai y Ching-tao realizaron paros contra los despidos y los azotamientos a que eran sometidos. El 15 de mayo en una fábrica japonesa de Shanghai es asesinado por el capataz un obrero comunista, Ku Cheng-jung. Las protestas populares pronto comenzaron a sentirse. El 30 de mayo miles de manifestantes cubrieron las calles de Shanghai al grito de "¡Muera el imperialismo!" La Nankin Road, avenida principal de la ciudad, se tiñó de sangre: quince muertos y muchos heridos cayeron bajo las balas de los soldados ingleses de la Concesión.
Al otro día el llamamiento hecho por el Consejo de Sindicatos y la decisión del Comité Central del P. C. para realizar una huelga general en la industria, el comercio y la Universidad paralizó la ciudad. El movimiento se generalizó a otras ciudades donde la presencia del imperialismo era bien concreta pues gran parte de la industria estaba en sus manos y la clase obrera lo veía claramente como su explotador directo. Las tropas extranjeras estacionadas en China comenzaron entonces a actuar en defensa de los intereses de sus respectivos connacionales. El 11 de junio los ingleses mataron a ocho huelguistas e hirieron a otros doce; en Cantón, el 23 de junio, frente a la pequeña isla de Shameen, dividida entre ingleses y franceses, sus tropas mataron a cincuenta y dos chicos e hirieron a ciento diecisiete.
La respuesta no se hizo esperar. A las huelgas obreras masivas se agregó el resto de la población con un boicot total a las mercaderías inglesas. En Cantón los sindicatos organizaron piquetes armados para controlar el boicot; el comité de huelga formó un tribunal especial para juzgar a los que violaran esa decisión.
En la provincia de Kuangtung, que estaba bajo la administración del Kuomintang, se organizó el bloqueo al puerto de Hong-Kong, que quedó paralizado durante dieciséis meses. Los privilegios ingleses sufrieron un serio golpe con esta decidida acción del proletariado chino.
El P. C. desempeñó un papel relevante en todos los acontecimientos: los 900 activistas que tenía a comienzos del año pasaron a 10.000 en noviembre de 1925. Pocos meses después, en julio de 1926, sus efectivos sumaban 30.000 y en abril de 1927, incluida la Juventud Comunista, 100.000.
El movimiento antiimperialista había cobrado tales proporciones que la burguesía china se atemorizó. Su enfrentamiento con el imperialismo se debía a la traba que éste significaba para el desarrollo normal de sus negocios. Pero seguir permitiendo los "desórdenes" de la clase obrera era atentar contra las bases mismas de su propia existencia. Había que buscar al hombre capaz de contener los desbordes. Chiang Kai-shek, número uno del ejército del Kuomintang, aparecía como el indicado.
Chiang Kai-shek, un general que alardeaba de ideas radicales, había sido enviado por Sun Yat-sen a Moscú en 1923 para estudiar el funcionamiento y la organización del Ejército Rojo.
A su regreso, formó, en junio de 1924, la Academia Militar de Wampoa. Contó con la ayuda de los soviéticos, que le enviaron armas y consejeros militares. Al frente de ellos se encontraba el general Blücher (también conocido en China como Galen), quien era el encargado de seleccionar a los futuros cuadros militares. La dirección política de la Academia estaba en manos de Chou En-lai, joven comunista formado en Francia.
El ejército que organizaba el Kuomintang debía servir para derrotar a los caudillos militares que gobernaban las provincias; debía ser el instrumento de la unificación de China.

En 1927, mientras los ejércitos del Kuomintang ocupaban Hang-chow, el Comité de Huelga de Shanghai llega a movilizar 350.000 obreros y artesanos en una huelga general.



El ejército de Chiang Kai-shek avanza en China Central contra las potencias imperialistas europeas.

Los golpes anticomunistas



comienzos de 1926, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, como muestra de "buena voluntad", admitió al Kuomintang en la I. C. como partido asociado y al general Chiang Kai-shek como miembro honorario de su ejecutivo.

Pocas semanas después de ser nombrado miembro honorario de la I. C. Chiang Kai-shek dio su primer golpe anticomunista. El 20 de marzo de 1926, tomando como pretexto un conflicto, real o supuesto, que tuvo con un oficial comunista, comandante del cañonero "Chung Shan", aprovechó para excluir a los cuadros comunistas de los puestos militares del ejército y ordenó el arresto y la detención domiciliaria de los consejeros soviéticos.

Se vigiló la actividad de los sindicatos y se ordenó el desarme de los piquetes de huelga de Kuantung y Hong Kong, donde seguía vigente el bloqueo a los ingleses. Además exigió a los comunistas el respeto por la filosofía sunyatsenista —considerada dogma oficial después de la muerte de Sun Yat-sen— y la entrega de la lista de miembros del P. C. que actuaban en el Kuomintang, con la prohibición de organizarse dentro de éste. Chen Tu-hsiu, que previendo este giro había pedido a la I. C. el retiro del P. C. de la alianza con el Kuomintang, solicitó ante estos hechos por lo menos 5.000 rifles de los que los soviéticos enviaban a Chiang con el fin de organizar fuerzas armadas controladas por su partido. Ambas solicitudes fueron desechadas por Borodin, que exigía el máximo de moderación para no irritar a la burguesía "revolucionaria". Más aún, para evitar complicaciones la dirección de P. C. envió a Bubnov a China con instrucciones precisas de seguir firmemente con la política de subordinación al Kuomintang. Pero, momentáneamente, estos conflictos quedaron relegados. Más que nunca Chiang Kai-shek necesitaba de la ayuda militar soviética, pues, convertido ya en generalísimo del ejército del Kuomintang, el 1º de julio daba la orden de marchar hacia el Norte.

La expedición al norte

La desunión de los corrompidos "Señores de la guerra" permitió al ejército del Kuomintang lograr éxitos avasalladores en China central, a pesar del mayor poderío en armas y hombres con que, gracias al apoyo de las potencias imperialistas, contaban aquéllos.

El Kuomintang desplegó todas sus banderas: restablecer la unidad política, borrar la "vergüenza nacional de los tratados desiguales", modernizar al país. Su ejército, disciplinado y politizado por los comisarios comunistas y con planes de operaciones militares elaborados por los asesores soviéticos, demostró desde el inicio su superioridad. Antes de finalizar el año estaban en su poder las provincias de Hunan, Hupeh y Kiangsi y había derrotado completamente al militarista Wu Pei-fu. También las provincias costeras orientales, dominadas por Sun Chuan-fang, fueron cayendo una a una frente al avance del Kuomintang.

La llegada de los ejércitos "revolucionarios" desencadenó un movimiento de masas que puso al descubierto todas las contradicciones de la sociedad china. Millones de campesinos se alzaron esperando el apoyo para liquidar a sus milenarios explotadores.

Según Chen Tu-hsiu la I. C. daba instrucciones de confiscar las tierras de los campesinos ricos, pero sin tocar las tierras de los oficiales del Kuomintang. En las provincias de Hunan y Hupeh —focos principales de la revolución agraria— "no había un solo propietario —dice— que no fuera pariente o amigo de los oficiales; todos los propietarios estaban protegidos directa o indirectamente por los jefes militares".

Dentro del Kuomintang, antiguas rivalidades entre Chiang Kai-shek y Wang Ching-wei, otro miembro honorario del Comité Ejecutivo de la I. C., desembocaron en la división: la "derecha", nucleada al-





rededor de Chiang Kai-shek, que tenía el poder efectivo y que en sus manos concentraba todo el aparato militar con vistas a instaurar la dictadura de aquél; la "izquierda" del Kuomintang, que había formado un gobierno en Wuhan bajo la dirección de Wang Ching-wei. Los misterios de Agricultura y de Trabajo quedaron bajo la dirección de los comunistas. La colaboración entre el Kuomintang de "izquierda" y los comunistas se afianzó con la llegada de un destacado comunista hindú, M. N. Roy, que representaba a la I. C.

Los cambios políticos que se iban produciendo reflejaban en cierto modo, y con tremendas contradicciones, las alineaciones de las distintas clases sociales en pugna. La clase obrera, a medida que avanzaban los ejércitos del Kuomintang, fue desplegando una actividad entusiasta; casi de la noche a la mañana surgían por todos lados organizaciones obreras dispuestas a la lucha y que arrastraban tras de sí importantes masas de trabajadores.

Las huelgas y los piquetes armados de obreros revolucionarios irrumpieron con fuerza ante la desesperación de la burguesía contrarrevolucionaria y de los imperialistas, que trataban a toda costa de mantener sus privilegios. Los incidentes fueron frecuentes. Uno de los más graves se produjo el 6 de setiembre de 1926 en Wan-sian, donde las cañoneras inglesas bombardearon la ciudad causando serios daños y más de un centenar de víctimas. Pero estas acciones criminales no lograron doblegar al pueblo chino. El 3 de enero de 1927 manifestaciones multitudinarias recorrieron las inmediaciones de la "concesión" de Hankow, repudiando la presencia británica en China. Estos actos, organizados por los sindicatos de Hankow, uno de cuyos dirigentes era Liu Shao-chi, demostraron su potencialidad y cacapacidad al movilizar en pocos meses a más de 300.000 obreros. Los actos antibritánicos tuvieron inmediata repercusión y el pueblo chino obtuvo una gran victoria: los ingleses se vieron obligados a devolver las "concesiones" de Hankow y Kiukiang, mediante los "Acuerdos Eugenio Chen-O'Ma-

La "Casa Sindical de Cantón" en 1922. En ese año se reúne en esa ciudad el primer Congreso Nacional de Sindicatos de la República China.

Arriba: grupo de jóvenes que participaron en la "insurrección de la cosecha de otoño". En la foto inferior: batallón femenino de Kiang Si, una de las provincias que se levantó en armas en el otoño de 1927.

lley" del 19 de febrero y 2 de marzo de 1927. Pero esto fue sólo un éxito diplomático.

La entrada del 6º Ejército del Kuomintang en Nankín, el 24 de marzo, provocó una serie de atentados contra los establecimientos extranjeros. Inmediatamente la ciudad fue bombardeada en una acción mancomunada por barcos de guerra ingleses, norteamericanos, franceses y japoneses.

Para evitar choques con los imperialistas Chiang Kai-shek se trasladó a Nankín y dio amplias garantías a los intereses extranjeros allí existentes. La primera medida que tomó fue desarmar a la 3ª división del VI ejército del Kuomintang y ejecutar a 30 ó 40 personas acusadas de haber llevado a cabo acciones contra los extranjeros. Esta actitud de Chian Kai-shek señaló su paso definitivo hacia la contrarrevolución abierta.

Insurrección en Shanghai

En Shanghai, donde se concentraba la mitad del proletariado industrial de China, la clase obrera trató infructuosamente de tomar el gobierno de la ciudad en dos oportunidades con el fin de allanar el camino a los ejércitos "revolucionarios", a medida que estos avanzaban en todo el frente.

El 23 de octubre de 1926 grupos de obreros armados clandestinamente atacaron puestos de policía, pero fueron rápidamente derrotados debido a su falta de organización. Ante este fracaso, los sindicatos tuvieron que levantar la huelga que estaban preparando.

La segunda rebelión fue mejor organizada por el Consejo General de los Sindicatos, bajo la dirección de Li Li-san, Chao Shih-yen, Lo I-nung, Chu Chiu-pai y otros comunistas responsables del trabajo sindical. El 19 de febrero de 1927, mientras los ejércitos del Kuomintang ocupaban Hangchow, el Comité de Huelga de Shanghai ordenó un paro general. Ese mismo día 150.000 obreros fueron a la huelga; dos días después, con la adhesión de artesanos y comerciantes, 350.000 personas detuvieron sus actividades. El 22 de febrero se inició la rebelión armada con el apoyo de una parte de los marineros de dos cañoneras insurrectas.

La represión fue enérgica y nuevamente el movimiento pudo ser derrotado por los ejércitos de los "militaristas" que defendían Shanghai. El Consejo General de Sindicatos levantó la huelga ordenando "...volver al trabajo no para renunciar, sino para preparar en el futuro una lucha en mayor escala".

El futuro se les hizo presente el 21 de marzo. Los ejércitos del Kuomintang se iban acercando a Lunghua, suburbio oeste de Shanghai, cuando estalló la huelga general: 800.000 huelguistas respondieron a los llamamientos de los sindicatos. Piquetes de obreros armados iniciaron una lucha heroica que terminó con el triunfo. El día 22 el ejército de Pi Shu-cheng abandonó Shanghai dejando la ciudad en manos de los insurgentes, dirigidos por Chou En-lai, Lo I-nung y Chao Shih-yen.

La clase obrera china se encontró de pronto frente a una tremenda responsabilidad: eran los triunfadores del mayor levantamiento proletario en Asia. La dirección del P.C. Chino, ante este desafío de la historia, trató de replantear su línea política. La decisión de la I.C. fue mantener la alianza con el Kuomintang y entregar Shanghai a los ejércitos nacionalistas, que entraron a la ciudad recién el 26 de marzo.

El 11 de abril Chiang Kai Shek, todavía miembro honorario del Ejecutivo de la I. C., inició una masacre contra los comunistas y los obreros de Shanghai. Entre los miles de mártires figuraban los líderes de la insurrección Lo I-nung y Chao Shih-yen.

Esta represión anticomunista y antiobrera se generalizó a cinco provincias dominadas por los ejércitos del Kuomintang. Coincidentemente, en Pekín, dominada por el "militarista" Chang Tso-lin, se llevó a cabo otra acción contra los comunistas detenidos al ser allanados los consulados soviéticos. Veinte fueron ejecutados por estrangulación el 28 de abril. Entre ellos estaba Li Ta-chao, uno de los fundadores del P.C. y uno de los dirigentes máximos de todo este proceso.

Testamento político de Sun Yat-Sen

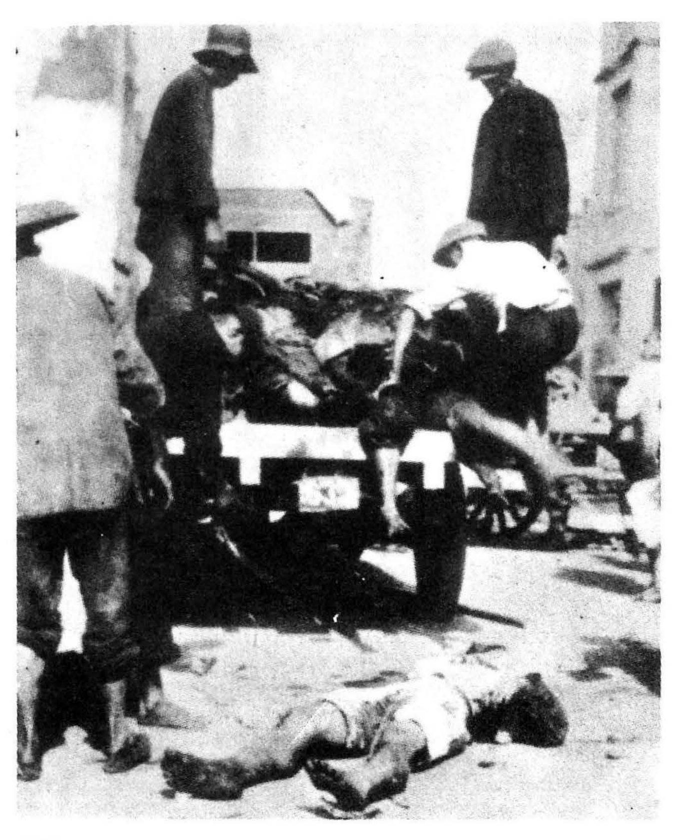
"Queridos camaradas:
Afectado por un mal incurable, mi pensamiento se dirige a vosotros, hacia el porvenir de mi partido y de mi país. Sois los jefes de una unión de repúblicas grande y libre. ¡Esta unión es el legado del inmortal Lenin a los pueblos oprimidos del mundo. Gracias a ella, los desgraciados pueblos sometidos al imperialismo conseguirán su libertad y se emanciparán de un sistema internacional basado en la antigua esclavitud, en la conquista y en el egoísmo.
Dejo el Kuomintang. Espero que éste, al realizar su misión histórica de liberar a China del imperialismo y liberar también a otros países, pueda cooperar estrechamente con vosotros. El destino me obliga a dejar mi obra inacabada y a confiarla a quienes, respetando los principios y las enseñanzas del Kuomintang, sepan organizar a nuestros verdaderos camaradas. También he dado al Kuomintang la orden de proseguir el movimiento de revolución nacional con el fin de que China pueda escapar a las limitaciones de la situación de semicolonia que le impone el imperialismo. Con este objetivo he dado instrucciones al Kuomintang de que continúe marchando de la mano con vosotros. Estoy convencido de que vuestro gobierno continuará, al igual que en el pasado, aportando su ayuda a mi país.
Queridos camaradas, en el momento de abandonaros deseo expresar una ardiente esperanza: la esperanza de que pronto despuntará la aurora y de que entonces la Unión Soviética, sus amigos y sus aliados acogerán a una China fuerte, próspera e independiente. En la gran lucha por la emancipación de los pueblos del mundo nuestros dos países marcharán de la mano hacia la victoria.
Os dirijo mis mejores deseos fraternales.

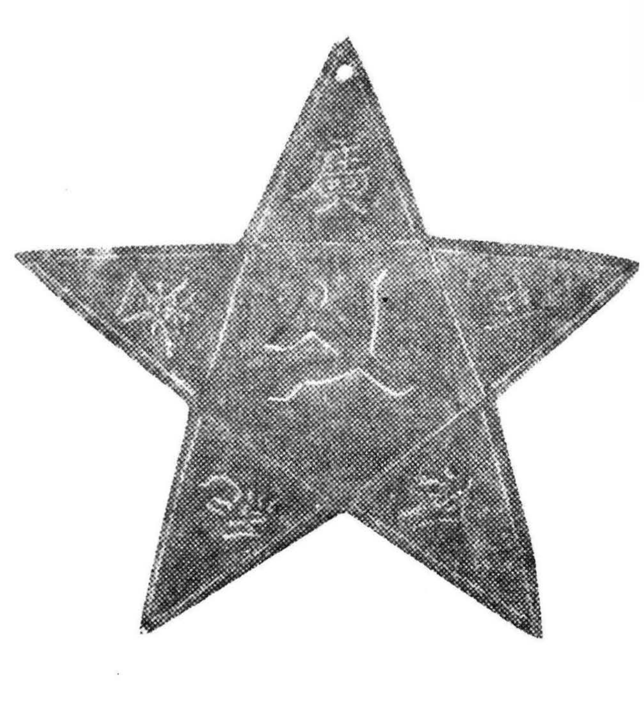
Sun Yat-sen."

(Mensaje enviado al Comité Ejecutivo Central de los Soviets poco antes de morir, el 12 de marzo de 1925.)

Una imagen de la frustrada insurrección de Cantón en 1927: los cadáveres ametrallados de los rebeldes quedan sobre las calles.







Chu En-Lai y la insurrección de 1927

"En 1927 Chu recibió la orden de preparar una insurrección en Shanghai y de ayudar al ejército nacionalista a apoderarse de la ciudad. A los 29 años, sin ninguna formación militar, sin tener siquiera un manual en el cual enterarse de cómo se prepara una insurrección y sin un consejero (los principales consejeros rusos estaban con Chiang Kai-chek) llegó a Shanghai llevando por todo equipaje su determinación revolucionaria y un conocimiento teórico del marxismo. Ahora bien, al cabo de tres meses el Partido Comunista había organizado en Shanghai a 600.000 obreros y se hallaba en posición de lanzar una orden de huelga general [...]. La primera insurrección fracasó. Sin armas y sin formación, los obreros no sabían cómo hacerse dueños de la ciudad. Tuvieron que aprender empíricamente que la formación de un núcleo de obreros armados es una necesidad [...] Chu En-lai y los famosos jefes de Shanghai, Chao Shinh-yen, Ku Shun-chang y Lo Yi-ming, lograron organizar 50.000 piquetes de huelga y encontrar, en la concesión francesa, locales en los que 2.000 militantes recibieron, en secreto, una instrucción militar. Se formó un "tropa de hierro" de 300 tiradores, armados con máuseres metidos de contrabando, y ésta fue la única fuerza armada de los obreros de Shanghai. El 21 de marzo de 1927 los comunistas desencadenaron una huelga que provocó el cierre de todas las fábricas y condujo, por primera vez en su vida, a las barricadas a los obreros. Tomaron primero el comisariado de policía, después el arsenal, luego el cuartel y obtuvieron la victoria. Fueron armados 5.000 obreros, se formaron seis batallones de tropas revolucionarias y se proclamó el «poder de los ciudadanos». Fue el golpe de estado más notable de la historia moderna de China."

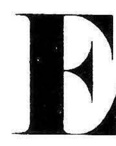
(Edgar Snow: *La estrella roja sobre China*, citado por Kewes S. Karol en *China: el otro comunismo*, México, Ed. Siglo XXI, 1967.)

Durante dos días los sectores obreros revolucionarios son los dueños de la ciudad. Decretan la nacionalización de la industria, de los bancos y el control obrero de la producción.
La reacción del Kuomintang les traerá, en cambio la muerte o la prisión.
Abajo, a la derecha, un distintivo recuerda a los mártires de Cantón.

La insurrección de la cosecha de otoño

Estos golpes tremendos produjeron un enorme desaliento en la clase obrera. La I.C. trató de minimizarlos. Rota la alianza con Chiang Kai-shek, había que unirse más estrechamente con la "izquierda" del Kuomintang de Wuhan. Pero esta nueva alianza no podía durar mucho tiempo. Wang Ching-wei, líder de la "izquierda del Kuomintang" y también miembro del ejecutivo de la I.C., dio por terminada, el 15 de julio, la colaboración con los comunistas, quienes pasaron a ser perseguidos inmediatamente. Los sindicatos obreros fueron ocupados militarmente y se vieron obligados a pasar a la clandestinidad.
Era el fin de la "izquierda" del Kuomintang, partido que muy pronto se unificaría bajo la dirección de Chiang Kai-shek.
Este fracaso rotundo de la política de la I.C. en China obligó a efectuar todo un viraje. En julio salen de China Borodín y Roy y en su lugar son enviados Besso Lominadzé, secretario de la Juventud Comunista soviética, y Heinz Neumann (Neuberg), dirigente comunista alemán, autor del célebre libro **La insurrección armada.** Los nuevos emisarios de la I.C. traen la misión de iniciar una serie de levantamientos armados.
La nueva dirección, con gran entusiasmo, pero desconociendo el estado de ánimo de la clase obrera y de los sectores revolucionarios luego de las derrotas sufridas, se lanzó a la preparación de una serie de movimientos armados. En Nanchang, el 1º de agosto de 1927, sectores rebeldes del ejército, dirigidos por los comunistas, tomaron la ciudad. La clase obrera permaneció indiferente, lo que obligó a los insurrectos a abandonar Nanchang sin combatir. Perseguidos por el ejército de Chiang Kai-shek, sufrieron serias pérdidas en varios encuentros con éstos.
En septiembre, en varias provincias, se trató infructuosamente de organizar levantamientos campesinos, pero la mala preparación de los mismos, unida a la falta de armas y sobre todo a la pasividad de las poblaciones, hizo fracasar el intento. Se lo conoce como "Insurrección de la cosecha de Otoño". El objetivo de estos levantamientos era revolucionar grandes regiones, para desde ahí tomar las ciudades importantes, donde los comunistas y el movimiento obrero eran perseguidos con saña por el Kuomintang.

La "comuna" de Cantón


El golpe contrarrevolucionario de Chiang Kai-shek dado el 12 de abril se hizo sentir en Cantón: los piquetes obreros fueron desarmados y detenidos. El poderoso Comité de Huelga de Hong Kong fue perseguido con ensañamiento. Más de un centenar de obreros revolucionarios fueron asesinados por los esbirros del Kuomintang en colaboración con los elementos del hampa que pasaron a dirigir los sindicatos. Los comunistas se vieron obligados a entrar en una ilegalidad cada vez más rigurosa.
Los dirigentes del Kuomintang eran sobre todo militaristas, muchos de ellos pasados recientemente con sus ejércitos al nacionalismo. Pronto se manifestaron divergencias entre ellos, lo que condujo a una situación especial en Cantón. En noviembre de 1927 había ahí escasas fuerzas militares. En ellas se contaba con algunos simpatizantes del comunismo. Esto podía permitir la toma de la ciudad por los comunistas, pero no era suficiente para mantenerse en el poder.
La dirección del P.C. decidió la insurrección para el 11 de diciembre, a pesar de la advertencia de Chang Tan-lei, responsable comunista de Cantón, que consideraba un despropósito realizarla en ese momento.
Tal como estaba previsto, el levantamiento comenzó el 11 de diciembre a las 3.30 hs. de la madrugada. Los comunistas organizaron unos 2.000 "guardias rojos", a los cuales pronto se unieron sectores obreros revolu-

Mao Tse-tung en las montañas de Junán. Allí realizó una singular labor de organización entre los campesinos, labor que tendría como última etapa la Gran Marcha del Ejército Rojo entre 1934 y 1935.



cionarios. El asalto sorpresivo a los destacamentos policiales y depósitos de armas permitió armar a voluntarios y a unos 3.000 prisioneros liberados. Una parte de los ejércitos del Kuomintang se vio obligada a abandonar la ciudad, que en pocas horas quedó en manos de la insurrección. Ese mismo día se organizó un gobierno "soviético" que comenzó a decretar una serie de medidas contra la burguesía: inspección de la producción por los trabajadores; nacionalización de la gran industria, de los transportes y de los Bancos; confiscación de todas las viviendas de la gran burguesía en beneficio de los trabajadores; anulación de deudas, etc.
Los ejércitos del Kuomintang reaccionaron ese mismo día, dejando de lado los conflictos que dividían a sus jefes. Los refuerzos fueron llegando de todas partes, mientras se producía el aislamiento de los comunistas. Cantón era fundamentalmente una gran ciudad comercial, donde predominaba la tradición pequeño-burguesa del sunyatsenismo. Su población no colaboró con los comunistas, que desplegaron en estas jornadas un heroísmo sin par, pero no sirvió para suplir la falta de trabajo previo, la falta de propaganda, organización y movilización.

El Kuomintang bombardeó la ciudad para abrir paso a sus ejércitos mientras los sindicatos organizados por el Kuomintang se dedicaban a perseguir y asesinar a los comunistas. Este papel lo cumplió especialmente el sindicato de mecánicos con ayuda de elementos de los bajos fondos. Los comunistas no podían esperar refuerzos del interior, ni siquiera tuvieron la solidaridad de Hong-Kong. Las acciones de 1925 y 1926 no se repitieron.

La resistencia se prolongó hasta el día 13. A las 2 de la tarde cayó el edificio de Policía, último reducto de la insurrección. La represión que siguió fue tremendamente dura. Nunca se conocerá la cifra exacta de las víctimas, que, según diversos testimonios, habrían sido entre 5.000 y 15.000. El aplastamiento de la "Comuna" de Cantón liquida el último intento revolucionario de la clase obrera china de esta etapa.

Para el imperialismo y la burguesía china el camino parecía despejado. "Pensamos en nuestras relaciones con China en los próximos cien años", decía el ministro de Asuntos Extranjeros inglés en ese año 1927. No menos optimista se sentía la burguesía nativa: cien años de buenos negocios. En diciembre se rompieron las relaciones diplomáticas y comerciales con la Unión Soviética y el poder de Chiang Kai-shek se afirmó, sin rivales serios a la vista. Nada parecía poder perturbar el nuevo orden establecido. Sin embargo, el proceso histórico iba a poner a prueba, inflexiblemente, todas esas apariencias.

En octubre de 1927 Mao Tse-tung condujo sus unidades hasta las montañas en el límite de Junán y Chiangsí, donde se formó una base de poder político revolucionario. Allí combinó la distribución de la tierra a campesinos con la movilización militar de los mismos. En abril de 1928 estas fuerzas se unieron a contingentes dirigidos por Chu Te, y ambas fuerzas se fusionaron constituyendo el Cuarto Ejército Rojo de Obreros y Campesinos de China. Las campañas lanzadas por Chiang Kai-shek entre diciembre de 1930 y setiembre de 1931 contra estas fuerzas fracasaron. No obstante, la consolidación de la base de operaciones revolucionaria se produjo poco más adelante. A fines de 1931 y comienzos de 1932 se lanza la ofensiva japonesa contra China y Chiang Kai-shek negocia con los japoneses para poder seguir atacando a las fuerzas comunistas. Como resultado de ello se firma, en mayo de 1933, un armisticio entre China y Japón por el cual el Kuomintang reconoce la ocupación por Japón de gran parte del territorio chino al norte de la Gran Muralla.

Entretanto, a mediados de 1932, Chiang Kai-shek lanza medio millón de soldados contra las bases revolucionarias en lo que se denominó la "cuarta campaña de cerco y aniquilación". Esta fracasa al igual que las tres anteriores luego de ocho meses de encarnizadas batallas. A partir de allí el Ejército Rojo consolida su moral y su organización. Templado en la lucha, comenzará una nueva etapa de la misma que tendrá como jalón notorio la Gran Marcha realizada por el Ejército Rojo entre los años 1934 y 1935, cuyo objetivo final fue la ocupación de Shensí en octubre del último año mencionado.

Bibliografía

Bianco, Lucien: **Los orígenes de la Revolución China.** Caracas, Ed. Tiempo Nuevo, 1970.
Guillermaz, Jacques: **Historia del Partido Comunista Chino.** Barcelona, Ed. Península, 1970.
Academia Político-Militar de Tung-Pei: **Historia de China contemporánea.** Bs. As., Ed. Platina, 1959.
Wang Shi-jan: "Primera Guerra Civil Revolucionaria" en: **Aspectos destacados de la Historia China.** Pekín, Ed. China Reconstruye, 1962.
Deutscher, Isaac: **Trotsky, El profeta desarmado.** México, Ed. ERA, 1968.
Trotsky, León: **La Revolución China.** Bs. As., Ed. Coyoacán, 1965.
Stalin, José: **El marxismo y el problema nacional y colonial.** Bs. As., Ed. Problemas, 1947. (En esta edición ciertos textos sobre el Kuomintang han sido eliminados.)
Claudín, Fernando: **La crisis del movimiento comunista - De la Komintern al Kominform.** Francia, Ed. Ruedo Ibérico, 1970.

La masacre de Catavi

Néstor Taboada Terán

"No soy enemigo de los ricos, pero soy más amigo de los pobres".
Gualberto Villarroel

En aquella noche de penumbras y de frío intenso, el indio Huallpa, que no podía continuar la búsqueda de su carnero perdido en el más alto de los cerros —4.800 metros sobre el nivel del mar—, se detuvo para encender con paja brava una fogata. El cierzo ululante del altiplano le castigaba el rostro, curtido por los elementos. Y quedó atónito al ver que de la fogata crepitante emergía, reptando en medio de las piedras menudas, una vertiente de plata. Pótojsi (ha brotado), balbuceó apenas. ¡Pótojsi!, gritó con todas sus fuerzas. Y en la soledad de la noche, las montañas que le circundaban se hicieron eco de sus gritos. ¡Pótojsi! ¡Pótojsi! Desde ese instante memorable de 1545 aquella montaña prodigiosa se llamó Potosí. Y después Villa Imperial de Potosí el pueblo que fundaron a sus pies. Y con el fulgurante y argentífero nombre de Ciudad de la Plata, el país de los Charcas, Capital de Audiencia, donde los conquistadores atenderían los asuntos de estado. Y el puerto y la ruta marítima, Río de la Plata. Por ellos se libraría hasta el Viejo Continente la mayor riqueza habida en el mundo, para gloria y esplendor de Su Majestad Carlos V.

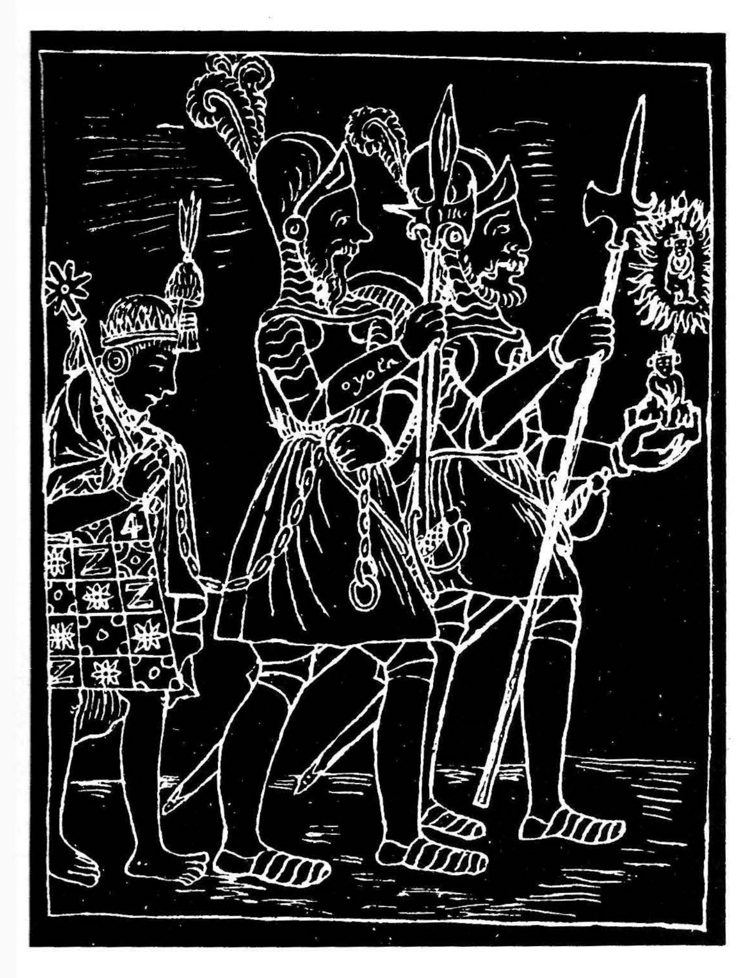
Después del descubrimiento de la plata, en el mismo año de 1545, el alcalde de Charcas, Diego Centeno, en compañía del capitán Juan de Villarroel, tomó posesión del Sumaj Orqho (Cerro Rico). Centeno apoyaba en ese momento al Virrey Blasco Núñez de Vela, que llegaba al Perú para hacer cumplir las Ordenanzas Reales de Carlos V en contra de la resistencia armada de Gonzalo Pizarro. "Los conquistadores —dice Enrique Finot— alegaban que, con sus trabajos, sus esfuerzos y su sangre, se habían apropiado de la tierra y que la corona desconocía sus derechos y los despojaba de un solo golpe de lo que habían ganado con tanto sacrificio. En una palabra, cundía la rebelión originando el desobedecimiento a las Ordenanzas sin ningún embozo y dentro de un espíritu francamente sedicioso." Diego Centeno, fervoroso partidario de Núñez de Vela, fue derrotado en Pocona por Francisco de Carvajal, llamado el Demonio de los Andes, y huyó hasta Arequipa, refugiándose en una cueva. El Demonio de los Andes se posesionó de la Ciudad de la Plata y enviaba las riquezas del Sumaj Orqho en grandes cargamentos a Lima. "Con la fama de la riqueza de las minas —expresa Nicolás del Benino— acudían allí muchos bastimentos y mercaderías y mucha gente a gozar del provecho de la plata y unas veces entraban los capitanes del tirano y otras los servidores de Su Majestad, y siempre que esto sucedía era con mucho daño, porque se llevaban la gente, la plata, los bastimentos y mercaderías que hallaban; y era en aquel tiempo tanta la plata que se sacaba que se puede tener por cierto en el mundo no se haber visto tal." Dejó su escondite Diego Centeno sólo cuando arribó Pedro de la Gasca, nombrado por Carlos V como presidente de la Audiencia de Charcas; y, con sus parciales, se apoderó del Cuzco y luego de La Plata proclamándose Gobernador y recuperando de este modo el Cerro Rico. Envalentonado por sus triunfos, Centeno se dirigió a Huarina, frente al Titicaca, el lago sagrado de los Incas, para interceptar la huida de Gonzalo Pizarro y salió de la refriega derrotado y maltrecho. Con este estímulo Gonzalo Pizarro recobró el Cuzco. Mientras tanto, de la Gasca solicitó el apoyo de Benalcazar de Quito y Pedro de Valdivia de Chile para batir al insurgente. En el valle de Sacsawana fue aniquilado por la dispersión de su ejército, en el que intervenía el capitán Garcilaso de la Vega, padre del autor de los "Comentarios Reales". Gonzalo Pizarro y el Demonio de los Andes fueron ejecutados y Diego Centeno ratificado con honores en sus derechos sobre las riquezas que atesoraba la montaña prodigiosa descubierta por el indio Huallpa. La Gasca —dice López de Góngora— "proveyó a Diego Centeno para las minas de Potosí, que caen en los Charcas y que son las mejores del Perú y aun del mundo". También fue designado Adelantado y Gobernador de la ciudad de Buenos Aires, pero no pudo

posesionarse en sus funciones porque murió en el Cuzco envenenado por sus enemigos.
La explotación de las riquezas en la Colonia se hacía bajo el sistema de la mita, cuyo origen era incaico. Tenían la obligación los indios de trabajar por turnos en la agricultura, en la mina y en el servicio doméstico. Desde luego, la mita de las minas era la más dura y agobiadora. Se estima que los indios fueron diezmados por este sistema. Trabajaban 58.000 obreros, de los cuales 10.500 eran de servicio obligatorio. Los conquistadores no reparaban en los medios para obtener grandes rendimientos, aumentando el producto de los quintos reales que entregaban al erario español. La Casa de la Moneda fue fundada en 1569.
La historia de Bolivia es la historia de la mina. La mina de Potosí le ha dado fisonomía de nación. "Es un resultado no previsto en los cálculos de posibilidades del capitalismo —dice René Zavaleta Mercado—. La dialéctica mineral creó una manera humana. En el fondo de cada boliviano vive ahora un minero." De ahí que las organizaciones laborales —proletaria, artesana y campesina—, con sus rasgos típicos innegables, tienen en los mineros potosinos las bases más consistentes y sólidas de su sustentación social y política.

El Imperio del Tawantinsuyu

Para comprender mejor el problema boliviano, "pueblo conquistado", es necesario remontarse al conocimiento del Imperio Incaico, ya que la cuna de este formidable Imperio —"entre algunas de las cumbres más altas del planeta, en medio del mayor macizo montañoso del Continente"—, estuvo en el actual territorio boliviano. El Imperio de los Incas o Imperio del Tawantinsuyu se dividía en Cuntisuyu, Collasuyu, Chinchasuyu y Antisuyu. Se hablaban varios idiomas, los más destacados el aymara y el quechua. D'Orbigny dice que el aymara es "elegante y poético, pero uno de los más duros del mundo". La organización social se asentaba en el ayllu y la reunión de ayllus formaba la marca o comunidad. Allí se concentraban los tejedores, los canteros, los fundidores, los constructores, etc. La religión, basada en una teogonía complicada, rendía culto a Pachacamaj y Wiracocha, seres supremos, creadores del cielo y de la tierra. El culto al Sol, a la Luna, al Relámpago, al Arco Iris y a las Estrellas se estima que fue creado por la necesidad de explicar el origen divino de la clase dirigente. En el lago Titicaca se encuentran las islas del Sol y de la Luna, que eran santuarios de los Incas; empero, en 1973 la Isla del Sol se halla convertida en presidio de presos políticos. No existía un régimen socialista ni comunista. La gran masa del pueblo era la clase productora en los cultivos de la tierra dividida para el Sol, la Nobleza y el Pueblo. La gran masa del pueblo estaba obligada a trabajar con carácter gratuito en obras públicas, caminos, minas, fortalezas, etc., bajo el sistema de los turnos, conocido por la mita. "El trabajo era obligatorio. . . —escribe Luis Baudin— el principio era aplicado de manera tan extrema que los niños desde la edad de cinco años debían cumplir alguna tarea en relación con sus fuerzas." Las leyes morales eran muy severas. Castigaban con la pena de muerte la ociosidad, el robo, la falsedad, el vicio y el adulterio de la mujer. **Ama súa, ama q'ella, ama llulla** (no seas ladrón, holgazán y embustero), rezaban sus preceptos.
La clase dominante del Imperio la constituían los Incas o Nobleza Real, asesorados por los Amautas (sabios) y la nobleza adoptiva de los Curacas. "La sangre asumía extraordinaria importancia en la sociedad incaica —dice Jesús Lara—. La pureza de la sangre solar era celosamente preservada. Los hijos del Inca y la Quya (Reina) no podían mezclar su sangre con la de otros sectores de la nobleza. El Sapan Auqui (Príncipe heredero) debía casarse con la mayor de sus hermanas legítimas y sus hermanos con mujeres des-

La captura y suplicio de Tupac Amaru según los grabados de Huaman Poma. Su rebeldía contra la dominación española le costó la muerte en 1572.





El general Manuel Isidoro Belzu fue el primer presidente de Bolivia que alentó tendencias socialistas. Su gobierno estuvo protegido por el apoyo popular.

cendientes de otros soberanos en línea pura. A este fin el propio Manco Capac Inca fundó la institución de la Panaka (familia real). Cada monarca creaba en el Cuzco su Panaka. Hallándose ya prohibido para ellos el matrimonio consanguíneo, los varones de una Panaka debían casarse con mujeres de otra Panaka. La conservación del linaje se hacía por la línea del varón, sin tener en cuenta la de la mujer. Los españoles encontraron a su llegada en el Cuzco doce Panakas, cada una de las cuales constituía la progenie de un Soberano." El Inca y los Curacas eran polígamos, tenían cincuenta mujeres, escogidas entre las vírgenes del Sol.

La educación era un privilegio de la juventud de la nobleza, que estudiaba matemáticas, filosofía, estadística, astrología, historia, poesía, teología, pintura, escultura, música y medicina. Los Harawicus (poetas) líricos y épicos trabajaban en la enseñanza transmitiendo los cantos de sus dulces repertorios. Los cuatro años de estudios se dividían: primero, idioma; segundo, religión y ritos; tercero, quipus (escritura) y cuarto, historia. El servicio militar se hacía simultáneamente, dando preminencia a la fortaleza física, al valor y a la habilidad para el combate.

La caída del Imperio Incaico



Se dice que el Inca Huayna Capac, quien vivía en Quito, predijo la llegada de los conquistadores, cubiertos de hierro y con armas que vomitaban fuego. Tenía un hijo legítimo, Huáscar, y otro, con una concubina quiteña, llamado Atahualpa. Antes de su muerte legó el Imperio a sus herederos, dividiéndolo en dos. Para Atahualpa el Reino de Quito y el resto para Huáscar. Después que hubo muerto el Inca Huayna Capac, los hijos guerrearon. Vencido Huáscar fue encerrado prisionero en la fortaleza de Jauja. Y cuando Atahualpa festejaba su triunfo en Cajamarca llegaron los conquistadores, Francisco Pizarro y el cura Valverde, la cruz y la espada. Prisionero Atahualpa aún tiene la osadía de instruir a sus súbditos para que maten a su hermano Huáscar. Después de cobrar Pizarro un fabuloso rescate por la vida del Inca, no cumple su palabra y lo condena a la pena de muerte por garrote, acusándole, además, de idolatría y de la muerte de Huáscar.

Y de este modo, los españoles de la Conquista transplantan su sistema al Nuevo Mundo (erróneamente nombrado por ellos como Indias Occidentales y América), su religión, sus vicios, sus defectos y sus enfermedades, ya que, "aventureros sin freno y sin moral", se dedican sólo a expoliar las tierras conquistadas. "En los primeros años —escribe Enrique Finot— se autorizó en España el reclutamiento de delincuentes para formar las expediciones al nuevo mundo." Instauraron el sistema de la encomienda, que "consistía en entregar al encomendero la autoridad sobre cierto número de familias indígenas agrupadas en poblaciones o zonas, que debían trabajar en su beneficio, bajo la condición de protegerlas y de cuidar de su instrucción religiosa. Las encomiendas se concedían por una o dos 'vidas', es decir, en beneficio de la persona del conquistador o de este y de la primera generación de sus descendientes en cabeza del hijo mayor varón, que podía ser sustituido por otro, por la esposa o, en su defecto, por alguna de las hijas".

El Virrey Francisco de Toledo reorganizó el sistema de la mita en las minas de Potosí, introduciendo reformas y organizando principalmente los ingenios para moler el mineral ya que las instrucciones que tenía al respecto de España eran muy claras. "También os encargo —le decía Carlos V— que tengáis mucha cuenta con la labor y beneficio de las minas descubiertas y en procurar que se busquen y labren otras de nuevo, pues la riqueza de la tierra es el nervio principal para su conservación e de su mesma prosperidad resulta la de estos reinos que es en ellos tan importante y necesaria cuanto lo tenéis entendido."



Para lo cual añadía: "Se den y repartan los indios que fueren menester para ello".
El Virrey Toledo tiene en su haber la muerte del caudillo José Gabriel Condorcanqui, conocido por el segundo Túpac Amaru. El primero era heredero legítimo del Inca Saire Túpac. A la muerte del Inca Manco, hermano de Atahualpa, Saire Túpac, de diez años de edad, heredó la insignia del mando imperial y no así su hermano Tito Cusi, por ser ilegítimo. Saire Túpac era amigo de los españoles y Tito Cusi rebelde contra la dominación, proclamado después por los indios de Vilcabamba heredero absoluto de los Incas. Una expedición de soldados redujo y castigó cruelmente a Vilcabamba, donde murió Tito Cusi, sucediéndole en el mando Túpac Amaru. Prisionero en 1572, Túpac Amaru fue juzgado, sentenciado y ejecutado. Dos siglos más tarde estalló un nuevo movimiento insurreccional dirigido por Tomás Catari en el pueblo de Macha, distrito de Chayanta, Potosí. La insurrección se propagó a Charcas, Cochabamba, Oruro y La Paz, orientada por sus hermanos Dámaso y Nicolás. Traicionados, aquellos insurgentes fueron ejecutados. Luego aparece José Gabriel Condorcanqui, el nuevo Túpac Amaru, que encabeza la rebelión de Tinta, en la región del Cuzco. Se adhiere a este movimiento revolucionario, que incendia el nuevo mundo, el indio de Ayo Ayo, Julián Apasa, ex mitayo de las minas de plata de la Real Villa de San Felipe de Austria de Oruro, que adopta el nombre de guerra Túpac Catari, en homenaje al hermano de Tito Cusi y a los Catari de Chayanta. Túpac Catari, el Espartaco de los Andes, con miles de indios y mestizos sublevados, armados de palos, lanzas, cuchillos y wiphalas (banderas) recorre el altiplano y pone sitio durante cuatro meses a la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, fundada en 1548. Su compañera, Bartolina Sisa, cae prisionera y los conquistadores la exhiben completamente desnuda, montada en un burro que recorre la ciudad sitiada, para encarnecer a los sediciosos. Tanto Túpac Amaru en el norte del Bajo Perú como Túpac Catari en el sur del Alto Perú son derrotados, condenados y ajusticiados. Ambos mueren descuartizados por briosos caballos, en el Cuzco el primero y el segundo en el pueblo de Peñas, distrito de Oruro.

El movimiento obrero organizado (1853-1921)

Los primeros balbuceos de las organizaciones de trabajadores manuales se dieron en 1853, durante el régimen populista de Manuel Isidoro Belzu, militar de recia personalidad antioligárquica. Los sastres, panaderos y carpinteros llevaban la voz cantante y no así, esta vez, los mineros. El general Belzu gustaba decir que le sucedería en el mando de la nación un hombre de manos callosas y poncho. Lo alentaba su esposa, la escritora argentina Juana Manuela Gorriti. La oligarquía le era hostil: prefería al general José Ballivián. Pero muerto éste en el destierro cae en brazos del general Mariano Melgarejo, "el tirano romántico". Los historiadores tradicionales llaman a Belzu caudillo de la plebe y demagogo. "Ni para qué decir que este período —escribe uno de ellos— fue de disolución y de retroceso en todo orden de cosas. Las actividades del comercio y de la industria sufrían general paralización. El obrero casi no trabajaba porque recibía el sustento y la satisfacción de sus vicios cobrando asignaciones del fisco como funcionario público o como espía, cuando no vivía del pillaje y del saqueo. La población pacífica temblaba ante el grito de guerra: ¡Viva Belzu!" El general Manuel Isidoro Belzu fue el primer presidente boliviano que alentó tendencias socialistas. Después, a lo largo de la historia, aparecerían otros militares, como David Toro, Germán Busch, Gualberto Villarroel y Juan José Torres, ligados al destino de los trabajadores. Las masas lo llamaban cariñosamente "Tata Belzu". Este en la inauguración del Congreso de 1855, había declarado: "Las masas populares han hecho oír su voz y desempeñado su rol espontáneamente; han sofocado revoluciones y combatido por el gobierno constitucional. La aparición de este poder formidable es un hecho social de innegable importancia".
Las organizaciones mutualistas de artesanos, bajo el amparo del régimen, dan los primeros pasos en 1853, en Sucre, Capital de la República, conocida también por la ciudad de los cuatro nombres: Charcas, Chuquisaca, La Plata y Sucre. "El 20 de abril del año siguiente (1854), en el distrito de La Paz, los carpinteros organizaron su gremio —dice José Bravo Riva—, cuyos Estatutos, tarea inicial de toda agrupación, fijaban sus intereses, fines y alcances. Y el 1º de agosto, los sastres se incorporaron a este movimiento de gremialización, con miras a la protección económica y a la asistencia mutua de sus miembros. El día 22 de enero de 1860 los gremios organizados en La Paz decidieron formar una corporación que, agrupando a todos los artesanos del Departamento, hiciese posible la protección y la ayuda mutua. A través de todas estas agrupaciones, se hace patente la defensa del Gobierno de Belzu, que representaba para la clase obrera una garantía de libertad, de soltura económica y de valoración política."
La caída de Belzu y la instauración de los regímenes del general Jorge Córdoba y después la sangrienta dictadura del doctor José María Linares, que prosigue con la del general José María de Achá y del general Mariano Melgarejo, no dejan por mucho tiempo vestigios de organizaciones gremiales en el país.
El predominio del artesanado en el siglo pasado era muy grande, principalmente durante la primera época de la República, debido a que la producción de artículos de consumo era manufacturada en talleres artesanales, generalmente muy pequeños y con herramientas propias. Familias íntegras realizaban aquellas tareas. El "maestro" era el jefe de familia y los "oficiales" su compañera e hijos. Los inspiradores del renacimiento de las organizaciones gremiales y de beneficencio mutuo, eran adherentes del Partido Liberal que

gobernó el país durante veinte años bajo la implacable mano del caudillo Ismael Montes, oligarca nativo, servidor de los monopolios internacionales. (De 1899 a 1920, con cuatro presidentes, dos civiles y dos militares.) El objetivo de estas agrupaciones, para el Partido Liberal, era que sirvieran de instrumento demagógico en las masas artesanas y en las elecciones como grupos de choque, adscritos a la Guardia Blanca de los petimetres. Las autoridades nacionales y departamentales asesoraban a las instituciones bajo títulos honoríficos: Presidente, Socios Honorarios y Padrinos. No obstante, en las organizaciones mutualistas de los liberales germinó, aunque con evidente retraso, la tendencia clasista y revolucionaria.

En 1885 se funda la Sociedad Obreros de la Cruz, que reúne a los artesanos más preclaros de la ciudad de La Paz, y un año después, inficionados del afán organizativo, aparece la primera entidad gremialista: la Sociedad de Zapateros San Crispín, que hizo el ensayo de una política cooperativista entre sus afiliados. Tuvo la virtud, además, de llevar al Parlamento un diputado. Estas dos primeras organizaciones, pioneras en la nueva época, tienen la estructura característica de las corporaciones artesanales de la edad media.

De este modo reaparecen en el escenario boliviano las organizaciones laborales, indudablemente sin una clara formación ideológica que expresara al proletariado como aconteció en otros países —cuyo mayor ejemplo es Argentina— que recibieron el influjo de inmigrantes europeos fogueados en las luchas sociales de sus países de origen. Hay también otro factor que no se puede soslayar: el analfabetismo y la incultura de las masas. Las clases dirigentes se han empeñado y aún siguen empeñadas, con briosos ánimos, en mantener el analfabetismo en la mayoría de la población y, también, el analfabetismo-funcional en las élites, manifestación clásica de la incultura de la oligarquía.

Las agrupaciones mutualistas, en su rápido proceso de desarrollo,

La explotación de las minas bolivianas

Está probado que la explotación de las minas en nuestro territorio es tan antigua como las culturas establecidas en él desde los tiempos más remotos. El uso del cobre es contemporáneo del florecimiento de Tiwanacu, pues los enganches de las murallas de esa ciudad prehistórica eran de ese metal, según Nordenskiold. Lo mismo cabe decir del oro, que se empleaba en objetos de adorno. Luego vino el descubrimiento de la plata y del bronce, que se usaron en gran escala en el período incaico. Las minas argentíferas de Porco se explotaban en la misma época. Es obvio considerar que el bronce se fabricó en la altiplanicie, rica en minerales de estaño y bronce.

La explotación de las minas en los tiempos primitivos y en la época incaica se hacía por métodos rudimentarios: abriendo galerías con barreno y a golpe de martillo, puesto que faltaban los explosivos y los procedimientos mecánicos. El mineral se fundía en los crisoles de barro y empleando el procedimiento de las guairas u hornillas mantenidas en combustión por acción del viento.

Esa explotación de los yacimientos minerales operada desde épocas remotas, es la que ha hecho de los indios de los Andes de Bolivia diestrísimos y consumados mineros.

(Enrique Fint: *Nueva Historia de Bolivia.* Buenos Aires, Imprenta López, 1946.)

Sobre la situación en Bolivia

Es necesario que los obreros, campesinos y estudiantes revolucionarios de Bolivia prosigan la obra comenzada. Tienen delante de sí tareas inmediatas que realizar: la formación de un Partido Comunista en Bolivia y la organización de las masas obreras y campesinas. Para esta tarea deben saber aprovechar hasta la reacción que contra ellos se desencadena. Hay que tratar de hacer comprender a las masas obreras y campesinas los verdaderos propósitos de esa reacción. Hay que procurar agitarlas, hacerles levantar su protesta por el allanamiento de *Bandera Roja* e inducirlas a que reclamen la libertad de los detenidos y el derecho de vida para el órgano proletario. Hay que hacerles comprender que solo la unidad de los proletarios y campesinos será un freno a la reacción, que solo en su organización de clase y en la organización de su partido de vanguardia podrán luchar con ventaja contra la reacción fascista-gubernamental. Hay que hacerles comprender que el estado es un instrumento en manos de los capitalistas y solo un gobierno obrero y campesino podrá darle al proletariado las armas necesarias para su liberación. Hay que estudiar las condiciones de la masa obrera y campesina y formular un programa de reivindicaciones inmediatas que las impulse a la lucha, a la organización. Hay que hacerles comprender que frente a la unidad internacional del capitalismo debe levantarse la unidad nacional e internacional de los trabajadores y hacer surgir en Bolivia un fuerte movimiento de clase, potentes organizaciones sindicales y un poderoso Partido Comunista, capaz de dirigir al movimiento obrero y campesino por la senda victoriosa del leninismo; esas son las tareas que se presentan ante los comunistas de Bolivia.

(Internacional Sindical Roja: "Sobre la situación en Bolivia" en: *La Correspondencia Sudamericana,* Nº 11, Buenos Aires, septiembre de 1926.)

Arriba: la población indígena. Desde la Colonia la servidumbre humana estuvo legalizada a través de la mita y la encomienda, instituciones que mantuvieron el atraso social y cultural de los indígenas.

Abajo: vista de la mina "La Salvadora", una de las fuentes de la fortuna de Simón Patiño.

se inyectan de una energía a toda prueba. Deciden fusionarse los mutualistas con los gremialistas y nace la Federación Obrera de La Paz en 1908. Y esa entidad da paso, en 1912, a otra agrupación ideológicamente más definida y combativa: la Federación Obrera Internacional (FOI), que adopta como insignia la bandera roja y negra y repudia la influencia del Partido Liberal en las entidades laborales. "Queremos declarar —dice uno de los fundadores de la FOI— nuestra absoluta emancipación haciendo que la riqueza social sea de todos; nadie puede quitarnos lo que la madre naturaleza nos concedió. La redención social es nuestro ideal. Preparemos el advenimiento de una nueva sociedad que sustituya a la actual putrefacta y corrompida. Por eso nuestro lema es Unión, Libertad y Trabajo; nuestra bandera, roja: la Internacional." En la FOI hacen escuela los sectores anarquistas y socialistas revolucionarios en porfiada riña para ganar posiciones, durante más de dos décadas, hasta la guerra del Chaco. En todo el país se publican y diseminan periódicos sindicales de ambas tendencias, generalmente de tamaño tabloide, empeñados en una ineluctable labor pedagógica. En La Paz se edita: **Luz y Verdad,** de la Federación Obrera y **Defensa Obrera** de la FOI; Tupiza: **Aurora Social;** Potosí: **Verbo Rojo** y **El Socialista;** Cochabamba: **El Proletario** y **El Obrero;** Tarija: **Nueva Era** y Santa Cruz de la Sierra: **La Federación.**

Este mismo año se funda en La Paz el Centro de Estudios Sociales, que coopera notablemente en la concientización política de los dirigentes obreros. Nace alentando posiciones social-demócratas y, al evolucionar, adopta posiciones radicales. Sabe quiénes son los enemigos del pueblo trabajador, está percatado del triunfo inevitable del socialismo en el mundo y se apresura a declarar que perdonará los pecados de los capitalistas el día del triunfo, con las siguientes palabras: "Os perdonamos como a prójimos porque no supísteis lo que hacíais ni lo que queríamos hacer; ahora trabajad como nosotros según vuestras aptitudes [. . .] Todos somos necesarios los unos para los otros, ¿estáis convencidos? [. . .] ¡Todos al trabajo! ¡A las herramientas!"

Uno de los miembros del Centro de Estudios Sociales, Ricardo Perales, zapatero y abogado, no perdona a nadie y va más lejos, funda el Partido Socialista en 1915. "El capital es internacional —dice Perales— y, por tanto, los capitalistas se ríen de la patria en apoyo de sus propios intereses, a fin de hacer mayor la explotación de los trabajadores [. . .] El capitalismo es nuestro mayor enemigo, ha cometido los crímenes más horribles como los de Chicago e Iquique, él impide que los obreros se organicen [. . .] Todos los desposeídos, los que gimen en las profundidades de las minas, en fin, todos los trabajadores de Bolivia deben encaminarse por la vía de la paz, de la concordia, de la justicia, del bienestar común; por la vía que conduce a la Ciudad del Porvenir, por la vía que tiene por nombre Socialismo."

También las mujeres se organizan. Fundan el Cuadro Dramático "Rosa Luxemburgo". La figura más destacada es la de Angélica Azcui Fernández, que fue también actriz en el teatro y actuó, junto a Juanita Taillansier, en las primeras películas bolivianas de largo metraje: **Wara Wara** y **Alas de Bolivia.**

En 1914 son despedidos en las oficinas salitreras de Chile más de ocho mil obreros bolivianos y repatriados al país. Los pampinos, como se los llama popularmente, refuerzan la posiciones de los obreros socialistas que luchan contra los anarquistas. El líder de los obreros del salitre era el tipógrafo Luis Emilio Recabarren, diputado por Antofagasta y fundador del Partido Comunista de Chile. Uno de los discípulos más aventajados de Recabarren es el sastre Enrique G. Loza, quien vivió mucho tiempo en Ecuador y Chile. Gustaba recitar las expresiones del líder chileno: "Odiar la patria ajena, vejando a los hombres que nacieron en otras fronteras, es provocar el odio para con nuestra patria. Yo no quiero que odien a mi patria; por eso amo las patrias de todos: la

patria del orbe entero".
En 1917 se produce la revolución rusa, que es recibida con alborozo por los trabajadores. El poeta Ricardo Jaimes Freyre, militante socialista, había escrito: "¡Enorme y santa Rusia! De tu dolor sagrado / como de un nuevo Gólgota, fe y esperanza, llevo... / La hoguera que consuma los restos del pasado / saldrá de las entrañas del país de la nieve" También el poeta Oscar Cerruto escribe un poema al conductor de la revolución, Vladimir Ilich Lenin.
Nace en 1918 la Federación Obrera del Trabajo (FOT) en La Paz, sobre la base de la FOI, que ha desarrollado, innegablemente, una gran labor de esclarecimiento social y político en las masas laborales. Las bases de la FOT están constituidas por la Federación de Artes Mecánicas y Ramas Similares, Federación de Obreros en Industria de Velas, Sociedad de Constructores y Albañiles, Sociedad de Protección Mutua de Choferes, Unión de Obreros Pintores, Centro Cooperativo de Electricistas, Centro Obrero de Protección Mutua, Sociedad de Empleados de Hotel y Ramos Similares, Sociedad de Culinarias y Sirvientas, Unión de Trabajadores en Madera, Universidad Popular, Centro Cultural de Obreros "Despertar" y Centro Obrero "Libertario". Edita su vocero oficial, **Bandera Roja**, semanario de gran calidad y difusión, doce páginas de tamaño tabloide, a dos tintas, dirigido por intelectuales de izquierda entre los que se destaca el poeta Cerruto.
En 1919 se organiza en Oruro la Federación Obrera del Trabajo. Oruro es incuestionablemente el centro minero y ferroviario más importante del país. En su programa de reivindicaciones la FOT orureña suscribe, por primera vez en la historia sindical, la jornada de ocho horas de labor. Se constituye en una especie de central sindical, con Consejos Regionales en Sucre, Cochabamba, Santa Cruz de la Sierra y Potosí; Consejos Locales: Uncía, Poopó, Machacamarca, Corocoro y Uyuni; Consejos de Faena: Pulacayo, Catavi, Llallagua, San José, Pairumani, Betanzos, Sepulturas, etc.; Consejos Industriales: Federaciones Ferroviarias, de Artes Mecánicas, de Artes Gráficas y de Cooperativas de Mineros; Consejo de Fábricas: Calzado Zamora; Consejo de Artes: Sociedad Filarmónica 1º de Mayo; Sociedades Gremiales: Unión de Panaderos, de Choferes, de Matarifes, de Constructores, de Zapateros, de Carpinteros y de Sastres. Todos dirigidos por el Consejo Nacional Directivo de doce miembros y ocho suplentes. Uno de sus primeros pasos es adherirse a la Federación Sindical de Amsterdam, filial de la Segunda Internacional.
En Huanuni, el Sindicato de Trabajadores Mineros, afiliado a la FOT de Oruro, plantea un pliego de peticiones a la empresa Bolivian Tin & Tungsten Mines Corporation. El punto fundamental es que la jornada de trabajo sea de ocho horas, puesto que en las minas rigen jornadas de doce y catorce horas. En previsión de los acontecimientos los mineros forman dos directivas sindicales: una titular y otra de emergencia. La empresa, como de costumbre, rechaza el petitorio y denuncia ante el gobierno que agitadores comunistas tratan de promover conflictos. Y el sindicato echa mano de su último recurso: la huelga. En el momento supremo, la Bolivian Tin & Tungsten confiaba en la fortaleza de los rompehuelgas, quienes armados de laques y cadenas limpian de revoltosos el ingenio y las alturas de la mina. Pero la aparición masiva de los mineros de Cataricagua, que abandonan el trabajo adhiriéndose con entusiasmo a la huelga, inclina la balanza. Desaparecen los rompehuelgas en medio del alud humano y la empresa abre conversaciones en Oruro, con el patrocinio de la Prefectura del Departamento. Solicitan representantes obreros hasta la hora 14 del día siguiente. Los directivos del sindicato, temerosos del bandidaje patronal, resuelven no viajar en el tren de la empresa que se les ha fijado para la mañana siguiente porque saben que tienen mandamientos de detención librados por la policía. Al anochecer reciben revólveres de la vecindad y obreros voluntarios de interior-mina, dotados de dinamitas alrededor del cuerpo, los acompañan. No hacen uso de burros ni caballos para su larga travesía. Caminan a pie, sigilosos, por el altiplano inhóspito, sintiendo el mismo frío intenso que al indio Huallpa en 1545 le hizo descubrir el Sumaj Orqho. Pasan por Sora Sora a la medianoche. Al romper el alba ingresan a la ciudad de Oruro y se esconden en los hogares de los directivos de la FOT. A la hora 14 se hacen presentes en las oficinas de la Prefectura y las autoridades y la Bolivian Tin & Tungsten Mines Corporation no tienen más alternativa que capitular ante el pliego de peticiones.
Este mismo año, 1919, llega a Bolivia el líder socialista argentino, Alfredo L. Palacios, con bigotes a lo general Montes y una labia imponente. Se producen manifestaciones apoteóticas de recibimiento. La influencia de la Argentina se muestra cada día más notable y los viajes de los cuadros obreros e intelectuales del altiplano a Buenos Aires, a la Casa del Pueblo, son inusitados.
Al año siguiente, el 30 de julio de 1920, la Federación Minera de Oruro declara la huelga por la obtención de la jornada de ocho horas y la rebaja de precios en las pulperías y obtiene el triunfo. Lo mismo acontece con los obreros de Catavi en agosto de 1920. La clase trabajadora vive momentos de flujo. El ascenso es notable. La Federación Obrera lleva al Parlamento un diputado, Ricardo Soruco, que de tanto en tanto hace escuchar su voz exaltada contra el sistema capitalista. Los parlamentarios de la oligarquía se sienten incómodos con el "colega" y se produce un incidente. José Bravo Rivas dice al respecto: "En la sesión camaral del 20 de enero de 1921, uno de sus miembros (Abel Iturralde) insultó al único representante obrero (Ricardo Soruco). Ante este ultraje, los trabajadores decidieron salir en defensa de su representante y enviaron un memorial al Gobierno pidiendo que el representante obrero sea objeto de una satisfacción. La negativa para este pedido llevó a decretar la huelga general de ferroviarios y tranviarios, a la que pronto se sumaron los trabajadores hotele-

ros y empleados. El Gobierno, a las puertas del paro general, ordenó la movilización de la Policía y del Ejército y, además, la detención del presidente del Partido Socialista, del presidente de la Federación Obrera del Trabajo y del secretario de los tranviarios. La Policía cercó la Estación de Chijini, donde se hallaba el Comité de Huelga, impidiendo la entrada y la salida de esta estación, para rendirlos por el hambre. Merced a la mediación del Presidente de la República, del convencional obrero y de un dirigente ferroviario se puso fin al conflicto. . ."

La matanza de mineros en Uncía

En 1923 se produce una cruenta masacre de trabajadores en un campamento minero de Potosí, Uncía, durante el régimen republicano de Bautista Saavedra, que aspira a constituirse en el caudillo de los desposeídos. Antes, en las postrimerías del régimen liberal, el 17 de julio de 1918 se había producido otra matanza de trabajadores, precisamente en la mina La Salvadora, que había convertido a Simón Patiño en Rey del Estaño. Los cadáveres, de decenas de mineros, desaparecieron en los hornos de calcinación del ingenio de Catavi. El carismático Saavedra, también masacrador de los campesinos de Jesús de Machaca, introduce en el lenguaje político la palabra **rosca** para designar a las clases privilegiadas. Este vocablo con el tiempo se vuelca contra su progenitor, convertidos él y sus correligionarios políticos en servidores atrabiliarios de la oligarquía mestiza y del imperialismo. Saavedra aprueba leyes sociales sobre accidentes de trabajo, ahorro obligatorio, reglamentación de huelgas, etc., pero, asimismo, su gobierno continúa la política del Partido Liberal al servir de introductor de los imperialismos inglés y norteamericano. Se suscriben empréstitos leoninos, como los famosos contratos Speyer y Nicolaus, que hipotecan el país. "Saavedra necesitó dinero en seguida —dice a propósito Margarita Alexander Marsh— y obtuvo onerosamente a fines del año 1921 un empréstito a seis meses de 1.000.000 de dólares al 6 por ciento con la razón social Stifel Nicolaus of Saint Louis, cuyo convenio incluía, como alternativa de una exorbitante comisión de 90.000 dólares, una opción sobre el empréstito protegido que estaba estudiando el Gobierno, y una opción preferente por tres años sobre todo empréstito exterior que pudiese hacer el Gobierno durante ese período."

Mientras las agrupaciones sindicales, generalmente artesanales, estaban en pleno proceso organizativo en las ciudades, otro era el panorama en los centros mineros. El control de las empresas, del gobierno y del ejército hacía poco menos que inexpugnable el ingreso de organizadores sindicales a las minas e ingenios. Las empresas cercaban sus propiedades con alambres de púa, como si se tratara de campos de concentración. Estaba prohibido el ingreso de forasteros a los campamentos de trabajadores. Así que se produce gran conmoción entre los empresarios cuando aparece en Uncía, el 1º de mayo de 1923, la Federación Obrera Central con Subconsejos Federales en las compañías de Llallagua Estañífera y La Salvadora, presidida por Guillermo Gamarra, Ernesto Fernández, Gumercindo Rivera y otros. El primero de los nombrados, ex presidente del Centro de Estudios Sociales de La Paz, era hijo de José María Gamarra, famoso terrateniente yungueño, propietario de más de cinco haciendas con miles de hectáreas. El pueblo de Coripata estaba enclaustrado en una de sus extensas propiedades y a sus habitantes impuso el sistema de la Yanapa, que consistía en pagar los arriendos con trabajo de "cooperación" en las cosechas de coca, café y fruta.

El 1º de mayo los obreros de Uncía desfilan con banderas rojas, carteles de protesta, y en la tribuna pública fundan la Federación Obrera. Las empresas responden al desafío organizando de inmediato una entidad mutualista de beneficencia, a lo cual, desde luego, nadie le lleva el apunte. No tienen más alternativa que entrar de lleno a la provocación para someterla. Arrestan y expulsan de la mina a diez obreros y los atropellos se suceden con rapidez inaudita, dirigidos por los verdugos Emilio Díaz y Máximo Nava. La Federación solicita al gobierno la restitución al trabajo de los despedidos, garantías para las actividades sindicales, ley de residencia para Díaz y algunos serenos, que son de nacionalidad chilena, por sus abusos y reconocimiento a la Federación y sus Subconsejos Federales como entidades representativas de los trabajadores. El gobierno responde al pliego aprobando la mayor parte de los puntos, pero no así las empresas, que deciden ignorar el convenio. Las hostilidades crecen a diario. Ernesto Fernández es apresado por los policías y rescatado en la Estación de Cancañiri por los mineros cuando intentan trasladarlo a Oruro. El gobierno decreta el estado de sitio y se hacen presentes en las minas cuatro unidades militares: los regimientos Sucre, Ballivián, Camacho y el Batallón Técnico al mando del mayor José Ayoroa. El 4 de junio a la hora 18 arrestan a los dirigentes sindicales. La masa de obreros, anoticiada del atropello, se concentra en la plaza Alonso de Ibáñez para reclamar por la libertad inmediata de los cautivos. Temerosos los dirigentes de que se produzcan hechos de sangre, "por la fuerza de las bayonetas", salen a las puertas de la Subprefectura para amainar los ímpetus de sus compañeros. Hablan Guillermo Gamarra y Gumercindo Rivera. "Abandonad en el presente momento —les dice Rivera— toda gestión por nuestra libertad porque nada conseguiréis de la insensibilidad de los dueños de la situación, quienes sin motivo y nada más que por satisfacer los caprichos de los déspotas Díaz y Blik y sus secuaces Iporre y Noya, nos han reducido a prisión como si fuéramos criminales. ¿Tratarán de atemorizarnos de esta manera? ¡Error profundo! Los hombres de convicción y de altos ideales jamás se rinden. Iremos a La Paz, nos presentaremos ante

Cuatro representantes de la explotación en Bolivia: Simón Patiño —una de las seis fortunas más grandes del mundo—, Antenor Patiño, Mauricio Hochschild y Carlos Aramayo.

los gobernantes, según nos ha dicho el subprefecto interino; pero iremos con la cabeza alta y la conciencia tranquila, y allí nos vindicaremos. Vosotros estáis convencidos de que la Federación, la cruel pesadilla de nuestros verdugos, que les ha hecho temblar de pies a cabeza a su sola iniciación, jamás ha pensado en la política como nos han calumniado los explotadores Blik y Díaz. El gobierno tendrá que convencerse de la virtud de los hechos y se arrepentirá de haber dado crédito a las autoridades que cotizan sus conciencias." La masa proletaria que ocupa las calles y ha escuchado las admoniciones de sus dirigentes no se mueve; entonces el mayor Ayoroa ordena que se disuelva de inmediato y la respuesta se deja escuchar en forma de abucheos. Quieren a toda costa la libertad en el acto de sus compañeros. El mayor recurre a las unidades militares e instruye disparar contra la masa compacta. "Los soldados se negaron a salir a la calle —dice un testigo de los acontecimientos—. Entonces el mayor Ayoroa se encolerizó y haciendo uso de medios violentos obligó a los soldados a salir a la calle. Ordenó nuevamente que dispararan sus armas contra la masa de obreros y obreras; los soldados acataron la orden, pero dispararon haciendo puntería a una altura considerable, razón por la cual no fueron victimados los indefensos trabajadores. Encolerizado aún más el jefe del Batallón Técnico, al ver que sus órdenes no se cumplían al pie de la letra, increpó a los soldados con palabras obscenas y cogiendo una ametralladora mató a cuatro trabajadores e hirió a doce; de estos murieron tres en los siguientes días; así comenzó esta brutal masacre."

La crisis de 1929

El sistema capitalista sufre violentas crisis cíclicas, pero ninguna como la de 1929, que se presenta con características dramáticas. En las metrópolis de los países imperialistas se convierte en moneda corriente el suicidio de los hombres de negocios. Federico Engels había detallado las peculiaridades de las crisis que afectaban y afectarían constantemente al sistema: "El comercio se paraliza, los mercados están sobresaturados de mercancías, los productos se estancan en los almacenes abarrotados, sin encontrar salida, el dinero contante se hace invisible, el crédito desaparece, las fábricas se cierran, las masas obreras carecen de medios de vida precisamente por haber producido demasiado, y todo son quiebras, embargos y liquidaciones. La paralización dura años enteros, las fuerzas productivas y los productos se derrochan y destruyen en masa, hasta que por fin, a fuerza de depreciarse, las masas de mercancías acumuladas encuentran una salida y la producción y el intercambio van reanimándose poco a poco. Paulatinamente, la marcha se acelera, el paso de andadura se convierte en trote y de trote industrial en galope, y, por último, en una carrera desenfrenada, en una vertiginosa y desbocada carrera industrial, comercial, bancaria y especulativa, para terminar, por último, después de los saltos más arriesgados... en la fosa de un nuevo crack." América Latina sufre con gran violencia el efecto de la crisis de 1929 porque el sistema se empeña en descargar todo el peso de sus dolencias sobre las espaldas de los países coloniales y dependientes. Bolivia había alcanzado a producir como nunca en su historia económica de país monoproductor: 39.000 toneladas de estaño fino. En el mercado mundial baja el precio de 330 libras esterlinas la tonelada a 110, ocasionando de este modo el descalabro total. El gobierno de Hernando Siles adopta medidas urgentes como paliativos. Clausura las escuelas rurales y cantonales de los campesinos y liceos de señoritas en las ciudades, rebaja los sueldos de los funcionarios del estado y da ocupación en Oruro a 1.000 cesantes en obras públicas de la empresa The Foundation Co., que se ocupa del alcantarillado y pavimentado de las calles. Mientras tanto, los empresarios mineros despiden a











los trabajadores y reducen los salarios y horas de trabajo.
Las ciudades de Oruro y Potosí, centros mineros por antonomasia, son las que más sufren la "gran depresión". Los desocupados de las minas llenan sus calles y plazas. Cinco mil obreros expulsados de las oficinas salitreras de Chile por el gobierno de Ibáñez del Campo, llegan a Oruro, que tiene 25.000 habitantes. Las salitreras habían cerrado porque sus propietarios norteamericanos abandonaron el país. La solidaridad obrera de la FOT orureña se manifiesta bondadosa con los obreros pampinos. Son concentrados en lacayes y casas abandonadas. La lucha de los trabajadores se radicaliza y la Federación Obrera del Trabajo lanza la consigna de la Desobediencia Civil para llegar a la Revolución Social.
Se realiza en Oruro un congreso de trabajadores, que, cronológicamente, sería el cuarto, con fuerte influencia anarquista. El primer congreso se había realizado también en Oruro, 1921, convocado por los ferroviarios. Asistieron mineros, tranviarios, gráficos, empleados de comercio y federaciones de artesanos. El segundo congreso en La Paz, 1925, fue auspiciado por la Universidad Obrera. Las sesiones se realizan en la Sociedad Obreros "El Porvenir" y entre sus principales resoluciones se cuentan: adquisición de una imprenta, mejora de salarios, protección a la mujer y al niño, alfabetización del indio, creación de universidades y escuelas para ambos sexos (ya que las mujeres se encuentran postergadas) y declara La Internacional himno oficial del obrero boliviano. El tercer congreso, nuevamente Oruro, 1927, al que asisten 150 delegados, de los cuales 20 son campesinos de comunidades, es el más importante. En el acto inaugural se entona La Internacional y se declara la bandera roja con la hoz y el martillo emblema de los trabajadores. La influencia de la Internacional Sindical Roja se deja sentir profundamente. Se solicita escuelas nocturnas para los niños proletarios, enseñanza obligatoria y gratuita, instrucción de artes y oficios en las escuelas, descanso dominical obligatorio, expropiación de tierras en favor de las comunidades, reconocimiento de indemnización en caso de desahucio, extinción del privilegio de pernada, cesación del pongueaje, salario mínimo y minas para el estado. Aprueban paro de labores de 24 horas por la masacre de Uncía. Se funda la Confederación Boliviana del Trabajo (CBT), adherida a la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA) que funciona en Montevideo.
Al cuarto congreso asisten delegaciones mineras de Catavi, Antequera, Llallagua, Siglo XX, Avicaya, Sepulturas, Viloco, Caracoles, Machacamarca, Negro Pabellón, Morococala, Pairumani, Monte Blanco, Colquiri y Caxata; Industriales de Artes Gráficas, mecánicos, ferroviarios, panaderos y constructores; Uniones sindicales de trabajadores en madera, calzado, electricistas, choferes de transporte y Unión Gremial de Zapateros y Consejos de Cultura: Escuela Dramática "4 de Junio", Centro Libertario Internacional y Centro de Estudios Sociales. "El Cuarto congreso —dice Guillermo Lora en **Historia del movimiento obrero boliviano**— dio nacimiento a la Confederación Obrera Regional Boliviana, afiliada a la ACAT. Mientras tanto los marxistas habían de hecho consumado la adhesión de la Confederación Boliviana del Trabajo a la CSLA. De esta manera la escisión entre ambas tendencias del movimiento obrero (que será la característica predominante del sindicalismo hasta 1936) se presentó como profunda y definitiva. La nueva confederación copió las normas organizativas de la FORA argentina y se señaló a Oruro como la sede de su Consejo Central."
En estas circunstancias se produce un nuevo golpe de estado, contra el presidente Hernando Siles, dirigido desde Cochabamba por el general Carlos Blanco Galindo, "masón, gerente de Patiño" y cuyo epicentro es Oruro con el Regimiento Camacho. Los comandantes de esta unidad comunican a la opinión pública: "Conciudadanos: el Ejército toma en sus manos la salvación de la Patria [. . .] El sainete político a perpetuarse el día 29 de los corrientes [las elecciones generales que convocara

Germán Busch gobernó entre 1937 y 1939. Decretó la entrega obligatoria de divisas al estado por concepto de exportaciones de estaño, actitud que le valió la enconada oposición de la "Rosca".

Siles] constituye el ultraje más sangriento [. . .] El Ejército resuelve: 1º Desconocer al Gobierno por inconstitucional. 2º Constituir Junta Militar con seis miembros. 3º Invitar a civiles para asesorarla en el tiempo que creyere conveniente. 4º Después del 30 de los corrientes habrá amnistía. 5º Estará en el poder la Junta Militar mientras se reorganicen los partidos políticos. . ." Los militares en el poder son los siguientes: General Carlos Blanco Galindo, coronel Oscar Mariaca Pando, coronel José L. Lanza, coronel Filiberto Osorio, teniente coronel Emilio González, coronel Bernardino Bilbao Rioja y coronel José Ayoroa. Las organizaciones obreras se resienten y protestan de la inclusión de José Ayoroa por su intervención en los desgraciados sucesos de Uncía de 1923. El escritor Porfirio Díaz Machicao lo calificó como "el último Melgarejo".

El hambre por la creciente cesantía no tarda en hacer presa fácil de las masas de desocupados. Su manifestación más elocuente es la epidemia de tifus exantemático, llamado también "tifo del hambre", que causa bajas en centenares de familias. Ya no constituye en el país ninguna humillación apelar a la limosna pública para subsistir. Los cesantes hacen circular la siguiente misiva:

"Comité de Desocupados. La Paz, 23 de septiembre de 1931. Dirigida a todas las personas humanitarias en general.

"En vista de la difícil situación que atraviesan los trabajadores en general de todos los gremios, debido a que no se puede encontrar trabajo y habiendo agotado todas nuestras peticiones ante los poderes públicos, hasta la fecha no hemos encontrado ningún alivio, pues todas son promesas vanas, mientras tanto los hogares obreros están siendo aniquilados por el hambre y la desnudez y nosotros no podemos encontrar un pedazo de pan para llevar a nuestros hijos.

"Por estas razones hemos resuelto dirigirnos a todas las personas humanitarias que reconozcan la caridad de Dios y que sabrán ayudarnos en alguna forma para que podamos pasar el día siquiera y así subsanar el hambre de nuestros pequeños niños. Pedimos esta ayuda para que no se altere el orden social ni menos la tranquilidad del pueblo. El obrero boliviano nunca se ha visto en circunstancias tan lamentables e imposibilitado de encontrar recursos económicos.

"No dudamos de su cooperación a esta obra de humanidad.

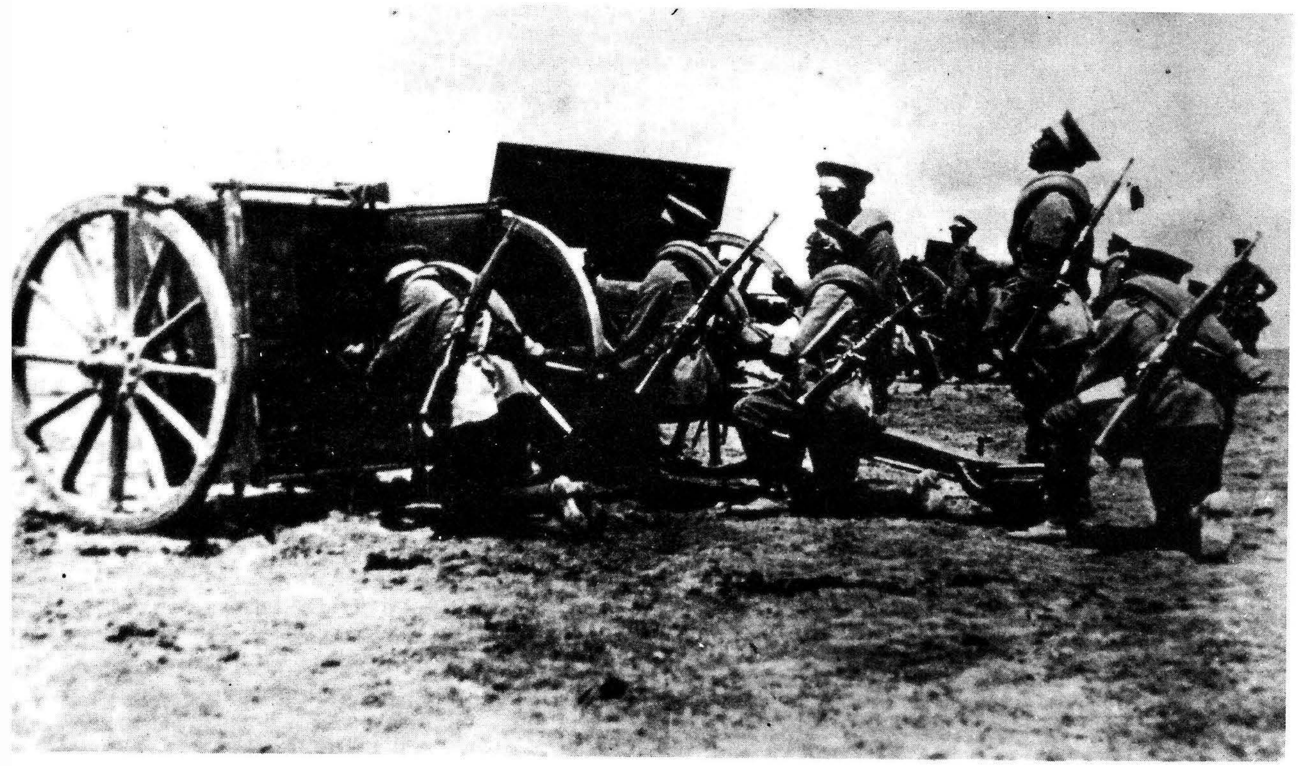
"(Fdo.) Gregorio Pérez, Serafín Laredo, Santiago Vargas, Tomás Calderón y Joaquín Flores."

Los desocupados asaltan las fondas y restaurantes, ranchos de millonarios mineros y casas de hacendados. La agitación obrera cunde en todas partes. Como escarmiento la Junta Militar intenta fusilar a los dirigentes ferroviarios de Uyuni, que habían tratado de llevar a la huelga a sus compañeros, pero la reacción inmediata del pueblo trabajador lo impide. Las entidades de beneficencia, la Prefectura, las monjas de Beaterio, la Cruzada Pontificia juntamente con la Federación Obrera del Trabajo organizan la Olla del Pobre, que en Chile ya había dado resultados positivos calmando el hambre de las multitudes. Mientras tanto, Simón Patiño, Rey del Estaño, que en París dirigía el Comité Internacional de Restricción y la Asociación de Productores de Estaño, subvencionaba con otros magnates a los políticos falangistas de España, nazistas de Alemania y fascistas de Italia para que incendiaran el mundo. De esta manera el sistema retornaría a su cauce natural. Hitler denuncia en Berlín el tratado de Versalles para iniciar la "cruzada" de la segunda guerra mundial.

Simón Patiño, Rey del Estaño

Los ciclos históricos tuvo la explotación de las minas en Bolivia. La explotación de la plata en la Colonia y después la del estaño en la República. Y el exponente preclaro de la prosperidad, la gloria y el esplendor del estaño no fue un país, sino un hombre: Simón Patiño, el "Rey del esta-

Una trinchera paraguaya y una batería boliviana. La guerra del Chaco —instigada por los intereses de la Standard Oil— enfrentó a los dos pueblos en una lucha inútil.

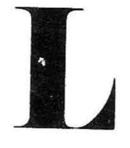


ño", llamado así por su imparangonable fortuna, calculada, en 1940, en más de mil millones de dólares. La sexta fortuna del mundo. La nobleza de la sangre sucumbió ante la nobleza del dinero, puesto que el sistema capitalista dio sus propios monarcas: el Rey del Petróleo, el Rey del Cobre, el Rey del Algodón, el Rey del Acero, etc. El cetro del estaño le correspondió a Simón Patiño. Mestizo cochabambino, comenzó muy joven a trabajar en Oruro en la casa "Germán Fricke & Cía.", que se ocupaba de la compra y venta de minas y minerales. Allí, don Sergio Oporto le ofreció la mina La Salvadora, situada en el Orqho Intijaljata (La montaña del sol poniente), en el Departamento de Potosí. Oporto la había adquirido de don Miguel de Olivares y éste de don Juan del Valle, que la enajenó porque no encontraba oro ni plata. Simón Patiño renunció en la casa Fricke y se trasladó acompañado de su mujer e hijos, a La Salvadora para trabajarla personalmente con algunos laboreros y peones como colaboradores. Un día, cuando un laborero desilusionado no quería proseguir el trabajo en el paraje donde encontró pirita —decía que era señal de esterilidad—, Patiño le respondió con energía: "¡Adelante con la pirita!" Y detrás de la pirita asomó una veta extraña. Las muestras que fueron trasladadas a Huanuni para ser analizadas dieron 54 y 60 por ciento de ley de estaño. La noticia se difundió rápidamente y no se hablaba de otra cosa, en mucho tiempo, en Oruro, Potosí, Uncía, Colquechaca y Chayanta.

El francés Artigue, asociado con el Obispo de Oruro y el cura Ferrufino, intentaron arrebatarle por la violencia de las armas La Salvadora, pero Simón Patiño, que era adherente del Partido Liberal, aprovechó sus simpatías políticas para afianzar su propiedad en La Salvadora. Varios ex combatientes de la guerra civil de federales y unionistas cooperaron con él para aniquilar a Artigue. Y después de esta prueba de fuego nadie más se atrevió a detener la prosperidad de la montaña del sol poniente. En sus escasas cuatro hectáreas producía 15.000 quintales de barrilla de estaño al mes mientras que las empresas Minchin (inglesa) y Compañía Estañífera de Llallagua (chilena), con 450 hectáreas, apenas 13.000. Patiño adquirió con subterfugios las dos empresas mencionadas. La oligarquía chilena, disgustada por la innoble adquisición de las acciones por intermedio del Banco Anglo Sudamericano y Duncan Fox, intentó provocar otra guerra, como la de 1879, en que le permitió apoderarse del salitre y cobre bolivianos, pero Simón Patiño declaró a las minas de Uncía, Llallagua y Siglo XX como pertenencias de empresa extranjera, con sede en Delaware, Estados Unidos: **Patiño Mines & Enteprises Consolidate Incorporated.** Las de Huanuni como **Bolivian Tin & Tungsten Mines Corporation.**

Fundó en Oruro su propio Banco Mercantil e instaló en Cochabamba luz eléctrica, a cargo de una empresa administrada por el general Blanco Galindo, y una granja modelo en Pairumani. Adquirió el total de las acciones de la Consolidated Tin Smelters, que controlaba a la empresa Williams Harvey & Cía. de Liverpool, la compañía de fundición más grande del mundo. La influencia fue decisiva en la Eastern Smeltin Co. Ltd., en la Corns Tin Smelting Co. Ltd. y en la Penpoll Tin Smelting Co. Ltd. El monopolio de Simón Patiño se acrecentó con la integración de compañías subsidiarias en Congo Belga, Nigeria, Malaya y Tailandia a través de la General Tin Investment, la Consolidated Tin Smelters y la British Tin Investment. Los intereses del Rey del Estaño se diseminaron por el mundo entero. Sus hijas e hijos casaron con representantes de la nobleza española, portuguesa y francesa. Murió en Europa y sus restos fueron repatriados en 1966, bajo el régimen del general René Barrientos Ortuño.

La guerra del Chaco (1932-1935)



La Junta Militar de Carlos Blanco Galindo entrega el poder a Daniel Salamanca, llamado el "hombre símbolo", que es electo en comicios apadrinados por los propietarios de minas. Los militares en el poder no permitieron candidatos opositores en "interés de la pureza del sufragio universal". En el Parlamento Salamanca trata de hacer aprobar la Ley de Defensa Social, que es el instrumento legal para reprimir el movimiento obrero. "Queda autorizado —dice la mencionada ley— el comandante de la fuerza policiaria para dar fuego a las manifestaciones obreras en caso de que a sus tres advertencias no se deshacen ellas. . ." El mentor de esta ley draconiana es Luis Calvo, Ministro de Gobierno, quien muere en 1944 fusilado y arrojado al barranco de Chuspipata. Su aprobación por el Parlamento fracasa por la rápida movilización de las organizaciones de trabajadores, que la repudian enérgicamente en manifestaciones masivas realizadas en todo el país. Salamanca encamina su política francamente a la guerra con el Paraguay, instrumentado por la Standard Oil, que tiene conflictos de tipo interimperialista con la Royal Dutch Petroleum Co. Desea la Standard Oil comerciar el petróleo saliendo por el Atlántico, afianzando previamente, su dominio en las concesiones de 3.149.000 hectáreas de terrenos petrolíferos obtenidos en el gobierno de Bautista Saavedra. También sirve Salamanca de instrumento a los empresarios de minas que, pasada la crisis de 1929, recontratan obreros, pero no a los politizados por la FOT que habían desfilado constantemente por las calles con banderas rojas y entonando canciones revolucionarias. Simón Patiño concede al gobierno incendiario un empréstito de cincuenta mil libras esterlinas.

Descubiertos los planes guerreristas que alienta Salamanca, las organizaciones obreras, tanto de socialistas revolucionarios como de anarquistas libertarios, resuelven unirse férreamente y dar la batalla conjunta contra la oligarquía. La Federación Obrera del Trabajo de Oruro emite un manifiesto **—Al pueblo de Bolivia amenazado por la guerra—** que resume la posición de todos los

trabajadores organizados, sin concesión de principios. Es el documento más sensacional de esa época funesta, de gran valor histórico por la claridad y sinceridad de sus conceptos. "Los capitalistas, aterrados ante el inevitable derrumbe de su régimen económico y social, creen ver en la guerra su tabla de salvación y se aprestan a realizar grandes negociados y amontonar fortunas fabulosas mientras los pueblos se desangran y se despedazan..." En todas las ciudades bolivianas las federaciones obreras organizan mitines en contra de la guerra. En Cochabamba desfilan por las calles principales con banderas rojas, carteles de combate que denuncian la política guerrerista, retratos de Lenin y la hoz y el martillo. Cantan La Internacional y la Marsellesa Revolucionaria. ¡Guerra a la guerra!, claman las multitudes y los dirigentes desde las tribunas aseguran que la guerra internacional la convertirán en guerra civil. El poeta Guillermo Viscarra Fabre lee el manifiesto de la Federación Obrera de Oruro. La policía en La Paz disuelve violentamente, por instrucciones del prefecto Enrique Hertzog Garaizabal, el mitin auspiciado por los estudiantes y obreros. El ascenso combativo de las masas es contenido por el estado de sitio, con su secuela de violencias. Allanamientos, torturas, asesinatos, muertes misteriosas, apresamientos injustos, confinamientos y destierros se unen en un pandemonio espantoso. Las cárceles, los cuarteles y las celdas policiarias se llenan de presos acusados de derrotistas. El escritor Díaz Machicao, en su autobiografía, dice: "Los derrotistas llegamos a La Paz. Anchas, satánicas, ávidas, se abrieron las puertas de la prisión. Perdimos todo contacto con la libertad, acorralados en un calabozo entenebrecido, punzante de olores acres, aplastante. La policía estaba situada en frente del Palacio de Gobierno, en la Plaza de Armas. Los murmullos entraban hasta el recóndito sitio en que nos entumecíamos: "¡Abajo el Paraguay!" y la ola crecida que respondía como una furia: "¡Abajo!" [...] José Aguirre Gainsborg y Ricardo Anaya leían. Vis-

Al pueblo de Bolivia amenazado por la guerra

Los politiqueros patiñistas encaramados en el poder, al ver denunciados públicamente sus trajines criminales contra la vida y la tranquilidad del pueblo, han desencadenado su habitual régimen de terror policíaco persiguiendo a los compañeros que han tenido la hombría de hacer conocer al pueblo sus propósitos de matanza, para procesarlos y encarcelarlos con el absurdo pretexto de antipatriotismo. Se los calumnia villanamente de antipatriotas por haber vivado a los obreros del Paraguay y de todo el mundo, como si no supieran que el proletariado es internacionalista, como internacionalista es también el capitalismo explotador...

Antipatriotas no son aquellos que se oponen a la matanza de los pueblos y a la ruina completa del país. Los antipatriotas, los traidores a la patria, son aquellos que han vendido a jirones el territorio nacional; los que han vendido a Chile el Litoral; los que han vendido el Acre al Brasil; los que han acabado de hipotecar el resto a los banqueros de Norte América...

Los capitalistas, aterrados ante el inevitable derrumbe de su régimen económico y social, creen ver en la guerra su tabla de salvación y se aprestan a realizar grandes negociados y amontonar fortunas fabulosas mientras los pueblos se desangran y se despedazan en la guerra. También son interesados en la guerra los proveedores de víveres y armamentos para las tropas; los afincados (hacendados) que venderán sus productos al ejército a precios fabulosos; los colocadores de empréstitos con intereses exorbitantes, que tendrá que pagarlos después el pueblo en forma de impuestos; los cuervos de la alta clerecía que estarán satisfechos de ver exterminarse en los campos de batalla a la juventud rebelde que ya no se deja embaucar con sus mentiras; los militares de alta graduación, que siempre permanecen a retaguardia, sin correr ningún peligro en los combates, mientras los soldados se asesinan a millares para ganar un ascenso o una condecoración para sus "heroicos" generales...

Para los capitalistas y sus gobernantes la guerra es un espléndido negocio. Y para el pueblo es la ruina total, la ruina absoluta. Montones de cadáveres, ríos de sangre, millares de heridos, mutilados, inválidos para toda su vida, hambre, miseria, devastaciones y ruinas por todas partes, he ahí los únicos resultados de la guerra. Y a este caos espantoso, a esta locura de destrucción y ruina quieren precipitarnos los bandidos del capitalismo extranjero y sus gobiernos "patriotas"...

Nosotros nos oponemos a la guerra porque tenemos la promesa solemne de los trabajadores del Paraguay y de la América toda de que no irán jamás a la guerra; de que a una declaratoria de guerra de sus gobiernos ellos responderán con la insurrección general... Es por eso que en estos álgidos momentos de peligro guerrero, despreciando las persecuciones, las amenazas y hasta la vida misma, firmes en nuestro puesto de combate por la buena causa, nos ponemos de pie para deciros:

¡Trabajadores de las ciudades y de los campos! ¡Los terratenientes yerbateros del Paraguay y los empresarios mineros de Bolivia quieren empujarnos a la matanza porque ven que el proletariado se levanta amenazador contra sus explotadores!

¡Compañeros obreros del Ejército! El capitalismo de Norte América os ha condenado ya para que sirváis de carne de cañón en las primeras batallas, allá en las mortíferas regiones del Chaco. ¡Vosotros seréis las primeras víctimas de la guerra!

¡Juventudes de Bolivia! ¡Vosotros, que sois la esperanza del porvenir, estáis condenados a la muerte por la Standard Oil!

¡Mujeres de Bolivia! ¡Madres, esposas, hijas y hermanas de los que mañana serán víctimas de la barbarie sanguinaria; vosotras, que nada sabéis de las infamias del capitalismo y sus lacayos, oponeos a la guerra!

¡Pueblos de Bolivia precipitados por la guerra hacia la muerte, poneos de pie contra el crimen monstruoso de la guerra! Y gritad: ¡Viva la paz! ¡Abajo la guerra! ¡Abajo las burguesías de Bolivia y el Paraguay! ¡Viva el proletariado de todo el Continente! ¡Viva la Revolución Social!

Oruro, 1º de mayo de 1932. (Volante de Federación Obrera del Trabajo.)

carra Fabre daba largas chupadas a su cigarrillo. El grito sin freno de la multitud se perdía y retornaba, como el agua del mar que azota la playa..."
La actividad sindical ha sido puesta al margen de la ley. El prefecto de Oruro, coronel Alaíza, declara francamente: "Se ha dictado el estado de sitio para las organizaciones obreras". Daniel Salamanca justifica su política represiva en el Parlamento, antes de clausurarlo clavando herrajes en sus puertas: "La actividad comunista se ha intensificado con motivo del reciente conflicto, y, aunque el probado patriotismo del pueblo condena sus alcances, fue menester oponerle una valla legal. Esa perseverante y calculada propaganda pretendió destruir la disciplina del ejército, con incitación a la desobediencia, en la tropa, y el intento de victimar a jefes y oficiales para colocarnos en una situación muy delicada".

Bolivia República Socialista

La guerra con Paraguay es la experiencia más cruel para Bolivia. Cerca de cien mil muertos son el saldo de aquella aventura sangrienta, con la cual cree la rosca oligárquica haber develado el "peligro extremista". Los militares en el Chaco, imitando la táctica paraguaya del cerco, la aplican con gran éxito al presidente Salamanca en Villa Montes. La historia conoce este hecho con el nombre de "corralito". A tiempo de firmar su renuncia de la primera magistratura Salamanca dice con voz consternada a los militares victoriosos: "¡El único cerco que les ha dado resultado!"
El vicepresidente José Luis Tejada Sorzano asume el mando de la nación mientras dura el conflicto. Concluida la guerra, en 1935, con una nueva derrota de las clases dirigentes, aliadas al imperialismo, los militares retornan a las ciudades.
Una huelga general de trabajadores en 1936 cambia el panorama social y político de Bolivia. El coronel David Toro toma el control del estado y, presionado por las masas de obreros y ex combatientes, proclama a Bolivia República Socialista. Chile lo había hecho en 1932 con el coronel Marmaduque Grove. Por primera vez en los municipios del estado, cedidos a las organizaciones sindicales, flamean las banderas rojas de la Federación Obrera del Trabajo; se nacionaliza a la Standard Oil Co.; se funda la entidad estatal del petróleo: Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB); se organiza el ministerio de Trabajo y Previsión Social (el ministro, nombrado por los trabajadores en asambleas masivas, es Waldo Alvarez, linotipista de **El Diario** y dirigente del Sindicato Gráfico); se decreta la sindicalización obligatoria de todos los trabajadores del país y se funda la Caja de Seguro Social y Ahorro Obligatorio. Viajan comisiones obreras a las minas para controlar el cumplimiento de las leyes sociales preteridas. Los ex dirigentes del Centro de Estudios Sociales y connotados sindicalistas reaparecen convertidos en activos funcionarios del ministerio de Trabajo y recorren el territorio encendiendo nuevamente en el proletariado la fe en un porvenir mejor.
En 1938 los estudiantes universitarios se reúnen en congreso en la ciudad de Sucre, bajo la influencia de las nuevas corrientes que vienen de la reforma universitaria de Córdoba de 1918, de la revolución rusa y del movimiento obrero y popular. Antes, en 1908, ya lo habían hecho en Potosí, en la que, después de discusiones apasionadas, aprobaron peticiones al gobierno: escuelas nocturnas para los hijos de los artesanos y la educación inmediata e impostergable de los indios. "Todos sabemos —expresó en esa oportunidad un delegado— que en Bolivia existe una raza oprimida que gime bajo el yugo inhumano de sus expoliadores, que la calumnian proclamando temerariamente esa falsa afirmación que presenta a nuestros ojos a la raza indígena como ineducable." Un año después, en 1909, hay otra reunión: solicitan la separación de la Iglesia y del Estado y la autonomía universitaria. En 1928, en Cochabamba, fundan la Federación Universitaria Boliviana (FUB)

Arriba: mineros masacrados en 1942 en el campo "Kilómetro 4" de Catavi, Departamento de Potosí.
En la viñeta inferior: "Del subsuelo de la angustia", dibujo de Walter Solón Romero para el libro "El precio del estaño".

con la consigna "Sin dioses en el cielo ni amos sobre la tierra". El programa de principios, aprobado en esa oportunidad, proclama: "La juventud universitaria no vacila en declarar que se coloca frente a la reacción, junto a la causa de las juventudes libres del proletariado consciente y de los pensadores imparciales y altivos del orbe entero". En 1930 los estudiantes universitarios cooperan con los militares sediciosos, filorrosqueros que derrocan al presidente Siles, y en retribución el general Blanco Galindo les concede la autonomía universitaria.

Los estudiantes de 1938, francamente radicalizados, asumen una posición que orientará por mucho tiempo la lucha de los estudiantes revolucionarios: "El examen del actual régimen y de su descomposición prueba que la emancipación económica, social y cultural de las masas de trabajadores manuales e intelectuales sólo será obra de ellos mismos. De nada sirve que existan importantes gérmenes de descomposición en el régimen capitalista si, al mismo tiempo, los trabajadores intelectuales y manuales no cuentan con organizaciones avanzadas, capaces de dirigir hacia soluciones concretas la protesta de las masas oprimidas que pugnan por su liberación. La Federación Universitaria Boliviana es una organización al servicio del proletariado manual e intelectual que lucha por construir nuevas bases colectivistas de la sociedad. De hoy en adelante se presenta, por eso, como una organización de avanzada, con un contenido de clase y una posición definida".

La República Socialista dura muy poco porque el poder económico de la oligarquía se mantiene indemne. Las tres grandes empresas mineras constituyen un superestado dentro del estado. La oligarquía llama en su ayuda a los cuarteles para la gran conspiración y el teniente coronel Germán Busch, que había cooperado en el "corralito" a Salamanca primero y después en el derrocamiento de Tejada Sorzano y jurado lealtad a David Toro, se apresta a tomar el poder. Aprovechando un viaje de Toro a los baños termales de Urmiri se apropia del poder polí-

Los directores de la Patiño Mines apelan al presidente Peñaranda

Nueva York, 10 de diciembre de 1942.

Señor
General Enrique Peñaranda C.
Presidente República.
La Paz, Bolivia.

Directores de la Patiño Mines & Enterprises Consolidated Inc. se hallan alarmados con noticias recibidas de sus representantes y pequeña minería que trabajadores formando Sindicato de Catavi que ni siquiera representan el cinco por ciento de nuestros trabajadores intentan causar disturbios infavorables afectando producción estaño declarando huelga injustificable con pretexto demanda aumento salarios. Nosotros respetuosamente llamamos su atención al hecho de que nuestra compañía por su propia iniciativa ha mantenido y continúa manteniendo el pago de los salarios más altos en Bolivia en adición a importantes inversiones hechas para preservar salud y bienestar social trabajadores único objetivo ininterrumpir producción material esenciales de guerra. En protección de los intereses comunes del gobierno boliviano y de la industria minera nos tomamos la libertad de demandar al gobierno que el ministro de Trabajo defina la cuestión que fue sometida por nuestros representantes con el apoyo de los trabajadores de la industria minera nacional. Estamos informados que la demanda referida se halla aparentemente fundada en un aumento del precio del estaño ignorando el hecho de que el presente precio beneficia Tesoro boliviano en gran medida y que la demanda de aumento se halla fuera de toda proporción. Estas circunstancias convencieron Directores que movimiento es inspirado por agitadores profesionales. Estamos informados que ciertas medidas dictadas por Decretos Gubernamentales en 1941 determinan que mientras el estado de emergencia exista todo acto es prohibido cuando tiende directa o indirectamente a turbar, disminuir o detener producción de minas que han sido colocadas bajo el cuidado y protección de las Fuerzas Armadas. Los Directores de la Patiño Mines tienen confianza que el gobierno de Bolivia desea tomar prontos y efectivos pasos para asegurar cumplimiento de sus propias regulaciones, relajamiento de las cuales frente a la intransigencia de los Sindicatos de Catavi colocaría al país bajo la dictadura de Sindicatos que en el hecho no representa a los trabajadores.

(Tomado de: *Redactor*. Honorable Cámara de Diputados. Legislatura, 1943 La Paz, Bolivia.)

tico en 1937 con la usual técnica del golpe de estado que él conoce muy bien. Su primer decreto, preparado por los representantes de la oligarquía, es reprimir con la pena de muerte "a los divulgadores y propagandistas de las doctrinas socialistas, anarquistas, marxistas y comunistas". Pero, después, Busch se convence de que los enemigos de la patria no son los trabajadores que abrazan y alientan doctrinas de avanzada social, sino la rosca oligárquica. En 1939 se proclama dictador y decreta la entrega obligatoria al estado del cien por ciento de las divisas que controlan las empresas por la exportación de minerales. "Si caigo —dice— será con las banderas de la emancipación económica de Bolivia." Los empresarios que resisten las leyes del dictador son aprehendidos por la policía. El magnate Mauricio Hochschild, naturalizado en Argentina, ve muy cerca el paredón de fusilamiento desde su encierro policiario, pero su destino, no obstante, cambia. Hochschild sale del país en libertad y Busch se descerraja un balazo en la sien. Antes de que se enfriara el cadáver del joven militar que enfrentara a la oligarquía, alentado por el "socialismo de estado", toma el poder el general Carlos Quintanilla, representante castrense de las empresas mineras. Deroga el decreto de la entrega obligatoria de divisas. Convocado el pueblo a elecciones en 1940, la gran minería elige de candidato al general Enrique Peñaranda. Su oponente es José Antonio Arze. Con la consabida política de presiones, vicios y fraudes de la democracia representativa se impone el general del Chaco y uno de sus primeros decretos es indemnizar a la Standard Oil Co. con 1.750.000 dólares por efecto de la nacionalización.

En esta década que finaliza se organizan varios grupos políticos de tendencias trotskistas y fascistas: Partido Socialista Obrero de Bolivia (PSOB), de Tristán Marof; Partido Obrero Revolucionario (POR), de José Aguirre Gainsborg, y Falange Socialista Boliviana (FSB), de Oscar Unzaga de la Vega. Los pocos comunistas que existen en el país trabajan en la ilegalidad.

La masacre de Catavi

La matanza de trabajadores mineros del distrito de Catavi, provincia Bustillo del Departamento de Potosí, cambia el curso de la historia de Bolivia. Es el crimen colectivo más alevoso que comete la poderosa compañía minera de Simón Patiño con la complicidad manifiesta del gobierno del general Enrique Peñaranda y del ejército comandado por el coronel Luis A. Cuenca.

Como consecuencia de la segunda guerra mundial, los países productores de estaño, Congo Belga, Malaya, Indias Holandesas, Siam e Indochina, habían caído en poder de los japoneses, que integraban el eje nazifascista con los alemanes e italianos, y, en esta virtud, Bolivia queda convertida virtualmente en la única nación productora de estaño para los países aliados, Inglaterra y Estados Unidos, que dicen defender la democracia, sintetizada por Franklin Delano Roosevelt en cuatro libertades: "Libertad de palabra y libertad de cultos, libres de miseria y libres de temor". Y, como estímulo a los productores, los grandes monopolios aumentan el precio de esta importante materia prima bélica, de 0,40 a 0,60 dólares la libra fina, retroactivo al mes de enero de 1942. Los obreros de las minas no disfrutan de este aumento. A través del Sindicato de Trabajadores de Oficios Varios de Catavi, que dirigen Pedro Ajuacho y Timoteo Pardo, se anotician recién en el mes de septiembre, por intermedio de algunos empleados de la compañía, a los que les ha costado mucho mantener el secreto del aumento. Ni cortos ni perezosos los directivos sindicales recurren al abogado del pueblo de Llallagua para que les redacte una carta de petición de reajuste de sueldos y salarios. El tenor de la carta es este:

"Catavi, 28 de septiembre de 1942.

"Al señor
"Gerente de la empresa Patiño Mines.
"Presente.
"Respetado Señor Gerente:
"El Sindicato de Trabajadores de Oficios Varios de Catavi, reunido en asamblea general, ha resuelto dirigirse a usted pidiendo un aumento general de sueldos y salarios para el personal de la Empresa, en la proporción del cien por ciento efectivo desde el mes de junio pasado. Nos permitimos hacer respetuosamente esta solicitud teniendo en cuenta las siguientes razones que pesan en la situación actual:

"Primero, según estudios que hemos realizado, la Empresa vende sus productos en un precio que le proporciona mayor ventaja desde el mes de enero del año en curso.

"Segundo, el recargo de precios en las pulperías de la Empresa se ha hecho en gran escala y en forma general de todos los artículos que únicamente se mantienen en el precio sujeto a la compensación anterior.

"Señor Gerente General, esperando su respuesta favorable en la secretaría de su despacho saludamos a usted con toda atención.

"Pedro Ajuacho, Secretario General del Sindicato de Trabajadores de Oficios Varios. Timoteo Pardo, Secretario de Actas."

La respuesta de la empresa es categórica: niega el aumento que solicita el sindicato. Los obreros replican: ¡Si no hay aumento habrá huelga general! En la reunión que sostienen los personeros de la Patiño Mines con el presidente de la República hacen planteamientos que muestran honda preocupación ante la posibilidad de disminuir la fabulosa plusvalía que les permitía obtener la segunda guerra mundial. "El aumento de la Patiño Mines —a decir de sus personeros— comprometería a las empresas mineras restantes del país porque arrastraría en la corriente a todas ellas empeorando el caos de la inflación." Y, en este entendido, solicitan la aprobación de cuatro puntos que consideran de urgencia: 1. Reajustar el gobierno con hombres de probada firmeza. 2. Declarar el estado de sitio en los distritos mineros de Potosí y Oruro. 3. La



Gualberto Villarroel transformó el ejército y el estado en favor de las masas obreras y campesinas.

huelga proyectada por los mineros de Catavi debe ser declarada ilegal y contraria a los intereses del estado y la nación y 4. Habiéndose definido por disposiciones vigentes, como el Art. 1º del Decreto Supremo de 20 de octubre de 1941, que los sueldos y salarios que deben regir en las industrias se fijarán de común acuerdo entre empleados y empleadores y siendo los vigentes resultado de acuerdos aprobados por la autoridad, no se encuentra justificado variar sus bases por la presión unilateral de los trabajadores. Reforzando esta petición patronal llega de Nueva York el pronunciamiento oficial del Consejo de Directores de la Patiño Mines.

De acuerdo con la empresa, todo el aparato del estado se vuelca contra los trabajadores. Son posesionados en el gobierno tres nuevos funcionarios, de conocida trayectoria antiobrera: Tomás Manuel Elío, ministro de Relaciones Exteriores; Pedro Zilveti Arce, ministro de Gobierno, y Juan Manuel Balcázar, ministro de Trabajo, adherentes del Partido Liberal y del Partido Republicano-Saavedrista.

Para darle visos de legalidad al rechazo de la empresa, son llamados a la sede del gobierno tres delegados sindicales, a quienes la Patiño Mines trata de sobornar. Los mineros se entrevistan con los directivos de los jóvenes partidos opositores que actúan en el Parlamento. El Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), fundado en el Congreso de Izquierdas de Oruro de 1940 bajo la influencia de Marmaduque Grove y Raúl Haya de la Torre, que reúne todos los matices de la izquierda boliviana —socialistas, anarquistas, reformistas, etc.—, y cuya trayectoria en el movimiento obrero y popular viene desde 1908, y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), fundado en 1941 bajo el influjo de las corrientes nacionalistas de extrema derecha de Alemania. De estas entrevistas los mineros no obtienen nada que signifique garantía de triunfo en su conflicto. El ministro de Trabajo les promete en reemplazo del aumento de salarios, la promulgación del Código del Trabajo, un cuerpo de leyes sociales preparado durante el gobierno de Germán Busch. Mientras el ministro Balcázar habla de las bondades del Código Busch el ministro Zilveti dice que es un engaño para los obreros, actitudes que hablan de por sí de la insinceridad de estos ministros. Hecha la ley hecha la trampa. El gobierno del general Peñaranda aprueba el Código y, cuando cree haber solucionado el conflicto, los mineros de Catavi se declaran en pie de huelga hasta el 14 de diciembre.

De inmediato se hace presente en Catavi el Delegado Militar del Gobierno, coronel Luis A. Cuenca, Comandante de la Región Militar Nº 3 de Oruro. En conversaciones con los dirigentes del Sindicato de Trabajadores de Oficios Varios convienen en que estos levanten el pie de huelga si la Patiño Mines les reconoce un bono o un subsidio equitativo, que dejan a voluntad de la misma empresa. El Delegado Militar intenta hacer valer su influencia en el ánimo del gobierno para conseguir una transacción que conjure el conflicto, pero es desautorizado francamente. Disgustado por este desaire comunica su deseo de retornar a Oruro, pero la empresa y el ejército lo retienen en su puesto. Con este motivo, el ministro Balcázar le hace llegar el siguiente telegrama:

"Cnl. Luis A. Cuenca

"Delegado Militar del Supremo Gobierno.

"Catavi.

"Infórmanme que usted tiene intención regresar Oruro. Invoco su civismo y responsabilidad asumida ante gobierno como intermediario para vigilar clases trabajadoras y evitar huelga proyectada. Debe permanecer en Catavi hasta que el conflicto sea conjurado. Hay que insistir que huelga es ilegal y en no existir fundamentos atendibles para provocarla. Gobierno cumplió su promesa promulgar Código Trabajo. Esta decisión obliga elemento obrero a suspender conforme prometió también toda manifestación subversiva. Infórmole que otra efervescencia popular de mayores proporciones en Potosí ha quedado anulada con estas reflexiones. En caso de que agotadas medidas persuasivas no

obtuvieran resultado favorable debe usted obrar con energía para reprimir actitudes violentas.
"Juan Manuel Balcázar, ministro de Trabajo."
El gobierno, desesperado de llegar de una vez a las vías de hecho, envía dos unidades militares a Catavi: los regimientos Sucre 2 de Infantería al mando del mayor Gualberto Villarroel e Ingavi 4 de Caballería al mando del teniente coronel Luis Gamarra, acompañados del mayor Bustamante, jefe del Distrito Nº 14, y más de un centenar de carabineros. Se decreta el estado de sitio en todo el país y se ordena el arresto de dirigentes sindicales a nivel nacional. En La Paz son arrestados el ex ministro de Trabajo Waldo Alvarez, el ex dirigente de al Federación Obrera Fernando Siñani, los dirigentes de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (adherida a la Confederación de Trabajadores de América Latina, CTAL, que preside Vicente Lombardo Toledano) Aurelio Alcoba y Donato Flores Gironda, etc. Para evitar que el día lunes 14 se declare la huelga anunciada son detenidos los directivos del Sindicato de Trabajadores de Oficios Varios el domingo 13, pero son rescatados por una avalancha de obreros de Catavi que rodea el cuartel general del Delegado Militar. En el tiroteo que se produce muere Pablo Veizaga, obrero metalúrgico. El coronel Cuenca instruye, de inmediato, al mayor Villarroel para detener a la multitud que se dirige a Siglo XX, a fin de evitar que se ponga en contacto con los mineros y declare la huelga, pero fracasa esta movilización. A este respecto dice el coronel Cuenca en el informe que presenta a consideración del ministro de Defensa: "Inmediatamente ordené al mayor Villarroel, Comandante Accidental del Regimiento 'Sucre', para que envíe una Compañía compuesta de 120 soldados para hacer guardar el orden y para evitar que los obreros de Catavi tomen contacto con los de Siglo XX. Desgraciadamente dicha fuerza se demoró en movilizar llegando a Catavi a horas 15, cuando la muchedumbre compuesta de unas 5.000 personas congregada en Siglo XX se

Informe del coronel Cuenca sobre la matanza de Catavi

Lunes 21. — Los elementos agitadores impidieron que varios obreros reingresaran a su trabajo. Aún más, recorrieron los domicilios de sus compañeros para instarles con amenazas de que pasaran a engrosar las filas de una nueva concentración de obreros que de acuerdo con instrucciones impartidas por el directorio del Sindicato debería realizarse ese día.
En vista de esta actitud de los huelguistas impartí instrucciones al Regimiento Ingavi para proceder inexorablemente. Además dispuse la prohibición de que nadie ingresara o saliera del campamento de Catavi, pues se tenía informaciones de que especialmente las mujeres de los huelguistas servían de agentes de enlace con los otros centros. A las 7.30 mandé por última vez al mayor Bustamante al local del Sindicato con un oficio que contenía las últimas disposiciones del Gobierno. Este oficio fue entregado en manos del dirigente Ajhuacho, quien, lejos de leer el contenido después de rasgar el sobre lo pasó a otro. Esta actitud del personero del Sindicato muestra claramente que las decisiones estaban ya tomadas de que irían a los actos de violencia con objeto de obtener por ese medio una solución favorable a la solicitud del Sindicato de aumento de salarios. Aún más, Ajhuacho manifestó terminantemente que el Sindicato no respondía por lo que hicieran los obreros y que nosotros, los militares, deberíamos cuidarnos. Debo además indicar que en esa reunión el mayor Bustamante fue faltado repetidas veces por la multitud, la cual lanzaba palabras destempladas y groseras.
El mayor Bustamante, inmediatamente después de regresar del local del Sindicato, impartió instrucciones para que se colocaran cuatro líneas de centinelas en profundidad de 40 metros de distancia.
Mientras se formaban dichas líneas se pudo notar que uno de los huelguistas desde una altura de terreno comenzó a hacer señales de reunión a otros vigías apostados en lugares próximos y que servían de agentes de enlace.
Pocos momentos después varios grupos de mujeres, que habían ya sobrepasado los puestos de centinelas adelantados, se presentaron ante el último cordón de centinelas armados de cuchillos y palos y en actitud francamente agresiva pidieron que se les dejara el libre tránsito con pretexto de adquirir víveres, pero con manifiesta de dirigirse al cuartel, donde lógicamente no podían conseguir dichos víveres. En este último punto aún se les pudo contener momentáneamente agotando los recursos pacíficos. Entre tanto continuaban en Uncía, Siglo XX y Cancañiri las concentraciones de gente cada vez más numerosas. Estos hechos, de los cuales tuve conocimiento oportunamente, demostraban la actitud subversiva de los obreros, por lo que debí impartir instrucciones expresas de repeler todo intento de ingreso a Catavi por parte de los obreros.
A hs. 8.15, en momentos en que los grupos de mujeres anteriormente mencionados insistían en ingresar a Catavi con actitud agresiva, se pudo observar que alrededor del local del Sindicato se efectuaba otra concentración de obreros reuniéndose la mayoría de los trabajadores del campamento de Catavi. Este grupo de obreros llevando a la vanguardia una bandera roja avanzaba en dirección al cordón de centinelas consiguiendo romperlo. Ante esta actitud de parte de los huelguistas, y como último recurso para detenerlos, las fracciones que resguardaban el cuartel, bajo la vigilancia directa del mayor Bustamante, tenientes Carlos Sánchez y N. Avila, se vieron obligados a romper el fuego. Los primeros disparos fueron al aire, pero, en vista de que la muchedumbre envalentonada continuaba su avance en forma cada vez más agresiva, en los siguientes disparos se tuvo que lamentar cuatro muertos y diecinueve heridos, que fueron recogidos por la ambulancia y llevados al hospital. Cinco minutos después reinaba tranquilidad aparente en Catavi.
Partes telefónicos de los distintos puntos militares, a cargo de oficiales situados en Llallagua, Uncía, Siglo XX y Cancañiri, anunciaban que los dirigentes huelguistas continuaban sacando

de los campamentos, haciendo uso de la fuerza y con amenaza de muerte, a los obreros pacíficos con objeto de engrosar sus filas que se dirigían a Catavi para imponer el aumento de salarios y reclamar por sus compañeros que acababan de caer en la forma que se ha indicado. Así pudieron reunir alrededor de 7.000 personas, de las que aproximadamente un diez por ciento eran mujeres y niños que avanzaban a la vanguardia de la multitud.
El Regimiento Ingavi con todo su efectivo y material, con excepción de dos grupos que quedaron en el cuartel al mando del Capitán Camacho, tomó posesión de las alturas de Catavi bajo la dirección directa de su Comandante.
Las instrucciones que impartí eran de que debía detenerse a la multitud a unos 800 metros, usando para ello sus armas, que deberían disparar al aire, pero en caso de que persistiera en su avance debían proceder con mesura.
Considerando que el efectivo del Regimiento Ingavi apostado en las alturas de Catavi era solo de 200 hombres y 3 oficiales, ordené la marcha sobre Catavi a la Cuarta Compañía del Regimiento Sucre, que se encontraba en el cuartel de Miraflores y que era la única reserva disponible, ya que las otras cubrían otros puntos.
Desde mi puesto de observación constaté el cumplimiento de mis órdenes. La multitud desenfrenada llevaba cartuchos de dinamita tratando de alcanzar con ellos a los soldados que hacían fuego para impedir que la muchedumbre avanzara. Los primeros disparos fueron al aire, pero después, como la multitud insistiera en avanzar, los soldados tuvieron que disparar procurando efectuar el menor número de bajas posibles. En vista de esta actitud de la tropa los obreros retrocedieron replegándose hacia el pueblo de Llallagua, adonde llevaron sus muertos y heridos.
Los agitadores cortaron la línea de fuerza de alta tensión de la *Bolivian Power* a la llegada a Catavi, que la empresa pudo restablecerla. Atacaron también un convoy del Ferrocarril en la Estación de Llallagua, destrozando los vidrios del motor Diesel eléctrico del F. M U.
En Siglo XX una mujer arrojó una bomba de dinamita con la mecha encendida a los pies del capitán Portugal. La oportuna intervención de un carabinero que notó dicha bomba y la arrojó lejos impidió la muerte segura de ese capitán.
Se informó que el ingeniero americano Dennin había sido tomado en rehenes por los huelguistas. Felizmente después se constató que dicho ingeniero se pudo refugiar en la Policía de Llallagua para evitar que se lo tomara la muchedumbre. Poco después fue puesto en libertad dicho ingeniero.
Impartí instrucciones para que la ambulancia de la empresa acompañada de cuatro enfermeros fuera a recoger a los heridos que cayeron en el tiroteo que se acaba de citar. Desgraciadamente los huelguistas se encontraban tan exaltados que no respetaron la ambulancia, atacándola a la llegada del pueblo de Llallagua y destrozándola con cartuchos de dinamita. Después de incendiarla botaron los restos de la misma a un barranco. El chofer y los enfermeros pudieron salvar milagrosamente, con solo heridas de piedra en la cabeza. Este inicuo atentado contra la ambulancia es la demostración más palpable del salvajismo de esa multitud enloquecida por la furia, que impedía así que sus propios compañeros recibieran atención médica.
En este encuentro hubo que lamentar 9 muertos y 17 heridos, de los que 4 fallecieron en el quiosco del pueblo de Llallagua, porque, indiqué, la actitud de los obreros impidió que la empresa pudiera proporcionarles atención médica.
Posteriormente la empresa pudo conseguir el traslado de los heridos a Catavi.
Actualmente los heridos se encuentran hospitalizados en el moderno hospital de la empresa, la cual voluntariamente ha concedido media mita a dichos heridos y abonado un obsequio voluntario en dinero a las familias de las víctimas.

(Informe que presenta ante el Sr. Ministro de Defensa Nacional y Jefe del Estado Mayor General, el Sr. Coronel Luis A. Cuenca A., Delegado Militar del Supremo Gobierno, con motivo de la huelga en la Patiño Mines. Tomado de: *Redactor*. H. C. de Diputados. Legislatura, 1943. La Paz, Bolivia.)

dirigía a Catavi en actitud hostil. Inmediatamente instruí que la Compañía se desplegara y contuviera a esa muchedumbre compuesta de unas 5.000 personas, orden que se cumplió, deteniéndose a la masa a una distancia prudencial. El señor mayor Villarroel se dirigió a la multitud manifestando que cualquier acto de violencia que cometieran será repelido por las armas. Como los obreros aseguraron que guardarían orden y que simplemente deseaban reunirse en el local del Sindicato, se les fijó recorrido hasta el campamento y la tropa se desplegó a nuevos lugares con objeto de evitar el ingreso de la multitud a la sección de Catavi donde se encuentran las oficinas y casas de empleados. Esta manifestación se disolvió a horas 17. Esa misma noche ordené al mayor Villarroel para que con tropas suficientes protegiera Siglo XX, Cancañiri, Socavón Patiño, etc., sitios que fueron cubiertos por fuerza desde horas 17 con instrucciones precisas y concretas".
Desde ese momento, los dirigentes de la huelga declarada viven ocultos en los socavones de la mina para no ser arrestados.
La huelga dura una semana. Despiadados en su comportamiento, la empresa y el gobierno cierran las pulperías y no permiten el ingreso a Llallagua de los comerciantes que trasladan artículos de primera necesidad. El sábado 19 de diciembre, en un operativo sin precedentes, desde cuatro direcciones distintas, aproximadamente seis mil mineros ingresan a Catavi desde Siglo XX, Cancañiri, Miraflores y Sink an Float. Rodean la gerencia solicitando el pago de sus salarios atrasados. El pago del 19, o sea tercer sábado de diciembre, corresponde a las labores efectuadas por los contratistas en el mes de noviembre pasado y para los jornaleros los salarios de la primera quincena de diciembre. Los jóvenes oficiales del Regimiento Ingavi se habían sentido incapaces de impedir el ingreso a Catavi de las multitudes, según el Delegado Militar, porque "aún no tenían la experiencia necesaria para ir a las vías de hecho en estos casos, además de que se sentían impre-

sionados al tener que dar instrucciones de hacer fuego sobre la multitud a cuya vanguardia avanzaban mujeres y niños". Los obreros imponen el pago de sus salarios atrasados bajo la responsabilidad escrita del coronel Cuenca. "Es muy probable que esta mi actitud no se la haya interpretado en su verdadero sentido. Pensé que al efectuarse dicho pago era la única forma de evitar que el ejército hiciera uso de las armas."
Este hecho encoleriza aún más a la Patiño Mines y al gobierno, que con desenfado esbozan la estrategia de la matanza. El presidente Enrique Peñaranda justifica el genocidio: "Primero es la vida de la nación y después la existencia ciudadana".
El lunes 21 de diciembre de 1942 el ejército rodea Catavi y no permite que nadie salga de aquella jurisdicción. Se clausuran todos los caminos. Cuando las mujeres de los obreros reclaman en la gerencia su deseo de trasladarse a la feria y al mercado de Llallagua para aprovisionarse de víveres son ametralladas. El ejército entra en ofensiva. Ocupa Catavi y allana las casas en busca de los directivos del sindicato. Desde las alturas de Llallagua y Siglo XX los mineros contemplan los hechos luctuosos. No pueden quedar indiferentes y resuelven reunirse en Llallagua. En este sentido, un vigía hace señales a los obreros de los distritos cercanos. De Llallagua bajarían a Catavi para reclamar por la vida de sus compañeros que están siendo acribillados y para que los respeten llevarían por delante la bandera boliviana y atrás las madres con sus hijos. Bajan aproximadamente diez mil trabajadores y vecinos del pueblo de Llallagua. En mitad del camino, cerca del cementerio, llamado campo Kilómetro Cuatro, son recibidos por el fuego crepitante de morteros, ametralladoras y fusiles que disparan las unidades acantonadas. De los diez mil manifestantes, trescientos quedan esparcidos en la pampa. Entre estos, la mujer llamada María Barzola, palliri de la canchamina de Siglo XX. El ejército avanza con dirección a Llallagua y Siglo XX. Los mineros, al replegarse con sus heridos, tratan de responder la afrenta con piedras y palos, pero todo esfuerzo es inútil. No tienen dinamitas de trabajo porque son ocho días de huelga y las bocaminas están clausuradas. Los sobrevivientes de la masacre huyen a los pueblos vecinos y días después, vísperas de navidad, con sus esposas e hijos desocupan las casas y abandonan los campamentos en largas caravanas con dirección a Oruro. Es Huanuni, la primera etapa del éxodo, a 200 kilómetros de distancia. Llegan exhaustos, pero el ejército los rodea y obliga a retornar a las minas, al trabajo obligatorio de la mita, como en los tiempos del Virrey Francisco de Toledo. El coronel Luis A. Cuenca dice: "El personal de jefes y oficiales de los Regimientos Ingavi y Sucre fue valiente y disciplinado en todo momento. Me colaboraron haciendo uso de todo recurso de persuasión para evitar que los huelguistas cometieran actos de violencia, pero también procedieron con energía cuando fue preciso haciendo respetar el principio de autoridad". Y, para concluir, añade: "Los personeros de la Patiño Mines me han otorgado todas las facilidades necesarias para el cumplimiento de la misión que el Supremo Gobierno tuvo a bien encomendarme".
De esta manera se han cumplido estrictamente los compromisos internacionales del gobierno del general Enrique Peñaranda (ratificados por los Decretos Supremos de 12 y 27 de diciembre de 1941) que garantizan el normal suministro de estaño a los países aliados mientras dure el conflicto bélico mundial. Estos compromisos han significado para Bolivia la pérdida de 600 millones de dólares y el martirio y la sangre de centenares de mitayos de Potosí. El estaño acumulado **(stock pille)** a precios bajos durante el transcurso de la segunda guerra mundial sirvió para que en la postguerra el gobierno norteamericano lo lanzara al mercado mundial en precios de estabilización **(dumping)** para evitar que las cotizaciones adquirieran niveles importantes.

Las repercusiones sociales y políticas de la matanza

Exactamente a los doce meses de la matanza de los mineros del estaño, en el amanecer del 20 de diciembre de 1943, el mayor Gualberto Villarroel toma el poder mediante un golpe de estado. El general Enrique Peñaranda, repudiado por la opinión pública, renuncia a la presidencia y abandona el país rumbo al destierro de Arica, República de Chile. En el parlamento, los diputados del PIR y del MNR, que habían interpelado con energía al gobierno de Peñaranda, crean las condiciones del cambio. En esa oportunidad, Víctor Paz Estenssoro, ex abogado de la empresa Patiño Mines y jefe del MNR, había declarado: "Si no se sanciona al gobierno querrá decir que están remachadas las cadenas de la opresión". Los ministros masacradores se libran por un voto de la sanción parlamentaria. El voto "Mesutti". Lo acompañan al mayor Villarroel en la toma del poder la joven oficialidad (ninguno llega a coronel ni general) que está nucleada en una organización clandestina dentro del ejército llamada Razón de Patria (RADEPA) y el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Razón de Patria se había gestado en el transcurso de la guerra del Chaco, en las prisiones paraguayas, donde oficiales jóvenes reflexionaban sobre las causas del atraso del país, las formas de su dependencia y los errores de los viejos generales. Posteriormente se organiza el Partido de la Revolución Boliviana (PRB), liderado por Roberto Hinojosa, que retorna al país de un largo exilio en México. El ex ministro de gobierno, Pedro Zilveti Arce, es encerrado en la cárcel pública junto con otros connotados políticos de la rosca oligárquica. El jefe del PIR, José Antonio Arze, retorna de Estados Unidos y en nombre de su partido le propone a Villarroel un plan de gobierno y un frente político democrático en el que intervendrían los jóvenes militares antioligárqui-



Colgado de un farol, el cuerpo de Villarroel. El 21 de julio de 1946 una asonada alentada por la "Rosca" y los intereses norteamericanos, derroca al presidente.

cos, los trabajadores organizados en la CSTB y los partidos MNR y PIR. Villarroel, en una conceptuosa respuesta que redacta el secretario general de la presidencia, Augusto Céspedes, ni acepta ni rechaza la proposición, enfrascada en lineamientos generales de la problemática nacional. El mayor Gualberto Villarroel, rompiendo con el pasado antiobrero del ejército (habla de un nuevo ejército) y tomando las banderas de Belzu, Toro y Busch, emprende una política francamente populista. "No soy enemigo de los ricos —dice—, pero soy más amigo de los pobres." Se declara el 21 de diciembre Día del Trabajador Minero, con suspensión de actividades en todas las minas del país, en homenaje a los mártires de Catavi. Se organiza, en un congreso realizado en Huanuni, 1944, la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), al cual asisten representaciones obreras de los distritos de Siglo XX y Catavi y funcionarios del nuevo gobierno, entre estos el subprefecto de la Provincia Bustillo, Juan Lechín, quien en sus años mozos había trabajado de ayudante perforista. Es elegido Secretario General de la FSTMB Antonio Carvajal, antiguo dirigente del sindicalismo orureño, y Juan Lechín, Secretario de Actas. Se decreta el Fuero Sindical, medida de protección para los dirigentes sindicales por la prepotencia de los empresarios patronales y gobiernos de turno. Se funda la Confederación General de Trabajadores Fabriles (CGTFB). Se dicta la ley del Retiro Voluntario: después de ocho años de labor los trabajadores pueden retirarse de las empresas sin perder sus beneficios sociales de indemnización y desahucio. Se concede al fundidor de estaño Perou, por intermedio de Víctor Paz Estenssoro, ministro de Hacienda, un préstamo de cuatro millones de dólares para que prosiga con los trabajos de instalación de la fundición de Oruro, y, Paz Estenssoro, en su senectud, es decir treinta años más tarde (9 de abril de 1973), se declara enemigo de las fundiciones. En aquella política de reparación de agravios que sustenta Villarroel no descuida el problema indígena, que es el problema capital del país. Se prohija el Primer Congreso Indígena, que preside el indio Francisco Chipana Ramos, quien es elegido Secretario General de la Federación Nacional Campesina. Se da lectura a un Decálogo de consejos paternalistas en idiomas autóctonos: quechua, aymara, puquina, guaraní, etc. Las resoluciones que se aprueban en el congreso indígena gozan del beneplácito gubernamental y se decreta la cesación del pongueaje y toda forma de esclavitud en Bolivia. La alarma cunde en las clases dominantes, aquella alarma ya tradicional que habían experimentado en 1781, en 1809, en 1845, en 1899 y en 1936 por la movilización de las masas depauperadas. El PIR pierde la perspectiva histórica y forma con los partidos de la derecha oligárquica la Unión Democrática Boliviana (UDB), que después llega a conformar el Frente Democrático Antifascista (FDA). Fracasan los golpes militares que auspicia la oligarquía y son sangrientamente reprimidos. Algunos viejos militares y civiles son fusilados en Caquena y en el cerro de Chuspipata, camino carretero de ingreso a los Yungas que construyeron los prisioneros paraguayos durante la guerra del Chaco. La oligarquía tiene el apoyo resuelto y expedito de Estados Unidos, tradicional gendarme internacional, que esta vez no utiliza para sus fines el "anticomunismo", sino el "antinazismo". Niega el reconocimiento diplomático al régimen de Villarroel y da las posibilidades de un gobierno en el exilio. El no-reconocimiento implica de hecho el bloqueo económico de Bolivia y en consecuencia la caída de su gobierno. Después de cinco meses de presión diplomática, Estados Unidos envía a Bolivia una misión observadora. Luis Peñaloza dice al respecto: "El 8 de mayo llegó a La Paz una comisión integrada por el jurisconsulto Avra Warren y el general Ralph Wooden para informar sobre la situación boliviana y la existencia o no de un gobierno nazi. Warren visitó muchas guarniciones militares, conversó con mucha gente y retornó a Estados Unidos para informar. Posible-

En la fotografía de arriba: tropas de los regimientos "Sucre 2 de Infantería" e "Ingavi 4 de Caballería" ocupan el ingenio de Catavi —propiedad de la Patiño Mines— a fin de desbaratar la huelga minera. Abajo: la reacción popular. Milicias de obreros y campesinos armados derrocan a la junta militar presidida por Ballivián el 9 de abril de 1952.

mente su informe fue favorable ya que los hechos demostraron un cambio en la actitud de EE. UU.". En efecto, fue favorable porque Villarroel aceptó las condiciones que le impuso Avra Warren para el reconocimiento: 1. Cumplimiento de los compromisos internacionales para el normal suministro de materias primas, fundamentalmente estaño. 2. Garantías a las empresas mineras para su labor de producción. 3. Elecciones generales para presidente, senadores y diputados. 4. Limpieza de elementos nazis del gobierno. 5. Detención de los residentes, alemanes, japoneses e italianos vinculados al eje para canjearlos con prisioneros de guerra norteamericanos. La reunión entre Warren y Villarroel no se realizó en el palacio de gobierno ni en la embajada de Estados Unidos, sino en un automóvil estacionado en El Alto, a diez kilómetros de la ciudad de La Paz. No obstante de cumplir, al pie de la letra, los puntos estipulados en el convenio Villarroel es derrocado a los treintiún meses de gobierno, por una asonada que tiene las mismas características de 1930. Las muchedumbres levantan barricadas en las calles el 19 de julio de 1946 y el Movimiento Nacionalista Revolucionario se retira del gobierno. "Ahora ha llegado —dicen Víctor Paz Estenssoro, Germán Monrroy Block y Julio Zuazo Cuenca— el instante en que se acentúan ciertas versiones reaccionarias, insinuando que la presencia de representantes del MNR en el Gabinete provoca dificultades a su gobierno. Aunque consideramos que la actitud subversiva de la oligarquía no está determinada por animadversión personal contra quienes desempeñan las secretarías de estado, sino porque la orientación de la política revolucionaria hiere los intereses económicos de aquélla, la presente eventualidad política nos ofrece la oportunidad de facilitar a V. E. la elección de nuevos colaboradores, razón por la cual presentamos renuncia irrevocable de las carteras de Hacienda, Trabajo y Agricultura." El 21 de julio muere el Tcnl. Gualberto Villarroel colgado de un farol de la Plaza de Armas; también mueren Roberto Hinojosa, jefe del Partido de la Revolución Boliviana, y otros colaboradores militares y civiles. La Federación Sindical de Trabajadores Mineros, con las banderas de los mártires, ocupa la vanguardia en la lucha antioligárquica con un programa de principios de hondo contenido clasista. Los seis años de retorno al poder de la rosca oligárquica, con su viejo ejército, son de constante represión. El sistema carcomido ya no resiste más y para subsistir utiliza la violencia. En 1949 Juan Lechín es apresado y los mineros de Siglo XX reclaman su libertad y toman de rehenes en el sindicato a varios ingenieros norteamericanos. El ejército, por instrucciones del presidente Enrique Hertzog, ataca con morteros el edificio y, al ocuparlo, en medio de escombros, encuentra los cuerpos despedazados de los rehenes y mineros que los custodiaban. Los obreros arrestados, que suman decenas, son arrojados desde aviones al Lago Titicaca.

1950 es el año que inicia la década más importante de ascenso en la conciencia de las masas obreras. Se organiza el Comité de Coordinación de los Trabajadores, que será el germen de la futura central obrera. Se celebra el 1º de mayo con las banderas desplegadas de la unidad combativa. Y el 18 del mismo mes la clase trabajadora ingresa a la huelga general y es reprimida sangrientamente en las calles de La Paz. Con el lenguaje de las armas responden al ejército los francotiradores textiles de Villa Victoria. Interviene la Fuerza Aérea y bombardea la zona obrera. Son los prolegómenos que anuncian la revolución.

En 1952 gobierna el país otra Junta Militar, presidida por el general Hugo Ballivián Rojas, que no reconoce el veredicto de las elecciones de mayo de 1951 que da el triunfo a la fórmula Víctor Paz Estenssoro-Hernán Siles Zuazo, con el pretexto de existir un pacto tripartito del Movimiento Nacionalista Revolucionario, Partido Comunista y Federación de Trabajadores Mineros. El pueblo trabajador se insurrecciona el 9 de abril en las calles, en las minas y en el campo y derrota al ejército de la oligarquía. Milicias armadas de obreros y campesinos nacen al calor de esta lucha cruenta y sus armas obtenidas apuntan contra el sistema de opresión que aún no ha concluido. La historia no se detiene. Se funda en La Paz la Central Obrera Boliviana (COB) a base de las confederaciones matrices de todas las organizaciones proletarias, artesanas, estudiantiles y campesinas del país. Juan Lechín, Secretario General de los mineros, es elegido Secretario Ejecutivo de la clase trabajadora unida. A los diez años de la masacre de Catavi, en el campo Kilómetro 4, llamado después campo María Barzola, se firman los decretos de la nacionalización de minas de estaño de Simón Patiño, Mauricio Hochschild y Carlos Víctor Aramayo. Y en 1953, en el valle de Ucureña, se decreta la reforma agraria, restableciendo algunas de las muchas injusticias seculares por las que habían muerto descuartizados Túpac Amaru y Túpac Catari, el soberbio Espartaco de los Andes.

Bibliografía

Finot, Enrique: **Nueva Historia de Bolivia.** Buenos Aires, Imprenta López, 1946.

Bernino, Nicolás del: **Relación muy particular del cerro y minas de Potosí.** 1573.

Céspedes, Augusto: **Metal del diablo.** Buenos Aires, Editorial Palestra, 1960.

Justo, Liborio: **Bolivia: la revolución derrotada** (Del Tawantinsuyu a la insurrección de Abril de 1952. Proceso y autopsia de la primera revolución proletaria de América Latina). Cochabamba, 1967.

Baudin, Luis: **El Imperio Socialista de los Incas.** Santiago de Chile, 1953.

Arze, José Antonio: **Sociografía del Inkario.** (¿Fue socialista o comunista el Imperio Inkaiko?). La Paz, 1952.

Lara, Jesús: **La cultura de los Incas.** Cochabamba, Editorial Los Amigos del libros, 1966.

Bravo Riva, José: **La historia del movimiento obrero de Bolivia.** Oruro, Cultura Boliviana, 1965.

Rivera López, Gumercindo: **La masacre de Uncía.** Universidad Técnica de Oruro, 1968.

Lora, Guillermo: **Historia del movimiento obrero boliviano.** Cochabamba, Editorial Los Amigos del Libro, 1970.

Taboada Terán, Néstor: **El precio del estaño.** (Una tragedia boliviana). La Paz, Ediciones Librería Juventud, 1960.

Díaz Machicao, Porfirio: **La bestia emocional.** La Paz, 1954.

El nazismo y la crisis del movimiento obrero alemán

Perla L. Haimovich

La breve existencia de la República de Weimar permitió ciertas medidas populares, tales como el sufragio universal para ambos sexos, el voto directo y proporcional, la jornada de ocho horas y la creación de comités ejecutivos de fábricas.

El tratado de Versalles, del 28 de junio de 1919, impuesto a Alemania tras la derrota, sería el primer golpe para la joven República de Weimar. Sin embargo, un ejército todavía fuerte, a pesar del revés militar, garantizaba que el repliegue obligado de la gran burguesía dentro de las fronteras nacionales fuera transitorio. Rápidamente la burguesía recompone el funcionamiento del sistema y se reinicia el proceso de acumulación capitalista. En 1920, pese a la crisis económica, la industria alemana reaparece agresivamente en el mercado internacional: sus exportaciones se quintuplican en sólo un año, mientras la concentración y centralización de la producción en manos del gran capital no cesan de aumentar en forma vertiginosa. Las consecuencias de la crisis económica de 1920 harán estragos entre la clase obrera. Si bien la desocupación es relativamente baja (dada la expansión de la actividad industrial) el salario real se ha deteriorado debido al fuerte incremento de los precios. La moneda se desvaloriza hasta alcanzar una décima parte del valor que tenía en 1914. El fracaso de la revolución de 1918 y de los espartaquistas no significó el fin de la etapa ofensiva de la clase obrera, que se prolongaría hasta 1923. Terminada la guerra se ha producido un proceso acelerado de sindicalización masiva en las agrupaciones controladas por el Partido Socialdemócrata Aleman (PSD). "Estos nuevos adherentes —señala Badia— carecen de experiencia y de lucidez políticas. Por esta razón son particularmente permeables a las argumentaciones socialdemócratas, que destacan la necesidad de trabajar sin descanso 'pues, como lo enseña Marx, el trabajo es fuente de todo valor' y de no imitar a los bolcheviques ya que 'por mera aniquilación del capitalismo no se crea el socialismo sino, como lo demuestra el ejemplo ruso, pura y simplemente un campo de ruinas'. Tan sólo los obreros más revolucionarios, siguiendo el consejo de los espartaquistas, abandonan los sindicatos; la masa, en cambio, continúa confiando en los **Gerwerkschaften**". Entretanto, la burguesía ha organizado sus propias asociaciones corporativas, que, unificadas, se convierten en un factor de poder político y de contención de las luchas obreras por sus reivindicaciones. Un primer choque entre los sindicatos obreros y la Unión de Sindicatos Patronales girará alrededor del proyecto de ley sobre la reglamentación de los comités ejecutivos de fábricas, que, hipotéticamente, serían organismos de cogestión. La patronal resiste este proyecto intentando limitar las atribuciones de los comités a la esfera de las obras sociales, mientras que los obreros reclaman aquellos derechos que permitan a estos comités activar el proceso de socialización progresiva, propugnado por el PSD.

En diciembre de 1919 se realizan mitines de protesta en Essen, Hamburgo y en Berlín. En esta última ciudad la manifestación obrera frente al parlamento es reprimida sangrientamente y en la lucha mueren 42 obreros. La ley es promulgada sin otorgar facultades relevantes a los comités, limitándolas al acceso de los obreros al balance de las empresas y a la administración de las obras sociales.

Si bien la República de Weimar significa el tránsito hacia la constitución del estado intervencionista, propio del capitalismo monopolista, realiza una serie de transformaciones que amplían relativamente la participación popular: el sufragio universal para ambos sexos, el voto directo y proporcional, que permite la entrada de pequeños partidos en el parlamento; el proletariado obtiene la jornada de ocho horas, los convenios colectivos de trabajo, el derecho de asociación para los obreros agrícolas, los comités ejecutivos de fábrica.

El putsch de Kapp



En 1920 tomarán fuerza las tendencias políticas que representan al gran capital, alentadas por la ola nacionalista y el gran

El 28 de junio de 1919, tras la derrota sufrida en la guerra, se impone a Alemania el tratado de Versalles, que sería el primer golpe asestado a la joven República de Weimar. En la fotografía se ve a Lloyd George, Clemenceau y Woodrow Wilson —entre otros personajes— en la ceremonia de firma del tratado.

descontento por el Tratado de Versalles que cunde entre amplios sectores de la pequeña burguesía y del ejército, particularmente vulnerado por el tratado. Los primeros ataques se dan en el seno del parlamento contra hombres del PSD y, poco después, el 10 de marzo de 1920, estalla el primer levantamiento contra la República de Weimar. Kapp, funcionario prusiano nacionalista, junto con altos jefes de la Reichswehr (ejército) intentan canalizar el descontento hacia la constitución de una dictadura militar. Las fuerzas rebeldes entran en Berlín y ocupan los ministerios. El resto del ejército permanece neutral y el gobierno de Weimar, indefenso, debe huir a Dresde mientras Kapp es proclamado canciller. El Partido Socialdemócrata Independiente (PSI) y la izquierda del PSD, a los que luego se incorpora el Partido Comunista Alemán (PCA), constituyen un comité que, objetivamente, se convertirá en la dirección de la lucha por la defensa de la república. Obreros y fuerzas populares se movilizan masivamente en una huelga general que hace fracasar el putsch. Sin embargo, las consecuencias de este frustrado golpe no expresarán la real correlación de fuerzas. El triunfo pertenecía exclusivamente a los trabajadores, pero éstos no lo recuperaron en su dimensión y, una vez restituido, el gobierno responde a la influencia consecuente y progresiva de la Reichswehr (cuya autonomía con respecto al régimen ha salido reforzada de este acontecimiento): desarma a los obreros, promulga una amnistía para todos los complotados en el **putsch** y, al poco tiempo, restituye a los militares conjurados.

A consecuencia de los sucesos de Berlín los obreros de la zona del Ruhr se levantan contra las formaciones especiales del ejército de Von Luttwitz. En un primer momento los obreros logran algunos éxitos ocupando centros estratégicos, pero el movimiento obrero no contaba con una organización capaz de controlar las tácticas insurreccionales y pronto el levantamiento será aplastado por el ejército.

Las insurrecciones obreras

El Partido Comunista Alemán, después de los duros golpes recibidos durante los acontecimientos de 1918-1919, se reorganiza enfrentando un difícil escollo: la mayoría del proletariado permanece fiel al PSD. Las tendencias más radicalizadas del partido, que insistían en emular a los bolcheviques, chocan con una masa de trabajadores que confían en un socialismo logrado a través de la democracia burguesa y el parlamentarismo. La nueva cúpula partidaria, encabezada por Paul Levi, intenta reubicar al partido en esta realidad, propugnando la participación en las elecciones y en los sindicatos oficiales.

En los primeros meses de 1919 se intensifican las polémicas internas y un sector que nuclea a los comunistas de la región que abarca el norte y noroeste de Berlín y Sajonia es expulsado en febrero de 1920 y funda el Partido Obrero de Alemania, que representará a grupos de ultraizquierda, partidarios de la táctica insurreccionalista.

Por su parte, la dirección de Levi y Clara Zetkin procura canalizar la acción del partido hacia una unidad con los sindicatos en la lucha contra el capitalismo. Pero en el seno partidario no reina exactamente la unidad teórica ni política y las desavenencias irán deteriorando sus posibilidades revolucionarias. La "acción de marzo" sería un hito importante en el deterioro político del PCA.

Para entonces había sido desplazada la dirección Levi-Zetkin por su oposición a las directivas del Komintern acerca de las "21 condiciones" impuestas como norma para las secciones, a fin de depurarlas de elementos "centristas y reformistas" que pudieran desvirtuar el modelo bolchevique. Esta política del Komintern respondía a la tesis de que la revolución mundial estaba en marcha y de que solo dependía de una vanguardia pura y libre de contaminaciones centristas o reformistas que el proletariado avanzara hacia la toma del poder. Sin embargo,



la situación de Europa y la de Alemania, específicamente, no respondía a este modelo; por eso algunos sectores planteaban una revisión de esta posición, pero fueron desplazados paulatinamente de la dirección del PC y luego expulsados de él.
El PSI también sufre una lucha entre fracciones: la de la derecha, con posiciones que se acercan cada vez más a la socialdemocracia, y hacia el PCA la de la izquierda. Esta última concurre al segundo Congreso de la Internacional Comunista (IC) y a partir de entonces el PSI se dividirá, integrándose la mayoría de la fracción escindida al PCA en el congreso de unificación de diciembre de 1920. El PCA pasa a llamarse Partido Comunista Unificado, y sus miembros se elevarán de 80.000 a casi 300.000. La "acción de marzo" de 1921 fue una clara expresión del caos interno que lo agitaba. Levi y Zetkin, que habían luchado por imponer las tesis planteadas por Lenin en **El "izquierdismo", enfermedad infantil del comunismo,** son derrotados y superados por los grupos insurreccionalistas.
El conflicto estalla en marzo de 1921 en la región minera de Malle-Mansferd, baluarte comunista poderoso, donde los obreros se mantenían armados desde la revolución de 1918. Ante una provocación del ejército (que intenta desarmar al núcleo revolucionario) los trabajadores, dirigidos por Höltz, pasan a la lucha armada. Después de una semana de enfrentamientos sangrientos son derrotados. El Comité Central exhorta a la insurrección abierta y el 28 de marzo **Die Rote Fahne** publica un llamamiento a la huelga general que no encuentra eco en el pueblo alemán. A consecuencia de este fracaso el PCA redujo su número de afiliados a 180.000.
"El odio hacia los oportunistas de la socialdemocracia los impulsó a levantamientos prematuros...", escribiría Lenin en una carta a los comunistas alemanes el 12 de agosto de 1921.
Levi, Dauming y Zetkin, quienes habían previsto las consecuencias que habrían de producir acciones de este tipo —a las que califica-

Los 25 puntos del programa nacionalsocialista (1920)

...El programa del partido obrero alemán es un programa con plazo fijo. En el momento en que los objetivos hayan sido alcanzados, los dirigentes no determinarán otros objetivos a fin de permitir, mediante un mantenimiento artificial de la insatisfacción en las masas, la permanencia del partido.
1. Pedimos la constitución de una gran Alemania, que reúna a todos los alemanes sobre la base del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos.
2. Pedimos la igualdad de derechos del pueblo alemán con respecto a las demás naciones, la abrogación de los Tratados de Versalles y de Saint-Germain.
3. Pedimos tierra y colonias para alimentar a nuestro pueblo y para reabsorber el exceso de población.
4. Sólo los ciudadanos se benefician de los derechos cívicos. Para ser ciudadano hay que tener sangre alemana, la confesión importa poco. Luego ningún judío puede ser ciudadano.
5. Los no ciudadanos no pueden vivir en Alemania más que cómo extranjeros, y deben por tanto someterse a la jurisdicción para extranjeros.
6. El derecho a fijar la dirección y las leyes del Estado está exclusivamente reservado a los ciudadanos. En consecuencia, pedimos que toda función pública, sea cual sea su naturaleza, no pueda ser desempeñada más que por los ciudadanos. Combatimos la práctica parlamentaria, generadora de corrupciones y de atribución de los cargos por relación de partidos sin preocupación alguna por el carácter y por la capacidad.
7. Pedimos que el Estado se comprometa a procurar a todos los ciudadanos los medios de subsistencia. Si el país no puede alimentar a toda la población, todos los no ciudadanos deberán ser expulsados del Reich.
8. Es preciso impedir toda nueva inmigración de no alemanes. Pedimos que todos los no alemanes establecidos en Alemania a partir del 2 de agosto de 1914 sean obligados inmediatamente a abandonar el Reich.
9. Todos los ciudadanos tienen los mismos derechos y los mismos deberes.
10. El primer deber de todo ciudadano es el de trabajar, física o intelectualmente. La actividad del individuo no debe perjudicar en nada a los intereses de la colectividad, sino inscribirse en el marco de ésta y para el bien común. Por todo lo cual pedimos:
11. La supresión de ingresos para los ociosos y para todos aquellos que tengan vida fácil, *la supresión de la esclavitud del interés.*
12. Considerando los enormes sacrificios de sangre y dinero que toda guerra exige del pueblo, el enriquecimiento personal gracias a la guerra debe ser estigmatizado como un crimen contra el pueblo. Por tanto, pedimos la confiscación de todos los beneficios de guerra, sin ninguna excepción.
13. Pedimos la nacionalización de todas las empresas que están actualmente en poder de los trusts.
14. Pedimos una participación en los beneficios de todas las grandes empresas.
15. Pedimos un aumento sustancial en las pensiones de los jubilados.
16. Pedimos la creación y la protección de una clase media sana, la entrega inmediata de los grandes almacenes a la administración comunal y su alquiler a bajo precio, a los pequeños comerciantes. Debe concederse prioridad a los pequeños industriales y comerciantes para todos los abastecimientos al Estado, a los Länder o a las comunas.
17. Pedimos una reforma agraria adaptada a las necesidades nacionales, la promulgación de una ley que permita la expropiación, sin indemnización, de los terrenos para fines de utilidad pública; la supresión de impuestos sobre los terrenos y el fin de toda especulación territorial.

18. Pedimos una lucha sin cuartel contra todos aquellos que, por su actividades, perjudican el interés público. Todos los criminales de derecho común, traficantes, usureros, etc., deben ser condenados a muerte, sin consideración alguna de raza o religión.
19. Pedimos un Derecho público alemán en substitución del Derecho romano, servidor de una concepción materialista del mundo.
20. La extensión de nuestra infraestructura escolar debe permitir a todos los alemanes bien dotados y trabajadores el acceso a una educación superior, y como consecuencia a los cargos directivos. Los programas de todos los establecimientos dedicados a la enseñanza deben ser adaptados a las exigencias de la vida práctica. El espíritu nacional debe ser inculcado en los colegios a partir de la edad del uso de razón (clase de instrucción cívica). Pedimos que el Estado subvencione los gastos de la educación superior de los niños especialmente dotados cuyos padres sean pobres, sea cual sea la clase social o la profesión de éstos.
21. El Estado debe preocuparse de mejorar el estado de salud pública mediante la protección de las madres y de los niños, la prohibición del trabajo infantil, la introducción de los medios apropiados para desarrollar las aptitudes físicas mediante la obligación legal de practicar el deporte y la gimnasia, y mediante un potente soporte económico a todas las asociaciones encargadas de la educación física de la juventud.
22. Pedimos la supresión del ejército mercenario y la creación de un ejército nacional.
23. Pedimos la lucha legal contra el engaño político *consciente* y su propagación por medio de la prensa. Para permitir la creación de una prensa alemana pedimos que:
a) Todos los directores y colaboradores de periódicos en lengua alemana sean ciudadanos alemanes.
b) La difusión de los periódicos no alemanes esté sometida a una autorización especial. Estos periódicos no pueden imprimirse en lengua alemana.
c) Sea prohibida por la ley toda participación financiera o toda influencia de no alemanes en los periódicos alemanes. Pedimos que toda infracción de estas medidas sea sancionada con el cierre de las empresas de Prensa culpables, así como por la expulsión inmediata fuera del Reich de los no alemanes responsables.
Los periódicos que vayan en contra del interés público deben ser suprimidos. Pedimos que la ley combata una enseñanza literaria y artística generadora de una disgregación de nuestra vida nacional, y la clausura de las organizaciones que contravengan estas medidas.
24. Pedimos libertad en el seno del Estado para todas las confesiones religiosas, en la medida en que no representen un peligro para éste y no ofendan el sentimiento moral de la raza germánica. El Partido como tal defiende el punto de vista de un cristianismo constructivo, sin por ello ligarse a ninguna confesión determinada. Combate el espíritu judeo-materialista *tanto en el interior como en el exterior*, y está convencido de que un restablecimiento duradero de nuestro pueblo no puede conseguirse más que desde el interior y sobre la base del principio: «El interés general está por encima del interés individual».
25. Para llevar todo ello a buen fin, pedimos la creación de un poder central potente, la autoridad absoluta del Comité político sobre la totalidad del Reich y de sus organizaciones, así como la creación de Cámaras profesionales y de oficinas municipales encargadas de la realización de las leyes-cuadro promulgadas por el Reich, en los distintos *Länder*.
Los dirigentes del Partido prometen hacer todo lo posible para la realización de los puntos aquí enumerados, sacrificando su propia vida si fuere preciso.

Munich, a 24 de febrero de 1920.

Tomado de Claude Klein: *De los espartaquistas al nazismo: La República de Weimar.*

ban de "aventuras de carácter putchista"—, fueron expulsados por romper la disciplina partidaria. Al poco tiempo Levi se incorporó al PSD en un intento de constituir el ala izquierda dentro de la socialdemocracia.

El PSD vivirá en este proceso un paulatino debilitamiento con respecto a los partidos de la burguesía. En las elecciones de junio de 1920 se observa un fracaso de la coalición de Weimar en favor de los nacionalalemanes, que ganaron veintidós bancas más, y de los populistas, que ganaron cuarenta y tres. El PSI aumentó considerablemente su representación con cincuenta y nueve bancas y cinco millones de votos y los comunistas, que se presentaban por primera vez, lograron cuatro escaños con 589.000 votos.

El nacionalismo, exacerbado por el Tratado de Versalles y explotando hábilmente por los partidos opositores, restó a la coalición votos de la pequeña burguesía en favor de los partidos derechistas, por una parte, y del PSI, por otra. Después del **putsch** de Kapp se extienden las organizaciones terroristas de derecha, como la Organización Cónsul, y se suceden los atentados y asesinatos políticos.

El caos reina en Alemania como consecuencia de la difícil situación política interna y por las restricciones impuestas por el Tratado de Versalles. Al igual que la Unión Soviética, que ha inaugurado el período de la Nueva Política Económica (NEP), Alemania se halla marginada del resto de Europa.

Entre ambas se opera un acercamiento diplomático que se concreta en el Pacto de Rapallo, por el cual ambos países renuncian a toda reparación de guerra. Este acuerdo brinda a la URSS la posibilidad de romper su aislamiento encauzando hacia Alemania la mitad de su comercio exterior y le permite contar con el aporte de técnicos alemanes a su proceso de industrialización. Para Alemania, Rapallo es un elemento de presión sobre los países aliados que le abre la oportunidad de rearmar su ejército, prohibición expresa del Tratado de Versalles.

1923 será un año terrible para el pueblo alemán y marcará los inicios de una nueva etapa en la dinámica de las clases y de los partidos políticos que las representan. La inflación alcanzará en este año su punto más alto: "En los primeros días del año el cambio es de 18.000 marcos por un dólar; en agosto, de 4.600.000 marcos por un dólar; el 1º de noviembre sube a 8.000.000. . . En noviembre era tal el ritmo de depreciación de la moneda que con el salario de una jornada sólo se podía comprar al día siguiente las dos terceras partes o la mitad de los artículos que se hubieran podido comprar en la víspera". Sin embargo, esta situación favorece coyunturalmente la expansión de la industria al permitir la reducción de los precios de los productos industriales alemanes en el mercado internacional.

En noviembre de 1922, con la formación del gabinete Cuno —representante del gran capital—, se produce un desplazamiento a nivel político que coloca al PSD en la oposición. De todas maneras, la conformación de este gabinete aún no implica el cese del predominio político de los partidos representantes del capital medio (demócratas, **Zentrum** —católicos —), pero es parte de la enconada lucha que libran las distintas fracciones de la burguesía por la hegemonía del bloque de poder y que se manifiesta en los sucesivos cambios de gabinete que se darán en esos años.

La inflación sacude a la sociedad alemana económica y políticamente. El descontento de los trabajadores se expresará en luchas por reivindicaciones económicas, huelgas y manifestaciones numerosas. En enero de 1923 se produce la crisis de la cuenca del Ruhr. Tropas francesas y belgas ocupan la zona respondiendo, en última instancia, a las aspiraciones de la burguesía francesa por apropiarse las explotaciones mineras de carbón. Los obreros ferroviarios y los mineros del Ruhr van a la huelga masivamente el 23 de enero y los franceses responden asumiendo el control de los ferrocarriles de la región. Así se inició el movimiento de resistencia pasiva, que no tardaría en recibir apoyo del gobierno de Weimar, hasta que la huelga hizo declinar la producción carbonífera llevando a la paralización total. El gobierno alemán y los dueños de las minas, si bien veían con buenos ojos la resistencia pasiva, temían la paralización de la producción y el carácter que imprimían los trabajadores a sus consignas. Se sucedían los mitines y las manifestaciones. En mayo ya había 400.000 mineros y metalúrgicos en huelga. La burguesía —escribe Badia—, inquieta ante esta situación, no vacila en solicitar al comando francés que permita la entrada de tropas de la **Reichswehr** en la zona ocupada para "restablecer el orden". El alcalde de Dusseldorf escribe al general francés Degoutte: "Desearía recordaros que, en ocasión de la comuna de 1871, el comando alemán acudió en ayuda de las tropas francesas para reprimir el levantamiento. Os ruego apoyarnos hoy del mismo modo si no queréis que de todo esto resulten situaciones peligrosas en lo futuro". La situación creada en la cuenca del Ruhr agudizaba los enfrentamientos de la República de Weimar con los trabajadores, por un lado, y con los elementos nacionalistas por otro. Las organizaciones nacionalistas y fascistas habían crecido, especialmente la **Reichswehr** negra, apoyada por los junkers e industriales, sobre todo de Pomerania y Renania, que anhelaban organizar su "marcha sobre Berlín". El gobierno no solo retirará el apoyo a la resistencia pasiva sino que colaborará con las fuerzas de ocupación en reprimir a los trabajadores, los que después de innumerables refriegas y enfrentamientos son derrotados. Varios miles de trabajadores fueron expulsados de la zona de ocupación o arrestados.

La intervención del PCA en este movimiento, su empeño en promover movilizaciones de solidaridad, sumado a las consecuencias de la crisis general, redundaron en un aumento de su influencia sobre la clase obrera.

Rosa Luxemburgo. Pese al fracaso de la insurrección espartaquista la clase obrera persistió en su ofensiva hasta 1923.



La crisis económica de 1920 hizo estragos en la clase obrera alemana. La moneda se desvalorizó hasta alcanzar la décima parte del valor que tenía en 1914. La devaluación fue tal que las transacciones más cotidianas se hacían con enormes masas de billetes. Las ilustraciones revelan dos facetas de la crisis: un grupo de desalojados en la calle y un billete de un billón de marcos.

El fin de la ofensiva proletaria

Durante el cuarto congreso del Komintern, de 1922, se había inaugurado una nueva política, surgida del análisis de la situación europea. Caracterizando a la etapa como "defensiva" de la clase obrera, la Tercera Internacional lanza la consigna y "el P. C. A. —apunta Poulantzas—, que mientras tanto no había intentado jamás realizar el frente único en la base, dio media vuelta hacia una política de derecha, bajo Brandler y Thalheimer, saltando en cierto modo por encima del Frente Unico a las alianzas parlamentarias en la cima solamente". El partido estaba dividido: mientras el ala derecha llamaba a la alianza con la socialdemocracia, considerada a su vez como el ala derecha del movimiento obrero, la izquierda del partido —influyente en Berlín, Hamburgo, Francfort y la cuenca del Ruhr—, que veía en la socialdemocracia el ala izquierda de la burguesía, proponía sin mayor éxito la formación de sindicatos rojos, la acción insurreccional y el boicot a las organizaciones oficiales.

A partir del aplastamiento de la resistencia pasiva en el Ruhr se sucede una serie de importantes acciones de masas. Desde julio los obreros reorganizan sus sindicatos, que se inclinan relativamente hacia el PCA, provocando un debilitamiento de los sindicatos oficiales. Se forman algunos sindicatos rojos y las "centurias revolucionarias", organizaciones obreras armadas de autodefensa para enfrentar los ataques de la derecha. El 1º de mayo desfilan en Berlín 25.000 miembros de estas organizaciones. También se intenta hacer funcionar comisiones de control de precios, y algunas logran actuar sobre los especuladores, que se aprovechaban de la escasez aumentando la carestía de la vida. Esta situación de crisis determina la caída del gabinete Cuno en agosto de 1923. Desde la víspera todo Berlín había estado paralizado por la huelga general decretada por tres días bajo la siguiente consigna: "Batir a Cuno y Poincaré, en el Ruhr y en el Sprée".

En el nuevo gabinete, encabezado por Stresemann, reaparece la socialdemocracia con una amplia representación. De esta forma el PSD sella su alianza con la burguesía embarcándose en una política francamente contrarrevolucionaria.

Acosada por su crisis de representación política, la burguesía, si bien todavía prescinde del apoyo directo de la organización nazi, cada vez más acepta el auxilio de sus bandas, que cumplen un "destacado" papel en la represión de los obreros del Ruhr y promueven levantamientos separatistas en varios puntos del país.

A fin de paliar los efectos de la crisis en la industria los sindicatos patronales exigen al nuevo gabinete la prolongación de la jornada laboral y la derogación de las leyes sociales. El parlamento otorga plenos poderes al gabinete, quien pone al ejército al frente de la represión. El 22 de setiembre, impuesto el estado de sitio, se declaran ilegales las Centurias revolucionarias y las comisiones de control de precios. En la primera quincena de octubre se producen sangrientos enfrentamientos en Essen, Berlín, Erfurt, Hamburgo y Francfort. El 10 de octubre se habían constituido gobiernos obreros en Sajonia y Turingia, integrados por el PSD y el PCA. El gobierno de Stresemann no puede tolerar la presencia en dos estados de gobiernos hostiles y decide intervenirlos nombrando un comisionado civil; en apoyo de la medida, unidades de la **Reichswehr** ocupan el territorio. Dejando a un lado el trabajo de masas y la movilización de las Centurias, Brandler, que cuenta con el acuerdo del Komintern, se niega a dar la orden de huelga general y los obreros, impotentes y sin dirección, ven arrasar su gobierno por las tropas de la **Reichswehr.** Simultáneamente, Thaelman, que se hallaba al frente del PCA en Hamburgo, declara la huelga general en solidaridad con Sajonia y pone en marcha la insurrección. Las fuerzas comunistas, integradas

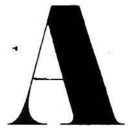

REICHSBANKNOTE
G-01513203
Eine Billion Mark
noie dem Einlieferer.
Banknote aufgerufen und
Umtausch gegen andere
gesetzliche Zahlungsmittel eingezogen werden
Berlin, den 1. November 1923
1000
MILLIARDEN

El gabinete dirigido por Wilhelm Cuno —a quien se ve en la ilustración de arriba a la izquierda— es reemplazado en 1923 por los representantes de la socialdemocracia. Gustav Streseman —en la ilustración de al lado— fue el dirigente principal de este último sector en ese período. Abajo: desfiles de la organización "Reichswehr negra", apoyada por los principales "junkers" e industriales.

solamente por algunos centenares de hombres (aunque el partido contaba en Hamburgo con 18.000 miembros inscriptos), pero bien organizados, logran jaquear a la policía en los suburbios de Barmbeck, Eimsbrittel y Schiffsbeck. Ocupan veintiséis puestos de policía, se proveen de armas y levantan barricadas en las calles, cerrando, inclusive, el paso a los refuerzos policiales que van llegando a la ciudad. Pero, tal como sucediera en los combates de 1920 y 1921, el movimiento no consigue arrastrar a la lucha a la mayoría de la clase obrera. Por su parte, la dirección central del partido no da la orden de huelga general, no hace un llamamiento a la insurrección e incluso desautoriza a los combatientes de Hamburgo, quienes no tardan en sucumbir, al tercer día de iniciado el levantamiento.

Las acciones de octubre tendrían consecuencias trágicas para el PCA. Carente de una organización homogénea, desarticuladas las regionales, la capacidad de dirección del partido se mostró paralizada durante el enfrentamiento, negándose a movilizar a las masas y limitándose a procurar una victoria "por arriba". La represión se descargó con todo su peso en las filas del partido, que fue prohibido. Pero la consecuencia más grave sería la pérdida de la confianza de la clase obrera, que sintió profundamente su derrota. A partir de estos acontecimientos, el movimiento obrero, clausurada su etapa ofensiva, iniciará el camino hacia su derrota tras el advenimiento del nazismo. Mientras tanto, el próximo período estará signado por el desarrollo acelerado y sostenido del capitalismo alemán, apoyado económicamente por el plan Dawes (basado en un acuerdo con el imperialismo norteamericano), el fortalecimiento político del gran capital y, a nivel de la clase obrera, un progresivo desplazamiento a la lucha económica y la subordinación, cada vez mayor, de la socialdemocracia y sus sindicatos a la política de la burguesía.

1923-1927: etapa de estabilización



A raíz de estos sucesos el PCA permanecerá proscripto durante casi un año. El gabinete Stresemann cae en noviembre y es reemplazado por W. Marx, diputado por el **Zentrum,** mientras la burguesía refuerza su ofensiva para lograr medidas que la favorezcan frente a los trabajadores. Según Badia, "el aplastamiento de la insurrección de Hamburgo, el estado de sitio y la desocupación, que crecía a un ritmo veloz,. . . eran otras tantas condiciones favorables para el ataque lanzado por la burguesía". Con el plan Dawes los capitales norteamericanos afluyen a Alemania masivamente, en forma de préstamos e inversiones directas. Se crea un respaldo ficticio a la nueva moneda (el **Reichsmark**) que reemplaza al deteriorado marco. Así se logra la estabilidad monetaria y la cancelación de la deuda interna con la consiguiente quiebra de la pequeña burguesía ahorrista, inversora en títulos del estado. Lanzadas a la miseria, amplias capas de la clase media mirarían al nazismo como la solución de sus males. Los préstamos, orientados a la gran industria, desataron un acelerado crecimiento, aumentando su capacidad productiva. La burguesía se ve compelida a intensificar el uso de la fuerza de trabajo. Su exigencia acerca de la prolongación de la jornada laboral, que efectiviza a través de las confederaciones patronales, es recibida pasivamente por los sindicatos obreros. Estos, por su parte, sufren un agudo proceso de desmovilización entre sus efectivos. Los únicos que logran, relativamente, mantener algún resto de su poder son los dependientes de la socialdemocracia y los católicos, que cuentan con el apoyo gubernamental. Al superarse la carrera inflacionaria, los obreros ocupados ven revalorizar en cierta medida su salario, que ahora les permite mejorar su nivel de vida con respecto al período anterior.





Arriba: manifestación en apoyo de Wilhelm Marx, diputado por el "Zentrum". En la fotografía inferior: la custodia del ejército durante una huelga en 1927.

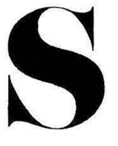
Los sindicatos acuerdan con los industriales un sistema de arbitraje obligatorio para los conflictos laborales y, por intermedio de este mecanismo, la burguesía obtiene la prolongación de la jornada de trabajo, que habitualmente llega a superar las diez horas diarias. La socialdemocracia y los sindicatos hacen un llamado conjunto a los trabajadores apuntando la necesidad de su esfuerzo para favorecer el desarrollo de las fuerzas productivas de la economía alemana, mientras los industriales enardecen sus ataques contra la legislación social. Así describe Badia la posición asumida por la patronal: "En un artículo de febrero de 1924, titulado 'Lo que quieren las asociaciones patronales', se lee la conclusión a que arriba la patronal: 'El retroceso de la producción es la consecuencia de la política económica y social de noviembre de 1918'. Los industriales desean lograr la neutralidad de los poderes públicos en materia social, es decir, que éstos les dejen resolver directamente con los obreros las cuestiones en litigio. Preconizan la fijación de salarios en función del rendimiento de la mano de obra, sistema que permite acentuar la explotación obrera y que, por la multiplicación de las categorías de salarios, hace más ardua toda lucha reivindicatoria".

Disuelto el Reichstag en 1923 por el gobierno de W. Marx, en mayo del año siguiente se convoca a elecciones. En ellas se observa un fortalecimiento de la derecha y del PCA, en detrimentro de la socialdemocracia y los partidos de centro. Nuevamente disuelto el parlamento, como consecuencia de un conflicto planteado acerca del plan Dawes, en las elecciones de diciembre varía la tendencia electoral a causa de una mayor estabilidad económica y política, que se expresa en una distribución más equilibrada de los votos y que permite la formación de un gobierno que asegura el continuismo de la República de Weimar. En 1925 muere Friedrich Ebert, quien había detentado la presidencia de la república desde 1919, y en marzo se convoca a elecciones para elegir a su sucesor. No resuelta la elección en una primera vuelta por no lograr mayoría absoluta ninguno de los candidatos, ante la segunda vuelta las fuerzas se reagrupan: Hindenburg, viejo mariscal del ejército imperial, es elegido como candidato aglutinador de los partidos de la burguesía (nacional alemán, popular del pueblo) y aventaja a W. Marx, candidato del **Zentrum** apoyado por el PSD, en casi un millón de votos. El PCA, que se niega a apoyar a W. Marx, vuelve a presentarse en forma independiente, levantando la candidatura de Thaelmann. Estos fueron los resultados:

Hindenburg	14.655.000	votos	(48,5 %)
Marx	13.751.000	,,	(45,2 %)
Thaelmann.	1.931.000	,,	(6,3 %)

El advenimiento al poder de Hindenburg expresó simbólicamente la fuerza adquirida y creciente del gran capital, que comenzará a desplazar al capital medio entronizado en la República de Weimar.

La ofensiva de la gran burguesía. El avance del nazismo



Stresemann seguirá ocupando un lugar importante dentro del gabinete de la república como ministro de Relaciones Exteriores de 1923 hasta su muerte, en 1929. Bajo su firma se concertaron el plan Dawes; el pacto de Locarno (de octubre de 1925, entre varios países occidentales por asuntos de no agresión y fronteras), que posibilita la entrada de Alemania en la Sociedad de las Naciones; el tratado de Berlín —con Moscú— ratificando el tratado de Rapallo. El más importante de estos acuerdos internacionales fue el pacto de Locarno porque abriría a Alemania la oportunidad de lograr su equiparación con el resto de las potencias occidentales. El último paso de la recuperación política alemana en el campo internacional, y también el último logro de Stresemann, fue el plan Young, por el cual se acordaba el plan de pagos definitivo de las deudas de Alemania en concepto de reparaciones de guerra, la anulación de las comi-



Desde 1928 Ernest Thaelmann —a la izquierda de la foto— condujo al Partido Comunista Alemán.

siones de control y la evacuación de todas las tropas de ocupación. Hacia 1927 Alemania ya se había lanzado a un vigoroso proceso de desarrollo. El nivel de vida era más elevado y la producción se expandía a ritmo veloz. La industria abandonaba los métodos de producción basados en la extensión de la jornada de trabajo mientras perfeccionaba y mecanizaba la producción elevando considerablemente el rendimiento del trabajo individual. Como parte de este proceso de racionalización del trabajo, la técnica aplicada a la producción se eleva hasta ponerse a la altura de la que empleaba la industria norteamericana, figurando entre las más altas del mundo. La concentración industrial avanza a un ritmo sostenido y los poderosos **cartels** controlan la economía alemana. A lo largo de este período, monopolios como la I. G. Farben y la Krupp se fortalecen y establecen estrechas relaciones con monopolios norteamericanos tales como la Standard Oil, la General Electric y otros. La economía alemana se renueva y el gran capital acumula y concentra sus fuerzas para dirigir los destinos del país. A consecuencia de este vertiginoso desarrollo se dará un aumento en la proporción de los trabajadores del sector terciario. Empleados de empresas y de servicios públicos representarán el 16,5 % del total de trabajadores. Esta fracción, junto con la de pequeños propietarios, constituirá la base pequeñoburguesa sobre la que el nazismo, que representaba los intereses del gran capital, asentará su fuerza de masas.

El nivel de vida de la pequeña burguesía estaba decreciendo paulatina pero firmemente desde la finalización de la guerra. Los aumentos de precios, el movimiento inflacionario y, fundamentalmente, el proceso de concentración del capital determinaron una aguda crisis para la pequeña producción y el pequeño comercio. En el nivel político, mientras duró la etapa ofensiva de la clase obrera, hasta 1923 y, en cierta medida, aun durante los años signados por el retroceso de las luchas obreras, hasta 1927, la pequeña burguesía osciló hacia el lado de la clase obrera en torno de distintas medidas. Empleados y funcionarios participaron decididamente en las huelgas y manifestaciones y encauzaron su apoyo electoral fundamentalmente hacia la socialdemocracia y el PCA. Recién a fines de 1926 o principios de 1927 esta fuerza se volverá hacia el nacionalsocialismo. Por su parte, el proletariado agrario reduce incesantemente su proporción en la estructura ocupacional. El centro de la economía se encuentra en la industria y hacia ella se inclina el peso cuantitativo de la fuerza de trabajo. Los **junkers** van siendo desplazados aunque aún mantengan posiciones privilegiadas en el ejército y en los puestos de la cúpula estatal. El estado desempeña un papel cada vez más importante, administrando empresas, impulsando la producción y controlando las empresas de servicios públicos.

Situación de la clase obrera



espués del fracaso de 1923 se inicia un sostenido proceso de desmovilización sindical mientras la clase obrera se orienta hacia la lucha económico-reivindicativa en detrimento de la lucha política, que había caracterizado la etapa anterior.

Los sindicatos rojos no lograron alcanzar un grado de adhesión considerable y participan de esta etapa de retroceso del movimiento obrero. Las huelgas que se suceden en todo el período son aisladas, meramente defensivas y limitadas a planteos de aumentos sal riales.

La Confederación General del Trabajo y el PSD coinciden plenamente con la necesidad de la alianza y colaboración de clases para el afianzamiento del capitalismo organizado. La CGT declara en febrero de 1926: "Para superar la crisis actual y permitir el libre desarrollo de todas las fuerzas productivas de la economía alemana es necesario el trabajo en común de todos los sectores". Ya en 1924 un órgano patronal

publicaba un artículo que en uno de sus párrafos señalaba: "Todos los esfuerzos deben concurrir a crear la unidad nacional y económica, a establecer esta verdadera comunidad nacional que todos los alemanes, sean patrones u obreros, capitalistas o proletarios, deben hacer".

En 1928 el PSD retorna al poder bajo la consigna "¡Votad al Partido Socialdemócrata y obtendréis la jornada de ocho horas!" Los obreros confían cada vez más en las acciones legales para lograr sus reivindicaciones y, a partir de 1927, las jornadas de trabajo perdidas por huelgas son menos que las perdidas a causa de los **lock-outs** patronales. En 1928 los obreros metalúrgicos de la cuenca del Ruhr lanzan una huelga por un aumento de doce peniques y, a pesar de que los comunistas trataron de ligarla con la cuestión de la jornada de ocho horas, el movimiento fracasó ante el **lock-out** impuesto por los industriales, actitud esta que no se limitaba a expresar su oposición a cualquier aumento salarial sino, fundamentalmente, contra el sistema de arbitraje.

En el seno de los sindicatos se profundizan las diferencias y los sectores opuestos a la política de conciliación son expulsados del movimiento.

Se prohiben los periódicos obreros y la realización de mitines, mientras el PCA sufre los peores ataques de la represión. El 1º de mayo de 1929 dejará un saldo sangriento en Berlín. Por primera vez, desde 1923, las concentraciones son prohibidas. El PCA hace un llamado a los trabajadores atacando al frente "socialfascista", integrado por sectores que incluyen desde Hitler hasta la socialdemocracia. La manifestación del PCA es reprimida con violencia y en los combates callejeros mueren treinta y tres personas. **Die Rote Fahne** es suspendida por tres semanas y el Frente Rojo de los Combatientes de Prusia es disuelto el 6 de mayo.

Al año siguiente, sacudido por la gran crisis iniciada en 1929, la situación de la clase obrera no presenta modificaciones. Las acciones que se desarrollan durante 1930 son limitadas y carecen de

La ruptura de la "izquierda" nazi con Hitler (4 de julio de 1930)

(*extractos*)

Los socialistas abandonan el N.S.D.A.P.
¡Lectores, miembros del Partido, amigos!
Hemos seguido durante estos meses la evolución del N.S.D.A.P. con inquietud, y con angustia creciente hemos podido comprobar que cada vez con más frecuencia y en asuntos cada vez más importantes el Partido actuaba contra determinados principios del nacionalsocialismo.

En numerosos asuntos concernientes a la política interior y a la exterior, y sobre todo en materia de política económica, el Partido ha tomado posturas cada vez más irreconciliables con los 25 puntos que consideramos como único programa del Partido; más grave aún nos ha parecido el aburguesamiento del Partido, la preeminencia de la táctica sobre los principios, y sobre todo la observación alarmante de los progresos de la oligarquía dentro del aparato del Partido, convirtiéndose así en la razón de ser del Movimiento y situando sus intereses muy por encima de las exigencias del ideal.

Siempre hemos concebido y seguimos concibiendo el nacionalsocialismo como un movimiento conscientemente antiimperialista cuyo nacionalismo se limita a luchar por la defensa y la seguridad de la supervivencia y del crecimiento de la nación alemana, sin tendencias a dominar otros pueblos o países. Para nosotros, *la negativa a una guerra de intervención contra Rusia* mantenida por el capitalismo internacional y occidental ha sido siempre una exigencia evidente que se desprende tanto de nuestro programa como de las necesidades de una política exterior alemana. *Para nosotros, la adhesión a la lucha del pueblo indio* por su liberación del dominio inglés y de la explotación capitalista constituye una necesidad que se desprende tanto de la ventaja que representa para la política de liberación alemana el debilitamiento de alguna de las potencias signatarias del Tratado de Versalles, como del sentimiento de apoyo a todo combate emprendido por un pueblo contra un usurpador que le explote. Es una consecuencia necesaria de nuestra ideología nacionalista el reconocer a los demás pueblos lo que reclamamos para nosotros mismos, el cumplimiento del particularismo racial, ya que el concepto liberal del «carácter sagrado de la cultura» no es desconocido.

Concebimos el nacionalsocialismo como un movimiento gran-alemán, cuyo trabajo dentro del Estado debe permitir *la edificación de la Gran Alemania racial,* rechazando el aparcelamiento en Estados, efectuado por razones dinásticas, religiosas o arbitrarias (*cfr.* las intervenciones de Napoleón) y que impiden el agrupamiento unitario de las fuerzas nacionales como lo requiere la liberación y la afirmación en sí misma de Alemania. A partir de entonces, la postura cada vez más asentada de la dirección del partido en favor del sistema de Estados, cuya supervivencia e incluso la extensión de sus poderes acaba de ser proclamada como una de las tareas fundamentales del nacionalsocialismo, debe ser considerada como nefasta para los intereses del Estado, y llena de peligros para la realización de la idea de una unidad gran-alemana.

Para nosotros, el nacionalsocialismo ha sido siempre y continúa siendo, ante todo, la gran antítesis del capitalismo internacional; un movimiento que realiza la idea del socialismo traicionada por el marxismo, de la creación de una economía nacional en provecho de esta nación y rompe el sistema del dominio del dinero sobre el trabajo, que impide la eclosión del alma racial y de una auténtica comunidad nacional.

No vemos, pues, en nuestra hostilidad hacia el marxismo y la burguesía ninguna diferencia radical, ya que el liberalismo que anima a ambos los convierte en nuestros adversarios. A partir de esto, la consigna única de la dirección del N.S.D.A.P. «contra el marxismo» no es más que una media verdad, y aumenta en nosotros la inquietud de que esto no hiciese más que ocultar una simpatía por la burguesía, la cual disimula sus intereses capitalistas bajo la misma consigna: no tenemos nada que ver con ello...

Tomado de Claude Klein, *op. cit.*





Movilizaciones del Partido Comunista Alemán. Tras un momentáneo debilitamiento entre 1926 y 1931, este partido comenzó a tomar impulso nuevamente en 1932, duplicando el número de sus afiliados.

fuerza. Las únicas huelgas destacables son las realizadas por los obreros metalúrgicos de Mansfeld, Renania y Berlín en protesta por la reducción de salarios. Todas estas acciones, aisladas y limitadas, son derrotadas con la intervención del ejército y la acción, ahora orgánica, de las S. A. (milicia nazi). En enero de 1930 el ministro de Trabajo dicta una reducción de salarios de un 6 %. Los sindicatos aceptan la sentencia arbitral sin enfrentamientos y adoptan la táctica del "mal menor". El gran capital y su instrumento de poder, el fascismo, se irán instalando cómodamente en Alemania sobre la derrota del movimiento obrero.

El PCA y el proceso de la derrota



A partir de 1927, iniciado el período de fascistización, se acentúa la decadencia de los sindicatos. La oposición sindical comunista —que contaba con alguna fuerza en Mansfeld, Renania y, relativamente, Berlín— no pudo contrarrestar la fase de derrota del movimiento obrero ni cambiar el carácter económico que adquirirían las luchas obreras aisladas. "Este aspecto dominante de la lucha económica —dice Poulantzas— se hallaba disfrazado con frecuencia por las 'formas de acción' heredadas del pasado reciente: véase, por ejemplo, las manifestaciones violentas en las calles, las 'marchas de hambre', salvajemente reprimidas por la policía, los movimientos tipo 'jaquerie' en el pequeño campesinado, atentados con bombas contra el fisco y la huelga de los impuestos. Desesperación popular, políticamente desorientada y rápidamente recuperada en adelante por los nacionalsocialistas. Paralelamente, se comprueba durante todo el proceso de fascistización la ausencia casi total de acciones políticas de masa de la clase obrera."

El PCA había llegado a convertirse en un partido de masas con una importante influencia sobre la clase obrera. Su peso electoral fue aumentando progresivamente desde mayo de 1924, cuando contó con el 12,6 % del electorado, hasta noviembre de 1932, con el 16,9 %. Sin embargo, no sucedía lo mismo con el número de afiliados, que bajaron constantemente hasta 1930. La crisis favoreció el reclutamiento y los efectivos vuelven a aumentar considerablemente. He aquí las cifras:

1923:	294.200	afiliados
1926:	160.000	"
1930:	176.000	"
1931:	180.000	"
1932:	300.000	"

Pero el crecimiento de las filas del PCA no garantizaba la prosecución de una acción revolucionaria de masas por parte del partido ya que la clase obrera, desorientada, se inclinaba por un partido en la medida que este le ofreciera acciones en común con la socialdemocracia y dentro de los cánones legales. La influencia del PSD sobre la masa obrera era indiscutible y se hacía extensiva, incluso, a los propios militantes del PCA. Rosemberg señala: "Los obreros votaban por el PSD... porque estaban de acuerdo ya en que el PSD y los sindicatos socialdemócratas se ocuparan, dentro de los marcos del capitalismo alemán,... de los intereses cotidianos de la clase obrera... En el fondo, la opinión de los electores del PC era apenas distinta. Su partido había llegado a hallarse... durante aquellos últimos años totalmente dispuesto a la paz social". Los llamados a la huelga general contra el fascismo, hechos aún en frente único con el PSD, fracasan ostensiblemente en forma reiterada.

Después de los sucesos de Sajonia y Turingia, Brandler y Thaelmeir fueron expulsados del partido y reemplazados por Ruth Fisher y Maslow en Berlín y Thaelmann en Hamburgo, pertenecientes al sector de "izquierda", partidario de reforzar los sindicatos rojos, que se habían opuesto a la política del "Frente unido" tal cual la interpretara Brandler y al intento comunista de actuar en el seno de los sindicatos socialdemócratas. Los comunistas se lanzaron a una aguda campaña contra la socialdemocracia acusándola de traición al movimiento obrero.

En 1925 se produce un nuevo viraje. La vuelta hacia la "izquierda" es bruscamente interrumpida y Maslow y Fisher son eliminados de sus puestos, quedando Thaelmann como único líder.

El PCA fue virando a la derecha y se abocó nuevamente a la tarea de ganar terreno en el seno de los sindicatos legales, donde muchas veces logró hacer frente único con algunos sectores del PSD. En 1928 un nuevo cambio de política relega a Thaelmann. El PSD, que había reaparecido con el gobierno integrando la gran coalición, volvió a ser "socialtraidor". Brandler ocupa nuevamente la dirección partidaria, hasta que por una nueva orden los "conciliadores derechistas" son reemplazados otra vez por Thaelmann en una media vuelta a la izquierda. Fueron tales las depuraciones sufridas por el PCA que, en 1932, permanecía en sus filas solo el 4 % de los comunistas que acompañaran al partido desde su fundación y más del 40 % de sus militantes llevaban menos de un año de afiliados.

A partir de 1928 Thaelmann se constituirá en el jefe indiscutido del partido y se amputarán las tendencias engendradas durante el espartaquismo, inspiradas por Rosa de Luxemburgo, cuya línea revolucionaria difiere del modelo bolchevique respecto al funcionamiento interno del partido y a la relación con las masas. Todos aquellos que entendían el curso de la revolución alemana en términos de análisis independientes y basados en la situación particular de Alemania fueron expulsados del seno del partido, procedieran estas interpretaciones ya sea de sectores de "izquierda" o de "derecha", tal como se los caracterizara más arriba.

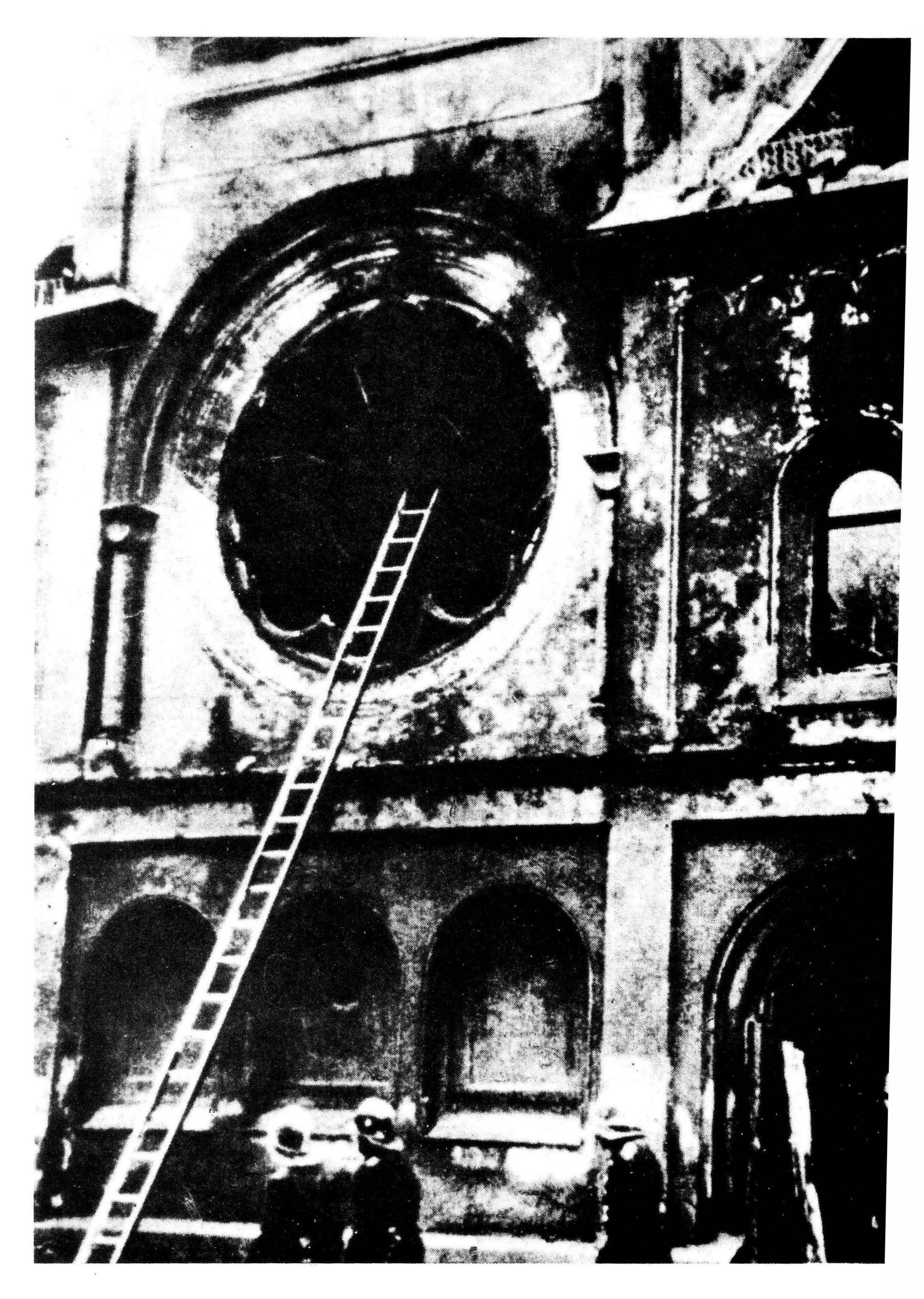
Clara Zetkin, ante una reunión del comité ejecutivo de la Internacional Comunista, en 1925, planteaba un interrogante sobre la situación del partido: "En el partido no puede haber unidad de acción sin libertad de discusión y de crítica... el interés del partido exige que los militantes con espíritu crítico puedan expresarse en él... tenemos que preguntarnos si en el porvenir se ha de seguir

La inflación de 1923 llegó a niveles inesperados. En los primeros días del año el cambio era de 18.000 marcos por dólar, ascendiendo paulatinamente hasta llegar a 8 millones de marcos por dólar en el mes de noviembre. La situación era tal que con el jornal de un día no se podía comprar ni siquiera la mitad de lo que se compraba el día anterior con la misma suma.



procediendo mecánicamente a exclusiones y represalias". Las oscilaciones y movimientos internos del partido que señalamos anteriormente confirmarían el temor de Clara Zetkin.
La política del PCA se basó en la caracterización del período por parte de la Tercera Internacional como de ofensiva revolucionaria del movimiento obrero, subestimando el peligro nazi. El cuarto Congreso de la Tercera Internacional de 1924 había planteado la necesidad de una organización comunista que resistiera al fascismo internacional y propugnaba la necesidad del frente único contra lo que consideraba no solo peligros para la revolución socialista sino contra la misma democracia burguesa.
En el quinto Congreso se revisa esta posición esgrimiendo como argumento el fracaso del frente único, tal cual lo experimentara Brandler durante la experiencia de Sajonia, en 1923. Como reacción se adopta una política que, en lugar de dar una interpretación —tal como Lenin la había concebido— del frente único "por abajo", lleva al PCA a una política sectaria que sería trágica para el movimiento obrero alemán. La socialdemocracia es asimilada al fascismo como enemigo principal y, más aún, se considera al PSD el enemigo fundamental en la medida que desvía a las masas de su "ofensiva revolucionaria".
La situación política europea no ofrecía para la Tercera Internacional otra perspectiva que la revolución socialista inminente y el desmoronamiento inmediato del capitalismo. Enmarcado en esta concepción, el PCA anunciaba la "dictadura del proletariado" y concentraba sus fuerzas contra PSD, al que caracterizaba como socialfascismo.
En 1930 el capitalismo parece hundirse por la fuerza de sus propios mecanismos. Pero la crisis económica no produce la explosión revolucionaria pronosticada por la Internacional desde 1927 sino que, por el contrario, el nazismo se impone en Alemania. Las armas esgrimidas por el PCA para recuperar a las masas de la influencia socialdemócrata estaban lejos de cualquier intento por formar organizaciones de base de frente único. Por otra parte, además de los ataques a nivel de dirección, los "sindicatos rojos" se limitaron a tratar de reemplazar a los sindicatos del PSD dentro de los estrechos límites de la lucha económica, sin poder incorporar planteos políticos que imprimieran un carácter revolucionario a su tarea.
También, y a consecuencia de su análisis de la situación alemana, el PCA depositaba grandes esperanzas en la lucha electoral. En las elecciones de 1930, un triunfo para Hitler, los comunistas obtuvieron casi un 3 % más de votos mientras que el PSD disminuía su caudal en un 5 %. Esto sirvió para que **Die Rote Fahne** publicara un artículo diciendo: "El ritmo de nuestra influencia creciente entre los obreros... el ritmo de avance de las masas trabajadoras..., se ha demostrado más impetuoso de lo que creíamos el 14 de setiembre... Ayer ha sido para el señor Hitler la 'jornada más grande', pero la pretendida victoria electoral de los nazis es el comienzo del fin".
En su **Carta abierta al PCUS** escribía Trotski acerca de las conclusiones del PCA sobre estas elecciones: "La primera calidad de un partido verdaderamente revolucionario es su capacidad de enfrentarse a las realidades". Mientras Thaelmann, jefe del PCA, había declarado ante el Komintern que su partido no se dejaba ganar por el pánico, aseguraba que el 14 de setiembre sería el último día bueno de Hitler y exaltaba la radicalización de las masas, en la **Carta abierta** Trotski polemizaba con el Komintern señalando que "el hecho de que el nazismo haya sido capaz de obtener una posición de partida tan fuerte en vísperas de un período revolucionario, y no al final de éste, es una fuente de debilidad para el comunismo, no para el fascismo... Pese al éxito parlamentario del PC, la revolución proletaria... ha sufrido una grave derrota... una derrota que puede llegar a ser decisiva".
Enceguecido por un esquema político que debería cumplirse inexorablemente, el PCA cayó en la

El 1o. de mayo de 1929 deja en Berlín un saldo sangriento. En los combates callejeros mueren treinta y tres personas, víctimas del enfrentamiento entre los trabajadores y la policía.



Declaración del Comité Central del partido comunista

Ante la clausura de Die Rote Fahne, *se publicó esta declaración el 8 de noviembre de 1932. En ella se analiza el resultado electoral.*

Las últimas elecciones en el Reichstag se han desarrollado, en numerosas empresas, bajo el signo de la lucha victoriosa contra la disminución de salarios, bajo el signo también de la ola de huelgas que se ha desencadenado sobre Alemania y que ha alcanzado su punto máximo con la huelga de transportes de Berlín. El resultado del escrutinio atestigua el hecho primordial que constituye en este momento la lucha de clases, lucha que se desarrolla por toda Alemania bajo la dirección del partido comunista y bajo el impulso de los R.G.O. (sindicatos comunistas), bajo el signo de la unidad de acción de las masas obreras, que constituye un frente de huelga contra la ofensiva del capital y contra la reacción fascista...

El partido comunista ha conseguido continuar su penetración en las masas obreras de la socialdemocracia, al tiempo que ha conquistado importantes masas de obreros nacionalsocialistas así como otros partidarios trabajadores de Hitler. Más aún, el partido comunista ha conseguido abrir una brecha en determinadas regiones católicas en las masas de obreros católicos, consiguiendo así superar incluso al Zentrum en algunos lugares.

...El partido comunista ha conseguido oponer una contraofensiva proletaria a la ofensiva fascista entre las masas que han encontrado en la ascensión de Hitler durante estos últimos años su más perfecta expresión. Ha erigido un dique para contener la ola chauvinista en Alemania. En relación con el éxito de la ola de huelgas bajo la dirección del partido comunista y del R.G.O. en lucha contra las ordenanzas antisalariales del gobierno Papen-Schiller, el éxito obtenido por el partido comunista en detrimento de Hitler representa la prueba de que los comunistas, por su progresión, constituyen el frente internacional contra el fascismo. Esto proporciona al aumento de votos del partido una significación mucho mayor...

En Berlín, donde el 20 de julio Papen y Bracht instituyeron la dictadura y donde, en las jornadas que precedieron a las elecciones, todo el aparato policíaco del Estado fue utilizado contra los obreros en huelga y contra el partido comunista indisociable de esta lucha obrera, el partido comunista aumentó el número de partidarios en cerca de 140.000 con respecto al 31 de julio. En el asiento del gobierno Papen, el partido comunista es el primer partido, muy por encima de los nazis. El avance con respecto a los nazis es de 141.000 y con respecto a los socialdemócratas de 215.000. Así, pues, la S.P.D., apoyo fundamental de la dictadura capitalista en lo social, ha sido adelantada en la capital por el partido revolucionario de la clase obrera. Esto se relaciona con el potente avance de los comunistas contra el partido hitleriano, que hemos conseguido hacer descender del primero al segundo lugar, al tiempo que con la respuesta de las masas en el campo atemorizadas por la clase dirigente frente al partido comunista, frente al bolchevismo...

El retroceso de la S.P.D. no debilita en modo alguno su papel fundamental de principal apoyo social de la burguesía; muy al contrario, precisamente porque el partido de Hitler pierde actualmente a sus partidarios de la clase obrera, en lugar de penetrar más profundamente en el proletariado, el papel de la S.P.D. es más importante para la política fascista del capital porque aún dispone de un sostén entre la clase obrera.

Lo que los obreros de la S.P.D. han vivido estos últimos días por parte de los dirigentes de la S.P.D. y de la A.D.G.B. en forma de propaganda de rompehuelgas que sus dirigentes han llevado a cabo, no es más que una muestra de los servicios activos, ulteriores de los socialfascistas en la dictadura fascista. En el futuro, la dirección de la S.P.D. y la burocracia A.D.G.B. seguirán con menos escrúpulos aún la línea indicada por Leipart de «darle una oportunidad a Papen»...

Tomado de Claude Klein, *op. cit.*

El incendio del Reichstag fue un eficaz pretexto esgrimido por el nazismo para encarcelar a 4.000 militantes comunistas.

impotencia al asumir una actitud pasiva en todos los frentes ante el fortalecimiento del gran capital a través del nazismo mientras se debatía en declamaciones estériles sobre el "estallido revolucionario" que no tardaría. En los sindicatos se limitaba a la lucha por aumentos de salarios y nada hacía en respuesta a la angustiosa situación del campesinado pobre y a la crisis de la pequeña burguesía, las cuales ya contemplaban al nazismo como la única esperanza de redención social. Nada se hizo tampoco para defender las estructuras partidarias de los ataques de los grupos de choque nazi. El PCA también contaba con cuerpos de choque organizados en la Liga de los Combatientes del Frente Rojo, que en 1924 tenía 100.000 miembros. Prohibida la Liga en 1929, continuó existiendo en la clandestinidad, pero solo intervino esporádicamente contra los nacionalsocialistas. Las intervenciones armadas, aun como defensa de los ataques fascistas, fueron invalidadas argumentando, primero, que desviarían la atención del "enemigo principal", la socialdemocracia, y, después, que entorpecerían el proceso electoral. El poder de la Liga se vuelve tan ineficaz que cuando el 22 de febrero de 1933 4.000 comunistas son detenidos acusados de provocar el incendio del **Reichstag**, su partido se demuestra impotente para rescatar o defender a esos militantes.

Todas estas características de la política y de la situación del PCA en esta etapa hacen a su desvinculación de la masa de la clase obrera, manifestándose en la parálisis del PCA frente al nazismo y en su fracaso para conducir las luchas obreras por un cauce político.

El Partido Socialdemócrata Alemán

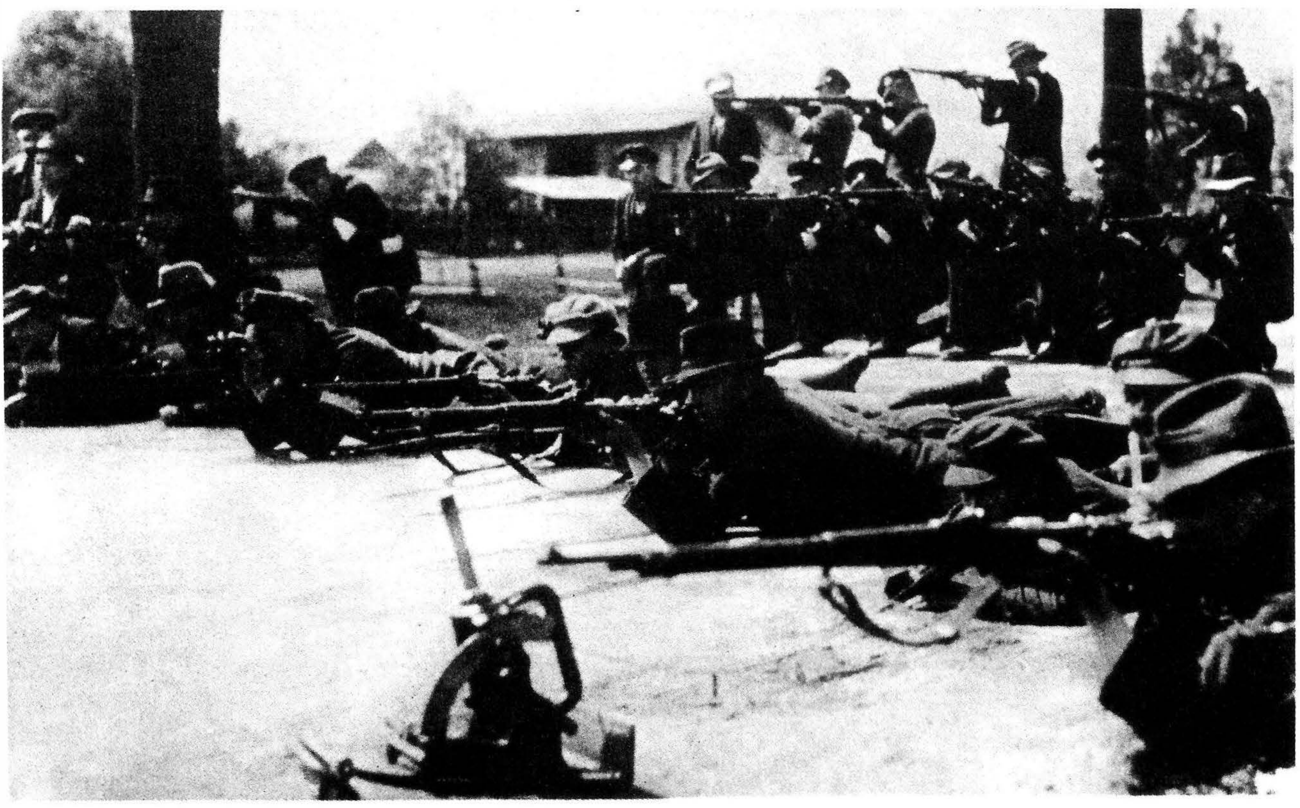
La influencia del PSD sobre el conjunto de la masa obrera se mantuvo a lo largo de todo el período. Su mayor caudal de afiliados se localizaba en todos los niveles de obreros industriales así como entre los jornaleros agrícolas. Enmarcado en su vieja posición revisionista siguió imprimiendo su línea política reformista burguesa a las luchas de la clase obrera. Electoralmente, el PSD siguió creciendo en forma más o menos constante hasta 1928, año en que comenzó a declinar, aunque manteniéndose siempre por encima del 20 % del electorado. En cuanto a sus afiliados, su número aumentó regularmente alcanzando a 984.000 en 1932. Por otra parte, se apoyaba en una estructura sindical que contaba con cinco millones de adherentes y en poderosas cooperativas de consumo que agrupaban a más de tres millones. En 1928 el PSD sube por última vez al gobierno con el gabinete Müller, el cual caerá dos años más tarde ante la ofensiva del gran capital, que pugnaba por lograr la hegemonía del bloque de poder. La socialdemocracia no era ya necesaria como base de apoyo social y la burguesía eligió a Brüning como su representante para encabezar un gobierno que prepararía el ascenso de Hitler al poder. Brüning instaló el gobierno depositando su confianza en el poder presidencial y relegando el parlamento a segundo plano. Ante el primer rechazo del Reichstag de ordenanzas presidenciales, el canciller lo disolvió y con él desapareció la última mayoría representada por la coalición republicano-demócrata.

La elección de setiembre de 1930 hizo entrar al parlamento a 107 diputados nazis mientras el partido socialdemócrata optaba por la política del "mal menor" apoyando a Brüning frente al nazismo.

En 1932 expiraba el mandato de Hindenburg y el PSD le dio su apoyo por considerarlo el último escollo en el camino ascendente de Hitler.

Frente a la política de sometimiento de Brüning, un sector de izquierda, partidario del frente único con los comunistas, se separó del PSD en 1931 para constituir el Partido Socialista de los Trabajadores (SAP). Además de este sector, se podían deslindar dos más: uno centrista, represen-

Dos imágenes de disturbios ocurridos durante las elecciones de 1930. La contienda electoral de ese año terminó con el triunfo del nazismo.



Arriba: el canciller Adolfo Hitler saluda respetuosamente al presidente del Reich, von Hindenburg, el 21 de marzo de 1933.
Abajo: el 3 de noviembre de 1932 estalla en Berlín una huelga salvaje. La imagen no necesita comentarios.

Cuadros sinópticos de las elecciones legislativas de 1919 a 1928

Elecciones del 19 de enero de 1919 (Constituyente de Weimar). (Participación electoral: 83 %.)

partidos	*votos*	*%*	*escaños*
Nacionalalemanes	3.121.000	10,3	44
Populistas	1.345.000	4,4	19
Zentrum + bávaro	5.980.000	19,7	91
Demócratas	5.641.000	18,6	75
S.P.D.	11.509.000	37,9	165
Socialistas-independientes	2.317.000	7,8	22

Elecciones del 6 de junio de 1920. (Participación electoral: 79 %.)

partidos	*votos*	*%*	*escaños*
Nazis	—	—	—
Nacionalalemanes	4.249.000	14,9	71
Populistas	3.919.000	13,9	65
Zentrum + bávaro	5.083.000	17,9	85
Demócratas	2.334.000	8,3	39
S.P.D.	6.104.000	21,6	103
U.S.P.D. (soc.-indep.)	5.047.000	17,9	83
Comunistas	589.000	2,1	4

Elecciones del 4 de mayo de 1924. Elecciones del 7 de diciembre de 1924. La primera cifra indica los resultados del 4 de mayo de 1924. (Participación electoral: en mayo 76,3 %, en diciembre 77,7 %.)

partidos	*votos*	*%*	*escaños*
Nazis y adláteres	1.918.000	6,6	32
	903.000	3	14
Nacionalalemanes	5.698.000	19,5	95
	6.209.000	20,5	103
Populistas	2.694.000	9,2	45
	3.051.000	10,1	51
Zentrum + bávaro	4.861.000	16,6	81
	5.250.000	17,3	98
Demócratas	1.655.000	5,7	28
	1.921.000	6,3	32
S.P.D.	6.009.000	20,5	100
	7.886.000	26	131
Comunistas	3.963.000	12,6	62
	2.712.000	9	45

Elecciones del 10 de mayo de 1928. (Participación electoral: 74,6 %.)

partidos	*votos*	*%*	*escaños*
Nazis	810.000	2,6	12
Nacionalalemanes	4.382.000	14,2	78
Populistas	2.680.000	8,7	45
Zentrum + bávaro	4.660.000	15,1	78
Demócratas	1.332.000	3,8	20
S.P.D.	9.100.000	29,8	153
Comunistas	3.265.000	10,6	54

Tomado de Claude Klein, *op. cit.*

tado por Hilferding, y otro derechista, con el lamentablemente famoso Noske y Severing, que consideraban al nazismo como el mal menor respecto al comunismo.
El PSD había constituido entre sus jóvenes una milicia armada, la **Reichsbanner**, que llegó a contar con 160.000 miembros, aunque nunca entró en acción a pesar del sentimiento cada vez más generalizado que reinaba en la juventud acerca de la ineficacia de los métodos parlamentaristas para detener al nazismo.
Depuesto Brüning, y constituido el nuevo gobierno presidido por Von Papen (ministerio de "los barones"), la socialdemocracia ve destruir su principal baluarte: el gobierno del estado de Prusia. Von Papen ordenó la intervención del estado socialdemócrata y Braun y Severing cedieron sin oponer resistencia ni movilizar a la **Reichsbanner.**
Von Papen disolvió el parlamento llamando a elecciones para julio de 1932. Los nacionalsocialistas aprovecharon la campaña electoral para provocar violentas refriegas como demostración de su poder. Las elecciones del 31 de julio dieron a Hitler 13.800.000 votos y la mayoría del parlamento. El 30 de agosto Hitler presiona a Hindenburg amenazando con retirar su apoyo al gobierno si no le entrega la cancillería, pero Hindenburg se niega y el 12 de setiembre se disuelve el Reichstag. El 3 de noviembre, tres días antes de las nuevas elecciones, estalla en Berlín una huelga salvaje a la que los sindicatos del PSD niegan su apoyo. Nazis y comunistas participan de las mismas manifestaciones contra la República de Weimar. En las elecciones, sorpresivamente, Hitler pierde tres millones de votos. Sin mayoría, Von Papen renuncia y en su lugar es nombrado Von Scheiche, quien durante sus sesenta días de gobierno, y a través de una apertura hacia los sindicatos, intenta revertir un proceso consumado. Pero Hitler se recompone pronto del golpe eleccionario y ahora, apuntalado desembozadamente por la gran burguesía monopolista, logra que Hindenburg le otorgue la cancillería. El 30 de enero de 1933 Hitler forma gobierno. En esta coyuntura el PSD solo trata de salvar su organización mediante continuas concesiones: anuncia su salida de la Segunda Internacional, prohibe a las organizaciones juveniles participar de toda acción ilegal y el 17 de mayo vota la "resolución de paz" presentada por Hitler. Nada más inútil: el partido fue prohibido, muchos de sus líderes políticos y sindicales arrestados y sus diputados despojados de sus fueros.
La debilidad del movimiento obrero no le permitió elaborar respuestas a la crisis de la pequeña burguesía, la cual dirigía sus ataques contra la República de Weimar. Los intentos de los socialdemócratas de ganarse la simpatía de este sector fueron infructuosos mientras, tratando de defender una estructura política, predicaban la moderación para mantenerla, cuando aquella era visualizada por la pequeña burguesía como la causa de sus males.
Al mismo tiempo, el rótulo de social-fascismo esgrimido por el PCA no hacía más que alejar la posibilidad de recuperar a los millones de obreros que permanecían en el seno del PSD. Una política de este tipo obstruye por anticipado al PCA el camino que conduce a los obreros socialdemócratas y proporciona armas a los elementos de derecha. Cuanto más impotente es el partido para abrirse camino hacia los obreros socialdemócratas más se acercan los elementos de derecha al aparato socialdemócrata.

Trotski hizo un dramático llamado a los obreros alemanes: "¡Obreros comunistas! Vosotros sois centenares de miles, vosotros sois millones... Si el fascismo llega al poder pasará como un tanque terrorífico sobre vuestros cráneos y vuestros espíritus. Vuestra salvación reside en la lucha despiadada. Solo una unidad combativa con los obreros socialdemócratas puede traer la victoria. Apresuraos, obreros comunistas, tenéis poco tiempo que perder".

Los sindicatos bajo el nazismo: actos partidarios en 1938. En 1935 el gobierno nacionalsocialista abolió el derecho de huelga, instauró el arbitraje obligatorio del estado en los conflictos obreros e instituyó la libreta de trabajo.



El saludo clásico del Tercer Reich. El Consejo Económico nazi, integrado por los más importantes industriales, controlaba directamente el Frente de Trabajo neutralizando así cualquier posibilidad de oposición por parte de los obreros.

Cuadros sinópticos de las elecciones legislativas de 1930 a 1933

Elecciones del 14 de septiembre de 1930. (Participación electoral: 82 %.)

partidos	*votos*	*%*	*escaños*
Nazis	6.383.000	18,3	107
Nacionalalemanes	2.458.000	7	41
Populistas	1.518.000	4,5	30
Zentrum + bávaro	5.101.000	14,8	87
Demócratas (Staatsp.)	1.322.000	3,8	25
S.P.D.	8.578.000	24,6	143
Comunistas	4.592.000	13,1	77

Elecciones del 31 de julio de 1932. Elecciones del 6 de noviembre de 1932. La primera cifra indica los resultados del 31 de julio de 1932. (Participación electoral: en julio 84,1 %, en noviembre 80,6 %.)

partidos	*votos*	*%*	*escaños*
Nazis	13.800.000	37,3	230
	11.700.000	33,1	196
Nacionalalemanes	2.100.000	5,9	37
	2.200.000	8,8	52
Populistas	436.000	1,2	7
	660.000	1,9	11
Zentrum + bávaro	5.800.000	15,9	97
	5.400.000	15	90
Demócratas	372.000	1,1	5
	336.000	1,3	8
S.P.D.	7.960.000	21,6	133
	7.248.000	20	121
Comunistas	5.283.000	14,3	89
	5.980.000	16,9	100

Elecciones del 5 de marzo de 1933. (Participación electoral: 88,3 %.)

partidos	*votos*	*%*	*escaños*
Nazis	17.277.000	43,9	288
Nacionalalemanes	3.137.000	8	52
Populistas	432.000	1,1	2
Zentrum + bávaro	5.500.000	14	92
Demócratas	334.000	0,8	5
S.P.D.	7.181.000	18,3	120
Comunistas	4.848.000	12,3	81

Tomado de Claude Klein, *op. cit.*

La clase obrera bajo el nazismo

Una vez en el poder el nazismo puso fuera de la ley al PCA y al PSD e inició una represión terrorista contra sus militantes. Desde el comienzo de su ofensiva, en 1928, el nacionalsocialismo había intentado penetrar en la clase obrera. Con esta intención se creó la "Organización nacionalsocialista de las células de Empresa" (NSBO), que en 1933 contaba con 40.000 miembros reclutados en su mayoría entre el proletariado de origen campesino recientemente incorporado, y la masa de desocupados, que por entonces era de 5.500.000.

Los obreros en actividad continuaron en las filas del PSD y del PCA. El nacionalsocialismo asumirá una fachada anticapitalista presentando consignas socialistas tales como la nacionalización de las sociedades por acciones, el control obrero de las empresas nacionalizadas y la propiedad de los medios de producción por la comunidad, así como declaraciones antimperialistas, centradas en la oposición al Tratado de Versalles. Hasta la toma del poder el nazismo no atacó las organizaciones sindicales sino que, incluso, intervino reiteradamente en movilizaciones obreras reivindicatorias, como la huelga metalúrgica de 1930.

A partir de 1933, superada la crisis económica e impulsado el desarrollo productivo, la desocupación fue decreciendo paulatinamente. Nuevas fuentes de trabajo fueron creadas a ritmo forzado, principalmente en obras públicas y fábricas de armamentos. Así, los 5.579.000 desocupados de 1932 se reducen en 1935 a 2.151.000 y en 1938 a 38.000. En cuanto a la evolución de los salarios, la masa global de los mismos permanece casi estacionaria, lo cual indica un congelamiento de los salarios individuales, con tendencia a bajar, mientras los precios de los artículos de consumo aumentan considerablemente. Le desaparición de las organizaciones obreras independientes permite que tal fenómeno ocurra impunemente. El salario real más deteriorado es el de los empleados y funcionarios ya que el de los obreros especializados industriales mantuvo su poder de compra y muchas veces lo mejoró.

Poulantzas señala la importancia de la separación en categorías salariales, que dividía al movimiento obrero bajo el nazismo, referida a los trabajadores de ciertas ramas industriales y a los altamente calificados. Como consecuencia de la falta de obreros especializados las empresas competían por ellos ofreciendo salarios superiores a las "tasas máximas" fijadas por el estado en 1938. Tales infracciones eran permitidas por el gobierno nazi en la medida que ello contribuía a superar "por medio de la división, las reacciones espontáneas de la clase obrera, manifiestas por el ausentismo, el descenso del rendimiento, etc.". Así, la acentuación sistemática de la jerarquía de los salarios fue, como lo subraya F. Neumann, "... la esencia misma de la política nacionalsocialista de los salarios... Es capital que se comprenda este problema no como una cuestión económica, sino como un problema político decisivo de control de la masa..."

El 2 de mayo de 1933 se creó una nueva organización —el Frente de Trabajo—, que agruparía a todos los obreros en forma obligatoria.

Los sectores de "izquierda" del nacionalsocialismo fueron eliminados y en 1935 se abolió el derecho de huelga, se instauró el arbitraje obligatorio por el estado y se instituyó la libreta de trabajo. Nuevas formas de explotación se esgrimieron contra el obrero respecto al rendimiento individual en el trabajo y todo conflicto entre obreros y patrones eran considerado un ataque al estado. La penetración ideológica llegó a abarcar toda la vida del obrero a través del "Frente de Trabajo". Este organismo regulaba el trabajo y controlaba la productividad garantizando al empresario la estabilidad de su producción. Del mismo Frente de Trabajo dependía la institución que regía y organizaba el tiempo libre de los trabajadores —la Fuerza de la Alegría—, que era financiada por los propios obreros.

El Frente de Trabajo estaba controlado directamente por los patrones a través de su hegemonía sobre el Consejo Económico del Reich. El papel fundamental de esta organización consistía en el control ideológico, la preparación educativa de sus miembros para el nacionalsocialismo. Este organismo, funcionando como aparato ideológico del estado, altamente perfeccionado y controlado por la burguesía en todos sus resortes, procuraba neutralizar la lucha de clases ya que, tal como lo subraya Poulantzas, "... todo estado burgués, cualquiera que sea, mantiene un (o unos) aparato ideológico de estado destinado a la clase obrera, y puede temer siempre que la lucha de clases bloquee ese aparato; así el Frente del Trabajo en el estado nacionalsocialista".

El triunfo del nazismo y la derrota del movimiento obrero alemán cambiarán la correlación de fuerzas entre clases dominadas y clases dominantes a nivel europeo y mundial. Las contradicciones interimperialistas, ocultas desde la primera guerra por la agudización de las contradicciones burguesía-proletariado, reaparecerán y estallarán con toda su fuerza con la Segunda Guerra Mundial.

Bibliografía

Badia, Gilbert, **Historia de Alemania Contemporánea.** Ed. Futuro, Bs. As., 1964.

Cole, D. H., **Historia del Pensamiento Socialista.** F. C. E., México, 1966.

Klein, Claude, **De los espartaquistas al nazismo: La República de Weimar.** Ed. Península, Barcelona, 1970.

Droz, Jacques, **Historia del Socialismo.** Edima, Barcelona, 1968.

Trotski, León, **El Fascismo.** Prólogo y selección de textos de Alberto J. Pla. Cepe Editor, Bs. As., 1971.

A. Ramos Oliveira, **Historia social y política de Alemania.** F. C. E., México, 1964.

Claudín, Fernando, **La crisis del movimiento comunista: de la Komintern al Kominform.** Ruedo Ibérico, 1970.

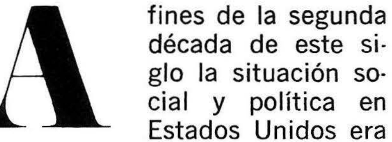
Poulantzas, Nicos, **Fascismo y Dictadura.** Siglo XXI, México, 1971.

Deutscher, Isaac, **Trotsky, el profeta Desarmado.** Ed. Era, México.

El caso Sacco y Vanzetti

Gregorio Selser

A fines de 1919 el pescador Vanzetti y el zapatero Sacco son acusados de un crimen cometido en Bridgewater. Después de siete años de juicios y postergaciones serán ejecutados en la silla eléctrica, pese a que nunca se logró demostrar su culpabilidad.



A fines de la segunda década de este siglo la situación social y política en Estados Unidos era explosiva. A raíz de la Primera Guerra Mundial los precios subían sin guardar proporción con los salarios. Todo el circulante se transformaba en material bélico para los beligerantes aliados. Los comerciantes y especuladores gozaban de un auge artificial de los negocios, en tanto el costo de vida castigaba a los sectores pauperizados de la sociedad, las clases obreras y campesinas, débiles e indefensas en virtud de su falta de cohesión y de las diferencias ideológicas imperantes en su seno, de entre las cuales sobresalían las variantes anarquistas, socialistas y comunistas.

Las fábricas de armas trabajaban a todo vapor, vendiendo su producción al gobierno y a los aliados al precio más elevado posible, en la seguridad de que los compradores pagarían con hondo fervor patriótico. La teoría consistía en que de la prosperidad de los fabricantes de armas, municiones y barcos también se beneficiaba la clase trabajadora, porque esta percibiría mayores salarios y conservaría seguros sus puestos, alejando el fantasma de la depresión y la desocupación. Era, por supuesto, una amable ficción que los hechos contradecían a diario: los salarios aumentaban más lentamente que el costo de vida y las ganancias de financistas, fabricantes y comerciantes, de manera que la situación de ficticia prosperidad fue caldo natural de cultivo para la protesta y la reacción obreras, manifestadas ambas en tumultuosas huelgas. En éstas se manifestaban diversas ideologías: por una parte la tradición ácrata, que se remontaba a media centuria y se expresaba en el movimiento pacifista; por la otra, el ejemplo de la Revolución Rusa, que, en plena eclosión y desarrollo, provocaba crecientes adhesiones y, correspondientemente, el miedo y la resistencia de las clases dirigentes.

El mundo había sido violentamente sacudido por la caída y exterminio del zar y su familia. Antes de que los campesinos y obreros rusos consumaran la obra revolucionaria, el socialdemócrata Kerensky se había adelantado procurando rescatar lo posible de entre los restos de la hecatombe social del imperio; pero a poco más, abatido por la acción de los bolcheviques, apenas si pudo percibir en su huida la constitución de los soviets de campesinos y obreros que postulaban la creación de un orden nuevo sobre las ruinas del antiguo. La conmoción que agitaba a una sexta parte del mundo conmovía los cimientos del resto, al tiempo que el frente bélico oriental quedaba roto y los alemanes se disponían a volcar dos millones de hombres en el frente occidental. Los más notorios portavoces del partido bolchevique, Lenin y Trotski, al tiempo que obraban militarmente para enfrentar la contrarrevolución interna apelaban a la solidaridad internacional obrera para contener la intervención externa que ya se cernía sobre su patria.

La reacción contra las luchas de los trabajadores

La formidable máquina propagandística del capitalismo y las burguesías nacionales se puso en marcha, colocando en la picota a los líderes de la revolución rusa, a los que presentó en una primera instancia como agentes alemanes. Los excesos y crueldades que inevitablemente acompañan a toda conmoción social eran presentados como signo distintivo del régimen bolchevique, como una caracterización permanente y no como fenómeno transitorio. Los diarios de los países aliados, para los que los llamados de paz de Lenin eran vistos como una traición frente al enemigo común, la Alemania del Káiser, destacaban con machacona insistencia las matanzas de **kulaks** o los sangrientos enfrentamientos con los cosacos de Wrangel, Koltchak, Petliura, como si en verdad se tratase de diarias "San Bartolomé" en las que gozaran los rusos por puro instinto sanguinario.

En Estados Unidos, el presidente

Festejo de la victoria en Wall Street, 1917. El esfuerzo de guerra había reducido la desocupación, pero la efímera prosperidad de los obreros —que gozaban de mejores salarios que en años anteriores— tendría su contrapartida en el aumento desenfrenado del costo de la vida.

Woodrow Wilson, el gran estudioso de la Constitución y las leyes, conocido como el "apóstol de la paz", no tardó mucho en sumarse a la corriente que condenaba a los bolcheviques, fuera y dentro de su país. Ya con anterioridad al gran estallido de Petrogrado las redadas de anarquistas y pacifistas realizadas por la policía estadounidense eran hechos comunes; a partir de la caída de Kerensky, y luego de la paz provisional de Brest-Litovsk, la revolución fue considerada como un monstruo. ¿Qué otra cosa sino un monstruo podía ser una nación que repudiaba tratados internacionales y deudas contraídas honorablemente? ¿Quién sino un enemigo de la civilización y la democracia podía denunciar convenios de guerra y celebrar, separadamente, la paz con Alemania? ¿Había algo peor que abrir los archivcs secretos de la Cancillería y publicar el texto de los tratados que probaban cómo los aliados se disponían a repartirse el mundo sin tener para nada en cuenta los derechos y deseos de los pueblos concernidos? Es cierto. Cuando una vez terminada la guerra Wilson participó de los debates de Versalles pudo cerciorarse por sí mismo de cuánta razón asistía a los bolcheviques. Y así de enorme fue su decepción al reconocer ante el Senado que hasta que estuvo en París ignoraba que existiesen pactos secretos entre potencias tales como Francia, Gran Bretaña y la Rusia zarista. Reconocimiento que no le impidió poner su firma a la autorización para despachar tropas norteamericanas a territorio soviético y para poner entre rejas a aquellos que, dentro de su propia patria, fustigaban su política intervencionista, con el pretexto de que eran espías al servicio de los alemanes. De ese modo dieron con sus huesos en la cárcel el líder obrero Eugene V. Debs, varias veces candidato a la presidencia de la Nación, o el dirigente socialista Norman Thomas, y decenas de miles de ciudadanos menos conocidos y conspicuos, adversarios de la continuación de la guerra o de la participación norteamericana junto a los contrarrevolucionarios rusos.

La histeria antibolchevique había estado precedida por diversos hechos y hasta por medidas efectivas contra la eventualidad de estallidos sociales. En 1917, al entrar Estados Unidos en la guerra, el Congreso había promulgado el Acta de Espionaje, originalmente destinada a prevenir actos de traición aunque estatuía multas de diez mil dólares o veinte años de prisión para quienes suministrasen "falsas informaciones o expresiones destinadas a perturbar las operaciones de las fuerzas navales y militares de Estados Unidos". Al año siguiente, 1918, el Acta de Sedición dispuso multas de mil dólares y muchos años de prisión para quienes propagasen, imprimiesen, escribiesen o publicasen cualquier "frase desleal, profana, sinuosa o abusiva respecto de la forma de gobierno de Estados Unidos o de la Constitución nacional o contra los uniformes del Ejército y la Armada de Estados Unidos o cualquiera otra expresión tendiente a suscitar una resistencia contra la patria o para ayudar en la causa de los enemigos". Tal generalización conceptual convertía, de hecho, cualquier crítica contra el gobierno, por moderada y constructiva que fuese, en acto sedicioso, y por lo tanto susceptible de prisión y multa.

No fueron, empero, las precedentes, las únicas disposiciones abusivas y violatorias del derecho de gentes. En octubre de 1918 fue sancionada el Acta de Extranjería, según la cual ningún aspirante al ingreso a Estados Unidos podría entrar al país si fuese anarquista o abogase por la violencia "para derrocar al gobierno" o preconizase el asesinato de funcionarios; lo cual, en todo caso, permitía una opción previa a todo inmigrante en cierne. Pero esta ley pasaba a ser un instrumento de arbitrariedad e injusticia al disponer que todo extranjero ya residente en el país, y descubierto como partidario de las medidas antes condenadas, sería "pasible de vigilancia por el secretario de Trabajo, arrestado y deportado". Wilson, el creador de **La Nueva Libertad,** había intuido qué tipo de maldición caería sobre su patria con el ingreso en la guerra. En vísperas de la decisión, en



diálogo con el secretario de Marina, Josephus Daniels (el subsecretario del departamento se llamaba Franklin D. Roosevelt), le había expresado: "La guerra significa autocracia [. . .] Todos dependeremos del acero, de los minerales y de las grandes finanzas dirigidas por magnates. Estos dirigirán la Nación". A Frank Cobb, del **New York World,** le advirtió igualmente que con la guerra "dejaremos de separar lo justo de lo injusto" porque "se requerirán medidas antiliberales internas para reforzar a nuestros soldados en el frente". Y predijo también que "el espíritu de la brutalidad y la ilegalidad ingresará en cada poro de nuestra vida nacional e inficionará el Congreso, los Tribunales, la policía y afectará al hombre común. La única virtud será el conformismo, y todo ser humano que niegue su conformidad tendrá que pagar la pena".

Los socialistas fueron los primeros en dar la razón a Wilson. Habían condenado el Acta de Espionaje como "la mayor de la plutocracia sobre la democracia norteamericana" y fieles a ese temperamento denunciaron fogosamente el carácter imperialista de la Primera Guerra Mundial, oponiéndose a la participación estadounidense en ella y pagando el precio de sus denuncias con multas y cárceles en una escalada impuesta por la intolerancia que, como saldo final, concluiría con la liquidación física de su agrupación, la cual, con Debs como candidato, había logrado 897.000 votos en las elecciones presidenciales de 1912.

El oleaje producido en el mundo por la Revolución Rusa agregó un ingrediente más a la histeria: los sucesos producidos en la propia Alemania vencida y la sublevación de los marinos en Kiel fueron vistas como prolegómenos a la instauración de los soviets de campesinos y obreros teutones; en Hungría iba a producirse el efímero gobierno comunista de Bela Kuhn; y en Italia no había aún claros distingos en medio del caos social del que iba a emerger por último el fascismo mussoliniano. Nada había ya seguro en las naciones, salvo la fuerza de los conservadores y de la burguesía.

En su historia sobre el FBI Fred J. Cook escribió con referencia a aquellos tiempos:

"El pánico entre las clases altas corría parejas con la conmoción que prevalecía en las bajas. Esta conmoción, de la que participaban elementos variados, adoptó dos características, una ideológica y la otra eminentemente práctica [. . .] En el sector ideológico había, en Estados Unidos, algunos grupos comunistas, realmente de escasa significación debido a su permanente proceso escisionista interno, cuyo ímpetu tenía la misma pasión y furia que la que empleaban para combatir al capitalismo. La más radical y desequilibrada de las facciones estaba integrada por extranjeros que apenas tenían vagas nociones de la esencia democrática norteamericana [. . .] En alas de su equivocada interpretación del espíritu estadounidense y de su fanatismo dedujeron, a tenor de la Revolución Rusa, que había llegado la era comunista mundial; de ahí que predijeran y proclamaran el triunfo de la revolución bolchevique en Norteamererica, una fantasía carente de todo asidero.

"Distinta, por más congruente y práctica, era la segunda característica que enmarcaba el proceso de la época: el trabajo. La guerra había originado —como lo hacen todas— una gran inflación. A fines de 1919 el poder adquisitivo del dólar, igual a cien en 1913, había pasado a ser de cuarenta y cinco. El costo de la alimentación había aumentado en un 84 por ciento y el costo de vida en general un 99 por ciento. La clase trabajadora, que percibía aún el dólar de 1913 o a lo sumo aumentos de entre un 5 y un 10 por ciento, quedó sumida en la pobreza, 'económicamente en situación peor que en cualquier otro momento desde la Guerra de Secesión' (1861-1865). El trabajador sindicalizado, aunque menos, también sufría lo suyo. Durante la guerra y a fin de mantener el ritmo de producción —Estados Unidos la declaró a Alemania en abril de 1917 y el armisticio se firmó al año siguiente— el sector laboral y el gobierno habían firmado una paz de emergencia, naturalmente inestable; pero al sobrevenir la paz la coraza de patriotismo se vino abajo: los trabajadores urgieron la satisfacción de sus justas demandas en tanto que el capital se resistió con todo el vigor de su recientemente fortalecido poder. Una consecuencia de la colisión entre ambos factores fue que en 1919 más de cuatro millones de obreros participaron de un total de 3.600 huelgas de importancia.

"[. . .] Los instrumentos creados por la guerra, con los cuales los capitalistas confiaban en un retorno al pasado (a una normalidad anterior a la guerra hispanoamericana de 1898) estaban al alcance de la mano: organismos como la Liga Protectora Norteamericana, la Liga de Seguridad Nacional y la Sociedad de Defensa Norteamericana, que habían explotado el superpatriotismo durante la guerra, eran vehículos ideales para la propaganda antilaboral en tiempos de paz. Como tales organismos no querían morir, se requería para su perduración un móvil que justificara su existencia, ¿y qué mejor excusa que la amenaza del creciente bolcheviquismo? Así, el 'norteamericanismo' en sus manos se convirtió en un arma poderosa de ataque al carácter y a las reputaciones de los individuos o grupos a quienes odiaban o temían, un instrumento para imponer el quietismo y la conformidad."

Y como colofón de sus observaciones Cook pone en boca del periodista inglés A. C. Gardiner esta semblanza: "Nadie que estuviese en Estados Unidos —como yo lo estuve, en el otoño de 1919— olvidará la febril mentalidad pública de ese tiempo. Era prisionera del espectro del bolcheviquismo, envuelta en una pesadilla preñada de mil fantasmas destructivos. Los propietarios padecían psicosis de terror y el horrendo nombre de **radical** era sinónimo de bestia diabólica".

Es en ese contexto irracional, mezcla de odio y miedo exacerbado ex profeso por la prensa comercial, que se sumó otro factor adicional de conmoción interna. En el verano de 1919 comenzó a desmovilizarse el ejército. Los jóvenes soldados que habían

participado de la lucha en Europa añadieron una oferta extra de fuerza de trabajo vacante a las decenas de miles de desocupados forzosos a causa precisamente del cierre de fábricas conectadas con el esfuerzo bélico, que habían perdido su razón de existir. Estallaron conflictos, huelgas y choques callejeros con la policía, que respondían a aquellas necesidades inmediatas de pan y trabajo, y solo en una ínfima proporción a móviles ideológicos conectados con revoluciones proletarias. Pero la **gran prensa** orientó a la opinión pública hacia este presunto objetivo, contribuyendo así a crear esa gran histeria nacional simbolizada en la figura del fiscal general A. Mitchell Palmer, muestra anticipada —en treinta años— de lo que sería en la década del 50 el senador Joseph McCarthy.

Los detonantes de la represión

El detonante fue la huelga resuelta el 21 de enero de 1919 por 35.000 obreros de los astilleros de Seattle, en la región noroeste de Estados Unidos, por mejoras salariales y reducción de jornada laboral. Ese sector gremial, brotado intempestivamente de la necesidad bélica de buques de todo tipo, fue respaldado por el Consejo Central de Trabajadores de Seattle, dirigido por hombres de los **Industrial Workers of the World** (I. W. W.) y de otros núcleos radicales, los que dispusieron una huelga general para el 6 de febrero, a la que adhirieron unos 60.000 obreros de las diversas industrias de la región. La reacción fue de pánico colectivo. Aunque los servicios esenciales fueron mantenidos —transporte de alimentos, luz, agua corriente— y se cuidó de que no hubiese la menor provocación ni violencia hasta el punto de que nadie dio motivo para ser arrestado ese día, los diarios de todo el país elaboraron fantásticos relatos de supuestas atrocidades, tomas de edificios e instauración de soviets urbanos, incluidas sesiones de amor libre como las que atribuían al naciente estado socialista soviético.

La histeria desatada en Seattle fue ocasión para que su alcalde, Ole Hanson, llamara a las tropas federales y acuartelara a la policía. Con 3000 hombres que componían esta suerte de ejército mixto, Hanson las hizo desfilar por la ciudad colocándose a su cabeza, en un automóvil cubierto con una gran bandera norteamericana. A continuación emplazó al comité de huelga a reanudar el trabajo, so pena de aplastarla por la fuerza y asegurar la prestación de los servicios más esenciales con las tropas. Cuando al cuarto día de paro, el 10 de febrero, las disensiones internas —azuzadas por Samuel Gompers desde la American Federation of Labor (AFL)— obligaron a los dirigentes a levantarlo sin condiciones, Ole Hanson fue consagrado por la gran prensa como héroe nacional y como tal fue ensalzado en las semanas siguientes, convertido en propagandista viajero de la "causa antibolchevique". Fue en tales circunstancias, cuando se hallaba en Colorado, el 28 de abril de 1919, que llegó a su residencia en Seattle, por correo, un paquete presumiblemente enviado desde las afamadas tiendas Gimbel, de Nueva York. Al ser abierto, se comprobó que el "regalo" había consistido en una bomba con poder suficiente como para volar un edificio de varios pisos: el paquete estaba acondicionado como para explotar al ser abierto, mas una falla hizo que su contenido de ácido sulfúrico se volcara prematuramente hacia afuera en vez de hacia adentro, sin llegar a ponerse en contacto con la dinamita para provocar el estallido.

Al día siguiente, 29 de abril, en Atlanta, Georgia, la doncella negra que servía en casa del senador Thomas W. Hardwick abrió un paquete que había llegado por correo. La explosión que siguió a esa apertura le arrancó ambos brazos y chamuscó a la esposa del senador. El envoltorio tenía el mismo origen e idéntica etiqueta comercial que el enviado a Hanson. Destacados ambos sucesos en grandes titulares por todos los diarios del país se encendió la nueva histeria colectiva, la de las bombas. Gracias a la lectura de uno de tales diarios, un empleado de Correos de Nueva York, Charles Kaplan, recordó que días antes había apartado en su oficina dieciséis paquetes iguales a los descritos por carecer de suficiente estampillado. Asoció esa circunstancia a la lectura y notificó sus sospechas a las autoridades. La policía comprobó que se trataba de bombas cuyos destinatarios eran hombres tan prominentes como John D. Rockefeller, el banquero John Pierpont Morgan, el senador Lee S. Overman —presidente del Comité Senatorial de Investigaciones Bolcheviques—, el juez federal Kenesaw Mountain Landis —severo castigador de líderes socialistas durante la guerra—, el director general de Correos, Albert S. Burleson —que había dispuesto prohibir la circulación postal de literatura considerada disolvente—, el senador William H. King —adversario de los sindicatos— y el fiscal general Palmer, custodio de la Propiedad Extranjera. Sin embargo, esta aparente coherencia en la elección de los destinatarios se rompía al incluirse en la nómina al juez de la Suprema Corte Oliver Wendell Holmes Jr., célebre por la independencia de sus fallos, y al secretario de Trabajo, William B. Wilson, que se oponía permanentemente a la persecución contra los radicales.

La sensación era la de que, en todos los casos, preludiaba la celebración del Primero de Mayo, día en que se iba a intentar la "toma del poder" por los rojos bolcheviques. Pero cuando, salvo algunos choques callejeros en ciertas ciudades, reprimidos sin mayor esfuerzo por la policía, el "Día de los Trabajadores" transcurrió como tantos otros que lo precedieron, sin asalto a guarniciones ni constitución de soviets de campesinos y obreros, los diarios se quedaron sin material sensacionalista. Todo el mes iba a tener la misma tónica pacífica; sin embargo, al iniciarse junio, en la noche del 2 al 3, ocho potentes bombas estallaron en otros tantos lugares produciendo graves daños. Una de ellas prácticamente

demolió la residencia del fiscal general Palmer, cuya familia resultó milagrosamente ilesa. En cambio, los dos anarquistas que la estaban colocando resultaron deshechos por la explosión. Su ideología era deducible de las copias de los panfletos esparcidos entre los restos de los edificios afectados. Su título era **Palabras claras** y su texto proclamaba:
"El poder no hace secreto alguno de su intención de detener la creciente marcha de la revolución mundial en Norteamérica. El poder del estado ya comprende que deberá aceptar la lucha que él mismo ha provocado. La sangre correrá a raudales porque nosotros no retrocederemos. Habrá asesinatos y crímenes, destrucción y ruina. Nada nos detendrá. Estamos dispuestos a todo para suprimir a las clases capitalistas. Los combatientes anarquistas".
Proclamas con el mismo texto fueron halladas en cada uno de los lugares donde estallaron las bombas: en la casa del juez Charles C. Nott, en Nueva York; en la del alcalde de Cleveland; de un representante en Newtonville, Massachusetts; de un fabricante de sedas en Paterson, New Jersey; de un juez municipal en Boston; de un juez federal y del jefe de policía local en Pittsburgh, y en la parroquia de Nuestra Señora de las Victorias, en Filadelfia. El fiscal general A. Mitchell Palmer condensó la opinión más difundida al declarar que las bombas eran la más cabal prueba de que los bolcheviques habían iniciado la marcha hacia la conquista del poder en Estados Unidos. Y anunció severas medidas de represión.

Las "redadas rojas" de Palmer-Flynn-Hoover

Para proceder en consecuencia instituyó organismos de investigaciones con poderes casi omnímodos, a cuyo frente puso a hombres **duros,** entre ellos a uno que iría a iniciarse con fortuna en la "caza de rojos": J. Edgar Hoover, futuro director del Federal Bureau of Investigation (FBI). Comenzó entonces la técnica del fichaje policíaco a nivel nacional, un método hasta entonces considerado anticonstitucional por violar expresas disposiciones sobre libertad de conciencia. Una muy cara tradición norteamericana iba a desaparecer. Fueron allanadas imprentas donde se editaban periódicos radicales de cualquier tendencia que fuesen, lo mismo que bibliotecas privadas o de organizaciones políticas o sindicales "sospechosas". Se requisaba todo tipo de material escrito para su análisis y clasificación, para lo cual se requería el montaje de una vasta burocracia. El Congreso, aterrorizado por las bombas, votó las sumas indispensables, y fue así como se cimentó el poder de Hoover.
Pero hasta que este pasó a un primer plano, la estrella fulgurante de la represión fue el fiscal Palmer. La recolección de información llevó algunos meses a los flamantes organismos y, cuando se consideró que la operación estaba en camino, comenzó la acción: el 7 de noviembre de 1919, en trece ciudades importantes, se inició la primera de una serie de "redadas rojas", la principal de ellas contra la Federación de Uniones de Obreros Rusos en Nueva York, un organismo en el que convivían pobres trabajadores que apenas si hablaban inglés y otros que eran activos militantes de ideologías radicalizadas. El FBI capturó allí a unos doscientos, buena parte de ellos disuasivamente convencidos a garrotazos, heridos y descalabrados. De los doscientos, finalmente solo treinta y nueve pudieron **legalmente** ser incluidos en las prescripciones del Acta de Extranjería. Lo mismo ocurrió en el resto del país: del total de algunos miles de detenidos, solo una escasa proporción de ellos pudo ser incluido en las nóminas de deportaciones de "indeseables". Finalmente, como culminación de todas las **razzias** entre inmigrantes, un total de 249 fueron embarcados con destino a Rusia el 21 de diciembre de 1919 en el transporte **Buford,** al que la prensa denominó burlescamente "el Arca Soviética". Los nombres más famosos de entre ellos eran los de los anarquistas Emma Goldman y Alexander Berkman.
La entusiasmada aprobación de los diarios, unida a la persistencia de la histeria anticomunista y a la circunstancia de que el presidente Wilson —que bien o mal podía ser mirado como un moderador de los excesos de la plutocracia— había caído víctima de una hemiplejia que le apartó de la atención de la mayor parte de los problemas públicos, hicieron posible que Palmer y Hoover dieran rienda suelta a sus métodos de disuasión y represión que se harían célebres en la historia de Estados Unidos. En la noche del 2 al 3 de enero de 1920 las "redadas rojas" comprendieron a treinta y tres ciudades, del Atlántico al Pacífico, de norte a sur, y, naturalmente, esta vez la cosecha de prisioneros fue varias veces mayor que la primera, entre otras cosas porque agentes del FBI, actuando como provocadores en las propias filas radicales, habían logrado hacer coincidir la celebración de asambleas en sus locales. El **New York Times,** el 3 de enero, hizo esta descripción del método de ver, mediante el cual, esa noche, se pudo encarcelar a unas diez mil personas:
"Durante meses, los agentes del Departamento de Justicia, dejando de lado sus tareas habituales, se concentraron en los rojos. Sus hombres se infiltraron secretamente en las filas radicales y en sus centros de militancia y agitación, actuando en casos como cocineros, a veces como mineros o trabajadores del acero y, cuando fue necesario u oportuno, como los más violentos agitadores. Si bien no trataron de inspirar o colaborar en la realización de propaganda franca, varios de esos agentes, encubiertos, llegaron a alcanzar en su doble papel funciones dirigentes dentro de los movimientos radicales y, en algunos casos, aunque provisionalmente, fueron jefes de distrito".
Pero la naturaleza misma de las acciones, la brutalidad con que se realizaron, las equivocaciones en que se incurrió por mala información previa de los agentes provocadores o simples informantes,

produjo un efecto totalmente contrario al propuesto. En buena parte de los casos, las asambleas intervenidas nada tenían que ver con los "bolcheviques", con los "anarquistas" o con los que propugnaban la "toma del poder", sino con problemas inmediatos de carácter societario, cooperativista o mutual, de barrio o de colectividad, cuando no con actividades culturales o artísticas. Eso quedó demostrado a raíz de la constitución de un comité senatorial de investigación de los hechos de esa noche, presidido por el senador Thomas J. Walsh, demócrata por Montana. Entre las comprobaciones obtenidas figuró una del Bureau de Hoover, dirigida a sus agentes "especiales" el 27 de diciembre de 1919: "De ser posible, usted procurará, poniéndose de acuerdo con los informantes, que el Partido Comunista y el sindicato comunista realicen asambleas la noche prevista. Tengo noticias de que esto es fácil de lograr, lo cual, naturalmente, facilitaría los arrestos".
La Comisión Walsh no tardó en descubrir, además, que en no pocas agrupaciones "bolcheviques" o "anarquistas" eran más los informantes e infiltrados de la policía que los militantes propiamente dichos, no faltando incluso casos en que los propios jefes o secretarios generales de tremebundos organismos "terroristas" estaban a sueldo de Hoover y eran sus agentes provocadores. En el Informe que publicó el Movimiento Mundial de Iglesias declaró una víctima de la redada: "He vivido mucho tiempo en la Rusia del Zar. Allí vi toda clase de brutalidades, pero ninguna de ellas comparables a las cometidas contra los rusos en Norteamérica".
Entre las conclusiones finales de la investigación de la Comisión Walsh se puntualizó en algunas ciudades que un 97 por ciento de los arrestados lo fueron ilegalmente, es decir, sin orden judicial previa; que en unos 6.500 casos los detenidos fueron liberados sin que se pudiese probarles delito o infracción alguna susceptible de acusación y que cuando hubo ejemplos de acusados por algo presumiblemente concreto, en su inmensa mayoría debieron ser luego puestos en libertad por inconsistencia de los cargos. Los procedimientos fueron tanto más arbitrarios y brutales, cuanto que se impidió a los miles de detenidos ejercer o intentar ejercer el elemental derecho de defensa, se les prohibió llamar a abogados y se les fijó fianzas desmesuradas con respecto a sus posibilidades económicas.
El fiscal Palmer cargó con la responsabilidad de las "redadas rojas", a pesar de que su verdadero inspirador y ejecutor había sido el joven J. Edgar Hoover, a modo de muestra de lo que iba a hacer en los siguientes cincuenta años en que estuvo al frente del FBI.

El "suicidio" de Andrea Salsedo


Es claro que en medio de esas y las otras redadas que las siguieron en las siguientes semanas hasta que el clamor de protesta fue mayor que el de la interesada e histérica aprobación de la prensa comercial y les pusiera fin, el fiscal Palmer no descuidó cultivar su esperanzada vía hacia la candidatura presidencial ni proseguir la búsqueda de los culpables de la explosiva demolición de su casa. Como los autores materiales del atentado habían quedado despedazados, irreconocibles e inidentificables por el estallido, el único rastro que los sabuesos policiales poseían era el de los panfletos impresos hallados en la calle y en casos de explosiones similares. Una pista muy endeble los llevó hasta una imprenta del barrio de Brooklyn, en Nueva York. Su propietario, Roberto Elia, fue detenido por el FBI el 25 de febrero de 1920 y, días después, el 7 de marzo, uno de sus empleados, el tipógrafo Andrea Salsedo, lo fue igualmente, bajo caución. La presunta prueba contra ellos consistía en que un papel de color rosa similar al de las proclamas anarquistas halladas en los lugares bombardeados había sido encontrado en la imprenta de Elia y que los tipos de impresión cuadraban en los impresos como en las pruebas del sumario. Ambos arrestados fueron llevados a unas habitaciones alquiladas por el FBI en el piso catorce del edificio de Park Row señalado con los números 15-21 y, sin mandamiento judicial que lo autorizara, retenidos allí sin defensa posible y, por descontado, sistemáticamente sometidos al famoso "tercer grado", es decir a torturas.
(Cuando años más tarde, y ya deportado, Elia prestó declaración jurada por escrito en el caso de Sacco y Vanzetti, refirió que en la mañana del 8 de marzo de 1920 —el día siguiente de la detención de Salsedo—, al ser conducido a la sala de interrogatorios, vio a Salsedo rodeado por cuatro policías en mangas de camisa, y poco después le oyó gritar de dolor; y que al día siguiente, 9 de marzo, el entonces director del Bureau, William J. Flynn, le sometió personalmente a interrogatorio en presencia de un ya descalabrado Salsedo; su descripción sigue así: "El rostro y la frente de Salsedo estaban tumefactos por los golpes. Tenía manchitas rojas y rasguños en la cara y la cabeza [. . .] sus ojos miraban sin ver, estaba deprimido. Las veces que le vi, después, ya no me pareció un ser normal. En el antedespacho de Mr. Flynn, Salsedo me refirió el interrogatorio de la noche precedente. Le habían mostrado un calzado ensangrentado: '—¿Ve esta sangre? —le dijeron. Es la del hombre que voló en mil pedazos. Dinos de quién es esta sangre'. Salsedo respondió que no lo sabía y entonces le pegaron varias veces con el zapato en la cara y en todo el cuerpo".)
La historia tuvo un final trágico. Elia fue deportado, pero Salsedo apareció en la calle Park Row, como habiendo saltado del piso 14, "suicidado". En la versión posterior de Elia, Salsedo estaba aterrorizado por las torturas padecidas y las amenazas de otras sesiones de "tercer grado", de modo que, para impedir su repetición, entre ambos convinieron en que, aunque ellos eran inocentes de la acusación, aceptarían haber impreso el panfleto. Al día siguiente, ante el director Flynn,

El triunfo de la revolución rusa de 1917 y la consiguiente campaña difamatoria entablada contra ella por la prensa fueron los acicates para que se desatara una violenta caza a los izquierdistas.

Salsedo "admitió" haber impreso los volantes en mayo de 1919 y Elia "reconoció" haberle visto realizar esa acción, aunque sin saber qué pasó después con las hojitas. A partir de ese momento, y contra toda lógica, los sabuesos dejaron de martirizarles en lugar de proseguir su investigación hasta saber quiénes fabricaron o colocaron las bombas, detalle que explicaba aparentemente su arresto. Por el contrario, les concedieron una habitación con dos camas, buena comida y paseos que incluyeron cine fuera del edificio carcelario.

Sin embargo, siempre en la versión de Elia, Salsedo se quejaba de fuertes dolores en el estómago y la cabeza, sus nervios estaban a flor de piel y comenzó a negarse a comer, dando indicios de un creciente desequilibrio mental. En la noche del domingo 2 al 3 de mayo —casi dos meses después de su arresto— luego de pasearse por el corredor de la prisión ambos fueron a dormir. Seguían en la misma habitación y Elia, antes de dormirse y de escuchar quejarse a Salsedo de un "terrible dolor de cabeza", le oyó lamentarse y sollozar. A la mañana siguiente, al despertarle, el guardiacárcel le dio la noticia: "—Tu compañero murió. Saltó por la ventana".

Cook señala que resultaba sumamente curioso que ante un suceso de tal naturaleza los policías hubiesen dejado dormir tranquilo a Elia antes de notificarle la muerte de su empleado y compañero; que nadie se hubiese interesado en averiguar con el propio Elia qué había ocurrido en la habitación con relación al "suicidio" de Salsedo ni se interesase por obtener información que explicase el episodio. En cambio, Cook aparta el testimonio de un periodista del **New Yorw Call**, Richard Rohman, que en la noche de aquel domingo merodeaba por los corredores del edificio de Park Row para averiguar si era cierto el rumor de que Elia y Salsedo serían deportados, u otro según el cual ambos serían puestos en libertad. Este fue el relato de Rohman:

"Escuché gritos que partían de una oficina interna. Me acerqué a la puerta y oí con claridad gritos terribles, clamores inhumanos que parecían brotar de alguien que sufriera un dolor enorme. Al aproximarme más a la habitación de donde partían los gritos vi a Salsedo doblado en una silla, como si tuviese rotos todos los huesos del cuerpo. Dos o tres policías, inclinados sobre él, le castigaban con cachiporras. Cuando protesté en alta voz por lo que veía, se dieron vuelta y, por supuesto, me reconocieron. Uno exclamó: '—Este es el tipejo de ese maldito pasquín socialista, el **Call**. ¡Agarrémosle!' "

Rohman refiere que salió corriendo, con los policías pisándole los talones, y que escapó por las escaleras hasta abajo, en que se metió en el subterráneo para desaparecer y, más tarde, escribir la historia para el **Call**, casi al mismo tiempo que se tenían noticias de que Salsedo se había arrojado "voluntariamente" desde una ventana de la cárcel. El FBI explicó al periodismo que Salsedo estaba vinculado al atentado terrorista del 2 de junio de 1919, como impresor de los panfletos anarquistas, y que tanto él como Elia habían pedido al Bureau que se los mantuviese presos, por "temor a las represalias" de sus compañeros, con el consentimiento de su abogado Donato. Este, inmediatamente, desmintió que esto fuese cierto y denunció que ambos fueron retenidos contra su voluntad y con violación de las leyes, además de ser torturados.

El 5 de mayo, periódicos reaccionarios como el **New York American**, alarmados por lo de la prisión ilegal y lo del "suicidio" de Salsedo, exigían una investigación a fondo de lo ocurrido, de los métodos que empleaba el FBI, de las autorizaciones del fiscal Palmer en materia de "redadas rojas" y, en general, de las recientes actuaciones del Departamento de Justicia.

El 1º de junio de 1920 Palmer y Hoover debieron comparecer ante el Comité de Reglamentaciones de la Cámara de Representantes y rechazaron las críticas a los métodos de "tercer grado" del FBI, afirmando inclusive que no los utilizaban. Sostuvieron que Salsedo había permanecido volunta-



riamente en prisión durante dos meses para cooperar en la investigación de los atentados terroristas; pero no pudieron explicar cómo semejante disposición a colaborar con la policía solo se había traducido en una parcial aceptación de que había impreso panfletos anarquistas, lo único que se obtuvo en un lapso de ocho semanas, al cabo de las cuales, sin haber sido jamás maltratado "y menos aún golpeado, intimidado o amenazado" —según el informe—, Salcedo "puso término a esa parte del acuerdo, saltando desde el piso 14 para suicidarse", cosa que el Bureau "mucho lamentaba" porque ahora carecía de la "principal fuente de información" sobre los atentados terroristas.

Sacco y Vanzetti

No podría entenderse el contexto psicológico de los acontecimientos en que iban a verse envueltos por entonces los emigrantes italianos Niccola Sacco y Bartolomeo Vanzetti sin tener en cuenta las "redadas rojas" de Palmer-Flynn-Hoover y el "suicidio" de Andrea Salsedo. Tampoco sin retener el dato de que cuando el presidente Woodrow Wilson fue reemplazado por el republicano Warren Gamaliel Harding en 1921, el fiscal A. Mitchell Palmer por Harry M. Daugherty y el jefe del FBI William J. Flynn por William J. Burns, no se interrumpieron las cacerías de "rojos" ni se suspendió la histeria colectiva azuzada por la gran prensa respecto del peligro bolchevique en Estados Unidos. Y eso pudo observarse con plenitud con motivo de la gran depresión económica de 1922, que lanzó al desempleo a millones de trabajadores y, a partir del 1º de julio, a los ferroviarios a una huelga general que se prolongó durante varios meses.
La bomba del 2 de junio de 1919 contra la casa del fiscal Palmer había deshecho, como se recordará, a dos hombres que la portaban, uno de los cuales fue identificado como Valdinocci, un emigrante italiano del grupo ácrata de Luigi Galleani. De los panfletos diseminados en la calle se llegó a la pequeña imprenta de Elia, donde se editaba el periódico anarquista **Il Domani;** al grupo que lo editaba pertenecía el obrero Vanzetti, y a él fue que llegó clandestinamente, sacada de la prisión de Park Row, una carta en la que Elia y Salsedo denunciaban que estaban siendo torturados para que dieran los nombres de los integrantes de la agrupación, a fin de complicarlos como responsables de los atentados dinamiteros. Al considerar el problema, el grupo encargó a Vanzetti que viajase a Boston para que intentase sacar a los presos mediante la acción legal de abogados. Vanzetti lo hizo y se entrevistó al efecto con Carlo Tresca, famoso editor de **Il Martello.** Se enteró por boca de éste que los detenidos estaban aterrorizados por las torturas, no menos que por las amenazas de muerte o de deportación. Se negaban a recibir mensajes y ni siquiera querían ya abogados...
Vanzetti conocía los métodos de la policía y de los esquiroles. En enero de 1916, cuando trabajaba en una fábrica de tejidos en Plymouth Rock, Massachusetts, el personal se había declarado en huelga por un dólar de aumento a la semana. Aparecieron los policías Pinkerton y los rompehuelgas, pero también los agitadores de las I. W. W. y de la A. F. L.: los primeros, apoyando el paro; los segundos, procurando un arreglo. Vanzetti, casi sin saberlo, se convirtió en orador. Hablaba a sus compañeros en su idioma nativo, el italiano, improvisando encaramado sobre un cajón. Como tantos otros que aprendían más en un día de huelga que en varios años de trabajo, se hizo **woobble** sobre la marcha: "—Cuando los guardias os expulsen de esa línea estratégica establecida por ellos —proclamó —no os vayáis; pero si os obligan a ello, deteneos en la esquina más próxima, haciendo oir la voz de vuestra indignación. Si os echan, ocupad otra esquina". Cuando la policía empezó a los cachiporrazos contra los huelguistas, Vanzetti se dedicó a auxiliar a sus compañeros heridos, a lavarlos, a restañar sus heridas. Se cuenta que, al hacerlo, lloraba como un niño. También se dice que fue entonces cuando, en aquella huelga en la que finalmente se obtuvo un aumento, decidió comprar un revólver de cinco tiros, tan viejo y gastado que difícilmente hubiese podido obtener de él resultado prático alguno.
Había nacido el 11 de junio de 1888 en Villafalleto, provincia de Cuneo, Italia, y a los veinte años de edad desembarcó como inmigrante en Nueva York, donde por no conocer a nadie padeció durante mucho tiempo las privaciones y miseria típicas de los trabajadores de su tiempo, desconocedores del idioma inglés y fáciles instrumentos de los empleadores en el juego de la oferta y la demanda de brazos. Un reciente amigo lo llamó a Plymouth Rock, Massachusetts, donde se empleó en la Cordage Co. luego de peregrinar por otras empresas y oficios. Por su mencionada intervención en la huelga quedó otra vez sin empleo: "Como una situación de hecho —dirá más tarde—, por mi frecuente participación en la nómina de oradores de grupos de todas clases, se me hizo más y más difícil hallar trabajo. En ciertas fábricas se me había incluido definitivamente en las **listas negras.** Sin embargo, ninguno de los muchos patrones que tuve podrá negar que yo era un obrero industrioso y serio, cuya única falta grave era que penosamente trataba de acercar un poco de luz a las oscuras vidas de mis compañeros de trabajo. Mi salud no era buena. Los años de rudo trabajo y los más terribles períodos de desocupación me habían quitado mucho de mi vitalidad juvenil..."
Al año siguiente de la pérdida de su empleo de ocho meses en la Cordage Co., al entrar Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial y decidir el Congreso la conscripción de los ciudadanos de los países Aliados radicados en el país y que tuviesen entre 21 y 31 años, Vanzetti y su amigo y compañero Niccola Sacco decidieron emigrar a México. Vanzetti no quería verse obligado "a matar obreros alemanes y austríacos para hacer el juego a los banqueros

y aumentar el valor de sus acciones". Para él el viaje no ofrecía problemas, puesto que era soltero y no había constituido aún familia, pero Sacco padeció mucho con el cambio: añoraba a su compañera, Rosa, y a su pequeño hijo, Dante. Sacco había nacido en Torremaggiore, provincia de Foggia, Italia, el 23 de abril de 1891, y hasta 1908, en que emigró a Estados Unidos, justamente en "el año terrible de desocupación, de miseria, de hambre", trabajó en el seno de su humilde hogar campesino. En Estados Unidos logró finalmente un puesto estable en una fábrica de calzados de Mildford, donde conoció a Rosa, con la que se casó. En ese establecimiento trabajó más de siete años, prueba de que no era reacio al trabajo.

Al retornar de México, al año siguiente, sabiendo que no serían reclutados para la guerra, Vanzetti adquirió, de un compatriota que regresaba a Italia, su carro, su caballo y los barriles para vender callejeramente pescado, ofreciendo la mercancía a voz en cuello, naturalmente en los barrios humildes. En esa faena se desempeñaba en diciembre de 1919, cuando se produce el primer episodio que meses más tarde le conducirá a la prisión y, años después, a la muerte: un frustrado asalto a algunas millas del lugar donde reside. En los siguientes meses de 1920 trabajará sucesivamente como cortador de hielo, obrero de la Electric House, barredor de nieve de las calles de Plymouth y finalmente en una empresa de construcción. En cambio, Sacco, trabajador en una fábrica de calzado de Stoughton, vivía en una casita anexa al establecimiento, para el cual actuaba así de sereno, razón que le obligaba a portar armas. Y aunque su salario no era elevado, su libreta de ahorros, al momento de su arresto, registraba depósitos por un total de 1.508 dólares, penosamente guardados con el propósito de hacer un viaje a Italia para visitar a su familia con su mujer y su hijo. El patrón fue quien, más tarde, ante el tribunal, hizo el mejor elogio de su condición obrera: "Era un trabajador asiduo; trabajaba muy regularmente desde las 7 de la mañana hasta que cerraba la fábrica, por la noche, y acudía al trabajo todos los días, o sea todo lo que se puede esperar de un hombre sano para el trabajo".

Es claro que fuera del trabajo ambos eran militantes anarquistas e integraban uno de tantos grupos de inmigrantes, fogosos en la lucha de masas, conscientes y radicalizados en la labor de esclarecimiento sindical típica de aquellos años. Y, naturalmente, pertenecían a los I. W. W. de la costa Este, que se distinguía especialmente en el estado de Massachusetts, allí donde se había producido una increíble huelga de agentes de policía, nada menos, que el gobernador Calvin Coolidge reprimió con dura mano disponiendo, entre otras cosas, su militarización, razón única que le había hecho lo suficientemente famoso como para ser designado candidato a vicepresidente de la Nación en la fórmula republicana de Harding.

Los hechos

El punto de partida de los hechos que conducirán al hondo drama que vivirán en los años siguientes Sacco y Vanzetti tiene una fecha precisa, 24 de diciembre de 1919, uno de los tantos días en que Vanzetti corea su mercancía a grito pelado y hace una buena venta de anguilas, por ser víspera de Nochebuena. En aquella mañana, a unas treinta millas de Plymouth, en la localidad de Bridgewater, un auto que conducía al cajero de la empresa de calzados L. G. White Shoe Co. fue atacado desde otro coche en momentos en que circulaba por la Broad Street, cerca del cruce con la calle Hall. El cajero llevaba el dinero para pagar al personal, pero los asaltantes no pudieron hacerse del botín porque desde el auto atacado se repelió la agresión a balazos, entablándose un recio tiroteo que duró varios mintos y que terminó cuando inopinadamente un tranvía se cruzó entre ambos automóviles. Los

"Nadie que estuviere en los Estados Unidos en el otoño de 1919 olvidará la febril mentalidad de ese tiempo. Los propietarios padecían psicosis de terror y el horrendo nombre de radical era sinónimo de bestia diabólica."
Palabras del periodista inglés A. C. Gardiner.

Woodrow Wilson. El "apóstol de la paz" no tardó mucho en sumarse a la corriente que perseguía a los comunistas, socialistas y anarquistas.

ladrones aprovecharon esta circunstancia para huir.

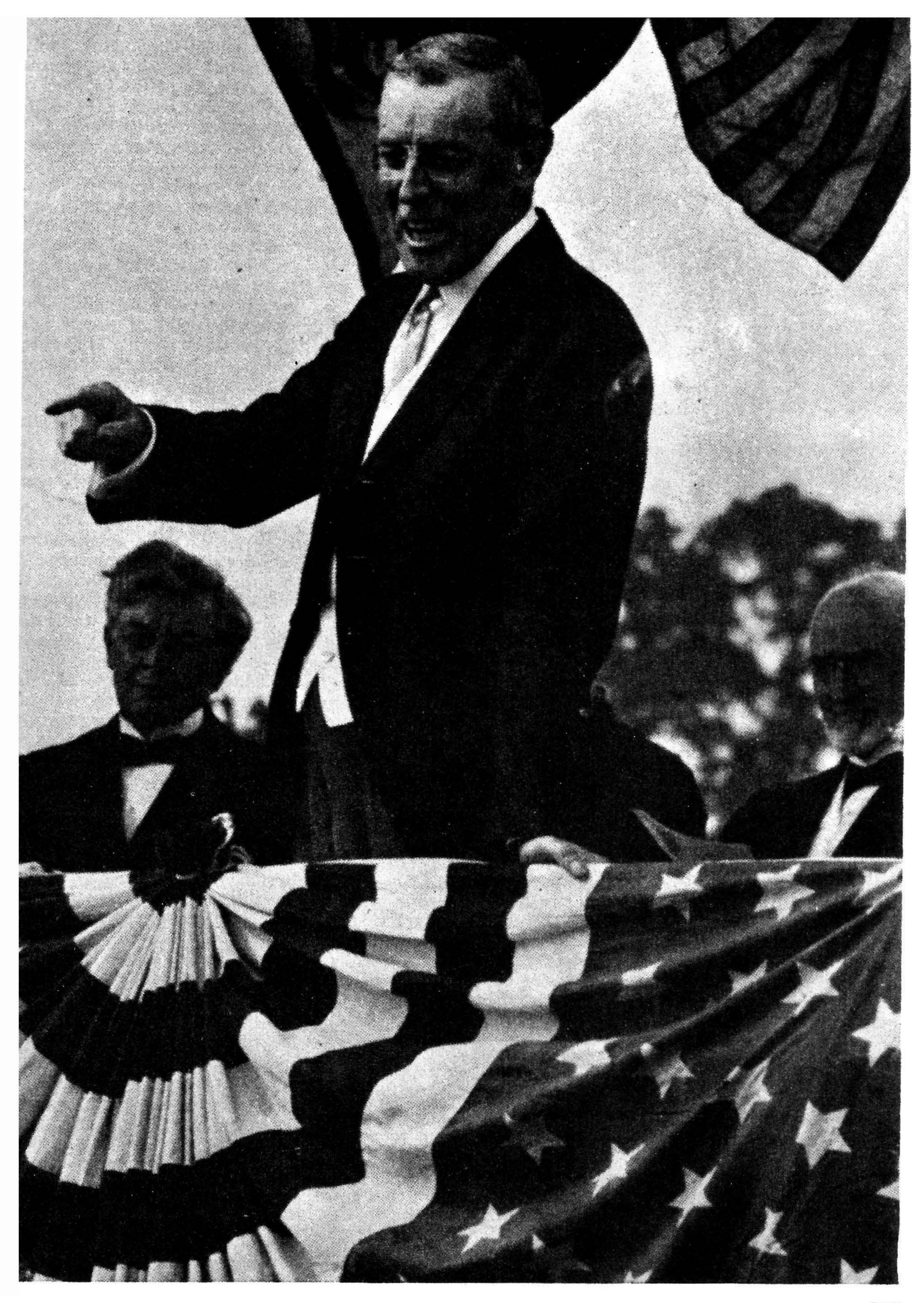
Menos de cuatro meses después, el 15 de abril de 1920, se produjo un atraco de características análogas al de Bridgewater, esta vez contra el pagador de la fábrica de calzados Slater & Morrill, de South Braintree. El automóvil había sido igualmente emboscado y sus ocupantes, el pagador Parmenter y su custodia Berardelli, resultaron muertos a balazos. Los asaltantes se apoderaron del dinero que conducían para pagar los jornales de la semana —15.776,51 dólares— y huyeron en el automóvil atacante.

El modo de operar hizo ligar los casos de Bridgewater y South Braintree. Se llegó a la conclusión de que debía tratarse de una banda sin escrúpulo alguno ni respeto por la vida humana, como lo indicaba su **modus operandi.** Los escasos testigos mencionaban a los autores como personas de tez oscura, "quizás extranjeros, italianos", aunque sin mayores pruebas ni datos confirmatorios. Hechos delictivos menores se venían repitiendo, de manera que el gobernador Coolidge pidió con éxito a la Legislatura la sanción de una ley que acordaba 25.000 dólares de gratificación a quienes suministrasen datos conducentes al descubrimiento de los autores de los asaltos. La empresa Slater & Morrill agregó un ofrecimiento en dólares, aunque de menor cuantía, y otras firmas de la zona sumaron incentivos parecidos. Se trataba de terminar con los asaltos y escarmentar a los criminales, y la policía local, además de agencias privadas de detectives, se lanzó a la búsqueda de los malhechores. Pero los testimonios eran escasos, y siempre confusos o contradictorios y hubo casos de falta de coincidencia en detalles tan simples como el del color de los automóviles: para un testigo era azul, para otro verde, para los más negro, extendiéndose la confusión a la misma marca de los vehículos: Buick, Hudson, Ford. . .

El jefe de policía de Bridgewater, Mike Stewart, atendía desde diciembre cuanta versión le llegaba, por más disparatada que fuese. No desechaba nada, todo lo sometía a escrutinio y corroboración. Y así recibió a Baragini, un italiano inventor de un globo de cristal en el que, mirando con atención, podía presenciarse el crimen como reconstruido por una película cinematográfica. Sólo debía tenerse paciencia hasta que apareciesen las imágenes. Stewart no la tenía, pero una amiga suya de Boston, que adivinaba el porvenir leyendo en las líneas de la mano o echando las cartas, se concentró lo bastante como para notar en la bola vítrea que el asalto de Bridgewater lo cometían italianos —cuatro o cinco— que vivían en los arrabales de una ciudad pequeña, en una casita, y poseían un automóvil que habitualmente dejaban en la parte posterior de la vivienda. Lo del automóvil quedó latente en el registro mental de Stewart porque a continuación del asalto de South Baintree se encontró abandonado en un bosque vecino el automóvil usado por los asaltantes y, junto a él, las huellas de un vehículo más pequeño en el que seguramente habrían huido.

Pocos días más tarde, y en momentos en que la opinión pública de Massachusetts estaba más excitada por el suceso, el jefe Stewart debió distraer su atención de lo de South Braintree: un agente federal del Servicio de Inmigración le visitó en su oficina para pedirle la detención de un zapatero anarquista, Ricardo Coacci, cuya deportación se había dispuesto aunque se hallaba en libertad bajo fianza. Precisamente estaba incurso en rebeldía por haber dejado de comparecer regularmente ante la policía de inmigración. Steward personalmente fue a ver a Coacci en su casita de Cochesett, un suburbio de Bridgewater, y le encontró, valija en mano y con un enorme paraguas, en momentos en que salía. Coacci, papeles en mano, probó a Stewart que no se había presentado por tener a su esposa muy enferma, pero que ya tenía pasaje marítimo tomado y se embarcaba en Nueva York en los días siguientes.

Hasta aquí todo era perfectamente normal: Stewart avisó a Inmigración, Coacci fue vigilado y se le vio en efecto cuando partía en



barco. Pero las cavilaciones del policía le llevaron de nuevo al recuerdo de la bola de cristal de Baragini y a lo que le había referido la vidente: italianos, casita de los arrabales de una ciudad, el apuro de Coacci por irse cuando él lo vio en Cochesett. Había algo en todo eso que no le gustaba. Coacci era un anarquista, o sea un "rojo", y todas las publicaciones de aquellos años coincidían en que los mayores crímenes y todas las desdichas de la humanidad se debían a tales "rojos". ¿Por qué los **rojos** italianos podían ser excluidos de la comisión de crímenes tales como los de Bridgewater y South Braintree? Al llegar a este punto de sus reflexiones Stewart resolvió volver a la casita de Cochesett, pues entre otras cosas Coacci le había dicho que la compartía con un compatriota, Michele Boda. Quizás encontrara las tan ansiadas pistas. No podía entender cómo un pobre italiano insistiera en marcharse de un país tan grande y rico como Estados Unidos, abandonando a su esposa enferma en manos de otros connacionales suyos. ¿Y si en la valija que vio cargar a Coacci estuviese parte del botín de South Braintree? Stewart procedió con celeridad. Comunicó sus sospechas a la policía neoyorquina para que Coacci fuese registrado al desembarcar en Italia (así ocurrió, perc todo lo que se le encontró fueron herramientas de zapatero, su único capital); paralelamente fue a la casita de Cochesett, y en tanto violentaba un viejo arcón que había pertenecido a Coacci y en el que sólo encontró retazos de cuero, de los utilizados por los zapateros remendones, conversaba descuidadamente con Michele Boda, el compañero de aquél, un italiano de menuda talla y bigotito negro, muy educado y amable, que se dedicaba a la venta de pastas alimenticias. Admitió poseer un revólver, calibre 32, Colt, para defensa personal, y lo mostró sin mayores remilgos a Stewart, ante el cual no mostró señal alguna de sentirse culpable por nada. También le dijo que para su trabajo utilizaba un pequeño automóvil, marca Oberland, pero desde hacía algunos días, arguyó, estaba sometido a reparaciones, en el taller de un tal Johnson, cuyas señas le dio. No había nada anormal en ello y Stewart se marchó, aparentemente frustrado en sus sospechas.

En el interregno se había desatado la barahúnda respecto de la situación de los presos en Park Row, Elia y Salsedo, y el grupo ácrata de Galleani, al que ambos pertenecían, agitaba los ánimos en procura de su libertad; en el grupo estaban quienes editaban **Cronaca Sovversiva:** Carlo Tresca, Carlo Valdinocci, Davide Tedesco, Niccola Sacco, Bartolomé Vanzetti y otros como Ricardo Orciani . . . Coacci y Boda. Cuando Vanzetti retornó de su ya mencionada gestión en Boston e informó a sus compañeros acerca de las torturas a que habían sido sometidos Elia y Salsedo se recomendaron mutuamente que, por las dudas, durmiesen en casas de familias amigas que pudiesen certificar su prisión en caso de ser detenidos. Y tal fue la causa de que Boda, que vivía solo, optase por no aparecer por su casa de Cochesett. Al tener noticia de esa extraña desaparición, Stewart, que seguía pensando en la bola de cristal, recordó lo del automóvil de Boda y fue al taller de reparaciones de Johnson. El pequeño coche seguía allí en arreglos, y Stewart instruyó a Johnson para que, en cuanto apareciese Boda a buscarlo, lo entretuviese y ganara el tiempo necesario para notificárselo telefónicamente.

Aquí el curso de los sucesos se entremezcla otra vez con la trágica muerte de Salsedo la madrugada del 3 de mayo: el grupo Galleani se movilizó para prevenir a la mayor cantidad posible de militantes de que la mera tenencia de literatura militante podía ser causa de deportación, y aun de torturas y hasta de asesinato revestido de la explicación de suicidio: los folletos, panfletos y libros debían ser ocultados o destruidos en caso de fuerza mayor. Vanzetti, que era quien disponía de mayor tiempo, fue a prevenir a su amigo Sacco, en Stoughton, y luego ambos se dirigieron a Cochesett para avisar a Boda si le encontraban. En cambio, localizaron allí a otro compañero, Orciani, enterándose por él de que Coacci se hallaba camino a Italia.

De la reunión surgió la necesidad de efectuar un mitín de protesta por el asesinato de Salsedo, el 9 de mayo, en Brockton, en el que hablaría, entre otros, Vanzetti. Y allí mismo se redactó un esbozo de panfleto —que la policía agregó al proceso posterior—, de cuya impresión debía encargarse Sacco. Su texto era el siguiente: "Habéis luchado en todas las guerras. Habéis trabajado para todos los capitalistas y habéis errado por todos los países. ¿Habéis cosechado los frutos de vuestro trabajo, el precio de vuestras victorias? ¿Os satisface el pasado? ¿Os sonríe el presente? ¿Os promete algo el futuro? ¿Habéis encontrado una parcela donde poder vivir y morir como seres humanos? Sobre estos problemas, sobre estas argumentaciones y estos temas, la lucha por la existencia, hablará Bartolomé Vanzetti [. . .] Habrá libre debate. Concurrid con vuestras mujeres. . ."

La localidad de Brokton estaba 16 millas al sur de South Braintree y 7 millas al norte de Bridgewater, es decir, en el centro del área de los asaltos que tanto habían excitado a la población del Estado. La lógica más elemental, aconsejaría al delincuente menos avezado a mantenerse oculto y no aparecer a la vista de cualquier posible testigo. Es decir, la presencia de Sacco y Vanzetti en ese lugar, que era un indicio a su favor, no fue —como otros tantos indicios y pruebas psicológicas o testimoniales— tenido en cuenta durante el juicio. Tampoco se creyó en su explicación de por qué los cuatro —Sacco, Vanzetti, Orciani y Boda— resolvieron ir juntos a buscar el automóvil ya reparado al taller de Johnson: querían trasportar en él el material impreso subversivo que pudiese comprometerlos en caso de un allanamiento policial.

El arresto

Así, pues, en la noche del 5 de mayo, en el taller de reparaciones de Johnson aparecieron los cuatro anarquistas, entre éstos el propietario del pequeño Oberland, Boda. Con el pretexto de comprar leche la mujer de Jonhson fue a avisar por el teléfono de un vecino al policía Stewart, mientras su marido entretenía a los italianos indicándoles amablemente que no les convenía sacar el vehículo porque tenía chapa vencida, de 1919, y podría traerles complicaciones y multas. Más le valía al señor Boda regresar con la chapa del año corriente, 1920. Sin desconfiar, convencidos por tan sensatas razones, agradecieron a Johnson el consejo y se despidieron prometiendo regresar con la chapa. Boda y Orciani montaron en una motocicleta que este último había traído y Sacco y Vanzetti tomaron un tranvía que se dirigía a Brockton, tan pacíficamente que los Johnson pudieron informar de ese detalle al policía que presurosamente acudió al lugar enviado por el jefe Stewart. El agente siguió en su coche al tranvía, lo interceptó a las pocas cuadras obligándolo a detenerse, y acto seguido, casi sin escándalo alguno, detuvo a los dos amigos sin que ninguno de ellos diera la menor muestra de rebeldía o amagara resistencia alguna.
Llevados a Brockton, en el auto les preguntó el captor a ambos de dónde venían. Contestaron: "Bridgewater". Les repreguntó que hacían ellos allí. Respondieron que habían ido ver a un amigo. ¿Que quién era ese amigo? 'Un hombre a quien llaman Poppy", explicaron. Llegados que hubieron a la comisaría, Stewart inició el interrogatorio interesándose por sus ideas políticas. Necesitaba cerciorarse previamente si eran "rojos" de alguna clase antes de resolver científicamente si la bola de cristal de Baragini había revelado por anticipado la verdad de lo ocurrido. Era justamente la pregunta que no debía hacer a quienes estaban obsesionados por las redadas de Palmer, las deportaciones, las torturas a los presos políticos, el "suicidio" de Salsedo. Sacco y Vanzetti eludieron las respuestas francas, se contradijeron, vacilaron, sumaban ambigüedades a equívocos, ignorantes de que el polizonte apuntaba hacia otra dirección. Al día siguiente, 6 de mayo, lo supieron por los grandes titulares de los diarios: "Se arrestó anoche a los bandidos de Baintree", "Dos italianos los asesinos", "Los bandidos se llaman Sacco y Vanzetti".

El "linchamiento periodístico"


Stewart, ansioso de celebridad como de un ascenso, se había apresurado a dar a los cronistas sus conclusiones, y la prensa sensacionalista de Boston y Cape Cod, según lo iba a recordar seis años más tarde el propio Vanzetti en el título de un artículo con su firma, sacaba partido de la novedad perpetrando "un linchamiento periodístico":
"Ni más ni menos. Y había que leer qué cuento espeluznante tejieron [. . .] para satisfacer la morbosidad del público. Este había sido informado inmediatamente de que 'los presuntos bandidos de Braintree son rojos italianos conocidísimos y dirigentes de huelgas" [. . .]
"Después de una noche horrible, sin descanso, soportando tormentos, amenazas, burlas e insultos, maniatados y escoltados por varios policías, fuimos a la oficina de fotografías en Main Street, Brockton, en la mañana del 6 de mayo. Estábamos enfermos, disgustados, ofendidos y lastimados; nuestra ropa estaba sucia y arrugada; nuestro pelo, desgreñado. Sólo los que han soportado el proceso que nosotros estábamos entonces sufriendo pueden darse cuenta en qué estado físico y moral nos encontrábamos. Ya en el estudio fotográfico éramos fotografiados varias veces y en diversas posiciones. Con el sombrero puesto y sin él, de perfil y de frente, parados o sentados en sillas sin respaldo. La policía escogió las dos peores fotos para entregarlas a la prensa [. . .] el mismo día se reprodujeron en toda la prensa: dos caras que habrían rehabilitado una galería de bribones, con nuestros nombres por epígrafe. Todo hombre nacido se habría estremecido al mirar esas dos fotos [. . .] Este sistema de horribles fotografías es una artimaña empleada a menudo contra los extranjeros que la policía tiene entre ceja y ceja. Las últimas ediciones nocturnas de los diarios fueron aún más virulentas y frenéticas contra nosotros.
"Los titulares en rojo se hacían cada vez más virulentos; la historia, más sensacionalista y aún menos cierta. La prensa capitalista, temerosa de Dios y acatadora de la ley, estaba excitando sádicamente a la opinión pública, provocándola locamente contra nosotros, moviendo al odio a una población conmovida hasta el pánico por una serie de robos y asesinatos, histérica ya contra los **rojos** y los **extranjeros**, con el instinto de la autodefensa, las morbosidades psicopáticas, los impulsos primitivos, miedo, prejuicio, patriotismo, celos. Y todo eso se hacía con una persistencia violenta que hubiera echado abajo una montaña. Y todo ello al segundo día de nuestra detención."
Al tercer día, junto con la noticia de que Sacco y Vanzetti se habían salvado de ser linchados por el pueblo en la comisaría —lo cual no era de modo alguno cierto—, se informó que un tercer integrante de la "banda", Orciani, había sido también arrestado (más tarde, habiendo logrado probar por medio de sus empleadores que el 24 de diciembre y el 15 de abril había trabajado en La Readville Car Shops, fue puesto en libertad; en cambio, Boda huyó o se escondió, sin que la policía pusiese demasiado celo en establecer su real paradero). Todo lo concerniente al caso era a la sazón explotado por la prensa de todo el país, y no sólo por la de la región de Boston. Vanzetti lo recordaría de este modo:
"Y así, durante una semana, la prensa capitalista estuvo machacando. Los títulos a toda plana

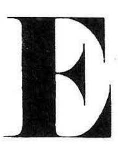
se hacían cada vez más venenosos, las historias relacionadas con nosotros cada vez más sensacionales [. . .] su lenguaje más despreciador y virulento, más sádico y feroz. Cada detalle de esas historias, con las que la prensa alimentaba al público, nos relacionaba a nosotros de un modo u otro con el crimen. Ninguno de los lectores comunes, creyentes de la prensa capitalista, hubiera podido resistir tal campaña y no creer cierta nuestra culpabilidad [. . .] tuvo éxito en provocar un linchamiento legal como ha sido nuestro caso, porque es esto lo que nos ha condenado en el corazón y en la mente de los entonces futuros jurados [. . .]

"Recordad que la lapidación moral periodística tuvo lugar en una época anormal y patológica, de pánico colectivo, y en estrecha relación con el ambiente antirrojo y antiextranjero, cuando todos creían que los adherentes a tendencias avanzadas eran capaces hasta de cometer crímenes; más aún, esas ideas eran consideradas en sí mismas como crímenes [...] el periodismo amarillo es en nuestros días, de galopante e histórica transición, una enorme fuente de ingresos y de perversión, por consiguiente de conservatismo y reacción, porque todo lo que degrada a los seres humanos o impide su perfección o la verdad es, por consiguiente, antirrevolucionario y regresivo [. . .] ¿Cómo explicar que muchos de los diarios sedicentemente francos, decentes, honestos, serios, sanos, respetuosos de sí mismos, fueran más rabiosamente sádicos y deshonestos contra nosotros —y eso en los editoriales— que los amarillos? Esto puede ser explicado sólo por un conocimiento exacto de los fines y funciones principales de la prensa plutocrática y reaccionaria [. . .]

"¿Hay uno solo que, conociendo los hechos, pueda en buena fe negar que fuimos arrestados en 1920, cuando la persecución **roja** estaba en su apogeo, cuando la terrible ola criminal se acrecentaba cada vez más, cuando el procurador general Palmer sacaba del erario público cien millones de dólares para una campaña periodística **antirroja** bajo el falso pretexto de 'salvar al país de la revolución', pero en realidad para el fin secreto de obtener la candidatura y ser elegido presidente de los Estados Unidos? ¿No es verdad, acaso, que una comisión de periodistas, sacerdotes, penalistas, sociólogos, etcétera, se reunieron recientemente para estudiar las causas del crimen y los medios para prevenirlo y llegó a la única, verdaderamente risible conclusión de 'horca y cárcel', a un sistema penal aterrador como la única panacea para la creciente criminalidad, esto es, suprimir sin conmiseración los efectos para eliminar las causas?

"¿No es verdad, acaso, que uno de los principales papeles de la prensa plutocrática y reaccionaria es combatir la idea socialista y libertaria? ¿No es cierto, acaso, que la plutocracia teme más al radical que al criminal y que está más interesado en suprimir al primero que al segundo? ¿Que el pueblo, la prensa, las autoridades y la plutocracia estaban locos por sentar un ejemplo, quemar a alguien para escarnecer a los otros y detener la criminalidad? [. . .] En la época de nuestro arresto la prensa presentó el caso y a nosotros mismos al público en el peor aspecto posible [. . .]"

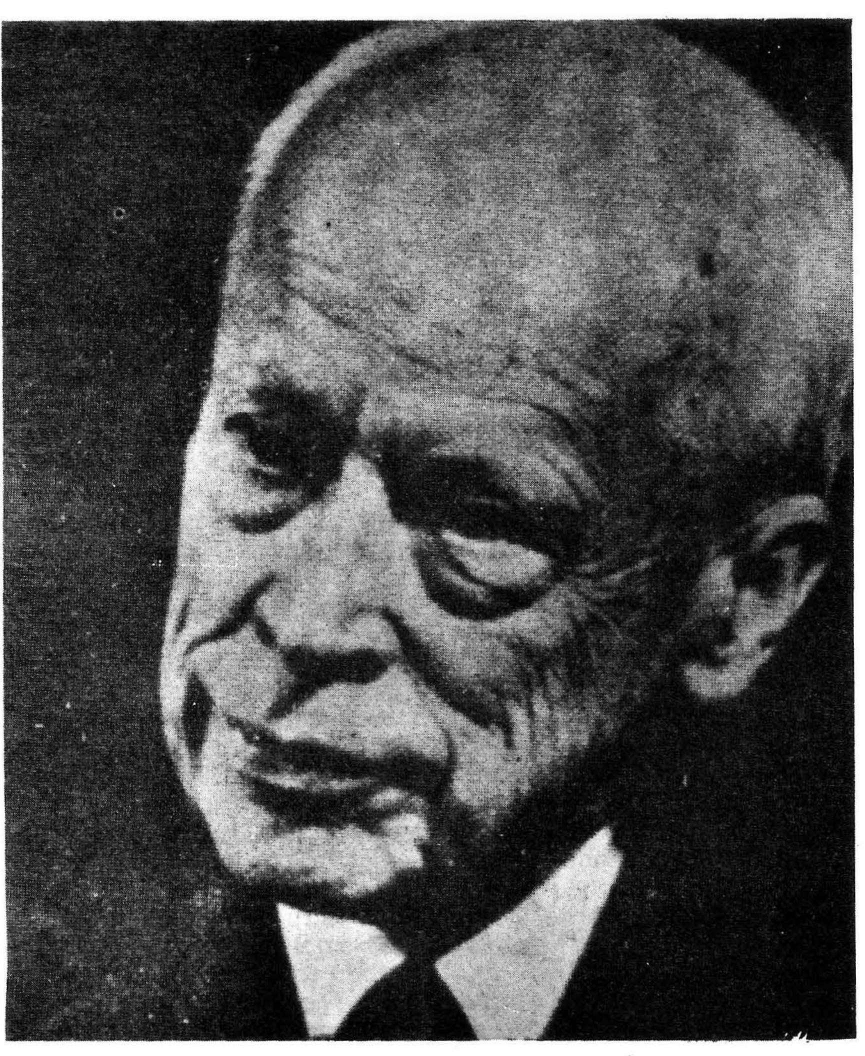
Los defensores


El cúmulo de circunstancias que condujeron a la tragedia de Sacco y Vanzetti parecía agregar factores para perjudicarles, incluso de los más inocentes o estúpidos. Habían nombrado defensor, conjuntamente con Orciani, a un abogado de Brockton, Mr. Callahan, quien no tardó en demostrar que Orciani había estado trabajando en la Readville Car Shops los días en que se produjeron los asaltos de Bridgewater y Braintree. Debió ser puesto en libertad. Pero Callahan no tuvo igual fortuna con sus compañeros: Vanzetti, como vendedor de pescado, era un trabajador independiente que debía probar por medio de testigos en qué estaba ocupado el 24 de diciembre y el 15 de abril de triste recuerdo, y Sacco, que el 15 de abril había faltado a su trabajo, probar que en efecto, como lo sostuvo desde un primer momento, había ido a ver al cónsul de Italia para preparar su viaje a su país natal. Como ello requería ampliar las pruebas de descargo y mantener abierto el sumario, los amigos de Sacco y Vanzetti estimaron que el abogado Callahan no era lo suficientemente expeditivo y recurrieron a otro profesional, John Vahey, cuyo hermano, también abogado, tenía gran reputación e influencia en Boston. Creían hacerles un bien con un abogado que tuviese poder e influencia y colocaron el primer peldaño que conduciría a sus amigos al martirio. Vahey, en efecto, que logró revocar el poder acordado a Callahan y hacer firmar otro en su favor, se comprometió por una suma de dinero especificada y con prescindencia de cuál fuese el resultado de su actuación a defender a los dos amigos. Amén de que por ese solo detalle Vahey no tenía interés alguno en ganar, se creó el interés por el lucro que podía reportar la prolongación del juicio, las apelaciones, recusaciones, etcétera, o sea todo el juego legal.

Los amigos de Sacco y Vanzetti creían hacer lo mejor y los propios encarcelados, ignorantes de cuanto concerniese a asuntos judiciales, lo aprobaron sin saber, por ejemplo, que tanto Vahey como su prestigioso hermano de Boston eran muy amigos del juez de distrito designado para juzgarles, Webster Thayer, y del procurador fiscal de distrito, Frederick Katzmann, su acusador estatal, ambos ambiciosos de escalar posiciones en la judicatura, el uno para llegar a la Suprema Corte, el otro para ser procurador del estado y entrambos, entretanto, lo suficientemente imbricados con los representantes de los factores de poder de la región como para convertir el caso de los dos acusados en un problema personal del que dependía su futuro. El más importante de esos factores lo constituía la Plymouth Cordage Company, aquella empresa que dominaba la vida de Plymouth y contra la cual se había desarrollado meses atrás una huelga de sus tra-

Arriba: Edgar J. Hoover, jefe del F.B.I., uno de los principales instigadores de las "redadas rojas". Abajo: Norman Thomas, veterano dirigente socialista, fue encarcelado durante la histeria anticomunista del año 1919.





bajadores, en la que había actuado de manera destacada el propio Vanzetti. Aunque ignorante de que su empleado podía ser acusado por los crímenes de Bridgewater y Braintree, la compañía se había sumado públicamente a la campaña para reprimir los asaltos y asesinatos de la región ofreciendo una fuerte suma de dinero para quienes contribuyeran al arresto de los culpables.

Como una muestra más de lo que podríamos llamar en principio "mala suerte" de los acusados, Vahey se sirvió desde el primer momento de los buenos oficios de Doviglio Govoni, miembro de la colonia italiana de Plymouth. En la extensa carta que Vanzetti escribió más tarde a su compañero Librado Rivera, de México (y que tradujo y publicó **La Protesta**, de Buenos Aires, entre el 18 y el 27 de marzo de 1927), se refirió a Dovoni como "uno de los peores individuos [. . .] tan pervertido que había perdido su trabajo de intérprete de los tribunales italianos, y haragán crónico, capaz de todo menos de trabajar y de hacer el bien. Seguramente que mis amigos, en circunstancias ordinarias, no hubieran confiado absolutamente en él. Pero lo inesperado de mi arresto y la grave acusación los había, por así decirlo, aturdido, no sabían qué hacer; uno de mis conocidos tenía mucha confianza en Mr. Vahey [. . .]"

La razón de las mentiras de Sacco y Vanzetti

En la misma carta Vanzetti da cuenta de las primeras circunstancias que se fueron eslabonando en su contra, hábilmente explotadas por quienes, a la larga, serían sus verdugos:

"Cuando fuimos arrestados e interrogados dijimos una serie de mentiras. Este hecho fue aviesamente esgrimido contra nosotros, tanto por el procurador de distrito como por el juez, como prueba de que éramos conscientes de nuestra culpa. La [. . .] defensa quiso explicar nuestro temor aduciendo nuestra condición de adherentes a ideas avanzadas, diciendo que temíamos el castigo por la actividad radical que desarrollábamos y que conocíamos las brutalidades y los asesinatos cometidos con muchos radicales por ser tales. Para invalidar esta tesis el juez Thayer dijo: 'Han mentido porque eran conscientes de su culpabilidad; aseguran que estaban asustados por ser radicales, pero como radicales sólo caían bajo la sanción de la deportación y no podían en modo alguno temer ésta ya que pensaban irse a Italia'. Thayer se esforzó por invertir, falsificar y tergiversar las cosas con el propósito de enviarnos a la silla eléctrica y obtener así el sitial que anhelaba."

Vanzetti repetiría una y mil veces, en forma verbal y en sus numerosas cartas, que lo que les atenaceaba era el recuerdo de compañeros suyos apaleados, torturados, desaparecidos o simplemente muertos como en el caso de su amigo Salsedo. En su carta ya citada, a Rivera, le diría:

"Es verdad que Sacco estaba preparado para irse a Italia y yo pensaba ir el próximo invierno, después de la estación de la pesca. Queríamos ir a Italia, pero no ser deportados. Aborrecemos la deportación como una violación del derecho individual y como un insulto a la dignidad humana. También la temíamos porque nos hubiera privado de la posibilidad de regresar a este país, por cuyo progreso hemos dado el vigor de nuestra juventud, la sangre de nuestras venas, y al que estábamos vinculados por el amor y la amistad. Es una vergonzosa mentira la de que nosotros, como desheredados, como anarquistas, como revolucionarios, temíamos solamente la deportación cuando fuimos arrestados. Precisamente el día de nuestro arresto leímos en un diario que el día anterior nuestro camarada Salsedo fue lanzado por una ventana del 14º piso del edificio de Park Row, en Nueva York, estrellándose en la calzada; había sido retenido ilegalmente e incomunicado por los agentes federales, juntamente con su camarada Roberto Elia.

"Sabíamos del camarada Marrucco, de Penn, que fue deportado a Italia, pero que nunca alcanzó las playas italianas. Sabíamos que los verdaderos traidores de esta nación y los verdaderos espías alemanes habían sido libertados de todas las prisiones norteamericanas; pero también sabíamos que había y aún hay, en las cárceles de los Estados Unidos, centenares de socialistas, sindicalistas y anarquistas acusados de haberse opuesto a la matanza más grande de la historia, la guerra, y por ello condenados a cumplir condenas monstruosas. Eugene V. Debs, uno de los pocos grandes hombres del mundo, uno de los mejores hijos de Norteamérica, estaba en la prisión federal de Atlanta. Sabíamos de los Mártires de Chicago, del proceso fraguado a Mooney y Billings, del caso Centralia, del caso Ettor-Giovannitti y del destino de John Hillstrom (Joe Hill). Teníamos motivos para estar asustados, motivos personales e históricos. También sabíamos que durante los recientes arrestos de Massachusetts, para la deportación, muchas víctimas habían sido arrastradas a la locura y al suicidio por los malos tratos a que fueron sometidos por el Departamento de Justicia.

"Sabíamos lo que políticos y funcionarios de las altas esferas habían dicho sobre los militantes. Uno proclamó: 'Los radicales deben ser primero fusilados y luego juzgados'. Y otro: 'Me gustaría colgar a todos los radicales en una **piazza** frente a mi casa'. Y la lista podría continuar, pero esto prueba que teníamos razones para estar atemorizados cuando fuimos detenidos, aun sin tener en cuenta nuestra conciencia de ser radicales, lo que significa que éramos más odiados por los capitalistas, jueces y fiscales que los criminales. Fuimos arrestados y brutalmente maltratados y amenazados. Dar un nombre, una dirección o una información hubiera significado una lluvia de allanamientos, el hallazgo de literatura libertaria y de correspondencia privada, familias aterrorizadas, detenciones, procesos, deportaciones y así sucesivamente.

"¿Debíamos convertirnos en espías? No somos de los hombres que traicionamos a los amigos y camaradas a cambio de la propia liberación, nunca. Obligados a

hablar, y por otra parte, determinados a no herir a nadie, nos vimos compelidos a mentir. No nos avergonzamos de ello. Esto prueba solamente nuestra determinación de no ser cobardes. Nuestras mentiras estaban enderezadas a lo que dijimos más arriba y si se considera el proceso se verá que su inconsecuencia se hace cada vez más aparente. Y si el juez y el procurador de distrito hicieron tal barahúnda en torno de ellas, se debió a su conciencia de no tener nada mejor contra nosotros que el manejo de la duda, que llenar la mente del jurado con dudas, que usar la duda contra nosotros y conseguir así nuestra condena."

Sobre la represión del movimiento obrero en los Estados Unidos

En apoyo de estos datos, el viejo anarquista español don Diego Abad de Santillán describió en 1928 este rosario de razones que inducían el temor de Sacco y Vanzetti en cuanto a su seguridad personal o a la eventualidad de que pudiesen ser torturados para revelar nombres y direcciones de sus compañeros:

1913: Huelga de obreros remolacheros de Wheatland, California, con cantidad de muertos y heridos: dos militantes obreros, Suhr y Ford, son condenados a 99 años de prisión cada uno. Son inocentes, y se les amnistiará, pero después de trece años de cárcel. Huelgas en las minas de Colorado: solamente en las minas de Ludlow las tropas del ejército provocan con su represión 45 muertes —entre ellas de mujeres y niños— y centenares de heridos.

1915: Asesinato legal del poeta y militante Hillstrom (Joe Hill), falsamente acusado por la policía.

1916: Violenta represión policial antiobrera en Everett: cinco muertos, 40 heridos, centenares de arrestos, 74 procesados. En otros procesos, 116 miembros dirigentes de I. W. W. son sentenciados a penas entre uno a 20 años por el mero hecho de su militancia.

1917: El líder socialista Eugene V. Debs, ex candidato a la presidencia, de 64 años de edad, es condenado a diez años de prisión por expresar opiniones contrarias al ingreso de Estados Unidos en la guerra. La Standard Oil arma, entrena y paga bandas civiles parapoliciales destinadas a combatir al movimiento obrero. En California son arrestados, falsamente acusados por la explosión de una bomba, los obreros Tom Mooney y Warren K. Billings; sólo a duras penas escaparán de la horca, pero su libertad se resolverá en la década del 30.
Huelgas de obreros del cobre en Arizona, destierros en masa al desierto, violenta represión policial. En Butte, Montana, linchamiento de Frank Little y prisión y procesamiento de 1.164 obreros.

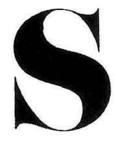
1918: Sangrienta represión antiobrera en Centralia. Es linchado el obrero Wesley Everest; 14 obreros, por haberse defendido contra el asalto de las bandas parapoliciales, son condenados a penas de 8 a 20 años de prisión. Se inician las "redadas rojas" en forma tímida.

1919: El fiscal W. Mitchell Palmer inicia batidas masivas antiobreras que alcanzan ribetes de violencia desconocida en el país. El pretexto es el "bolcheviquismo". Se fleta el "Arca soviética", con centenares de militantes de origen ruso, entre ellos los célebres anarquistas Emma Goldmann y Alexander Berkmann. Se acentuarán —y continuarán hasta 1920 inclusive— los procesos contra los militantes de la I. W. W. y otros organismos obreros de otro signo político, acusados de "sindicalismo criminal".

1920: Otra huelga sangrienta en Butte, Montana, provoca entre los obreros 20 muertos y decenas de heridos. En West Virginia se desata el terror patronal contra los mineros del carbón.

"El bolcheviquismo golpea a nuestras puertas. Debemos conservar nuestra patria plena, limpia e incorrupta. Debemos alejar a los obreros de la literatura y de los engaños comunistas. Debemos tener la seguridad de que nuestras ciudades permanecerán puras."
Al Capone, 1919.

El proceso



Sacco y Vanzetti debían pensar en todo ello cuando, en la segunda semana de mayo de 1920, se inició contra ellos en Brockton la audiencia preliminar; el 18 las actuaciones pasaron al tribunal de West Norfolk. Ya actuaba como juez instructor Webster Thayer. Por lo de Bridgewater se le escapó Sacco, porque su patrón pudo demostrar que el 24 de diciembre trabajó en su fábrica; en cambio debió admitir —ya Sacco lo había declarado sin violencia alguna— que el 15 de abril pidió permiso para trasladarse a Boston para gestionar ante el cónsul italiano la visa para viajar a su patria. Vanzetti tenía una explicación no más difícil de probar: la víspera de Navidad había vendido anguilas a 25 centavos la libra, cuando otros vendedores ambulantes las cobraban a 1,25 dólar y hasta a 1,50 la libra. Dada la diferencia de precio y el hecho de entregar la mercancía en la propia casa del cliente, había anotado con antelación numerosos pedidos, para cumplir los cuales debió trabajar arduamente durante todo el día 24. Y Plymouth estaba situada a unas treinta millas de Bridgewater . . . Los que le habían comprado se ofrecieron para testimoniar en su favor, y así se obtuvo la declaración jurada de unos treinta testigos; pero, como lo señaló acertadamente el profesor Frankfurter, "por supuesto que todos esos testigos eran italianos", un **detalle** deteriorante en lugar de favorecedor, pues el sentimiento chovinista se focalizaba sobre todo contra los inmigrantes de esa nacionalidad, a los que se asociaba normalmente con la criminalidad y la subversión social. El fiscal Katzmann explotó eso con habilidad, previniendo que "los compatriotas se defienden entre ellos". Vanzetti comentaría luego con amargura: "Si los testigos de la defensa hubieran sido norteamericanos en lugar de italianos, ningún jurado norteamericano me hubiese encontrado culpable. Si en lugar de haber trabajado en Plymouth entre italianos el 24 de diciembre hubiese estado en Boston asociado con la gente del hampa hubiera ocupado el estrado y convencido al jurado de mi inocencia. El mundo criminal sabe cómo testificar en los tribunales, eso es parte de sus actividades, y es menos odiado y despreciado por la mayor parte del pueblo, jueces y fiscales de lo que lo son los italianos y los radicales." Katzmann anuló metódicamente todos los testimonios que beneficiaban a Vanzetti o probaban su presencia en Plymouth la mañana del primer asalto. El juez Thayer, por su parte, contribuía maliciosa o falazmente a confundir a los testigos con preguntas ambiguas o sacaba conclusiones de las respuestas como si se propusiese aclararlas ante el jurado, pero en realidad lo hacía para diluir su contundencia o rebajar su importancia. Por ejemplo, cuando el adolescente Bertrando Brini, de 13 años de edad, testimonió y dio pruebas de que había estado trabajando con el acusado en el reparto de anguilas el 24 de diciembre desde antes de la hora del asalto y después de ella, Katzmann lo sometió a un interrogatorio de dos horas en cuyo trascurso tendió astutamente trampas al muchacho para hacerle incurrir en contradicciones. No lo logró a causa de la firmeza de sus respuestas. Al día siguiente, al reanudarse la audiencia, durante una hora más machacó a Brini, sin obtener de él más que lo que había logrado el día anterior, lo cual favorecía a Vanzetti. En vista de ello, voviéndose al jurado, dijo: "Los padres de un muchacho tan inteligente tienen derecho a estar tan orgullosos de él, pero lo que os dijo desde el estrado es una lección aprendida de memoria". Con artimañas como ésta, de que están plagadas las actas del proceso se logró la condena de los acusados.

"Ahora tengo que decir que soy inocente de todas estas cosas; que no sólo he luchado toda mi vida para desterrar los crímenes, los crímenes que la ley oficial y la moral oficial condenan, sino también para desterrar los crímenes que la ley y la moral santifican: la explotación y la opresión del hombre por el hombre. Y si hay alguna razón por la que yo estoy en la sala como reo, si hay alguna razón por la que usted va a condenarme es esa y no otra."
B. Vanzetti.



La traición de Vahey

En un principio el abogado Vahey y su ayudante Govoni, durante la audiencia preliminar en el tribunal de Brockton, confundieron y destruyeron los testigos del estado. Pero el 18 de mayo, cuando por razones de jurisdicción la audiencia se realizó en el tribunal de East Norfolk, donde el acusado era Sacco —por el asalto de Braintree— y el estado ni siquiera pudo permitirse presentar un testigo que pudiese incriminarle indirectamente, se produjo un significativo cambio en la actitud del abogado Vahey y su asistente Govoni. A pesar de que se les unió un buen abogado de Boston, Graham, como defensor de Sacco, suspendieron toda actividad relacionada con la defensa de los acusados. Se mostraron indolentes allí donde era importante la celeridad, dilataron actuaciones cuando lo que importaba era abreviarlas y, por último, como si nada tuviesen ya que ver con la causa, se desentendieron de ella no sin procurar cobrarse lo más posible. Cuando reparó en tales detalles Vanzetti descubrió iguamente que no sólo le había traicionado no haciendo nada, sino, mucho peor aún, que Govoni había actuado contra él:

"Se condujo aún peor: intentó convencer a los que me habían visto o se toparon conmigo en Plymouth a la hora del crimen (24 de diciembre) que su testimonio era de poca monta, mientras fingía dar gran importancia al testimonio de aquellos que me habían visto en Plymouth aquel día pero a altas horas de la noche, para así disminuir el número de los que me habían visto a la hora precisa del crimen [. . .] aparte de no hacer nada por mi defensa, estaba haciendo todo lo posible por debilitarla, dando a Katzmann la oportunidad de decir que cuando los testigos afirmaban haber visto a Vanzetti en Plymouth, éste había tenido tiempo suficiente de volver a Bridgewater. Pero por supuesto que Govoni fracasó en su propósito y numerosos testigos manifestaron habernos visto en Plymouth a la hora en que se cometía el asalto de Bridgewater.

"Debemos a esta traición el hecho de que mi defensa haya consistido casi exclusivamente en mi terrible ausencia [. . .] En cuanto a Mr. Vahey, me hizo muy pocas preguntas referentes a mi defensa y a partir de la terminación de la audiencia preliminar hasta el final del proceso, no planteó ninguna cuestión acerca de mi caso. Por el contrario, comenzó por prometerme la silla eléctrica: 'Os pondrán en ella junto con Sacco...' y, en este punto, acostumbraba dejar de hablar, empezaba a silbar, trazando movimientos espirales con su mano derecha, recto el dedo índice. Este fue el único trabajo hercúleo realizado por Mr. Vahey en mi defensa mientras fumaba gruesos cigarros comprados para él por el pobre pueblo italiano. Pero las palabras de Mr. Vahey prueban que sabía antes del proceso de Plymouth que yo sería procesado por el asalto de Bridgewater y el asesinato de Braintree. Esto debe ser recordado constantemente porque, junto a otras cosas [. . .] probaré la traición de Vahey. Suponer que Vahey y su agente Govoni hubieran sido inducidos a obrar así por estar convencidos de mi culpabilidad, sería tan falso como injusto. No había habido nada en el caso para justificar, ni aun excusar, tal duda. Siempre he protestado de mi inocencia: la colonia italiana y muchos norteamericanos de Plymouth fueron en masa a probarlo. La audiencia preliminar había demostrado la imposibilidad y la inconsistencia del cargo en mi contra. La verdad es que ambos, la parte acusadora y el abogado de la defensa, se dieron cuenta de que sin la traición de este último el proceso fraguado sería un fracaso y mi culpabilidad una cosa imposible: de ahí la traición."

Entretelones del juicio



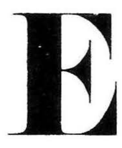
El proceso de Plymouth comenzó la última quincena de junio de 1920 y terminó la primera semana de julio, con el dictamen de que Vanzetti había participado en el asalto de Bridgewater, de modo que se le declaró convicto de intento de robo y asesinato. Uno de los testigos de la defensa, el panadero Luis Bastoni, declaró bajo juramento que Vanzetti había estado en su negocio exactamente a las 7.45 del 24 de diciembre anterior, la hora y el día del frustrado asalto, para pedirle prestado su carro y su caballo con motivo del reparto excepcional de anguilas de ese día pero, como la Navidad daba también trabajo extra a los panaderos, él debió rehusarse. ¿Que cómo estaba tan seguro de la hora? Muy fácilmente: porque a esa misma hora oyó la sirena de la Cordage Company, lo que le recordó sus propias necesidades de cumplir con la clientela, y así se lo hizo notar a Vanzetti. El testimonio era muy importante para este último, pero Thayer se las ingenió para anular su efecto: junto con Katzmann azuzaron al testigo, poco conocedor de los usos y lenguaje tribunalicios, y le hicieron proferir imprecaciones y modismos coloquiales italianos, descalificándole a continuación ¡por falta de respeto al tribunal. . .!

En el folleto en el que Vanzetti relató esos y otros entretelones del inicuo juicio, alega que todos los testimonios en su favor fueron lógicos y consistentes y que dudaba de que en toda la historia judicial de Massachusetts hubiera habido un acusado con un justificativo "más convincente, consecuente, coherente y más verídico" que el suyo. Pero en la época y el lugar en que fue juzgado, ante doce jurados norteamericanos "llenos de odio y de prejuicios religiosos, políticos, raciales y económicos", dominados por el juez y ayudados por el abogado Vahey, el fiscal Katzmann "desarrolló un juego extremadamente sucio contra los testigos italianos que defendían a un anarquista italiano", faena en la que participó traidoramente el asistente Govoni, informando subrepticiamente al fiscal "de la amistad, ideas, relaciones comerciales, amistosas o familiares" de los testigos italianos. De esa manera Katzmann indujo al

jurado maliciosamente a la creencia de que todo cuanto se decía en favor de Vanzetti era por solidaridad nacional, porque "los italianos siempre se defienden entre sí sin preocuparse de si son delincuentes u honrados", llegando incluso a sugerir que, de otro modo, se exponían a **vendettas** del tipo de las de la maffia. Insistió en la maniobra al término de la declaración del jefe policial Stewart, quien dio lectura al sumario e interrogatorio de la noche del 5 de mayo, donde constaba que Vanzetti se había declarado "partidario de cambiar el gobierno, aun por medio de la violencia si fuese necesario". En efecto, al insistir en este **detalle** que erizaba la piel de "los buenos y decentes ciudadanos de Massachusetts, respetuosos de la Constitución de los Estados Unidos y fieles cumplidores de sus leyes", Katzmann deslizó la sugestión de que los "honorables miembros del jurado" debían tener presente que "los compatriotas siempre se defienden entre ellos", lo que apuntaba a la presunta solidaridad tácita de cualquier italiano con Vanzetti.

En Plymouth, tres o cuatro testigos del estado identificaron "positivamente" a Vanzetti como uno de los bandidos de Bridgewater y un quinto estuvo "casi seguro", aunque "no lo afirmaba", pero al decidirse a describir al malhechor la pintura que hicieron los delató: "Más bien bajo" —dijo uno (Vanzetti era alto)—, "más bien joven, de alrededor de 23 a 24 años de edad" —dijo otro (Vanzetti había ya cumplido los 32 y aparentaba mayor edad aún, por sus muchas enfermedades y hambres padecidas)—; "bigotes a lo Charlie Chaplin, cortos, con las guías cortadas" —proclamó un tercero (los de Vanzetti eran grandes, caídos, a lo morsa)—; "pelo a la Pompadour" —indicó un cuarto testigo (algo imposible en Vanzetti, de pelo lacio y con grandes entradas)—; "lo vi al volante del automóvil" —acotó un quinto. (luego, hasta el mismo Katzmann se vio obligado a admitir que le constaba que Vanzetti no sabía conducir ni lo había hecho en su vida). Pero además de mostrar a una persona totalmente distinta del Vanzetti real, los testigos no sólo incurrían en contradicción consigo mismos sino entre sí. Uno lo había visto con gorra; otro con sombrero blando, el de más allá con sombrero duro y el de más acá simplemente sin sombrero en un día de mucho frío y en circunstancias en que hasta el menos ducho de los ladrones saben que un sombrero dificulta cualquier posibilidad de identificación; un cuarto testigo, finalmente, había observado que la cabeza tenía una "conformación cómica", parecida a una bala, lo cual también descartaba a Vanzetti, quien, por otra parte y antes de su detención, jamás había estado en Bridgewater. Y cuando debieron referirse al lugar de Vanzetti en el automóvil asaltante, la testigo Georgina Brooks le ubicó frente al volante, otro testigo en el asiento de al lado y un tercero en el asiento de otrás. Todo al mismo tiempo y en escasos segundos, sin interrumpir el tiroteo a los guardias y pagador asaltados. El pagador de la Bridgewater Shoe Company se negó durante el juicio a reconocer a Vanzetti "positivamente" como uno de los malhechores que le atacaron; debido a su pudor moral, semanas más tarde perdió su empleo en la empresa. El guardián Bowles, en cambio, le identificó "positivamente", aunque tuvo menos tiempo y oportunidad que el pagador para observar al presunto asaltante pues, al caer herido el chofer, debió hacerse cargo del volante casi en el momento mismo de iniciarse el asalto, manejar con la mano izquierda para evitar que el coche chocase, y disparar con la derecha contra los bandidos. Y además mirar con atención los rasgos de estos últimos. Un anticipado **superman,** en síntesis. Era obvio que reconociese a Vanzetti: era no sólo guardia de la empresa sino policía particular y, además, uno de los asaltados. Pero durante el sumario, según lo denunció Vanzetti, "todo el pueblo de Bridgewater" lo vió durante tres o cuatro días con sus correspondientes noches en la comisaría de Brockton, llamado por el jefe Stewart... Y, aun así, Bowles no pudo distinguir a Sacco de Vanzetti hasta el día de la audiencia preliminar en Plymouth, en que Stewart llevó al detenido Vanzetti hasta el tribunal de Brockton en un automóvil... en el que viajaba Bowles.

El juez Thayer y los jurados

l fiscal Katzmann era un masón de categoría. Ejercía una oratoria envolvente, llamaba a los defensores "hermanos" y era temible por su capacidad leguleya. El juez Thayer, por su parte, era el primer juez del más alto tribunal del estado de Massachusetts. Padecía un tic nervioso que le desesperaba porque lo obligaba a hacer gestos y muecas a pesar de sus esfuerzos por dominarse. Desempeñaba su función como una tragedia en la cual él era el héroe y lo dominaba un obsesivo odio hacia los "rojos".

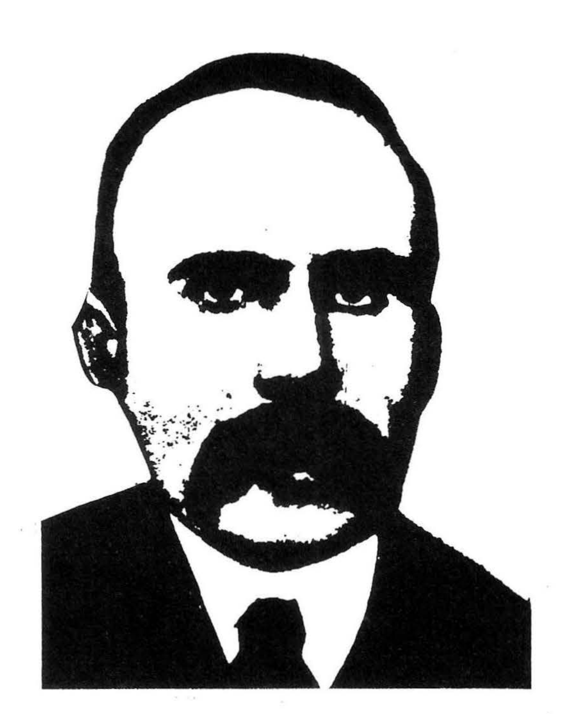
Una norma entre los jueces se refiere a la improcedencia de discutir ninguna causa pública más que en la sala de audiencias, pero en el proceso Sacco-Vanzetti Thayer bordeaba y traspasaba los límites tradicionales. No podía contenerse y hablaba sin cesar en cualquier parte. En un campo de fútbol se aproximó a un profesor de Dartmouth, que luego hizo público el hecho, diciéndole en alta voz: —¿Ha leído lo que hice con esos anarquistas hijos de puta?

Los anarquistas de Boston recogieron esas palabras y las inscribieron en una bandera con la que salieron en manifestación. La policía cargó contra ellos, los dispersó y destrozó la bandera. El Ayuntamiento de Boston se negó a oír en sus locales a los oradores públicos, medida que se tomaba por primera vez en 300 años.

Cuando se designó el jurado que debía participar en la causa, se lo eligió cuidadosamente entre integrantes de la clase media baja y, si se incluyó también a obreros, se obró de tal modo que éstos coincidieran en mirar con malos ojos a los inmigrantes llegados de lejanas tierras para **revolucionar**



Arriba: entrada de la cárcel de Boston donde se cumplió la sentencia. Abajo: los rostros de Bartolomeo Vanzetti y Nicola Sacco.



"Pero el nombre de Sacco ha de vivir cuando el señor fiscal y sus huesos sean polvo dispersado por el tiempo. Cuando nuestro nombre y el suyo, vuestras leyes, vuestras instituciones y vuestro falso dios sean solo un vago recuerdo de un tiempo maldito en que el hombre era el lobo del hombre."
B. Vanzetti.

al país y hacer imposible la vida a los "blancos" de Nueva Inglaterra. Estaban lejos de sentir solidaridad de clase; por el contrario, creían seguir el punto de vista norteamericano. La actitud general hacia los italianos era despectiva. Ignacio Silone hizo en **Fontamara** esta síntesis de la escala social: primero estaba el rey, después la reina, después sus hijos, después el Papa, después los mariscales, después la policía, después los industriales, después los comerciantes, después los abogados, los médicos y demás profesionales, después los empleados, después nada, después nada, después los perros, después nada, y recién después venían los **cafoni**, o sea, los campesinos pobres. En Boston los inmigrantes italianos eran considerados como pobres blancos situados muy por debajo de los negros. (Es decir, el papel que en la época actual les toca a los inmigrantes de Puerto Rico.)

Un miembro del jurado era míster Arthur S. Nickerson, encargado por la Cordage Company de la fábrica de Plymouth, de donde había sido despedido Vanzetti. Otro era accionista de la misma compañía. Con semejante jurado el fallo tenía que conocerse por anticipado. El fiscal empezó su requisitoria tratando de probar la teoría de Stewart, pero no había prueba alguna que confirmara su tesis. Se trataba de simples conjeturas apoyadas en declaraciones vacilantes, contradictorias cuando no interesadas de los testigos.

La acusación tendía a probar que el agresor llevaba bigote recortado. Vanzetti se señalaba sus cabellos revueltos, que no podían estar en orden por su contextura. Todos atestiguaban que Vanzetti no se había afeitado ni recortado el bigote. Ocho años seguidos ostentó su bigote de morsa y todos le conocían así, pero era inútil. Insistió Vanzetti en que se aclarara la importante cuestión y en un momento de indignación dijo en la cárcel a los defensores que si no aclaraban el asunto se levantaría en el acto del juicio y les denunciaría como traidores. El picapleitos Govoni fue a buscar a los amigos de Vanzetti y entre todos se dedicaron a buscar personas que atestiguaran la verdad. Pero el resultado era siempre igual. Los mismos policías que durante varios años le habían visto en la calle tenían miedo a perder el pan si decían la verdad; algunos contratistas que se habían relacionado con Vanzetti temían la pérdida de futuros contratos. Los barberos italianos tenían miedo de que les boicotearan sus pequeños establecimientos. El miedo era como una epidemia. Finalmente un contratista italiano llamado Christofore decaró en juicio que siempre había conocido a Vanzetti con el mismo bigote. El fiscal Katzmann comenzó a burlarse del testigo, que no entendía el inglés, y terminó preguntándole si recordaba la forma del bigote del propietario de un hotel importante de Plymouth. El testigo le atribuyó un bigotito incipiente, pero al hacerse comparecer a ese señor se vio que iba completamente afeitado.

¿A qué seguir tratando el tema —concluyó Katzmann— si el testigo adjudica bigote a un caballero que nunca lo llevó? Lo que no dijo fue que se trataba de una treta infame; que aunque Vanzetti y Christofore habían visto al hotelero con bigote, los miembros del Jurado no eran del barrio y no le conocían, en tanto que Katzmann y Thayer eran amigos de ese propietario y le indicaron se afeitase en cuanto habló el conocido de Vanzetti.

Cuando habló al jurado, el juez Thayer supo perfectamente cómo enderezar su voto según los prejuicios dominantes, sin que pareciera referirse a ellos. Al estudiarse posteriormente el caso y tratar de confirmar lo que dijo entonces Thayer se descubrió que las notas auténticas estaban quemadas y que en la copia facilitada a la defensa faltaban en parte, por extraña omisión, los cargos formulados por el juez.

Al retirarse los jurados a deliberar, se llevaron los cuatro cartuchos que se alegaba haber encontrado a Vanzetti. Según los peritos, se trataba de cartuchos ordinarios de caza, cargados con perdigones muy menudos, de los llamados "mostacilla", que no servían para matar a un hombre. Los jurados quisieron convencerse por sí mismos; abrieron los cartuchos y se encontraron con que estaban llenos de perdigones loberos, de los que sí matan hombres.

En la ley norteamericana, como en la inglesa, hay un principio fundamental referente al hecho de que toda prueba y toda evidencia han de practicarse y producirse en presencia del defensor. Los jurados preguntaron a Vanzetti qué significaba la carga de perdigones grandes. Tal vez se los dio Sacco o los cogió Vanzetti de un armario. No había manera de identificar los cartuchos, ni Vanzetti pensó en tal cosa. El jurado fue más allá, incluyendo en el veredicto la existencia de los perdigones grandes. Al día siguiente, uno de los jurados encontró por casualidad al juez Thayer en un restaurante y le enseñó muchos cartuchos iguales. Comprendió el juez que si trascendía aquella historia, todo lo hecho y gastado en aquel juicio oral no iba a servir para nada, y llamó a Katzmann, que acudió puntualmente, apoderándose de cuantos cartuchos llevaba el jurado antes de que abandonara éste el local. Llamó después por teléfono a los demás jurados y, una vez congregados, les previno de antemano, por lo que el incidente quedó sofocado.

Medio año después descubrióse la verdad sobre la reunión, y algunos jurados hicieron declaraciones sobre el particular, ya que se intentó un esfuerzo para invalidar el proceso. Se pidió revisión y nuevo jurado. El juez Thayer, intérprete de las augustas leyes de Massachusetts, se negó a admitirlo. Cuando alegó la defensa que el juez incurría en infracción que perjudicaba a los procesados, Thayer escuchó solemnemente los argumentos y solemnemente los rebatió afirmando que no era competente para ordenar la revisión. Declaraba incidentalmente que no originaba ningún perjuicio, pero en el círculo de sus aristocráticas amistades se jactó luego frecuentemente: "¿Han visto ustedes lo que hice con esos hijos de puta de anarquistas?"

La calificación fiscal era de tentativa de asesinato y de robo. El juez indicó que el móvil de los agresores era intimidar, ya que disparando a tan corta distancia no causaron heridas; pero al abrir-

se los cartuchos se encontraron perdigones grandes o balines, lo que modificó la cuestión, hizo olvidar el sumario y dictar un veredicto de culpabilidad, aplicándose al proceso la máxima pena establecida para aquel delito: 15 años de presidio.
Cuando algunos amigos de Vanzetti le dijeron que la sentencia podía ser revocada este contestó: "Podrá usted probar lo que quiera, pero no tendrá éxito, porque no me condenan por asesino ni ladrón [. . .] Me condenan por anarquista. Cuando los hombres son capaces de patrocinar comedias como la presenciada hace poco, vamos a tener esperanzas?"
Hicieron subir a Vanzetti en un automóvil y le condujeron a la vieja cárcel de Charlestown. Le vistieron con un uniforme descolorido y le metieron en una celda en la que había un camastro de hierro y un espacio libre de unos dos metros y medio de longitud por unos sesenta centímetros de ancho, con escasa luz, procedente de una rendija que había en el techo. En aquella especie de nicho permanecería Vanzetti quince horas y media diarias durante siete años, excepto los días festivos y las salidas obligadas para comparecer ante el juez y responder de otras acusaciones. Podía trabajar siete horas diarias en el taller de sastrería y estar cuarenta minutos diarios en una especie de corral de altísimos muros.
A un amigo le escribiría por aquel entonces:
"Le doy las gracias desde el rincón más oculto del corazón por la confianza que tiene en mi inocencia. ¡Soy inocente! Nunca derramé una gota de sangre ni robé un centavo. Un ligero conocimiento del pasado, una experiencia de la vida me hacen sustentar ideas muy distintas de las corrientes y deseo convencer a los hombres de que sólo con una gran dosis de virtud y siendo honesto es posible para nosotros hallar un poco de satisfacción en el mundo. Yo no hice más que trabajar y propagar mis ideas, deseando al propio tiempo que el saneamiento social sea obra de cada criatura humana como si fuera el fruto del trabajo de todos. Esto no quiere decir que para hacer una revolución, para insurreccionarse, haya necesidad de apelar al robo. La rebelión, ese gran movimiento del alma, no requiere dinero: necesita amor, luz, espíritu de sacrificio, ideas, conciencia, instintos, mucha consecuencia y no poca esperanza y bondad. Todos estos dones han de sembrarse, para que germinen en el corazón de los hombres, por infinitos procedimientos, sin necesidad de apelar al robo ni privar a otros seres de la vida para cometerlo. Quiero que sepa usted que pienso en Italia. A todos los hombres que tienen la cara vuelta hacia mí les diré que mis aspiraciones no me llevaban a ser un malhechor. Me gustan las enseñanzas de Tolstoi, San Francisco y Dante, y los ejemplos de Cincinato y Garibaldi. Los placeres epicúreos no me interesan. Un cobijo, un campo, un poco de alimento y unos cuantos libros es todo cuanto necesito. No me inquieta el dinero, el lujo ni la mundana ambición. Con toda honradez digo que tengo tales ideas, aunque ya sabemos que en el mundo hay lobos y corderos. Mi padre tiene campos, casa, un huerto. Recoge frutos, vinos y granos; a menudo me escribe para que vuelva a casa y me haga un hombre de negocios. Los que suponen que soy un asesino deberían contestar a mi padre que mi conciencia no me permite ser hombre de negocios y que prefiero ganar el pan trabajando en el campo. He de añadir que la rectitud de espíritu, la paz interior, la voluntad y la inteligencia, lo que hace al hombre formar parte de la vida, que es fuerza e inteligencia del universo, queda destrozado cuando se comete un crimen. Yo sé eso, lo veo y lo digo a cuantos quieren escucharme. . .
No violéis las leyes de la naturaleza, si no queréis ser unos miserables. Recuerdo una hermosa noche sin luna. Estaba yo sentado solo en la oscuridad y me sentía triste, muy triste. Con la cabeza entre las manos contemplaba las estrellas. Sentí que el alma huía del cuerpo y que tenía que esforzarme en sostenerla dentro de mí. Por eso soy hijo de la naturaleza, tan rico que no necesito ningún dinero. Esta es la causa por la que dicen que soy un asesino y quieren condenarme a muerte. ¿A muerte? Ahora me advierte usted que estudie. Sería muy útil para mí, en efecto, pero no conozco el idioma para sacar provecho directo. Me gustaría leer las obras de Longfellow, Paine, Franklin y Jefferson, pero no puedo. Querría también estudiar física, matemáticas, historia y ciencias en general, pero sólo tengo unos rudimentarios estudios escolares de las dos primeras materias, y necesitaría desarrollar un esfuerzo físico cara al sol y a la intemperie. ¡Bendito viento libre! No hay llama sin oxígeno, y la luz no puede alumbrar un alma si no está identificada con la naturaleza. Espero ver a usted pronto y hablar con detenimiento. Le escribiré algo; una meditación que llevará por título "Esperando a la muerte". He perdido por completo la esperanza en la justicia humana. Muchas veces pienso en la razón que puede haber para llamar así a ese sentimiento que se adentra por el corazón del hombre sin que ninguna fuerza, por infernal que sea, pueda sofocarlo. Sus consuelos, así como los de otras buenas personas, hacen que mi cruz sea más llevadera, y no los olvidaré nunca. Pídole perdón por una carta tan larga, pero siento que todavía queda algo dentro de mi alma, y cien páginas no bastarían para expresar esos sentimientos Estoy seguro de que usted me perdonará. ¡Salud! Mis afectuosos recuerdos. B. Vanzetti".

El comité pro-Sacco y Vanzetti


l 11 de setiembre de 1920 el jurado de Norfolk Country dictó veredicto de culpabilidad contra Sacco y Vanvetti, declarándoles autores de dos asesinatos por el atraco de South Braintree. La causa correspondía al mismo fiscal que la de Brockton y los italianos comparecieron ante el mismo juez, Thayer.
Un pequeño grupo de Boston trató de organizar un Comité pro-Sacco y Vanzetti. Al principio el comité estaba integrado por italianos, entre los que descollaba

Aldino Felicani, impresor anarquista. El comité fue desde el primer momento una organización peculiar de italianos; luego se unieron a ellos otros camaradas norteamericanos por simpatía y se formó un frente único. Salieron los miembros retratados en los periódicos y adquirieron sus nombres cierta responsabilidad y resonancia, pero, como los norteamericanos no estaban bien impuestos del asunto, cuando surgió el primer conflicto declinaron toda responsabilidad y dejaron al comité en manos de los italianos.

El comité actuaba con dificultad y muchas veces se ignoraban las decisiones que tomaba. En otro caso no se sabía por qué se tomaban. La traducción italiana de los folletos de propaganda era contradictoria en muchos pasajes. Nadie podía explicarse lo ocurrido. Había un principio de temor y, como es lógico, de sospecha. No se podía evitar que el enemigo destacara espías y confidentes entre los miembros del comité y se sospechaba de personas conocidas. Como trascendían a la calle los incidentes del comité, las sospechas fueron siendo cada vez más fuertes. Los confidentes gastaban en francachelas el dinero destinado a defender a los anarquistas e iban de un lado a otro con impunidad No era extraño entonces oír a los promotores del espionaje afirmar que el comité robaba los fondos destinados a la defensa de los dos italianos.

Entre los grupos norteamericano e italiano había división de pareceres respecto a ideología y práctica. Insistían unos en que se trataba de una defensa concreta, que era un caso de inocencia perfectamente demostrable, sin considerar convenientes las derivaciones políticas. Otros sostenían que el proceso no era más que un episodio de la lucha de clases.

Surgió al principio la controversia, que no cesó nunca, ni siquiera cuando después de electrocutados los dos italianos, fue preciso establecer qué debía de hacerse con los cadáveres. Ya en las primeras reuniones del comité se marcó la división al tratarse de hacer la designación de abogado. ¿Se confiaría la defensa a un letrado socialista, que hiciera un llamamiento a los obreros del país? ¿A un respetable abogado que impresionara al público y al jurado por su oratoria y abolengo? ¿A un experto criminalista que conociera las triquiñuelas y tecnicismos del procedimiento?

Factores importantes en la decisión fueron los presos, que no vacilaron un momento. Era aquella una guerra social. Para Vanzetti la idea de respetabilidad era un insulto y las triquiñuelas del procedimiento algo absolutamente desdeñable. No tenía esperanzas, y tan sólo creía que podía salvarles un movimiento de carácter general. "A menos que se movilice un millón de hombres en defensa nuestra, estamos perdidos", dijo los primeros días de su detención, y lo repitió antes de morir. Sacco era más radical. Sentado en su celda, parecía un ratón en la trampa. Sus nervios eran de acero; cavilaba incesantemente y nunca se dejaba dominar por la esperanza. "Nos tienen a su disposición y nos matarán", repetía.

Cinco días después de fijarse las conclusiones del fiscal un furgón cargado de explosivos chocó contra la fachada de la Banca Morgan, en Nueva York, resultando 33 heridos. Aseguró la prensa que se trataba de un atentado anarquista y el **Traveler**, diario de Boston, dedicó toda una página para demostrar que el atentado era obra del grupo Galleani, como represalia por la prisión de dos de sus miembros.

Cuando se trató de conseguir abogados famosos, la mayor parte no quería indisponerse con su clientela rica, y se negaban a aceptar el caso o pedían honorarios astronómicos: cincuenta, setenta o cien mil dólares. ¿Cómo poder disponer de esa suma si el Comité Sacco-Vanzetti debía discutir sobre el pago de la casilla de correos o la compra de una máquina de escribir de segunda mano? Con todo, las organizaciones obreras de todo el mundo enviaban diversas sumas.

Finalmente, un conocido abogado de los obreros, Leel Swanson, decidió hacerse cargo de la defensa, descontando que no le pagarían prácticamente nada, de acuerdo con su experiencia. De Sacco dio en seguida su impresión:

"Es un hombre muy difícil de conocer en las circunstancias en que nos encontramos. Tiene una inteligencia primitiva; discurre poco y su pensamiento se compendia en una sola fórmula: que los ricos explotan al pobre y son sus enemigos. Siempre encuentra la manera de llegar a la fórmula. Es muy correcto, instintivamente educado y muy agradable en el trato con los amigos."

Swanson trató con todas sus fuerzas de salvar a los dos italianos o, al menos, a uno de ellos, Vanzetti, para el cual se daban mayores posibilidades. Pero cuando Vanzetti se enteró se negó a colaborar. Dijo: "No deseo salvarme yo. Salven ustedes a Sacco, que tiene mujer e hijos". Y nunca cambió de opinión.

Cuando comparecieron por segunda vez ante el juez Thayer, esta vez por la acusación del crimen de South Braintree, lo hicieron ante el público de la sala de la Corte encerrados en jaulas de acero.

Otros entretelones del juicio

Los periódicos se hacían eco de esos detalles y muchos de ellos no ocultaban sus simpatías por los procesados. Cuando insinuaban que el peloteo entre Katzmann y Thayer era una farsa de la que pendía la vida de dos seres humanos, Thayer se ponía furioso, no sólo porque aludían a él despectivamente, sino porque no aprobaban su conducta de buen ciudadano norteamericano, deseoso de limpiar de alimañas nocivas a los Estados Unidos. Y eso que tenía la costumbre de hacer continuamente recepciones en honor de los periodistas. . .

Cuando se inició el juicio el zapatero Wade dijo que, aunque ante la policía de Brockton había dicho que le parecía reconocer a Sacco entre los autores del asalto, no podía afirmar lo mismo ahora. Cuando abandonó el es-

trado un policía le llamó "granuja" y otro le expresó al oído: "Ya nos veremos luego". Una semana después Wade era despedido de la fábrica donde había estado trabajando diecisiete años. A todos los testigos que declararon en favor de los dos italianos les ocurrieron cosas parecidas. Pasaron muchas cosas de este tipo en el juicio, que los diarios omitían y de las cuales el juez Thayer procuró que no quedaran constancias para la historia.
La mentalidad del juez Thayer procuraba aunar lo que se tiene a flor de labios con el respeto a los precedentes legales. Ducho en el juego de los abogados, conocía todos sus secretos, incluso el de favorecer su propio punto de vista aunque pasara como un magistrado imparcial a la vista del público. Estaba siempre dispuesto a invalidar cualquier ventaja; se ingeniaba para hallar motivos incidentales y pretextos dilatorics; sabía escalonar una serie de preguntas o hacerlas en bloque y a quemarropa, para confundir a los testigos. No era raro oírle charlar en cualquier parte y dialogar con unos y otros. Así se enteraba de los propósitos ajenos. Comprendió en cierta ocasión que se excedía en el abuso de sus atribuciones y quiso rectificar diciendo: "Siempre indico al fiscal lo que ha de objetar". El secretario de la Sala fue tan poco hábil que reprodujo sus palabras.
Había una gorra que se recogió en el lugar del crimen y que la policía sostenía que era de propiedad de Sacco. Era muy pequeña para la cabeza de Sacco, pero al jurado eso no parecía molestarle. Citaron al joven Kelley, hijo del patrón de Sacco. Kelley declaró: "Con la mano en el corazón, no puedo asegurar que sea esa la gorra de Sacco". Pero ante las presiones y triquiñuelas de Thayer terminó afirmando atemorizado: "En efecto... es la misma".
Se quería condenar a muerte a Vanzetti sin pruebas de culpabilidad, sin indicios, por estar con Sacco la noche de la detención, tener un arma de fuego, unos cartuchos de escopeta y contar mentiras a la policía para no comprometer a sus amigos. Tan inconsistente como la identificación de Sacco era la de Vanzetti, y el tiempo las invalidaría. Tres años después, el propio juez Thayer llegó a verse entre la espada y la pared, declarando que aquellos veredictos no se fundaban, a su juicio, "en testimonios de testigos de vista".
Como los procesados no dominaban el inglés, y buena parte de los testigos eran italianos, se nombró un intérprete oficial italiano, llamado Rossi, que casualmente era también amigo de Thayer. Rossi no sabía o no quería interpretar correctamente lo que oía, o lo falseaba. Vanzetti le interpelaba a menudo con viveza a causa de los frecuentes errores en que incurría, pero a pesar de esto los errores se sucedían, perjudicando siempre a los procesados. Rossi sería condenado tiempo después a dos años de cárcel por coimear en los tribunales.
El jefe de policía del estado, capitán Proctor, que llevaba prestando treinta y seis años de servicios y a quien se consideraba un perito en armas, atestiguó que una de las balas que había matado a una víctima del atraco "salió de la pistola de Sacco". Aquella bala era "lo único tangible y real de la causa que comprometía a los italianos. Las otras cinco balas no podían pasar por los cañones de las pistolas de los italianos. Pero cuando años después, sintiéndose viejo y deseoso de limpiar su conciencia Proctor se arrepintió, hizo una declaración jurada poniendo en claro lo ocurrido, que por cierto no era lo que había atestiguado.
En todas las decisiones de Thayer se advertían sus desastrosos procedimiento. Si se hacía una exposición explícita y clara a la faz del mundo, el amargado viejo daba largas y más largas al asunto, se sometía al bisturí de un cirujano para que le libraran de las molestias del apendicitis y después de pasar un año o dos tomaba una decisión en la que se advertía una incongruencia absoluta con el principio que debía aprobar o controvertir. No le importaba sacrificar o inutilizar el ejército de peleles y hombres de paja que movilizara él mismo.

La solidaridad internacional para con los dos anarquistas se manifiesta en este número de "La Protesta" de Buenos Aires, junio de 1927.

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VI — Buenos Aires, 20 de Junio de 1927 — N.o 285

La justicia del Estado de Massachusetts.



Emborronaba folios y folios, protocolos y testimonios de leguleyo, refutando argumentos inexistentes, para terminar con una solemne declaración: "Por lo que se refiere a la cuestión de prejuicios, declaramos que nunca se produjeron, ni ahora ni nunca".
Thayer después hizo enterrar a Sacco en el concepto de los chauvinistas de Boston, que estaban perfectamente representados en el jurado, y ante la opinión de las gentes que temían a los anarquistas o a todo lo que oliera a revolución social. Al efecto, molestó tanto en el juicio a Sacco que éste, sin percatarse de que se perjudicaba, fue leal a sus ideas y las expuso con toda claridad, para espanto de los burgueses. Dijo más o menos esto:
"Cuando era yo un chiquillo, tenía convicciones republicanas, porque suponía que favorecían la educación. Tan pronto como llegué a este país vi que no había nada de lo que en mi imaginación atribuía a América del Norte. Trabajador era en Italia y trabajador soy aquí, con la diferencia de que en los Estados Unidos se exige un trabajo más prolongado y no se cuenta con las facilidades naturales de mi país natal, donde se trabajan siete y ocho horas diarias, con mejores alimentos y sin falsificar. Aquí hay buenos alimentos ¿quién lo duda?, pero son para la gente acomodada. En Italia hay más oportunidad de adquirir con menos dinero los productos de la tierra, como hortalizas frescas. Cuando, a los trece años de vivir en América, comprobé que no podía vivir ni sostener con dignidad una familia me sentí amargamente deprimido. No podía ahorrar un centavo ni llevar a mi hijo a una escuela para que recibiera educación apropiada. Aprendí muchas cosas. El librepensamiento da a todos los hombres la oportunidad de profesar su propia idea, y no para soterrarla como en España hace siglos, sino para adquirir educación, cultura, tener libertad de palabra y todo lo que es justo y lógico. Veo ahora que me equivoqué. Siempre vi que los mejores nombres, los de más esmerada educación social, eran detenidos, enviados a la cárcel y sepultados allí años y años, como le sucedió a Debs, uno de los hombres más grandes de este país, que está en la cárcel y seguirá preso por el solo delito de ser socialista. Debs sólo pedía que las clases laboriosas disfrutaran de mejores condiciones de vida, se educaran mejor y tuvieran la posibilidad de hacer lo propio con sus hijos. Por cometer tan enormes delitos fue a la cárcel. Las clases capitalistas no quieren que nuestros hijos estudien en centros especiales ni en la Universidad de Harvard; prefieren que el obrero sea ineducado y cerril, para tenerlo a sus plantas y pisotearlo a su gusto. No tiene nada de extraño que banqueros multimillonarios como Rockefeller y Morgan hagan donativos a la Universidad de cincuenta[. . .] quiero decir quinientos mil dólares, o de un millón para otro centro. Oímos decir a menudo que Rockefeller es el hombre más bueno del país[. . .] Que se me diga ahora: ¿quiénes van a la Universidad de Harvard y utilizan esos donativos? ¿Qué provecho saca la clase obrera de los donativos de Rockefeller, que ascienden a millones de dólares?
"Ninguno, ya que los hijos de los trabajadores no pueden ir a la Universidad. Si un obrero cobra 20 ó 30 dólares semanales, y aunque cobre 80, si tiene cinco hijos no puede enviarlos a Harvard, porque se quedaría sin comer. En este último caso tendrían que comer bazofia. Creo que los hombres han de ser hombres ante todo y vivir como tales, gozando de las primicias de la naturaleza. No somos de ningún país, sino que pertenecemos al mundo. Amo al pueblo laborioso y abomino de guerras y pendencias. No queremos luchar con armas destructoras. Las madres sufren mucho antes de serlo, siguen sufriendo después porque aumentan las necesidades y, cuando pueden tener compensación y ayuda, llegan los Rockefeller y los Morgan diciendo que la bandera no puede humillarse y se establece otra vez la obligación de matar. ¿Por qué? La guerra no consiste en disparar tiros sin ton ni son. . . Yo llamo guerra a la de Abraham Lincoln y Jefferson, que lucharon por la libertad del país, dando ocasión al pueblo para que se educara, fuera negro, blanco o de otro color. Creían que todos los hombres tenían los mismos derechos. . . ¿Quiénes organizan hoy la guerra? Los grandes millonarios para enriquecerse y no para favorecer la civilización. Hacen guerras como negociantes, y cada carta que se juega vale millones de dólares. ¿Qué derecho nos asiste para matar? Trabajé con irlandeses, alemanes, franceses y camaradas procedentes de otros países. Pues bien: a todos estimo como a mi compañera. ¿Por qué he de matar a un hombre sin más razón que la diferencia de nacionalidad? No, no creo en la guerra y la aborrezco. Querría destruir los cañones. . . Mi idea está en el socialismo, y amo al pueblo que necesita instrucción y quiere vivir en paz porque es honrado y bueno hasta un extremo que no podéis sospechar [. . .]".

La condena

Todo fue inútil. El 14 de julio de 1921 Sacco y Vanzetti fueron declarados culpables de los dos asesinatos. Al enterarse, en plena sala, Sacco gritó: "¡Sono inocente!" Al pasar delante de él los jurados volvió a gritar: "¡Somos inocentes! ¡Matáis a dos inocentes!"
Rosina, la compañera de Sacco, se aproximó a la jaula. Al grito de Sacco se echó a los pies de su compañero. Levantándose luego y rodeándole el cuello con los brazos dijo: "Te has jugado la vida. . . ¡Oh, Nick! ¡Quieren matar a mi compañero!"
Upton Sinclair cuenta que aquel grito taladró los oídos de todos. Fue un momento terrible. Las mujeres lloraban. Sacco acarició a su mujer y trató de animarla. Vanzetti seguía sereno, sin articular palabra, como una estatua. El llanto de Rosina iba en aumento, lo que obligó a los defensores a ir a su lado para alejarla de la jaula, a cuyos barrotes se agarraba fuertemente. Creía que aque-

lla misma noche iban a electrocutar a Sacco. Pero los abogados se encargaron de explicarle los refinamientos y crueldades de la ley norteamericana, los plazos y tecnicismos, los millones de letras impresas y los cientos de miles de dólares que había que gastar todavía.
El 3 de agosto de 1927 el gobernador Fuller declaró: "Como resultado de mi estudio y de mi investigación personal, que incluyó entrevistas con gran número de testigos, creo, así como el jurado que Sacco y Vanzetti son culpables y que el juicio ha sido imparcial". La declaración terminaba así: "Además, creo que no existe razón justificada para un nuevo juicio".
Ese mismo día Sacco iniciaba su décimoctavo día de huelga de hambre como protesta por su condena, en tanto le era comunicado que su ejecución se realizaría el 11 de ese mes. Por su parte, Vanzetti comenzó a su vez una huelga de hambre al saber la noticia. El día 10 de agosto el gobernador Fuller dispuso la suspensión de la ejecución. Sacco recibió la noticia sin comentarios. Vanzetti, en cambio, dijo: "Me alegro de la suspensión, pues deseaba ver a mi hermana antes de morir". Su hermana, efectivamente, había viajado desde Italia nada más que para verle.
En respuesta al consejo de su abogado Sacco se negó a suscribir el pedido de un nuevo juicio, pues lo consideraba inútil. El 11 de agosto, al cumplirse su vigésimosexto día de huelga de hambre, se hallaba tan débil que apenas podía tenerse en pie. El día 12, contestando a las instancias del médico de la prisión, dijo: "No vale la pena. Quiero seguir hasta el fin". Vanzetti, en cambio, quebrantó su resolución y comió. Insistió luego ante Sacco y, junto con la esposa de aquél y el médico, lo convencieron para que comiera, lo que éste hizo el 15 de agosto, al cumplirse el mes de iniciación de la huelga de hambre.
El 19 de agosto la Suprema Corte del estado de Massachusetts fallaba en contra del pedido de nuevo proceso interpuesto por el Comité de Defensa de ambos presos. El mismo día Sacco y Vanzetti eran trasladados a su celda de muerte.
El día 23 de agosto, a las 0,11, entraba Sacco en la cámara de la muerte. Había salido de su celda con paso firme. Tenía la cara pálida, pero su expresión era retadora. Se sentó él mismo en la silla eléctrica y, cuando comenzaron a colocarle las correas, gritó con vez atronadora: "¡Viva la anarquía!" Luego dijo: "¡Adiós, querida compañera; adiós, hijos míos, amigos. . .". Y tras una corta pausa: "Buenas noches, señores! ¡Adiós, madre mía!"
A las 0,19 Sacco era oficialmente declarado muerto.
Vanzetti había estado esperando a los guardianes cuando éstos entraron. Sus nervios estaban firmes como siempre. Con paso seguro caminó hasta la cámara mortal. Estrechó la mano de los guardias, como si fueran amigos suyos y dirigiéndose al alcalde de la prisión, Hogsett, le estrechó también la mano diciéndole: "No quiero irme del mundo sin agradecerle todo cuanto ha hecho por mí". Luego se sentó en la silla eléctrica y dijo en voz alta, serenamente: "Deseo repetir y poner de relieve que soy inocente y que jamás cometí crimen alguno. Agradezco todo cuanto han hecho por mí. Alguna vez he pecado, pero no cometí crímenes. Soy inocente". A los veintisiete minutos del 23 de agosto de 1927 se certificaba oficialmente su muerte.
En todas las grandes capitales se organizaron mitines de protesta. En París se decretó la huelga general, se quemaron banderas norteamericanas en toda Francia y se apedreó cuanto consulado o casa comercial norteamericana estuviera a tiro. Estallaron bombas en todas partes. En Londres hubo cuarenta heridos; en Australia fueron condenados a distintas penas mil ochocientos trabajadores por tomar parte en las huelgas de protesta. En el municipio de Johannesburgh, Africa del Sur, se quemó una bandera norteamericana. En Buenos Aires, Rosario, Tucumán, Córdoba y todas las grandes ciudades de Iberoamérica la reacción fue análoga: basta recorrer las colecciones de diarios de aquella época para comprobarlo.
Pero el lugar donde la reacción fue más violenta fue París. El famoso "Moulin Rouge" fue devastado. Los manifestantes buscaban en todos los cabarets a los turistas norteamericanos, en quienes veían los representantes de la clase que había ajusticiado a Sacco y Vanzetti, y descargaban en ellos su santa furia. No quedó prácticamente un solo automóvil sano. Y, como remate, aún sonaba en los oídos de toda Europa la advertencia que días antes pronunciara proféticamente Anatole France, el gran escritor francés en telegrama enviado al gobernador Fuller: "Mucho cuidado con hacer mártires... Será un crimen inolvidable que pesará sobre las generaciones y nadie podrá borrar".
Los cadáveres de los mártires fueron conducidos al depósito. El cerebro y el corazón de los obreros italianos fueron extraídos, de acuerdo con la costumbre, para ser analizados en la Facultad de Medicina de Harvard. El resto fue entregado a sus parientes y éstos expusieron los cuerpos en un local, por donde desfilaron la misma noche más de diez mil obreros. La policía seguía aporreando y encarcelando a los manifestantes. Se trató de llevar los cadáveres al horno crematorio. La policía impuso que la manifestación fuera por callejuelas, que no pasara por ningún edificio público y que siguiera el camino más directo; que los ataúdes fueran en un furgón y no llevados a hombros por los camaradas de las víctimas; también se impuso que no hubiera banderas, carteles ni signos de ninguna especie. Esto se debía a que, en un primer momento, había vuelto a aparecer un cartel con las palabras del juez Thayer: "Ved lo que he hecho con esos hijos de puta".
El domingo se celebró el entierro. La policía abría la marcha y rodeaba al furgón fúnebre para cuidar que la comitiva siguiera el itinerario trazado, tratando de limitar el número de los manifestantes para evitar el efecto moral de una gran masa. Los miembros del Comité de Defensa y sus ami-

gos llevaban brazales rojos en los que se leía: "Acordaos de que la justicia fue crucificada el 22 de agosto de 1927".
Más de cincuenta mil personas seguían el coche por la calle de Hanover. Cuando la muchedumbre llegó a Scollay Square la policía metió sus caballos entre ella para dispersarla. La multitud trató de hacer desviar el carruaje hacia la residencia del gobernador Fuller, pero éste había previsto esa posibilidad, y las calles de acceso estaban cerradas con cuñas militares. Al pasar por las calles más populosas otra multitud silenciosa esperaba en las aceras. La policía la calculó en otras 200.000 personas. Una lluvia pertinaz caía sobre Boston, pero nadie parecía darse cuenta de ello. Al llegar a Charles Street apareció una gran cantidad de taxímetros vacíos, que marcharon en sentido inverso al que llevaba la manifestación y trataron igualmente de dispersarla. Fueron otros tantos coches que quedaron finalmente destrozados y sus conductores con el cuerpo machacado. Los caballos de los "cosacos" eran despanzurrados y sus jinetes golpeados sin compasión. Pero también ellos pegaban, sin necesidad de que se les azuzara. Más o menos diez mil personas pudieron llegar al cementerio de Forest Hill.
Allí, ante los dos ataúdes, Mary Donovan habló y dijo:
"Hace 235 años que las clases acomodadas de aquí ahorcaron a varias mujeres de Salem acusadas de hechicería. Nunca se borrará la vergüenza de aquellos actos de refinada barbarie, pero en los tiempos modernos se consuman también vergüenzas como las que nos hace protestar hoy. Las ejecuciones de las brujas fueron motivadas por el terror supersticioso de una religión cuyos devotos no tenían inconveniente en ser verdugos para alcanzar el cielo. Los cerebros de vuestros verdugos, Sacco y Vanzetti, en cambio, no están obturados. El enemigo obra haciendo alarde de la más repugnante insensibilidad, ya que en siete años pudieron saber la verdad y no lo han querido. Ninguno de ellos osaría hablar de vuestras cualidades, antorcha de millares de seres. Se negaron a ver, cerrando los ojos desde el reducto de su privilegio, posición y egoísmo. No les importó la verdad, sino la rigidez. Sois los dos, Sacco y Vanzetti, las víctimas de la plutocracia que sufre el mundo desde los tiempos de Roma. Vuestras largas torturas y vuestra agonía será nuestra fe y la de nuestros hijos para imitaros luchando por un mundo mejor, fundado en esa misma fraternidad por la que habéis perdido la vida. Recordando vuestro martirio seguiremos la lucha y venceremos".
Mary Donovan habló de ese modo y alguien lo recordó hace aproximadamente doce años, cuando se supo que descendientes de las brujas de Salem habían iniciado la revisión del proceso para limpiar a aquellas desgraciadas ajusticiadas del baldón que sentían suyo sus lejanos parientes de hoy día. Aprovechó la oportunidad el profesor Albert Einstein, que tanto había luchado por los mártires italianos de Boston, y pidió a Truman que hiciera colocar en la alcaidía de Boston una placa reivindicatoria a Sacco y Vanzetti. Einstein murió sin haber obtenido esa justicia póstuma, como murieron Anatole France y Upton Sinclair, sin tampoco obtenerlo. Pero quedarán igualmente estas palabras de Sinclair, suficientes para recordarlos eternamente:
"El símbolo está, aunque entre nieblas, en el espíritu de los seres humanos. Murieron por la libertad de los humildes y sus nombres simbolizan los procesos de dos mil años, condensados en uno solo. Más de cien millones de trabajadores sabían que Sacco y Vanzetti caían como héroes de la causa proletaria. Blancos, negros, amarillos y cobrizos, hombres pertenecientes a cien países y a un millar de tribus, los eternos esclavos del hambre, los náufragos, los desheredados, sentían en aquellos momentos una especie de religioso temor. Era la continuación del proceso místico del sacrificio que a través de los siglos marca las etapas salvadoras [. . .] Más de cien millones de obreros encadenados, envueltos en la ponzoñosa nube del horror capitalista, sabían que los dos italianos perdían la vida por izar la bandera de la libertad. A despecho de las pugnas y quimeras de los grupos radicales, el sacrificio de los dos héroes brillaba esplendorosamente, iluminando las tinieblas del mundo proletario.
Para aquellos cien millones de obreros, Sacco y Vanzetti eran símbolo y ejemplo de una lucha por la justicia y la paz, hogueras perennes del mundo, esforzados héroes de un mañana sin rencor ni vileza. . ."

BIBLIOGRAFIA

El material más importante para una comprobación de las trampas y triquiñuelas utilizadas durante las actuaciones judiciales que condujeron a la condena a muerte de Sacco y Vanzetti está contenido en dos gruesos volúmenes que hizo publicar en 1928 una comisión de juristas notables integrada por Newton D. Baker, Emory R. Buckner, Charles C. Burlingham, John W. Davis, Bernard Flexner, Raymond B. Fosdick, Charles P. Howland, Victor Morawetz, Charles Nagel, Walter H. Pollak y Elihu Root (este último Premio Nobel y ex-secretario de estado en tiempos de Theodore Roosevelt). Se titula **The Sacco-Vanzetti Case. Transcript of the trial of Nicola Sacco and Bartolomeo Vanzetti in the Courts of Massachusetts and subsequent proceedings, 1920-7 (Volume I, to 1092; Volume II, Pages 1093 to 2266v**, New York, Henry Holt & Company, MCMXXVIII). También se han tenido en cuenta para la preparación de este trabajo: Diego Abad de Santillán, **La tragedia de Sacco y Vanzetti (1920-1927)**, publicado en el suplemento quincenal de **La Protesta** (Buenos Aires, Año VII, Nº 290, 20 de agosto de 1928); la traducción —confrontada— de **The Case of Sacco and Vanzetti**, del profesor Félix Frankfurter, publicada en el suplemento quincenal de **La Protesta** (Buenos Aires, Año VI, número 269, 5 de setiembre de 1927); la recopilación de materiales reunidos con el título **El pensamiento de Sacco y Vanzetti**, de otro suplemento quincenal de **La Protesta** (Buenos Aires, Año VI, Nº 270, 19 setiembre 1972).

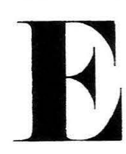
Los Soviets en Hungría La revolución de 1919

Pablo Costantini

La corta vigencia de la experiencia húngara dificulta una evaluación de su validez. Sin embargo, debe señalarse que entre sus fallas más evidentes figuran el problema agrario y la política exterior.

La Hungría de las últimas décadas del siglo XIX se diferencia en muchos aspectos, de los restantes países de Europa. Esta particularidad es el producto de un desarrollo histórico que nos remonta a la destrucción del estado nacional húngaro por los turcos después de la batalla de Mohács (1526). A partir de ese momento y a lo largo de los siglos XVI y XVII su territorio fue lentamente reconquistado por la dinastía austríaca de los Habsburgos. Toda la historia posterior de Hungría, hasta bien avanzado el siglo XIX, está signada por la dominación austríaca y los intentos, primero encabezados por la aristocracia húngara y luego por su burguesía, de liberarse de esa dominación.

El compromiso de 1867 y la historia posterior



Este largo proceso, caracterizado tanto por insurrecciones violentas y represiones sanguinarias —el caso de los sucesos de 1848— como por intentos de conciliar los intereses de la monarquía habsburguesa con los de la aristocracia húngara, desemboca finalmente en el llamado "Compromiso de 1867". La corona austríaca debe reconocer entonces la imposibilidad de mantener a Hungría en la total sujeción política y pacta con las clases dominantes húngaras sobre la base del establecimiento de una forma nueva de régimen estatal: la doble monarquía. A partir de 1867 Hungría pasa a representar la mitad oriental, igual en derechos e independiente, de la monarquía habsburguesa. El emperador austríaco es reconocido como rey constitucional de Hungría y presta juramento a su constitución. La región húngara conserva plena autonomía en lo interior, pero acepta la existencia de "asuntos comunes". Por tales se entienden la política exterior, las finanzas y el ejército, regidos por tres ministros residentes en Viena y por una delegación de los parlamentos húngaro y austríaco que celebra sus sesiones durante medio año en Viena y el tiempo restante en Budapest. En el terreno militar Hungría se reserva la posibilidad de constituir una milicia territorial propia (Hónved).

Este compromiso, si bien constituyó una solución del problema nacional húngaro, no hizo más que transferir la situación de opresión a otras nacionalidades. Para comprender este hecho debe tenerse presente que la fracción húngara del Imperio no sólo abarcaba el territorio que actualmente pertence a Hungría, sino también otras regiones: Eslovaquia, Rutenia, Croacia, Eslavonia y Transilvania, habitadas por eslavos, salvo la última, cuya población era mayoritariamente rumana. En esta vasta región los húngaros (llamados también, por su origen racial, **magyares**) ejercen su virtual monopolio del poder político. La totalidad de la administración central y la mayor parte de las administraciones locales están en manos del elemento magyar a partir de 1867, pese a que constituye sólo la mitad de la población total. Unicamente la región croata, en virtud de un estatuto especial adquirido en recompensa por la participación de sus tropas en la represión de los revolucionarios de 1848, conserva una cierta autonomía local; pero aun así el **ban** (gobernador) nombrado por Budapest ejerce allí poderes en muchos aspectos casi discrecionales. La población no húngara también se encuentra, en su mayoría, en situación de neta inferioridad social. Sólo escapan de esto los de origen alemán o los pocos que en virtud de su riqueza consiguen que se les otorgue nacionalidad magyar.

No debe creerse, sin embargo, que el poder político y social es patrimonio del conjunto de la población húngara; por el contrario, la mayoría de la población de origen magyar, al igual que las nacionalidades sometidas, está excluida de él. En este país, predominantemente agrícola, la tierra es en gran parte propiedad de una reducida aristocracia. Dos o tres mil fuertes propietarios rurales poseen la tercera parte del suelo

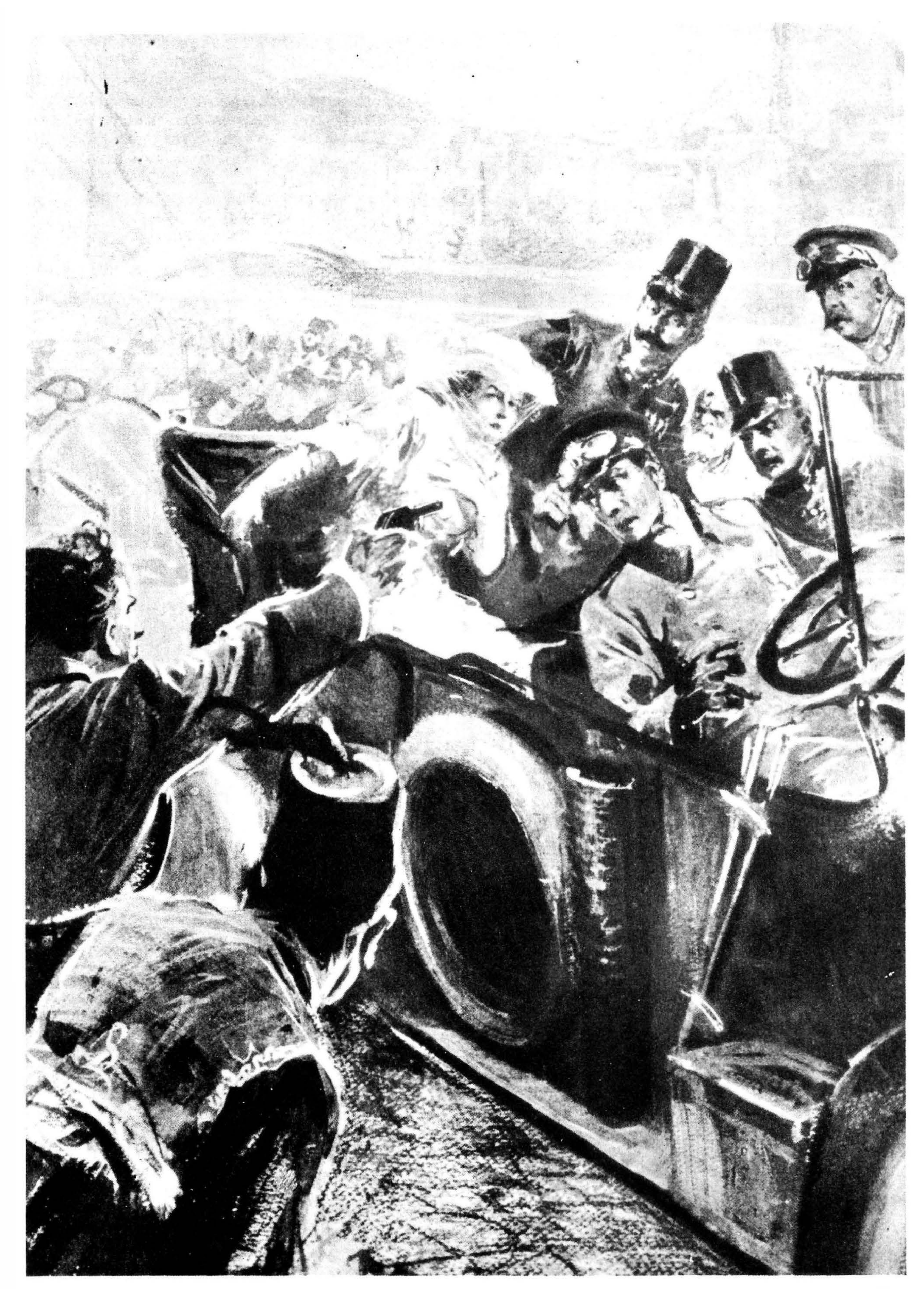
arable nacional; los minifundistas, que constituyen más del cincuenta por ciento de la totalidad de los propietarios de tierra, poseen solo el cinco por ciento de la tierra cultivable. Solo el latifundista tiene posibilidad de trabajar su tierra en una forma moderna, con utilización de abundante capital y maquinaria; el pequeño campesino e incluso el terrateniente medio no pueden competir con él, situación que produce en estas capas una creciente proletarización. Solo reducidos estratos de la burguesía rural escapan a este destino.

Hacia fines de siglo el proceso de proletarización de la población rural se ha realizado casi por completo. La participación del minifundio en el total de la tierra arable, que era en 1870 del 14,2 %, ha descendido en 1895 al 5,8 %. A principios del siglo siguiente, de catorce millones de campesinos, once millones y medio pertenecen al proletariado agrícola. La situación material de estos asalariados rurales va en progresivo deterioro. En 1881-82 un bracero recibe diariamente como promedio de 3 a 4 florines por día; en 1884 sólo recibe 1,5-2 florines y en 1897 el pago por jornada ha descendido a 1,20 florín.

Estas particulares condiciones de tenencia y explotación de la tierra generan una constante presión poblacional. A la expulsión de mano de obra de los latifundios, debida a la creciente mecanización, se agrega la imposibilidad del pequeño campesino de dividir aún más su ya minúscula parcela entre sus hijos. Esto aumenta el número de los que, no encontrando ocupación en el agro, son prácticamente expulsados de él. La emigración húngara hacia los Estados Unidos solo constituye una solución parcial para este problema, pese a haber alcanzado gran intensidad en la última década del siglo XIX. De allí que una gran parte de la población rural permanezca solo parcialmente ocupada en la época en que la cosecha exige una mayor cantidad de mano de obra se traslade a las ciudades, donde la incipiente industria comienza a absorberla, aunque en cantidades insuficientes, que no compensan el desequilibrio generado en el campo. En las últimas décadas del siglo XIX se acelera un desarrollo industrial que, salvo contadas excepciones, permanece localizado en las ciudades más importantes, especialmente en Budapest. Esta industria es en general complementaria de la producción agrícola: producción de harinas, azúcar, etc. En 1914 los molinos de Budapest producen alrededor de 70.000 quintales métricos de harina por día; la industria azucarera produce para la misma fecha 514.000 toneladas; la producción de cerveza alcanza los 3 millones de hectolitros, de los cuales el 68 % provienen de Budapest; 40 destilerías industriales y 838 destilerías agrícolas dan en 1914 un millón de hectolitros de alcohol. En Budapest y Kecskemet alcanza gran desarrollo la elaboración de conservas de frutas, y lo mismo sucede con la fabricación de salchichones en Szeged. Los capitales industriales fueron aportados en su mayoría por el extranjero y por una incipiente clase burguesa nacional, generalmente no magyar. La participación de la tradicional aristocracia terrateniente era débil, pues su mayor parte adhería aun a concepciones feudales que minimizaban la importancia de la industria o incluso consideraban deshonrosa toda ocupación no relacionada directamente con la propiedad y explotación de la tierra.

A este desarrollo industrial corresponde un proceso de desarrollo y concentración obrera. La cantidad de asalariados aumenta en la industrial de 102.000 en 1890 a 196.000 en 1900 y 213.000 en 1914; para esta última fecha hay en Budapest 118.000 obreros industriales. En el seno de esta nueva clase obrera rápidamente se diferencian con nitidez dos sectores: uno, el más reducido, constituido por operarios calificados —en el cual es grande el número de obreros de origen alemán—es el único que puede mantener un nivel de vida relativamente alto; por debajo de él aparece la gran masa de obreros no calificados, cuyos salarios se mantienen siempre bajos a raíz del constante aflujo de campesinos expulsados de las zonas más superpobladas

El 28 de junio de 1914 es asesinado el archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, desencadenándose así el preludio de la Gran Guerra. Un dibujo de la época recuerda el crimen, llevado a cabo por un estudiante de Bosnia.



Arriba: Francisco José en 1916, pocos meses antes de su muerte.
Abajo: Los oficiales de la Academia Militar Magiar reciben la noticia de la declaración de la guerra.

(principalmente de Eslovaquia). Entre las condiciones de vida de los primeros y los segundos media un abismo. Los bajos salarios y la constante amenaza de desocupación en cuanto se produzca una restricción de la producción industrial constituyen el panorama para la mano de obra no calificada.

Braceros agrícolas y obreros industriales, con prescindencia de su origen racial magyar o eslavo, carecen, incluso formalmente, de toda posibilidad de participar en las decisiones políticas: en la Hungría de los Habsburgo solo votan los propietarios. Por otra parte, el mecanismo electoral asegura de diversos modos el absoluto control del parlamento húngaro por la aristocracia terrateniente: desigualdad en la representación de las circunscripciones electorales que da mayor representación a los distritos poblados predominantemente por magyares; inexistencia del voto secreto en los distritos rurales, lo que permite un absoluto control de los electores —"burgos podridos" similares a los que existían en Inglaterra antes de la reforma electoral de 1832—; zonas despobladas en las que bastaba el voto de los propietarios para enviar un representante al Parlamento. Los asalariados rurales y urbanos no tenían derecho a voto y solo las capas medias podían ejercer cierto tipo de participación muy limitada, integrándose al elenco gobernante en calidad de funcionarios de segunda categoría.

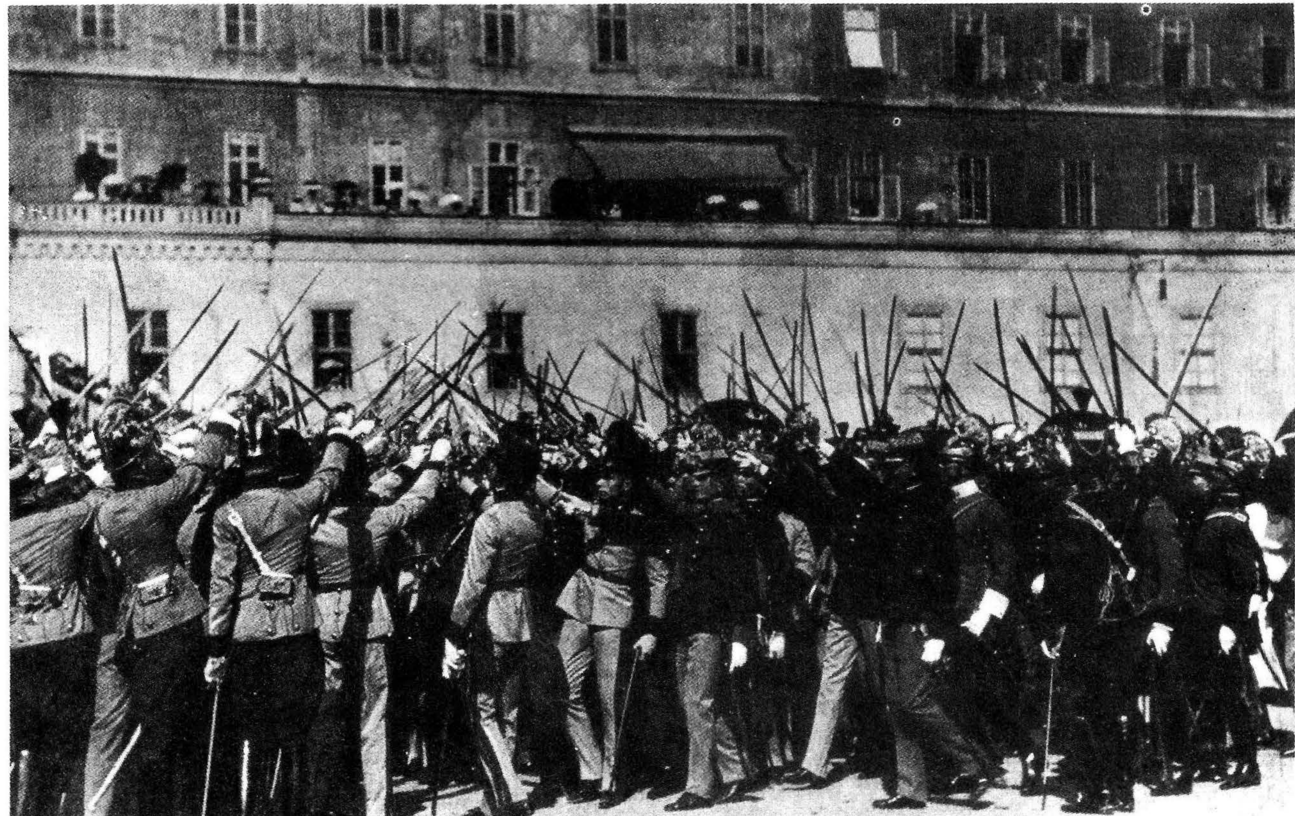
Es natural que, dentro de este panorama, la lucha política estuviera por largo tiempo confinada a los sectores de la clase dominante. Desde el compromiso de 1867 la aristocracia terrateniente se escinde en dos sectores que comparten alternativamente el poder. El que detenta las posiciones más importantes, a pesar de ser minoritario (el compromiso de 1867 fue siempre impopular entre las clases altas de Hungría), es el partido pro-imperial, dirigido por la familia Tisza y el mayoritario Partido de la Independencia, que rechaza la rígida adhesión de los pro-imperiales a las cláusulas de 1867, y que solo durante períodos limitados alcanza el gobierno. Ambos sectores tienen frecuentes choques, especialmente en lo referente a los "asuntos comunes" austrohúngaros, en la determinación de los contingentes militares que la región húngara debe aportar y en las cargas financieras que le corresponden para el mantenimiento del gobierno central. De todos modos, la acción del Partido de la Independencia permanece siempre limitada a objetivos poco ambiciosos, pues el sector nacionalista de la aristocracia terrateniente húngara tiene clara conciencia de que necesita de Austria y del gobierno imperial para contrapesar la fuerza de los grupos eslavos que le están sometidos e impedir la eventual ingerencia en los asuntos internos de Hungría del régimen zarista ruso, que se proclama redentor y protector de esas poblaciones eslavas.

El monopolio del poder político de la aristocracia terrateniente comienza a mostrar algunas fisuras solo a comienzos del siglo, cuando surge la primera expresión organizada de la burguesía, el Partido Radical de Oscar Jászi, con el que pronto colabora un ala disidente del partido nacionalista, encabezada por Miguel Károlyi, aristócrata y latifundista partidario de la reforma agraria, el cooperativismo y el sufragio universal. Pero los mecanismos electorales y represivos de los que detentan el poder continúan siendo eficaces; el partido de Jászi, no consigue una plena legalidad para su actuación y es frecuentemente perseguido. Recién en 1914 podrá enviar algunos diputados al parlamento.

El movimiento obrero y los partidos socialistas

Los primeros sindicatos húngaros aparecen en 1867, en condiciones poco favorables para su desarrollo; un mecanismo legal fuertemente represivo los convierte en organizaciones clandestinas incapaces de ejercer una influencia masiva.

Cinco años después, en 1872, se consigue el primer aflojamiento



de la legislación referente a los sindicatos. Esta reconoce la libertad de asociación y el derecho de huelga, pero coartándolos decisivamente mediante la imposición de fuertes penas por el delito de incitación a la huelga. Pese a estas limitaciones, los sindicatos consiguen un cierto auge a partir de la nueva legislación, pero una serie de divisiones internas impiden su consolidación. En efecto, la polémica entre socialistas marxistas y anarquistas, que causó la escisión de la Primera Internacional, se refleja pronto en Hungría, y la historia de los sindicatos húngaros está marcada, hasta mediados de la década del 80, por las luchas entre estos dos grupos rivales. En 1884 se produce una nueva liberalización de las leyes que rigen la asociación sindical, lo cual coincide con la disminución de la influencia anarquista en las asociaciones obreras. Bajo un régimen más tolerante y sólidamente hegemonizados por los grupos socialistas, los sindicatos experimentan un fuerte crecimiento, que se hace particularmente sensible a principios del siglo siguiente: 53.000 afiliados en 1905, 136.000 en 1910, 159.000 en 1917, 721.000 en 1918. Esta última cifra incluye también la agremiación de los trabajadores rurales.

Durante este período, tal como lo hemos dicho, los sindicatos están firmemente ligados a los grupos socialistas, que en 1890 se constituyen en partido. Unidos a la socialdemocracia austríaca y dependientes ideológicamente de ella, adoptan en la misma fecha el programa Hainfield del Partido Socialista Austríaco.

Este auge del movimiento sindical y socialista experimenta sin embargo serias limitaciones. La principal deriva del hecho de que los socialistas húngaros no plantean ninguna solución para el acuciante problema nacional de los grupos eslavos y rumanos. Esto condena al movimiento socialista y a los sindicatos orientados por él a permanecer confinados en los grupos magyares, mientras las minorías nacionales prefieren, en general, orientarse hacia los movimientos nacionalistas que van surgiendo más allá de las fronteras en Serbia y Rumania. Un segundo problema, fundamental en un país agrario como Hungría y que tendría importantes proyecciones posteriores, es la dificultad con que los sindicatos y las ideas socialistas penetran en el campo. Efectivamente, si la ideología socialista penetra con relativa facilidad entre los obreros industriales, o al menos entre sus capas más calificadas y de más antigua tradición proletaria, no sucede lo mismo entre los trabajadores rurales; en los distritos agrarios conserva una gran influencia la ideología ultranacionalista de la aristocracia terrateniente, fuertemente teñida de matices racistas y antisemitas (es común durante la época la identificación por parte de la derecha de socialismo y judaísmo), ideología a la que adhiere un gran número de pequeños propietarios e incluso de asalariados. Ni siquiera los movimientos campesinos que van de 1891 a 1897, acompañados de grandes desórdenes y ataques a los terratenientes, acrecientan la influencia socialista. Reprimidos estos movimientos, y obtenidas algunas de sus reivindicaciones salariales, dan como resultado el aumento de la importancia entre el campesinado del Partido Socialista Agrario, de carácter populista e impregnado de concepciones místico-religiosas y nacionalistas. El socialismo marxista permanecerá limitado al ámbito urbano.

A partir de 1905 el Partido Socialista Húngaro (que se separa en ese año del austríaco) vuelca sus principales esfuerzos en la lucha por la reforma electoral. En esa fecha la concepción del derecho a voto a toda la población masculina de la región austríaca del imperio hace pensar en la posibilidad de obtener iguales concesiones en Hungría. Efectivamente, se realizan durante los años siguientes serios intentos en ese sentido, que emanan principalmente del partido proimperial, favorable —salvo en la persona de su líder más influyente, István Tisza— a la reforma electoral, por cuanto entiende que la concesión de ciertos derechos limitados puede ser eficaz para ligar más efectivamente al conjunto de la población a la monarquía habsburguesa. Pero la cerrada oposición de la aristocracia húngara, que ve peligrar su monopolio del poder político, hace fracasar estos intentos reformistas, y el Partido Socialista encuentra, hasta el estallido de la guerra mundial, al igual que los radicales, completamente cerrados los caminos parlamentarios.

La Primera Guerra Mundial y la caída de la monarquía

El 28 de junio de 1914 es asesinado en Sarajevo el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austríaco, por el estudiante bosníaco Princip. A partir de este hecho se desencadena el proceso que llevará a la Primera Guerra Mundial y en el cual es grande la responsabilidad que les cabe a las clases dominantes húngaras. La aristocracia terrateniente magyar teme más que nada la unión en su contra de los pueblos eslavos sometidos y por ello impulsa activamente una guerra contra Serbia (de la que también la separan rivalidades comerciales) y Rusia, posibles focos polarizadores de esta unión.

En un primer momento, el estado húngaro consigue movilizar el sentimiento nacionalista de la población de origen magyar y obtener al menos el consenso pasivo de los grupos eslavos. De este modo, las primeras etapas de la guerra se desarrollan sin una oposición seria.

Pero pronto las dificultades económicas y militares aumentan. País agroexportador y carente de muchas industrias básicas, Hungría soporta dificultosamente la interrupción del comercio que el bloqueo establecido por los aliados le impone. En el terreno militar tampoco consigue el imperio grandes éxitos: si bien consigue derrotar a los serbios con ayuda alemana, en los frentes italiano y ruso las tropas austrohúngaras no realizan ningún progreso sensible. Ya en 1916 la victoriosa ofensiva del general ruso Brusílov, que nuevamente debe ser contenida por los

alemanes, evidencia la impotencia militar del imperio. De ahí en más, tanto en el terreno bélico como en el económico la situación se hará progresivamente insostenible.

A medida que aumentan las dificultades el apoyo con que cuenta la guerra (y, a través de ella, la monarquía) en amplios sectores de la población comienza a debilitarse. Las primeras dificultades comienzan a surgir en los distritos eslavos. Ello hace que después de la muerte del viejo emperador Francisco José, en 1916, su sucesor Carlos comience a presionar para que se hagan concesiones a las nacionalidades sometidas con el fin de impedir la disolución del imperio, que ya aparece como probable. Sin embargo, la aristocracia húngara permanece, como en el caso anterior de la reforma electoral, sorda a estas argumentaciones. El gobierno de Esteban Tisza se niega a realizar ningún cambio que pueda poner en peligro la supremacía magyar dentro del territorio húngaro. El gobierno que lo sucede, más proclive a las reformas, no consigue tampoco que el parlamento húngaro las acepte.

Mientras tanto se acelera la disolución del ejército. En 1917 se subleva la flota, estacionada en Cattaro. Los marineros desarman a los oficiales y reclaman la constitución de soviets de soldados. La represión es violenta, y en ella gana sus primeros laureles el almirante Nicolás de Horthy, personaje de gran importancia en la futura contrarrevolución de 1919.

A principios de 1918 se amotinan en Pécs tropas de infantería, que se niegan a marchar al frente; los sublevados se apoderan de los cuarteles y los edificios municipales y cuando son rodeados por tropas leales al gobierno, resisten desesperadamente durante dos días. Son castigados con el fusilamiento de un hombre de cada diez, elegido al azar, la ejecución de todos los oficiales que se habían plegado a la sublevación y el encarcelamiento de los suboficiales.

En enero de 1918 la acción contra la guerra alcanza la capital, Budapest, donde se producen grandes huelgas en las fábricas de municiones. La situación empeora rápidamente. Comienzan a llegar, luego de la firma del tratado de paz de Brest-Litovsk con Rusia, considerables contingentes de prisioneros de guerra, muy influidos por sus experiencias de la revolución bolchevique; tales grupos, que no encuentran ubicación en una sociedad ya prácticamente descompuesta, constituyen un fuerte repulsivo para la misma.

Finalmente, en septiembre de 1918 la situación militar de las potencias centrales, Alemania y Austria-Hungría, hace crisis. El general francés Franchet d'Epey, comandante del frente balcánico, lanza inesperadamente una ofensiva general que obtiene completo éxito y provoca la capitulación de Bulgaria, país hasta el momento aliado de Alemania y Austria. En octubre, una nueva ofensiva en el frente meridional se hace inminente y el imperio no cuenta con fuerzas para oponer a la probable invasión de territorio húngaro.

Cuando en Budapest se conoce la noticia de que el 4 de octubre Alemania y Austria-Hungría han solicitado un armisticio a sus enemigos victoriosos el frente interior se quiebra. Soviets de trabajadores y soldados comienzan a formarse en la capital, dirigidos principalmente por los socialistas, y rápidamente se extienden a otras ciudades. Por todas partes comienzan a escucharse amenazas de acción revolucionaria, amenazas que en el estado de postración militar en que se encuentra la monarquía adquieren un valor muy concreto.

Al comenzar el desastre militar el emperador Carlos hace un último intento para salvar la unidad del estado multinacional austro-húngaro proponiendo su reestructuración bajo formas federativas que respeten la autonomía de cada nacionalidad. La grave situación tampoco resulta suficiente para hacer comprender a la aristocracia húngara la necesidad de un cambio que afecte su predominio. El parlamento húngaro rechaza la reforma y, ante el avance de las tropas serbias y rumanas, apoyadas por los efectivos de la Entente —es decir de la Triple Entente, pacto anglo-ruso-francés que data de 1907—, con el declarado propósito de liberar a sus connacionales del dominio magyar, no halla otra solución que proponer el retorno de las tropas húngaras, que combatían en el frente francés e italiano, para defender las fronteras contra el enemigo.

Los tardíos intentos reformistas de un gobierno imperial al borde del colapso están de antemano condenados al fracaso, y con mayor razón aún los de la aristocracia húngara de mantener el statu quo por medio de medidas puramente militares. El ejército húngaro, en completa disolución, no sólo es incapaz de resistir a los de la Entente, sino tan siquiera de controlar la situación en Budapest. Los soldados desertan en masa y día a día constituyen nuevos soviets. Multitudinarias manifestaciones contra la guerra y el régimen imperial ganan las calles de la capital y otras ciudades.

Pero este movimiento de masas aún no ha madurado lo suficiente en sus consignas políticas; el proletariado aún no visualiza la posibilidad de reclamar el poder para sí, y los soviets apoyan la política de reivindicaciones democrático-burguesas de los socialistas más conciliadores. Tambaleante el régimen terrateniente a consecuencias de la acción de masas, pero incapaz el proletariado de darse una política independiente, la situación es capitalizada por la burguesía liberal, que durante toda la guerra se había mantenido en una moderada oposición al régimen. La burguesía encuentra su expresión política en el Consejo Nacional Húngaro, nucleado en torno a la figura de Miguel Karolyi, disidente del partido nacionalista aristocrático, demócrata liberal, antibelicista y partidario de la reforma agraria. El Consejo Nacional, que es inmediatamente apoyado por radicales y socialistas de derecha, aparece en primera instancia como la única organización dotada de un programa capaz de salvar parte de los intereses de las antiguas clases dominantes conciliándolos con los de la burguesía y canalizando las reivindicaciones de los consejos de obreros y soldados, todavía no demasiado avanzadas, en tanto

Al comenzar el desastre militar húngaro el emperador Carlos propone la reestructuración del estado multinacional austro - húngaro bajo normas federativas, en un último intento de salvar la unidad del imperio.

no excedan la exigencia de la paz inmediata y la proclamación de la república. El Consejo Nacional consigue nuclear en torno a su política a buena parte de la oficialidad del antiguo ejército, y este conjunto de circunstancias explica que, derrotados los últimos intentos monarquistas, el poder refluya en sus manos sin más oposición inmediata.

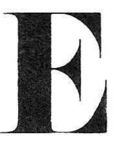
El 28 de octubre el emperador Carlos intenta una maniobra destinada a mantener a Hungría bajo el cetro imperial. Nombra regente al archiduque José, quien intenta entenderse con Karolyi para que éste forme un gobierno dependiente de la corona. Pero el Consejo Nacional rechaza el acuerdo, pues su política está orientada a salvar las consecuencias del desastre militar mediante la firma de una paz inmediata y la disolución de todo vínculo con Austria y la monarquía.

La dualidad de poderes (regencia y Consejo Nacional) es resuelta por la acción de los soviets. El día 23 los consejos de obreros y soldados organizan una manifestación para exigir el nombramiento de Karolyi como presidente. Se producen inmediatos choques con la policía, que responde a las órdenes del regente; los combates acrecen en magnitud, y durante toda la noche se lucha con empleo de fusiles y ametralladoras y gran derramamiento de sangre. El 30 se produce una nueva manifestación en reclamo de la paz inmediata; nuevamente carga la policía y la lucha recomienza en las calles. Varios regimientos de la guarnición de la capital se amotinan y se unen a los manifestantes que llenan las calles; las tropas amotinadas toman los cuarteles generales del ejército, el correo, las centrales telefónicas y otros edificios públicos, dando un vuelco decisivo a la situación.

Durante los dos días siguientes el control de la capital pasa progresivamente a manos de los revolucionarios. El 31 de octubre se libran los últimos combates, durante los cuales el conde Esteban Tisza, jefe del reaccionario partido proimperial, es muerto por un soldado. El primero de noviembre los últimos destacamentos de policía y gendarmería leales a la corona son desarmados. Ese mismo día, mientras cuatrocientas mil personas desfilan por las calles cantando la Marsellesa de los Trabajadores, el Consejo Nacional nombra a Karolyi primer ministro y se constituye un ministerio en el que participan, además de los partidarios de Karolyi, los radicales de Oscar Jaszi y el ala derecha del Partido Socialista, que dirige Erno Gárami.

El nuevo gobierno obtiene rápidamente el apoyo del ejército y consigue arreglar con facilidad sus asuntos con la monarquía: el 15 de noviembre el emperador abdica, reconociendo por anticipado las decisiones mediante las cuales Hungría fijará su futura forma de gobierno. El 16 de noviembre de 1918 se proclama la República y Karolyi es elegido presidente sin oposición.

El gobierno de la burguesía liberal



El gobierno del conde Karolyi se mantiene en el poder desde el 1º de noviembre de 1918 hasta el 21 de marzo de 1919. En su nacimiento concita el apoyo de todos los sectores y su línea democráticoliberal parece ser capaz de solucionar los problemas de una Hungría destrozada por la guerra. Pero cuatro meses más tarde, fracasada toda su política, cae sin encontrar prácticamente ningún defensor.

¿Cómo se explica un hundimiento tan vertiginoso de un régimen que aparentemente contaba con la mayoría de la voluntad nacional?

La primera preocupación de Karolyi, no bien asumida la presidencia, es instrumentar los mecanismos democráticoburgueses de gobierno; por ello uno de los decretos lanzados con mayor prontitud es el que convoca a elecciones parlamentarias, de acuerdo con una ley electoral a fijarse, que, se aseguraba en el decreto, contemplaría el voto universal y secreto. Pero este mecanismo parlamentario no es por el momento más que un proyecto difícil de llevar a cabo en una situación de absoluto de-




A VIRÁGOS FORRADALOM
AZ ÉRDEKES UJSÁG

31 de octubre de 1918: En la portada de un periódico de Budapest la imagen de los soldados revolucionarios. Ese mismo día desfilan por Budapest cuatrocientas mil personas cantando la "Marsellesa de los Trabajadores".

Radiograma del gobierno de Karolyi "a los pueblos del mundo entero" (2/11/1918)

El pueblo húngaro acaba de realizar su revolución pacífica y victoriosa. Se ha sacudido el yugo que lo había oprimido durante siglos. Constituye ahora un estado democrático, completamente independiente. El pueblo húngaro declina enérgicamente toda responsabilidad con respecto a la guerra mundial. No escuchando otra cosa que la voz de su conciencia, depone las armas y desea la paz. Entrando en la Sociedad de las Naciones declara la Fraternidad y la Igualdad de todos los pueblos que habitan el territorio húngaro. Recuerda en este momento solemne que Hungría tiene un pasado histórico milenario y ha sido durante siglos el escudo de Europa y la Civilización. Cree por lo tanto poder recomendar con confianza la existencia y la integridad territorial de Hungría a los sentimientos de justicia de las naciones libres del mundo.

(Tomado y traducido de Desbons, *La Hongrie apres le Traité de Trianon.*)

Proclama de la socialdemocracia húngara del 31 de octubre de 1918

¡Obreros! ¡Camaradas! El egoísmo de la clase dirigente ha empujado irremediablemente al país a la revolución. Los regimientos se han unido sin efusión de sangre al Consejo Nacional el pasado miércoles y han ocupado los principales puntos de la capital: el Correo, las centrales telefónicas, el Cuartel General. Han jurado fidelidad al Consejo Nacional. ¡Camaradas! ¡Obreros! Sin duda la contrarrevolución querrá retomar el poder. Es necesario mostrar que abrigáis los mismos sentimientos que vuestros camaradas los soldados. ¡Salid a las calles ¡Dejad el trabajo!

Primera proclama del gobierno revolucionario (22 de marzo de 1919)

El proletariado de Hungría ha asumido desde hoy en sus manos todos los poderes. Por la decisión de los aliados de ocupar Hungría el abastecimiento de la Hungría revolucionaria se ha convertido en un hecho imposible. Bajo tales circunstancias el único remedio que se ofrece al gobierno húngaro es la dictadura del proletariado. Los poderes legislativo, ejecutivo y judicial serán ejercidos mediante la dictadura de los consejos de obreros, soldados y campesinos.
El Consejo del Gobierno Revolucionario dará inmediatamente comienzo al trabajo del gobierno socialista. El Consejo decreta la socialización de todas las grandes propiedades, minas, grandes industrias y transportes y declara su completa solidaridad con el gobierno ruso del soviet y ofrece contraer una alianza armada con el proletariado de Rusia.

(Tomado del diario *La Vanguardia* de Buenos Aires del 26/3/1919.)

sorden y en un país donde jamás se había dado una forma de expresión política amplia y generalizada en todas las capas de la población; frente a él se yergue una instancia de oposición política real, ya organizada, y cuyo poderío numérico y orgánico va en constante aumento: los soviets. Pero mientras los soviets estén controlados por los socialistas conciliadores, que constituyen la principal base de sustentación del gobierno, éste no deberá temer una oposición proveniente de esa dirección y podrá dedicarse a montar sus propios mecanismos políticos. Tampoco el ala izquierda socialista representa un enemigo inmediato, pues aunque no participa en el gobierno se abstiene de atacarlo directamente.

Pero pronto aparece un enemigo más peligroso. El 22 de noviembre ingresa en Hungría Bela Kun. Era éste un ex periodista, redactor de periódicos socialistas, posteriormente secretario del partido socialista de la localidad de Kóloszvar y dirigente de asociaciones de seguro obrero. Enviado al frente ruso durante la guerra había caído prisionero; liberado luego de la revolución de octubre, había pasado a Moscú, donde conoció a Lenin y redactó un periódico en húngaro, la **Revolución Social.** En torno de Bela Kun y un grupo de emigrados que regresan con él se agrupan rápidamente sectores de la izquierda socialista descontentos con la política conciliadora del partido, dando así nacimiento, a fines de noviembre, al Partido Obrero Comunista Húngaro. La política del nuevo partido, que preconiza una oposición frontal a todo intento de consolidación del régimen burgués de Karolyi y la necesidad de que los soviets tomen el poder, según el ejemplo ruso, no tiene en un primer momento demasiada repercusión, ni siquiera en los soviets mismos, que en este momento se orientan en gran parte por las consignas de la burguesía. Sin embargo, a medida que se hagan evidentes los fracasos de la política interior y exterior del régimen de Karolyi, esta situación variará fundamentalmente.

El problema principal del gobierno es el de reorganizar la producción desquiciada por la guerra. Este problema resulta particularmente arduo en la industria, donde debe intentar armonizar las exigencias de los obreros con los intereses de la burguesía. El planteo obrero de control de los trabajadores sobre el manejo de las empresas emana directamente de los poderosos soviets, y por ello resulta políticamente peligroso para el gobierno todo intento de despreciarlo. Para encontrar una solución conciliatoria que, tomando en cuenta las exigencias de los consejos de trabajadores, permitiera realizarlas en mínima parte sin alterar en absoluto las relaciones de propiedad, el gobierno republicano, siguiendo las indicaciones del socialista Garami, propone un sistema de gestión mixta: las fábricas, según este sistema, serían dirigidas por una comisión en la que participarían patronos, obreros y representantes del estado. El método comienza a ponerse en práctica y bien pronto se pone en evidencia que los trabajadores, colocados en minoría dentro de las administraciones, se ven restringidos a una participación poco más que formal en las decisiones. Poco tiempo después los consejos obreros son ya decididos opositores del nuevo ordenamiento; de esta actitud pasarán rápidamente a la oposición política.

Para mejorar la situación agraria Karolyi decide la división de los dominios de la aristocracia terrateniente. El plan prevé la repartición de la tierra en parcelas de 500 hectáreas entre jornaleros y pequeños propietarios, depositando los campesinos en el estado una renta gradual durante cien años, que pasaría a los antiguos propietarios, a modo de indemnización, a través de una deducción del impuesto a los capitales. Con el fin de impedir la reconstitución de los latifundios por parte de los terratenientes, las tierras serían incesibles y hereditarias. La reforma de Karolyi no está orientada hacia la masa de los jornaleros, en su mayoría imposibilitada de realizar los pagos exigidos para la obtención de tierras; en cambio, de haberse podido realizar, hubiese significado la consolidación de una clase de campesinos medios compradores de tierras, que re-

Miguel Karolyi —a quien se ve en las ilustraciones— fue el conductor del gobierno liberal que se mantuvo en el poder durante cuatro meses.





Manifestaciones en apoyo de la revolución democrático-burguesa de 1918. Poco tiempo después del derrocamiento del imperio surgirían los problemas resultantes de la desmovilización de los soldados y las leyes agrarias.

sultaría un apoyo de inestimable valor para el régimen.

Pero muy poco de esto llega a concretarse. La reforma exige la formación de un aparato encargado de empadronar las propiedades, vigilar los repartos y constituir un catastro; este mecanismo burocrático se revela sumamente lento en una situación que demanda rapidez, y las operaciones de los denominados "comisarios agrarios" se arrastran largamente, suscitando querellas entre los agricultores que suministran material para procesos. Los campesinos, impacientes, comienzan a adueñarse de las tierras sin esperar las decisiones de los comisarios y sin pagar canon alguno. En el departamento de Somogy, uno de los más productivos de Hungría, los productores, luego de apoderarse de las propiedades de los terratenientes, expulsan a los comisarios agrarios y comienzan a organizar soviets. Enviado el ministro de Agricultura, Szabó, para arreglar la situación y hacer cumplir la política del gobierno, fracasa: los campesinos lo reciben armados y lo amenazan de muerte, y Szabó debe retirarse sin cumplir con su cometido.

Esta situación conflictiva desorganiza aún más la producción agrícola y los transportes de alimentos hacia las ciudades comienzan a paralizarse, hasta el punto de que muy pronto el gobierno debe ordenar un severo racionamiento de los productos esenciales y requisas constantes entre los comercios. Pero tales medidas no resultan suficientes, y ya en el mes de enero la falta de alimentos llega a ser desesperante en las principales ciudades. A ello se agrega la presencia de grandes grupos de soldados recientemente desmovilizados, que no tienen la menor posibilidad de encontrar ocupación en la estructura productiva desquiciada y cuya situación el gobierno debe resolver de alguna manera. Hacia fines de enero gigantescas manifestaciones de desocupados obligan a Karolyi a decretar la concesión de un subsidio de quince coronas diarias a la desocupación.

Sin embargo, la concesión de subsidios masivos está muy por encima de las posibilidades financieras del gobierno, que, habiendo reconocido los empréstitos de guerra para atraerse la simpatía de los banqueros húngaros y extranjeros, y abocado a la realización de una reforma monetaria que separe a Hungría de Austria en ese aspecto, necesita para su programa treinta mil millones de coronas. Se intenta conseguir empréstitos en el extranjero, pero, como estos se hacen esperar, el gobierno se ve obligado a establecer un impuesto progresivo sobre los capitales. Esta medida, que en el aspecto puramente financiero hubiera podido dar buen resultado, resulta políticamente nefasta, pues en momentos en que el gobierno comienza a perder el apoyo de obreros y campesinos, le enajena también las simpatías de las clases propietarias.

La impotencia del programa liberal burgués de restablecimiento de la economía aparece así claramente. En esas circunstancias, la influencia del Partido Comunista Húngaro, que reclama otro tipo de soluciones, incluyendo la inmediata socialización de toda la propiedad industrial y de la grande y mediana propiedad agrícola, y la comunalización de los bienes de consumo, crece vertiginosamente.

Para enero los comunistas ya controlan una parte considerable de los consejos de obreros y soldados, en los que dos meses atrás tenían poca o ninguna influencia; incluso se sienten lo suficientemente fuertes como para llevar a cabo intentos locales de derribar gobiernos radicales y socialistas en Budapest y Szalgotarian. Estos intentos, que todavía no pasan de golpes de mano, fracasan y son reprimidos, pero la agitación comunista en campos y fábricas continúa.

El gobierno de Karolyi contrataca en dos frentes. Por un lado, aumenta la base política gubernativa incorporando al gabinete a los socialistas de izquierda, dirigidos por el ex militante del partido Radical, pasado al socialismo, Sigmond Kunfi, con lo que espera aislar a los comunistas. Con respecto a éstos, inaugura una política represiva. Hacia fines de enero, luego del ataque de marineros y obreros comunistas de la capital al periódico **Nepzava,** órgano oficial de los socialdemócratas, que


Biró
1919
MÁJUS 1.

engendra una violenta lucha con la policía, causante de muchas muertes, los principales dirigentes comunistas, entre ellos Bela Kun, Lazlo y Rabinóvics, son arrestados por orden de Karolyi. En la prisión, Bela Kun es salvajemente torturado por los gendarmes. Por lo demás, para garantizar la futura eficacia del aparato represivo estatal, se reemplaza al ministro de Guerra Lindner, pacifista convencido y partidario de la disolución del ejército profesional, con el conservador Bartha. Bartha trata de reorganizar el ejército de acuerdo con el modelo imperial y, queriendo restablecer la disciplina y el acatamiento al gobierno, prohíbe la existencia de soviets de soldados.

Tampoco en el terreno militar el régimen de Karolyi tiene éxito. Los consejos de soldados no se dejan disolver; las tropas de Budapest se amotinan y exigen la destitución de Bartha, que, después de tres semanas, debe renunciar. El nuevo ministro de Guerra, Boehm, es un obrero mecánico, socialista de izquierda y partidario de un entendimiento con los comunistas. Hacia febrero de 1919 la situación de Karolyi es extremadamente inestable. Carente de apoyo militar sólido, crecientemente malquistado con los soviets a causa de su vacilante e ineficaz política agraria e industrial, que oscila continuamente entre la necesidad de reformas y el respeto a los intereses de las clases dominantes y resulta trabada por la ineficiencia de la nueva burocracia y la oposición de la antigua, el régimen está imposibilitado de asegurar siquiera las más elementales necesidades de abastecimiento de la población.

Los fracasos del gobierno y el descontento que crecientemente provoca, arrastran a todos los partidos que lo apoyan, incluso los socialistas. Es por ello que la única alternativa opositora, la de los comunistas, continúa, pese a la represión a que éstos se ven sometidos, ganando terreno entre las masas. El 24 de febrero, en Budapest, una nueva insurrección dirigida por los comunistas es a duras penas reprimida. Ya antes, el día 8, se había iniciado la huelga general contra el gobierno de Hungría septentrional; hacia fin de mes toda la zona está en manos de los soviets, dirigidos por comunistas y grupos socialistas adversarios del compromiso con Karolyi, que desconocen al gobierno.

El golpe definitivo lo recibe el gobierno por el lado de la política exterior. Había asumido el poder en una situación desesperada, militarmente impotente ante las pretensiones de los países vencedores en la guerra e imposibilitado de enfrentar las demandas territoriales de los vecinos países eslavos, que reclamaban la incorporación a su territorio de las zonas de Hungría habitadas por sus connacionales. Una causa importante del consenso general de que el régimen de Karolyi gozaba era la creencia generalizada de que sería capaz de negociar con los aliados la integridad del territorio húngaro. El partido de Karolyi se había opuesto desde 1914 a la guerra y siempre había sido francófilo (uno de sus diputados, Lovaszi, se había atrevido a gritar en el Parlamento húngaro, en plena guerra contra Francia, "¡Viva la Francia Republicana!"), y ello suscitaba la expectativa de un tratamiento preferencial por parte de los vencedores que permitiera a Hungría conservar sus fronteras de anteguerra.

Pero pronto estas esperanzas se revelan infundadas. Karolyi negocia un armisticio con los italianos el 3 de noviembre, en Villa Giusti, y las hostilidades en el frente balcánico cesan pocos días más tarde. El ejército húngaro es disuelto (el ministro Lindner declara: "No quiero ver en Hungría más soldados") y se prevé su reemplazo por una milicia territorial. Pero la posibilidad de mantener intacto el territorio nacional queda fuera de cuestión. Las minorías nacionales se separan de inmediato de Hungría: Croacia, a principios de noviembre, para ser incorporada más tarde al reino de Yugoeslavia; pocos días después Transilvania se incorpora a Rumania, y Eslovaquia pasa a formar parte del nuevo estado checoeslovaco. El estado húngaro pierde incluso a las minorías magyares de esos territorios. Por otra parte, los países de la Entente, no comprendiendo

Afiche húngaro celebrando la fiesta del trabajo durante el gobierno de los soviets.

Bela Kun: "Mantenemos los mejores sentimientos de amistad para con todas las naciones y muy especialmente hacia los Estados Unidos, que está mostrando una actitud de imparcialidad. Nada nos une a Rusia, exceptuando la solidaridad de las clases trabajadoras."

que su interés político está en apuntalar el gobierno de Karolyi, lo tratan sin consideraciones. Franchet l'Esperey, comandante francés del frente balcánico, hace saber a Karolyi que las líneas del armisticio no constituyen fronteras definitivas, e inmediatamente autoriza al ejército rumano a ocupar nuevos territorios hasta el río Theiss (Tisza); los franceses ocupan también algunas regiones de Hungría, y sobre ésta se cierne la amenaza de un completo desmembramiento e incluso de su desaparición como estado.

La situación interna, entretanto, se hace cada vez más tensa. La Alta Hungría, como se ha dicho, está desde febrero en manos de los soviets de obreros campesinos y soldados, que desconocen al gobierno de Karolyi. Desde principios de marzo son incesantes en Budapest las manifestaciones que exigen al gobierno la solución del problema de abastecimientos. El día 18 los soviets obreros de la fábrica Weisz Manfred, de Csepel, cercana a Budapest, que desde noviembre habían tomado por su cuenta el control de la producción, deciden, en nombre de 20.000 trabajadores, adherirse en masa al partido Comunista y marchar en armas sobre la capital para forzar un cambio de gobierno. Los soviets de la guarnición de la capital e incluso el ministro de Guerra Boehm simpatizan con los comunistas, de modo que el gobierno no cuenta con fuerzas leales para reprimirlos.

En estas circunstancias las potencias aliadas toman una decisión que significará el fin del gobierno de Karolyi. Por medio de un ultimátum que entrega el coronel Vix, jefe de la Comisión Aliada del Armisticio en Budapest, exigen la formación de una zona neutral de 200 kilómetros de extensión a partir de la frontera con Transilvania, zona que incluye a la segunda ciudad de Hungría, Debreczin.

El ultimátum, que significa de hecho la extinción de la soberanía húngara sobre una buena parte de su territorio nacional, constituye un golpe demasiado fuerte para el tambaleante régimen de Karolyi. Los miembros burgueses del gabinete, incapaces tanto de aceptar el ultimátum como de organizar una resistencia activa contra las pretensiones de la Entente, toman el camino de la huída, renunciando masivamente.

Karolyi pasa entonces a depender exclusivamente del apoyo de los socialistas. Por ello, y comprendiendo que éstos constituyen una base de sustentación insuficiente para oponerse tanto a las exigencias de los aliados como a la presión de los soviets, les recomienda un acuerdo con los comunistas para formar un nuevo gobierno, que espera seguir presidiendo.

El 21 de marzo el líder de los socialistas de izquierda, Kunfi, se dirige a la prisión para tratar con el dirigente comunista Bela Kun. Se llega a un acuerdo sobre la base de la unificación de ambos grupos en un nuevo partido, el Partido Socialista Húngaro, que tomará provisoriamente el gobierno en nombre de los soviets de obreros, soldados y campesinos. Se resuelve que serán eliminados del gobierno Karolyi y el ala derecha socialista.

Karolyi, superado por los acontecimientos, renuncia al día siguiente. Se lo ha acusado desde posiciones de derecha de "haber entregado el poder a los comunistas" (incluso debió sufrir a causa de ello, durante el régimen de Horthy, un proceso por alta traición). No hubo en realidad tal cosa, sino que, desaparecida la coalición burguesa que lo apoyaba, y puestos de acuerdo en contra suya los socialistas de izquierda con los comunistas, no hubo para él otra alternativa que ceder el poder.

El mismo día 22 se forma el nuevo gobierno. El albañil Alexander Garbai, socialista, ocupa la presidencia; Bela Kun, recién salido de la prisión, la cartera de Relaciones Exteriores, con Agoston como suplente; Joseph Pogány y Tibor Szamuelly serán respectivamente titular y suplente del ministerio de Guerra; Eugenio Landler y Bela Vago de Interior; Sigmund Kunfi ocupa la cartera de Instrucción Pública, siendo su suplente Georgy Luckacs, posteriormente famoso por sus trabajos en el campo de la filosofía y la estética.

Los soviets toman el control de la capital sin que se ofrezcan resis-





Los acontecimientos revolucionarios del 21 de marzo relatados por una aristócrata

Eran las siete, aproximadamente. Joseph Cavallier, un joven periodista que había trabajado mucho y con gran desinterés para la "Alianza Nacional de Mujeres", llegó pálido como la muerte. Cerró bruscamente la puerta detrás de sí, como si temiera ser seguido. Sus ojos estaban fijos y vidriosos.
—¡Karolyi ha renunciado! —dijo con voz incierta— y envió a Kunfi a buscar a Bela Kun a la cárcel central; Kunfi llevó a Kun al palacio de la presidencia. Socialistas y comunistas se han puesto de acuerdo. Han formado un directorio. Parece que los miembros son Bela Kun, Szamuelly, Kunfi, Pogány y Vago. Quieren establecer tribunales revolucionarios y esta noche arrestarán a mucha gente. ¡Huya! ¡No se exponga a su venganza!
Mientras hablaba afuera estalló el ruido de la fusilería, y de pronto tuve la imagen de lo que iba a ser aquella noche. Estábamos en la casa hostil, protegidos por una última puerta cerrada; el picaporte giraba, la puerta se abría [...]. Una voz horrible aullaba afuera.
—*¡Viva la dictadura del proletariado!*
El silencio reinó por un momento. Un silencio terrible, como cuando el cuchillo pende en la guillotina sobre la criatura que, fuertemente atada, solo puede esconder la cabeza entre sus hombros. La lluvia fría caía, sudor agónico sobre la fachada de las casas [...]
Afuera la voz rugió nuevamente:
—¡Viva la dictadura del proletariado!
Ya las calles vecinas gritaban igualmente. Rechinaban las puertas cerradas de prisa. Pasos apurados sonaban entre las paredes y llevaban delante de sí el sonido de las palabras: ¡Viva! ¡Muerte! En el extremo de la calle disparos...
—¡Muerte a los burgueses!
Una bala alcanzó un farol de gas, cuyos vidrios se desparramaron rudiosamente sobre la vereda. Un coche pasaba rápidamente. Fue detenido. Después, la fusilería se alejó hacia la calle Rakoczi. Nuestros pensamientos corrían tras ella por la ciudad enloquecida y tenebrosa. ¿Qué pasaba allí? ¿Y allá? ¿Y en todas partes? ¿En los cuarteles? ¿En los bulevares? En el centro de Pest, los marinos saquean. Los suburbios se amotinan. Un puñado de bolcheviques se ha apoderado de la ciudad. ¿Adónde ir? Me parecía sentir el latido de corazones humanos, millones de pequeños golpes atravesando el silencio.
Las alcantarillas han reventado y nos inundan. Por la gracia de Miguel Karolyi, su camarada, el agente de Trotski, Bela Kun, reina sobre la Hungría de San Esteban.

(Tomado y traducido de Cecile de Tormay, *Scénes de la Révolution Communiste en Hongrie.*)

Movilizaciones populares. La base de la organización soviética de Hungría la constituyeron los consejos locales, que cumplían una función de administración económica.


KÖZTÁRSASÁGOT!

Un afiche de la época alude a la implantación de la república de los soviets.

tencias. Los principales cuarteles son tomados por obreros y soldados. Los consejos de obreros y soldados reunidos proclaman la dictadura del proletariado, declaración que es apoyada por la mayoría de los partidos e incluso, lo que a primera vista resulta extraño, por los partidos burgueses.

El cambio de gobierno se realiza en todas partes sin oposición. Es que el ultimátum de los aliados y la amenaza de desmembramiento de Hungría han obrado como catalizadores para producir una transitoria unión de casi todas las voluntades. Obreros y campesinos ven en el nuevo sistema al único capaz de realizar la tarea nacional de superar el desastre económico y oponerse a la desaparición de Hungría como estado, y momentáneamente coinciden en ello las capas medias y amplios sectores de la burguesía. Estos, afectados en sus intereses de clase por el nuevo ordenamiento, reaccionarán más tarde violentamente contra él.

El régimen soviético



l camino político elegido por los consejos húngaros para la realización de su programa revolucionario es el de la dictadura democrática del proletariado. Ello implica, junto con la destrucción del orden existente y una férrea oposición a los intentos de reconstituirlo en cualquier terreno por parte de las clases desplazadas del poder político, la existencia de canales de libre expresión para la voluntad de la clase proletaria, sujeto activo de tal dictadura, y la creación de órganos que la efectivicen. Esos órganos son para el proletariado magyar los soviets o consejos.

A partir de marzo de 1919 se inicia la experiencia de la constitución del nuevo poder soviético, experiencia fructífera que, sin embargo, la contrarrevolución dejará rápidamente trunca. (La nueva organización se completa sólo un mes antes de la caída del régimen soviético; la mayoría de las medidas emanaron del régimen provisorio instaurado el 21 de marzo.) La base de la organización soviética de Hungría la constituyen los consejos locales, que cumplen primariamente una función económica y administrativa. Consejos rurales y urbanos se ocupan de la organización de la producción y de la distribución de la riqueza, cada uno en sus respectivas esferas. La reunión de los delegados de los consejos locales da origen a los consejos de distrito y de departamento, que administran circunscripciones más amplias. Estos a su vez nombran delegados con mandato imperativo en el Congreso Nacional de los Soviets.

Las elecciones para los consejos comunales, los distritos y el Congreso Nacional se realizan el 7 de abril. Votan todos los trabajadores de ambos sexos, sin ninguna distinción de origen nacional, a partir de los 18 años de edad, enviando los consejos locales y regionales un delegado al Congreso Nacional por cada cinco mil habitantes.

El Congreso Nacional se inaugura el 14 de junio, con autoridad suprema en todas las áreas, producto de la unión de sus absolutas atribuciones en los campos político y económico. Tiene la facultad de determinar las fronteras de la República, llamar al pueblo a las armas y modificar la constitución para adaptarla a las necesidades de la construcción del nuevo régimen socialista. Diez días después queda constituido el Consejo Central Ejecutivo, compuesto de 150 miembros, que, además de presidir permanentemente el Congreso Nacional, tiene la función de nombrar a los comisarios de cada área, los cuales forman en conjunto el verdadero poder ejecutivo. Estos, a su vez, con excepción de los comisarios de Relaciones Exteriores, Armamentos y los representantes de las minorías nacionales, integran el Consejo Económico.

El obrero socialista Alexander Garbai mantiene la presidencia, y Bela Kun las Relaciones Exteriores, puesto clave en ese momento político. Continúan en sus funciones, modificándolas en algunos casos, Kunfi, Pogány (ambos socialistas) y los comunistas

Manifiesto referido a la tenencia de la tierra. El primer decreto sobre la reforma agraria —sancionado en abril de 1919— afirmaba que "la tierra pertenece a la comunidad de los trabajadores. Quien no la trabaja no debe gozarla".

El rol de los sindicatos

El aparato de nuestra industria reposa sobre los sindicatos. Estos últimos deben emanciparse más y trasformarse en empresas poderosas, que comprenderán a la mayoría, luego a la totalidad de los individuos de una rama industrial. Los sindicatos, tomando parte en la dirección técnica, tenderán a ir tomando lentamente todo el trabajo de dirección. De esta manera se asegura que los órganos económicos centrales del régimen y la población laboriosa trabajen de acuerdo y que los obreros se habitúen a esta vida económica. Es este el medio más eficaz de anular la burocracia en la organización. Nunca el sindicalismo ha poseído la importancia que tiene en nuestros días. Su naturaleza no es política: su misión será la de organizar y controlar la producción. Puede así alcanzar un desenvolvimiento extraordinario. Por lo demás, tiene ya una extensión considerable desde octubre de 1918.

(Declaraciones de Bela Kun del 14 de mayo de 1919, reproducidas por Ganivet.)

Decreto sobre la tierra del 4 de abril de 1919

1. La tierra húngara pertenece a la comunidad de los trabajadores: quien no trabaja no debe gozarla.
2. Todas las propiedades, grandes y medianas, conjuntamente con los edificios, arrendamiento y material de labranza, volverán sin rescate a la comunidad.
3. La pequeña propiedad, con la casa y dependencias anexas, seguirán siendo simple posesión del que fue su propietario anteriormente. El Comisariado de Agricultura decidirá, teniendo presentes las condiciones locales de las propiedades, si clasificarlas como grande o mediana propiedad.
4. Los individuos no podrán repartirse las propiedades de las comunidades.
5. Las propiedades de las comunidades serán administradas por las cooperativas. Podrán llegar a ser libremente miembros de estas asociaciones de producción las personas de ambos sexos que consagren a la producción un cierto número de jornadas de trabajo. Cada uno recibirá una parte de la renta, proporcional a su trabajo. La organización de las cooperativas será regida en detalle ulteriormente.
6. El Comisariado de Agricultura dirigirá técnicamente, con intervención de los Consejos locales, el depósito por valor de las propiedades.

(Tomado de Ganivet, *La Comuna Húngara.*)

Dolgozzatok

mert fogy a kenyér!

Szamuelly, Vago, Luckacs, etc. Se incorporan Eugenio Varga y Matías Rakosi. Las elecciones de abril habían arrojado un balance de fuerzas similar al que ya reinaba en el gobierno provisional de marzo. Los candidatos revolucionarios habían mantenido la mayoría, imponiéndose los comunistas en la capital y las principales ciudades. De ahí que sean pocos los cambios de figuras y que la política mantenga continuidad desde la constitución del gobierno provisional hasta la caída del régimen soviético húngaro.

La obra revolucionaria


l gobierno revolucionario, que ya en su primera proclama del 22 de marzo de 1919 había enunciado su intención de dar "inmediatamente comienzo al trabajo del gobierno socialista" y socializar todas las grandes propiedades, grandes industrias y transportes, contó con muy poco tiempo para producir un cambio tan vasto: sólo se mantuvo en el poder poco más de ciento treinta días. Pese a ello intentó profundos avances en ese sentido.

Subvertir las relaciones capitalistas reinantes en la industria constituye la primera preocupación del régimen soviético. A poco de tomado el poder, por su decreto Nº 9, los consejos ordenan socializar, sin abonar indemnización ninguna a los antiguos propietarios, las fábricas que emplearan más de veinte obreros o que potencialmente pudieran ocupar dicha cantidad de trabajadores. La resolución no encuentra dificultades en su aplicación, dado que ya los obreros organizados en soviets, de las más importantes empresas habían tomado, en muchos casos, el control de la producción, durante el gobierno de Karolyi y pese a los esfuerzos de éste por evitarlo.

A partir de este momento el consejo de fábrica adquiere de derecho lo que había conquistado antes de hecho. Un soviet compuesto por una cantidad que va de tres a once miembros, según la magnitud de la empresa, revocable en cualquier momento por voluntad de la mayoría de los trabajadores, se hace cargo de todas las funciones administrativas. Dirige la producción, vigila el cuidado de las maquinarias y asegura la disciplina laboral. Con él colaboran los comisarios de la producción, nombrados directamente por el Consejo Económico. Estos comisarios, generalmente técnicos especializados, reemplazan a los antiguos directores y poseen autoridad solamente en las decisiones específicamente técnicas.

Un Consejo de Distribución, integrado por personas designadas por los sindicatos afectados, concentra las decisiones de cada rama de industria. Compra las materias primas, decide la distribución de la fuerza laboral y toma las decisiones técnicas más generales. En un principio se encuentra por encima de él el Consejo Económico Popular, integrado por sesenta miembros, al cual le corresponden las decisiones económicas globales y que es también elegido por los sindicatos. Posteriormente el Congreso de los Soviets decide que estas funciones se concentren en los comisarios del área, agrupados en el Consejo Económico.

Pero estos cambios no se realizan sin engendrar problemas, problemas que se suman al anterior desquiciamiento de la producción y que plantean al nuevo régimen grandes dificultades en el campo industrial. Los delegados de fábrica suelen ser demasiado inestables como para garantizar una dirección coherente. Por otra parte, para no enajenarse la simpatía de sus representados, autorizan en muchos casos el aflojamiento de la disciplina de trabajo. La situación se agrava cuando los mejores cuadros obreros son movilizados y marchan a combatir la invasión exterior.

La producción industrial rara vez alcanza los niveles anteriores a la guerra. Eugenio Varga, uno de los presidentes del Consejo Económico, lo hace constar en el Congreso de los Soviets, el 15 de junio: "El rendimiento del trabajo personal ha disminuido un sesenta por ciento en relación a los tiempos de paz", dice. "Si buscamos las causas de este aminoramiento no las encontraríamos en la escasez de combustibles o materias primas, sino en la supresión de la coacción capitalista." Para incentivar la productividad Varga preconiza el retorno al sistema de trabajo a destajo y al empleo de sanciones, por parte del conjunto, con respecto a los malos trabajadores. Pero estas medidas, quizás necesarias, pero sin duda alguna regresivas, no conducen a un mejoramiento sustancial, y los niveles de anteguerra continúan sin ser alcanzados.

Problemas de orden distinto plantea la agricultura, donde la gran propiedad no ha sido casi tocada por las inaplicadas reformas de Karolyi. Tradicionalmente vedado a la penetración de las ideas socialistas, tardíamente organizados los consejos, el régimen soviético cuenta en el campo con escasos puntos de apoyo para impulsar los cambios. Por otra parte se manifiestan discrepancias en el mismo gobierno acerca de la solución que debe darse al problema agrario: se discute acerca de si la tierra expropiada a los terratenientes debe ser o no entregada a los campesinos en carácter de propiedad individual.

En este primer aspecto triunfa la teoría negativa y se resuelve no dividir los latifundios entre los campesinos. Pero las discrepancias continúan, ahora respecto al futuro control de la tierra. Un grupo propone que ésta sea controlada directamente por el estado para posibilitar la inmediata mecanización de las tareas y alcanzar el ideal de la fábrica rural; sus opositores preconizan la descentralización de la agricultura, poniendo las haciendas bajo control local y permitiendo a los campesinos conservar la autonomía en las decisiones referentes a la organización de la producción, solución que finalmente es adoptada.

Pero estas controversias conducen a que la solución del problema agrario, de primera urgencia en cuanto pone en tela de juicio el apoyo del campesinado al régimen, quede irremediablemente trabada. El campesino no recibe

Bela Kun define la política internacional de su gobierno

Nuestra política externa es de paz. Esto lo queremos con sinceridad. Sin embargo, hemos derribado al imperialismo y no podrá llevársenos nuevamente al imperialismo. Nuestra política externa se basa en nuestra política interna. La primera descansa absolutamente en la solidaridad internacional de las clases trabajadoras de todo el mundo.
Mantenemos los mejores sentimientos de amistad para con todas las naciones y muy especialmente hacia los Estados Unidos, que está mostrando una actitud de imparcialidad. [...]
Tenemos los más tiernos sentimientos para con el proletariado alemán, que nos enseñó la teoría que nosotros hemos llevado a la práctica.
Nada nos une a Rusia, exceptuando la solidaridad de las clases trabajadoras.
Sinceramente creemos que todas las diferencias entre nosotros y la *entente* se resolverán pacíficamente, pero si el espíritu de los aliados se basa en el poder de la espada entonces nuestra población se levantará en armas, como los norteamericanos lo hicieron en la época de Jorge Washington.

(Declaraciones de Bela Kun a la United Press, reproducidas por *La Vanguardia* de Buenos Aires del 8/4/1919.)

Radiotelegrama enviado por Lenin a Bela Kun el 23 de marzo de 1919

Le ruego comunicar qué garantías efectivas tiene usted de que el nuevo gobierno húngaro sea, en realidad, un gobierno comunista y no simplemente socialista, es decir, socialtraidor.
¿Poseen los comunistas la mayoría en ese gobierno? ¿Cuándo se celebrará el congreso de los soviets? ¿En qué consiste el reconocimiento efectivo de la dictadura del proletariado por los socialistas?
Es absolutamente indudable que la escueta imitación de nuestra táctica rusa en todos los detalles, dadas las condiciones peculiares de la revolución húngara, sería un error. Debo prevenirles a ustedes contra dicho error, pero desearía saber en qué ve usted las garantías efectivas.
Para saber con toda exactitud que es usted quien me contesta le ruego que me diga en qué sentido conversé con usted acerca de la asamblea nacional la última vez que me visitó en el Kremlin.
Saludos comunistas.

Lenin.

(Tomado de V. I. Lenin, *Obras Completas*, Ed. Cartago, t. XXIX.)

tierras, y éstas quedan en muchas ocasiones en manos de funcionarios provenientes del régimen de Karolyi, cuando no de ex administradores de los terratenientes. Los productores que continúan cultivando sus propias parcelas reciben en cambio de los productos que envían a la ciudad dinero desvalorizado; cuando solicitan que se les envíen productos industriales descubren que la industria en receso no puede abastecerlos.

Estas circunstancias hacen que el campesinado comience a convertirse en caldo de cultivo de la contrarrevolución. El campesino retiene en muchos casos sus productos, negándose a recibir papel moneda a cambio de ellos; la respuesta son requisas que, si bien alivian algo el problema de la falta de alimento en las ciudades, contribuyen a ahondar la brecha entre el poder obrero y los campesinos.

El 8 de junio estalla una seria revuelta en el oeste de Hungría, que se inicia con una huelga ferroviaria en demanda de mayores salarios y se extiende al campesinado, que reclama que sus productos sean pagados en "dinero azul" (billetes emitidos por el imperio). Los obreros ferroviarios son apaciguados concediéndoles sus reivindicaciones, pero la revuelta campesina es más seria y pronto deviene en insurrección armada. Expediciones punitivas comandadas por Tibor Szamuelly la reprimen después de fuerte lucha y grandes derramamientos de sangre. Particularmente encarnizados son los combates y la posterior represión en las zonas de Sopron, Czenk, Czorna y Kapuvar. La contrarrevolución campesina es momentáneamente derrotada, pero el proletariado industrial queda aislado y así deberá enfrentar el difícil proceso que se inicia.

Los graves problemas de abastecimiento que derivan de la producción en receso exigen del régimen soviético medidas drásticas. Estas comienzan por la socialización del comercio, tanto mayorista como minorista. Todo establecimiento que ocupe más de diez empleados pasa a estar bajo control de éstos, que nom-

bran un director, a su vez supervisado por el comisario de producción. Inventariados los stocks, se procede a instituir un sistema descentralizado de oficinas de aprovisionamiento sobre la base de estos comercios expropiados. Para adquirir mercancías se utilizan bonos de racionamiento, que se reparten según un orden de prioridades: en primer lugar ancianos, mujeres encinta y enfermos; luego las mujeres y niños de soldados que combaten en el frente, y finalmente obreros industriales y empleados. Este sistema, producto de la necesidad extrema, funciona en forma singularmente eficaz durante todo el gobierno soviético; pese a los crecientes problemas productivos y de transporte, el abastecimiento de los bienes de primera necesidad permanece asegurado.

A asegurar el objetivo anterior también concurre la total nacionalización del transporte; poco después se agregan medidas destinadas a suprimir todo tráfico superfluo, concentrando la capacidad de transporte en los objetivos considerados prioritarios: transporte de alimentos, tropas, etcétera.

En el terreno monetario poco pudo realizar el gobierno de los soviets. Estaban en circulación los billetes azules, impresos en Viena por el Banco de Austria-Hungría, que se cotizaban en los bancos extranjeros. Las prensas quedan, al escindirse el Imperio, fuera del control revolucionario. Los billetes blancos, originados en el gobierno de Karolyi, continúan imprimiéndose y, ya desvalorizados con anterioridad, su valor continúa cayendo rápidamente. En las ciudades son rápidamente reemplazados por las tarjetas de racionamiento, obtenibles contra presentación del carnet sindical; en el campo, por el contrario, solo la vieja moneda de los Habsburgo, que el gobierno ha intentado retener para utilizarla como medio de pago internacional, goza de crédito, y los campesinos, como ya se ha señalado, frecuentemente no aceptan otra en pago de sus productos. Se engendran así problemas en el área de la circulación que el gobierno sólo consigue resolver, y esto parcialmente, a costa de medidas compulsivas.

Mayores son las realizaciones del régimen soviético en el campo social y cultural. Se dan notables avances en el terreno de la igualación social de la mujer; el matrimonio pasa a ser libre de la necesidad de consentimiento paterno para los varones mayores de dieciséis años y las mujeres mayores de catorce; el divorcio se hace unilateral y se efectúa dentro de las veinticuatro horas; se legaliza el aborto y se instituyen centros educativos para los niños cuyos padres no pueden asumir la responsabilidad de su crianza. El anacrónico sistema de enseñanza heredado del imperio es totalmente modificado: se queman los libros de instrucción religiosa y de historia política, y las facultades de derecho y teología, tradicionales reductos reaccionarios, son clausuradas; la enseñanza de la biología, prohibida bajo los Habsburgos, reemplaza a la del catecismo; la nueva enseñanza intenta combinar el trabajo manual con el intelectual. Teatros, museos, salas de conciertos son nacionalizados y la entrada pasa a ser gratuita contra presentación de carnet sindical; el precio de los libros se abarata al máximo.

Naturalmente, la mayor parte de esta obra tiene vida efímera; la contrarrevolución dejará escasos rastros de ella.

El problema internacional y la contrarrevolución

Las circunstancias políticas internacionales, que desempeñaron un papel importante en la ascensión del régimen soviético en Hungría, son también fundamentales para explicar su caída. El gobierno soviético se instala en Budapest en medio de una coyuntura internacional absolutamente favorable a las fuerzas revolucionarias. En Rusia, el Ejército Rojo ha derrotado a las tropas nacionalistas ucranias y sus avanzadas se aproximan a los Cárpatos; en Baviera, después del asesinato del líder socialista Kurt Eisner, ha sido proclamada la República de los Soviets; violentas conmociones sacuden a Rumania y Croacia. Bela Kun propone una alianza militar al proletariado ruso, que es casi inmediatamente aceptada; todo hace esperar una unión de las fuerzas revolucionarias y la extensión de la revolución a toda Europa Central y Oriental.

Las potencias de la Entente, aunque victoriosas en la guerra, enfrentan fuertes problemas internos que les imposibilitan el hallar tropas seguras para encarar una acción militar. Por ello deciden negociar. El general sudafricano Smuts, en nombre del mando supremo interaliado, pasa a Budapest, con una serie de propuestas, que incluyen el retroceso de la línea Vix, a cambio de que el gobierno húngaro se abstenga de movilizar el ejército y de realizar propaganda revolucionaria en el exterior. Pero Bela Kun, conociendo la fuerza que en esos momentos tiene el régimen soviético húngaro y conociendo de que ella deriva en gran parte de la posibilidad de hacer respetar el territorio nacional, rechaza el acuerdo. El mes de abril transcurre entre propuestas y contrapropuestas.

Al fin, las negociaciones se interrumpen. La Entente no ha conseguido su acuerdo, pero ha logrado su objetivo, paralizar, ganando tiempo, la acción ofensiva conjunta de las fuerzas revolucionarias. Hacia fines de abril ya puede lanzar las tropas del régimen reaccionario de Rumania, que entretanto se ha consolidado, contra la República Húngara; las tropas francesas en los Balcanes también avanzan sobre Hungría, ocupan algunas zonas y prohijan allí la formación de un gobierno contrarrevolucionario, que preside el almirante Horthy y se establece en Szeged.

Las tropas rumanas continúan avanzando sobre territorio húngaro, y su avance parece incontenible. Es recién entonces que en Budapest se decide realizar un supremo esfuerzo: se decreta la movilización general, se envía al frente a los mejores elementos del proletariado, encuadrados por

Respuesta a la contrarrevolución: un afiche de la República húngara de los soviets llama a los obreros a tomar las armas. En la ilustración de abajo puede verse una patrulla de trabajadores armados custodiando las orillas del Danubio, a la entrada de Budapest.





oficiales del antiguo ejército que se adhieren a una guerra de defensa nacional, pero cuyo apoyo en muchos casos resultará bastante inestable. El ejército llega a contar con ciento ochenta mil hombres divididos en ocho divisiones; es colocado bajo el mando de Vilmos Boehm. El nuevo ejército derrota a los rumanos y los rechaza a principios de mayo más allá del río Theiss.

Simultáneamente, el ejército checo comandado por el general francés Pellé avanza desde el norte sobre Budapest. A mediados de mayo el ejército de Boehm se vuelve contra ellos, y en una campaña que dura aproximadamente un mes derrota completamente a los checos, libera todo el territorio húngaro y ocupa Eslovaquia, que nominalmente pertenece al estado checoeslovaco.

La Entente retorna a la táctica de la negociación. Eleva al gobierno revolucionario una nueva propuesta de arreglo: el ejército húngaro desocupará Eslovaquia a cambio de que las tropas rumanas retrocedan de las posiciones que ocupan y dejen en adelante de atacar territorio magyar.

El gobierno de los soviets comete en ese momento un error decisivo: renuncia a toda táctica ofensiva de extensión de la revolución, para lo cual las condiciones eran todavía favorables, acepta la propuesta y evacua Eslovaquia, a mediados de junio. La república soviética de Eslovaquia, que se había constituido bajo la protección de tropas húngaras, es fácilmente derribada dos semanas más tarde.

Solo se necesita un mes para que se revele la falacia de las propuestas aliadas de pacificación.

El 20 de julio las tropas rumanas, que jamás cumplen el convenio de retirada, vuelven a atacar. Pero ya no se dan las condiciones que habían permitido los brillantes éxitos del ejército rojo húngaro. La contrarrevolución ha ganado terreno en todos los frentes: en Rusia, los blancos han pasado a la ofensiva y toda posibilidad de unión con el ejército rojo, ahora en retirada, ha desaparecido. La República Soviética de Baviera ha caído, aniquilada por la ofensiva de los ultradere-

Comunicado de Lenin sobre las conversaciones por radio con Bela Kun

Conocí bien al camarada Bela Kun desde los tiempos en que era prisionero de guerra en Rusia, y más de una vez vino a verme y a conversar conmigo sobre el comunismo y la revolución comunista. Por eso, al recibirse la noticia de la revolución comunista en Hungría, noticia que venía además suscrita por el camarada Bela Kun, quisimos cambiar impresiones con él y precisar cómo marchaban las cosas en esta revolución. Las primeras noticias podían hacer suponer un engaño por parte de los seudosocialistas o socialtraidores: ¿no se habrían disfrazado estos de comunistas, tanto más cuanto que los verdaderos comunistas se hallaban en la cárcel? Al día siguiente de recibir las primeras noticias de la revolución húngara decidí enviar un radiotelegrama a Budapest rogando a Bela Kun que se pusiera al aparato; le formulé unas preguntas para comprobar si era realmente él quien hablaba y le pregunté qué garantías efectivas existían con respecto al carácter del gobierno y a su política real. Bela Kun fue plenamente satisfactorio en sus respuestas y disipó todas nuestras dudas. Estando en la cárcel, se acercaron a Bela Kun los socialistas de izquierda para deliberar acerca de la formación del gobierno. Y solo estos socialistas de izquierda, simpatizantes de los comunistas así como representantes del centro, han entrado en el nuevo gobierno, mientras que los socialistas de derecha, los socialtraidores, intransigentes e incorregibles, por así decirlo, abandonaron el partido, sin arrastrar consigo a ningún obrero. Comunicaciones posteriores demostraron que la política del gobierno húngaro es de una gran firmeza y se halla tan orientada hacia el comunismo que, mientras nosotros comenzamos por el control obrero para pasar luego de un modo gradual a la socialización de la industria, Bela Kun, gracias a su autoridad moral y a su convicción de ser seguido por enormes masas, ha podido implantar inmediatamente una ley que convertía en propiedad pública todas las empresas industriales de Hungría pertenecientes a capitalistas. Han pasado dos días y estamos plenamente convencidos de que la revolución húngara comenzó a marchar con extraordinaria rapidez por el camino comunista. Ha sido la propia burguesía la que entregó el poder a los comunistas húngaros. Ha mostrado al mundo entero que cuando se plantea una crisis muy grave y la nación se halla en peligro se siente incapaz de gobernar. En estas condiciones, el único poder realmente popular realmente querido por el pueblo es el poder de los soviets de diputados obreros soldados y campesinos.

¡Viva el poder soviético en Hungría!

(Tomado de V. I. Lenin, *Obras Completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, t. XXIX.)



En los primeros días de agosto de 1919 el régimen de Bela Kun se desmorona, ya que la resistencia popular ha sido arrasada por los ejércitos rumanos y franceses.

chistas "cuerpos francos" alemanes. El frente interno de la república húngara de los soviets se resquebraja continuamente: serias divergencias entre socialistas y comunistas llevan a un intento de los primeros de derrocar a la dirección comunista por la vía armada; las unidades navales del Danubio se amotinan y bombardean la sede del gobierno; la revuelta campesina adquiere nuevo auge; continuamente los elementos menos seguros del ejército rojo se pasan a los rumanos o al gobierno de Szeged.

El ejército rojo, desmoralizados sus mejores elementos por las anteriores retiradas y reflejando las divergencias internas entre socialistas y comunistas (incluso su jefe, Boehm, es partidario del desplazamiento de los últimos), no consigue resistir la ofensiva rumana. El régimen de los soviets se desmorona. Bela Kun renuncia el 1º de agosto y pasa a Austria. El 4 de agosto las fuerzas rumanas entran en Budapest, barriendo las últimas posiciones de resistencia de los revolucionarios.

El terror blanco

Con los rumanos a las puertas de Budapest, los socialistas de derecha, encabezados por Peidl y con algún apoyo sindical, intentan aprovechar la marea de la derecha y erigirse en gobierno.

Pero la contrarrevolución, apoyada por las tropas rumanas y francesas es incontenible; el gobierno socialista debe renunciar después de seis días, expulsado por la fuerza por las milicias del almirante Horthy.

Comienza entonces una represión despiadada. Todos los dirigentes revolucionarios capturados son ejecutados y por lo general salvajemente torturados antes de darles muerte. Si bien Bela Kun se salva por su oportuna huida a Austria, caen así Szamuelly, los hermanos Rabinovics, Corvin y muchos otros.

Pero la represión no se limita a los dirigentes. En Budapest, varios miles de personas sorprendidas con las armas en la mano son fusiladas por los rumanos. En Kecskemet cientos de civiles son ametrallados por tropas francesas. Todo el mundo fusila: franceses, rumanos, milicianos de Horthy. Poco a poco el terror se extiende, alcanzando no solo a los revolucionarios sino a los socialistas de derecha e incluso a los liberales. El número de los fusilados y ahorcados se calcula en nueve mil; treinta mil personas ingresan en campos de concentración. El movimiento revolucionario húngaro es destrozado y se limitará en el futuro a pequeños grupos clandestinos sin peso político; tardará más de dos décadas en recuperarse.

La consigna es la restauración del antiguo orden. El régimen ultraderechista de Huszar, que toma el poder a la caída del efímero gobierno socialista de Peidl, restablece la constitución de la Hungría habsburguesa. El nuevo parlamento, elegido como antes por el voto de los propietarios, vuelve a consagrar el monopolio político de los terratenientes, que, auxiliados por la violencia de las milicias horthystas, han recuperado sus tierras. Solo la restauración de los habsburgos, vetada por los aliados, no podrá realizarse dentro de este programa de vuelta al pasado. Hungría se constituirá entonces en una "monarquía con trono vacante", bajo la regencia del almirante Horthy.

Conclusiones

La corta vigencia temporal de la experiencia soviética en Hungría hace difícil establecer conclusiones seguras sobre la validez de muchas facetas de su política.

Así sucede con respecto al funcionamiento mismo de su régimen político y su fundamento, los soviets: para determinar el punto hasta el cual pudieron haberse constituido en el verdadero órgano propulsor de una política democrática para el proletariado magyar hubiese sido necesario que adquirieran un mayor desarrollo, y tal desarrollo fue cortado de cuajo por la contrarrevolución.

El mismo razonamiento vale para las medidas tomadas en el campo de la industria. Si bien las originales formas de autogestión puestas en práctica fracasaron en el objetivo de restablecer inmediatamente el nivel productivo normal, ello no las condena absolutamente pues se debe tener en cuenta que se desarrollaron dentro del marco de una economía desquiciada, herencia de anteriores regímenes, y en un período de constante guerra interna y externa.

Donde se puede afirmar sin reservas que la política del gobierno revolucionario fue totalmente errada es en su tratamiento del problema agrario. Salvando la discusión de la forma en que los campesinos debían recibir la tierra, subsiste el hecho de que esta les debía ser entregada inmediatamente. No se hizo así, y el campesinado pobre se lanzó a la contrarrevolución, con lo que el proletariado urbano debió enfrentar aislado a la reacción.

Pero, aun sin dejar de puntualizar estos errores, debe señalarse que la causa de la caída del régimen soviético de Hungría radique probablemente en los graves errores cometidos en su política exterior. Una vigorosa política de ofensiva revolucionaria en el momento en que las condiciones estaban dadas para ello ofrecía posibilidades de éxito, aunque no lo garantizara. Aislada, la revolución húngara debía fatalmente sucumbir.

Bibliografía

Tarlé, E. V.: **Historia de Europa**. Buenos Aires, Futuro, 1960.
Cole, G. D. H.: **Historia del Pensamiento Socialista**. México, FCE, 1964, t. V y VI.
Ganivet, P.: **La Comuna Húngara**. Buenos Aires, Imán, 1937.
Lenin, V. I.: **Obras Completas**. Buenos Aires, Cartago, 1957-67, t. XXIX.
Mourin, M.: **Histoire des Nations Européennes**. París, Payot, 1962. T I.
Desbons, G.: **La Hongrie après le Traité de Trianon**. París, Marcel Riviere, 1933.

¡Sin obreros no hay azúcar!

Marcos Winocur

"Hoy yanqui, ayer
[española,
sí, señor,
la tierra que nos
[tocó,
siempre el pobre la
[encontró
si hoy yanqui, ayer
[española,
¡cómo no!
¡Qué sola la tierra
[sola,
la tierra que nos
[tocó!"
Nicolás Guillén.

Francisco García, un trabajador azucarero cubano que llegó a escribir sus memorias, nos refiere un diálogo que había tenido lugar por los años cuarenta. Se discutía en las paritarias convocadas por el gobierno las condiciones para el comienzo de la zafra. En torno a la misma mesa están reunidos los representantes obreros y patronales. De estos últimos, es el presidente de la Asociación de Hacendados (propietarios de latifundios cañeros y de ingenios azucareros) quien se dirige al líder de los trabajadores azucareros, el negro Jesús Menéndez, con estas palabras: "Debemos recordar que sin azúcar no hay país". Y la inmediata réplica de Jesús Menéndez: "Pero también recordar que sin obreros no hay azúcar".
Toda Cuba está contenida en este diálogo.

El azúcar

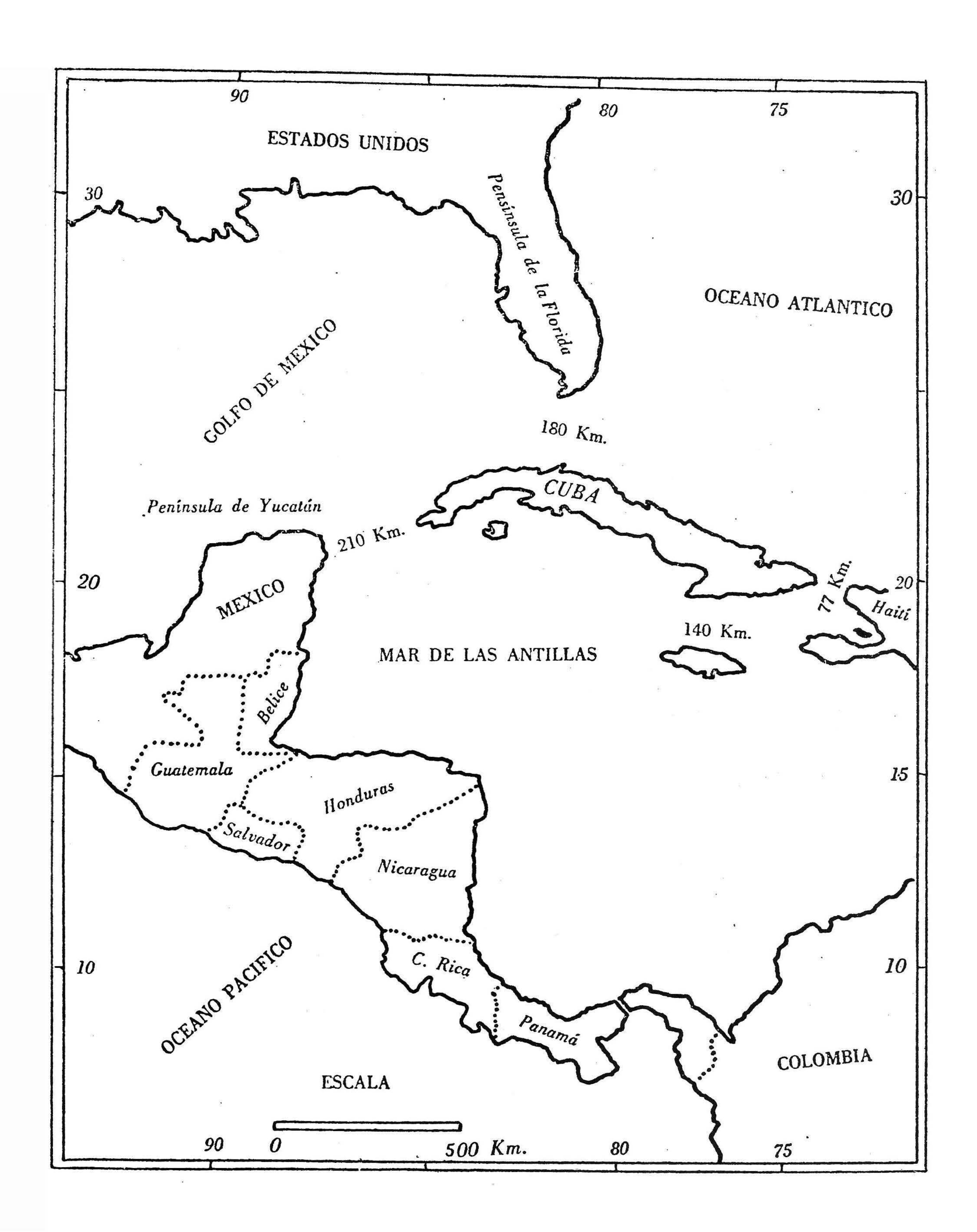
Una palabra, una misma palabra, se repite en ambas formulaciones, tanto la obrera como la patronal: azúcar. Cuba era, en efecto, un país de monoproducción, y todo giraba en torno de ello. Monoproducción significaba por un lado que el azúcar había adquirido tales proporciones que el desarrollo de otros cultivos y la industrialización, frenados, esperaban por el día del juicio final. Y que precisamente esa desproporción arrojaba por el otro lado su consecuencia inevitable: los bienes de consumo, desde la lata de leche condensada al automóvil, debían ser adquiridos en el exterior a cambio del azúcar. Este se convertía así en la moneda internacional cubana.
Pero moneda es una forma de decir. No siempre era aceptada en pago. Cuba no podía comprar de acuerdo a toda la "moneda" que lograra atesorar en sacos de azúcar, sino en la medida en que los mercados exteriores (el norteamericano en primer lugar) estuvieran dispuestos a absorber. En otras palabras, una doble tenaza la hacía prisionera: dependencia del exterior, subdesarrollo en el interior.
Y bien, obreros y patronal, en torno de la mesa de paritarias laborales, tenían un común punto de referencia: el azúcar. ¡Pero bien que era opuesto el enfoque que cada sector hacía! Para los hacendados azúcar era sinónimo de país. Un destino impuesto a los cubanos de una vez para siempre. Pues, si desaparecía el azúcar, vale decir, la monoproducción, desaparecía el país. El único detalle es que los hacendados eran los amos del azúcar... y por lo tanto los amos del país, privilegio que compartían, en la cúspide de la pirámide social, con los inversores norteamericanos (estos últimos monopolizaban los servicios públicos, refinerías de petróleo, minería, y participaban en latifundios, ingenios azucareros, ganadería, infraestructura turística).
Para los obreros azúcar quería decir otra cosa: que eran ellos quienes lo fabricaban, con sus manos, con sus machetes que abatían la caña madura, con su inteligencia en el manejo y control de las máquinas de los ingenios. Ni una sola caña caería por tierra, ni un solo gramo sería molido sin su fuerza de trabajo. Y de ahí su poder: una huelga general azucarera, en momentos de la zafra, dejaba suspendida en el aire la economía de Cuba.
En la base de la pirámide social otros se daban cita. Los obreros agrícolas temporarios que hacían la zafra en el llano y otras recolecciones en la sierra, como la del café, y cuya suerte era compartida en buena medida por el pequeño campesino. En la lucha contra la desocupación cíclica, contra el llamado tiempo muerto de nueve meses que se abría entre zafra y zafra, el obrero agrícola se desplaza tras uno u otro trabajo temporario: en ocasiones intentaba convertirse en pequeño campesino ocupando "ilegalmente" tierras de los latifundios, caía en la mendicidad o emigraba a los centros poblados buscando una changa. Por su lado, el pequeño campesino sufría la movilidad horizontal de otra manera: con frecuencia era objeto de desalojos, que llegaban a asumir el

Basada en un régimen de monocultivo, la economía cubana tenía una sola época floreciente: la temporada de la cosecha de azúcar. Durante el resto del año —unos nueve meses— se sufría las consecuencias de la parcial o completa desocupación.

carácter de masivos. Y también sufría la movilidad social vertical: él o sus hijos, para hacerse de unos pesos, marchaban a la zafra, aquella reunión multitudinaria de cuatrocientas mil voluntades que en el llano abatían la caña de azúcar durante tres meses al año.

Dice un informe norteamericano sobre el trabajo rural en Cuba: "La zafra marca el inicio de las actividades en toda la Isla. Las familias comienzan a comprar carne y arroz para reunir las extraordinarias energías que más tarde se consumirán en los cañaverales y bateyes (viviendas precarias para alojar a los cortadores de caña), y también compran ropas y calzado, y los viajantes de comercio que representan los almacenes llenos de víveres y telas importadas recorren las poblaciones del interior y colman los hoteles de segunda clase de las mismas mientras agencian sus ventas. De nuevo se ven en el campo las luces de las lámparas de "luz brillante" (de la lámpara a kerosene) porque las familias tienen suficiente dinero para comprar combustible y se permiten tener alumbrado artificial. El otoño es casi siempre seco y el horizonte está constantemente iluminado por los incendios de los cañaverales. Los toros y los bueyes que tiran de las carretas en que la caña llega al central se han fortalecido durante varios meses de descanso en los campos. En las temporadas normales todas las cosas adquieren con gran rapidez una apariencia de prosperidad; pero después de dos a cinco meses de trabajo constante este ambiente comienza a modificarse: los bueyes se agotan y enflaquecen en su constante trabajar, especialmente si ha habido lluvias al final de la zafra; las familias que dependen de la caña empiezan a reducir sus gastos a medida que se aproxima el temido tiempo muerto, y todos los trabajadores se muestran dispuestos a aceptar empleos peor pagados a trueque de tener dónde ganar algún dinero. Los almacenistas reducen sus existencias y los viajeros de comercio regresan a La Habana. Gradualmente se desvanece la efímera prosperidad de la zafra y las lámparas de "luz brillante" de los bohíos (vivienda rural cubana, especie de rancho pobre), van desapareciendo una tras otra. La carne, el arroz con manteca y los frijoles, que habían sido básicos en el régimen alimenticio de la zafra, vienen menos veces a la mesa cada semana. El cortador de caña busca alimentos que sustituyan a aquellos y consume plátanos, boniatos, malanga y yuca (los tres últimos: tubérculos de escaso poder alimenticio), y, en vez de tomar café, bebe guarapo (jugo extraído de la caña de azúcar) que obtiene con un rudo aparato a la puerta de su casa. Gradualmente el pueblo reduce su dieta alimenticia. Los pobres, que cultivan poco o nada por su cuenta, piden o toman lo que pueden para comer o emigran en todas direcciones en busca de trabajo, si es que éste puede encontrarse. Viene la temporada de las lluvias y con ella hace su aparición el paludismo sin que haya dinero para pagar al médico o para comprar medicinas." (**Problemas de la Nueva Cuba.** Informe de la Foreign Policy Association, pp. 81/82, efectuado en 1934 a pedido del gobierno cubano. New York, s/f.)

Entre obrero agrícola y pequeño campesino, particularmente en ciertas zonas de Cuba como la provincia de Oriente, los límites se confundían. Se daba pues el fenómeno de la semiproletarización. Además, uno y otro tenían enemigos comunes, lo que contribuía a unirlos. La Guardia Rural, el cuerpo represivo montado de los campos cubanos de entonces, que con una mano operaba los desalojos rurales y con la otra castigaba a los huelguistas de la zafra. La Guardia Rural, siempre al servicio del más fuerte, del señor latifundista, fuera éste del azúcar, del café o de la ganadería. Un mismo poder. Frente a los obreros agrícolas ese inmenso mar de altas cañas que debían abatir y, en medio de ellas, listo a devorarlas, se levantaba ese complejo de maquinarias que es el ingenio. Frente al pequeño campesino el latifundio se manifestaba a través de un mecanismo montado para impedirle entrar en competencia capitalista y tenerle

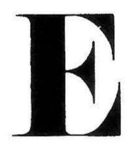

90
80
75
ESTADOS UNIDOS
30
30
Península de la Florida
OCEANO ATLANTICO
GOLFO DE MEXICO
180 Km.
CUBA
Península de Yucatán
210 Km.
20
20
MEXICO
77 Km.
Haití
140 Km.
MAR DE LAS ANTILLAS
Belice
Guatemala
15
Honduras
Salvador
Nicaragua
10
10
OCEANO PACIFICO
C. Rica
Panamá
COLOMBIA
ESCALA
90
0
500 Km.
80
75

siempre como mano de obra disponible para la zafra y las otras recolecciones que debían levantarse sobre el mismo latifundio. ¿En qué consistía tal mecanismo? Por un lado, el pequeño campesino era aplastado competitivamente, puesto que sus costos de producción eran mayores que los de la gran propiedad terrateniente. Esta, por el otro lado, le encerraba en un circuito de circulación de mercancías. Para procurarse ciertos bienes de consumo y útiles de labranza, el pequeño campesino debía recurrir al almacén de ramos generales... de propiedad del latifundista. Para la venta de sus granos y frutos no podía concurrir directamente al mercado, sino a través de una compañía comercializadora... también controlada por el latifundista.

Había pues más de un motivo para que el obrero agrícola y el pequeño campesino (e incluso el campesino medio) se sintieran confundidos en la misma lucha. "Sin azúcar no hay país" y "sin obreros no hay azúcar". Dos mentalidades, dos actitudes de clase se enfrentaban. La primera quería decir, en buen romance, resignarse a la monoproducción, al subdesarrollo, a la dependencia de los mercados exteriores, a la desocupación cíclica del tiempo muerto, a la miseria compartida por las masas rurales (que naturalmente repercutía en otros estratos sociales, como la clase obrera urbana, la pequeña burguesía y sectores no azucareros de la industria). La segunda expresión, "sin obreros no hay azúcar", podía ser leída, con no menos claridad, en los siguientes términos: nosotros, los obreros, somos los más fuertes.

Hoy está claro a quiénes la historia dio la razón. De cómo ello sucedió es que trataremos en adelante.

El siglo XIX


El diálogo entre el representante obrero y el patronal se ubica por los años cuarenta. A éstos y a los años treinta —plenos de acontecer— vamos a referirnos. Pero antes será necesario echar un vistazo sobre lo sucedido en décadas precedentes, incluso en el pasado siglo, para comprender en qué punto de desarrollo se encontraba entonces la clase obrera de Cuba.

A mediados del siglo XIX una rama de la industria había nacido y cobrado cuerpo: la del tabaco. En 1859 se contaban más de 15.000 trabajadores armadores de cigarros, con cerca de 500 establecimientos en La Habana. Estos eran asalariados libres, mientras que en el azúcar y en otras labores del campo la mano de obra se mantuvo esclava hasta 1868, año en que estalla la primera guerra independentista (que se prolongará hasta 1878).

Los hacendados del azúcar no podían contar con librar esa guerra contra el dominio colonial español sin la participación de las masas de esclavos negros, y éstos solo tenían interés en una patria a condición de su libertad, de poder integrarse a ella como ciudadanos. Fue entonces abolida la esclavitud. Por lo demás, el propio proceso productivo venía ya presionando en ese sentido. La introducción de la caldera a vapor en los ingenios, en lugar de la tracción a sangre, hacía que la mano de obra asalariada resultase más rentable que la esclava. Para los hacendados vino a ser más conveniente pagar los tres (como promedio, sólo excepcionalmente se prolongaba a cinco) meses de zafra (y que luego los trabajadores temporarios se las arreglaran como pudieran durante el tiempo muerto) que mantener durante todo el año a los esclavos. Sin contar que toda tecnificación precisa más de la inteligencia proletaria que del embrutecimiento esclavo.

Mientras tanto los asalariados del tabaco llevaban adelante sus primeras luchas. Tal la huelga de 1866 en el establecimiento "La Cabaña" de La Habana, producida por el mal trato dado al personal y que terminará con la satisfacción de sus demandas. Por la misma época nace el primer periódico obrero, **La Aurora,** y se lleva adelante un curioso experimento que durante años ayudará al desarrollo de la conciencia de clase en el gremio: la lectura en las tabaquerías. Nació como proyecto "cultural", apolítico, de información general y "esparcimiento" para los obreros, incluso bien visto por algunas patronales, para convertirse en un instrumento de agitación y de divulgación de las ideas socialistas, que en la época comenzaban a abrirse camino en Cuba.

¿Cómo se desarrollaba esta lectura? Mientras los operarios realizaban la tarea mecánica de envolver las hojas del tabaco y acomodar los cigarros en cajas, uno de ellos, a viva voz, hacía de lector. Pero a través de una "cultura" destinada en principio a distraer —cuando no a adormecer— no tardó en abrirse paso la demanda de reivindicaciones gremiales y la consigna de la independencia. Naturalmente, la administración colonial española acabó por prohibirla (el 14 de mayo de 1866) y durante los diez años de la primera guerra patria (1868/1878) la lectura en las tabaquerías quedó abolida, para recién ser reiniciada en 1882.

José Martí y la cuestión social

José Martí, durante su estadía en los Estados Unidos, había escrito a propósito de las huelgas producidas en ese país alrededor de 1888: "No es esta o aquella huelga particular lo que importa, sino la condición social que a todas las engendra. Esta condición debe ser, primero, puesta en claro, y después, si resulta tan funesta como se cree, debe ser cambiada. [...] Y si por los medios legales no se acude a las causas del mal, si no se abarata la vida con una tarifa amplia, si no se suprimen los tributos innecesarios que repletan inútilmente el tesoro, si no se atiende a contener los daños públicos que evidentemente nacen de la acumulación del territorio y los derechos nacionales en compañías privadas, prosperará esta nación de obreros en la sombra y acabará

"De cómo hay lecturas que conspiran contra la formación, dentro de las clases menos privilegiadas, de honrados padres de familia y de ciudadanos útiles o laboriosos."

"Gobierno Político de La Habana. Orden Público. La lectura de periódicos políticos, hecha en alta voz de un modo público en algunos talleres de diversos oficios, dirigida principalmente a los operarios que trabajan en los mismos, está ocasionada a producir frecuentes disputas y escisiones que engendran odios y enemistades de graves consecuencias. Deber de mi autoridad es prevenir el mal allí donde se halle, para evitar, si es posible, los castigos determinados por las leyes. Con la tolerancia de las lecturas públicas, vienen a convertirse en círculos políticos las reuniones de los artesanos y esta clase de la sociedad, sencilla y laboriosa, que carece de instrucción preparatoria para poder distinguir y apreciar las falsas teorías de lo que es útil, lícito y justo, se deslumbra y alucina fácilmente con la exagerada interpretación de las doctrinas que escucha [...] La lectura de la doctrina cristiana, de los bandos de buen gobierno y disposiciones de las autoridades, las lecciones que enseñan la manera de conducirse con moderación y urbanidad y los tratados escritos sobre las artes y oficios, son los libros que educan y enseñan a las clases menos privilegiadas formando honrados padres de familia y ciudadanos útiles o laboriosos a la patria. Sin educación preparatoria no se puede juzgar con exactitud de los artículos de los periódicos y de otras obras políticas y sociales leídas públicamente y comentadas por colectividades que teniendo una misión ajena a la controversia de la política se distraen del preferente objeto de sus trabajos respectivos, con notable perjuicio de sus intereses privados. Desde el momento en que se permitan las reuniones de artesanos con otro fin que el peculiar de su trabajo, se convertirán los talleres en clubes políticos, como indudablemente había de suceder, con discusiones y lecturas peligrosas que enardecen los ánimos y exasperan las pasiones; y semejante tolerancia constituye una falta grave a las leyes que prohiben las asociaciones políticas como todo cuanto pueda introducir la confusión, la anarquía y el desasosiego en la sociedad [...] La ilustración que reconozco en V. S. me evita extenderme en otro orden de consideraciones respecto de este importante asunto, limitándome por lo mismo a encargarle que cuide por sí y por medio de los empleados dependientes de la jefatura a su cargo, del cumplimiento de las disposiciones siguientes: *1.* Se prohibe distraer a los operarios de las tabaquerías, talleres y establecimientos de todas clases con la lectura de libros y periódicos, ni con discusiones extrañas al trabajo que los mismos operarios desempeñan. *2.* Los empleados y dependientes del ramo de policía ejercerán constante vigilancia para poner a disposición de mi autoridad a los dueños, representantes o encargados de los establecimientos que contraviniesen el presente mandato a fin de que sean juzgados con arreglo a las leyes según la gravedad del caso. Esta orden de cuyo recibo me dará V. S. aviso, se publicará tres días consecutivos en el periódico oficial para conocimiento de todos. Dios guarde a V. S. muchos años. La Habana, 14 de mayo de 1866. Cipriano del Mazo, Sr. Jefe Principal de Policía. Y en cumplimiento de lo dispuesto por S. S. I. se inserta del modo que ha sido ordenado. La Habana, 14 de mayo de 1866. El Secretario. José de Villasante Catalán."

(Tomado de: Rivero Muñiz, José, "La Lectura en las Tabaquerías", *Revista de la Biblioteca Nacional,* T. II, Nº 4, octubre-diciembre 1951. La Habana, 1963.)

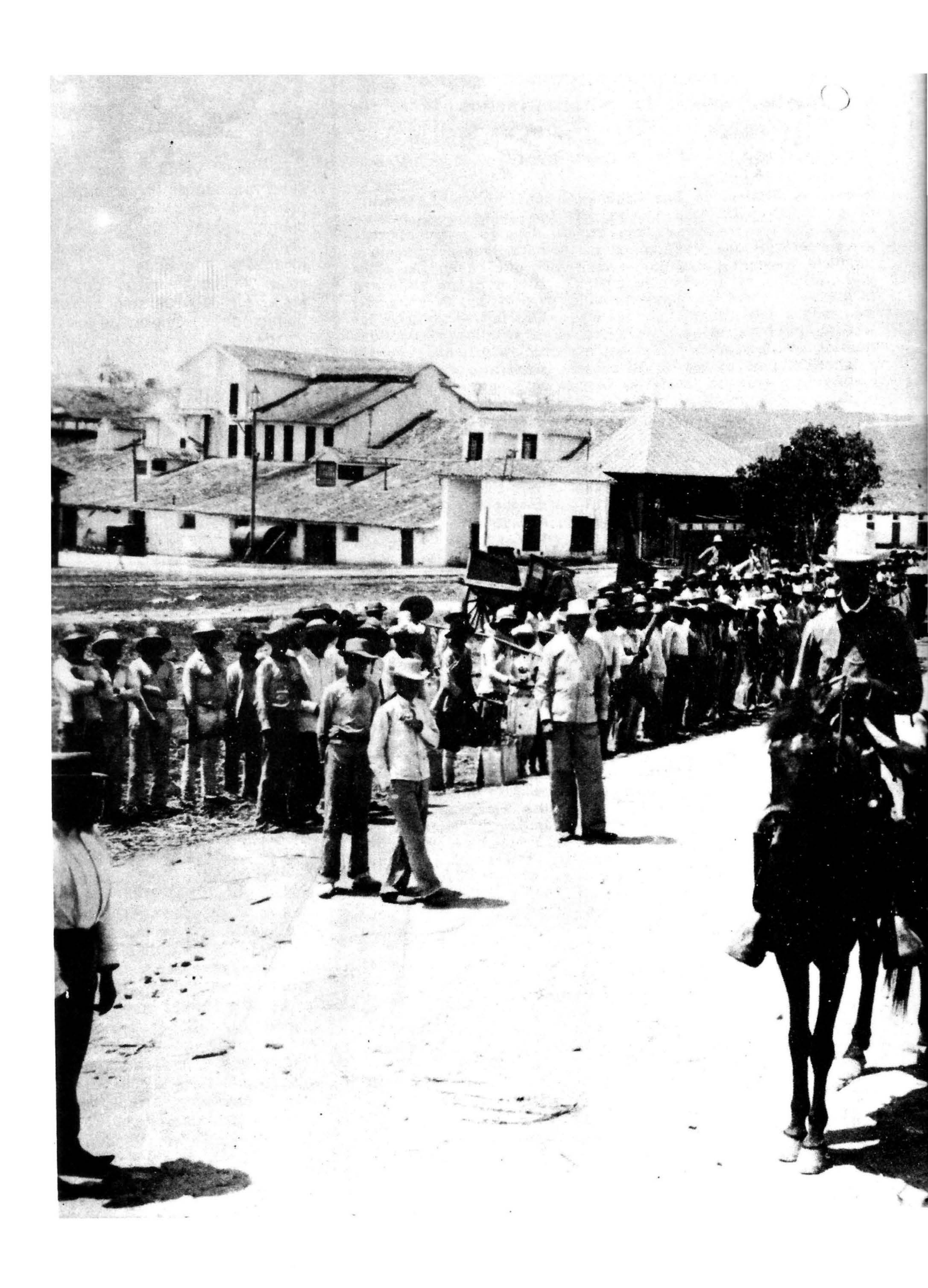
por ofrecer batalla a la nación legal de propietarios".

José Martí, con motivo de la muerte de Carlos Marx: "Como se puso del lado de los débiles merece honor. Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos y organizador incansable y pujante [. . .] Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien".

José Martí, en vísperas de la segunda guerra independientista: "los albañiles, los que levantan y amasan, han de llevar en las manos el callo de la piedra y el manchón de la cal. ¡Afuera y al horno, por impura e inútil, la mano sedosa que lame en el saludo la mano ensangrentada o envilecida del corruptor de su país! Adentro, y en los cimientos, la mano áspera que trabaja el rifle con que se ha de echar al insolente al mar; la mano santa, enjuta a veces de miseria, que acaricia y levanta en la sombra, con la esperanza del humilde, la patria de justicia, con el seno caliente para el pobre, que se alzará del mar al cielo, con los brazos abiertos para la humanidad". (José Martí, **Obras Completas,** Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963; T. 11, p. 157; T. 11, p. 167; T. 9, p. 388 y T. 3, p. 48, respectivamente.)

Ya entonces se preparaba la segunda guerra independentista (1895/1898), cuyo líder sería José Martí. Los obreros del tabaco, tanto los que habían emigrado a los Estados Unidos como quienes quedaron en Cuba, desempeñaron un papel de primera línea. Contribuyeron, junto a otros gremios, con el 10 % de sus salarios para la causa de la independencia, se incorporaron al Partido Revolucionario Cubano, fundado con grandes esfuerzos unitarios por José Martí, y como voluntarios en las filas del ejército patriota.

Fue así como José Martí pudo expresarse: "Lo que hacemos el silencio lo sabe. Pero eso es lo que





Bajo la mirada vigilante de la escolta policial un grupo de trabajadores se dispone a partir hacia la cosecha.

"Mi patria es dulce por fuera y muy amarga por dentro." Nicolás Guillén.

José Martí junto al general Máximo Gómez en 1894: "¡Juntos pues, de una vez, para hoy y para el porvenir, todos los trabajadores!"

debemos hacer todos juntos, los de mañana y los de ayer, los convencidos de siempre y los que se vayan convenciendo, los que preparan y los que rematan, los trabajadores del libro y los trabajadores del tabaco: ¡juntos, pues, de una vez, para hoy y para el porvenir, todos los trabajadores!".

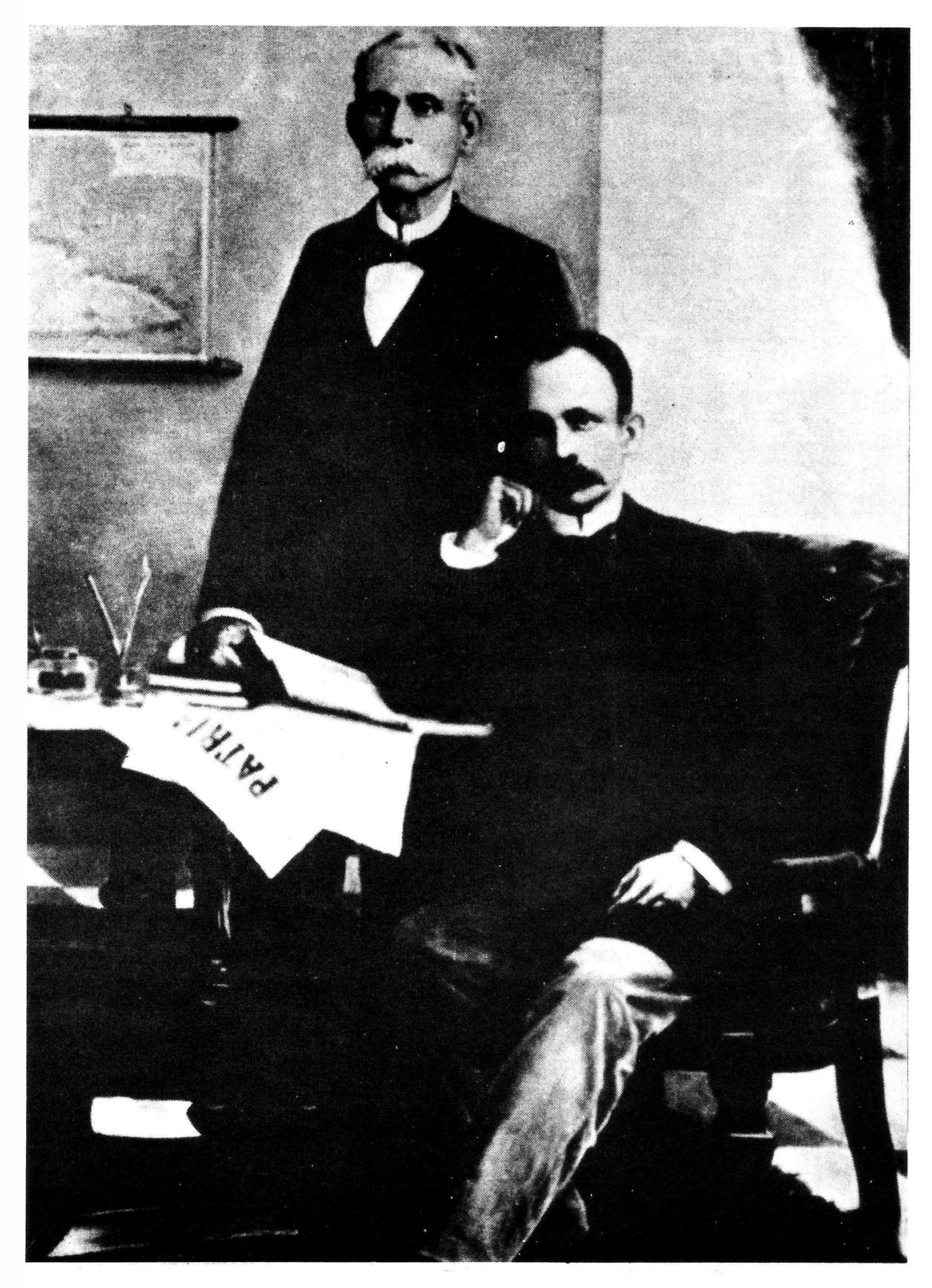
Es sabido que tampoco esta segunda guerra independentista dio sus frutos. Los Estados Unidos intervinieron ocupando militarmente Cuba a fines de siglo y en lugar de la bandera española se izó la de las bandas y las estrellas. Cuando el ejército norteamericano se retiró en 1902, en lugar de los funcionarios de la corona española se establecieron las compañías de su majestad el dólar, cuyo reinado se mantuvo ininterrumpidamente por espacio de seis décadas. Y bien, fue en el marco de esta república semicolonial donde las luchas obreras continuaron desarrollándose.

Van así dibujándose los dirigentes de clase, unas veces influidos por las ideas socialistas del marxismo, otras por el anarcosindicalismo. Aparecen nuevos periódicos que defienden la causa proletaria. Todavía bajo la ocupación española, en 1899, Enrique Roig San Martín firma un artículo titulado "¡O pan o plomo!". Naturalmente, es encarcelado. Carlos Baliño —que fuera compañero de José Martí— y Diego Vicente Tejera son dos nombres más para recordar. Tampoco cejan los movimientos reivindicativos. En 1902 la "huelga de los aprendices" contra las discriminaciones de que eran víctimas los trabajadores criollos, entre ellas las trabas al libre aprendizaje de los oficios. El grado de combatividad puede medirse por su saldo: seis muertos y alrededor de cien heridos. En 1906 la "huelga de la moneda" contra la desvalorización arbitraria (que atentaba contra el poder adquisitivo del salario) del peso español que aún circulaba en Cuba, huelga que impone las reivindicaciones exigidas.

Los primeros congresos nacionales obreros y la fundación de la CNOC

Con el telón de fondo del comienzo de la primera guerra mundial, interimperialista, 1914 es también un año que trae novedades. Del 28 al 30 de agosto se realiza en La Habana el Primer Congreso Nacional Obrero, con asistencia de 1.200 delegados. El tono de sus deliberaciones se registra, por ejemplo, en la intervención del delegado Juan Valdés: "Pudiera culpar a mis compañeros echándoles en cara el poco espíritu de asociación que germina en todos, o en la mayor parte; pudiera echarles en cara el poco eco que han hecho las palabras del gran hombre socialista Carlos Marx, 'la redención del obrero, obra del mismo obrero ha de ser'. Pero sería demasiado cruel conmigo mismo puesto que no he podido olvidar todavía la huelga de 1902, donde fuimos apaleados, fogoneados y asesinados en la vía pública por nuestros propios paisanos, y ¿todo por qué? Porque como cubanos, hijos de esta tierra, buscábamos mejor porvenir para nuestros hijos, para los cubanos del porvenir, para los hijos de esos mismos que se prestaron a tan desigual tragedia [. . .]". Durante el congreso se organiza una manifestación que recorre las calles de la capital habanera coreando este estribillo: "¿Qué tiene el pueblo? ¡Hambre!".

¿Qué pasa mientras tanto en el sector azucarero? Ese mismo año de 1914, al inicio de la zafra, y en demanda de la jornada de ocho horas y aumentos de salarios, sobresale la huelga en la zona de Guantánamo, provincia de Oriente, dirigida por el socialista Luis Fabregat, participante del congreso obrero. Una serie de debilidades se detectan por la época en el interior del sector obrero del azúcar. "Estas huelgas por demandas de mejoras económicas —explica el historiador cubano Carlos del Toro— surgen sin coordinación o relación míni-


PATRI

Rubén Martínez Villena

"Cuando yo conocí a Rubén los dos nos vimos y nos dijimos: nosotros nos conocemos de alguna parte. Pero no dábamos pie con bola. Nos saludábamos en la calle sin saber quiénes éramos y nunca hablábamos [...] Un día me dijo: 'Chico, creo que tengo el dato de cómo nos conocimos nosotros'. El iba con el doctor Carreras —Carrerita le decían—, que trabajaba con él en el bufete de Ortiz. Yo iba con un amigo íntimo mío [...] Un mitin en el Centro Obrero, que estaba allí en la calle Zulueta. Y querían prender a Rubén, y él se vistió con overall y se salió entre varios obreros así por detrás, se le escapó a la policía. Entonces se escondió, y al día siguiente me mandó a buscar a mí el doctor Antigas y me dijo: 'Aquí ha estado Medina, el segundo jefe de la Secreta, y me ha dicho que se ha ordenado la muerte de Rubén, que él es el que se lo tiene que señalar al que lo va a matar'. Pero parece que el hombre tenía cierto escrúpulo en eso y venía a avisarle a Antigas por si acaso podía salvarlo. Entonces yo actué con sus amigos, y empezó Rubén a esconderse [...] Cuando Rubén sale del sanatorio y llega a Moscú, que trabajó en el Kremlin en los asuntos de habla española. Pero él estaba loco por venir a Cuba porque él decía que todo estaba hecho allí y lo que había que realizar era en primer lugar acabar con la satrapía de Machado y en segundo lugar luchar por el orden social que era necesario en Cuba [...] La misión era la siguiente: que yo buscara en Santiago de Cuba una casa de personas decentes que estuvieran marginadas de toda tendencia política donde Rubén pudiera llegar al desembarcar en Santiago de Cuba para que no fuera a un hotel, porque era ya un individuo conocido por todos los intelectuales, periodistas, etc., y podía ser descubierto. Pero que yo a esa familia no le podía decir a la persona que iban a recibir en su casa. Ese es el asunto. Isidoro se acerca a mí y me dice: 'El Partido te responsabiliza para esta labor'. Bien: yo parto para Santiago de Cuba y voy a ver una casa donde guardaban todos los documentos y todas aquellas cuestiones peligrosas del Partido, que era la casa de la viuda, la compañera Francisca Quintana, viuda de Pascual Palancar [...] Entonces le dije: 'Mire, cuando llegue una persona a su casa que toque esta puerta y le diga esto que le dejo escrito: 'Yo soy el amigo', esa es la persona por la cual nos interesamos. Y le vamos a quedar agradecidos eternamente'. La señora aceptó todo eso. Y, por una rara casualidad, el mismo día que entro yo me lo encuentro tomando un plato de sopa y me dice: 'Fuiste el último que vi cuando me fui y el primero que veo cuando regreso'. [...] Entonces en esa reunión, que yo recuerde, era Jorge Vivó el secretario general del Partido, después de hablar él sobre varias cosas [Rubén] formuló dos proposiciones que las recuerdo perfectamente bien. Primero, hay que editar un periódico, porque un partido sin un vehículo de difusión es igual que un hombre sin lengua. Frases textuales de él. Aunque este periódico sea mimeografiado, porque no tenemos recursos económicos. Pocos días después salía 'El Trabajador', mimeografiado. Después de la creación de una huelga general, pero no una huelga general por decreto, sino una huelga general por sectores, que por un eslabonamiento de la cantidad se transforma en la calidad de una huelga general. Más o menos fueron sus palabras."

(*Cómo vieron a Villena. José Zacarías Tallet.* En: *Pensamiento Crítico,* Nº 39, pp. 84/94, La Habana, abril 1970.)

"No es esta o aquella huelga particular lo que importa, sino la condición social que a todas engendra. Esta condición debe ser puesta en claro y después, si resulta tan funesta como se cree, debe ser cambiada."
José Martí, 1888.







Los países participantes de la guerra hispano-norteamericana según ilustraciones de la época.

ma entre sí, a pesar de sus características semejantes. Aisladas una de otra concluyen con victoria a veces y con derrotas las más. El proletariado agrícola, el pequeño propietario rural y el obrero industrial azucarero son esquilmados por el capitalista ausentista criollo o extranjero. La dispersión demográfica campesina contribuye a la falta de unidad social que aumenta los escasos medios de comunicación o transporte." Es también la época de una gran inmigración extranjera —españoles, antillanos, chinos, italianos— que, aún no integrada al medio rural cubano, contribuye al desencuentro y a la fragmentación generales.

Es así como, en ocasión del Segundo Congreso Nacional Obrero (realizado del 14 al 16 de abril de 1920 en La Habana), el sector azucarero está ausente. Será recién más de una década después cuando estos trabajadores, que constituyen la esfera más vasta e importante del proletariado cubano, integrarán el Comité Organizador del Sindicato Nacional Obrero de la Industria Azucarera, en diciembre de 1932. Fue una empresa de largo aliento donde —señala el cubano Joaquín Ordoqui— "hubo que utilizar incluso el tiempo muerto en que los obreros regresaban a las ciudades para dar reuniones y organizar conferencias y charlas, porque los centrales y las colonias [azucareros] eran verdaderas plazas sitiadas".

Mientras tanto, varios acontecimientos de relevancia se habían sucedido. Una serie de huelgas reivindicativas (ferroviarios, portuarios, etc.) se produce en Cuba. Y, luego, la revolución rusa de 1917. Conducida por Lenin, ocurría al otro extremo del mundo, océano de por medio. Pero existía ya en Cuba el terreno abonado para el internacionalismo, y éste se impuso a las distancias geográficas. Muchos obreros cubanos volvieron los ojos hacia la revolución rusa. Entre ellos, por ejemplo, Ramón Cienfuegos, sindicalista de la Unión de Operarios Sastres, quien escribió un folleto titulado **La Revolución Rusa se Extenderá por Todo el Mundo.** Más de treinta años después su hijo Camilo se enrolaría bajo las órdenes de Fidel Castro y devendría el héroe legendario de la Sierra Maestra.

Los ecos de la Revolución Rusa se extienden a otros ámbitos



Y oídlo bien, me siento profundamente orgulloso de poder decir desde esta tribuna que soy bolcheviche", dice el general Eusebio Hernández, veterano de la independencia, ante la asamblea efectuada en el aula magna de la Universidad de La Habana, el 12 de enero de 1923. Y el doctor Antonio Bash y Martínez, alcalde municipal del término de Regla, resuelve el 25 de enero de 1924, ante la muerte de Lenin, "gran ciudadano del mundo, mereciendo el reconocimiento de todos los habitantes del orbe", dar asueto a las oficinas municipales y a la hora de su sepultura en Rusia plantar un olivo en la loma conocida por El Fortín.

Al influjo de una creciente actividad del movimiento sindical en el interior de Cuba, y de la corriente ideológica a la cual la revolución rusa venía a dar nuevo impulso, se celebra el Tercer Congreso Nacional Obrero, del 2 al 7 de agosto de 1925, en Camagüey. De él nace la primera central de trabajadores, la Confederación Nacional Obrera de Cuba, CNOC, en cuya declaración de principios se subraya que sustentará la lucha de clases. Ese mismo año, sobre la base de la unificación de varios grupos marxistas, se crea el Partido Comunista (más adelante denominado Partido Socialista Popular), entre cuyos fundadores figura, al lado del joven dirigente estudiantil Julio Antonio Mella, el viejo compañero de luchas de José Martí, el obrero Carlos Baliño.

Un tren carguero transporta caña de azúcar a Yaguapa, 1901.




INGENIO VICTORIA
2

Julio Antonio Mella encabeza el movimiento estudiantil cubano en los años veinte, movimiento que manifiesta claros contenidos antimperialistas.

De los años veinte a los años treinta

La explosión —por momentos con características revolucionarias— que, ya veremos, se llega a dar en los años treinta, no puede explicarse sino a partir de los años veinte. Tanto en el plano económico como en el político, se opera el paso de circunstancias que, de una década a la otra, sufren un proceso de agudización para enseguida repercutir sobre el ánimo de las masas. Al punto que éstas, finalmente sus furias desatadas, provocarán la explosión de los años treinta, donde la clase obrera tendra un papel protagónico.

Comencemos por el plano económico, donde una crisis en los mercados azucareros se viene a acoplar a la internacional de 1929. Cuba sufrirá así, bruscamente, un doble choque cuyas consecuencias se pueden resumir en los siguientes puntos:

1) Baja en las exportaciones y fundamentalmente en el azúcar, que significa alrededor del 80 % de las divisas para adquirir los bienes de consumo en el exterior. Tomando las exportaciones de 1919-1923 como índice, las que llegaron a efectuarse en 1932 alcanzaron a sólo un 18 % de las correspondientes a aquellos años.

2) Aumento progresivo de la desocupación al disminuir el número de ingenios azucareros en actividad (en 1926 operaron 176 y en 1933 solamente 135) y aumentar los días del tiempo muerto. A partir de la zafra de 1926 su duración, que oscilaba entre los cuatro y cinco meses, pasa a ser de tres y, en 1933, de solo 66 días. En un informe de fuente norteamericana titulado **Problemas de la Nueva Cuba,** estudio efectuado sobre el terreno en 1934, se calcula en 250.000 el número de jefes de familia que sufren la desocupación cíclica de un tiempo muerto de nueve meses por año. Esto representaba en números redondos un millón de personas sumidas en la miseria cuando la población cubana apenas alcanzaba los cuatro millones de habitantes.

3) Como consecuencia de los dos puntos anteriores se registra una sensible baja en los ingresos. Todas las clases fueron afectadas, pero naturalmente el peso mayor de la crisis se descargó sobre la población trabajadora. Los salarios bajaron en general a niveles inferiores a los existentes en 1909-1910. Esto fue especialmente sentido en las zonas rurales, donde el obrero agrícola, en el mejor de los casos, llegaba a percibir 0,50 peso cubano (a la par del dólar) por jornada durante los escasos tres meses de zafra. La magnitud de esta pauperación puede medirse si se compara con el promedio habitual del salario diario del obrero urbano (empleado durante todo el año), que oscilaba entre 1 y 1,50 peso cubano.

En el plano político encontramos elementos que se corresponden con la situación económica descripta. El gobernante de turno, Gerardo Machado, que ha asumido la presidencia de la república el 20 de mayo de 1925, deviene de más en más dictador, al punto de que cuatro años después inaugura su segundo período presidencial luego de haber sido candidato único en una farsa de elecciones. El asesinato de los opositores va convirtiéndose en su "práctica política". En una larga lista se inscriben los dirigentes sindicales Alfredo López —fundador de la CNOC, su nervio motor hasta el día de su muerte, el 20 de julio de 1926—, Enrique Varona, Esteban Brooks, Margarito Iglesias, Nospe Yalob, Claudio Bruzón, arrojados los dos últimos al mar como pasto para los tiburones. Y luego el legislador Armando André; el estudiante Rafael Trejo, que cae en el curso de una manifestación; Julio Antonio Mella, ya figura continental a pesar de no contar más que 26 años cuando el dictador le manda a matar en su exilio de México; Félix Ernesto Alpízar, militante del opositor Directorio Estudiantil Universitario. Ello sin contar las huelgas reprimidas, el cierre de la Universidad de La Habana, la suspensión de las ga-

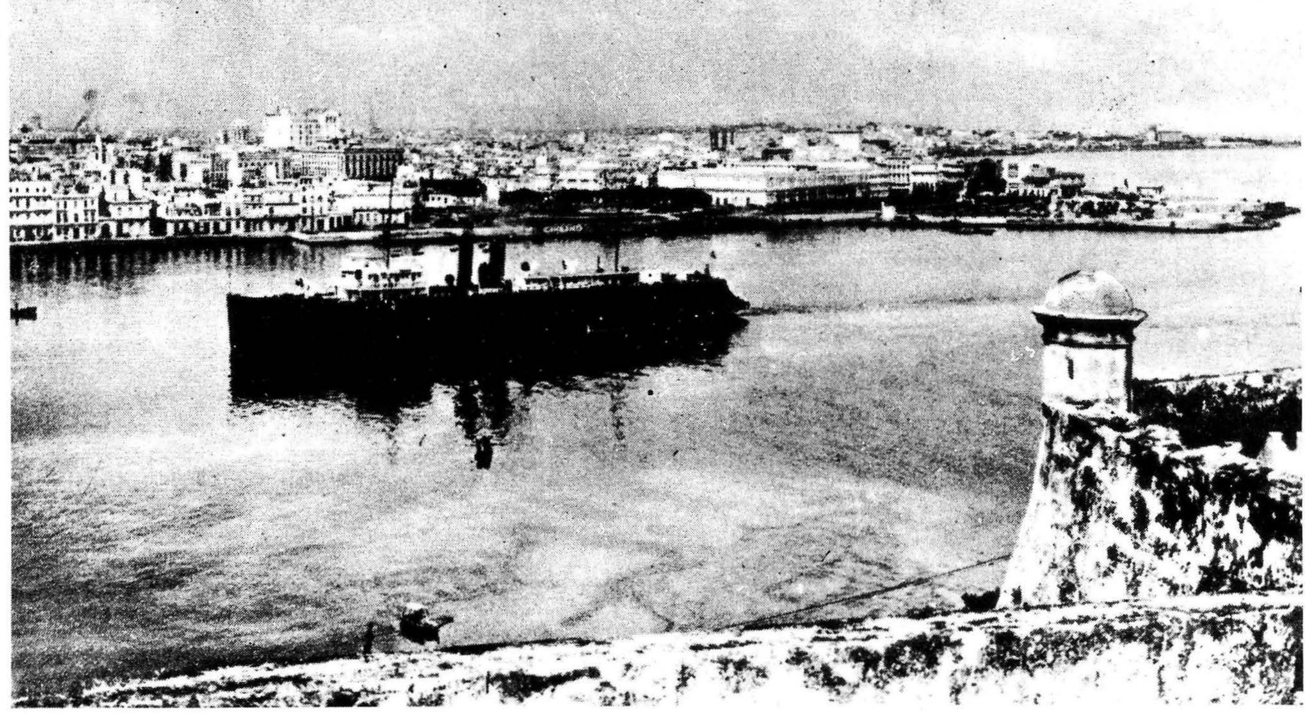


rantías individuales y la censura de prensa operadas en 1930.
El plano político es, en efecto, el correspondiente al plano económico. A medida que se deteriora este último el otro hace lo propio. Crece la crisis, se torna más aguda sin que se avisore salida, crece la represión. Pues la dictadura es la respuesta a una respuesta. La crisis económica provoca el descontento por doquier, acelera el proceso de las luchas de masas, va radicalizando su contenido reivindicativo. Esta es pues la primera respuesta, el descontento popular. Para ahogarla, como segunda respuesta, el gobierno civil se convierte en dictadura, recurre a la represión y al crimen. Pero una vez que se desencadena la dinámica protesta-represión-protesta las cosas pueden llegar muy lejos.

Veamos pues cómo desde los años veinte —nuevamente formando un puente entre dos décadas— se va desarrollando este tercer aspecto, el de las luchas de masas. Pero antes agreguemos que otro componente contribuía a irritar a los cubanos: el avasallamiento de su soberanía nacional. Las tropas norteamericanas habían dejado el territorio en 1902. Mas no sin antes dejar establecido el instrumento jurídico que, de "común acuerdo" entre ambas naciones, autorizaba a los Estados Unidos a intervenir militarmente en Cuba cuando lo juzgaran necesario, lo cual, en las dos primeras décadas del siglo, habían hecho repetidamente. Se trataba de una enmienda constitucional, conocida con el nombre del senador norteamericano que la redactara, Orville Platt. Vigente, era una espada pendiente sobre la cabeza de los cubanos. Cualquier pretexto para la intervención militar era bueno: "vamos a restablecer el orden, a proteger a nuestros conciudadanos que viven en Cuba [. . .] y a sus empresas". Además, una base militar norteamericana en Guantánamo, territorio cubano que aun hoy sigue ocupado, y otra en la próxima Isla de Pinos. Precisamente a raíz de las manifestaciones exigiendo su reintegro al patrimonio nacional es que la Isla de Pinos fue devuelta a Cuba en 1925. Y con esta última referencia estamos ya en el recuento de nuestro tercer aspecto, el desarrollo de las luchas de masas. Hay hitos que pueden señalarse incluso antes. En 1923 el movimiento de la reforma universitaria, que ha nacido en la Argentina, y tomado vuelo continental, llega a Cuba. Es proclamado como bandera de lucha el 12 de enero; nace enseguida la Federación Estudiantil Universitaria. El nervio de este movimiento es Julio Antonio Mella, quien poco después, en octubre, interrumpe al Secretario de Educación en la apertura del curso universitario, le impide hablar, frustrándose a la vez el acto en que el embajador norteamericano iba a ser investido doctor "honoris causa". Desde el comienzo, en efecto, el movimiento tiene un claro contenido antimperialista.

En febrero de 1924 se desarrolla la gran huelga ferroviaria, conocida como "de los 21 días". Y, en noviembre del mismo año, huelgas azucareras en las provincias de Oriente, Camagüey y Las Villas. Es imposible detallar todo lo sucedido en estas vísperas preparatorias de la explosión de los años treinta. Bástenos indicar que éstos se inauguran con la huelga general lanzada el 20 de marzo, dirigida por el comunista Rubén Martínez Villena, poeta que renunciara a escribir un solo verso más para dedicarse por entero a la militancia. De él pudo decir Raúl Roa —hoy canciller de Cuba— que era la "pupila insomne". Y en su homenaje agregar, cuando tres años después, ya gastado por la militancia y por ella condenado a morir tuberculoso, es llamado a encabezar un nuevo operativo: "fue su guía y su héroe. Desde su modesto cuarto, sobre una cama en desorden, buscado por los esbirros y los asesinos fascistas, sofocado y febril, a veces moribundo, dirigía con espíritu lúcido y voluntad de acero el formidable movimiento".

Dos aspectos del puerto de La Habana a mediados de la década del veinte.



El espíritu revolucionario de las masas es subestimado por la CNOC

El movimiento huelguístico se desarrolla bajo el signo de una ofensiva general, a partir de las grandes huelgas azucareras de la zafra de 1932. La penetración del movimiento sindical revolucionario en el sector fundamental del proletariado, los obreros azucareros, señaló un cambio profundo en el trabajo de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, que tuvo un reflejo inmediato en el movimiento obrero. Las huelgas azucareras de 1932 (Mabay, Media Luna, Alto Cedro), que tomaron formas muy elevadas como la ocupación de varias centrales por los obreros (Nazábal, con luchas armadas con el ejército) y la incorporación de miles de obreros revolucionarios que se organizaron bajo el Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera (SNOIA), impulsaron tras de sí a toda una serie de movimientos de obreros de otras industrias, tales como tabacaleros (Encrucijada, Placetas, Manicaragua), portuarios (Manzanillo, Caibarién, etc.), obreros del transporte (tranviarios de Santiago, obreros de los ómnibus de Santiago, tranviarios de Cienfuegos, obreros de los "Omnibus de La Habana", etc.) produciendo un alza general del movimiento obrero [. . .] La táctica del frente único se aplica en muchos lugares, y con singular energía y éxito entre los obreros azucareros, cuyas huelgas se desarrollan por medio de una preparación a través de Comités de Lucha, órganos de frente único de todos los obreros [. . .] En esta situación decisiva para el proletariado, cuando los acontecimientos se desarrollaban aceleradamente hacia una huelga general, que casi existía ya, la Confederación Nacional Obrera de Cuba, dejando de ver y de aplicar la experiencia adquirida de tantos años de luchas huelguísticas, que demostraban que en cada huelga por demandas económicas hay siempre un profundo contenido político, hizo una apreciación falsa del contenido de la huelga general, considerando que éste era solo económico, la obtención de las demandas presentadas por los obreros a los patrones, y no apreciando el contenido político profundo del movimiento, que era el derrocamiento de la sangrienta y odiada dictadura de Machado. Esta falsa apreciación, que era un grave error, produjo como consecuencia natural e inmediata un segundo error más grave, que fue considerar que los obreros de cada industria, una vez obtenidas sus demandas, debían regresar al trabajo, y diciendo a los obreros que no se dejaran provocar con la consigna de continuar la huelga, cuando en realidad las masas, que se daban clara cuenta de ese contenido político, estaban decididas a seguir en huelga. Las masas, con su instinto revolucionario y su experiencia, corrigieron el error en el curso mismo de los acontecimientos y evitaron que condujera a malas consecuencias, continuando la huelga y barriendo la dictadura de Machado." **(El movimiento obrero de 1925 a 1933. Las experiencias del movimiento huelguístico.** Análisis del IV Congreso Nacional Obrero de Unidad Sindical, convocado por la CNOC. La Habana, enero de 1934. Epígrafe II del proyecto de resolución. En: **Pensamiento Crítico,** nº 39, abril 1970, pp. 192/194.)

Fue esta última huelga general, precedida por una serie ininterrumpida de agudos conflictos gremiales donde sobresalen los paros azucareros, la que derribó al dictador Gerardo Machado. El "asno con garras", como le había apodado Rubén Martínez Villena, cayó el 12 de agosto de 1933. Una gran agitación política se vivía por entonces. Distintos levantamientos armados, organizados por civiles y militares, se habían sucedido. Cuerpos del ejército, notoriamente la suboficialidad, se encontraban en estado deliberativo. Por su parte, los Estados Unidos, viendo peligrar la dictadura, habían enviado a un embajador extraordinario, Benjamín Summer Welles, con el objeto de arribar a una "mediación". Es decir, encontrar una salida política de recambio. Esta ingerencia extranjera, que se hizo pública, contribuyó a aumentar la irritación entre los cubanos y, en medio de la crisis económica antes descripta, se creó un estado insurrectivo general que exigió el cese de la dictadura. Para su logro una herramienta fue la fundamental, la huelga general, no obstante que su contenido revolucionario no fuera acertadamente apreciado en el momento decisivo por la CNOC, como ella misma lo reconociera poco después.

Guiteras y los errores de la CNOC

Al calor de estos acontecimientos se constituyó el 10 de setiembre de 1933 un gobierno nacionalista de izquierda. Presidido por Raúl Grau San Martín, su ala más radical estaba encabezada por el secretario de Gobernación, Guerra y Marina, Antonio Guiteras. Poco duró este gobierno, apenas cuatro meses, cuando fue derribado por un golpe de estado. No obstante, alcanzó a tomar las siguientes medidas: jornada de ocho horas y salario mínimo, donde fueron particularmente beneficiados los trabajadores del azúcar (que trabajaban hasta catorce horas diarias, en período de zafra); rebaja de un 45 % en las tarifas eléctricas prestadas por una compañía norteamericana y subsiguiente intervención estatal; repudio a empréstitos contraídos con la banca norteamericana; disolución de los partidos políticos tradicionales que se habían comprometido con la dictadura; ley contra la usura; proyecto de ley de reparto de tierras, que inicialmente incluía a las de propiedad del estado y las confiscadas a los personeros de la dictadura.

Por lo demás, este gobierno no puede ser valorado únicamente por el balance de las medidas que alcanzó a tomar, sino en función de que, en esa coyuntura histórica de ascenso vertical de la lucha de masas, se planteaba ante éstas como la alternativa para

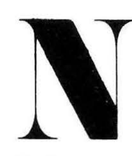
ir mucho más lejos en las tareas sociales y antiimperialistas. Es precisamente esta última idea que ha servido a Ernesto Che Guevara cuando, en acto de homenaje a Antonio Guiteras, le calificara como el "más puro luchador antiimperialista", centrado "en aquella época contra las expresiones más claras, más odiadas de la explotación; y por eso desarrolló su lucha contra el pulpo eléctrico".

No obstante, este gobierno nacionalista de izquierda no contó con el apoyo de la CNOC. Esta se resolvió por la ocupación de ingenios, fábricas y demás lugares de trabajo, y por la creación de soviets, calificando al gobierno como una opción burguesa más. Naturalmente, esta actitud de la CNOC contribuyó a debilitarlo frente a sus enemigos, que conspiraban en los cuarteles. Examinando esta actitud de la CNOC el manual de **Historia de Cuba** editado por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba expresa: "La consigna de formación de los soviets fue sin duda incorrecta tácticamente, por lo menos en la forma. Los soviets no nacían en Cuba del curso mismo de la revolución, como había acontecido en Rusia, sino que era algo que se quería imponer". Por su parte Blas Roca, dirigente del Partido Comunista —cuya influencia en el seno de la CNOC era decisiva—, ha expresado autocríticamente: "la consigna de formación de soviets dificultaba el desarrollo de una política de coalición o frente único con las fuerzas revolucionarias de la pequeña y media burguesía, que encontraban en Guiteras uno de sus más radicales y resueltos representantes".

Y bien, el ciclo abierto en los años veinte iba a cerrarse. Un personaje —cuya sombra cubrirá el cuarto de siglo posterior— aparece en escena. Ha contribuido como sargento a abrir el paso al gobierno liderado por Antonio Guiteras. Meses después, ya como coronel y en connivencia con la embajada norteamericana, encabeza el golpe de estado que derriba a ese mismo gobierno el 15 de enero de 1934. Es Fulgencio Batista, de quien habrá reiterada ocasión de ocuparse.

Los hechos se precipitan. El 16 de enero, tuberculoso y agotado, muere Rubén Martínez Villena. En febrero el ejército reprime violentamente huelgas azucareras, siguiendo la consigna de Fulgencio Batista: "habrá zafra o habrá sangre". El 29 de mayo es derogada la enmienda Platt... cuando ya no hace más falta: su relevo ha sido tomado por el golpe de estado. El 7 de marzo de 1935 la CNOC convoca a una huelga general y a la movilización contra el régimen, pero sin resultados. La represión aumenta. La Universidad de La Habana es clausurada. Y el 8 de mayo, combatiendo en El Morrillo contra el ejército, muere Antonio Guiteras. El ciclo de luchas obreras y populares iniciado en los años veinte se ha cerrado.

El realengo 18 en los años treinta



No en todas partes, sin embargo, el cierre del ciclo quedará soldado por la derrota. Cuando en Cuba se habla de clase obrera hay que volver los ojos hacia la pequeña explotación agraria, cuenta tenida del fenómeno de la semiproletarización, del entrelazamiento que a nivel estructural, de clase, se daba entre pequeño campesino y obrero agrícola, según fue planteado al comienzo. Y que, naturalmente, planteaba una sólida base para la acción solidaria.

¿Cuál era durante esta época el panorama en el agro cubano?

El escritor norteamericano Leland H. Jenks nos informa que para 1926 las compañías azucareras norteamericanas controlaban 2.539.970 hectáreas, estimándose en 6.700.000 el número total de hectáreas en condiciones de cultivo en Cuba. Una de ellas, la Compañía Azucarera Oriental S. A., había adquirido una parte del llamado Realengo 18, en provincia de Oriente, y pretendía tomar posesión. Otras compañías presionaban también en el mismo sentido, buscando ocupar distintas franjas del Realengo 18.

Pero, ¿qué era el Realengo 18? Hay que remontarse a la época de la colonia, cuando la corona española otorgó las mercedes, concesiones a sus súbditos sobre tierras que, perpetuándose de familia en familia, están en el origen del latifundio cubano, de los hacendados azucareros, ganaderos o del café. Y bien, estas mercedes de tierras eran otorgadas en forma de círculos. De modo que entre círculos quedaban espacios sin cubrir, los cuales continuaban perteneciendo a la corona española (por eso llamados realengos) y que, a la extinción de su poder colonial, pasaron a manos del estado cubano. A los mambises, rurales que habían nutrido las filas de los ejércitos patriotas, les fueron entregadas estas tierras, entre ellas el Realengo 18, donde se instalaron con sus familias desde principios de siglo.

No obstante, la propiedad de esas tierras era constante fuente de litigios. Las compañías azucareras sostenían que los deslindes habían sido mal trazados, que los realenguistas habían ocupado superficies sin pertenecerles. Y así alegaban derechos en base a haber efectuado compras de tierras a legítimos dueños (en el caso del Realengo 18, a los herederos del conde Mopox y de Jaruco). Pero la efectivización de estos supuestos derechos implicaba el desalojo de cientos de familias campesinas, las que se sentían más que nadie con derecho a sus parcelas. De modo que el litigio, comenzado ante los tribunales, terminaba en la violencia.

Naturalmente, la actitud de las compañías latifundistas seguía el compás político. A la caída del gobierno liderado por Antonio Guiteras, se desató una ofensiva de desalojos rurales. 1934/1935 fueron años de prueba para el Realengo 18. Los campesinos tuvieron la inteligencia de combinar tres elementos de lucha: los medios legales, la solidaridad militante de los obreros y la resistencia armada.

Por medios legales, en efecto, no cesaron de llevar adelante, en condiciones difíciles, de represión y bajo regímenes dictatoriales, una enorme campaña pública denunciando los atropellos que se





Un periodista llega al Realengo 18

"Cuando yo llegué —después de un día entero de rodar de bohío en bohío, buscando a Lino Alvarez y a su gente— a dar con los realenguistas en la vivienda de José Gil Morasín, donde se festejaba la tregua, los montunos rodearon mi caballo y me preguntaron: '¿Qué propósito lo guía al venir hasta aquí...?' Con la lección aprendida en las películas de guerra, me bajé sonriente del caballo, sin darle mayor importancia al tono de la voz y a las numerosas miradas penetrantes de los hombres, diciendo que desde La Habana me enviaba el periódico 'Ahora' para conocer a fondo sus problemas y poco después, mientras se ocupaban ellos mismos de los caballos y de hacer un poco de café, sentado frente a Lino Alvarez y a los demás jefes del Realengo 18 expuse el propósito de mi viaje.
—¿Y qué credencial personal usted trae? —me preguntaron.
—La de la Confederación Nacional Obrera de Cuba —respondí.
—A ver, deje ver —pidió Lino con ademán rápido.
Y al dársela la pasó a Pichardo, con el gusto de un general que no quiere gastarse la vida leyendo 'letras'. La credencial de la Confederación fue leída en voz alta, y enseguida pudo notarse un ambiente, si no más cordial, sí más de camaradas. Lino, rodeado de muchos hombres, me hizo entonces la historia de las luchas del Realengo 18 que ya di a conocer. Al ocurrir este incidente que he relatado, me di cuenta cabal de todo lo que ya significaba el movimiento del Realengo 18. En él existía ya, perfectamente formado, el concepto de la necesidad del apoyo proletario para el éxito de sus propósitos. Ellos, que no tienen aún una ruta política firmemente trazada, que sólo tienen el afán de liberar las tierras de las embestidas del latifundismo nacional y extranjero, comprenden que necesitan la simpatía, el apoyo de los obreros, cuyas organizaciones revolucionarias poseen programas políticos, decisión de tomar el poder algún día. Y así, a la narración que les hice sobre la expectación que existía sobre el problema del Realengo 18, prestaron gran atención para conocer cuál era la actitud de los obreros que en Santiago de Cuba estaban listos para la huelga general, en caso de ataque a los *realenguistas*."

(De la Torriente-Brau, Pablo, *Realengo 18*, pp. 115/116, Ediciones Nuevo Mundo, La Habana, 1962.)

La coyuntura internacional repercute en el interior de Cuba

"Los trabajadores organizados de la CTC ofrecen su colaboración a todos aquellos que están en favor de la unidad nacional, es decir, de la subordinación de todas las divergencias que puedan surgir al interior del país, al interés supremo que consiste en destruir al enemigo exterior. Mientras subsistan las condiciones de la guerra, los trabajadores cubanos desean evitar todas las huelgas y conflictos susceptibles de paralizar la producción, pero, al mismo tiempo, insisten en que sean debidamente consideradas sus peticiones tendientes a crear organismos de conciliación y arbitraje y a entablar negociaciones directas entre los sindicatos y los patrones."

(Tercer Congreso Nacional de la Confederación de Trabajadores de Cuba, La Habana, diciembre de 1942. Cit. en: Poblete Troncoso, Moisés, *El Movimiento Obrero Latinoamericano*, ed. Fondo Cultura Económica, México, 1946.)

En la ilustración de arriba se ve a Antonio Guiteras; al lado, la foto de Gerardo Machado, apodado "el asno con garras". En la fotografía de abajo, Machado, su esposa y el presidente norteamericano Calvin Coolidge en la sesión inaugural de la Conferencia Panamericana de 1928.

Castigo a los Asesino
Ruptura de Relacione

EN LA CONVENCION DEL DIA 21, OBREROS Y CAMP

LA SEMANA

C. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA:

Comprobada la intervención de los esbirros del Gobierno de Cuba para consumar el cobarde asesinato de Mella, el Partido Comunista de México, interpretando el sentir de la clase trabajadora y de todos los elementos revolucionarios del país y del mundo entero, reclama de usted el inmediato retiro del Embajador de México en Cuba, y la captura y enérgico castigo de los ejecutores del crimen que planeó y pagó el Presidente Machado.

Este es el único modo de hacer la justicia prometida en sus declaraciones.



Fotografía de MELL

La Asamblea Nacional de Unificación Obrera y Campesina

Se Llevará a Cabo del 25 al 29 del Corriente

La Protesta en Todo el Mundo

LA INTERNACIONAL COMUNISTA SEÑALA A LOS CULPABLES

COMO FU

La Manifestación de Protesta

Año IV Número 148

de J. A. Mella!
s con Machado!

SINOS DESIGNARAN SU CANDIDATO



El Bloque de la Clase Trabajadora Contra los Candidatos Burgueses

EL ASESINATO

EL CRIMEN

Entierro del Camarada Mella

10 de enero de 1929: en la portada del periódico mexicano "El Machete" se anuncia el asesinato de Julio Mella a manos de los agentes de Machado.

preparaban. La prensa comercial tuvo que hacerse eco y la organización política de oposición burguesa, el Partido Auténtico, apoyó a los campesinos. Esto sin contar la movilización directa que promovieron en la base, como las asambleas de vecinos, las caravanas que recorrían los caminos de la isla hacia La Habana, etc., llegando incluso la solidaridad a manifestarse fuera de Cuba: un día, frente al edificio del The Royal Bank of Canada, en New York, una manifestación reclama justicia para el Realengo 18. Naturalmente, en toda esta solidaridad participaba con gran empuje la CNOC.

Pero los campesinos no quedaron ahí. Organizaron la defensa armada. El realenguista Giraldo García escribe un día en el periódico **Adelante** que se edita en Santiago, capital de la provincia de Oriente: "O nos atienden o nos haremos atender para que después la prensa diga en grandes titulares que basta de sangre" (3/III/1934). Y, en efecto, el ejército se movilizó hacia el Realengo 18 para desalojar a los campesinos. Pero mientras tanto éstos habían mejorado su armamento. A su pedido, el Partido Comunista les había enviado 50 fusiles, parque, una ametralladora e instructores. Entonces llega el ejército, amaga, pero a último momento se detiene. Hay que añadir que a los realenguistas les favorecen los accidentes geográficos: "una cosa —explica el historiador cubano William Legrá— es hablar de lo abrupto del terreno y otra es verlo; ver, por ejemplo, una casa desde donde se oye con claridad una conversación y tener que caminar una hora para llegar a ella".

Los campesinos han ganado, el ejército acaba por retirarse sin haber disparado un tiro. Y Fulgencio Batista, que había amenazado con pasarlos a bayonetas, se muestra conciliador e invita a Lino de las Mercedes Alvarez, luchador en la guerra de la independencia y líder del Realengo 18, a entrevistarse con él en La Habana. La respuesta no se hace esperar: "Si Batista quiere discutir, que venga aquí".

Solidaridad de los campesinos hacia los obreros

"Los campesinos del Realengo 18 y Colindantes, nos hacemos solidarios de todos los movimientos de Huelga Revolucionaria y que por sus justas demandas enrolan los compañeros de los centrales Almeyda, Ermita, Soledad, Isabel, etc., etc., así como de todas las demandas democráticas y económicas de todas las clases laboriosas del país, como son la libertad de la palabra, imprenta, reunión y la reapertura de todos los Centros obreros y Sindicatos clausurados."

(Manifiesto transcripto en el Boletín Nº 6 del Realengo 18, 22 de octubre de 1934. *Realengo 18*, op. cit., pp. 101/102.)

La revolución agraria a la orden del día

"Los *realenguistas* no están armados ni en grado ni en la extensión que se ha dicho, pero sí lo suficiente para defenderse, ya que debe conocerse de una vez que en aquellos montes ningún disparo vale después de 20 metros de recorrido [...] ¡Y esto, en el caso más afortunado! Mas no es ésta, realmente, la más recia defensa de los campesinos del Realengo. Su más firme defensa está en que son mucho más de cinco mil familias las que 'poseen' hoy tierras del estado por todos aquellos montes. Entre Guantánamo, Mayarí, Sagua de Tánamo y Baracoa hay zonas inmensas de tierras realengas, habitadas y cultivadas por los montunos, los que se dan cuenta perfecta de que un desalojo de los vecinos del Realengo 18 entraña, a plazo más o menos breve, un análogo fin para ellos. Y ya ¡hoy! toda aquella gente está dispuesta a prestarle su apoyo a los hombres del Realengo 18; pero no su apoyo moral, más o menos literario, sino su número, su fuerza, sus machetes, sus rifles, su sangre, sus emboscadas y sus muertos. Un ataque al Realengo 18 es ya ¡hoy! la revolución agraria en las montañas de Oriente. ¿Quién se atreve a provocarla? El propio capitalismo latifundista al llegar el momento crítico vacila, consciente del peligro. Porque la revolución agraria es un torrente que baja de las montañas y que no se sabe con cuánto va a arrasar."

(De la Torriente-Brau, Pablo, *Realengo 18*, ed. cit., p. 114.)

En febrero de 1934 el ejército reprime violentamente las huelgas azucareras, siguiendo la consigna del presidente Batista: "Habrá zafra o habrá sangre".





El sargento Fulgencio Batista felicita al presidente Raúl Grau San Martín. Pocos meses después —ya alcanzado el grado de coronel— Batista encabezará la conspiración que derroca a Grau.

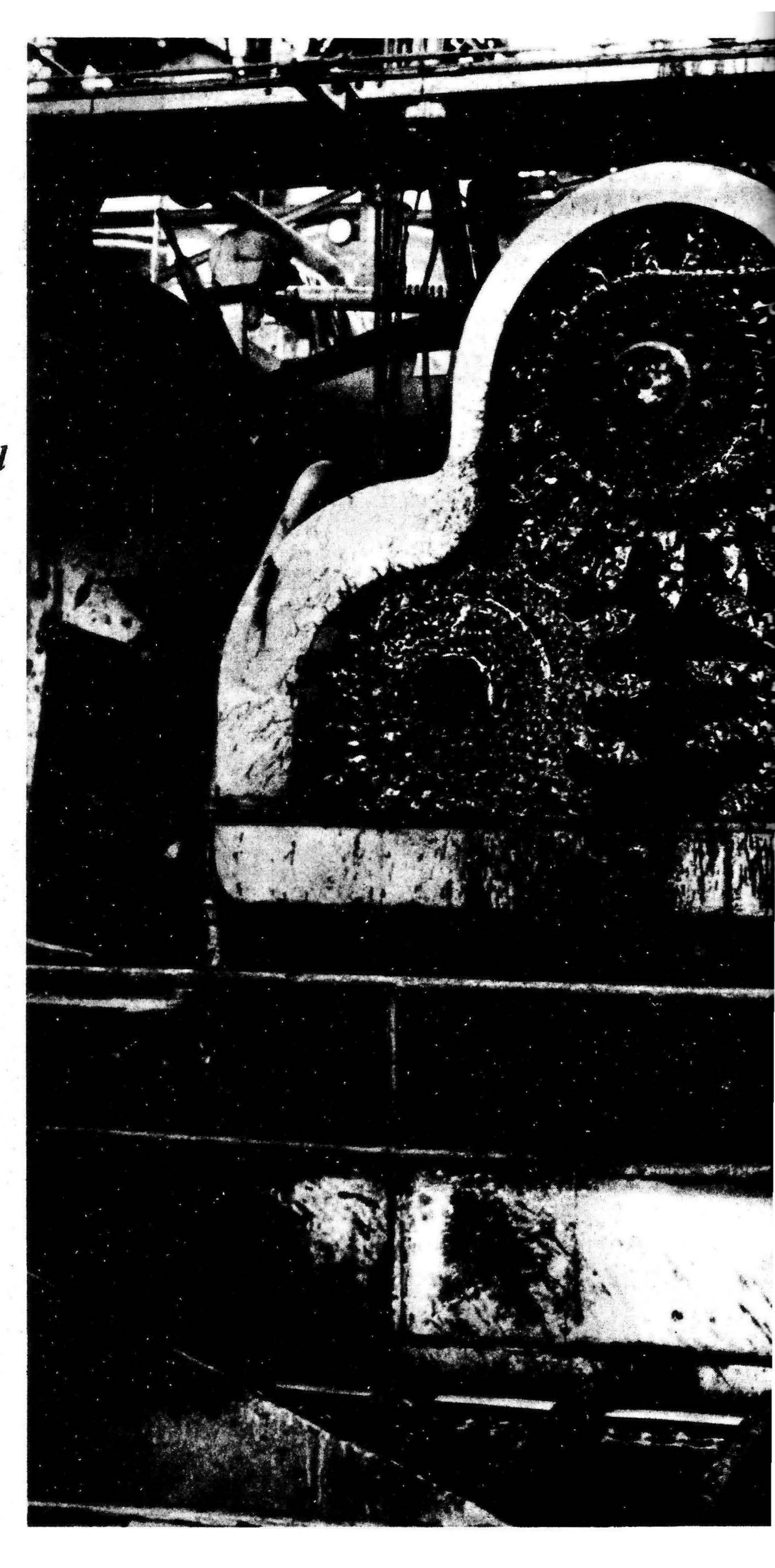
De los años treinta a los años cuarenta

Tierra o sangre", proclamaba en su manifiesto el Realengo 18. "Habrá zafra o habrá sangre", amenazaba Fulgencio Batista. "La prensa diga en grandes titulares que basta de sangre", escribía un realenguista. Toda esta repetida invocación a la sangre ¿qué era? ¿Una manía de los cubanos? No, simplemente, un reflejo, en el lenguaje, de la violencia insertada en la historia de ese pueblo. Pero una pausa, un nuevo ciclo de características distintas, iba a abrirse.

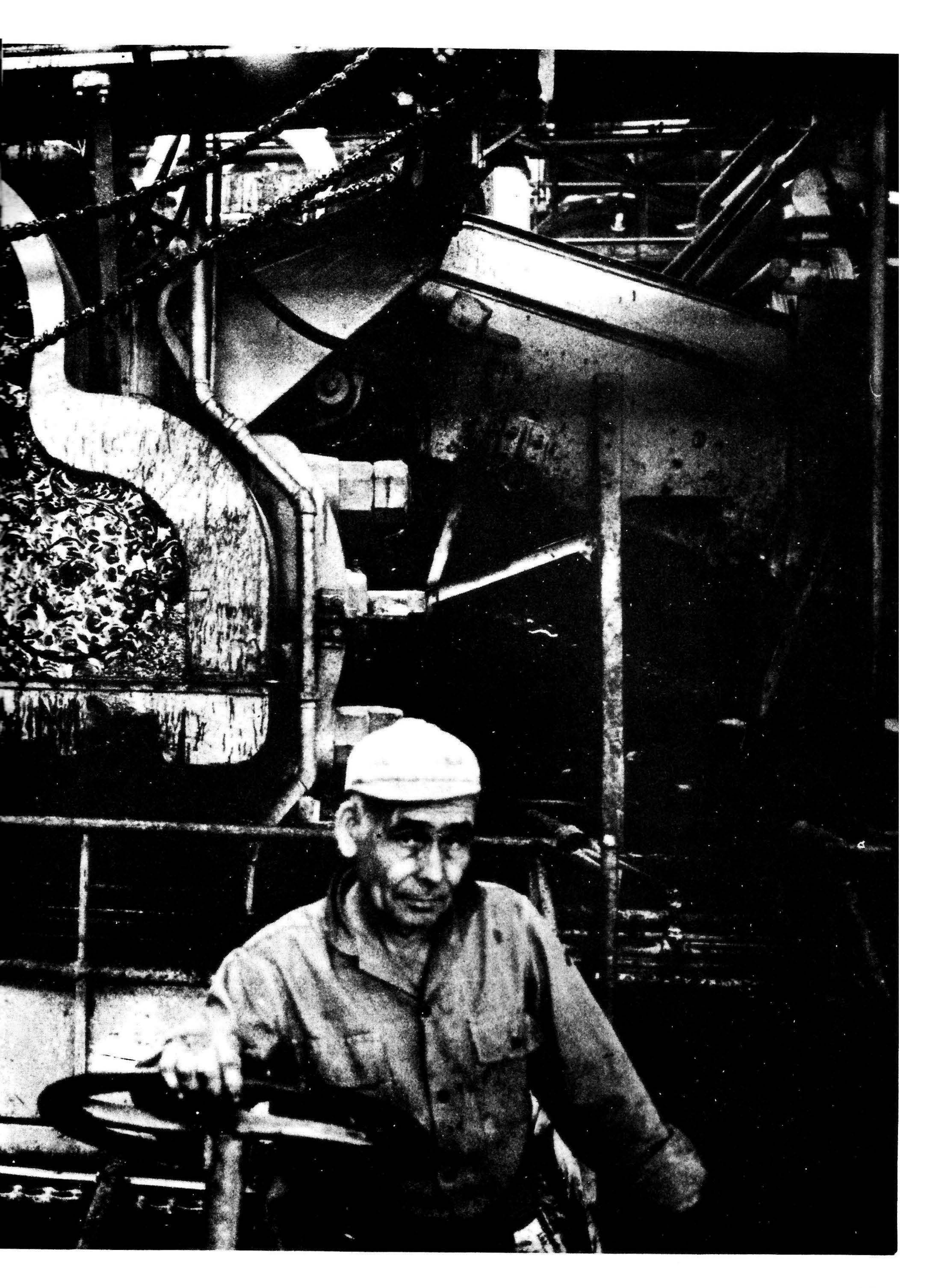
Si la reacción había frustrado los cambios y derribado a un gobierno nacionalista de izquierda, si la represión había provocado el repliegue general del movimiento obrero organizado y el descenso en las luchas populares, la reacción no había podido cobrarse el Realengo 18. Y tras suyo otros nombres, de nuevas batallas exitosas por la tierra, se fueron inscribiendo: Ventas de Casanova, El Cobre.

Fulgencio Batista, el hombre fuerte de Cuba, el caudillo del ejército, ha sido obligado a retroceder. No cesará de hacerlo en los años próximos en un nuevo ciclo que otra vez se abre sobre una transición entre dos décadas: del treinta al cuarenta. Tres circunstancias vinieron entonces a darse cita. Por un lado la clase obrera había sido obligada a un repliegue, mas no por ello sus organizaciones y mecanismos de lucha estaban destruidos. Pasados los efectos de la ola represiva, la presión obrera comenzó nuevamente a dejarse sentir. Y, en segundo lugar, se presentaba una coyuntura internacional específica, la segunda guerra mundial, cuyos efectos se sienten ya en la preguerra. En esta coyuntura encontramos las otras dos circunstancias: mejores ventas de azúcar cubano en los mercados internacionales y en consecuencia alivio económico al interior, y "detente", política a imagen de la administración de Franklin Delano Roosevelt en los Estados Unidos. De esta "detente" participó Fulgencio Batista. No es que haya un Fulgencio Batista "el bueno" y otro "el malo". Fulgencio Batista fue siempre el hombre de los norteamericanos, y se fue haciendo eco de los cambios políticos de éstos. En los años treinta lo hemos visto actuar en el golpe de estado y llevando a cabo una política de represión. Durante la segunda guerra mundial lo veremos aceptar el restablecimiento del juego democrático, ser electo presidente de la república en comicios limpios (los primeros que tenían lugar en Cuba) y gobernar de 1940 a 1944 respetando las libertades públicas y la oposición dentro de marcos parlamentarios. Incluso ir más lejos aún y establecer una alianza política con los comunistas, quienes llegan a integrar su gabinete. Era el reflejo de la situación internacional. Del mismo modo que la Unión Soviética se aliaba con los Estados Unidos para derrotar al Eje (Alemania nazi, Italia fascista, Japón militarista), del mismo modo que Mao Tse Tung colaboraba en la guerra patria antijaponesa con Chiang Kai Shek —que por entonces acumulaba, si no más, tantos "títulos" de represión antipopular como Fulgencio Batista—, este último entraba en alianza política con los comunistas cubanos sobre la base de un acuerdo que pasaba por el restablecimiento democrático y un cierto progreso social. Lo cual no impedirá, en los años cincuenta, pasada esa coyuntura internacional y remplazada por la guerra fría, que Fulgencio Batista vuelva a convertirse en el brazo armado de la represión, instalando una dictadura militar que dejará atrás los peores excesos de Gerardo Machado.

Por el momento es la detente. De 1935 a 1938 la CNOC ha rehecho sus filas en paciente tarea. A las reivindicaciones salariales y gremiales acompaña una campaña por la amnistía, el restablecimiento de la legalidad sindical e institucional, el llamado a elecciones limpias y a una asamblea constitucional que dictara una nueva carta magna en reemplazo de la heredada de la ocu-



Vista del interior de una usina azucarera. La coyuntura brindada por la segunda guerra mundial permitió al gobierno cubano consolidar una fuerte posición en el mercado internacional de azúcar.



pación norteamericana. Su línea política general es la de un frente único democrático antifascista.

Esos objetivos son alcanzados entre 1938 y 1940. Se constituye legalmente una central única, la Confederación de Trabajadores de Cuba, CTC, que en 1940 cuenta con poco menos de medio millón de adherentes y 581 sindicatos afiliados. Todas las tendencias están representadas en su seno, predominando la influencia de los comunistas, representados, entre otros, por el secretario general de la CTC, Lázaro Peña. Cuatro años después, haciendo un balance de los resultados obtenidos en el lapso, la CTC expresa en su IX Consejo Nacional (julio de 1944): "jornal mínimo para los trabajadores de la ciudad y del campo; indulto de los líderes sindicales; creación de una comisión nacional de estudios, con participación de la CTC, para la defensa de la industria nativa; regulación del peso máximo para el envase de los sacos (de azúcar) y de las lingadas; designación de un funcionario investigador para conocer las persecuciones y atropellos a los obreros en las colonias (azucareras) e ingenios; aumento de los salarios a los telefónicos, compañías de aviación, plantas eléctricas; inamovilidad en la carrera administrativa, aumento de sueldos a los empleados públicos y obreros panaderos".

También una nueva Constitución rige en Cuba desde 1940. Para la época, su contenido es avanzado. Así veremos cómo, invariablemente, será invocada por los revolucionarios en posteriores años de lucha insurrectiva (1953/1958) y luego en una primera fase de realizaciones bajo el gobierno de Fidel Castro. Es éste, por ejemplo, quien se apoya en la Constitución de 1940 en su célebre defensa **La Historia me absolverá** (16 de octubre de 1953), y es la ley de reforma agraria dictada el 17 de mayo de 1959 la que en sus considerandos afirma cumplir el postulado de la Constitución de 1940 que proscribe el latifundio.

Todo da la impresión de detente en el interior de Cuba. Ni las fuerzas sindicales buscan agudizar los conflictos sociales o dar la batalla por el cambio de estructuras ni la reacción agrede. En ese momento histórico los enfrentamientos se libran a otro nivel: en Stalingrado, en El Alamein, en Pearl Harbour. Los problemas de fondo de Cuba esperan por otro momento histórico, y éste llegará a partir de la década del cincuenta, en el marco del levantamiento general de los pueblos coloniales y semi-coloniales.

Pero esto es ya otra historia.

Bibliografía

Cabrera, Guillermo: **Hablar de Camilo.** Instituto del Libro, La Habana, 1970.

Cabrera, Olga: **El movimiento obrero cubano en 1920.** Instituto del Libro, La Habana, 1969.

Cantón Navarro, José: **Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo.** Instituto del Libro, La Habana, 1970.

Castro, Fidel: **La Revolución Cubana** (inc. **La Historia me absolverá** y texto de la reforma agraria), Palestra, Buenos Aires, 1960.

De la Torriente-Brau, Pablo: **Realengo 18.** Ediciones Nuevo Mundo, La Habana, 1962.

Del Toro, Carlos: **El movimiento obrero cubano en 1914.** Instituto del Libro, La Habana, 1969.

FAR, Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba: **Historia de Cuba,** 3ª ed., La Habana, 1971.

Foreing Policy Association: **Problemas de la nueva Cuba** (1934). New York, s/f.

García, Francisco: **Tiempo muerto. Memorias de un trabajador azucarero.** Ed. Huracán, Instituto del Libro, La Habana, 1969.

Grobart Fabio: "El movimiento obrero cubano de 1925 a 1933", en: **Cuba Socialista.** Nº 60, La Habana, agosto de 1966.

Guevara, Ernesto: "Antonio Guiteras", en: **Obras 1956/1967.** T. I, Casa de las Américas, La Habana, 1970.

Jenks Leland, H.: **Nuestra Colonia de Cuba.** Palestra, Buenos Aires, 1959.

La Revolución de Octubre y su repercusión en Cuba. La Habana, Instituto del Libro, 1967.

Legrá, William: "Realengo 18: apuntes para la historia del movimiento campesino", en: **Santiago.** Nº 6, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, marzo 1972.

Le Riverend, Julio: **Historia económica de Cuba.** Instituto del Libro, La Habana, 1967.

Martí, José: **Obras Completas.** Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963.

Ordoqui, Joaquín: **Elementos para la historia del movimiento obrero en Cuba,** 3ª ed., Dirección Nacional de Escuelas de Instrucción Revolucionaria, La Habana, 1962.

Pensamiento Crítico. Nº 39, número especial, La Habana, abril 1970.

Poblete Troncoso, Moisés: **El movimiento obrero latinoamericano.** Fondo de Cultura Económica, México, 1946.

Rivero Muñiz, José: **La lectura en las tabaquerías,** separata de la Revista de **la Biblioteca Nacional.** T. II, Nº 4, octubre-diciembre 1951. La Habana, 1963.

Roca, Blas: **Los fundamentos del socialismo en Cuba.** Ediciones Populares, La Habana, 1961.

Roa, Raúl: "Para un prólogo escrito", en: **Lunes de Revolución.** La Habana, enero 23 de 1961.

Winocur, Marcos: **Fidel Castro-La Revolución Cubana,** en: **Historia de América en el siglo XX.** Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972.

Indice de ilustraciones

Indice general

El nazismo y la crisis del movimiento obrero alemán

Material documental

El caso Sacco y Vanzetti

Los Soviets en Hungría. La revolución de 1919

Material documental

Sin obreros no hay azúcar

Material documental

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de junio de 1985
en los Talleres Gráficos LITODAR
Viel 1444 - Capital Federal